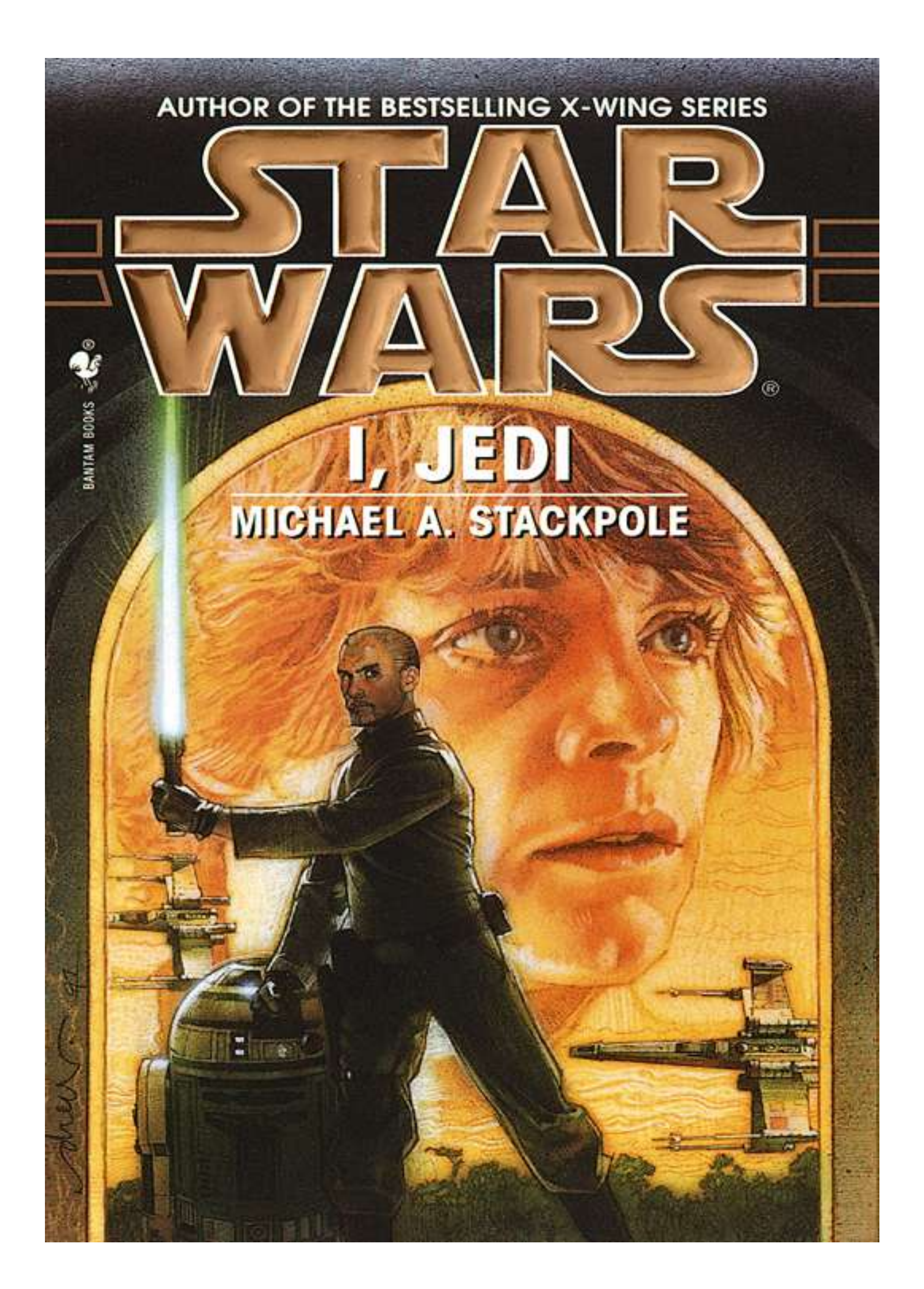

AUTHOR OF THE BESTSELLING X-WING SERIES
STAR WARS
I, JEDI
MICHAEL A. STACKPOLE
BANTAM BOOKS

Corran Horn fue un oficial de la Fuerza de Seguridad Corelliana antes de unir su suerte con la de la Nueva República. Como nieto de un legendario héroe Jedi, tiene poderes de la Fuerza latentes que aún no se han desarrollado. Pero ha logrado distinguirse en el Escuadrón Pícaro, la fuerza de cazas ala-X que se ha convertido en el azote del Imperio y de los piratas que se aprovechan de los envíos de la República.

Cuando una nueva banda de piratas empieza a aterrorizar las rutas espaciales, el Escuadrón Pícaro parece por fin haberse encontrado con un rival a su altura. Liderados por una ex-moff en un destructor estelar clase Imperial, los piratas misteriosamente parecen estar al corriente de los planes y tácticas del escuadrón, y son capaces de detectar y escapar de incluso las emboscadas más ingeniosas. O hay una fuga de seguridad… o los piratas tienen acceso a un poder oscuro y antinatural al que sólo un Jedi entrenado se puede enfrentar. En ese momento la mujer de Corran, Mirax, desaparece en una misión encubierta para localizar la base secreta de los piratas, y Corran se compromete a encontrarla. Comienza el entrenamiento Jedi en la Academia Jedi, con la esperanza de desarrollar sus poderes sin explotar. Sin embargo, su descontento con los métodos de Luke Skywalker crece, y romperá con la academia antes de terminar su entrenamiento.

Sirviéndose de su experiencia corelliana en encubrimiento, se infiltra en la organización pirata. Su plan es audaz y peligroso. Averiguará lo que podrá, saboteará lo que podrá, y utilizará todos los medios posibles para encontrar a su esposa. Y su propia supervivencia puede depender de una terrible elección… entregarse o no al Lado Oscuro.

Yo, Jedi conduce a los lectores por el sorprendente y dramático camino de un joven hombre con un talento salvaje quien debe dominar de alguna manera sus poderes interiores… o ser destruido por ellos.



Yo, Jedi

Michael A. Stackpole



LEYENDAS

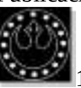
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *I, Jedi*

Autor: Michael A. Stackpole

Arte de portada: Drew Struzan

Publicación del original: 1998

11 años después de la batalla de Yavin

Traducción: dreukorr

Revisión: holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

04.06.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

AGRADECIMIENTOS

El autor desea agradecerles a las siguientes personas su ayuda en este proyecto:

Janna Silverstein y Ricia Mainhardt por conseguir que la pelota rodara, Tom Dupree por nombrar y defender a este monstruo y Pat LoBrutto por hacer que llegara a casa.

Sue Rostoni, Lucy Autrey Wilson y Allan Kausch por confiar en mí para que jugara con una parte fundamental del universo de *Star Wars*.

Peet Janes de *Dark Horse Comics* por su constante defensa de Leonia Tavira, lo que la llevó a aparecer aquí.

Kevin J. Anderson por haber proporcionado la base para la mitad de este libro y A. C. Crispin y Kristine Kathryn Rusch por trabajar en curiosidades de la historia por detrás y por delante junto conmigo.

Un agradecimiento muy especial a Timothy Zahn quien amablemente examinó todas las páginas que mostraban a sus personajes, ofreciendo sugerencias que hicieron que partes de esta novela fueran mejores, y quien ha trabajado incansablemente para fusionar sus dos nuevas novelas de *Star Wars* con este libro. Trabajar con Tim en esto hizo que el proyecto fuera más divertido de lo que podría haber imaginado.

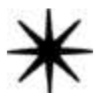
Para las Damas Estelares por ser un público receptivo, Kali Hale por sus agudos incisos, Tish Pahl por su rápida investigación del sable láser y para los otros Perros Amarillos… puedo sentir vuestro sufrimiento.

Para Jennifer Roberson quien, como siempre, capturó este relato fragmento a fragmento y especialmente a Liz Danforth, quien hizo que el maníaco mes en el que este libro fue escrito fuera soportable para mí. No puedo agradecerte lo suficiente que estés ahí (cuando no estás en España).

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a mis padres, Jim y Janet K. Stackpole.
Sin su apoyo, ayuda, y ánimos, esta y todas mis demás novelas
sólo serían algo que me gustaría hacer algún día.

UNO



A ninguno de nosotros nos gustaba esperar emboscados, sobre todo porque no podíamos estar completamente seguros de que no fuéramos nosotros los que acabáramos vaporizados. Los Odis (la tripulación pirata que trabajaba en el destructor estelar ex-imperial *Odioso*) desde hacía mucho habían eludido los mejores esfuerzos de la Nueva República por capturarlos. Parecían saber dónde estaríamos, cuándo llegaríamos allí, y con qué fuerza, así planeaban sus incursiones apropiadamente. Como resultado de sus esfuerzos pasábamos mucho tiempo haciendo estimaciones de daño en combate, y realmente se esforzaban por darnos abundante trabajo de EDC[1].

El Escuadrón Pícaro había tomado tierra para esperar en varios de los asteroides mayores en el Sistema K'vath. Esta localización nos colocaba muy próximos a la cercana luna primaria de K'vath 5, Alakatha. Apagamos nuestros motores y colocamos nuestros sensores en modo pasivo únicamente para evitar la detección por parte de la gente que queríamos atrapar. De acuerdo con nuestra sesión informativa para la misión, Inteligencia de la Nueva República había recibido una información que consideraban creíble de que al menos parte de la flota pirata de Leonia Tavira atacaría un crucero de lujo que saldría de la costa turística del continente norte de Alakatha. En realidad, Mirax y yo habíamos pasado nuestra luna de miel allí hacía tres años, antes de que Thrawn hubiese puesto patas arriba a la Nueva República, así que tenía recuerdos agradables del lugar y podía recordar bien la riqueza de las joyas y los metales preciosos que colgaban de los cuellos y las manos de la élite de la Nueva República.

Miré al cronómetro de mi ala-X.

—¿El *Estrella Brillante* todavía cumple su itinerario?

Silbador, colocado tras mi cabina, me lanzó una réplica con una pizca de burla en su voz.

—Sí, sé que te dije que me hicieras saber si había un cambio y, no, no creo que se te haya deslizado de tus circuitos —forcé a abrirse a mis manos enguantadas, luego roté las muñecas para deshacerme de parte de la tensión—. Sólo estoy ansioso.

Me respondió con un rápido comentario.

—Hey, el que la paciencia sea una virtud, no convierte a la impaciencia en un vicio.

Suspiré y transformé la última mitad del suspiro en parte de un ejercicio de respiración Jedi que Luke Skywalker me había instado a que aprendiera cuando estaba intentando reclutarme para ser un Jedi. Respirando a través de mi nariz contaba hasta cuatro, contuve el aliento contando hasta siete, entonces exhalé contando hasta ocho. Con cada respiración dejaba fluir más tensión lejos de mí. Buscaba la claridad mental que necesitaría para la batalla que se aproximaba (si los Odis se materializaban), pero me

[1] EDC; estimaciones de daño en combate. En el original, BDA (*battle-damage assessments*) *(N. del T.)*

eludía con la misma facilidad que los Odis habían demostrado para escapar de la Nueva República.

Las cosas seguían pareciendo ocurrir deprisa. Mirax y yo nos casamos deprisa, y aunque no me arrepentía para nada de haberlo hecho, los acontecimientos conspiraban para hacer extremadamente difícil nuestra vida de casados. El Gran Almirante Thrawn y sus payasadas arruinaron nuestro primer aniversario, y rescatar a Jan Dodonna y a los otros que estuvieron una vez prisioneros conmigo en el *Lusankya* me había apartado lejos durante el segundo. Y entonces el asalto a Coruscant por parte del Emperador Renacido dejó caer un destructor estelar en el que había sido nuestro hogar. Ninguno de nosotros estaba allí en ese momento, lo cual era un procedimiento operativo estándar demasiadas ocasiones.

De hecho, el único beneficio de estar asignado a ir tras los Odis era que a su líder, la ex-Moff Leonia Tavira, parecía gustarle la vida ociosa. Cuando su *Odioso* desaparecía entre incursiones, normalmente teníamos una semana de permiso antes de tener que preocuparnos por otro ataque. Mirax y yo le dábamos buen uso a ese tiempo libre, reconstruyendo nuestro hogar y nuestra relación, pero con eso vinieron algunas consecuencias que yo vi como increíblemente perturbadoras… en la escala de perturbaciones de *Thrawn*.

Mirax decidió que quería niños.

No tengo nada en contra de los niños… mientras que se vayan a casa con sus padres al final del día. Expresar esta opinión en estos términos a Mirax no fue la cosa más inteligente que hubiera hecho nunca y, de hecho, resultó ser una de las más desagradables. La herida y el dolor en sus ojos me persiguieron durante mucho tiempo. En el fondo, sabía que no habría forma de disuadirla, y ni siquiera estaba seguro de que, al final, yo quisiera hacerlo.

Sin embargo lo intenté, y empleé la mayoría de los argumentos estándar para hacerlo. El truco de «este es un momento inestable en la galaxia» se perdió ante el hecho de que nuestros padres se habían enfrentado a una elección similar y nosotros habíamos salido bastante bien. El argumento de «la inseguridad de mi trabajo» se marchitó bajo la lógica de mi seguro de vida y luego se vino totalmente abajo cuando Mirax me dejó echar un vistazo a las cuentas (las *verdaderas*) de su negocio de importación/exportación. Ella señaló que fácilmente podía mantenernos a tres o cuatro y yo no tendría que trabajar ni por un segundo, aparte de cuidar de los niños. Y, me hizo notar, llevar a un niño durante nueve meses completos significaba que ella ya habría pasado 3,11 años de cuarenta horas a la semana cuidando niños y que yo se lo debería.

Aparte y por encima de todo eso, dijo que yo sería un gran padre. Me señaló que mi padre había hecho un gran trabajo conmigo. Habiendo aprendido de él las cualidades para ser padre, simplemente sabía que yo sería genial con los niños. Al utilizar ese argumento, volvió el amor y el respeto que yo tenía por mi padre contra mí. Hizo que pareciera como si yo estuviera deshonrando su memoria al no traer niños al mundo. Era un argumento de lo más persuasivo, como ella sabía que sería, y me golpeó bastante duro.

En retrospectiva, debería haber abandonado al principio y habernos ahorrado a los dos mucho dolor. Ella se gana la vida (*muy bien*, al parecer) convenciendo a toda clase de gente de que trastos que nadie quiere son absolutamente vitales para ellos. Mientras me liaba en discusiones lógicas (haciendo que centrara mis defensas en esa línea de ataque) ella se deslizaba bajo mi guardia en un nivel puramente emocional. Pequeños comentarios sobre la clase de niños que produciría nuestra lotería genética me tuvo investigando hasta hacer sudar mi cerebro para solventar el rompecabezas. Eso fue directamente al entrenamiento de detective que tenía en mí… el entrenamiento que no me dejaría abandonar un caso hasta que tuviese una respuesta.

Lo que, en este caso, significaba un niño.

También se las arreglaba para encender los monitores de la HoloRed cuando estaban echando algunos eventos que mostraban noticias sobre los mellizos de tres años de Leia Organa Solo. Los niños eran aterradoramente monos y se había culpado a su existencia la explosión de natividad en la Nueva República. Sabía que Mirax no era tan superficial como para querer un niño por envidia o por estar de moda, pero hizo notar que era de la edad de Leia y que era un buen momento para tener uno o dos hijos.

Y ese factor de ternura realmente puede penetrar bajo la piel. Los medios de comunicación de la Nueva República evitaban mostrar a los mellizos babeando y goteando como lo hacen los niños, y realmente maximizaban las cosas atractivas de los niños pequeños. Se ponía de un modo que cuando recordaba mis sueños, estos eran sobre mí acunando a un niño dormido en mis brazos. Lo más extraño era que dejé de pensar en esos sueños como en pesadillas bastante pronto e hice todo lo posible por preservarlos en mi mente.

Dándome cuenta de que estaba perdido, empecé a negociar por algo de tiempo. Mirax aplacada se negó a fijar fechas, principalmente porque yo estaba pensando en *años*, de manera que hice que las cosas fueran condicionales. Le dije que una vez que los Odis estuvieran fuera de juego, tomaríamos una decisión definitiva. Ella aceptó mi decisión un poco mejor de lo que había esperado, por lo que empezó a aprovecharse de mí, y a hacerme sentir culpable. Habría pensado que era una táctica que ella había decidido utilizar, pero ella pensaba que la culpabilidad era un martillo y era definitivamente una fan de las vibroespadas.

Volví a exhalar despacio.

—Silbador, recuérdame cuando volvamos a casa, que Mirax y yo necesitamos tomar una decisión sobre ese asunto del bebé, ya, sin más retrasos. Tavira no dictará mi vida.

Los altos pitidos de alegría de Silbador se transformaron en un tono bajo de advertencia.

Miré mi monitor principal. El *Estrella Brillante* se había elevado de Alakatha y otra nave había aparecido en el sistema. Silbador la identificó como un crucero pesado modificado conocido como el *Lleno de Botín*. A diferencia del pulcro diseño del crucero de lujo, la nave estaba llena de protuberancias que rápidamente se soltaron y empezaron a lanzarse hacia el crucero.

Pulsé mi comunicador.

—Líder Pícaro, el vuelo tres tiene contacto. Un crucero y dieciocho feos dirigiéndose hacia el *Estrella Brillante*.

La voz de Tycho volvió fría y calmada.

—Recibido, Nueve. Entablad combate con los cazas junto al vuelo dos. Uno se encarga del crucero.

Encendí a canal táctico del vuelo tres.

—En marcha, Pícaros, nos ocuparemos de los cazas.

Arranqué los motores, luego desvié la energía a los haces repulsores. El ala-X se elevó como un fantasma desde la tumba y se volvió para apuntar el morro hacia el crucero de lujo. Mientras el ala-X de Ooryl se elevaba a mi izquierda y mis otros dos pilotos, Vurrulf y Ghufran, llegaban por la derecha, pisé a fondo el acelerador y me lancé a la batalla.

Una sonrisa floreció en mi cara. Cualquier criatura inteligente que clamara estar cuerdo encontraría el hecho de lanzarse a toda velocidad en una frágil nave de metal y ferrocerámica estúpido o suicida. Lanzar esa misma nave a la batalla meramente agravaba la situación, y yo lo sabía. Por la misma razón, muy pocas experiencias en la vida pueden compararse con volar en combate (o entablar combate con cualquier enemigo en un caza), porque al hacerlo ese es el punto donde la civilización nos demanda que aprovechemos nuestra naturaleza animal y la utilicemos contra una presa más peligrosa. Sin estar físicamente, mentalmente e incluso mecánicamente al cien por cien, moriría e incluso mis amigos podrían morir conmigo.

Pero yo no tenía intención de dejar que eso ocurriera.

Con un toque de mi pulgar cambié de láser a torpedos de protones y concedí un único disparo. Seleccioné un objetivo inicial y moví la retícula de mi pantalla superior hacia su traza. Silbador pitaba sin parar mientras intentaba fijar el objetivo, entonces el cuadrado que rodeaba el caza se volvió rojo y su tono se volvió constante.

Apreté el gatillo y lancé mi primer torpedo de protones. Dejó una línea caliente y blanca-rosácea, y fue seguido por otros lanzamientos de mi grupo. Mientras que emplear un torpedo de protones contra cazas era considerado excesivo por parte de algunos pilotos, en el Escuadrón Pícaro utilizar tales tácticas siempre se había visto como un modo expeditivo de bajar las probabilidades en contra… probabilidades que normalmente eran más grandes que un hutt y decididamente más feas.

Los Odis utilizaban unos cazas diseñados a medida llamados tri-cazas. Su núcleo era la cabina esférica y los motores iónicos de un caza TIE básico montado por Sistemas Sienar (una mercancía que, tras el hidrógeno y la estupidez, era la más abundante de la galaxia), y estaba unido con un trío de hojas angulares separadas 120 grados. Las dos inferiores servían como patines para aterrizar, mientras que la tercera salía por encima de la cabina. El caza todavía tenía los láseres gemelos de los TIE montados bajo la cabina, mientras que la tercera punta tenía un cañón de iones. Las naves también tenían algunos escudos básicos, lo que explicaba por qué tenían más éxito que los globos oculares

básicos, y los ventanales laterales recortados en el casco le daban a los pilotos más visibilidad. A causa de que el trío de puntas parecían agarrar la cabina, llamamos al diseño «agarrado».

Los escudos y la visibilidad extra no ayudaron al agarrado al que apunté. El torpedo de protones se las arregló para seguir el escape del motor izquierdo y en ese momento atravesó la cabina antes de detonar. El caza comenzó a dar vueltas, se convirtió en una bola de fuego dorado y se desvaneció. Tres agarrados más explotaron en las proximidades, y luego otros tres explotaron a estribor, desde donde el vuelo dos se estaba acercando.

—Escoged los objetivos cuidadosamente, vuelo tres. Ooryl, vamos a por el par de babor.

—Diez te recibe, Nueve.

Hice girar a mi ala-X sobre sus estabilizadores de babor y tiré hacia atrás de la palanca. Cortando la energía del motor, completé el círculo, luego giré a la derecha mientras los piratas comenzaban un largo giro serpenteante. Cambié de los misiles a los láseres duales e inmediatamente tuve un cuadrado amarillo alrededor del caza que iba en cabeza. Llevé el acelerador al máximo de nuevo para acercarme todo lo posible y pulsé mi comunicador.

—Voy tras el líder.

Ooryl me devolvió un doble *clic* con su comunicador para hacerme saber que había recibido mi mensaje. Empujé suavemente la palanca sólo un poco hacia la derecha, el cuadrado de objetivo se puso verde y pulsé el botón de disparo. Dos rayos rojos alcanzaron el objetivo. El primero frió los escudos. El agarrado fue dejando un rastro de chispas del generador del escudo como un cometa va dejando rastros de hielo a su paso. El segundo rayo agujereó la cabina y aunque golpeó un poco alto, golpeó duro, demasiado. Las chispas salieron del agujero y el agarrado comenzó a descender en una lenta espiral hacia Alakatha.

Ooryl giró a babor mientras el otro agarrado trataba de zafarse. Conduje mi ala-X hasta colocarme tras él mientras él alineaba su disparo. Los dos primeros disparos del gand atravesaron los escudos y abrieron dos surcos en el casco de la nave. Los dos siguientes taladraron los motores, impulsando hacia delante las doradas gotas llameantes de la desintegración de la nave. Las llamas desaparecieron de repente, dejando al tri-caza dando tumbos en el espacio hacia el cinturón de asteroides.

A través de la cubierta de la cabina pude ver la bola veteada de verde y blanco de Alakatha y al *Estrella Brillante* elevándose desde ella. Desde estribor el *Lleno de Botín* pareció agazaparse en el espacio como un insecto maligno. Los turboláseres a lo largo de su línea dorsal y en una torreta ventral dispararon, intentando seguir a los alas-X del vuelo uno, pero los disparos no representaban un peligro real para los cazas. El Coronel Celchu, Hobbie, Janson y Gavin Darklighter eran perros viejos en ocuparse de piratas como estos. Mientras mantuviéramos ocupados a los agarrados, el *Lleno de Botín* no tendría ninguna oportunidad.

El primer ataque serio de los alas-X vino de Tycho y Hobbie. Giraron y cada uno dirigió un torpedo de protones a los escudos posteriores. Viniendo de la otra dirección, Gavin y Wes Janson ametrallaron la nave con fuego láser. La segunda ráfaga de Gavin fundió la torreta ventral, arrancándola de golpe mientras los disparos de Janson martillearon en el vector de los impulsores traseros. El *Lleno de Botín* estaba acabado, aunque yo no tenía dudas de que se necesitarían un par más de pasadas antes de que la tripulación se diese cuenta de eso y se rindiera.

Seguí a Ooryl hacia arriba y dimos la vuelta para volver a la batalla. Había degenerado en una carrera de cazar-y-matar. La pérdida de siete naves antes de que incluso hubiesen visto a sus enemigos claramente había sorprendido a los piratas y, lo que era más importante, había rebajado su número hasta dejarlo próximo al nuestro. Mientras que los agarrados eran más ágiles que los alas-X (no por mucho pero lo suficiente como para hacer que luchar contra ellos fuese difícil), no podían ser más rápidos que nosotros o estar mejor armados. Faltándoles la disciplina de una unidad militar entrenada como el Escuadrón Pícaro, cuando llegaba el pánico se desmoronaban y hacían nuestro trabajo mucho más fácil.

Ooryl fijó sus miras en uno y le dio con una ráfaga completa de sus láseres. El agarrado explotó, pero pasando a través de la explosión vino otro agarrado haciendo una pasada frente a frente contra Ooryl. El agarrado consiguió un disparo con el cañón de iones que envió una tormenta de rayos deslizándose sobre los escudos de Ooryl, y éstos murieron antes que el disparo de iones. El motivador de su unidad R5 estalló y Silbador informó de que sus motores estaban apagados.

—Ooryl, haz un reinicio —no sabía si todavía le funcionaba el comunicador o no, pero le ofrecí ese consejo y disparé una ráfaga doble al agarrado. Habiendo apuntado precipitadamente, el disparo le pasó por debajo, pero causó que el agarrado cambiara de rumbo. Girando hacia la derecha, me dirigí tras él—. Aquí Nueve ocupado con uno. Que alguien me cubra.

Vurrulf, el klatooiniano del vuelo tres, ladró un áspero «recibido, estoy en ello», así que me sentí un poco más seguro al perseguir al agarrado. Una de las peores cosas que un piloto podía hacer era estar tan centrado en un objetivo que ya no percibiera nada más a su alrededor. Cuando la conciencia de la situación se centraba en un objetivo, el cazador se convertía en la presa y nunca sabía qué le había golpeado. *Es un error de novato y aunque no soy un novato, no soy inmune a ello.*

El piloto del agarrado era bueno y claramente no tenía deseos de morir, pero Silbador no estaba informando de que hubiese apagado sus armas, así que estaba dispuesto a luchar. Intenté apuntarle, pero él moduló su aceleración y utilizó la agilidad de su nave para seguir cambiando de rumbo antes de que pudiera apuntarle. Le lancé un par de disparos, pero se fueron altos o demasiado abiertos. A pesar de intentarlo tanto como pude, estaba teniendo problemas para seguirle a causa de sus giros y cambios de trayectoria.

Aflojé un poco el acelerador y le dejé ganar un poco de terreno. Su numerito de danza continuaba, pero mientras que sus movimientos le habían llevado fuera de mi rango de tiro a corto alcance, apenas rozaba los bordes de mi cuadrado de objetivo ahora. Apreté el botón de disparo y le envié dos pares de ráfagas. Un par atravesó el escudo posterior y dañó uno de los patines de aterrizaje. Los otros dos dardos de energía pasaron por el escape del vector de impulso de babor, limitando su maniobrabilidad.

Silbador mostró una frecuencia que estaba siendo utilizada por el agarrado y yo la introduje en mi unidad de comunicaciones.

—Aquí el Capitán Corran Horn de las Fuerzas Armadas de la Nueva República. Aceptaré tu rendición.

Una mujer me respondió.

—¿No sabes que los Odis nunca se rinden?

—No fue así con el *Lleno de Botín*.

—Riizolo es un estúpido, pero él no tiene una orden de arresto por un delito capital sobre su cabeza. Yo sí —se rio—. No tengo nada por lo que vivir, excepto mi honor. Una pasada, Horn, solos tú y yo.

—Morirás.

Una única pasada privaría al agarrado de la ventaja de su agilidad. Ella tenía que saberlo.

—Pero quizás no lo haga sola —su nave dejó de moverse de un lado a otro y se alejó en un largo tirabuzón—. Concédeme este honor.

El agarrado se volvió y comenzó su carrera hacia mí.

Yo quería hacer lo que ella me pedía, y lo habría hecho, excepto por una cosa: los Odis habían demostrado una y otra vez que no tenían honor.

Cambié a torpedos de protones, recibí un ligero tono de fijado de Silbador y apreté el gatillo. El misil salió disparado de mi ala-X y fue directo hacia su nave. Tan buena como era, la piloto del agarrado sabía que no había manera de eludirlo. Disparó con ambos láseres, pero falló. Entonces, en el último momento, disparó un rayo de iones que impactó en el misil. Rayos azules corretearon sobre él, quemando cada circuito que permitía al torpedo seguir y acercarse a su nave.

Estoy bastante seguro de que, sólo por un segundo, pensó que había ganado.

El problema con un proyectil es que incluso si sus sofisticados circuitos fallan, todavía tiene mucha energía cinética. Incluso si no siente la proximidad de su objetivo y estalla, tanta masa moviéndose tan rápido actúa sobre la cabina de un agarrado igual que una aguja sobre una burbuja. El torpedo se dirigió hacia los motores de iones en la parte trasera del agarrado, y éstos explotaron. Los restos vacíos del caza giraron lentamente en el espacio y eventualmente se quemarían en la atmósfera y les darían a los huéspedes del complejo turístico un entretenimiento.

Silbador colocó mi pantalla de amenazas en verde indicando que no había más actividad hostil en el área. El vuelo tres informó y Ooryl estaba de nuevo en funcionamiento y volando. Su escudo delantero se había derrumbado y se negaba a

ponerse en funcionamiento, pero aparte de eso estaba bien. Vurrulf y Ghufran informaron que no tenían problemas con sus alas-X. Resultó que sólo Reme Pollar del vuelo dos había recibido un impacto lo bastante fuerte para obligarla a abandonar el vehículo, pero informó que estaría bien hasta que la lancha rápida Skipray del *Estrella Brillante* la recogiera.

Cambié el comunicador al canal de mando.

—Todo verde aquí, Líder Pícaro.

—Recibido, Nueve. Parece que ésta no era la trampa que temíamos que fuera.

—No, señor, no lo parece.

—Que se prepare tu gente para reunirse con la flota.

—Como ordene, coronel.

Le pasé la orden a mi gente, pero antes de que pudiéramos alcanzar mi punto de reunión designado, la flota hizo un microsalto desde el borde del sistema. Un crucero mon calamari y dos destructores estelares clase Victoria formaron un triángulo en el espacio de Alakatha. Habíamos venido a este sistema a bordo del *Hogar Uno* y habíamos utilizado microsaltos para acercarnos. A causa de que la información acerca del *Lleno de Botín* había sido inusual, esperábamos que pudiese ser una emboscada, así que la flota había esperado a ver si los Odis caían sobre los Pícaros.

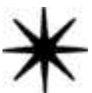
Si lo hubieran hecho, hubiésemos tenido una oportunidad de acabar con ellos de una vez y para siempre.

Pulsé mi comunicador.

—Coronel, si estábamos esperando que los piratas saltaran sobre nosotros, y no lo hicieron, ¿ha sido esta misión un éxito?

—Buena pregunta, Nueve. Esta es una de esas misiones donde sólo Inteligencia podrá decirnos cómo lo hicimos —Tycho dudó por un momento—. No obstante, sólo perdimos máquinas, no personas. Cada vez que ocurre eso es una victoria.

Dos



El Sistema K'vath estaba lo suficientemente lejos de Coruscant como para resultar agradable y deseable para retirarse… aunque el precio de una jarra de lum sería suficiente para quitarle a la mayoría de la gente las ganas de disfrutar de sus vacaciones. Mirax y yo no habríamos ido allí tres años atrás, pero Wedge Antilles lo había recomendado, y alguien al cargo había sido convencido de que nuestra participación en la liberación de Coruscant nos convertía a Mirax y a mí en la clase de pareja *de moda* que atraería la atención de la élite elegante de la Nueva República. Como resultado, no pagamos por nada mientras estuvimos allí, y detener al *Lleno de Botín* sobre Alakatha me ayudó a sentirme un poco mejor por disfrutar de la hospitalidad del mundo.

El *Estrella Brillante* pidió una escolta para todo su viaje hasta Coruscant, la cual el *Hogar Uno* estuvo de acuerdo en proveer. Esto significaba que nuestro viaje de vuelta se realizaría al paso dictado por el crucero en lugar de a la velocidad más rápida de la que era capaz la nave mon calamari. Los Pícaros podíamos haber llevado nuestros alas-X a casa, pero el viaje nos habría encerrado en la cabina durante veinticuatro horas completas, algo que yo habría visto con el mismo entusiasmo que discutir los viejos tiempos con el padre de Mirax. Habría estado bien si el *Estrella Brillante* nos hubiese permitido pasar el día de viaje extra en el crucero, pero su gratitud sólo se extendía a dejarnos estudiar las bellas líneas de la nave desde lejos.

De todos modos teníamos obligaciones de sobra para mantenernos ocupados y, a pesar de la humedad opresiva, las comodidades del crucero mon calamari no eran tan malas. Después de aterrizar mi ala-X y poner a Silbador para que se recargase, cogí algo de comer de la cocina y me uní al resto del escuadrón en la sala de reuniones para presentar nuestros informes. Todos nos metimos con Reme por haber abandonado su nave, pero todos estábamos contentos de tenerla de vuelta y disfrutamos de sus descripciones de la lancha Skipray del *Estrella Brillante*. Después de eso me tomé un tiempo entre bastidores, durmiendo durante ocho horas, trabajé un poco y me dirigí a la cocina para el desayuno.

Ooryl levantó una mano de tres dedos y me hizo señas hacia la mesa que ocupaba él solo. Sonreí y asentí, luego cogí algunos pasteles de desayuno y un brebaje artificial de proteínas de leche de nerf. Casi me eché atrás, porque consumir algo que no le sienta bien al estómago puede ser un error si comes con un gand, pero tenía mucha sed.

Me dejé caer en la silla frente a Ooryl e hice todo lo posible por no mirar al cuenco del que se estaba alimentando.

—¿Ha pasado algo interesante mientras he estado ausente?

Las partes de la boca de Ooryl se separaron en una aproximación de una sonrisa y sus ojos compuestos relucieron brillantemente. Su piel gris verdosa era de un matiz

ligeramente más oscuro que la salsa de los tentáculos que estaba pescando en el cuenco, y contrastaba drásticamente con el naranja brillante de su traje de vuelo. Puntos nudosos de su exoesqueleto se asomaban en extraños ángulos en la tela, como si su piel estuviera teniendo una reacción alérgica al color.

—Nada que Ooryl considere fuera de lo ordinario.

Fruncí el ceño. Los gand tenían la costumbre de hablar de ellos mismos en tercera persona y no utilizar el pronombre «yo» porque pensaban que eso era el colmo de la arrogancia. Sólo a aquellos gands que hubieran llevado a cabo acciones tan grandes que todos los gands las conocieran se les permitía hablar de sí mismos como «yo». El Escuadrón Pícaro al completo había ido a Gand y había tomado parte en el *janwuine-jika* de Ooryl, la ceremonia que le confería ese derecho. Para él el haber vuelto a la tercera persona significaba que algo le estaba preocupando.

—¿Qué pasa? —estreché mis ojos verdes y miré a sus negras orbitas facetadas—. No puedes estar avergonzado porque te haya disparado ese Odi.

Ooryl muy despacio y deliberadamente negó con la cabeza.

—Ooryl está avergonzado por no haber podido ayudarte con tu problema.

—¿*Mi* problema?

—Has estado distraído, Corran —Ooryl colocó sus manos sobre la mesa como dos arañas blindadas—. Tú y Mirax deseáis descendencia. Si Ooryl estuviera en Gand, Ooryl podría ayudar a solventar este problema.

Me metí un trozo de uno de los pasteles en la boca, lo mastiqué rápidamente y me lo tragué.

—Espera un momento. ¿Cómo sabes lo del niño?

El gand permaneció tieso como una estatua durante un momento, luego agachó la cabeza.

—A Qrygg le dijo Mirax que tú y ella tendríais hijos, por lo tanto Qrygg tendría que hacer todo lo que Qrygg pudiera para asegurarse de que no te mataban en combate.

Le miré duramente.

—¿Mirax te ha hablado de nuestra discusión sobre los niños?

—Mirax deseaba saber si habías hablado con Qrygg sobre la discusión. Cuando Qrygg dijo que no lo habías hecho, ella le pidió a Qrygg que te animara a discutirlo si lo hacías —Ooryl levantó la cabeza—. No deberías avergonzarte de hablar de ello con Ooryl. Ooryl habría sido digno de tu confianza.

Le dirigí a Ooryl la mayor sonrisa que pude ofrecer. La exageré en exceso porque él no era muy bueno leyendo sutilezas.

—Ooryl, si hablara con alguien sobre que queremos hijos, sería contigo. Te confío mi vida todos los días y nunca he tenido motivos para arrepentirme —vi las partes de su boca abrirse, imitando mi sonrisa y me di cuenta justo allí y en aquel momento que había sido bastante estúpido al guardarme toda la discusión para mí solo—. Y realmente debería haberte hablado de ello. Tus consejos siempre han sido bienvenidos y sabios. Simplemente *no pensé*, es un mal hábito que esperaba abandonar.

—Si Ooryl fuera realmente sabio, Ooryl te habría aconsejado que lo abandonaras.

—Lo hiciste, de muchas maneras —suspiré despacio—. Y, como te dijo Mirax, hemos estado hablando de tener hijos. Se dirigió a ti para saber lo que yo pensaba. Estoy seguro de que cualquier ayuda que le ofrecieras la apreció.

—A Ooryl le gustaría pensar eso. Recordarás que durante el *janwuine-jika* de Ooryl, Ooryl también fue iniciado en los caminos de ser un *Buscador*. En Gand, el Buscador realiza muchas tareas útiles. Localiza esclavos perdidos, lee las nieblas en busca de presagios, y caza criminales. Hay una tarea más que lleva a cabo para gente como tú y Mirax. Puede vagar por las nieblas y encontrar al niño que desean. Ese niño nacido de las nieblas es un regalo y es criado por la gente como si fuera suyo propio. Me sentiría honrado de hacer eso por ti, amigo mío.

Sonreí.

—Gracias, pero creo que puedo manejar la parte de la producción del niño por mí mismo.

Las mandíbulas de Ooryl se abrieron de golpe.

—Entonces *eres* capaz…

—Sí, muy capaz —levanté mi barbilla—. *Muy* capaz. No hay problema.

Una membrana parpadeó sobre los ojos de Ooryl durante un momento.

—¿Entonces por qué no tienes ya hijos?

—¿Eh?

—Ese es el propósito de la vida, ¿no? Crear vida es el mayor acto que una criatura viva puede llevar a cabo.

La solemnidad y la verdad de sus palabras me golpearon fuerte.

—Eso es verdad, pero…

—¿Es este un momento en el que Ooryl debería recordarte que estás intentando abandonar el no pensar?

Cerré la mandíbula y estreché mis ojos.

—Si tener niños es tan importante, ¿por qué no tienes ninguno?

Ooryl se encogió de hombros. No era un movimiento natural en él y su exoesqueleto crujió en protesta.

—Soy un *janwuine*. No me corresponde a mí elegir una esposa, sino a Gand elegir una para mí. En ese momento orgullosamente acometeré la fusión genética.

—La idea pierde algo con la traducción —bebí un poco de la leche y utilicé otro trozo de pastel para deshacerme del fino sabor a calcio—. El caso es que quiero solucionar esto con Mirax cuando volvamos a Coruscant.

—Bien. Con las historias que cuentas de tu padre, cualquier niño que tengas estará bien cuidado.

Arqueé una ceja en dirección a él.

—¿Y cómo sabes que estaré de acuerdo en tener hijos?

—He hablado con Mirax. Eso es suficiente.

Me incliné hacia atrás y me reí ligeramente.

—Realmente nunca tuve ninguna posibilidad, ¿verdad?

—No, Corran, pero eso en realidad significa que tendrás todas las posibilidades —Ooryl sorbió ruidosamente un tentáculo, luego se limpió la salsa verde de su mejilla—. Todos hemos ayudado a crear y fortalecer la Nueva República. Crear a la generación a la que se le entregará es un deber más que le debemos a la posteridad.

Las palabras de Ooryl me afectaron durante el resto del viaje y tuvieron el mismo efecto que un virus. Para cuando me metí en mi ala-X y empecé a descender hacia nuestro hangar, estaba ansioso por llegar a casa con Mirax y empezar a trabajar en un niño en ese momento y allí. Y aunque esa clase de bienvenida entusiasta cuando uno de nosotros volvíamos de un viaje no era para nada poco común, esta vez sería más que una manera de decir sin palabras «te he echado de menos».

Significaría que partes de nosotros nunca volverían a separarse.

Esa idea me pareció tan correcta y buena que incluso volar sobre los campos de escombros que se amontonaban en Coruscant sólo pudo empañar *ligeramente* mi humor. Vastos caminos de destrucción habían sido escarbados en el paisaje urbano. Naves que nunca se pretendió que entraran en la atmósfera se habían estrellado, brillando a causa del calor, produciendo finas nubes de humo negro, hasta chocar con el paisaje urbano. Escarbaron grandes surcos a través de los barrios y crearon grandes cráteres vaciándolos de edificios. Cientos de millones, quizás miles de millones de personas habían muerto en la lucha entre facciones que siguió al asalto de Thrawn sobre la Nueva República; y ni siquiera estábamos cerca de recuperarnos de eso.

Mirando a los edificios rotos y a los restos retorcidos, encontré difícil conjurar mis recuerdos del Coruscant de antaño, cuando aún era el Centro Imperial. Podía recordar enormes ríos de luces haciendo que el lado nocturno brillara lleno de vida, pero aquí sólo predominaba un monótono gris. Las luces brillantes una vez le habían dado a Coruscant una vida artificial y sin ellas el planeta urbano parecía muerto.

Yo sabía que realmente no era tan malo. A pesar de la vasta destrucción de la superficie y la tremenda pérdida de vidas, la gente continuaba viviendo. El daño catastrófico sacó lo *peor* de alguna gente, pero sacó lo *mejor* de incluso más de ellos. Mirax y yo habíamos planeado vivir en su *Mantarraya Púlsar* cuando nuestro hogar fue destruido por una de las naves que se había estrellado, pero nuestros amigos no nos dejaron. Iella Wessiri, mi antigua compañera en la Fuerza de Seguridad Corelliana, se las arregló para convencer a su jefe de la Inteligencia de la Nueva República de que se nos debería dejar utilizar uno de los pisos francos que tenían, así que terminamos con un alojamiento incluso más cercano al cuartel general del Escuadrón Pícaro que antes.

La nuestra era difícilmente la más remarcable de las historias. Los suministros que habían sido acumulados desde hacía años para momentos de inestabilidad política repentinamente fueron saqueados. La gente acogió refugiados en sus casas, lo que

difícilmente era inesperado, pero muchos de los anfitriones eran viejas familias imperiales y los refugiados eran de varias especies no humanas de la galaxia. La paliza que Coruscant había recibido a manos de los señores de la guerra había destruido los últimos muros de resistencia. El sufrimiento forjó un lazo que comenzó a eludir la xenofobia en ambos lados.

Con el resto del escuadrón hice mi aproximación y aterricé en nuestro hangar. Le dejé el ala-X a un técnico, me cambié la ropa por la de civil y cogí un autobús flotante al sur de las montañas Manarai. Una madre y su hijo en un asiento por delante de mí captaron mi atención. Miré a la mujer sonreír mientras el pequeño alargaba su mano torpemente y le agarraba la nariz. Ella inclinó la cara ligeramente, besando la mano, y luego bajó la cara hasta quedar nariz con nariz con su bebé. Ella susurró algo y frotó su nariz contra la del niño, luego se apartó acompañada de la risa del bebé.

La risa alegre del pequeño aún resonaba en mis oídos mientras el autobús salía disparado entre los cañones oscuros y comenzaba a volar a través de terrenos ruinosos donde trozos de duracreto se esparcían como escamas de dewback en el suelo de un establo. Los cascos quemados de los aerodeslizadores estaban retorcidos y medio fundidos por todo el lugar. Trozos de ropa que una vez llevaron las víctimas ondeaban y aleteaban desde varios puntos en las pilas de escombros. Brillantes retazos de colores que podían haber sido cualquier cosa desde juguetes a fragmentos de lectores de holodiscos, ensuciaban el paisaje.

A pesar de tanta destrucción, la risa del niño lo abrumaba todo. La risa era inocente y ligera y se burlaba de las ruinas que nos rodeaban. La gente podía crear y destruir, pero, como parecía sugerir la risa, cualquiera que pensara que la destrucción era más poderosa que la creación era un tonto. En los primeros diez años de la vida de ese niño, las cicatrices del ataque a Coruscant se borrarían. E incluso si no era así, el niño podría, en veinte o treinta años, ser la persona que se encargase de borrarlas. La vida era el auténtico antídoto contra la destrucción.

Sonreí. *Mirax ha tenido razón siempre y Ooryl también. Si vivimos por el presente y en el presente, cambiaremos el futuro a corto plazo. Vivir por el futuro es necesario si vamos a tener cualquier clase de futuro. Sí, Mirax, tendremos un hijo. Tengamos ese niño. Haremos nuestra contribución al futuro.*

Le guiñé el ojo a la mujer con el niño mientras me bajaba en mi parada. Hilvané mi camino de vuelta a través de los edificios y sobre las pasarelas que llevaban a mi hogar. Casi paré en una tienda a comprar un vino decente para celebrar la resolución de nuestro problema, pero decidí en su lugar salir con Mirax a algún lugar para una comida tranquila y romántica. No sabía adónde iríamos exactamente, pero con los droides de construcción rugiendo por todo el planeta, sabía que había docenas de restaurantes que se habían abierto en la semana que no había estado allí. Encontrar algún lugar para comer no sería un gran problema.

Llegué a la puerta e introduje el código en la placa de cierre. La puerta se abrió y una oleada de aire cálido me envolvió. Pasé al oscuro interior del apartamento, dejando que la

puerta se cerrase detrás de mí. El aire cálido me rodeó como una fina manta y durante un momento casi me entregué al pánico porque parecía sofocante y denso.

Mi buen humor empezó a decaer. El aire se había vuelto cálido porque Mirax había apagado la unidad de comodidad ambiental. Los dos lo hacíamos cuando nos íbamos a ir durante un largo periodo de tiempo. Era posible que solo se hubiese ido por un día, pero una rápida ojeada al preparador de comida me dijo que ese no era el caso. Todos los platos estaban limpios y guardados; y la pequeña cesta de frutas que siempre tenía por allí no estaba a la vista. Eso significaba que la había guardado en la nevera para que no se estropearan mientras no estaba.

Continué mi recorrido por el apartamento. Metí la cabeza en el dormitorio oscuro a la izquierda, pero allí no vi ninguna señal de vida. El comedor, que era contiguo a la estación de preparación de comida de la derecha, estaba igualmente desprovisto de vida. La mesa principal tenía polvo de un par de días y la tarjeta de datos que estaba colocada junto a mi sitio parecía tener todos los mensajes que habían llegado para mí hasta que Mirax se fue.

En la sala de estar de la izquierda vi una luz parpadeando en la holomesa. Sonreí. *Buena chica, no te irías sin dejarme un mensaje.* Me quité la chaqueta y la puse en una silla de cuero de nerf, luego me senté en el sofá y pulsé el botón bajo la luz.

De pie y de unos cuarenta y cinco centímetros de alto y tan bella como siempre, Mirax me sonrió. Incluso en miniatura, su pelo negro brillaba lustrosamente y el fuego llenaba sus ojos marrones. Llevaba las botas negras y el mono azul con el que la había visto la primera vez, y tenía la chaqueta de cuero de nerf azul sobre un hombro. Una pequeña mochila de lona descansaba a sus pies.

—Corran, esperaba estar aquí para cuando volvieras, pero tengo que hacer un viaje que no puedo retrasar. Te lo contaré todo cuando vuelva. Deberías estar solo durante alrededor de un día. Si mis planes cambian, te lo haré saber —se inclinó para recoger la mochila, entonces me sonrió otra vez y se enderezó—. Te quiero. No lo olvides y no lo dudes. Siempre. Volveré pronto, amor.

Su imagen se disolvió en estática, entonces el holoproyector se apagó solo. Alargué una mano para volver a reproducir el mensaje, pero dudé. Había llegado a casa y me había encontrado con docenas de mensajes como aquel en el tiempo que llevábamos juntos, igual que ella, y nunca antes había querido volver a verlo. *¿Por qué quiero hacerlo ahora?*

Me pareció que podía estar sintiéndome un poco defraudado y un poco vulnerable. Había pasado la mayor parte de mi tiempo lejos de ella pensando en los niños y finalmente había llegado a entender su punto de vista, ¡y ella se había ido! Había tomado una de las decisiones más importantes y trascendentales de mi vida y ella estaba volando por toda la galaxia como si mi decisión no fuera algo grande. Que se la tratara tan casualmente escocía un poco y quería oírla decir otra vez que me quería.

Tan seguro como estaba de que el análisis de mis emociones era correcto, también estaba seguro de que mis emociones no eran el núcleo del problema. Pulsé el botón y

escuché su mensaje otra vez, entonces asentí. Ella había dicho que estaría solo durante un día o así, y que si cambiaba de planes me lo haría saber. Sin embargo, el hecho era que *yo* había llegado tarde un día entero a causa de nuestra escolta al *Estrella Brillante* hasta aquí mismo, a Coruscant, así que ella debería haber estado aquí. No había tenido ningún mensaje de ella sobre su tardanza ni aquí ni el en CG del Escuadrón, y eso me sorprendió.

Otros podrían haber oído la frase «alrededor de un día» y haberlo visto como un simple error al calcular el tiempo, pero Mirax era terriblemente exacta. Se ganaba la vida entregando objetos de valor a varios clientes, a tiempo e intactos. Si hubiese querido decir doce horas estándar, lo habría dicho. Si hubiera querido decir veinticinco horas, no lo habría redondeado a un día, me habría dado su mejor estimación, a la hora o al minuto.

Tan irrefutable y preocupante como podía parecer, yo sabía que era mejor no rendirse al pánico. Cualquier mensaje se podía haber retrasado o perdido. Ella podía incluso haber parado a ver a su padre en el *Ventura Errante* y su sistema de comunicaciones podría haber fallado otra vez.

Un escalofrío me bajó por la espalda, pero me encogí de hombros.

—Tus buenas noticias simplemente tendrán que esperar, me temo.

Sintiéndome aún un poco dolorido y cansado de mi viaje a casa, me quité la ropa, conecté la ducha, me lavé, y luego me dejé caer en la cama.

Dejé abierta la puerta del dormitorio con la esperanza de despertar cuando Mirax volviera.

Hubo escasa probabilidad de que eso ocurriera. Caí en un sueño profundo, oscuro y negro, como las sombras más profundas de Coruscant. Me di cuenta de que me estaba quedando dormido e intenté buscar el sueño acerca del niño, esperando que mi decisión me permitiera ver más detalles de él, pero me eludió. La consciencia se evaporó en un estanque vacío y caí en un sueño sin sueños.

Corran.

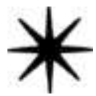
Me removí por el sonido de mi nombre pero no pude reconocer la voz.

¡Corran!

El grito de Mirax me despertó. Me senté de golpe en la cama y alargué la mano hacia ella. La imagen de su cara se desvaneció ante mis ojos mientras mis manos encontraban sólo sábanas frías donde debía estar ella. Intenté sentirla, buscando la calidez que su cuerpo debía haber depositado allí, pero no encontré nada. Durante todo un latido del corazón mi cerebro me castigó con un flash del mensaje de Mirax, entonces algo más horrible me golpeó. La bilis me subió a la garganta, ahogándome.

En un momento cegadoramente terrible, ¡supe que Mirax se había ido!

TRES



Salí de la cama a trompicones por el otro lado y me levanté la piel de la espinilla con una mesa baja que había allí. Le di una patada, enfadado. *¿Quién ha puesto esto aquí?* Sabía que yo no la había puesto allí porque incluso un pequeño tropezón la habría hecho volcar y habría esparcido las tarjetas de datos apiladas en ella tan fácilmente como lo había hecho mi patada.

Miré alrededor de la habitación y en la tenue luz vi toda clase de cosas que no encajaban en el lugar. Las holografías de las paredes eran bastante placenteras, e incluso eran escenas de Corellia, pero eran de localizaciones que yo no había conocido en mi mundo natal. *¿Quién ha construido esta parodia de mi hogar?*

Mis pies se enredaron en las sábanas que había apartado y me caí sobre mis rodillas y manos. El dolor de la espinilla encontró más aliados en mis rodillas y manos, y durante un instante el dolor me proporcionó claridad mental. Las holografías, la mesa y las tarjetas de datos, todas esas pequeñas cosas del apartamento no eran mías, eran cosas que Mirax había colocado allí. *Mirax, mi mujer.*

Observé todo lo que ella había llevado allí para hacer de nuestro apartamento un hogar. De algún modo había encontrado reemplazos para la mayoría de lo que habíamos perdido cuando nuestro anterior hogar fue destruido. Intelectualmente, mientras miraba la habitación, podía catalogar sus contribuciones a la decoración, e incluso podía recordar cuándo y dónde había encontrado ella las cosas. Miré al armario y pude ver su ropa colgando allí. Me resultaba fácil recordar cuándo había comprado ese vestido, o dónde había conseguido aquella chaqueta.

Pero no podía recordar nada de sus conexiones con aquellas cosas. Al mirar la ropa no podía recordar qué vestido era su favorito. No podía recordar qué chaqueta consideraba ella que la hacía más delgada, o qué blusa y qué pantalones consideraba apropiados para hacer negocios, y qué se ponía cuando salíamos a divertirnos.

Estudié la holografía de la Isla Vreni de Corellia. Mostraba una pequeña isla cubierta de árboles, flotando en un revuelto mar mientras una tormenta se aproximaba. Ladeando ligeramente mi mirada, inyecté relámpagos en la imagen, una enorme horca triple que envió incontables ramificaciones chisporroteando a través de las olas. La imagen era fantástica y la holografía era una obra de arte, pero no podía recordar por qué Mirax la había querido. No sabía si había conocido al hológrafo, si había pasado algún tiempo en aquella isla, o si la había comprado como una inversión.

Mirax se ha ido, y se me están escapando detalles de su vida.

Me levanté y corrí hacia la sala de estar. La luz roja todavía parpadeaba en el holoproyector. Pulsé el interruptor con la urgencia de un piloto eyectándose de un caza averiado. Su imagen apareció de nuevo y yo sonreí, pero a medida que hablaba, mi

sonrisa desapareció. Los incontables matices que leía en la forma en que me miraba, y en lo que decía, cómo modulaba la voz y mantenía su equilibrio, habían desaparecido. Del mismo modo podría estar viendo un anuncio comercial de una bella mujer vendiendo cualquier cosa, desde lum hasta un viaje a los complejos turísticos de Alakatha.

Pulsé otro botón y cambié el holoproyector a modo de comunicación. Marqué para llamar al Cuartel General del Escuadrón. La cabeza y los hombros de un droide negro se materializaron, perdido en la oscuridad excepto por el brillo de los ojos dorados en su cabeza en forma de concha de almeja.

—Ha contactado con el Cuartel General del Escuadrón Pícaro. Aquí Emetrés. Me alegro de verle, Capitán Horn.

—Yo también me alegro de verte, Emetrés —me pasé los dedos por mi corto pelo castaño—. Voy a hacerte una pregunta y quiero una respuesta clara… y la pregunta va a sonar extraña.

—Entiendo los parámetros de su solicitud.

—Bien —dudé durante un instante—. Es aproximadamente la 1:30 de la mañana, Hora Galáctica Coordinada, ¿verdad?

—1:31:27, para ser exactos, señor.

Asentí. Normalmente encontraba la servil adherencia a la realidad de Emetrés irritante, pero justo ahora era el camino hacia la cordura.

—Y yo soy Corran Horn, ¿verdad?

La cabeza del droide retrocedió bruscamente.

—Sí, señor. Un momento por favor… su impresión vocal encaja con el 99’4953 por ciento de precisión, las variaciones son debidas al estrés del viaje y al grado de descanso.

—Vale, bien, Emetrés, muy bien —me humedecí los labios con la lengua—. Aquí viene la gorda.

La imagen del droide se inclinó hacia delante, expectante.

—Estoy listo, señor.

—Estoy casado con Mirax Terrik, ¿verdad?

Los ojos de Emetrés relucieron.

—Oh, sí, señor. Recordará que asistí a la ceremonia que el Comandante Antilles llevó a cabo en el *Lusankya*, y posteriormente también asistí a la ceremonia que tuvieron aquí en Coruscant. Creo que Silbador hizo una grabación holográfica de la primera ceremonia, y sé que se hicieron numerosas holografías de la segunda.

Me quedé pasmado. *Sabía* que había holografías de las ceremonias, pero las había olvidado. Nuestras copias originales fueron destruidas cuando nuestro hogar fue arrasado, pero Mirax había obtenido copias nuevas de su padre. Quería revolver el armarito donde las guardábamos y reproducir una inmediatamente, pero dudé. No podía arriesgarme a encontrarlas tan emocionalmente vacías como había encontrado la repetición del mensaje de Mirax.

—¿Se encuentra bien, Capitán Horn?

Fruncí el ceño, luego asentí despacio.

—No lo sé, Emetrés. ¿Está disponible el coronel?

Los ojos de Emetrés destellearon un momento.

—El coronel está en su oficina. Tiene una cita programada para dentro de treinta minutos estándar.

—Pídele que la cancele o la posponga, por favor. Tengo que hablar con él —miré intensamente a Emetrés como si pudiera alcanzar el interior de su cerebro robótico y comunicarle mi urgencia—. Mirax se ha ido, quiero decir que realmente ha *desaparecido*, y tengo que encontrarla. Estaré ahí en media hora. Horn fuera.

Llegué al cuartel general un poco más tarde de lo esperado por culpa de una total indecisión por mi parte concerniente a la ropa. Fui a ponerme cualquier cosa, pero vi un montón de camisas, pantalones y chaquetas que Mirax había ido trayendo para mí y, a menudo, había transportado por toda la galaxia. Lo intenté tanto como pude, pero no pude recordar qué había dicho ella sobre nada de ello. No podía recordar sus sonrisas o risas mientras me vestía, o lo que había dicho mientras luego me ayudaba a quitarme la ropa. Cada camisa colgaba allí como el fantasma de un recuerdo, totalmente bidimensional y sin vida.

Finalmente me puse algo encima… al final resultó ser una espantosa combinación de estilos y colores, *pero* me había vestido en la oscuridad. Tenía tal aspecto atormentado que la gente del aerobús flotante me evitaba. Habría cogido nuestro aerodeslizador y sin duda me habría ahorrado algo del tiempo que había perdido vistiéndome, pero incluso tan fuera de mí como estaba, sabía que no debía pilotar a través de la Ciudad Imperial incluso aunque el tráfico fuera ligero.

Emetrés no hizo ningún intento por detenerme en la antecámara del despacho de Tycho. Pasé como un rayo por su lado, luego me aclaré la garganta para llamar la atención y le dirigí a Tycho un saludo tan nítido como pude.

—Gracias por recibirme, señor.

De pie tras su escritorio, con un enorme ventanal de transpariacero enmarcando una vista del Palacio Imperial tras él, Tycho era la viva imagen de un piloto de un holograma de reclutamiento. Con la espalda totalmente recta, cintura de avispa, y pelo castaño claro cortado corto y empezando a mostrar algo de blanco en las sienes, me devolvió el saludo enérgicamente. La simpatía suavizaba sus ojos azules.

—Emetrés me ha explicado tu problema, aunque no me ha dado muchos detalles.

—Yo no le di muchos a él. Lo siento.

Tycho negó con la cabeza y señaló a una silla frente a su escritorio.

—No es culpa tuya —miró de nuevo hacia la puerta—. Por eso le pedí al General Cracken que se uniera a nosotros.

Me volví y vi a Airen Cracken entrar en la oficina. Aunque era más mayor, no se había ensanchado por la zona de la cintura con la edad. El blanco predominaba en su

cabello, pero vestigios del pelo rojo que le había legado a su hijo Pash todavía se acumulaba en los lados y en la parte de atrás. Sus ojos eran verdes, como los míos, pero de un verde más marino, lo que no les quitaba nada de intensidad. Esperó el saludo de ambos, el cual hicimos, y nos lo devolvió enérgicamente.

Tycho esperó hasta que el general cogió la otra silla y se sentó, antes de sentarse él.

—De todas formas, el General Cracken estaba en mi agenda, y es un encuentro que no podía posponer.

—No, señor —dije mientras me sentaba. La primera vez que me había encontrado con el General Cracken fue en Coruscant, cuando aparecí en el juicio por traición y asesinato de Tycho. Mi llegada pareció sorprender al general, pero esa fue la primera y última vez que vi que le pillaran desprevenido por algo. Me había pedido que le ayudase a negociar con Booster Terrik la posesión de un destructor estelar imperial, y yo había fallado en esa misión bastante estrepitosamente. Las infrecuentes veces en que nos habíamos encontrado desde entonces habían sido más satisfactorias, pero su presencia allí no me tranquilizaba.

Cracken sonrió cuidadosamente.

—Quería discutir con el Coronel Celchu los informes de inteligencia que hemos recibido de Phan Riizolo, el capitán del *Lleno de Botín*. De él, en realidad, hemos descubierto muy poco que nos ayude a tratar con el *Odioso* y a solventar el misterio de su localización.

Fruncí el ceño.

—En realidad preferiría hablar sobre mi mujer…

—Lo sé, pero esto está relacionado, créame, Capitán Horn.

Se inclinó hacia delante y conectó un cable del cuaderno de datos que llevaba al holoproyector de la esquina del escritorio de Tycho. Una imagen de un destructor estelar imperial quedó suspendida allí como si orbitara alrededor del cristalino modelo de Alderaan centrado en el borde más cercano del escritorio.

—Este es el *Odioso*, representado por viejas holoimágenes imperiales porque no tenemos imágenes actuales de ninguna calidad aceptable. En el momento de la muerte del Emperador, era parte de las fuerzas comandadas por el Alto Almirante Teradoc y sirvió como parte de la flota con la que éste aseguró sus posesiones mientras el Imperio se derrumbaba. Eso fue hace unos siete años. Luego, hace aproximadamente unos seis años, Leonia Tavira parece que obtuvo su posesión.

Cracken pulsó una tecla en su cuaderno de datos y la imagen cambió a la de una mujer muy joven vestida con un uniforme de la Armada Imperial, con la insignia de rango de una almirante. Había visto suficientes de esas insignias llevadas por autoproclamados señores de la guerra como para hacerme pensar que el Imperio las había regalado en el funeral del Emperador, pero nunca había visto una en alguien tan joven. Su pelo negro había sido cortado a la altura de su mandíbula, enfatizando su juventud, pero un ansia ancestral brillaba en sus ojos violetas.

Miré a Cracken.

—Es una niña.

—Lo era —Cracken se reclinó en su silla—. Creemos que tenía dieciséis años estándar cuando empezó una relación amorosa con el moff de Eiattu 4, el planeta natal de una antigua piloto del Escuadrón Pícaro.

Tycho sonrió.

—Plourr. No supimos que era parte de la familia gobernante del mundo hasta que vinieron a buscarla para que regresase y los guiase.

Me concentré por un momento.

—Ella fue anterior a mi época, antes de que el escuadrón fuera reformado y Coruscant fuera conquistado. No me di cuenta de quién era cuando me encontré con ella en Corellia, cuando yo todavía estaba en SegCor.

—No obstante, los informes de Plourr del incidente hablaban muy bien de usted, Capitán Horn —Cracken unió las manos—. Leonia demostró ser ambiciosa, y después de la muerte aparentemente accidental de la mujer del moff, él se casó con Leonia. Entonces él sufrió un ataque que le dejó sin habla y paralizado. A causa de una alergia al bacta, recobrar la salud no fue fácil para él, pero trabajó duramente en su rehabilitación física. Recuperó el uso de las manos, una meta que, según parece, se marcó para posteriormente apuntarse con un bláster y suicidarse. Leonia asumió su título y sus deberes, y gobernó Eiattu 4 hasta que Plourr y los Pícaros la forzaron a huir. Algo que hizo, con una considerable porción de la riqueza del planeta.

Sentí un escalofrío bajándome por la espalda. Con los años había oído incontables historias de gente dispuesta a sacrificar a otros por su propia codicia. En SegCor incluso había investigado a un par de estos asesinos viudos, pero no eran nada comparados con Leonia Tavira.

—¿Hay alguna duda de que ella eliminó a su marido y a su primera mujer?

Cracken negó con la cabeza.

—En mi mente, no, pero no hay evidencias que prueben que lo hizo. Desde que escapó en una lanzadera de Eiattu no hay rastro de ella, hasta que volvió a cruzarse con el Escuadrón Pícaro. En esa ocasión estaba al mando de una pequeña banda de piratas que probaron ser de algún modo menos leales que los Odis. Huyó de aquella confrontación y se unió a Teradoc. Obtuvo el *Odioso* de él por medios desconocidos y se desvaneció excepto por ocasionales ataques por suministros. Se volvió más atrevida durante la campaña de Thrawn, y apareció por primera vez con los Odis durante el regreso del Emperador. Ella era una preocupación menor durante aquella época, pero aprendió muy bien cómo manejar a sus piratas, obteniendo su lealtad.

Una imagen del *Lleno de Botín* reemplazó la holografía de Tavira.

—Lo que ha hecho es forjar una coalición flexible de saqueadores y maleantes hasta convertirlos en una flota que mira hacia ella en busca de planes y coordinación. Ella les proporciona los horarios y los lugares de reunión, entonces fija los cursos, descarga los planes de batalla y utiliza la potencia de fuego del *Odioso* para suprimir las defensas planetarias. Luego sus aliados saquean y cometen pillaje a sus anchas, transfiriéndole la

mitad de lo que toman. Entonces ella se desvanece y ellos vuelven a sus refugios, esperando su siguiente llamada.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no hemos ido tras su flota? Rastrearlos no puede ser tan difícil.

—No lo es. Sabemos, de hecho, que muchos de ellos pasan su tiempo en Nal Hutta, o escondiéndose en varios y diversos escondites de contrabandistas a lo largo de toda la galaxia —los ojos de Cracken se estrecharon—. Sin Tavira y el *Odioso*, su flota se derrumbaría y eliminarlos sería simple. Con la nave de Tavira intacta, no podemos perseguir su flota a menos que destinemos suficientes fuerzas como para ser capaces de repeler una emboscada. Ustedes estuvieron en K'vath. Teníamos un crucero mon calamari y dos destructores estelares para tomar un crucero pesado y dieciocho tri-cazas.

Tycho se inclinó hacia delante y descansó los codos en su escritorio.

—Sin embargo, el hecho es, señor, que no fuimos emboscados en K'vath.

—Lo sé, y ese es uno de los aspectos más preocupantes de todo este asunto —Cracken suspiró, y yo sentí una oleada de fatiga escapar con su exhalación—. La fuente que nos señaló la incursión del *Lleno de Botín* parece estar vinculada a Tavira. Riizolo dice que quería ir por su cuenta, así que cortó sus conexiones con Tavira. Dice que ha estado dependiendo de ella de todas maneras, que es por lo que pudo comprar sus propios agarrados. Incluso robó los planos para encargarse del *Estrella Brillante* del ordenador de ella. Como escoltamos al transporte de vuelta a Coruscant, cree que sólo tuvo mala suerte con el horario de la incursión, dado que nosotros estábamos obviamente allí para escoltar la nave, no para atraparle a él.

Negué con la cabeza.

—No sería el primer criminal que se niega a creer que le han tendido una trampa.

—Es lo bastante estúpido para creer que la poca información que ha sido capaz de darnos le salvará de prisión —Cracken pulsó otra tecla en su cuaderno de datos—. Una de las cosas más útiles que nos ha dado es esta imagen actualizada de Leonia Tavira.

La arpía estirada de la imagen previa quedó atrás. Aunque todavía muy joven, Leonia se había vuelto más angulosa y mucho más bella. Sus penetrantes ojos violetas desmentían la gentil sonrisa de su rostro. Su pelo había crecido descontrolado y tenía un corte irregular, pero lo recogía con un pañuelo rojo del mismo tono que los cuadrados escarlata de su chaqueta negra. Llevaba pistolas bláster en ambas caderas, y los cinturones de armas que circundaban su cintura enfatizaban su físico delgado y pequeño. Sus polainas negras se pegaban a ella como piel sintética, mientras que sus botas blindadas encerraban sus piernas de las rodillas hacia abajo.

Negué con la cabeza.

—Parece como si la vida le hubiese enseñado algunas lecciones de Corazón de Hielo.

Cracken bufó soltando una risa.

—Odio pensar en qué se habría convertido Tavira si Ysanne Isard la hubiese tomado como aprendiz. O incluso el Gran Almirante Thrawn, ya puestos. Parece aprender de sus experiencias muy rápido y muy bien, lo cual es parte de la razón por la que tenemos

problemas para localizarla. Como sospechábamos, y como Riizolo ha confirmado, ella inicia los contactos, y no al revés. Ninguno de los piratas Odis conoce dónde oculta su nave o cuándo aparecerá. Sólo aquellos individuos reclutados como tripulación del *Odioso* descubren esos secretos, pero ese camino de entrada es de una sola dirección. Una vez que se te invita al *Odioso*, no puedes dejarlo.

Tycho estudió la imagen de Tavira, luego miró a Cracken.

—Creo recordar algunas otras operaciones lanzadas contra ella que no dieron frutos. ¿Sospecha que ella tiene fuentes de información que le facilitan nuestros planes?

—Desde luego, me gustaría pensar que sí, coronel, porque eso significaría que podríamos atraparla localizando su fuente y dándole datos falsos —Cracken abrió sus manos—. Hasta ahora todos los esfuerzos en esa área no han dado resultado. De hecho, he tenido a Iella Wessiri coordinando nuestros esfuerzos para localizar a cualquier espía que trabaje para Tavira, y ambos saben lo concienzuda que puede llegar a ser.

Sonreí. Iella había sido mi compañera en SegCor y había sido la jefa de investigación de la acusación en el juicio por traición de Tycho.

—Si ella no puede encontrar a un espía, es que no lo hay.

—Una conclusión que me veo obligado, de mala gana, a aceptar —Cracken negó con la cabeza—. De algún modo Tavira parece saber cuándo nos hemos preparado para una de sus incursiones y la suspende. No hemos sido capaces de desentrañar ningún patrón de conducta que nos apunte hacia ella, así que hemos tenido que depender más y más de métodos poco ortodoxos para tratar de localizarla.

Se volvió para enfrentarse a mí y hielo se cristalizó en mis entrañas.

—Parte de esos esfuerzos involucran a Mirax.

Me dejé caer contra el respaldo de la silla, sintiéndome repentinamente tan viejo como la misma galaxia.

—Sé, de algún modo, que no está muerta, pero no puedo sentir más. ¿Qué sabe, general?

—Sé muy poco, y parte de lo que sé no puedo decírselo.

Tycho frunció el ceño.

—Es su mujer, general, y ha desaparecido.

—Lo sé, coronel, y sé dónde podría estar.

Cracken levantó las manos para cortar cualquier comentario de alguno de los dos. No necesitaba haberlo hecho por mí porque me sentía como si todos mis huesos se estuviesen convirtiendo en líquido y el simple acto de respirar casi era más de lo que podía manejar.

—Mirax vino a preguntarme qué podía hacer para ayudar a terminar con los ataques de los Odis. Resultó que un cliente suyo, un coleccionista de antigüedades, había perdido varios objetos de valor cuando una de las incursiones de los Odis golpeó una casa de vacaciones que tenía. Quería recuperar los objetos y estaba interesado en que Mirax hiciera algunas investigaciones. Ella vino a ofrecerme sus servicios, haciéndome notar que tal historia de cobertura podría permitirle ir donde mi gente no podía. Le expliqué que los Odis podían resultar muy peligrosos, pero ella estaba dispuesta a aceptar el

riesgo… y *decidió* viajar sola, ya que no quería que un copiloto corriera tal peligro. Dijo que cuanto antes fueran eliminados los Odis, menos tendría que preocuparse por la posibilidad de que matasen a los Pícaros, y así ella y usted podrían volver a sus vidas.

Inconscientemente cerré mis manos hasta convertirlas en puños y luché para detener las lágrimas que amenazaban con escapar de mis ojos. *Si no hubiese puesto la destrucción de los Odis como condición para tomar nuestra decisión sobre tener un hijo, ella nunca se habría arriesgado. Debería haber esperado esto, debería haber sabido qué haría ella. Nunca ha sido de las que se quedan sin hacer nada cuando alguna meta se les resiste.*

¿O sí? Con esa pregunta, con mi comprensión de que no recordaba lo suficiente de ella como para responderla, llegaron las lágrimas. Quise disculparme, pero el nudo en mi garganta ahogó mis palabras. Mi boca se abrió de golpe en un grito silencioso, entonces golpeé con mi puño derecho el brazo de mi silla y cerré la boca de golpe. Sorbí, me sequé las lágrimas, luego me senté derecho otra vez.

—Por favor, perdónenme —grazné.

—No hay nada que perdonar, Corran —Tycho me dirigió una sonrisa valiente—. Te lo estás tomando mucho mejor de lo que me lo habría tomado yo si tuviera las mismas noticias de Winter.

Cracken alargó una mano y me dio unas palmaditas en la rodilla.

—Con respecto a su sensación de que Mirax ha desaparecido, yo no estaría excesivamente alarmado, Capitán Horn. Se ha retrasado un poco en informar, pero no tanto tiempo como para que vea la necesidad de asumir lo peor.

—No lo estoy asumiendo, señor —abrí mis puños y bajé la mirada a mis manos vacías—. Ella se ha ido. No está muerta, ¡sólo ha *desaparecido*! Estaba durmiendo y la oí gritar mi nombre, y entonces se había ido.

Cracken levantó la cabeza.

—¿Cree que fue más que una pesadilla?

—No fue una pesadilla.

—Entonces, ¿parte de su herencia Jedi?

Me detuve y pensé. ¿Mantenía alguna clase de conexión inconsciente y sin entrenar con Mirax a través de la Fuerza? No sabía si eso era posible.

—No lo sé, general, sólo sé que ha desaparecido. Ya no puedo sentirla —miré a Tycho—. Dime que tú puedes sentir la presencia de Winter, por favor.

Tycho sonrió rápidamente.

—Creo que sé lo que quieres decir, Corran, y puedo sentir su presencia cuando estamos juntos, pero no es algo constante. Ella está fuera cuidando de Anakin Solo y no tengo ni idea de dónde está o cómo le va. Conociéndola, asumo que está bien. Sin embargo, no puedo decirte que tenga el mismo vínculo con ella que el que tú compartes con Mirax.

—Gracias por tu honestidad —me volví hacia Cracken—. Dígame dónde estaba la última vez que supo de ella.

El general negó con la cabeza.

—No puedo.

—Debe hacerlo.

—No puedo y no lo haré, Capitán Horn —la cara de Cracken se hermetizó—. Piense en ello por un minuto. Tengo agentes establecidos que son muy vulnerables…

—Es la vulnerabilidad de Mirax la que me preocupa.

—Eso lo sé, hombre, no crea que no lo sé —un filo se deslizó en la voz de Cracken y cortó a través de mi ira—. Ella está en la misma posición en la que estuvo usted cuando les insertamos a usted y a los Pícaros aquí, en Coruscant. Si le doy esa información y va tras ella, podría causar que aquellos que están tratando con ella piensen que se les ha tendido una trampa. Tiene que confiar en ella y confiar en que hará lo correcto.

—¿Y si eso no es suficiente? —descubrí que mis manos se habían transformado en puños otra vez, así que las forcé a abrirse de nuevo—. Puede no querer darme esa información, general, pero le pueden ordenar que lo haga.

—Sólo el consejo gobernante de la Nueva República puede hacerlo.

Le miré tan duramente como pude.

—Estoy dispuesto a pedirles que me den esa información. Lo que he hecho por la Nueva República puede haber envejecido un poco, y nada es más fastidioso que un héroe del ayer, pero quemaré cualquier ventaja política que tenga para salvar a Mirax.

Cracken me frunció el ceño.

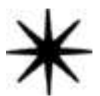
—Pero si ni siquiera sabemos aún si necesita que la salven.

—*Usted* no lo sabe, general, *yo* sí.

Me puse en pie y les ofrecí a ambos hombres un saludo.

—Les respeto mucho a ambos, y no pretendo ser insubordinado, pero mi mujer tiene problemas y yo *voy* a ayudarla. Me gustaría contar con su ayuda, pero si no, no intenten detenerme.

CUATRO



Sabía que las razones del General Cracken para negarse a darme la información que quería eran buenas y legítimas, y si yo hubiese estado en su posición me habría resistido a tal petición del mismo modo. Sin embargo, esa clase de fría lógica se derrumbaba ante la clase de furia y dolor que estaba sintiendo. Si simplemente hubiese tomado una decisión y no hubiese tratado de retrasar las cosas, Mirax no habría desaparecido. Había eludido mi responsabilidad *una vez*, y maldito fuera si le fallaba una segunda vez.

Mi amenaza de pedírselo al consejo gobernante de la Nueva República no era un farol, pero Cracken sabía que tenía poco que temer. En teoría, cualquier ciudadano de la Nueva República podía ponerse en contacto con un senador y, si el caso lo justificaba, podía incluso conseguir una audiencia con el Consejo. En mi caso, podía ir directamente a Doman Beruss, el consejero corelliano, y buscar una audiencia desde ahí. Estaba bastante seguro de que el Consejo me permitiría hablar, pero eso todavía me dejaba muy lejos de conseguir lo que necesitaba del General Cracken.

Incluso antes de ir ante el Consejo, necesitaba conseguir el apoyo de varios miembros para poder tener una oportunidad de que se aprobase mi petición. En realidad sabía que era bastante probable que mi petición fuese rechazada en nombre de la seguridad, pero si un par de miembros del Consejo me respaldaban, podría ganar de todas formas.

Para conseguir esa clase de apoyos, sin embargo, necesitaba pedir favores a los amigos. Mi primera parada en esa búsqueda (al menos mi primera parada después de volver a casa y ponerme el uniforme de servicio) fue la oficina del General Wedge Antilles. No llamé anticipadamente, pero la asistente ejecutiva de Wedge, tan acicalada y fría como era, pareció aceptar que el hecho de que me dejara caer por allí era algo habitual.

La esencia de la oficina de Wedge revelaba mucho sobre el hombre que había llegado a conocer y en el que había confiado a lo largo de los años. Toda la pared de detrás de su escritorio estaba hecha de transpariacero, dando la impresión de que trabajaba en un balcón. Le proporcionaba una gran vista de Coruscant y, lo más importante, de mucho cielo. El escritorio que le habían dado era lo bastante grande como para aterrizar un ala-X, y Wedge lo mantenía lo bastante despejado como para *poder* aterrizar un ala-X. En la parte izquierda de la habitación, Wedge tenía un sofá, una mesa baja, y algunas sillas viejas que habrían encajado mejor en el salón de reuniones de un escuadrón.

—Espero no molestarle, general.

Wedge me dirigió una gran sonrisa que devolvió algo de calidez a mi interior.

—Corran, me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo.

Le dirigí un saludo, luego estreché su mano.

—Sí que ha pasado, general, demasiado.

Me frunció el ceño y me hizo un gesto hacia el sofá apartado de su escritorio. Él dio la vuelta desde detrás del escritorio y cogió una silla para sentarse frente a mí, dejando la mesita baja entre los dos. Me di cuenta de que se parecía a aquella con la que me había tropezado en mi dormitorio y mi espinilla palpitó comprensivamente. Un montón esparcido de tarjetas de datos de informes militares históricos y publicaciones de arquitectura llenaban la mesa.

Wedge me miró cuidadosamente mientras se sentaba.

—No necesitas ser tan formal, Corran.

—Lo siento, Wedge —forcé para que una sonrisa acudiera a mi cara—. En el escuadrón entendimos que el mando te trasladase a operaciones de la flota cuando el Emperador Renacido amenazó a la Nueva República, e incluso durante los últimos cuatro meses que estuviste volando por ahí sacando escombros de las órbitas bajas para que no se estrellasen al caer y mataran a más gente aquí. Luego, cuando aceptaste este puesto en tierra en lugar de regresar, bueno, algunos nos preguntamos si no te habrías acostumbrado al sonido de «General Antilles».

Me sonrió de esa manera fácil y abierta que tenía, con sus marrones ojos reluciendo.

—Nada me gustaría más que regresar con el escuadrón, pero, ya sabes, he pasado los últimos once años de mi vida haciendo pedazos las cosas. Cuando volví a Coruscant y vi todo lo que había sido destruido aquí, y toda la gente que se había quedado sin hogar, como tú y Mirax, no sé, algo en mí quería un cambio.

Wedge se inclinó hacia delante en su silla y un mechón de cabello castaño cayó sobre su frente. Cogió una de sus tarjetas de datos de revistas arquitectónicas.

—En la época en que viví en la estación de Gus Treta con mis padres, solía soñar con tener una casa en tierra y construir edificios increíbles. La Rebelión y todo le demás se puso por delante, y olvidé ese sueño, pero volar sobre la destrucción aquí lo reavivó. No sé si a partir de ahora me dedicaré a esto, pero por ahora es algo que quiero hacer.

Parte de mí quería protestar y convencerle de que se volviera a unir al escuadrón, pero sonaba tan *feliz* que no podía enfadarme con él por el cambio de trabajo.

—Sabes que nos alegraríamos de tenerte de nuevo con nosotros.

—Gracias —Wedge asintió y se reclinó en su silla—. Así que, ¿qué te trae por aquí? ¿Has venido sólo de visita?

Tragué con fuerza.

—No exactamente. Necesito un favor. Uno *muy* grande.

Su réplica llegó con una voz un tanto más grave que antes.

—¿Qué pasa, Corran?

—Mirax ha desaparecido y necesito encontrarla. El General Cracken sabe dónde estaba la última vez que informó, estaba haciendo un trabajo para él en ese momento, y no quiere decirme dónde estaba.

Wedge frunció el ceño.

—No quiere que vayas corriendo y comprometas la vida de ella y su operación.

—Lo sé, pero tiene problemas y tengo que ayudarla. Quiero saber si estarías dispuesto a hablar con la Consejera Organa Solo y ver si ella me ayudaría a pedirle al Consejo que le ordene a Cracken que me dé esa información —intenté que mi petición sonara razonable, pero incluso mientras oía las palabras, supe que era una locura. Incluso si Wedge me ayudaba, el Consejo nunca me daría lo que quería. Me estaba pasando de la raya y lo sabía, pero no tenía elección.

Antes de que Wedge pudiera responder, un hombre de ojos brillantes se deslizó a través de la puerta de la oficina. Estaba mirando hacia la asistente de Wedge.

—Sólo será un segundo y luego me iré de nuevo —miró a Wedge con una sonrisa libertina en su cara, tan ancha como un hutt e igualmente llena de problemas—. Wedge, ¿quieres venir de viaje conmigo a Kessel?

—¿Kessel? Ese es el último lugar al que creía que querrías ir —Wedge parpadeó con sorpresa—. Gracias por la invitación, Han, pero tengo obligaciones aquí.

—¿Qué obligaciones? Los droides de construcción funcionan solos. Puedes venir conmigo y comprobar cómo les van las cosas a los que dejaste allí, como ese Fliry Vorru —Han Solo miró más allá de Wedge y al verme me dirigió un rápido asentimiento—. Perdón por interrumpir.

Wedge pasó la mirada de él a mí, entonces sonrió.

—¿No os conocéis?

Negué con la cabeza.

—Conozco al General Solo por su reputación, ciertamente.

La sonrisa de Han Solo permaneció en su lugar.

—Ya no soy un general, sólo un civil, gracias.

Wedge sonrió con picardía.

—No creo que esa sea toda la reputación a la que se refiere, Han. Este es Corran Horn. Estuvo en SegCor.

Han extendió una mano hacia mí.

—Entonces yo también te conozco por tu reputación. Y a tu padre.

—¿A mi padre?

El contrabandista más notable de Corellia asintió.

—Estuvo tras de mí una vez. Tuve que aceptar una plaza en la Academia Naval Imperial para escapar de él.

Han Solo tenía la insinuación de presunción en su voz que yo siempre había asociado a los contrabandistas y criminales que alardeaban de sus escapes por los pelos, y quise odiarle por ello. Sabía que había traficado con especia para los hutt, y eso también era motivo para pensar que era un desecho del universo. Incluso el hecho de que los corellianos fueran a menudo vistos como los deslumbrantes infractores de la ley por el resto de la galaxia, principalmente a causa de sus proezas, era más que suficiente para haberse ganado mi enemistad eterna.

Pero había algo en sus ojos y en la manera en que estrechó mi mano que me daba una pista del espíritu honorable que se escondía en su interior. Habría sido fácil encasillarlo

como nada más que un mercenario que había encontrado su fortuna con la Princesa Leia, pero eso negaría todos los padecimientos que había sufrido y el esfuerzo que había invertido en luchar contra el Imperio. Algo en aquel hombre pugnaba contra tomar el camino fácil, contra abandonar a los amigos y abandonar las causas perdidas. Tal vez era la voluntad de tener éxito o el miedo al fracaso, ambos o incluso más, pero hizo que me diera cuenta de que un catálogo de sus crímenes y andanzas no podían resumir a ese hombre.

—Encantado de conocerle, señor.

—Tú estabas en SegCor, así que se supone que yo debería llamarte *señor* —se encogió de hombros—. Pero las formalidades nunca han sido mi punto fuerte.

Wedge le hizo un gesto a Han señalando una silla, pero el hombre permaneció en pie.

—Justamente Corran me estaba pidiendo que hablara con tu mujer por un asunto muy importante. ¿Te acuerdas de Booster Terrik?

La cara de Han se iluminó.

—¿Booster? Es difícil olvidarlo. Era una leyenda entre los contrabandistas incluso antes de que Corellia se enfriara para convertirse en un planeta. ¿No mandó tu padre a Booster a Kessel?

Asentí.

—Cinco años.

Han hizo una mueca.

—Eso es *mucho* tiempo en las minas.

Wedge asintió.

—Corran se casó con la hija de Booster, Mirax.

—¿En serio? Por fin alguien que tiene una familia política tan interesante como la mía —Han me miró—. ¿De qué querías que Wedge hablara con Leia?

—Mirax ha desaparecido. Quiero ir tras ella, pero Airen Cracken no me dirá dónde estaba cuando desapareció —me encogí de hombros—. Esperaba que el Consejo pudiera ordenarle que me dé esa información.

—Leia podría ser capaz de convencerlos de eso, pero yo no apostaría mucho por ello, chico —los ojos marrones del contrabandista se endurecieron—. Tan compasiva como Leia pudiera sentirse por tu causa, el hecho es que tu petición ocuparía un puesto bastante bajo en la lista de prioridades de la Nueva República. Y, si piensas en ello del mismo modo en que lo habrías hecho cuando estabas con SegCor, no pueden pasar ese tipo de información al cónyuge de un agente encubierto.

Bajé la vista hasta el suelo.

—Lo sé.

—De todos modos —dijo él, dejando que un tono ligero destiñese sus palabras—, Inteligencia de la Nueva República no es el único lugar donde puedes encontrar información sobre Mirax. ¿Todavía pilota el *Mantarraya Púlsar*?

Levanté la cabeza.

—Sí, señor.

—Antes de salir hacia Kessel, donde Leia me ha mandado como enlace con los presos dada mi experiencia en la zona, tantearé un poco y veré si se ha divisado al *Mantarraya* en alguno de los lugares usuales. Podría proporcionarte un lugar para empezar —los ojos de Han se estrecharon en mi dirección—. Pero eso será sólo si dejas toda esa cosa de *señor*.

Sonreí a pesar de mí mismo.

—Gracias, Han. Y yo soy Corran, a pesar de haber estado en SegCor.

Han sonrió.

—La galaxia es un lugar muy grande, así que tu búsqueda no será fácil, pero no espero que eso te importe mucho.

—No me importa.

—Que la Fuerza te acompañe, entonces —miró a Wedge—. ¿Estás seguro de que no quieres venir a Kessel?

—La próxima vez, Han, pero no ahora —Wedge le dirigió una sonrisa—. La última vez que estuve allí, que el Escuadrón Pícaro estuvo allí, Moruth Doole no me cogió mucho cariño. Hazte un favor y no me menciones.

—Recibido. Cuando regrese, te haré saber si he descubierto algo, Corran —el pirata nos lanzó a ambos un saludo rápido—. Buen vuelo a los dos.

Wedge y yo le vimos girarse y desaparecer a través de la puerta. Me reí.

—Tiene mucha personalidad, ¿verdad?

Wedge asintió.

—Del tipo que no olvidas fácilmente.

—Eso explica las recompensas por su cabeza —sentí cómo mi sonrisa retrocedía—. Wedge, una cosa, yo, eh, no sé si estás planeando ver a Iella ahora que estás en tierra, pero si lo haces, no le preguntes por Mirax. Ella trabaja para Cracken, y podría tener información, pero no quiero que se meta en problemas por dármela.

—Lo tendré en cuenta —Wedge frunció el ceño ligeramente—. Realmente debería lanzarme con ella, ¿verdad?

Sonreí.

—Ambos parecéis llevaros muy bien. Pensaba que a estas alturas ya habríais formalizado vuestra relación.

—Yo también lo habría pensado —se encogió de hombros incómodo—. Intenté empezar a salir con ella antes de que su marido apareciera, luego después de su muerte y de Thyferra y del Escuadrón Espectro y de Thrawn…

—Lo sé, muchas cosas han hecho que las cosas sean duras. Sin embargo, no hay nada mejor que una chica de nuestro planeta natal para compartir el universo con ella.

—Ciertamente tú y Mirax probáis eso —Wedge apartó la mirada con un poco de tristeza—. Realmente debería llamarla y darle a las cosas otra oportunidad. Quizás una vez que consiga que todo esto de la reconstrucción vaya bien pueda tomarme algo de tiempo.

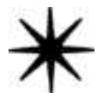
—Como ha dicho Han, la galaxia es un lugar muy grande, pero no creo que encuentres a nadie mejor para ti que ella —forcé una torpe sonrisa—. Una galaxia grande en la que tengo que buscar a mi mujer, mientras que tu pareja perfecta está muy cerca. La vida nunca es fácil, ¿verdad?

—No, eso es cierto —los ojos de Wedge se iluminaron y una sonrisa empezó a florecer en su cara—. Sin embargo, puede que tengamos una ventaja para solventar tu problema.

—¿A qué te refieres?

—Luke está aquí, en Coruscant. Deberías hablar con él —Wedge asintió solemnemente—. Encontrar a Mirax va a ser comparable a encontrar un quark en una mole de deuterio, pero si esa es tu misión, tener a un Jedi ayudándote no es una mala manera de empezar.

CINCO



A pesar de lo temprano que era, Wedge hizo una llamada a Luke Skywalker y fuimos invitados a sus aposentos en el Palacio Imperial. Wedge se hizo con un aerodeslizador y fuimos volando. Pilotó tomando un curso zigzagueante a través de las altas torres y las finas líneas de tráfico que estrangulaban las vías aéreas del distrito del palacio. Ladeando el deslizador hacia la izquierda, se deslizó entre dos aerocamiones muy cargados, luego giró en un gran arco que nos colocó en un curso de aproximación a una de las muchas plataformas de aterrizaje del palacio.

Le miré a él y a la expresión de puro placer en su cara.

—Puede que no te lo creas, pero echas muchísimo de menos al escuadrón.

Él me guiñó el ojo.

—Echo de menos volar, desde luego, pero tratar con jinetes de caza y vuestros egos me estaba agotando la paciencia.

—Sí, todo ese polvo espacial y esas bolas de plasma. Ahora tratas con los políticos y sus egos —me reí en alto—. Simplemente has seleccionado objetivos más duros.

Wedge frunció el ceño por un segundo.

—Hay más verdad en eso de lo que quiero pensar, amigo mío.

Ambos nos callamos cuando el Palacio Imperial estuvo a la vista. Un afloramiento de torres y enormes edificios, parecía el monumento definitivo al poder. Aun así, las distintas partes habían sido esculpidas con tal exquisita atención detallista que, vistas individualmente, porciones de él parecían positivamente delicadas. Lo que parecían finas membranas y tenues tracerías arquitectónicas desde lejos, se volvían más firmes con el acercamiento, pero la proximidad revelaba también más niveles de detalle, completados con luces parpadeantes y brillantes colores salpicados alrededor. *Complejo* parecía ser la única palabra que podía abarcar completamente el palacio.

El gobierno de la Nueva República había intentado abandonar el nombre de Palacio Imperial, y se habían lanzado varias campañas a lo largo de los años para llamarlo cosas como Casa de la República o simplemente el Capitolio. Ninguna de ellas tuvo éxito porque ninguno de esos nombres parecía apropiado. Era como si el edificio hubiera crecido para llenar cada faceta sugerida por el título de Palacio Imperial, y llamarlo de una forma diferente simplemente no parecía correcto.

Wedge ofreció los códigos apropiados para que aterrizáramos en el palacio, luego me llevó a través de un laberinto de pasillos hasta el hogar del Maestro Jedi. Yo habría estado completamente perdido en la red de pasillos, y sólo tenía una vaga sensación de que nos movíamos a través de una torre hacia arriba, pero nunca supe realmente hasta dónde habíamos ido. Parte de esto era porque el diseño de la ornamentación y los vibrantes colores utilizados para decorar esa torre del palacio casi me abrumaban. El uso

del escarlata imperial predominaba, con el dorado, el plateado, el azul y el verde acentuando varios rasgos. Justo cuando el conflicto de colores parecía ir demasiado lejos, caminábamos a través de una alcoba o una pared que contenía una obra de arte de uno de la miríada de planetas de la galaxia. Descubrí que las alcobas eran una especie de santuario y las anticipaba, moviéndome de una a la siguiente como si me moviera de sistema a estelar a sistema estelar en un largo vuelo.

Lo que me pareció más extraño sobre mi reacción fue que esa no era mi primera visita al Palacio Imperial. No podía estar seguro de que no hubiese estado en esa misma torre antes, pero el hecho era que una gran parte del palacio estaba decorado de forma estridente. Parte de mí especulaba que la razón del violento uso del color y la decoración era que cuando el Emperador vivía allí, él absorbía tanta vida de todo el mundo que si algo no era brutalmente y abundantemente claro, los que entraban no lo percibían.

El palacio no había cambiado desde mis visitas previas, pero siempre había ido allí con mi mujer. La apreciación de Mirax por el arte, su conocimiento de las diferentes piezas, sus estilos, sus orígenes e incluso su precio de mercado, me habían dado un contexto en el que colocarlo todo. Me centré en esas cosas que le interesaban a ella y las basé en lo que mi madre me había enseñado en nuestras visitas a los museos de Corellia. Con Mirax, había sido capaz de filtrar las cosas irritantes, pero sin ella, los colores me asaltaban.

Los aposentos del Maestro Skywalker me salvaron. La puerta se abrió antes de que llegáramos y Wedge no dudó en sumergirse en la habitación apenas iluminada. Las tenues luces mitigaban la orgía de colores. Aunque las habitaciones todavía tenían el estilo imperial, no había exceso de muebles que las obstruyeran con sus ángulos, fastuosas telas y flecos colgantes. Las estanterías que habían sido colocadas en las paredes de cada habitación estaban desprovistas de cajas de tarjetas de datos y curiosidades. Aparte de algunos recuerdos (un bastón gaffi, su casco de ala-X y un par de objetos que yo recordaba del mausoleo Jedi del Emperador), las estanterías estaban vacías.

Las habitaciones del Jedi me recordaban la espartana condición del piso franco en el que Mirax y yo habíamos vivido. La libertad de distracciones hacía que en las habitaciones se respirara paz. El tiempo parecía ralentizarse allí y por primera vez desde que descubrí que Mirax había desaparecido, no me sentía como si una tormenta de arena estuviese azotando mi cerebro.

Luke nos miró desde la pequeña cocina y nos dirigió una sonrisa.

—Wedge, me alegro de verte otra vez. Y a ti también, Capitán Horn. ¿Puedo ofreceros algo de beber?

—Caf para mí, si tienes —Wedge ocultó un bostezo con el dorso de su mano derecha—. Mantienes esto lo suficientemente oscuro como para que me quede dormido ahora mismo.

—Que sea caf, entonces.

El Maestro Jedi me miró y sentí electricidad en su mirada de ojos azules. Las otras veces que nos habíamos encontrado, había sentido poder en él, pero ahora, después de sus experiencias con el Emperador Renacido, su poder se había redoblado. Físicamente parecía un poco demacrado y consumido, con la piel alrededor de sus ojos más tensa y las arrugas que habían aparecido en sus rabillos. Sabía que cronológicamente teníamos la misma edad, pero en experiencia él me sobrepasaba.

—¿Y para ti, capitán? Tengo algo de cerveza Gizer Azul Claro aquí para Han. Yo tomaré chocolate caliente.

Lo pensé durante un momento, luego negué con la cabeza.

—Demasiado temprano para empezar a beber, y no estoy seguro de que quisiera parar. Y desde luego no necesito estar más despierto.

—Tu agitación es fácil de sentir —Luke hizo un gesto hacia las simples sillas y la mesa baja frente a la estación de preparación de comida—. ¿Por qué no me contáis cuál es el problema?

La suave calma de su voz me ayudó a mitigar el alboroto de emociones en mi interior mientras me sentaba. Wedge se sentó a mi derecha y Luke se sentó frente a él. Me incliné hacia delante en mi asiento, apoyando los codos en las rodillas. Tomé aire profundamente, lo contuve durante un momento y lo exhalé lentamente.

—Mi mujer, Mirax, ha desaparecido. Estaba fuera en una misión para el General Cracken, una misión para ver si podía descubrir la localización del *Odioso* para que pudiéramos terminar con las incursiones de Leonia Tavira —dudé, mordiéndome el labio inferior por un segundo—. Ella no habría ido si no hubiera sido por el hecho de que le dije que cuando los Odis fueran detenidos, tomaríamos una decisión sobre tener hijos. Si yo no hubiese puesto esa condición para tomar la decisión, ella nunca habría acudido a Cracken y no se la habrían llevado.

Luke alargó una mano y la dejó descansar en mi brazo izquierdo.

—Tómate un momento. Cálmate. Te estás basando en algo que no es correcto.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Estás asumiendo la responsabilidad por las acciones de Mirax… una responsabilidad que no te corresponde a ti —Luke mantuvo su voz baja y suave, forzándome a concentrarme para poder oír sus palabras—. Ella podría haber acudido a Cracken para ayudar a terminar con los ataques de los Odis por muchas razones. Claramente quería ayudarte a ti y al Escuadrón Pícaro a tratar con ellos rápidamente. Tú crees que lo que hizo estuvo dictado por tu aplazamiento de una decisión. Ella estaba probablemente más interesada en mantenerte a ti y a tus amigos con vida.

Wedge asintió.

—Tienes que admitir, Corran, que lo que Luke acaba de decir es exactamente la clase de cosa que ella haría.

Cerré mis ojos durante un momento, luego asentí despacio.

—Buen razonamiento. Tenéis razón, pero eso no significa que parte de su desaparición no sea culpa mía.

La mano de Luke se tensó sobre mi antebrazo.

—Tu sentimiento de culpa es natural, pero no puedes dejar que te paralice. Sin embargo, tengo curiosidad por una cosa. Has dicho que a ella se la han «*llevado*». ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, sólo lo sé. Estaba durmiendo, esperando a que ella volviera a casa, cuando la oí decir mi nombre. Entonces la oí gritarlo, después nada —abrí los ojos y crucé la mirada con el Maestro Jedi—. Pude sentirla desaparecer… no estaba *muerta*, sólo desconectada de mí. Y entonces empecé a olvidar detalles de ella y nuestra vida juntos. Miré por las habitaciones e identifiqué cosas que ella había llevado a la casa o que había tenido o utilizado, pero sin detalles emocionales. Me siento como si ella se estuviese disolviendo en mi memoria.

Luke se puso derecho y sorbió de su chocolate. Sus ojos se volvieron distantes por un momento y su cara se convirtió en una máscara sombría.

—Muy curioso.

—¿El qué?

—Que tus recuerdos se desvanezcan —me volvió a mirar con intensidad en sus ojos—. Me gustaría intentar algo, si no te importa.

Miré a Wedge, quien me ofreció un reconfortante asentimiento.

—Bien. ¿Qué quieres que haga?

Luke sonrió con facilidad.

—Sólo ábreme tu mente. Quiero sondearte. Sentirás algo… una pequeña presión. Podría ser incluso un cosquilleo.

—Vale.

Luke tomó aire profundamente y mientras lo exhalaba sentí una oleada de paz envolverme. Hice todo lo posible por relajarme mientras los ojos del Jedi se entrecerraban. Sentí algo en mi mente, algo suave y a la vez firme, como una palmadita reconfortante en la espalda, presionando contra mi consciencia. El toque se volvió más intenso y se movió de un punto a otro… si es que algo tan etéreo como una mente podía tener puntos. Sentí diferentes ángulos de ataque y una presión creciente que rayaba el dolor, entonces se evaporó y Luke se reclinó en su asiento.

Lo miré con expectación.

—¿Y bien?

Él sonrió como un niño.

—Muy interesante. ¿Estabas intentando resistirte?

Negué con la cabeza.

—Para nada. ¿Ha ido mal?

—Un poco. He podido extraer algunas impresiones superficiales, pero en tu interior estás fuertemente bloqueado —frunció el ceño durante un momento—. Deja que lo intente de otra forma. Wedge, quiero que empieces a hablar. El tema no importa. Algo

simple. Tal vez un chiste. Corran, céntrate en la voz de Wedge y en lo que te hace sentir él. Yo haré lo mismo, lo que debería llevar a nuestros pensamientos por cursos más o menos paralelos. Eso podría proporcionarme una entrada.

Me encogí de hombros.

—Vale la pena intentarlo, supongo.

Ambos miramos a Wedge.

—No soy muy bueno con los chistes.

Luke asintió.

—Lo importante es el sonido de tu voz, no que nos hagas reír.

—Vale. Eso era un bothan que entró en un tapcafé con un gornt bajo el brazo…

Cerré los ojos y escuché el sonido de la voz de Wedge. Pensé en todas las veces que la había oído, y en todos los consejos y felicitaciones que él me había dado, en todo el peligro que habíamos compartido, y también en los buenos tiempos. Me maravillé de cómo nos las habíamos arreglado para superar las situaciones imposibles, desafiando las probabilidades más veces de las que incluso un corelliano habría apostado. Pensé en la gente a la que habíamos ayudado, las vidas que habíamos salvado, e incluso el dolor compartido por los camaradas perdidos a lo largo del camino en nuestras batallas.

Durante todo ese tiempo sólo percibí un rastro del sondeo de Luke. Esta vez en lugar de venir directamente, hizo que su exploración empezara a flotar en la misma dirección que mis pensamientos. La corriente de sus sensaciones se fundió con la mía y cualquier defensa mental que tuviera levantada falló totalmente en reconocer esta otra presencia en mi mente. El sondeo de Luke se deslizó más allá, dando tumbos aún por mis recuerdos de Wedge, y entonces, cuando chocó con un recuerdo en el que aparecían Wedge y Mirax, salió de golpe y yo sentí como si un colmillo de transpariacero se hubiese hundido en mi cerebro.

Debí perder la consciencia por un segundo porque lo siguiente que vi fue a Wedge de pie sobre mí. Parpadeé para alejar las lágrimas y me encontré mirando al techo, con mi silla volcada sobre su respaldo. Había agarrado los brazos de la silla con tanta fuerza que mis manos me dolían. Mis piernas se habían enredado en las patas de la silla tan fuerte que oí la plastifibra crujir y chasquear. Sentí mis pulmones arder y recordé que tenía que respirar.

Wedge cayó sobre una rodilla a mi lado.

—¿Estás bien, Corran? Luke, ¿cómo lo llevas?

—Un poco mejor que él, me parece —Luke apareció por el otro lado y presionó su mano izquierda sobre mi hombro. Sentí que algo fluía de él a mí y mis temblorosas extremidades se aflojaron—. Tranquilo, Corran. Sé que ha sido muy duro. Lo siento.

Moví la mano izquierda despacio para limpiarme la boca y ésta regresó con un poco de sangre de mi labio mordido. El dolor todavía retumbaba dentro de mi cerebro y el vacío de mi estómago me hizo alegrarme de no haber bebido nada. Tosí y forcé una débil sonrisa.

—¿No es lo que estabas planeando?

—Para nada.

Luke y Wedge desenredaron mis extremidades de la silla y me ayudaron a ponerme en pie. Con un gesto, el Maestro Jedi colocó otra silla debajo de mí, y me volví a sentar. Tuve que luchar para evitar deslizarme hasta el suelo debido a la flojera de mi espalda, pero me las arreglé.

—Siento haberte roto la silla.

—No hay problema.

Wedge frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado? No pensaba que el chiste fuera tan malo.

Luke se rio educadamente e incluso yo tuve que sonreír.

—No, Wedge, no lo era. Incluso Corran estará de acuerdo con eso. Lo que ha pasado es que me las arreglé para abrirme camino más allá de sus defensas y utilicé un recuerdo en el que tú y Mirax estabais juntos para hacer una conexión con ella. Al hacerlo empujé a Corran hacia una vasta herida psíquica abierta.

Me estremecí.

—Y de algún modo te expulsé de mi mente.

—Sí, lo hiciste, y con bastante fuerza —Luke enderezó su propia silla y se volvió a sentar—. Creo que tengo una pista sobre tu pérdida de detalles emocionales con respecto a Mirax.

—Dime.

—Parece que tienes *quemaduras*. El trauma de oírla llamarte y luego perderla prácticamente ha quemado tus emociones respecto a ella. Tu mente está cerrando el acceso a ciertos puntos para prevenir sufrir otra conmoción como esa —Luke se encogió de hombros ligeramente—. Tus defensas son bastante fuertes y justo ahora es como si se hubieran reforzado tras el trauma. Te estás cerrando emocionalmente y te estás volviendo muy difícil de alcanzar.

Algo de fortaleza había regresado a mis extremidades, así que me obligué a sentarme derecho.

—No es permanente, ¿verdad?

—No lo creo —Luke tomó un sorbo de su bebida—. La mente es bastante resistente.

Esperé hasta que tomó otro trago de chocolate.

—Así que, ¿me ayudarás a encontrarla? —le pregunté entonces.

—Me gustaría, me gustaría mucho. Primero necesitamos averiguar por qué ha desaparecido.

Wedge frunció el ceño por encima de su taza de caf.

—Ha desaparecido porque salió a investigar a los Odis.

—Esa es la raíz de la causa, sí, pero, ¿por qué ella? ¿Y por qué no la mataron en el acto? —Luke juntó las manos—. Ha habido momentos en los que he sentido a amigos en peligro a grandes distancias, pero la vez que esa sensación fue más poderosa fue cuando Han, Leia y Chewbacca estuvieron en Bespin, siendo torturados por Darth Vader. Él quería que yo fuera hasta él, así podría ganarme para el Lado Oscuro.

—Pero él sabía que para entonces tú habías sido entrenado como Jedi. Sabía que serías receptivo a esa clase de cebo —apunté un pulgar contra mi esternón—. Casi nadie fuera del escuadrón conoce mis conexiones Jedi, y yo no he sido entrenado. De hecho, hay muy poco que me conecte a los Jedi.

Luke asintió.

—Entonces, ¿qué hay que conecte a Mirax con ellos?

Mi corazón se detuvo por un segundo.

—Engendro de Sith, ella tiene mi Crédito Jedi. Se lo di cuando nos prometimos. Lo lleva como amuleto de buena suerte cuando viaja.

La cara del Maestro Jedi se oscureció.

—Eso podría ser. Por lo que he aprendido de las tradiciones de los Jedi corellianos, cuando un Caballero se convertía en Maestro, hacían que acuñaran monedas conmemorativas. Se les entregaban a la familia, los amigos, su Maestro y sus estudiantes. Pudiera ser que alguien viera el medallón, asumiera una conexión y se lanzara a la acción.

—¿Pero por qué? —no tenía ningún sentido para mí—. Has dicho que Vader torturó a tus amigos para atraerte a una trampa. Yo no puedo encontrar a Mirax, así que, ¿cómo voy a caer en una trampa?

Wedge negó con la cabeza.

—Podría ser sólo una advertencia, Corran, advirtiéndote de que no hagas algo.

—Seguro, pero, ¿qué?

Luke levantó una mano.

—No lo sabemos. Especular ahora puede que sea una pérdida de tiempo. Mi utilización del ejemplo de Bespin podría habernos dirigido por un camino equivocado. Puede que simplemente hayan secuestrado a Mirax porque la hayan reconocido y creen que pueden pedir un rescate por ella, dado que ambos sois conocidos como parte de la Rebelión. La advertencia que has sentido puede que haya llegado antes que cualquier demanda de rescate y los secuestradores podrían no saber que tú estás bajo aviso.

Mis ojos se estrecharon.

—Bien, entonces estamos un paso por delante de ellos. Con tu ayuda, podemos encontrar a Mirax y ocuparnos de esta situación antes de que se vuelva más grave.

—Estoy de acuerdo, pero hay un problema.

—¿Cuál?

Luke suspiró.

—No tengo tu conexión con Mirax. La forma tan abrupta en la que tu conexión con ella se ha roto me hace preguntarme si estará en estasis. Tendré que preguntarle a Leia qué sintió cuando Han fue encerrado en carbonita… sé que a ella le dolió terriblemente. Apuesto a que lo que sientes es muy parecido a lo que ella sintió.

Me abracé con fuerza a mí mismo. La idea de Mirax siendo congelada en carbonita, o metida dentro de un tubo de hibernación, me llenó de terror.

—Estás diciendo que no tienes manera de encontrarla.

—No, no justo ahora, no a esta distancia.

Mi corazón se hundió.

—Entonces está perdida.

—Yo no he dicho eso —Luke dejó su taza sobre la mesa y me miró fijamente a los ojos—. Creo que tú *puedes* encontrarla. Creo que eres lo bastante fuerte en la Fuerza como para hallarla, incluso si está en hibernación. Sus pensamientos pueden haber sido ralentizados hasta un punto en el que apenas se registran, pero a través de la Fuerza, tú puedes encontrarlos. Te llevarán hasta ella.

—¡Pero tengo que encontrarla *ahora*!

—No —insistió él calmadamente—, no tienes que encontrarla. Lo que tienes que hacer *ahora* es aprender cómo encontrarla.

Luke se puso en pie, dio la vuelta alrededor de su silla y se inclinó pesadamente sobre el respaldo.

—He estado pensando mucho en lo que ha ocurrido recientemente y sé que no hay manera de que Leia y yo, y sus hijos, cuando crezcan hasta madurar, podamos cargar con todas las responsabilidades con las que se nos ha pedido lidiar. Durante mil generaciones los Jedi mantuvieron la paz en la galaxia, había montones de Jedi; cientos con toda certeza, probablemente miles. Los mejores esfuerzos del Emperador por destruir a los Jedi no tuvieron un éxito completo y todavía hay gente sensible a la Fuerza por ahí fuera. Gente como tú, Corran, o yo, o Mara Jade. Tenemos que formar a más Jedi para compartir la carga… Sé que ya te pedí que te unieras a mí y entrenaras conmigo. Te negaste por razones que eran buenas y válidas. Los eventos ocurridos desde entonces no me han permitido llegar a reestablecer la Orden, pero ahora es el momento. En un par de días planeo pedirle al Senado que me permita establecer una Academia Jedi. Una simple búsqueda en las bases de datos ha dado como resultado cierto número de posibles candidatos a Jedi. Si puedo tener a una docena o así creo que tendré suficiente para empezar. Me gustaría que tú fueses uno de ellos.

—¿Cómo puedo pensar en entrenar para ser un Jedi cuando mi mujer ha desaparecido?

Wedge me frunció el ceño.

—Piensa por un segundo, Corran. *Si* se pretendía que su rapto te enviara un mensaje, un mensaje que sólo un Jedi pudiese entender, entonces quienes quiera que la tengan son lo bastante duros como para pensar que pueden enfrentarse a un Jedi y sobrevivir. Si no entrenas para ser un Jedi, ¿qué probabilidad crees que tendrás de rescatarla?

Luke asintió.

—Wedge tiene razón. Y, si recibiste el mensaje a causa de tu sensibilidad a la Fuerza y los secuestradores no saben nada de eso, el entrenamiento Jedi te hará mucho más capaz de tratar con ellos y salvarla.

Su lógica era intachable, pero todavía me sentía incómodo con consagrarme a un curso de entrenamiento mientras Mirax languidecía en estasis.

—No lo sé.

El Maestro Jedi sonrió lentamente.

—No habría esperado ninguna otra respuesta honesta. Dos cosas para que las consideres, Corran. La primera es esta: cuando Vader torturó a mis amigos, era para atraerme a él *e* interrumpir mi entrenamiento. Cometí el mayor de los errores de mi carrera dejando a mi maestro en ese punto. Me costó la mano, casi me cuesta la vida y, tal y como fueron las cosas desde ahí, podría haber dañado seriamente a la Rebelión. Tú tienes la oportunidad, al ser enfrentado a un desafío similar, de evitar el error que yo cometí. Espero que la aproveches.

Podía sentir la sinceridad saliendo de él.

—¿Cuál es la otra?

—La tradición de los Jedi corellianos es muy fuerte. En los anales de los Jedi, muchos Jedi corellianos son nombrados por su devoción al servicio. No solían alejarse mucho de Corellia, ese sistema tenía más que suficiente trabajo para ellos, pero su sabiduría y coraje produjeron un gran impacto. Eres el heredero de esa tradición y creo que traerla de vuelta a las tradiciones de los nuevos Jedi será muy importante. Lo que haces al unirte a la academia no sólo te permitirá rescatar a Mirax, sino que ayudará a otros a descubrir su total potencial en la Fuerza.

—Comprendo lo que estás diciendo, Maestro Skywalker, pero hay otros problemas —me encogí de hombros—. No soy tú o Han Solo, pero no soy un desconocido en la Nueva República. Si los secuestradores de Mirax oyen que estoy en tu academia y estoy siendo entrenado como Jedi, su vida correría peligro.

Wedge me señaló.

—Además, su estatus como héroe de la Rebelión probablemente distraería a los otros estudiantes.

—Muy cierto, pero ese no es un problema demasiado difícil de solucionar —Luke sonrió con facilidad—. Tíñete el pelo, déjate crecer la barba, parecerás diferente. Durante el tiempo que pasaste en SegCor realizaste operaciones encubiertas.

—Desde luego, pero tampoco era conocido como Corran Horn durante esas misiones.

—No, te cambiabas el nombre —Luke asintió solemnemente—. Al buscar entre los Jedi corellianos vi un nombre… probablemente un antepasado tuyo. Puede que incluso eligieran tu nombre por él. Él fue Keiran Halcyon. Puedes usar su nombre. Es lo bastante parecido al tuyo como para que respondas a él, y al mismo tiempo es lo suficientemente diferente como para darte la cobertura que necesitas.

Keiran Halcyon. El nombre dio vueltas por mi cerebro y pareció calmar los últimos dolores del sondeo de Luke.

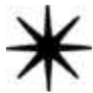
—Eso podría funcionar. Tengo que pensar en ello.

Luke alargó una mano y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Es una gran decisión. Ve a casa. Piensa en ello definitivamente. Piensa en reclamar la herencia que el Imperio intentó negarte. Esta es otra oportunidad para que derrotes esa maldad y te prepares para luchar contra nuevas maldades. Si realmente deseas que la

galaxia sea un lugar seguro para los hijos que tú y Mirax tendréis, aprender a ser un Jedi es el mejor curso de acción posible que puedas tomar.

SEIS



Wedge me llevó a casa y se ofreció a quedarse conmigo y hablar de todo, pero le dejé que se fuera.

—Aprecio la oferta, Wedge, pero tienes cosas más importantes que hacer que escucharme argumentar esto desde todos los puntos de vista.

Wedge juntó los labios y los presionó en una lúgubre sonrisa.

—Nada de lo que tengo que hacer es más importante que mis amigos. Mirax es lo más parecido a una hermana pequeña que tendré jamás, y definitivamente pienso en ella como en alguien de la familia. Tú eres un buen amigo. Tanto como te preocupa no ser capaz de hacer nada en este momento, al menos tú tienes opciones. Yo estoy incluso más cegado que tú; sin embargo estaré listo para ayudar sin importar la decisión que tomes.

Estreché la mano que me ofrecía.

—Gracias. Créeme, sabrás de mí.

—Cuento con ello.

Levanté una mano.

—Una cosa más, por favor. No le digas nada a Booster.

Wedge frunció el ceño.

—Pero él es su padre. Se le debería decir.

—Sí, pero si Cracken estaba preocupado porque yo me comportara como un nerf en un bazar de antigüedades, imagina lo que haría Booster —negué con la cabeza—. El *Ventura Errante* puede no estar en muy buena forma, pero que un destructor estelar imperial aparezca y amenace un mundo no es la mejor forma de recuperar a Mirax.

—Ahí tienes razón —Wedge sonrió—. No le mentiré, pero no me apartaré de mi camino para decirle nada hasta que, o a menos que, tenga buenas noticias.

—Gracias. Te veré luego, Wedge.

Bajé los escalones de la zona común de aterrizaje del edificio y caminé hasta el apartamento. La puerta se abrió cuando introduje el código. Ya había dado dos pasos en el interior cuando me di cuenta de que había más luces encendidas que cuando me fui. Sin un bláster o el sable láser de mi abuelo, estaba indefenso contra cualquiera que hubiese entrado. Estaba a punto de darme la vuelta y volver a salir, cuando un silbido familiar resonó desde la sala de estar.

—Sí, Silbador, soy yo.

La pequeña unidad R2 verde se dio la vuelta, giró su cabeza para que sus monitores visuales pudieran enfocar el pasillo, y luego se giró y desapareció de nuevo. Caminé hasta la sala de estar y encontré una variedad de bolsas y contenedores de comida apilados en la mesa del holoproyector. El brazo con pinza del droide se extendió desde su

cuerpo cilíndrico y elevó un paquete de nerf y gumes hasta la parte de arriba de un inestable montón.

—Silbador, a pesar de lo que Mirax te dijo hace meses sobre mis hábitos alimenticios cuando ella estaba fuera, realmente puedo alimentarme solo —me dejé caer de rodillas en el suelo a su lado y cogí el paquete que dejó caer en mi regazo—. Sí, estoy seguro de que esto me sentaría bien, pero es que no tengo mucha hambre ahora mismo.

Un grave silbido comenzó a sonar, subiendo el tono progresivamente.

—¿Por qué? —bufé—. No sé cuánto de esto podrás entender, Silbador —ignoré su réplica burlona y continué, organizando mis pensamientos mientras hablaba—. Dado que estás aquí, sé que has revisado los registros de puerto del *Mantarraya* y has visto que Mirax se ha ido. El hecho es que realmente *se ha ido*. Alguien la ha raptado y el Maestro Jedi Skywalker cree que la mantienen en estasis en algún lugar. ¿Por qué?, ninguno de nosotros tiene ni idea.

El tono fúnebre de Silbador hizo que me subiera un nudo por la garganta. Él chirrió y pitó un puñado de cosas después de eso, pero no pude figurarme qué quería decir. Alargué una mano y le di unas palmaditas suaves en la cúpula. Sus pinzas tiraron suavemente de mi chaqueta.

—Acabo de llegar de hablar con Wedge y con Luke Skywalker. Ambos creen que entrenar para convertirme en Jedi es la llave para encontrar a Mirax, pero creo que eso llevará mucho tiempo. Parte de mí sabe que tienen razón, pero otra parte no cree que Mirax pueda permitirse ese tiempo. Sigo intentando pensar qué debería hacer, o qué haría mi padre, pero tengo tantas preguntas que necesitan respuestas que estoy perdido.

Silbador se tambaleó hacia delante y volcó uno de los montones de paquetes que había hecho. Su sonda de datos se extendió y se hundió en el puerto de datos del holoproyector. En un instante la imagen de mi padre apareció congelada en el holoproyector. Silbador me pitó insistentemente, pero no podía entenderle.

—Despacio, despacio. ¿Qué pretendes decirme?

La imagen de mi padre se desvaneció, reemplazada por las brillantes palabras: «Todo lo que tienes que hacer es preguntar».

Estaba a punto de pedir una explicación más amplia de esa frase, cuando las palabras resonaron en mi interior y las reconocí casi al instante. Antes de que liberásemos Thyferra, antes de Thrawn y de liberar a los prisioneros del *Lusankya*, Silbador me informó de que mi padre había encriptado y cargado en él un holograma hablando sobre mi herencia. Silbador había dicho que el mensaje fue grabado antes de que yo me uniera a SegCor. Le habían instruido para reproducirlo para mí en cualquier momento en que yo lo pidiera y pudiera proporcionar la clave de encriptación.

Me resistí a escuchar el mensaje entonces porque temía que me hiciese tomar decisiones que no quería tomar. Si mi padre me hubiese instado a convertirme en un Jedi, que buscara un Maestro y entrenara, sé que lo habría hecho. En aquel momento eso habría significado dejar el escuadrón, dejar a Mirax, y abandonar a los antiguos

prisioneros del *Lusankya*. Yo no podía hacer eso, así que dejé a un lado la idea de oír lo que mi padre tenía que decir.

Después de eso, con Thrawn y todo lo demás, nunca tuve la oportunidad de explorar lo que mi padre había dejado para mí. Mirax me dijo que el mensaje en sí mismo no era el último regalo que mi padre me había dejado. El último regalo era la confianza que mostraba al permitirme elegir *cuándo* y *si* oía el mensaje. Aprecié ese regalo, y aunque sabía que debía escuchar el mensaje, el posponer esa decisión hizo que el regalo durase más.

Incluso mientras esa idea bullía en mi cerebro, me di cuenta de que escuchar el mensaje no destruiría el regalo de mi padre. Su confianza había estado implícita en cada aspecto de nuestras vidas. Mi padre había muerto en mis brazos y yo no había sido capaz de evitar su muerte. A causa de esto había pensado que en sus últimos segundos de vida se preguntó dónde había estado yo. *Se preguntó por qué no había estado allí para ayudarle*. Tenía la esperanza, por el bien de mi cordura, de que él sabía que yo habría dado mi vida por salvar la suya. De algún modo no lo creía; lo *sabía*.

Sonreí.

—Grabó ese mensaje mucho antes de morir. Nunca pretendió que fuera un legado, sino un seguro. Si algo le ocurría, yo no me quedaría sin la información que pensó que necesitaba saber. Y tengo que recordar que él nunca me colocaría en la posición de hacer una elección contra mis mejores intereses. Confío en él con respecto a eso, pero al no escuchar el mensaje he fallado en actuar conforme a esa confianza.

Asentí en dirección a Silbador.

—Por favor, reproduce el mensaje para mí. El código de desencriptación es Nejaa Halcyon.

La imagen de mi padre reapareció y mi garganta se tensó. Siempre había sido más alto que yo y, conmigo arrodillado en el suelo, de nuevo tenía que levantar la vista para mirarle. Su pelo negro estaba cortado muy corto, sus ojos color avellana centelleaban con destellos dorados. Tenía esa sonrisa fácil que yo había visto tan a menudo. Probablemente yo tendría unos dieciséis años cuando él grabó el mensaje… aún tenía su poderosa complexión y sólo un rastro de la gordura contra la que lucharía hasta el final de su vida.

Su voz llegó clara y fuerte.

—Estoy haciendo esta grabación para ti, Corran, porque hay cosas que debes saber. Estar en SegCor puede ser peligroso y no quisiera que te quedaras sin saber de nuestra familia si algo me pasara a mí. Espero y confío en que justo ahora estemos sentados juntos viendo esto y riéndonos de lo joven que parecía cuando lo grabé. Si no es así, quiero que sepas que te quiero y que siempre he estado muy orgulloso de ti.

Silbador detuvo el mensaje mientras yo cerraba los ojos intentando alejar las lágrimas. El shock por la desaparición de Mirax me podía haber entumecido sobre todo lo que tuviera que ver con ella, pero el dolor por la muerte de mi padre regresó rugiendo para llenar el vacío de mi interior. Me di cuenta de que en ese momento estaba

arrodillado de la misma manera en que lo estuve en la cantina donde él murió, acunando su cabeza en mi regazo. Era casi como si pudiera sentir su sangre empapando mi ropa de nuevo. La frustración que sentía por la desaparición de Mirax se mezcló con la frustración que sentí por la muerte de mi padre y eso casi me hizo huir.

Pero ninguno de ellos dos huiría.

Sorbí y me limpié la nariz en la manga, luego abrí los ojos y asentí en dirección a Silbador.

—Gracias, amigo mío.

El mensaje continuó con mi padre sonriendo ampliamente.

—Esto te parecerá una locura, pero todo es verdad. Tu abuelo, Rostek Horn, es en realidad tu abuelo adoptivo. Como sabes, fue el compañero de un Jedi antes de las Guerras Clon, y ese Jedi murió sirviendo lejos de Corellia, justo después de las Guerras Clon. Ese Jedi, Nejaa Halcyon, era mi padre. Fue mi Maestro antes de marcharse. Yo tenía diez años cuando murió, y Rostek Horn se ocupó de que a mi madre y a mí no nos faltase de nada. Mi madre y Rostek se enamoraron y se casaron, y Rostek me adoptó. Más importante aún, cuando el Imperio comenzó a dar caza a los Jedi y a sus familias, él se las arregló para destruir los archivos y crear unos nuevos que nos aislaron de la furia del Imperio… Sé que este es un secreto bastante grande para ocultártelo, pero el engaño era necesario. Te conozco, Corran, y sé que habrías estado muy orgulloso de tu herencia. Se lo habrías dicho a otros, compartiéndolo con ellos, y esa hubiese sido tu destrucción. Lord Vader y los otros cazadores de Jedi han sido incansables. He visto los resultados de su trabajo. Mantenerte ignorante es mantenerte a salvo. Es un terrible pacto, pero es el único que se puede hacer.

La cara de mi padre se retorció en esa expresión que ponía cuando las cosas no iban exactamente como quería.

—La familia Halcyon es muy conocida entre los Jedi corellianos. Éramos muy respetados y fueron muchos los tributos recibidos por Nejaa Halcyon cuando murió. Ahora no puedes encontrar ningún registro de ello, por supuesto. Lo que no destruyó el Imperio, lo destruyó Rostek o lo escondió… ni siquiera me dirá a mí dónde están esos registros, pero no puedo creer que él haya permitido que todo rastro de su amigo se pierda. Los Halcyon éramos fuertes en la Fuerza pero no llamativos o dados a muestras públicas de poder. Una palabra aquí, un acto allá, permitir a la gente *elegir* entre el bien o el mal a su propio ritmo y riesgo eran más nuestros métodos… Y así, aquí, con este mensaje, te doy una elección. Estaré orgulloso de ti y te querré sin importar lo que elijas. El hecho de que dijeras que querías unirte a SegCor nos ha llenado a mí y a tu abuelo de más orgullo del que puedas imaginar. No hay mayor honor que decidieras seguir nuestros pasos. Quiero que sepas, sin embargo, que mi elección une dos caminos. Dado que Rostek y mi padre trabajaron juntos, SegCor y Jedi, yo he utilizado lo que aprendí de mi padre para trabajar en SegCor. De ese modo he servido a ambas tradiciones, la Halcyon y la Horn.

La imagen de mi padre abrió las manos.

—Si tienes la oportunidad, si sientes la necesidad, espero que también te abras a ambas tradiciones. No es que ser Jedi sea mejor que servir con SegCor… para nada. Pero hay tan pocos capaces de convertirse en Jedi que apartarse de ese camino es una tragedia. Yo fui forzado a apartarme de ese camino. Tengo la esperanza de que a ti no se te prohíba también y, si es posible, que yo pueda instruirte de la misma manera en que mi padre me instruyó a mí.

Mi padre sonrió y el orgullo brilló en sus ojos.

—Ahí lo tienes, hijo mío. Ahora sabes más sobre quién eres y en lo que podrías llegar a convertirte con tu potencial. Los únicos límites que tienes son los que te impongas tú mismo. Sé que decidas lo que decidas, será lo correcto. Eres así de bueno, Corran, y así de especial. Estaré muy contento si llevas a los Halcyon de regreso a la Orden Jedi, pero incluso eso no será nada comparado con la alegría de tenerte como mi hijo y saber que eres feliz y estás bien.

El mensaje se detuvo y Silbador se ofreció a volver a reproducirlo, pero negué con la cabeza.

—Él quiere que entrene. Sabe que es lo correcto —pensé durante un momento—. Y creo que yo también lo sé. Siempre vi mi servicio en SegCor como lo máximo que podía hacer para prevenir que el inocente fuera herido por el malvado. Así lo pensé entonces, justo lo que volar con el Escuadrón Pícaro llegó a ser después. Ahora, lo máximo que puedo hacer es convertirme en un Jedi, como Luke Skywalker y el padre de mi padre. Hacer menos es ser indigno de la confianza que todos ellos han depositado en mí.

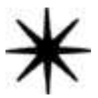
Me puse en pie lentamente.

—Hacer menos significa fallar en mi responsabilidad hacia Mirax. No voy a dejar que eso suceda.

Fui por el pasillo hasta mi habitación. Deslicé un panel falso de mi cómoda y saqué el delgado cilindro plateado que había sido el sable láser de Nejaa Halcyon. Mi pulgar derecho pulsó el botón negro, permitiendo que la hoja blanco-plateada siseara al encenderse. Zumbó mientras me volvía hacia Silbador y movía la hoja a través del aire.

—Luke Skywalker está buscando estudiantes, y yo necesito un profesor —sonreí mientras Silbador trompeteaba triunfalmente—. Keiran Halcyon ha nacido.

SIETE



Salí del baño del apartamento terminando de secarme el pelo con una toalla mientras caminaba hasta la sala, cuando Iella apareció ante mi vista le sonreí.

—A ver, ¿qué te parece?

Ella estrechó sus ojos marrones en mi dirección, luego asintió.

—Ni rastro del verde.

—Bien —me colgué la toalla alrededor del cuello, agarrando cada extremo—. Va a llevarme un tiempo acostumbrarme a ver mi reflejo con este pelo tan cercano al blanco.

Ella colocó un mechón de pelo castaño-dorado detrás de su oreja izquierda.

—Te hace parecer mayor. El bigote y la perilla cambian la línea de tu barbilla justo lo suficiente como para que casi no te reconociera cuando me llamaste antes.

—¿No crees que el verde tuvo algo que ver con eso? —resoplé—. No creí que teñirme el pelo fuese tan complicado.

—Corran, se supone que tienes que leer las instrucciones de la caja.

—Lo hice.

—Y *luego* se supone que tienes que seguirlas —me dirigió una mirada de disgusto burlón—. Una vez que ingieras el agente metabolizante, tienes que ser muy específico con el tiempo que te dejas puesto el gel para fijar el color. Si el tiempo no es correcto, tienes problemas.

Me tiré del pelo del pecho.

—Sí, pero estaba intentando teñirme todo el cuerpo. Esparcir esa cosa lleva tiempo.

—Que es precisamente por lo que tienes que hacerlo en diferentes pasos, no intentar hacerlo todo a la vez —empezó a reír y yo enrojecí—. Ibas desde el esmeralda hasta el verde pálido en los dedos de tus pies. Aunque bueno, tu barba *hacía* juego con tus ojos.

—Pero habría sido un problema sin fin elegir los complementos —le dirigí una mirada arrogante y luego sonreí—. Al menos no necesitaré repetir esta penosa experiencia durante un año o así.

—Cierto, ese suele ser el tiempo que le lleva al metabolizador abandonar los folículos, pero ten cuidado. Las comidas extrañas pueden afectar a la química —se estiró—. Hablando de lo cual, ¿dónde vas a llevarme para ese almuerzo que me prometiste?

Me encogí de hombros.

—Elige tú. El hecho es que no he estado pensando mucho en la comida durante el último par de semanas.

Iella me frunció el ceño.

—Sabes que todavía estoy un poco enfadada contigo. Pensé que éramos amigos, pero resulta que tu mujer desaparece y no me llamas ni me hablas de ello.

Cerré mis ojos y asentí.

—Sé que debería haberlo hecho.

—Tienes toda la maldita razón en que deberías haberlo hecho —su voz se suavizó y sentí su mano acariciar mi brazo desnudo—. Estuviste allí para mí cuando perdí a Diric. No creo que pudiera haber pasado por eso sin ti. Te debo mucho e incluso si no fuera así, querría ayudarte con esta clase de cosas.

Abrí los ojos y le dirigí una sonrisa valiente, pero sequé una lágrima con la toalla.

—Quería hablar contigo, pero estás trabajando para Inteligencia de la Nueva República y no quería colocarte en una posición donde sintieras un conflicto entre tu trabajo y nuestra amistad. No, espera. Te conozco y te respeto a ti y a tu profesionalidad. Sé que habrías hecho y harás lo que es correcto para el mayor interés de todo el mundo. También sé que eso no es exactamente lo que quiero. No quería que pensaras que me habías fallado porque no podías decirme nada.

Iella asintió, entonces me dirigió esa mirada indulgente que yo recordaba de nuestros años de compañeros en SegCor.

—Tus sesiones informativas sobre los Odis con el escuadrón probablemente te han dicho todo lo que yo sé *con seguridad* de los Odis.

Arqueé mi nueva ceja rubia.

—¿Pero hay rumores?

—Rumores vagos e insustanciales —comprimió sus labios durante un momento—. En algunas de las primeras incursiones, cuando Leonia Tavira se dignaba a bajar a tierra y dar una vuelta por las ruinas que su gente había dejado atrás, los supervivientes dijeron haber visto figuras con armadura acompañándola. Nunca más de una, y todos las han descrito como con un aire Vaderiano; sin embargo han sido descritas figuras masculinas y femeninas. Con el informe de Riizolo añadido a la mezcla, creemos que son al menos cuatro individuos distintos.

Me rasqué el pescuezo.

—Cuando dices «Vaderiano», ¿estás hablando sólo de máscaras, capas y respiración pesada, o están haciendo esa cosa del estrangulamiento virtual u otros despliegues de poderes de la Fuerza?

—Nada más sólido que una imagen, aunque Riizolo insiste en que son especiales. Sin embargo, no sé si confiar en sus informes. Creo que nos está diciendo mucho de lo que queremos oír para que le encontremos un agujero en el que esconderse —Iella se encogió de hombros—. Por todo lo que sabemos sobre Tavira, puede que sólo cultive la imagen de Vader para sus secuaces, haciéndola parecer ante ellos como lo que el Emperador era para Vader. Todos los informes parecen coincidir en que ella puede ser lista, pero también es decididamente vanidosa.

Asentí.

—Interesante información. Gracias. Así que, ¿dónde quieres comer?

Me dio una palmada juguetona en la barriga.

—Deberíamos encontrar un lugar para engordarte. Has perdido peso.

—He estado entrenando. Han pasado casi dos semanas desde que decidí unirme a la Academia Jedi y me fui del escuadrón —lancé la toalla a una silla, sin preocuparme de que el droide limpiador se lo notificara a Silbador y él me regañara por ello—. Recordarás cómo fue el entrenamiento en la academia de la Fuerza de Seguridad Corelliana, y pasé por eso cuando era un niño. Entrenamiento físico al amanecer, largas carreras, clases, más carreras, ejercicios, guardias. Tendremos todo eso y más en la Academia Jedi.

Iella sonrió.

—Seréis la élite de la élite. ¿Crees que estarás a la altura?

—Eso espero. Tengo la edad del Maestro Skywalker y probablemente estoy en tan buena forma física como él, pero apuesto a que va a traer un puñado de niños. Realmente tendré que superarme. Tengo que hacerlo, porque Mirax cuenta conmigo.

—Lo harás bien, Corran. ¿O debería llamarte Keiran?

—Corran servirá.

—Vale. ¿Qué te parece comer en un ithoriano?

Arrugué la nariz.

—La comida es buena, pero quiero algo con un poco más de proteína animal.

—Hay un nuevo lugar twi'lek que ha abierto a un par de sectores de aquí.

—¿*Kavsrach* de Car'ulorn?

Ella asintió.

—Creo que ese es el lugar. He oído que hacen algo especial con el mynock.

—Si tengo que comer mynock, tendrá que ser *muy* especial —le guiñé el ojo—. Nawara dijo que la comida allí era buena, así que parece que iremos allí. Deja que me ponga algo de auténtica ropa y saldremos de aquí.

Mientras me cambiaba Iella consultó el directorio de la Ciudad Imperial y descubrió que el restaurante estaba en realidad más cerca de lo que ninguno de los dos había creído. Decidimos caminar hasta allí y lo hicimos con el paso rápido que utilizamos en el pasado cuando íbamos de patrulla a pie por Corellia. Los años parecieron haberse evaporado mientras ella me señalaba cosas que sabía que yo encontraría sorprendentes y yo hacía lo mismo por ella.

Le di un codazo suave en las costillas.

—¿Alguna vez pensaste que terminaríamos en Coruscant cuando éramos compañeros?

Sus ojos se estrecharon por un momento, luego se encogió de hombros.

—Quizás de vacaciones, aunque puedo pensar en cientos de mundos a los que preferiría ir. Diric siempre quiso venir aquí, ver el centro de la galaxia. En aquella época yo pensaba que era demasiado urbano.

—¿Y ahora?

—Una vez que vienes aquí descubres que no es completamente una gran ciudad, sino que hay barrios y pequeñas ciudades-estado. No es simplemente un gran bloque uniforme de gris —me dirigió una sonrisa furtiva—. Todavía me gustaría ir a un lugar como Alakatha.

Me detuve abruptamente cuando dos pequeños niños rodianos pasaron corriendo por mi lado y me apoyé pesadamente en Iella para no caerme.

—Podrías pedirle al General Cracken que te envíe allí para comprobar cómo eligió a su objetivo Riizolo.

—Pensé en eso, pero tendría que cargar con ese pedazo de pirata con cara de hutt, así que creo que no es una misión que desee.

Sonreí.

—Habla con Wedge. Necesita unas vacaciones.

—Es una idea —Iella pasó delante de mí cuando la pasarela por la que íbamos comenzó a llenarse de gente. Pasó más allá de un grupo de whipids, entonces apuntó a una pequeña bola de un color rojo vivo a un par de niveles más abajo—. Ese es el lugar.

Nos dimos prisa en bajar. El *Kavsrach* de Car'ulorn estaba bastante lleno ya, y la mayoría de la multitud era twi'lek. Nos tomamos eso como un buen signo, aunque encontramos inquietante que nos llevaran por un camino retorcido hacia una pequeña mesa al fondo cerca de la cocina. Los twi'leks utilizan movimientos y estremecimientos de las colas que les cuelgan de la cabeza, más propiamente llamadas *lekkus*, de la misma forma en que los humanos utilizan sus manos para enfatizar lo que dicen, así que la sala entera bullía con el movimiento de las serpenteantes colas cefálicas.

Miré a Iella a través de la proyección holográfica del menú.

—Recuérdame que no quiero nada que tenga fideos.

Ella se rio y apuntó al tercer objeto empezando por el principio.

—Mynock Ciudad de Coronet. Una combinación especiada de tiras de mynock marinadas con nueces *vweilu* y *chale* ithoriano, acompañado con salsa de lum.

—Suena bien, pero el gornt asado me suena mejor —le sonreí—. Me recuerda a un chiste que le oí a Wedge el otro día.

—¿No será el del bothan y el gornt en una cantina?

—¿Lo has oído? ¿Has hablado con Wedge?

—Hay alrededor de un billón de chistes de un bothan y un gornt, Corran, y probablemente los he oído todos. Tienden a ser bastante populares en Intel —Iella bajó la mirada hasta la mesa—. Pero, no, no he hablado con Wedge.

Nuestra camarera vino a atender nuestros pedidos. Nos dijo que habíamos hecho buenas elecciones, pero el rápido estremecimiento que bajó por uno de sus lekkus me sugirió que ella prefería beber escupitajo de rancor antes que pedir gornt asado. Me negué a permitir que eso me intimidara.

—Y póngale un poco de salsa extra, por favor.

Mientras ella se giraba y se marchaba, fijé mi mirada en Iella.

—¿Qué está pasando entre vosotros dos? Parecéis gustaros el uno al otro y llevaros bien.

Iella frunció el ceño y se comió la uña de un pulgar, lo que reconocí como un signo de que no estaba segura de cómo responderme.

—Ojalá lo supiera. Definitivamente empezamos y él fue muy comprensivo cuando Diric volvió y me apoyó mucho después de que Diric muriera. Ya sabes cómo han sido nuestros trabajos, así que no hemos tenido mucho tiempo para estar juntos. Y ahora él tiene nuevas responsabilidades que reclaman incluso más tiempo.

—Sí, pero tú podrías convencerle de que se tomara algo de tiempo.

—Me gustaría pensar eso. No lo sé —se reclinó y se encogió de hombros—. ¿Recuerdas cuando la inspectora Sassich fue nombrada jefa de SegCor? Tenía alrededor de cuarenta años en ese momento, un gran logro.

Me puse a recordar.

—Dejó a su marido, se compró ese aerodeslizador ZRX-29 rojo y empezó a recibir clase de entrenamiento personal de aquellos dos gemelos de la mitad de su edad. Lo recuerdo.

—Tú hubieras querido ser uno de los gemelos.

—No, por aquel entonces sólo quería tomar prestado el aerodeslizador —me reí—. Me parece recordar que mi madre tuvo unas cuantas cosas que decir de ella.

Iella frunció el ceño.

—¿De verdad tu madre dijo algo crítico sobre alguien?

—Yo no he dicho eso. Tal como lo recuerdo, mi madre comentó que el Incom ZX-26 habría sido un vehículo más práctico —me encogí de hombros—. Eso es más o menos lo crítica que fue. Siempre pensó que los cotilleos eran de muy mal gusto. De todos modos, ¿qué relación tiene esto con Wedge?

—Creo que está en esa clase de fase transitoria en su vida. Durante más de una década ha sido responsable de tomar decisiones de «vida o muerte» que han costado la vida a mucha gente. Seguramente otra persona hubiese causado más muerte al tomar peores decisiones, eso es un hecho, pero él ha tenido que vivir así desde antes de que tú te unieras a SegCor. Él tiene, ¿qué?, ¿dos años más que tú? Eso significa que ha estado sometido a mucha presión desde una época en la que tú todavía eras un niño. Dada la muerte de sus padres y sus intentos de ganarse la vida como transportista…

—Y el tiempo que pasó con Booster Terrik…

—… exacto, él nunca ha tenido la oportunidad de liberarse y ser él mismo. Creo que eso es lo que está haciendo y no estoy segura de que quiera recordatorios de su vida previa a su alrededor en este momento.

Su análisis de la situación de Wedge parecía ser bastante correcto, no en vano ella siempre había sido buena juzgando a la gente.

—¿Así que eso significa que vas a dar un paso atrás?

Ella asintió, luego sonrió a nuestra camarera mientras la hembra twi’lek colocaba nuestras comidas frente a nosotros.

—Esto huele genial. Gracias.

Miré al cuenco lleno de salsa. Una masa flotaba en la superficie y un par de burbujas se comprimieron, cambiando del marrón al caqui, y entonces explotaron.

—El caso es que estoy bastante seguro de que esto será muchísimo mejor que la comida de la academia.

La camarera me miró mientras uno de sus lekkus se estremecía, como diciendo; «te lo dije», y se marchó.

Iella se metió un tenedor lleno de mynock en la boca, cerró los ojos y suspiró.

—Esto está realmente muy bueno.

El aroma de su comida se deslizó hasta mí, y empezó a provocar que mi boca se hiciese agua. Para frenarlo, hinqué mi tenedor en un trozo de lo que esperaba que fuera gornt, pero simplemente se hundió perdiéndose de vista.

—Me alegro mucho por ti, Iella —un rugido de mi estómago resaltó mi comentario sarcástico.

Ella se inclinó hacia delante y me susurró en un tono conspirador.

—Es culpa tuya. Los twi'leks consideran que el gornt es comida de turistas. También podrías haber entrado en una cantina y haber pedido leche de nerf.

—Hey, he pedido esto de buena fe.

Ella se rio y me di cuenta de que iba a echar de menos ese sonido.

—Si no sintiera que tengo que ir a la academia, si no sintiera que mi padre querría que fuera, no creo que fuera.

—Sí, irías, Corran —ella negó con la cabeza en mi dirección—. Una vez que oyeras hablar de la academia, habrías ido… incluso *si* Mirax no hubiese desaparecido.

—¿Qué quieres decir? —pinché un trozo de gornt y me lo metí en la boca estoicamente—. ¿Por qué dices eso?

—Fui tu compañera, ¿recuerdas? Eres muy competitivo, lo que puede ser muy simpático y entrañable a veces, siempre que no se crucen en de tu camino. ¿Quieres saber por qué fuiste la primera persona que logró escapar de la prisión del *Lusankya* de Isard? Porque de ninguna manera ibas a permitir que ella te venciera.

—¿Qué tiene eso que ver con la academia?

—Siempre has querido ser el mejor, y convertirte en Caballero Jedi representa eso para ti. Mírate. Ya has empezado a entrenar antes de empezar el adiestramiento. Te has figurado que el Maestro Skywalker llevará a gente que es más joven que tú y ya te estás planteando cómo ser mejor que ellos.

Mastiqué el gornt y pensé. Y mastiqué un poco más. En realidad, estaba descubriendo la verdad de las palabras de Iella, casi tan duras como el gornt que estaba masticando… tragarme cualquiera de las dos cosas iba a doler. A pesar de mi latente incomodidad, sabía que ella tenía razón. Me tragué el gornt, luego tosí ligeramente y asentí.

Ella alargó una mano y dio golpecitos con un dedo en mi frente.

—Lo único que todavía no te has figurado es que la persona contra la que realmente estás compitiendo eres tú mismo. Luke Skywalker será un jefe duro. De eso no tengo

ninguna duda. Y sé que Wedge lo ha sido, pero ninguno de ellos ha sido o será tan duro contigo como tú mismo lo eres. Te conozco lo suficientemente bien para saber que no retrocederás, así que simplemente espero que recuerdes que, cuando sientas toda esa presión sobre ti, la mayor parte proviene justamente del interior de tu cabecita pensante.

Le di un golpecito con el puño a mi esternón para ayudarme a bajar el gornt.

—¿Sabes?, podrías haberme dicho esto hace mucho tiempo.

—Lo hice. Varias veces. En aquella época no escuchabas demasiado.

Bajé la mirada.

—Cuando mi padre murió.

—Exacto —su voz se suavizó—. Puedes aprender mucho de Luke Skywalker. Puede que sea parte de ser un Jedi, pero él parece trabajar mucho con su corazón, siguiendo sus sentimientos. Tú trabajas principalmente con tu cerebro. Pensar en todo momento es definitivamente tu estilo, Corran, y fue muy útil en SegCor, pero creo que necesitarás abrirte más con este entrenamiento.

Asentí despacio.

—Probablemente tienes razón. Ya veremos cuánto tiempo les cuesta a los viejos hábitos desparecer.

Iella puso los ojos en blanco.

—Eso significa que serás un Jedi, ¿cuándo?, ¿más o menos cuando el sol se convierta en nova?

—Te pillo.

—Bien —me guiñó un ojo—. ¿Quieres probar un poco de este mynock?

Levanté la vista y negué con la cabeza.

—Nop. He trazado mi curso, ahora debo volar por él. Este gornt no está tan mal una vez que superas la parte de saborearlo, masticarlo y ahogarte.

—Sí, vuelve a decírmelo dentro de media hora.

Esa perspectiva empezó a amargarme el estómago. Suspiré.

—Mira, Iella, aprecio lo que acabas de decir, y sólo el saber que estás ahí y me habrías ayudado con la desaparición de Mirax, eso es suficiente para ayudarme a continuar. Quiero que lo sepas.

Sus ojos marrones estudiaron mi cara durante un momento.

—Te creo.

—Y quiero que sepas que realmente valoro tu ayuda. Con el tinte y con esos rumores —forcé mi tenedor a clavarse en un trozo de gornt más pequeño—. Tengo una pregunta que probablemente puedas responder mejor que nadie.

—Adelante.

—He hablado con todo el mundo sobre mi decisión excepto con mi abuelo. ¿Cuáles crees que son las posibilidades de ser capaz de colarme en Corellia, verlo, y volver a salir?

Ella lo pensó durante un momento, entonces dejó a un lado el tenedor.

—No creo que nadie del régimen Diktat esté vigilando a Rostek, así que verlo no sería un problema. Sin embargo, todavía *tienes* una orden de arresto por cargos de asesinato. El legado de Kirtan Loor todavía podría causarte problemas si te identificaran y te detuviesen. En cuanto a entrar y salir, el gobierno actual realmente no es mucho mejor que cualquier otro régimen corelliano en mantener alejados a los contrabandistas. Con lo que sabes del sistema, podrías arreglártelas para entrar. El auténtico problema es que con la relación entre el gobierno corelliano y la Nueva República siendo algo menos que feliz, yo no querría que me pillaran en Corellia si fuera tú.

—Ya veo. Tengo la impresión de que el último holograma que le envié a mi abuelo fue desintegrado en bits antes de que lo recibiera. Incluso leyendo entre líneas lo poco que recibí de su respuesta, sé que no entendió mucho de lo que le dije —el nuevo trozo de gornt en el que empecé a trabajar evitó un discurso más largo, así que simplemente me encogí de hombros.

—Si quieres, Corran, me encargaré de proporcionarte una ruta de comunicación segura con Rostek. Eso no debería diezmar en exceso nuestros recursos. De ese modo no tendrás que hacer un viaje y arriesgarte a que te cojan antes de que hayas tenido la oportunidad de entrenar.

Asentí, luego intenté tragar.

—Lo aprecio.

—No me importa mantenerte lejos de los problemas. Eso es lo que las amigas hacen por sus amigos.

—Gracias —sonreí a nuestra camarera cuando nos preguntó si todo estaba a nuestro gusto—. Oh, sí, completamente.

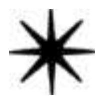
Sus dos lekkus se estremecieron.

—¿Les gustaría un postre para terminar la comida?

Sonreí y entonces le guiñé un ojo a Iella.

—Nos gustaría. Y mi amiga pedirá por los dos. Eso es lo que las amigas hacen por sus amigos.

OCHO



Con Ooryl en el asiento del copiloto a mi lado, pulsé los indicadores de alerta de descenso de la lanzadera clase Lambda, y luego cambié el ángulo de la lanzadera para entrar en la atmósfera de la luna selvática Yavin 4. Entramos por el lado nocturno de la luna (su rotación la mantenía lejos de la estrella del sistema), pero ese lado estaba frente al lado diurno del gigante gaseoso al que orbitaba. Eso significaba que se reflejaba la suficiente luz naranja como para aproximarnos con seguridad.

Miré al gand y sonreí.

—Aprecio que me hayas dejado pilotar esta cosa para descender.

Las partes de la boca de Ooryl se abrieron.

—Entiendo que no pilotarás mientras estés aquí.

—Sí, Silbador no está muy contento de que lo haya dejado en Coruscant, pero el Maestro Skywalker quiere minimizar las distracciones aquí. Tiene sentido, y estaré demasiado ocupado como para volar. Además, Silbador debería tener suficiente trabajo revisando todos los informes de los Odis y haciéndome un análisis de sus actividades criminales.

—Me encargaré de que Silbador lo haga.

—Gracias.

Los controles se resistieron un poco bajo mis manos cuando nos topamos con algunas turbulencias bajando a través de la atmósfera. La luna selvática poseía un aire bastante húmedo que, si los documentos que había leído eran precisos, permanecía estable excepto durante la transición del día a la noche y viceversa, cuando tenía efecto el calentamiento y el enfriamiento. Mantuve el control mientas bajábamos a través de una fina cubierta de nubes.

Luke Skywalker apareció entre nosotros y señaló hacia delante.

—Ahí está. Llévanos hacia ese lado.

—A la orden —le miré—. ¿Quieres abrocharte el cinturón, señor?

—¿Con el viaje tan suave que nos estás dando? —me dio unas palmaditas en el hombro—. Lo haré si eso te hace sentir mejor.

—No hay razón para tener más variables en juego de las que realmente necesito —reduje un poco el acelerador y empecé a aumentar la energía de los haces repulsores—. Prepárate para retraer las alas a mi señal, y bajar el tren de aterrizaje.

Ooryl se inclinó hacia delante con los dedos preparados para pulsar los botones apropiados.

—A la orden.

Observé cómo el altímetro bajaba lentamente y levanté el morro de la lanzadera ligeramente para planear mejor. El fino follaje de la jungla parecía una alfombra

moteada, con árboles gigantes sobresaliendo ocasionalmente. Más allá estaba el Gran Templo, una estructura de piedra piramidal de base cuadrada, que parecía una criatura alienígena en medio del follaje. Había visto imágenes de esa estructura durante años… primero en las holonoticias imperiales y después en cada historia de la victoriosa Rebelión jamás producida. Había parecido impresionante en los hologramas, pero nunca tan real y, ciertamente, no tan majestuosa.

—Ahora —mientras Ooryl presionaba los interruptores de las alas para colocarlas en posición vertical, yo bajé el acelerador hasta el diez por ciento de potencia y aumenté la alimentación de los haces repulsores. La lanzadera voló sin complicaciones y sólo sufrió pequeños rasguños con algunos árboles mientras bajábamos hacia el claro del lado este del Templo. Allí, en la base, vi una abertura grande y baja de suficiente altura para que pudiera haber metido la lanzadera dentro, pero una zona de aterrizaje había sido preparada lejos de esa área.

Lejos de la zona se habían reunido las dos docenas de ingenieros de la Nueva República que habían estado preparando el Gran Templo para su nuevo papel como hogar de la Academia Jedi. Ooryl los llevaría a casa, dejándonos al Maestro Skywalker, a otros dos reclutas y a mí atrás. Otros nueve reclutas se unirían a nosotros, completando la primera clase de la academia hasta la docena justa.

Posé la lanzadera sin demasiado impacto y le guiñé un ojo a Ooryl.

—No he perdido mi toque, pero voy a echar de menos volar.

—Soy un Buscador. Te ayudaré a reencontrarte con tu destreza de nuevo, Keiran —Ooryl giró en su silla e inclinó la cabeza hacia Luke—. Siempre que el Maestro Skywalker no se oponga a que Qrygg lo haga.

El Maestro Jedi le dirigió a Ooryl una ancha sonrisa.

—Puedes perfeccionar sus viejas habilidades cuando quieras mientras yo perfecciono las nuevas.

—Ooryl está honrado.

—Bien, no quiero perder mi certificado de piloto —pulsé un botón y bajé la rampa de acceso. El aire cálido y húmedo subió de golpe hasta el interior de la lanzadera. Solté el arnés de seguridad y me puse en pie—. Gracias, Ooryl. Te veré la próxima vez que vengas.

—Ooryl estará orgulloso de tener a un Caballero Jedi como amigo.

—Y compañero de ala.

—Y compañero de ala.

El gand se sentó en el asiento del piloto mientras yo seguía a Luke de vuelta al compartimento de pasajeros. Luke Skywalker era ligeramente más alto que yo, pero teníamos una constitución similar. Los otros dos pasajeros se alzaban por encima de nosotros. Brakiss era unos buenos quince centímetros más alto que yo, y Kam Solusar era otros diez centímetros más alto. Brakiss era de constitución esbelta y tenía las facciones afiladas de un aristócrata. De no ser por la mirada atormentada de sus ojos azules, y el

modo en que estos se hundían un poco en su cráneo, lo habría tomado por un noble planetario que buscaba una aventura enfrentándose al entrenamiento.

Kam Solusar era realmente la antítesis de Brakiss, a pesar de compartir su coloración rubia. El pelo de Kam había sido cortado corto y de un modo un poco desaliñado. La fuerte naturaleza pétrea de sus facciones estaba realzada por la barba incipiente de sus mejillas y barbilla. Su poderosa constitución atlética le marcaba como el físicamente más fuerte de nosotros, y las cicatrices de su cara y la cualidad curtida de la piel de sus manos me dio una pista de su edad y la dureza de la vida que había vivido.

El hecho de que ya llevara un sable láser también significaba que había más en él de lo que aparentaba. Yo había traído conmigo el sable láser de mi abuelo, pero lo había guardado en la pequeña mochila metida en la bodega de carga. No me sentía inclinado a llevarlo todavía, a pesar de la insistencia del Maestro Skywalker en que tenía todo el derecho a hacerlo. Hasta que estuviera más entrenado, era poco más que una herramienta, y yo sentía que merecía ser *más* que eso.

Recogimos nuestras mochilas de una pila de suministros que los ingenieros habían descargado, entonces Luke nos dirigió hacia la zona donde los ingenieros habían estado esperando nuestra llegada. Moví la mano en señal de despedida hacia Ooryl mientras la rampa de acceso se retraía y la lanzadera despegaba de nuevo. La lanzadera hizo un gran círculo alrededor del Gran Templo bajo el mando de Ooryl, luego salió disparada hacia el lado diurno de la luna, perdiéndose de vista como si se la hubieran tragado los bosques.

Luke dejó que su capa negra se deslizara de sus hombros mientras abría sus brazos.

—Bienvenidos a Yavin 4. Éste será vuestro nuevo hogar. Quería que vosotros tres fueseis los primeros estudiantes porque los tres tenéis un mayor entendimiento de lo que haremos aquí. La base que tenéis hará que progreséis más rápidamente, por ello debo pediros que asumáis responsabilidades adicionales, como ayudar a los otros estudiantes.

Él asintió hacia Kam.

—El padre de Kam, Ranik Solusar, era un gran Maestro Jedi. Kam estudió bajo su tutela, se convirtió en un Caballero Jedi, y luego se anexionó al Imperio. Se convirtió en uno de los guerreros del Lado Oscuro del Emperador, pero ha renunciado al Lado Oscuro.

Los músculos se tensaron en las esquinas de las mandíbulas de Kam.

—El Maestro Skywalker fue capaz de alcanzar los cimientos que mi padre había grabado profundamente en mí. Ahora le sirvo a él.

Luke apuntó hacia el otro hombre.

—Brakiss fue descubierto por el Imperio por ser sensible a la Fuerza. Lo entrenaron para utilizar sus habilidades, usándole principalmente como espía. Sobre su cabeza pendía la amenaza de la destrucción de su familia si no obedecía los deseos del Imperio. Está aquí para aprender cómo utilizar sus habilidades para beneficio de otras criaturas vivas.

Brakiss nos dirigió una débil sonrisa pero no ofreció ningún comentario.

Luke fijó su atención en mí.

—El abuelo de Keiran Halcyon fue un Jedi que murió en las Guerras Clon. La familia de Keiran tiene una fuerte tradición Jedi y él está aquí para reclamarla. Como habéis visto, también es un piloto cualificado y ha tenido un entrenamiento que creo que nos será útil mientras avanzamos.

Kam me ofreció su mano, así que la estreché, y Brakiss y yo intercambiamos asentimientos.

El Maestro Skywalker empezó a caminar hacia el Gran Templo.

—Hay cinco niveles en la estructura… seis si contamos el nivel de observación de la cima. El nivel inferior, el que está bajo tierra, era el que la Rebelión utilizaba como almacén y zona de mantenimiento de nuestros cazas. El nivel principal alberga el área de operaciones de vuelo, así como algunos aposentos. Los dos niveles por encima fueron utilizados por la Rebelión como centro de mando de la base y centro de operaciones de combate. Esos niveles serán los que utilicemos principalmente, pero sólo cuentan con unas instalaciones básicas de ordenadores, entrenamiento y biblioteca. Nos servirán como hogar para los estudiantes y comedor. En el nivel superior está la Gran Cámara, que he dejado vacía.

Sonrió cuidadosamente.

—Había pensado en dejaros escoger vuestras propias habitaciones y descansar un poco. Podemos continuar con la orientación mañana.

Levanté una mano.

—Tengo unas cuantas preguntas, si no te importa.

—Desde luego.

—¿Vamos a utilizar la Hora Coordinada Galáctica, o simplemente vamos a trabajar con el día normal de Yavin? La rotación de la luna es ligeramente más rápida que la de Coruscant, así que mantenernos en la escala galáctica nos pondría fuera de sintonía con el planeta.

El Maestro Jedi dudó durante un momento, con sus ojos azules reflejando el resplandor anaranjado del cielo.

—Con vuestro entrenamiento, el tiempo se convertirá en algo muy subjetivo. Os enseñaré técnicas reparadoras Jedi, de manera que vuestra necesidad de sueño cambiará. Preocuparnos por el tiempo podría crear presión en los estudiantes. No quiero eso.

Fruncí el ceño.

—Pero si no tenemos un sentido coordinado del tiempo, ¿cómo sabremos cuándo empiezan o terminan nuestras guardias?

Luke me miró desconcertado.

—¿Por qué necesitaríamos estar de guardia?

Quise responder que si alguien como Thrawn aparecía con una flota imperial para asolar el planeta, una advertencia previa sería algo positivo. Desde luego, ninguna advertencia en absoluto de una flota viniendo a atacarnos sería útil, dado que no teníamos ninguna nave que nos permitiera evacuar. Por lo tanto no había absolutamente ninguna

razón práctica para tener a gente de guardia, así que recordé las razones que nos daban para tales cosas en la Academia de SegCor.

—Estar de guardia nos proporciona un sentido de responsabilidad y fomenta la confianza entre los estudiantes, dado que cuidamos los unos de los otros.

Luke asintió.

—Eso es positivo, pero es en la Fuerza en la que quiero que aprendáis a confiar aquí. Descubriréis, a medida que vuestra comprensión y habilidades crezcan, que la Fuerza nos proporcionará todas las advertencias que necesitemos si hubiese una amenaza. Lo sabríamos y tendríamos el suficiente tiempo para reaccionar.

Lo que parece describir cómo evitan los Odis todas las trampas que tendemos para ellos. Una brisa fría pareció recorrer mi espalda. *Para alguien lo suficientemente versado en la Fuerza, ¿sería posible ocultar su presencia de una detección?*

—Entendido, Maestro —incliné mi cabeza hacia él—. ¿Entonces simplemente nos levantaremos al amanecer para empezar el entrenamiento físico?

Él abrió sus manos.

—Podéis hacer lo que creáis que es necesario para que os sintáis en paz y receptivos a la Fuerza.

—¿Entonces no habrá entrenamiento físico organizado?

Kam se rio bruscamente.

—Pareces decepcionado, Keiran.

—En realidad no, sólo confundido.

Luke sonrió.

—Descubrirás que tu entrenamiento demanda lo suficiente, creo, y que es bastante extenuante.

Apunté hacia el sable láser de Kam.

—Al menos tendremos entrenamiento de combate, ¿no?

—Sí, seréis entrenados en los caminos del sable láser.

—Eso no es lo que he preguntado.

Luke levantó la cabeza.

—Entonces será mejor que te expliques.

Presioné mis dedos unos contra otros.

—El sable láser, como todos sabemos, es un arma muy poderosa y letal. Mi padre me dijo una vez que nadie jamás se arrepiente de darle a un blanco con un disparo aturdidor, al contrario que con un disparo letal de bláster. Técnicas básicas de combate podrían ayudarnos a evitar tener que utilizar un sable láser cuando un método menos peligroso podría funcionar. Entrenar esa área significaría tener más opciones disponibles.

El Maestro Jedi estrechó sus ojos.

—¿Serían técnicas defensivas?

—Técnicas de combate, que pueden ser empleadas ofensiva o defensivamente, igual que un sable láser —me encogí de hombros—. Es sólo una idea.

Kam asintió.

—Tal entrenamiento nos daría una base para cualquier entrenamiento de sable láser que tuviéramos después.

—Vale, Kam y Keiran, preparad un plan para ese tipo de entrenamiento. Lo discutiremos más a fondo cuando tengáis algo —Luke me recompensó con un débil atisbo de sonrisa en sus labios—. ¿Algo más?

—No, Maestro.

—Si pensáis en algo, hacédmelo saber —nos dirigió con un gesto hacia el Templo—. Ahora encontraos una habitación.

Los tres le dejamos atrás y no hablamos mientras nos aproximábamos al Gran Templo. Habiendo vivido en Coruscant, había visto edificios mucho más grandes, pero pocos tenían la antigüedad y el sentido de estabilidad que encontré en el Templo. No me pareció extraño que un edificio que había sido viejo milenios antes de que el Imperio llegara a existir hubiera escudado el movimiento que había derrocado al Imperio. Podía imaginar con facilidad este edificio sintiendo ofendida su dignidad por el mundo ciudad que había sido el Centro Imperial y haciendo lo que pudo para contribuir en la destrucción del Imperio.

Por qué el Imperio no había aplastado el lugar después de que la Rebelión lo abandonara era un rompecabezas que me imaginé que nunca se podría resolver.

La enorme área del hangar estaba iluminada por los generadores y luces que habían dejado los ingenieros. A parte de los suministros apilados, la sala estaba vacía, pero los ecos de la urgencia que sintieron los rebeldes el día en que volaron para destruir la *Estrella de la Muerte* todavía me alcanzaron. El miedo, el pánico, y la vertiginosa confianza en su causa aún impregnaban las paredes. Por primera vez en todo el tiempo que había estado asociado con el Escuadrón Pícaro, pude sentir lo que Wedge, Biggs y Luke sintieron cuando se enfrentaron a la *Estrella de la Muerte*. Esas emociones resonaron en mi interior, sacando a relucir recuerdos de la última misión en Luna Negra y el asalto final contra las fuerzas de Isard en Thyferra.

Por primera vez sentí realmente la conexión que los nuevos Pícaros tenían con los héroes que les habían precedido.

No estoy seguro de en qué punto me separé de Kam y Brakiss, pero fue antes de que ellos se dirigieran a los niveles superiores. Me encontré solo en la planta baja, en una pequeña cámara construida en la estructura del mismo Templo. Los ingenieros la habían preparado con dos camastros y varias taquillas para el equipo, con mantas y sábanas apiladas a los pies de la cama. Tiré mi mochila encima de la cama y sonreí. No podía entender por qué la habitación resultaba tan familiar o apropiada, pero así era.

—Suponía que te encontraría aquí.

Me volví y vi a Luke en el umbral de la puerta.

—¿Se supone que no debería estar aquí?

Luke levantó las manos.

—Esta habitación es perfecta para ti, créeme. Con toda certeza es mejor que cualquiera de las de los niveles superiores —hizo un gesto sencillo con su mano y una de

las taquillas se desplazó silenciosamente cincuenta centímetros hacia la izquierda—. Mira ahí abajo, en el tercer bloque desde el suelo.

Me acerqué y me agaché. Algo de moho y algunos líquenes habían crecido sobre ese bloque, subiendo desde el suelo, pero lo aparté con facilidad. Escarbadas en la piedra había algunas letras y sonreí mientras las leía en voz alta.

—El Imperio o nosotros… sin concesiones. Biggs Darklighter, Wedge Antilles, Jek Porkins.

Una sonrisa infantil tiró hacia arriba de las comisuras de la boca de Luke.

—En aquella época los tres dormían aquí… yo llegué más tarde y tenía la habitación de arriba. Nos encontramos aquí y contamos historias antes de salir… estábamos demasiado excitados para dormir. Todos pensábamos que sobreviviríamos, a pesar de las probabilidades. Creo que esa inscripción era un modo de eludir a la muerte para ellos. Si no sobrevivían, si toda la Rebelión moría, al menos habría un registro de sus nombres.

—Pero vuestro éxito ha garantizado que todo el mundo conozca estos nombres, y el tuyo también. Lo que hicisteis aquí cambió el curso de la vida de miles de millones de seres.

Luke bajó sus manos y su capa lo envolvió en sombras.

—Lo que haremos aquí, *ahora*, cambiará la vida de miles de millones de seres.

Me enderecé y me volví hacia él.

—Quiero disculparme por mis preguntas. Tú eres un Maestro Jedi y yo estoy aquí para aprender. No pretendía mostrarme irrespetuoso.

—No me he ofendido. Tus preguntas eran válidas, pero las basabas en una vida vivida sin el contacto con la Fuerza —su sonrisa se ensanchó de nuevo—. Mi Maestro, Yoda, pensaba que yo era impaciente e imposible de entrenar. Tú eres mejor con respecto a eso. Tiendes, por naturaleza, a pensar demasiado y a ser suspicaz. Esto podría ser un problema. Las sospechas levantan muros, permitiendo que crezca el miedo. Eso puede interferir con tu habilidad para utilizar la Fuerza.

Asentí.

—Entonces, aún a riesgo de hacer que te preocupes incluso más, necesito hacerte otra pregunta.

—Por favor.

—Has mencionado que tanto Kam como Brakiss tienen experiencias conectadas al Lado Oscuro. No nos has traído a los tres juntos con la intención de que yo los vigile, ¿verdad?

Luke negó con la cabeza firmemente.

—Para nada —sus ojos se envolvieron en sombras, sin embargo chispitas de luz parecieron centellear en sus centros—. Durante la época del retorno del Emperador, yo también caí en el Lado Oscuro. Lo hice por varias razones, algunas de las cuales parecieron tener sentido en aquel momento, y muchas otras todavía me causan dificultades. Lo que experimenté entonces me ha dado una comprensión del Lado Oscuro que es vital para combatirlo. Y lo que es aún más importante, el amor de mi hermana y

mis amigos me trajo de vuelta. Me redimió. Incluso la víctima más vil del Lado Oscuro puede ser redimida. Al volverle la espalda a la maldad, Brakiss y Kam ya han empezado su viaje hacia la luz. Quiero ayudarles a completar ese viaje… No seas tan suspicaz. No pienses, *siente*. Tu tarea no es vigilarles, sino *aprender* de ellos —la voz de Luke empezó a endurecerse y sus palabras retumbaron en mi interior—. Descubrirás, en algún momento, que el Lado Oscuro te hablará. Es seductor, ofreciéndotelo todo con poco esfuerzo por tu parte. Aprende de las lecciones que otros han padecido, así su fortaleza se convertirá en *tu* fortaleza cuando te enfrentes a esa prueba.

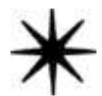
Asentí lentamente.

—Lo entiendo.

La cara del Maestro Jedi se iluminó.

—Bien. Duerme bien, Keiran Halcyon. Lo que sea que enfrentes en el futuro puede no parecer tan difícil como destruir una *Estrella de la Muerte*, pero te aseguro que será fácilmente igual de importante.

NUEVE



En menos de una semana, todos los candidatos a Jedi habían llegado a la academia, llenando el Gran Templo con la vida, el color y las risas que sospechaba que no se habían conocido allí desde la celebración que siguió a la destrucción de la *Estrella de la Muerte*. Sin embargo, aquella celebración tuvo que estar matizada por la tristeza de la pérdida de tantos compañeros, mientras que nosotros mirábamos hacia el futuro y eso nos hacía mucho más felices.

El Maestro Skywalker nos permitió a cada uno aproximarnos a nuestro entrenamiento de manera individual. Aunque había ejercicios en grupo y sesiones de enseñanza organizadas, todos teníamos bastante permisividad para hacer lo que queríamos. Yo echaba de menos la relación de camaradería que había establecido con otros reclutas en la Academia de SegCor; pero todos sabíamos que éramos pioneros y éramos vitales para el futuro de la Nueva República. Eso nos proporcionaba una gran cantidad de presión para que tuviéramos éxito y un programa de entrenamiento más duro podría fácilmente haber terminado volviéndonos los unos contra los otros.

De todos modos, algo de eso ocurrió de manera natural. Yo me tomé al pie de la letra la sugerencia de Luke de que quería que cada uno de nosotros nos sintiéramos cómodos con nosotros mismos y con nuestros esfuerzos, así que me levantaba al amanecer e iba a correr por los senderos de la selva. Levantándome tan temprano tuve la oportunidad de ver lo que bauticé como tormentas Prismáticas. Cuando la luna viajaba por detrás del gigante gaseoso y pasaba algún tiempo a su sombra, las noches se volvían muy frías. Cristales de agua se formaban en la atmósfera superior y cuando la luna salía de detrás del gigante gaseoso, la luz del sol se desglosaba a causa de los millones de prismas. La luz danzaba y centelleaba a través de la atmósfera, fracturándose en luces multicolores. La primera vez que lo vi pensé que una flota había aparecido en órbita y había empezado a luchar con otra flota. Rápidamente vi que no había nada de qué preocuparse, y aprendí a anticipar el efecto con expectación.

Compartí mi descubrimiento con los otros, desde luego, y algunos de ellos salieron arrastrándose de sus camastros calentitos para ver las brillantes exhibiciones de las tormentas. Ellos permanecieron de pie mirando al cielo mientras yo hacía ejercicios de estiramientos y me preparaba para mi carrera. Cuando eché a correr y me volví para decirles adiós con la mano, me di cuenta de que uno de ellos estaba más interesado en mirarme a mí que a la tormenta.

Gantoris.

Yo sabía que los conflictos personales serían inevitables, pero con nuestra unidad de propósito esperaba que fueran triviales. Un hombre alto, de cara ancha, que llevaba su largo pelo negro recogido en una trenza, Gantoris había sido algo parecido al jefe de su

comunidad. Sus habilidades con la Fuerza habían ayudado a su gente a sobrevivir y él tenía todos los rasgos de un líder. Se movía como uno, y tenía un saludable ego. No estaba acostumbrado a ser inferior a nadie en nada, y creo que decidió que yo hacía todo el entrenamiento extra para ganarme el favor del Maestro Skywalker.

En realidad, estaba haciendo entrenamiento físico extra sólo porque era testarudo. Había decidido antes de llegar a la academia que necesitaba ponerme en forma para hacerlo bien y, si no continuaba haciéndolo, tendría que admitir que había estado en un error. Gantoris no era la única persona presente con un saludable ego, y el mío no estaba dispuesto a recibir ningún revés, incluyendo el admitir que había estado equivocado.

Hice todo lo que pude para ignorar la dura mirada que Gantoris me lanzó e intenté simplemente disfrutar de la carrera. La selva y la humedad me lo pusieron muy difícil. A pesar de que los pequeños rebaños de runyips transitaban por aquellos caminos lo suficientemente a menudo como para dejar multitud de pisadas, la vegetación local parecía determinada a reclamar los senderos. Si no eran las nudosas raíces de un árbol las que me hacían tropezar, las raíces leñosas y esqueléticas de las orquídeas nebulosa me arañaban la cara. Las orquídeas atrapaban los ojos en otro sentido… nunca había visto flores que tuvieran tales giros de color. Parte de mí se preguntaba qué otros patrones descubriría en sus flores alguien como Ooryl, que podía ver en el espectro ultravioleta.

La humedad era lo que más me obstaculizaba, mi ropa se empapó de sudor antes del primer kilómetro y medio. Mi carrera me llevó más allá del Templo del Cúmulo de la Hoja Azul. Con tal nombre esperarías que estuviera rodeado por los arbustos de hojas azules que tendían a usurpar la mayoría de los otros claros, pero eso no era así. El nombre venía del diseño con forma de hojas tallado en la superficie y alrededor de las puertas de este pequeño templo. Todavía no había estado dentro, pero el Maestro Skywalker había mencionado que contenía un cristal azul que latía con poder. Dijo que no tenía ni idea de su origen o propósito, dejándome con un misterio que resolver en mi tiempo libre… si es que alguna vez lo tendríamos.

El mayor peligro de correr a través del bosque venía de algunas de las criaturas que vivían allí. Meterme en un enjambre de escarabajos-piraña terminaría con mi carrera como Jedi bastante rápido. Los bichos azules podían arrancar la carne de los huesos en menos tiempo del que les llevaría a unos jawas desmantelar un aerodeslizador. Afortunadamente, los escarabajos tendían a moverse a través de los límites superiores de la selva, y la mayoría de las criaturas se apartaban de su camino con un coro a todo volumen de bocinazos, gritos y otros sonidos de advertencia útiles.

Los woolamanders, con su pelaje azul y dorado, se movían en grupos a través de la selva y parecían encontrar gran deleite en arrojar a los viandantes hojas, palos, fruta o cualquier cosa que estuviera fácilmente al alcance de sus garras, como las ocasionales garrapatas arbóreas. Supe bastante pronto que no me gustaban los woolamanders, y me encontré animando en silencio a los stintarils que acechaban en los árboles como un ejército en una misión de búsqueda y destrucción. Estos roedores tenían suficientes dientes y unas mandíbulas lo bastante poderosas como para arrancar buenos bocados de

los woolamanders más grandes. Aunque no desearía que una hueste de stintarils se colase en el Gran Templo, me alegraba de verlos lanzarse en bandadas en la dirección de cualquier grupo de woolamanders que decidiera atormentarme.

Lo que más disfrutaba de las carreras era que me daba algo que hacer que era distintivamente mío y para mí. Sonaba egoísta, pero Luke había empezado a enfatizar que cada uno de nosotros descubriría que teníamos talentos en ciertas áreas de la Fuerza… talentos que nadie más podría compartir, de hecho. Su descubrimiento sería sólo una pequeña parte de nuestro autodescubrimiento y crecimiento como Jedi. Las carreras me daban algo que unía mi vida pasada con mi nueva vida, y también me proporcionaban una oportunidad para pensar en lo que estaba aprendiendo y en hacia dónde quería dirigir mis esfuerzos en el futuro.

Correr era positivo para mí, no importaba lo que Gantoris o cualquier otro pensaran de mis esfuerzos.

Kam y yo habíamos trazado un plan para enseñar algunos conocimientos básicos de técnicas de combate a los otros reclutas, y el Maestro Skywalker aprobó nuestros planes con unas ligeras modificaciones. Guiamos a los otros a través de los procedimientos estándar, llevándolos a través de simulacros lentos, luego trabajando más y más rápido hasta que sus reflejos se afinaron y sus respuestas a los ataques fueron automáticas. En todo este proceso Luke introdujo la Fuerza, pidiéndonos que sintiéramos a nuestros oponentes a través de la Fuerza y prestáramos atención a lo que estaba ocurriendo.

En los entrenamientos yo tenía muchos problemas para hacer lo que nos pedía. Recuerdo que me enfrentaba con Tionne, la delgada mujer de pelo plateado que era más una estudiosa y cantante que lo que jamás sería guerrera. Sin embargo, su entusiasmo por convertirse en Jedi, y su risa siempre pronta, la hacían una buena estudiante y una mejor compañera. Vino hacia mí, con sus manos levantadas como si pretendiera derribarme con un golpe alto. Sentí su aproximación y pude sentir los sutiles cambios en su equilibrio mientras se acercaba, pero lo que sentía tenía poca importancia para mí, puesto que era muy fácil volverme en la dirección de su ataque y utilizar su impulso para lanzarla por encima de mi cadera.

Que era exactamente lo que ella y yo sabíamos que ocurriría en el instante en que el ejercicio empezó.

Cuando Kam empezó a impartir lecciones sobre lucha con el sable láser, sentir a mi oponente se volvió más importante. Mi habilidad en esa área comenzó a crecer, pero no confiaba lo suficiente en ella como para entregarme completamente. Aunque entrenábamos con espadas de prácticas acolchadas de madera, yo trataba cada corte o cuchillada como si las hubiese provocado un auténtico sable de luz. Muy a la defensiva, me basaba en los movimientos básicos que Kam enseñaba y descubrí que me resultaban útiles cerca del noventa por ciento de las veces.

En el otro diez por ciento, Gantoris me infligía algunos moratones bastante feos.

Para nada se podía culpar a la instrucción de Kam de esto, ya que nos enseñó muy bien los tres anillos de defensa. El anillo exterior consistía en cuatro posiciones de guardia: arriba a la derecha, arriba a la izquierda, abajo a la derecha y abajo a la izquierda. La empuñadura del sable láser terminaría lejos del cuerpo, con la punta bajando hacia el medio para interceptar los grandes barridos, que son muy poderosos pero que también es más difícil que te alcancen.

El anillo medio también tenía cuatro posiciones de guardia: arriba, abajo izquierda y derecha. Mientras que en el anillo exterior la hoja tendía a ser sostenida en diagonal, en el anillo medio el arriba y abajo eran paralelos al suelo a la altura de la cabeza y las rodillas, mientras que el izquierda y derecha eran perpendiculares a él. La idea del anillo medio era interceptar golpes rápidos y detenerlos antes de que pudieran tocar el cuerpo. Luke también apuntó que el anillo medio era efectivo para interceptar los disparos de bláster.

El anillo interior se basaba en parar en lugar de bloquear y era a prueba contra los ataques rápidos. Para esta tercera línea de defensa, el sable láser se mantenía cerca, con la empuñadura cubriendo el ombligo. Al colocar en ángulo la punta de la espada y recoger los ataques en el tercio inferior de la hoja, los ataques se podían apartar y una réplica al pecho o al estómago del oponente se convertía en una posibilidad muy real. El anillo interior era la última línea de defensa, peligroso defenderte desde ella y peligroso atacar desde ella.

Esa tarde tuve que enfrentarme a Gantoris en un duelo básico de entrenamiento. A causa de que él era más alto que yo, tenía cierta ventaja en poder y alcance. Mi única salvación sería la rapidez *y* los años que había pasado teniendo batallas duras y sin reglas como oficial de SegCor. También ayudaba que, a causa de mi experiencia en SegCor, supiera que podía ganar a alguien tan grande como él, mientras que dudaba que Gantoris se hubiese encontrado jamás en una lucha real con alguien como yo.

Nos inclinamos la cabeza el uno al otro mientras entrábamos en el círculo descrito por nuestros compañeros jadeantes y sudorosos. Me volví a la derecha y saludé al Maestro Skywalker, y después a mi izquierda y saludé a Kam. Kam levantó la mano derecha, luego la bajó rápidamente y gritó:

—Empezad.

Esperando una carga, di un paso atrás. Los ojos de Gantoris resplandecieron de triunfo como si mi concesión de un metro de terreno fuera, de algún modo, una gran victoria. Me dirigió una sonrisa fría, luego empezó a caminar hacia delante lentamente, de una manera parecida a como un stintaril acechaba a una garrapata arbórea. Mantuvo los pies separados a la altura de los hombros mientras avanzaba, y sus rodillas flexionadas, pero yo sabía que el ataque no iba a producirse hasta que se pusiera de puntillas y se colocase para atacar.

Mi sensación de que iba a hacer justo eso vino un nanosegundo antes de que le viese prepararse para el ataque. Casi perdí la impresión con la violencia de su ataque, pero había empezado a reaccionar a la sensación de la Fuerza antes de que el ataque llegara.

Mi hoja se levantó a la guardia de arriba a la derecha mientras yo me deslizaba hacia la izquierda. Detuve su ataque y lo aparté tan rápidamente que me sorprendí a mí mismo. Como me había apartado de su línea de ataque y ya estaba girando más allá de su flanco izquierdo, con un giro de mis muñecas podría haber bajado la espada de madera y haberla llevado hasta su estómago, pero no lo hice. En su lugar, tratando de adherirme a la advertencia que me había dado la Fuerza, bailé hasta más allá de él y me coloqué para recibir un nuevo ataque.

Otro llegó, fuerte y rápido. La espada de Gantoris subió, giró y bajó en un golpe de corona que me habría abierto desde el cuero cabelludo hasta el ombligo. Subí de golpe mi espada a la guardia alta, preparándome para interceptar el golpe, pero este nunca llegó. Demostrando ser mucho más rápido de lo que yo esperaba, Gantoris giró la espada de madera de prácticas con su mano izquierda y me golpeó en mi espinilla derecha.

A pesar del acolchado de la hoja, el golpe dolió mucho. Mientras el dolor se abría camino subiendo por mi pierna, intenté recordar algunas de las técnicas Jedi para apartar el dolor que me habían enseñado, pero estar en medio de una pelea no era la circunstancia más adecuada para las artes meditativas. Mientras me tambaleaba apartándome, Gantoris me golpeó de nuevo, alcanzándome en la parte trasera de los muslos, haciéndome soltar un grito.

Mi cara ardió de vergüenza. Allí estaba yo, alguien que estaba ayudando a instruir a los otros en autodefensa, y Gantoris me estaba golpeando con impunidad. Me había herido y yo estaba encogido y vulnerable. Mi imagen de mí mismo implosionó mientras leía la sorpresa, el horror y las sonrisas cómicas en las caras de mis amigos. En sus mentes yo era una víctima y un payaso, y aquellas dos imágenes consiguieron demoler la imagen que yo tenía de mí mismo como Keiran Halcyon, Héroe Jedi, hasta convertirla en pedacitos pequeños.

Entonces tuve la clarísima impresión de que el próximo golpe aterrizaría en mi oreja derecha y haría todo lo posible para llegar hasta mi cerebro. Sin pensarlo conscientemente, me lancé hacia delante sobre mi vientre, entonces hice unas tijeras con mis piernas y rodé sobre mi espalda. Mis piernas se enredaron con las piernas de Gantoris e hicieron caer al suelo al hombre más alto. Di una pasada con mi propio palo y le golpeé en los glúteos, luego le lancé una patada a las piernas para liberar las mías.

Gantoris se levantó, con los ojos entrecerrados, mientras yo simplemente me sentaba en el suelo y atraía mis rodillas hasta mi barbilla. Me resistí a la urgencia de frotarme mi espinilla y me forcé a pensar más allá del dolor en lo que acababa de pasar. En el momento en que yo había sido más vulnerable, cuando había estado vencido, había sabido qué iba a hacer él y había sido capaz de reaccionar a ello.

Lo que me sorprendió era que mi acceso a la Fuerza había llegado en un momento en que me había visto forzado a abandonar la imagen que había estado intentando presentar a los otros. Una vez que fui más allá de la pretensión y simplemente había sido lo que yo era, la Fuerza había fluido más libremente. Era como si el papel que yo había creado para

mí mismo hubiese inhibido el flujo, mientras que abandonar el papel me hubiera acercado a él.

Tal vez no me corresponda esculpir el flujo de la Fuerza para mis propios propósitos, sino ser yo esculpido por los mecanismos de la Fuerza.

Gantoris me apuntó con su espada de prácticas.

—Hagámoslo otra vez.

Lancé lejos mi espada de madera.

—Estoy listo. Vamos.

—Coge tu espada, Keiran.

Negué con la cabeza.

—Cuando quieras, estoy aquí.

Gantoris miró hacia el Maestro Jedi.

—Dile que se defienda, Maestro Skywalker.

La mirada de ojos azules de Luke se movió de Gantoris a mí, y luego de nuevo a él.

—Parece que está satisfecho con su postura defensiva, Gantoris.

El hombre más alto levantó la barbilla.

—Es un deshonor para mí golpear a alguien que está indefenso.

Luke sonrió.

—Entonces, si tú no golpeas, él ha ganado. Ha ganado sin dar un golpe. Esta es una lección para que la aprendas, Gantoris.

—Sí, Maestro.

Luke hizo un gesto hacia mi espada y ésta flotó de vuelta hacia mí.

—Esa, sin embargo, no es la lección que Keiran necesita aprender. Si vas a hacerlo, Keiran, defiéndete.

Arranqué la espada del aire y me puse de pie. Empecé a sonreír y a ofrecer un desafío a Gantoris, pero me di cuenta de que eso simplemente estaría ayudando a reconstruir la ilusión que ahogaba mi acceso a la Fuerza. Me preparé y ofrecí a Gantoris un saludo rápido.

—Cuando quieras empezamos.

Él se aproximó cuidadosamente, pero mientras le miraba, trozos y pedazos de mi perspectiva visual cambiaron. Vi surgir una segunda y tercera imagen de él, con cada una de ellas moviéndose a la derecha o a la izquierda, subiendo los bazos o moviéndolos alrededor, sólo cuando su auténtica forma se moviera como ellas yo sabría por dónde iba a venir el ataque. Me di cuenta de que las imágenes que yo estaba viendo eran la sensación de sus procesos de pensamiento, un reflejo de las estrategias sopesadas y rechazadas. Cuando él hizo su elección, yo ya la había visto y podía hacerme a un lado con facilidad.

Durante los siguientes diez minutos continuamos luchando. Mi lectura de sus intenciones estaba lejos de ser infalible, y sufrí moratones para demostrarlo. Me di cuenta de que seguía un patrón: después de cuatro o cinco evasiones con éxito me volvía confiado e incluso presumido, que es cuando la sensación me fallaba y yo pagaba un

precio agonizante por mi arrogancia. Al mantenerme calmado y concentrado, al dejar que mis sentidos se proyectaran más allá de mi envoltura mortal, podía *sentir* a Gantoris al igual que verle, oírle y olerle. Al final, le evité durante todo un minuto con sólo la brisa de su espada golpeándome.

Con su pecho subiendo y bajando y el sudor manchando sus ropas, Gantoris se apoyó pesadamente en su espada.

—Esto de evitar y evadir funciona bien contra palos, pero no te protegerá contra un sable láser.

Sintiéndome similarmente exhausto, me senté en la hierba.

—No espero enfrentarme a muchos enemigos que blandan sables láser.

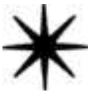
Los ojos de Gantoris se afilaron.

—Pero algún día ocurrirá. Cuando ocurra, ten cuidado.

Luke entró en el círculo y se dejó caer sobre una rodilla entre nosotros dos.

—Cuando ese día llegue, vuestro progreso en la Fuerza significará que tendréis otras herramientas mejores para utilizarlas como defensa. Recordad, hoy estáis en vuestra infancia en la Fuerza. Las lecciones aprendidas aquí no son sino el comienzo.

DIEZ



Si estábamos en nuestra infancia en la Fuerza, yo no estaba demostrando ser un niño prodigio. Las advertencias que había sido capaz de utilizar, las débiles sensaciones acerca de los otros, crecieron ligeramente, y luego se estancaron. Si estaba concentrado o si no estaba pensando en general, podía darme cuenta cuando alguien se acercaba a la puerta de mi habitación. Esto definitivamente era una mejoría respecto a las advertencias en el mismo instante que a veces sentía cuando volaba o cuando estaba en SegCor, pero no era la clase de aplicación práctica que me permitiría encontrar a Mirax. Comparado con la meta, mi progreso parecía demasiado pequeño, demasiado lento.

Eso no significaba que encontrara el entrenamiento decepcionante. No lo hacía, en absoluto. De hecho, descubrí en él mucho sobre mí mismo que me sorprendió. No encontré nuevos talentos o nuevos lados de mí mismo, pero recuperé cosas que había olvidado hacía mucho.

El Maestro Skywalker nos guió a través de una serie de ejercicios que dijo que había aprendido de sus maestros, Obi-Wan Kenobi y Yoda. Usualmente los ejercicios eran pequeñas cosas que parecían, en apariencia, un juego de niños. Intentar algunas de ellas parecía tonto, pero Tionne y Kirana Ti (la bruja de ojos verdes de Dathomir), e incluso el ermitaño prospector de gas de Bespin, Streen, se aproximaban a esas cosas con una abierta maravilla y un humor que hacía que hacer el tonto fuera mucho más fácil para mí.

El Maestro Skywalker estaba de pie frente a nosotros, habiéndonos colocado en un semicírculo en un claro herboso cerca del Gran Templo.

—Este es un ejercicio de dos partes que continuará con lo que aprendimos hace una semana. Lo que os mostré entonces era una simple técnica para acallar el dolor. Su uso es obvio. Esa misma técnica también os permite acallar la entrada sensorial. ¿Por qué querríamos hacer eso? ¿Brakiss?

El hombre rubio le dirigió a Luke una sonrisa afectada.

—Tu compañero de habitación ronca, así que puedes anular tu oído para dormir.

El Maestro Jedi sonrió.

—Muy bien. Recuerdo utilizarla para eso un par de veces. ¿Otra razón?

Kirana Ti levantó una mano.

—Dado que dependemos mucho de nuestros sentidos visuales, una ilusión visual podría cegarnos a lo que realmente está pasando. Ser capaces de minimizar o anular nuestra visión nos permitiría determinar qué está pasando en realidad.

Gantoris frunció el ceño.

—Pero eso te dejaría ciega.

Kam estuvo en desacuerdo.

—Dependerías de tu habilidad para sentir las cosas a través de la Fuerza para compensar tu falta de visión. Sin la confusión visual, esta sensación debería llegar mucho más fácilmente.

Luke levantó una mano y asintió.

—Buenas razones, todas ellas. La clave aquí está en aprender a controlar las percepciones. Primero necesitáis aseguraros de que los datos que os llegan son correctos. Filtrar las distracciones, o afilar vuestros sentidos para reunir más información, os permitirá hacer eso. Trabajaremos en eso en este ejercicio. Lo segundo con lo que trataremos, más tarde, es determinar la verdad o la falsedad de lo que percibís.

Me rasqué la parte de atrás del cuello.

—La verdad o falsedad parecen bastante simples para mí.

—En la superficie son bastante claras, pero la verdad puede depender de nuestro punto de vista. Como Obi-Wan Kenobi me dijo, «muchas de las verdades en las que creemos dependen de nuestro propio punto de vista» —Luke me sonrió indulgentemente—. ¿Te gustaría un ejemplo que ilustre esto?

Asentí.

—Trabajo mejor con el duracreto que con el vapor.

—Bien —los ojos azules de Luke se estrecharon hasta que se convirtieron en trocitos de hielo en pozos oscurecidos—. Todos conocéis a Darth Vader como la criatura más malvada que ha vivido jamás. Se convirtió en un símbolo de la maldad del Emperador. Personificaba la maldad en las mentes de muchos, incluidos todos vosotros.

La voz de Luke bajó hasta convertirse en un susurro áspero, obligándonos a hacer un esfuerzo para oírle.

—Pero os digo esto, él era *bueno*.

Mi boca se abrió con total incredulidad.

—Eso es un punto de vista.

El Maestro Jedi asintió.

—Por favor, entended esto: había, dentro de Darth Vader, el núcleo del hombre que una vez había sido. Aunque envuelto en capas de maldad, este hombre aún existía. Y en los momentos finales de Vader, se impuso. Rechazó la maldad en la que había convertido su vida. Rechazó a su maestro, el Emperador, y le mató.

Brakiss levantó la cabeza.

—Pensaba que *tú* mataste al Emperador.

Luke negó con la cabeza.

—Yo causé que el Emperador fuera destruido al alcanzar el bien que había en Vader y hacer que cambiara de corazón. Sólo fui el instrumento del cambio que le permitió a Darth Vader redimirse a sí mismo.

Débilmente recordé que Luke había dicho que él había sido traído de vuelta del Lado Oscuro por el amor de su hermana y sus amigos.

—Debiste ofrecerle un poderoso argumento.

—Lo hice. El amor es una herramienta poderosa que emplear contra el Lado Oscuro. El amor de mi hermana me salvó —Luke dudó durante un momento—. Y el amor de un hijo por su padre es lo que salvó a Darth Vader.

Me gustaría clamar que instantáneamente descubrí la total importancia de lo que Luke dijo porque yo había sido entrenado como detective para analizar las confesiones e imaginar lo que la gente pretendía decir en realidad. El hecho es, sin embargo, que con sus palabras llegaron rayos de orgullo y compasión y sólo un rastro de miedo que me envolvieron como un disparo de iones. La carne se me puso de gallina y suprimí un estremecimiento cuando la comprensión de que Luke Skywalker era el hijo de Darth Vader estalló en mi cerebro.

Asentí de nuevo.

—Eso sí que es una perspectiva.

Sabiendo cuánto reverenciaba yo a mi padre y a su memoria, no podía sentir nada sino simpatía por Luke. Yo había sido lo bastante afortunado para conocer a mi padre, para tenerle para que me guiara. Incluso mientras practicábamos algunos de estos simples ejercicios, recuerdo ver a mi padre hacer algunos de ellos cuando yo era niño. Como cualquier niño haría, yo le imitaba y él me instruía, diciéndome que era nuestro juego secreto y que no debía revelárselo a nadie. No me enseñó nada de eso, en una muestra de entusiasmo juvenil, podría haber revelado mis proclividades Jedi a cualquiera de los cazadores de Jedi del Emperador. Pero pese a ello, formaron la base de mi actual entrenamiento, sin la cual habría estado totalmente perdido.

Tenía un millón de preguntas que quería hacerle sobre cuándo y dónde descubrió lo de su padre. Quería saberlo todo para llenar el pasado de la biografía del familiar «héroe huérfano de un mundo desértico» que todos habíamos oído incontables veces. La revelación de Vader de repente añadía profundidad a lo que se nos había dicho. En el momento de su mayor victoria, perdió la meta que perseguía. Redimió a su padre y le perdió al mismo tiempo. Al menos en mi caso, aunque perdí a mi padre, tenía todas las cosas buenas de él para recordarle y llevarle en el corazón.

Luke miró al suelo, casi penitente.

—Os he dicho esto para darle a Keiran su ejemplo, y para bajar una barrera entre nosotros. Quiero que sepáis que ninguna decisión es definitiva. Si tenéis que evitar las trampas del Lado Oscuro, debéis estar constantemente vigilantes. Si caéis en el Lado Oscuro, se os puede traer de vuelta. Yo he sido redimido. Yo he sido un redentor. Ahora deseo guiaros para que nunca tengáis que caer. Ahora poseéis el último de mis secretos. Os lo confío y aguardo con impaciencia el día en que me confiéis cualquier secreto que os preocupe.

Levantó la cabeza y su cara se iluminó, rompiendo el humor áspero que había caído sobre nosotros.

—Darle vueltas a esto malgastará el día, así que quiero que volváis a los ejercicios. Elegiréis un compañero y cada uno de vosotros desnudará su antebrazo. Cerraréis lo ojos y utilizaréis lo que se os ha enseñado para bloquear las sensaciones en ese antebrazo.

Cada uno de vosotros cogerá una piedra pequeña y la sostendréis entre el índice y el pulgar de la mano que no tenéis adormecida. Utilizando vuestros demás sentidos, y concentrándoos en los sentidos de la otra persona a través de la Fuerza, tenéis que acercar la piedra tanto como sea posible para tocar la piel de la otra persona. Una vez que sintáis el toque de la piedra a través de la Fuerza, suavemente alargad la mano y dadle un golpecito al brazo de vuestro compañero. La meta es acercarse tanto como sea posible sin tocar realmente, y reaccionar sólo cuando se siente el toque, no cuando se presiente.

Fui el compañero de Tionne y me arrodillé con mis rodillas rozando las suyas. Los dos retiramos las mangas de nuestros brazos izquierdos y los presentamos al otro, con las muñecas hacia arriba. Encontramos con facilidad pequeñas chinitas con las manos libres y las sostuvimos sobre los brazos del otro. Dirigiéndole una sonrisa, cerré mis ojos y apagué mis sensaciones de mi antebrazo izquierdo. Entonces intenté sentir la presencia de Tionne.

Decir que me expandí con mis sentidos es realmente una exageración. Quise producir un efecto campo, permitiendo a mis sentidos expandirse y rodear a Tionne, pero encontré el esfuerzo tan difícil y doloroso como intentar forzar a mi carne a romperse para que mis músculos pudieran expandirse. Cogí aire profundamente y lo dejé salir lentamente, centrándome en ello para recuperar mi concentración.

Por un momento me pregunté qué hacer, y entonces me di cuenta de que realmente estaba intentando expandirme demasiado. Primero, necesitaba ser capaz de sentir los brazos de Tionne, no todo su cuerpo y su presencia. Empequeñecer la tarea que tenía frente a mí la hacía mucho más manejable, y sentí inmediatamente un estallido de autoconfianza que aumentó la energía en mí. Luego, siguiendo esa misma línea de pensamiento, me di cuenta de que no necesitaba sentir con la precisión de un micrón dónde estaban su mano o su brazo, dado que ambos eran bastante grandes. Cambié mis ideas hacia un nuevo paradigma en el que vi cómo los pelos de mi brazo exudaban pequeños zarcillos de Fuerza que se entretejían en una malla brillante. Cuando sentía un contacto, hacía la malla incluso más densa bajo este, y le añadía profundidad, de manera que mientras su piedrecita se aproximaba a mi piel la veía penetrando en las capas de mi malla.

Una sonrisa floreció en mi cara. La diferencia entre un contacto y un no contacto era sólo una capa, una capa definida por un micrón, pero era una capa que era fácil de percibir cuando era capaz de centrarme. Mientras la piedra de ella tocaba mi piel y la última capa se separaba bajo ella, apunté con un dedo hacia arriba y le di un golpecito en el codo. Eso le provocó un pequeño jadeo a ella y yo sonreí un poco más.

Entonces cambié mi concentración a mi mano derecha. Proyecté zarcillos similares desde mis dedos, formándolos en una cápsula que rodeaba mi piedra. Le di forma utilizando lo que podía sentir de la piedra con mis dedos. La resolución en el punto de contacto de mi carne con la piedra se volvió muy fina, pero permaneció indistinta donde imaginaba que estaba el pico de la piedra. No obstante, bajé la piedra hacia el brazo de Tionne, y comencé a inyectar color en mi cápsula sensora. En el punto de contacto con su

piel hice que la cápsula se volviera verde. Mientras la piedra se acercaba más y más a su carne, el color cambió a amarillo. Entonces la capa final centelleó en rojo y yo detuve mi movimiento sin tocarla.

Entonces ella me dio un golpecito en el codo.

Yo me retiré y mi cápsula sensora se desvaneció durante un momento. La reestablecí y redefiní la forma de la roca. De nuevo hice una aproximación y me detuve antes de lo que yo pensaba que era un contacto, pero no fue hasta la sexta vez cuando me las arreglé para definir la forma de la roca con suficiente precisión para detenerme antes de tocarla.

Continuamos el ejercicio y las risas rápidas y los gritos triunfantes pronto se repitieron en las parejas. Nos volvimos casi juguetones con lo que estábamos haciendo, bromeando los unos con los otros. Mientras se convertía más en un juego, encontré más fácil proyectar mi pantalla y empujarla más lejos. Parte de mí quería intentar utilizarla para leer los contornos de la cara de Tionne, para ver cuándo estaba sonriendo y ver su ceño fruncido por la concentración, pero me contuve.

Mi poca disposición a conseguir una mayor sensación de Tionne me sorprendió porque me encontré a mí mismo reaccionando como si ella fuese un peligro. Con toda certeza era guapa y decididamente atractiva, aunque su coloración la colocaba fuera de lo que yo había visto previamente como mi «tipo». Su belleza física era menos peligrosa, se me ocurrió, que su manera muy abierta y amistosa de tratar con todos. Si, en este punto, fuera posible identificar a alguien que formara el corazón del grupo, yo la habría escogido a ella. Como tal, si ella supiera quién era yo y mis razones para estar en la academia, ella me habría ofrecido su consuelo.

Un consuelo que yo apreciaría.

Un consuelo que me habría resultado incómodo.

No estaba preocupado por ser seducido por ella… mi asunción era que Tionne no tenía interés en mí, y yo no tenía interés en nadie aparte de mi esposa. Lo que me preocupaba era aceptar la simpatía que ella ofreciera. Desde la época de la muerte de mi padre, me había mantenido muy cerrado para todos excepto para unos pocos buenos amigos. Con Mirax me había abierto incluso más y mientras que podía ser muy abierto con mis amigos, bromeando con ellos y aceptando sus burlas; la vulnerabilidad todavía me asustaba.

En parte era por los trabajos que había tenido. En SegCor la última cosa que quieres es dejar que un criminal vea que puede pillarte y herirte emocionalmente. Para combatir eso tiendes a atenuar tus sentimientos y a tratar con la gente con la que te encuentras profesionalmente como «ellos». *Ellos* no son parte de tu familia o tu organización. *Ellos* no son tan reales y por lo tanto lo que *ellos* piensan y dicen no puede pillarte. Es una deshumanización de la gente que permite el desapego; un desapego que necesitas si vas a sobrevivir mientras tratas con grandes tragedias y crueldades.

Incluso en el Escuadrón Pícaro caí presa de este distanciamiento. Cuando los amigos morían, dolía mucho, así que me contuve para no involucrarme con los nuevos pilotos. Ni siquiera me di cuenta realmente de que lo estaba haciendo hasta que Wedge me habló de

ello un día. Se las arregló para sonreír y me dijo que se había cogido a sí mismo haciendo lo mismo, pero que al superar esa tendencia natural, descubrió que podía llegar hasta los pilotos y ayudarles a ser mejores, de manera que no los perdiera.

Esa sensación de Tionne como un peligro se levantó como otro muro alrededor de mi corazón. Yo sospechaba que interferiría con mi acceso y mi capacidad para sentir la Fuerza tanto como lo había hecho previamente mi inflada concepción de mí mismo. El miedo a la vulnerabilidad era en realidad sólo otro aspecto del núcleo de mi personalidad. Para alcanzar mi potencial total como Jedi yo sabía que tendría que rodearlo o hacerlo pedazos, pero no me sentía preparado aún para decidir cómo quería hacer eso.

El sonido de la voz de Luke me sacó de mi introspección.

—Sin abrir vuestros ojos o apartaros de vuestros compañeros, quiero que coloquéis vuestra piedra en la palma de la mano de vuestro compañero. Quiero que entonces os abráis, encontréis esa piedra, y utilicéis la Fuerza para hacer que se mueva. Este es un gran paso. Hasta ahora habéis utilizado la Fuerza en un sentido pasivo, para afinar vuestras percepciones. Ahora aplicaréis la Fuerza más directamente y utilizaréis su energía para hacer que la piedra se mueva. Veamos si podéis levantarla claramente de la palma de vuestro compañero, cuanto más mejor.

Sentí la piedra de Tionne aterrizar en mi mano.

—Esto será fantástico, Keiran. Las historias de Jedi levitando toda clase de cosas abundan.

—Estoy seguro de que sí —dejé caer mi piedra en su mano e inmediatamente perdí toda sensación de ella. Esto fue un mal augurio para mí. Alargué la mano y simplemente la toqué con un dedo, esperando avivar los ecos de mi sentido táctil de ella.

Nada.

—La has tocado con el dedo, Keiran.

—Lo sé. Lo siento.

Tomé aire profundamente y lo dejé salir lentamente. Reuní mis pensamientos y reconstruí mi pantalla sensora. La proyecté hacia fuera y hacia abajo en dirección a la palma de su mano y tracé su mano. Podía sentir su carne y cómo la Fuerza fluía a través de ella. Entre nosotros pude sentir una resonancia y pude incluso detectar un lugar muerto en medio de esta. La piedra, tenía que ser la piedra. Sonreí y doblegué mi voluntad para mover la piedra.

Nada.

No ayudó que en ese momento su piedra estuviera bailando en mi palma como si un terremoto estuviera sacudiendo el planeta. Su risita nítida (medio chillido, medio risa) me hizo saber que ella había sentido el movimiento de la roca. Sentí una alegría pura manando de ella y no pude evitar sonreír, incluso aunque mi roca descansaba tan inmóvil como las piedras de los cimientos del Gran Templo.

Intenté empujar y hacer que se moviera otra vez, pero no conseguí nada.

Abrí mis ojos y levanté la vista hacia el Maestro Skywalker.

—Creo que no está ocurriendo nada.

Él sonrió.

—No pienses, *siente*. Ocurrirá.

Me encogí de hombros.

—Ni siquiera estoy moviendo el polvo de la roca.

—Tú no *crees*, que es por lo que fallas —Luke abrió sus brazos para abarcar a los otros estudiantes. Cuando miré alrededor vi que los pequeños saltitos que la piedra de Tionne había dado eran insignificantes comparados con lo que otros habían conseguido. Lo peor de todo era que Gantoris tenía un halo de piedrecitas girando a diferentes velocidades alrededor de su cabeza—. ¿Ves?, el tamaño no importa, los números no importan. Si crees, abres el camino para que la Fuerza fluya a través de ti.

Negué con la cabeza.

—Yo creo, pero aparentemente no lo bastante.

Los ojos de Gantoris se abrieron y me miró por encima de la cabeza de Streen.

—Tú crees en el fallo, Keiran, que es por lo que fallas. Es un ciclo sin fin.

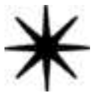
Luke hizo un gesto hacia Gantoris y las piedras que tenía orbitando alrededor de su cabeza subieron volando por el aire. Se movieron a través de un intrincado patrón casi demasiado rápidamente para que los ojos las siguieran. Habría sido completamente imposible de ver, pero Luke hizo chocar una piedra con otra, creando chispas aquí y allí. Entonces, como un enjambre de escarabajos-piraña de caza, las piedras salieron disparadas y se desvanecieron en la jungla.

—Sólo hay un ciclo que no tiene fin, Gantoris. Ese ciclo es la vida y la vida es lo que crea la Fuerza. El éxito viene con sentir, entender y controlar la Fuerza —sonrió—. El camino puede ser diferente, pero la progresión es la misma para todos vosotros. Se esperan reveses. El éxito y el fallo siempre serán parte de vuestro entrenamiento.

—No para mí —Gantoris negó firmemente con la cabeza—. Yo no elijo fallar.

La declaración de Gantoris envió un escalofrío por mi espina dorsal. Había oído ese tono muchas veces antes, aunque las palabras habían sido diferentes. «Nunca me cogerás vivo, SegCor», eran las palabras que solían acompañar a ese tono, y el desastre casi siempre iba a continuación. Allí, en la Academia Jedi, donde se nos enseñaba a manipular la energía que mantenía unido el universo, no quería ni imaginar qué clase de tragedia podría producir el comentario de Gantoris.

ONCE



Esa noche, después de cenar, me encontré pensando en lo que Luke había dicho. La idea de que primero tenía que sentir la Fuerza antes de que pudiera emplearla me hizo reevaluar lo que había aprendido hasta entonces. Luke también había dicho que antes de lo que habíamos intentado ese día habíamos estado utilizando la Fuerza sólo pasivamente, para realzar nuestros sentidos. Esto me hizo preguntarme si había estado utilizando las reservas de energía de la Fuerza que producía mi cuerpo. Se me ocurrió que cada criatura viva generaba suficiente energía de la Fuerza para mantenerse consciente y en contacto con el mundo, pero ir más allá de eso requería un flujo más amplio de energía.

Requería alcanzar la propia Fuerza. Luke dijo que yo tenía que creer, pero eso significaba dejar ir las dudas. Esto me trajo de vuelta a la comprensión de que mis dudas eran una parte esencial de quién era yo, y a menos o hasta que pudiera ir más allá de ellas, estaría bloqueado en el acceso a la Fuerza. Sentí como si tuviera que sacrificarme a mí mismo para ser capaz de sentir la Fuerza y utilizarla, y sin embargo no quería hacer eso.

No obstante, mi pequeña habitación apestaba a sacrificio. Los nombres grabados en la piedra lo dejaban cristalinamente claro. Porkins y Biggs habían muerto en Yavin, sacrificando todo lo que eran y lo que podrían haber sido. La vida de Wedge había sido sacrificada a la Rebelión; sus sueños pospuestos, su acceso a una vida que otros consideraban normal denegado. Y si incluía a Luke en el grupo, él se había quedado con la misión de recrear una orden de guardianes de la paz que su padre había destruido, una orden que fuera capaz de reconstruir una galaxia que su padre había ayudado a hacer pedazos.

De repente mi habitación se volvió enfermiza y estrecha. Allí tres hombres habían jurado terminar con el Imperio o morir. Sabiendo menos de sus probables futuros que lo que yo sabía del mío y habiendo vivido menos vida que la que yo había vivido, ellos tomaron su decisión; y una elección similar se me pedía a mí. Y mi elección era más fácil, dado que todo lo que yo necesitaba dejar ir eran mis preconcepciones y mis prejuicios, no mi carne, mi sangre, mis sesos y mi vida.

Tengo que dejar de pensar y sentir. Tengo que dejarlo ir. Suspiré en alto. *Tal vez Iella tenga razón, tal vez el sol de Coruscant se convierta en nova antes de que pueda hacer eso.*

Dejé mi habitación y rápidamente me encontré en el turboascensor, viajando hacia la azotea. Nuestra luna se estaba deslizando por detrás del gigante gaseoso y había vuelto su cara lejos de él, así que estábamos entrando en la Noche Auténtica, no simplemente la Noche de la Penumbra. Esperaba que hiciera frío y recibí una buena bocanada de aire

helado cuando la puerta del ascensor se abrió. Me deleité con el modo en que la brisa succionaba el calor de mí y tuve la esperanza de que mis pensamientos pudieran ser tan fríos como mi carne.

Sabía que mi miedo al cambio era estúpido. Intelectualmente podía ver mi transición como la de un insecto moviéndose de un estado de la vida a otro. La criatura era la misma, tenía el mismo código genético, pero se movía hacia una fase que le daba mayores habilidades. En mi caso las mayores habilidades traerían con ellas mayores responsabilidades. No creía que tuviera miedo de ellas, pero en el humor inquisitivo en el que estaba, no estaba seguro de nada sobre mí mismo.

Comencé un lento circuito alrededor de la cima cuadrada del Templo y vi una figura sentada en la esquina noreste. Intenté expandir mis sentidos para ver quién era, pero no llegué muy lejos. Él se volvió para encararse conmigo, dejando que el viento cardara su mullida barba, luego se volvió otra vez a mirar sobre la selva y la manta negra del cielo en el que billones de estrellas anidaban.

Me aproximé a él, pero me mantuve a varios pasos para darle espacio.

—No creí que nadie más estuviera aquí arriba, Streen.

El anciano se encogió de hombros.

—Estoy tan acostumbrado a estar solo que sólo puedo soportar un poco de compañía.

—Entonces te dejo.

—No, no hay necesidad —aunque las sombras ocultaron su cara cuando volvió a girarse hacia mí, sentí una intensidad radiando de él desde sus invisibles ojos—. Te mantienes lo suficientemente cerrado como para que tu presencia no resulte dolorosa.

—Gracias, creo.

—Perdóname. Mis habilidades para relacionarme no son lo que solían ser —sonrió mientras un grito ondulante de stintarils de caza pareció burlarse de él—. Durante años mis únicos compañeros fueron los rawwks de Bespin; grandes carroñeros negros con alas coriáceas. Tienen una inteligencia rudimentaria. Nunca le enseñé un truco útil a uno, pero venían cuando tenía comida para alimentarlos.

Sonreí y me senté en la piedra fría.

—He tenido amigos de los que se podría decir lo mismo.

—La prospección de gas en Bespin era un trabajo solitario, pero no me importaba —el anciano dio unos golpecitos en su cabeza con un dedo—. Seguía oyendo voces en mi cabeza, sintiendo el humor de la gente. Sólo alejándome podía acallar todo eso. Ahora el entrenamiento del Maestro Luke me está ayudando a hacer eso conscientemente. No lo echo de menos. Vuelve a darle misterio a la vida.

Le dirigí una sonrisa estupefacta.

—¿Misterio?

—Sí. Como tú, por ejemplo.

—¿Yo?

—Estás muy cerrado, pero algunos pedazos se filtran. Tu orgullo es lo bastante caliente como para fundir el duracero —Streen se encogió de hombros—. Y el dolor. La sensación de ser juzgado corta como un sable de luz.

—¿De verdad? —mi expresión se avivó. Streen podía fácilmente ser tomado por un viejo tonto y senil, pero claramente era perceptivo. Despreciarlo le haría un flaco favor—. ¿Qué quieres decir?

Streen se rio en voz baja.

—No te gusta Gantoris.

—No hace falta tener habilidades Jedi para saber eso.

—No, supongo que no. Tú tampoco le gustas mucho —Streen se recostó, apoyándose sobre sus codos y antebrazos—. ¿Recuerdas el ejercicio de hoy?

—¿Con Gantoris poniendo rocas en órbita?

—Ese mismo. No deberías desanimarte. Cuando el Maestro Luke y Gantoris vinieron a Bespin para encontrarme, me ofrecieron una demostración práctica de cómo se podía utilizar la Fuerza. Gantoris había aprendido a *empujar* con su mente para hacer que algo se moviera.

Levanté la cabeza.

—Ya veo.

Gantoris ya sabía cómo utilizar la Fuerza para manipular la materia, que es el motivo por el cual sobresalió en el ejercicio. Luke no le pidió que parara, que dejara de aprovechar su ventaja, cuando Gantoris empezó a meterse conmigo. Puede que tuviera un millar de razones para no hacerlo, y la menor de ellas podría haber sido dejar que las palabras de Gantoris alimentaran mi sentido de la competitividad. No sabía si esa era la meta de Luke, o si lo que había ocurrido provocaría que alcanzara esa meta, pero saber que Gantoris no estaba por encima de aprovecharse de una oportunidad era otro dato que yo gustosamente registraría.

De todas maneras, esa información no me acercaba a sentir la Fuerza.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Streen?

—Ya lo has hecho, pero te concederé otra.

—Gracias —me incliné hacia delante, descansando los codos en las rodillas—. ¿Cómo sientes tú la Fuerza?

—La siento como diez kilos de vida en una caja de cinco kilos —su voz ganó fortaleza y se aligeró en el tono—. Ahora sólo puedo sentir un goteo, como motas de polvo flotando en un rayo de sol, una a una, simplemente moviéndose a través de mí, pero es tan correcto que no hay manera de describirlo. Gotea un poco, se siente como un primer beso, o la descarga que sientes cuando el flujo de cambio en el sabacc hace tu mano mejor cuando estás apostando.

Quise decir con sarcasmo que yo había tenido citas así, pero la pura maravilla en su voz habría hecho que la broma sonara amarga.

—Guau.

—¿Cómo la sientes tú?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. No la estoy sintiendo. Creo que la Fuerza en mí es lo bastante fuerte para dejarme hacer pequeñas cosas, pero no he sentido lo que describes. Ni siquiera nada parecido.

—Lo harás.

—Eso espero.

—Lo harás —la voz de Streen recuperó su tono más grave—. Deja que te haga una pregunta.

—Es un trato justo.

—El Maestro Skywalker nos ha hablado mucho del Lado Oscuro, que es egoísta, malvado y cruel.

—Correcto.

—Vale, ahora, ¿recuerdas los rawwks que he mencionado?, ¿cómo no podía enseñarles ningún truco? Bueno, hubo una vez en que hubo uno que parecía ser más listo que los otros. Sólo un poco, no mucho, pero un poco. Y yo pensé que tenía un auténtico diamante en bruto, de manera que intenté enseñarle a desplegar un ala, luego la otra y brincar arriba y abajo a la vez con una melodía que yo estaba silbando. Sólo quería verle bailar un poco, sólo un poco.

La soledad en la voz de Streen comenzó a estrujarme el corazón.

—Estoy contigo.

—Entonces pensé que, tal vez, de algún modo, no sabía cómo, que si podía simplemente convencerle de que lo hiciera una vez y le recompensaba, él lo haría más veces. Realmente me sentí frustrado e incluso enfadado. Y creo que utilicé la Fuerza para hacerle bailar con la música. Sólo una vez. Y no le hice daño y le di comida y todo —la voz de Streen murió entre una cacofonía de aullidos de stintaril—. ¿Usé el Lado Oscuro? ¿Cometí una maldad?

—No estoy seguro de que sea una pregunta que pueda responder.

—Inténtalo.

Asentí y suspiré pesadamente, viendo mi aliento congelarse en una nube de vapor blanco.

—En un sentido absoluto, basado en lo que el Maestro Skywalker nos ha dicho, sí, podrías haber rozado el Lado Oscuro. En un sentido muy real, sin embargo, lo que hiciste fue egoísta, pero tan menor, que en una escala de uno a destruir Alderaan, ni siquiera puntúa con un decimal.

La silueta del anciano asintiendo eclipsó las estrellas.

—¿Y cómo puntuarías las invenciones sobre tu pasado?

—¿Qué?

—Se me ha dicho que perteneces a una familia Jedi corelliana y que luchaste con la Rebelión.

—Todo eso es verdad.

—Pero ese orgullo que tienes, esa es la clase de orgullo que viene de haber hecho algo. La historia que se cuenta de ti no lo respalda bien.

—Ya veo. Creo que todo es cuestión de perspectiva —me puse en pie de nuevo—. El hecho es que lo que éramos antes probablemente no es tan importante. Podría contarte toda clase de cosas sobre mí mismo. Algunas podrías creerlas. Algunas no las creerías. En última estancia, sin embargo, ninguna de ellas nos ayudará a convertirnos en Caballeros Jedi. Estoy orgulloso de lo que he hecho, pero estaré más orgulloso de ser un Jedi.

Streen se rio un poco.

—Entonces no estás mintiendo, simplemente no estás diciendo toda la verdad porque no significaría mucho en este momento.

—Creo que eso es, sí.

—Puedo vivir con eso —Streen se puso en pie y apuntó hacia el turboascensor—. Bueno, también podríamos mostrarle a los otros que somos lo bastante listos para entrar cuando hace frío.

—No hay que hacer ver a los Caballeros Jedi como estúpidos, ¿verdad? —pregunté mientras caminaba a su lado.

—No, no hay que hacerlo para nada.

Durante los siguientes días rotamos a través de una serie de ejercicios que resaltaron mi inhabilidad para sentir la Fuerza. Otros estudiantes tenían dificultades con varios aspectos de lo que llegué a llamar *empujar*. Aunque se suponía que tenía que enviar algo lejos, traerlo cerca, elevarlo, bajarlo, moverlo a distancia o acercarlo, demostré ser horriblemente inepto en eso. Considerando que Luke utilizaba el aforismo «el tamaño no importa» para animar a otros a olvidar sus dudas; conmigo se convirtió en una alabanza para incluso el más ligero movimiento de una roca.

El caso era, sin embargo, que yo no podía crear una olita en una taza de agua. Y mientras que mi habilidad para sentir a los enemigos y lo que estaban planeando hacer mejoraba, todavía no sentía la Fuerza penetrando en mi interior desde fuera. Mi progresión en áreas defensivas venía de abrirme más a la Fuerza en mi interior, pero esa apertura parecía venir como parte de mi deseo instintivo de autopreservación.

Y estaba bloqueado por mi deseo interno de preservación del yo.

Algo tenía que surtir efecto, y pensé que sabía un modo de hacer que surtiera efecto. Luke nos había colocado en un círculo alrededor de una enorme piedra redondeada enterrada hasta la mitad en el suelo. Él asintió en dirección a ella.

—Se os ha dicho repetidamente que el tamaño no importa. Eso es verdad. Sin embargo, eso no significa que todas las tareas serán simples. Esta roca, por todo lo que sabemos, puede ser sólo la punta de un iceberg. No sabemos lo grande que es. Moverla puede no sólo requerir un esfuerzo titánico, sino un esfuerzo sostenido. Con la Fuerza

fluyendo a través de vosotros, seréis capaces de moverla. Si la Fuerza no está fluyendo, la tarea no se completará.

Nos miró a todos y a cada uno de nosotros abiertamente.

—¿Quién será el primero en intentarlo?

Gantoris dio un paso hacia delante.

—Maestro, yo lo haré.

—Maestro, si no te importa —incliné la cabeza hacia él—. Yo seré el primero en *hacerlo*.

Gantoris se burló en mi dirección.

—¿Tú? Tú no *harás* nada.

Luke me miró.

—¿Crees que estás preparado?

Me encogí de hombros.

—Creo que *debo* hacer esto. Quizás al concentrarme en cosas pequeñas me he cerrado a mí mismo a la Fuerza. Para sentirla debo abrirme a mí mismo a algo más grande —miré alrededor del círculo, estableciendo contacto visual con todo el mundo—. Debo mover esta roca, por lo tanto la *moveré*. Esto lo creo.

Estaba contando mucho con la presión interna de no querer fallar. Aceptaba que el fallo era posible y estaba dispuesto a vivir con las consecuencias del fallo, lo que significaba que mi intento no estaría llevado por el pánico o lleno de emociones negativas que eran el heraldo del Lado Oscuro. Simplemente ofrecería mi mejor esfuerzo con toda honestidad. Haría todo lo que me habían enseñado a hacer, y tendría éxito.

El Maestro Jedi asintió.

—Entonces, hazlo.

Cerrando mis ojos, me coloqué y tomé aire profundamente. Exhalándolo lentamente dejé que mis sentidos se expandieran y toqué a Tionne y a Streen a cada lado de mí. Entonces mi consciencia saltó, conectando a unos con otros hasta que supe dónde estaba todo el mundo en el círculo. Desde ahí empecé a trabajar hacia dentro y mientras lo hacía empecé a sentir los primeros débiles hormigueos de la energía. Se sentía casi como un disparo de iones pasándote cerca. Hizo que el vello de mis brazos se erizara.

No empujé, no perseguí esa energía, pero me esparcí hacia fuera para dejar que viniera hacia mí. Mientras me hacía a mí mismo receptivo, mientras recogía más de la Fuerza de la misma manera que una vela solar recoge la luz del sol, mis sentidos del mundo se volvieron más completos. La negrura ante mis ojos no se aclaró o brilló, pero descubrí estructuras allí y cosas. Los puntos que se movían eran insectos. Las líneas que se arrastraban bajo el barro eran lombrices. Tracé arbustos y hierbas desde la punta de las hojas hasta la raíz. Si estaba vivo yo podía sentirlo, y lo que sentía fuera también podía sentirlo dentro.

El modo en que Luke había amoldado sus pensamientos a los míos para sondearme sobre la ausencia de Mirax volvió a mí de golpe. Miré a las corrientes de la Fuerza dentro de mí y las corrientes que giraban a mi alrededor fuera. Poco a poco, modificando

lentamente un pensamiento aquí, calmando una duda allá, dejando de lado el miedo y alentando la esperanza, cambié cómo fluía la Fuerza en mi interior. Dejé que erosionara de dentro a fuera todos los muros que me aislaban del torrente universal de la energía de la Fuerza.

Con la primera brecha en mis defensas la Fuerza se estrelló contra mí como un fluido a alta presión saliendo por un agujero en una tubería del tamaño de la punta de un alfiler. Me llenó en un instante e imaginé que escapaba por mis ojos, mi nariz y mi boca. Quería gritar y bailar de alegría porque era todo lo que Streen había descrito. Era lo que sentí cuando Mirax me dijo por primera vez que me quería. Era el aroma del perfume que mi madre llevaba y la cálida sonrisa que mi padre solía mostrar cuando estaba orgulloso de mí. Era la palmadita en la espalda de todo corazón que me daba Wedge después de una misión e incluso tenía un rastro de las triunfantes serenatas de Silbador. Era todo lo que era bueno y correcto, positivo y vivo; y estaba esperando para que yo lo amoldase a mi voluntad.

Recién fortalecido, me extendí hacia la piedra. En un instante sondeé sus profundidades. Supe su tamaño y su masa, conocí sus contornos y sus debilidades. Supe que podía convertir la Fuerza en un martillo y romperla, pero esa no era la tarea que tenía frente a mí. Mi tarea era moverla, arrancarla del suelo, y elevarla tan alto que todos pudieran ver lo que yo había hecho.

Puse todo mi esfuerzo en verter la Fuerza. Al principio sentí resistencia, pero eso lo esperaba. La piedra había estado firmemente anclada al suelo durante años. Tiré de ella y pude verla retorciéndose hacia delante y hacia atrás. Pequeñas piedrecitas cayeron de ella, rebotando sobre la hierba junto a su base. La moví como a un diente suelto y luego me preparé para sacarla.

Apreté los dientes por el esfuerzo. Sentí moverse la piedra. Ante el ojo de mi mente la vi temblar y estremecerse. Muy, muy lentamente al principio, empezó a moverse hacia arriba. Una micra aquí, un milímetro allá, después un centímetro y luego dos. Y cuatro, y seis, y veinte. Enriquecida arcilla marrón cayó mientras la mitad inferior de la roca empezaba a elevarse por encima de la superficie. Ahora se movía más rápido, frenada sólo por el ocasional golpe torpe contra el lado del agujero que había habitado. Mi control todavía no era bueno, pero sabía que se volvería mejor, así que empujé más, trabajando en levantarla más arriba.

La piedra se liberó completamente del suelo, pero eso no era suficiente para mí. Podía sentir la Fuerza latiendo dentro de mí, completa e insistente. La canalicé de nuevo a través de mi mente e hice que el ascenso de la roca fuera suave. La levanté y la levanté hasta tan alto que cuando abriera mis ojos, supiera que sería capaz de ver bajo ella y descubrir al Maestro Skywalker al otro lado del círculo. La levantaría tan alto, de hecho, que ni siquiera Gantoris podría negar lo que yo había hecho.

Finalmente tuve éxito. La piedra estaba suspendida en el aire a más de dos metros sobre el suelo. La mantuve allí y redoblé mis esfuerzos para sofocar la fuerza de la

gravedad. Quería mantenerla tan firmemente incrustada en la Fuerza y en el aire como lo había estado en el suelo. Cuando dejó de moverse, sonreí y abrí los ojos.

La roca permanecía en el suelo.

La miré e intenté recordar si la había oído estrellarse otra vez contra el suelo. No pude recordar tal sonido, ni pude recordar sentir la onda expansiva que habría resultado al estrellarse. Levanté la vista hacia donde la roca debería haber estado, luego la bajé de nuevo. No podía creer que no la hubiese movido porque sabía que había sentido la Fuerza, y sabía que la roca había flotado.

Entonces me di cuenta de que todos los demás, cada uno de ellos, estaban mirando al lugar en el aire donde yo había visto flotar la roca. Tionne y Streen tenían expresiones de abierta maravilla. Kam tenía la sonrisa afectada con la que recompensaba los buenos esfuerzos. Gantoris parecía que había visto un fantasma y los otros simplemente parecían asombrados.

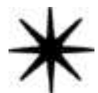
Frente a mí Luke sacudió la cabeza, luego se pasó la mano sobre los ojos. Volvió a mirar el lugar en el aire donde debía haber estado la roca y luego su mirada cambió hacia donde realmente descansaba. Miró a los otros estudiantes a su alrededor, y después pasó suavemente una mano por el aire, causando que parpadearan y se frotaran los ojos.

Gantoris miró a la roca y luego a mí acusadoramente.

—¿Qué has hecho?

—Lo que Keiran ha hecho, ha sido sentir la Fuerza —el Maestro Jedi asintió en mi dirección, entonces avanzó y descansó una mano en el hombro de Gantoris—. Ha abierto el camino hacia su futuro. Lo que ha hecho o ha dejado de hacer aquí no debería importarte. En su lugar, alégrate al saber que otro más de vosotros ha superado el primer obstáculo en su camino para convertirse en Caballero Jedi.

DOCE



A la mañana siguiente me encontré con el Maestro Skywalker esperándome en mi habitación después de terminar mi carrera. Goteando sudor, con mi pecho agitado por el esfuerzo, me incliné ante él, y permanecí encorvado, con las manos descansando sobre mis rodillas.

—Es un honor, Maestro.

Envuelto en negro, asintió hacia mí.

—Puedes aprovechar la Fuerza para revitalizarte, ya lo sabes.

Poco a poco me enderecé y sonreí.

—Lo sé, pero elijo no hacerlo. La fatiga y los pequeños dolores me hacen sentir bien. Me recuerdan que soy humano y mortal, y creo que eso es bueno en este momento.

—Desde luego, no es nada malo —su mano derecha salió de debajo de su capa. Flotando sobre su palma extendida vi un bloque de cristal de color verde lechoso. Giraba lentamente en el aire y brillaba con una luz interna que hacía que la carne de Luke adquiriera un desagradable tono verdoso—. ¿Te acuerdas de lo que es esto?

—Un Holocrón Jedi. Contiene historias, sabiduría e información acerca de los Jedi, recopilada a lo largo de los años —giré el torso hacia la izquierda y la derecha para estirar algunos de los músculos de la espalda—. Tionne ha estado usándolo para investigar la historia Jedi. Ella dijo que el guardián es un Jedi alienígena llamado Bodo Baas.

—Exactamente —Luke ahuecó las manos y tocó el cubo flotante con sus dedos.

El cristal resplandeció por un momento, entonces el holograma de una criatura insectoide encorvada con un caparazón bulboso surgió por encima como un fantasma verde. La criatura se orientó hacia Luke.

—Saludos, Jedi —entonó—, soy Bodo Baas, el guardián del Holocrón. ¿Tienes una pregunta para mí?

Luke miró a través del holograma hacia mí.

—Es un modelo funcional de la red cognitiva de Bodo Baas, utilizado como programa de búsqueda, recuperación y asignación de almacenamiento. Hay bastante información almacenada aquí. He pasado algún tiempo esta noche investigando para descubrir si lo que hiciste ayer se ha hecho antes.

—¿Y tienes algo?

El Maestro Jedi sonrió.

—Lo tengo. De hecho, una de las primeras manifestaciones de las habilidades Jedi que me mostró Obi-Wan Kenobi fue muy similar. Guardián, explica el poder clasificado como Alterar Mente a Keiran Halcyon.

El guardián se volvió hacia mí. Sus negros ojos compuestos me fijaron con su mirada.

—Las habilidades Jedi en la Fuerza tienen sus raíces en tres áreas. *Controlar* es interno. Es la capacidad de los Jedi para reconocer la Fuerza en sí misma y usarla en su beneficio. *Sentir* implica el siguiente paso, en el que los Jedi reconocen la Fuerza en el universo fuera de sí mismos. El Jedi siente la Fuerza y es capaz de recurrir a ella para obtener información acerca del mundo a su alrededor. A través de esta área te conectas con el resto del universo. *Alterar* es la tercera y más difícil área a dominar, ya que implica la capacidad del estudiante para modificar la Fuerza y redistribuir sus energías. A través de estas habilidades, los Jedi pueden influir en el universo, haciendo los cambios que sean necesarios para llevar a cabo sus objetivos.

» El poder conocido como Alterar Mente une todas estas áreas de habilidades. A través de este poder un Jedi puede proyectar su percepción de la realidad en la mente de otro, o una ilusión o conclusión que necesite que el otro tenga como verdad. Este es un poder magnífico y muy útil, pero también está lleno de peligros. Doblar la voluntad de otro para un propósito benigno puede ser noble y bueno. Pero el Lado Oscuro acecha cerca en este poder, por lo que se debe utilizar con precaución.

Parpadeé.

—Bueno, eso es muy interesante.

Luke asintió.

—Cuando nos encontramos con una patrulla de soldados de asalto en busca de droides en Tatooine, Obi-Wan utilizó este poder para convencer a un soldado de asalto de que nuestros droides no eran los que él estaba buscando.

—Recuerdo tener a un soldado de asalto buscándome durante mi huida del *Lusankya*. Yo hice todo lo posible por hacerme invisible, y él no me vio.

Los ojos del Maestro Jedi se estrecharon por un momento.

—¿Crees que inconscientemente tocaste este poder antes de empezar el entrenamiento?

—Supongo que sí. ¿Es eso malo?

—No, en realidad, es bueno. Eso explica algunas cosas —Luke asintió hacia la imagen de Bodo Baas—. Como el guardián ha indicado, es una habilidad de la Fuerza muy poderosa. Algunos individuos muestran una cierta aptitud hacia determinadas áreas de poder Jedi… tienen un talento innato para ello. Puede que tu talento recaiga en esta área.

—Puede ser. Es bueno que tenga aptitud en algo, porque soy inútil cuando se trata de la telequinesis. Por otra parte, no estoy seguro de cuán eficiente puedo ser en influir mentes. Recuerdo tratar de influenciar a un soldado de asalto en Thyferra con resultados desastrosos.

—El hecho de que tengas talento para ello no significa que siempre tengas éxito —Luke sonrió un tanto tímidamente—. Cuando visité la guarida de Jabba el Hutt me las arreglé para usarlo con su asistente twi'lek para conseguir una audiencia. Mi tentativa de usarlo con Jabba justo después fracasó. Puede que el hutt tuviera más fuerza de voluntad,

y los patrones de pensamiento de un hutt están un poco más alejados de los humanos que los de un twi'lek. El éxito tampoco está garantizado para mí.

Asentí.

—También debo tomarme en serio la advertencia sobre el Lado Oscuro.

—Sí, definitivamente —Luke liberó el Holocrón y el guardián se evaporó—. El Lado Oscuro es seductor para aquellos que quieren demasiado y demasiado rápido. Estaba preocupado por la facilidad con la que te las arreglaste para hacer que todos nosotros viéramos lo que querías que viéramos, por eso he consultado el Holocrón acerca de tu habilidad. Pienso que debes ser muy cuidadoso sobre cómo empleas este poder. Me gustaría que formaras equipo con otro estudiante y trataras de alterar su percepción del color o de cosas simples sin importancia, para poner a prueba tus límites. Por supuesto, quiero que lo hagas sólo con el permiso del estudiante y su conocimiento pleno.

—Entendido —sonreí—. De todas formas, la tentación de hacer que Gantoris crea que ya está vestido cuando no lo está existe.

Luke rio ligeramente por un momento, luego retiró el Holocrón de la vista.

—Todavía piensas como un piloto… tal vez esta habitación no era una buena idea después de todo. Por favor, no le hagas eso a Gantoris. Los poderes Jedi no son para gastar bromas. Más adelante os probaréis a vosotros mismos unos contra otros para perfeccionar vuestras habilidades, pero tenemos que trabajar juntos. Tu rivalidad con Gantoris me preocupa.

Sostuve mis manos en alto.

—Maestro, no considero a Gantoris un rival. No me gusta especialmente. Me recuerda a un piloto que conocí cuando me uní al Escuadrón Pícaro. Bror Jace y yo no nos llevábamos bien al principio, pero creció un entendimiento entre nosotros. Nunca nos hicimos buenos amigos, pero nos las arreglamos para trabajar juntos y nos las arreglamos para liberar su planeta natal de las manos de Isard.

El Maestro Jedi bajó la cabeza por un momento.

—Gantoris ha tenido que pasar por una gran cantidad de dificultades en su vida. Se las ha arregló para mantener a la gente de Eol Sha viva en un lugar muy duro. Hemos trasladado su colonia a Dantooine y lo hemos relevado de su responsabilidad hacia ellos. A pesar de ello se empuja y se mantiene a sí mismo en el estricto nivel de disciplina que lo mantuvo con vida en Eol Sha. Aquí te ve a ti empujándote a ti mismo incluso más duramente, y tu trabajo da sus frutos con éxitos sorprendentes. Él no puede vencerte físicamente. Aunque no pudiste levantar la roca, exhibiste un poder para el que él no tiene aptitud y no puede entender.

—Estás diciendo que está teniendo problemas para disfrutar de la libertad que tiene ahora porque es nueva para él. Todas las medidas para su conducta que había usado antes no tienen valor aquí, ¿así que me ha tomado a mí como escala con la que medirse a sí mismo? —negué con la cabeza—. Es peor de lo que pensaba.

—Tal vez puedas hacer cosas para ayudarle.

Sentí una corriente de aire frío filtrándose a través de mi túnica sudada.

—Puedo intentarlo.

—Deberías *hacerlo*.

—Si él me deja. *Haré* lo que pueda, pero si no es receptivo, mis esfuerzos no darán resultado.

—Aprecio lo que vas a hacer —el Maestro Jedi gesticuló más allá de mí hacia la estación de aseo comunal—. Ve a asearte y come algo. Será un día ajetreado para todos. Si las cosas van como pretendo, más aprenderán lo que tú has aprendido y podremos pasar a la siguiente etapa del camino para convertiros en Caballeros Jedi.

· · ·

En los varios días que siguieron a nuestra conversación, una variedad de cosas se hicieron evidentes para mí. La primera era que mi capacidad para sentir la Fuerza seguía un patrón simple: cuando me sentía presionado, podía tocarla y usarla. Cuando sólo practicaba la encontraba difícil de alcanzar. Me las arreglé para hacer que las orquídeas nebulosa cambiaran de color para Kirana Ti, y dejé que Tionne contemplara su aspecto si cambiaba el color de su pelo, pero incluso esas tareas sencillas me cansaban.

El Maestro Skywalker encontró este problema más alarmante de lo que yo lo hice. Creo que fui capaz de ponerlo en perspectiva debido a mi formación en SegCor. A todos los reclutas se nos enseñaba cómo manejar una variedad de blásters. Nos metían en la cabeza una y otra vez que solamente debíamos sacar un bláster y apuntar a algo si teníamos completa intención de usarlo, o estábamos dispuestos a usarlo. Nos decían que utilizar métodos que escalaban la tensión de una situación era mala idea, lo que significaba que mi estado por defecto era el de contenerme. Sólo cuando *tenía* que tener éxito me soltaba.

Dicho esto, era capaz de acceder a la Fuerza más que antes. Luke tenía razón: recurriendo a la Fuerza podía refrescarme después de una larga carrera. Podía espabilarme cuando me sentía somnoliento. Podía convencer a mi cuerpo de que realmente no necesitaba comer aún y podía ensordecer los dolores y sufrimientos de la vida. El goteo más débil de energía de la Fuerza era suficiente para lograr estas cosas simples y, sin necesidad del vasto poder que había demostrado anteriormente, no recurría a él.

Sé que el Maestro Skywalker quería que todos nosotros nos sintiéramos cómodos con la Fuerza y progresáramos a nuestro propio ritmo descubriendo cómo usaríamos la Fuerza, pero yo quería un poco más de disciplina en nuestro entrenamiento. No teníamos ninguna referencia con la que medirnos a nosotros mismos… en muchos sentidos, el problema de Gantoris era uno que todos compartíamos. El progreso era difícil de determinar, y con un enfoque más organizado podríamos tratar de duplicar los logros previos y aprender cómo lo hemos conseguido.

No creo que ayudara que Luke hubiera entrenado con dos profesores y bajo condiciones extremas. Él nos presentaba las lecciones que Yoda y Obi-Wan le habían enseñado, pero no eran siempre directamente sobre el tema que necesitábamos en el momento. Tionne ayudaba mucho, ofreciendo otros ejemplos del Holocrón, pero había momentos en los que Luke tenía dificultades para expresar su mensaje.

Una noche, durante lo más oscuro de la Noche Auténtica, el Maestro Skywalker nos convocó a todos sin decir una palabra. Vestido sólo con una capa con capucha, me uní al resto de mis compañeros y caminé en silencio a su paso. Muy por delante de mí, abriendo la marcha con una tenue lámpara incandescente, el Maestro Skywalker nos condujo a través del Gran Templo por un túnel descendente que nunca había notado antes. Las piedras polvorientas absorbían la calidez de mis pies y las pequeñas corrientes de aire frío que penetraban a través de la brecha de mi capa tensaban mi carne.

Caminamos abajo y abajo, profundamente en las entrañas de la luna. Los escalones estaban desgastados, pero no eran resbaladizos, y de alguna manera me dio la impresión de que ese camino era anterior incluso al propio Templo. Eventualmente nuestro descenso terminó, y sentí la cercanía de Tionne un segundo antes de toparme con ella. Pasado su hombro pude ver el círculo de luz sobre lo que parecía ser un sólido muro de piedra, pero un atisbo de vapor y el olor a azufre sugerían que había alguna cosa más allá del muro.

Luke elogió a Gantoris y a Kam por expresar sus sospechas de que el camino no había terminado, y luego manipuló algún tipo de interruptor que deslizó un panel de piedra a un lado. El agujero resultante se tragó la luz de su lámpara. Nuestra fila comenzó a moverse de nuevo y cuando el camino se curvó a la izquierda, el olor a azufre creció. Con él llegó una sensación de humedad y calor. La condensación cubría las piedras del camino.

Entré en la gruta subterránea el último y me encontré en un lugar con la espalda hacia el túnel, frente a Luke a través de un círculo. Su lámpara incandescente enfocaba la superficie de un manantial mineral burbujeante. El vapor fluía sobre el agua y se alzaba burlándose de nosotros con caricias cálidas. El estacato aleatorio de burbujas estallando llenó el silencio, y el aire acre comenzó a arder en la parte posterior de mi garganta. Bajo la luz de la lámpara incandescente, el agua parecía ser de un azul tentador, que contrastaba fácilmente con las blancas costras minerales de los bordes de la piscina y las rocas visibles.

—Este es nuestro destino —entonó Luke solemnemente. Apagó la lámpara incandescente, hundiéndonos en la oscuridad. Un par de los estudiantes jadearon, pero la mayoría esperábamos que hiciese eso. Lo que fuera que tenía preparado para nosotros en este lugar, algo mecánico como la lámpara incandescente parecía poco probable que fuera parte de ello.

Después de un tiempo la distante luz estelar se vertió a través de una grieta en el techo de piedra por encima de nosotros, lo que nos permitió percibir formas y las vacilantes reflexiones ondulantes de las estrellas en el espejo burbujeante del estanque.

Las algas del estanque despedían un tenue resplandor por sí mismas, delineando el borde del agua, pero no hacían nada para disipar la negra oscuridad de sus profundidades.

La voz de Luke llenó la gruta.

—Este es un ejercicio para ayudaros a concentraros y sintonizaros con la Fuerza. El agua está a una temperatura perfecta: flotaréis, os dejaréis llevar, os extenderéis y tocaréis el resto del universo —cuando la última de sus palabras hizo eco a través de la cueva, el agua se onduló desde donde había estado de pie, indicando que de alguna manera se había metido en el agua silenciosamente.

Sin esperar más invitación, me liberé de mi ropa y me adentré en el estanque. Al principio el agua parecía hirviendo, pero sabía que sólo era porque había estado frío cuando me quité la ropa. Me hundí con cautela hasta la cintura, entonces me solté del borde del estanque y me hundí bajo la superficie. El agua se llevó los últimos restos de frío de mi cabello y perilla mientras burbujas marchaban a través del pelo de mi pecho.

Rompí la superficie de nuevo y sacudí la cabeza para quitarme el agua de los ojos. El estanque aliviaba dolores y molestias con facilidad, con el calor penetrando a través de mi carne para calentar los músculos y huesos. Estiré mis brazos y llevé mis piernas arriba, realizando mi mejor esfuerzo para relajarme y poder flotar. Inclinando la cabeza hacia atrás, miré a las estrellas y ociosamente me pregunté cuántas de ellas había visitado durante mi vida.

Oí chapoteos ocasionales y disculpas susurradas cuando un aprendiz flotaba hacia otro. Con el calor del agua y la forma en que nos sostenía, era muy fácil olvidar nuestros cuerpos físicos. Recuerdo a Luke señalando que Yoda le había dicho que todos somos criaturas luminosas, no conglomerados crudos de carne y hueso. Aquí en el estanque de la gruta, cálido y aislado en la oscuridad, olvidar nuestro yo físico se volvía más fácil que nunca.

Y el ausente contacto con nuestro ser físico, nos permite sentir la Fuerza dentro de nosotros.

La voz de Luke volvió a romper el silencio.

—No hay emoción, hay paz. No hay ignorancia, hay conocimiento. No hay pasión, hay serenidad. No hay muerte, sólo la Fuerza —dijo las palabras del Código Jedi con tal poder y solemnidad, que me encontré susurrándolas junto a él. Mi voz se unió a la de los otros estudiantes, hasta que nuestras declaraciones llenaron la gruta, uniéndonos.

El Maestro Skywalker nos instó a utilizar el agua y el calor para liberarnos, de modo que pudiéramos *sentir*, realmente sentir, la Fuerza. Me recosté y pude oír los ecos de mi corazón golpeando en mis oídos. Me concentré en ello, percibiéndolo como un signo de vida. Dejé que mis latidos se fundieran con los ritmos de la Fuerza y sentí el chisporroteo de la Fuerza empapándome.

Oí a Luke hablar más, pero las palabras perdían su significado ante lo que veía a través de la Fuerza. En lugar de escuchar cada sílaba, encadenarlas juntas, y traducir los sonidos a conceptos, a través de la Fuerza vi su voluntad crear remolinos y corrientes.

Condujo nuestra atención a las estrellas sobre nosotros, luego nos redirigió de vuelta abajo, al estanque.

Me di la vuelta y floté en vertical, mirando hacia abajo en el estanque. La reflexión del cielo se hundía bajo la superficie ondulante, tomando profundidad. La franja de cielo se expandió como si las rocas por encima de nosotros se hubieran convertido en transpariacero. Cuando Luke preguntó «¿podéis verlo?» la piscina había desaparecido y me encontraba flotando en las profundidades ilimitadas del espacio.

Me extendí con mi mente y uní mis pensamientos con los del Maestro Jedi. Me aferré a su energía mientras él nos lanzaba a través de diversos sistemas solares. Nebulosas daban a luz a estrellas mientras pasábamos volando, y soles se convertían en novas, consumiendo sistemas planetarios enteros. Mundos enteros pasaban ante nuestros ojos, algunos los reconocía, otros no. Visitamos sistemas donde los señores de la guerra imperiales luchaban entre sí por la supremacía, y planetas donde refugiados buscaban una nueva vida.

En nuestro viaje capté un destello de algo que reconocí. Quise quedarme atrás por un segundo mientras identificaba la ligera pincelada de conciencia que percibía contra la mía. El segundo que me llevó hacer contacto resultó ser demasiado largo, porque cuando llegué a comprender que sentía la presencia de Mirax, Luke ya me había arrancado de ella. Giré a mi alrededor, tratando de encontrarla de nuevo, pero no pude.

En su lugar sentí malevolencia y peligro. Al principio vino de donde había percibido a Mirax, luego se hundió profundamente en la luna y se concentró debajo de nosotros. Sabía que lo que había percibido había sido un peligro, y lo que estaba sintiendo ahora era parte de una advertencia del Maestro Skywalker sobre otro. Él había sentido otra amenaza, una más cercana e inmediata.

En alguna parte, profundamente bajo la corteza de la luna, abrasadores gases calientes se habían liberado y se abrían camino fluyendo hacia arriba. Alcanzarían el estanque brotando a través de las mismas grietas que permitían que el agua llenara la cuenca. En un latido de corazón o tres el agua se llenaría de gases calientes, asándonos vivos.

Luché contra el pánico pero no lo habría derrotado de no ser por dos cosas. Sobre los chapoteos de los demás peleando por alcanzar la orilla del estanque, la voz del Maestro Skywalker se alzó.

—Un Jedi no siente calor o frío. Un Jedi puede extinguir el dolor. Fortaleceos con la Fuerza —la tranquila intensidad de sus palabras desterró mi miedo y me permitió concentrarme.

La segunda cosa fue un jadeo ahogado de Tionne. Se había abalanzado a la orilla del estanque pero sus dedos delgados habían fallado en izarla. Se hundió bruscamente y volvió a subir, escupiendo. Tosió con fuerza y aspiró aire ruidosamente, entonces se dio cuenta de que nunca conseguiría salir. A la luz de los líquenes reflejada en sus ojos perlados, vi que ella sabía que iba a morir.

Me negué a dejarla morir. La frustración, el dolor y la tristeza que me habían torturado cuando mi padre murió en mis brazos, se transformaron en la determinación de

que Tionne no moriría aquí. Sabía que tenía en mi interior, usando la Fuerza, lo necesario para evitar su muerte. Me abrí a la Fuerza, convencido de que haría lo que fuera (incluso morir) para salvarla.

La Fuerza me inundó cuando los gases sobrecalentados irrumpieron en el estanque. Sentí el calor golpear mis pies primero y esperé que la Fuerza lo canalizara a mi alrededor. En lugar de eso, el calor fluyó subiendo a través de mí. La Fuerza me aisló de su potencial destructivo, luego pareció digerirlo transformándolo en energía que podía utilizar. Sin pensarlo hice un gesto hacia Tionne con mi mano derecha ahuecada y la levanté.

Como si montara sobre un sillón repulsor, la aprendiz de cabello plateado emergió del agua y se desplazó a un lado. La coloqué en tierra tan suavemente como pude. Ella se dejó caer sobre una rodilla y volvió a toser, con su pelo plateado fluyendo hacia abajo como una cortina entre nosotros.

Me volví para ver si había alguien más que necesitara ayuda, pero la superficie turbulenta del agua había vuelto a un estado más plácido y todos los demás parecían estar bien. No sentía ningún dolor, sólo sorpresa, gratitud y confianza. Una sonrisa floreció en mi cara cuando me di cuenta de que yo, también, había sobrevivido a un desafío letal utilizando la Fuerza.

—Suficiente por esta noche —oí el chapoteo mientras Luke salía del estanque—. Pensad en lo que habéis aprendido.

Una vez más, encontré que cuando era necesario era capaz de usar la Fuerza. Levantar a Tionne alejándola del peligro me sorprendió, haciendo que asumiera que la energía que había absorbido necesitaba ser consumida de alguna manera. La había utilizado para alimentar la telequinesis… algo para lo que no había demostrado talento en el pasado. Era bueno saber que con una ayuda energética podía hacer telequinesis, pero sin una seguiría siendo imposible. Sin embargo, eso no importaba. Tionne estaba a salvo y yo estaba plenamente satisfecho con ello.

Nadé hacia la orilla del estanque y me empujé fuera del agua. Inmediatamente sentí la cuchillada del aire frío sobre mí, tensando mi carne. Miré a mi alrededor en busca de mi capa, entonces la encontré flotando por el aire hacia mí. La recogí y asentí en agradecimiento hacia Luke.

El Maestro Jedi me observaba con cautela, sus ojos azules reflejaban intensidad incluso en la tenue luz.

—¿Sabes lo que has hecho aquí?

—Hasta donde yo sé, la Fuerza me permitió servir como conducto para el calor.

—Muy bien. Hay otro poder Jedi que se manifiesta con la absorción y disipación de energía. Mi padre tenía habilidad para ello. Podía absorber o desviar un disparo de bláster sin herirse —la voz de Luke se volvió fría—. Incluso lograba hacer trucos telequinéticos con la energía que absorbía.

—No me gusta el sonido de eso, Maestro —abrí mis manos hacia él—. Sólo sabía que Tionne moriría si no hacía nada. Elevarla del agua parecía el método más directo para salvarla. No pensé, sólo actué.

—Lo sé, y eso está muy bien. La Fuerza es más corazón que cabeza. No pretendía que sonara como una crítica —su voz se suavizó un poco—. Es sólo que hacer algo con precipitación puede conducir a la impaciencia, y ello invita al Lado Oscuro. Sería mejor que dejaras que el poder devolviera la energía a la galaxia a través de la Fuerza. Si vas a emplearlo de la forma en que lo has hecho, evita la precipitación para evitar problemas.

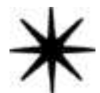
—Sí, Maestro.

Luke se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—Tú lo has hecho bien, Gantoris lo ha hecho bien y ha salvado a Dorsk 81 en el proceso, y los demás también han sobrevivido a este desafío inesperado. Es una buena señal para nuestro futuro.

—Estoy seguro de que tienes razón, Maestro —me encontré diciendo, pero el escalofrío que avanzaba desde mis pies mientras subíamos de nuevo hacia el Templo me dejó preguntándome si otro desastre acechaba para terminar con nosotros.

TRECE



A la mañana siguiente me desperté medio atontado y, como consecuencia, no me di cuenta de que empecé mi carrera más tarde de lo habitual. Aproximadamente a mitad de la carrera, en el punto más alejado del Gran Templo de mi circuito, me di cuenta de la hora que era. Si bien Luke aún permitía flexibilidad en los tiempos de formación, por las mañanas generalmente apreciaba que empezáramos temprano. Traté de elevar mi ritmo, pero sabía que llegaría al Templo mucho después de que los demás se hubieran reunido para empezar a trabajar.

Quería patearme a mí mismo por ser tan estúpido. La noche anterior habíamos logrado una impresionante victoria en la batalla por abrirnos a la Fuerza. Aunque la situación de emergencia me había abierto ampliamente a la Fuerza, había estado sintiéndola antes de eso. Sabía que podía hacer grandes progresos y tenía ganas de realizar los ejercicios de la mañana para ver si podía sacar provecho de lo que había aprendido la noche anterior.

La razón por la que me desperté bastante embotado era que no había conseguido dormir mucho. El Maestro Skywalker había mencionado que los sueños raramente perturbaban el descanso de un Jedi. No sé por qué, pero yo nunca había soñado mucho. Pero cuando soñaba, mis sueños tendían hacia pesadillas que arruinaban mi descanso.

Mi sueño había sido desigual y fragmentado debido a las pesadillas. Iba flotando de vuelta al lugar donde había sentido la presencia de Mirax. Trataba de congelar las estrellas en su lugar para poder averiguar dónde se suponía que estaba, pero una a una se apagaban. Me dejaban solo en la oscuridad. Cuando trataba de mirar mis manos, veía a través de mi carne cómo la podredumbre roía hasta mis huesos, entonces caía en la nada, existiendo para siempre con el conocimiento de que cuando Mirax me había necesitado, le había fallado.

Más o menos mi definición de una pesadilla.

Casi llegando al Gran Templo, escuché algo que hizo que me esforzara y aumentara mi velocidad. El *zumbido-siseo* de un sable de luz y el *chirrido-crujido* de éste cortando algo es inolvidable una vez escuchado. No podía imaginarme que Luke y Kam hubieran empezado a enseñar a luchar con sables de luz sin mí. Me di cuenta al instante de que tal pensamiento era indigno y arrogante, pero dado que poseía el único otro sable de luz en Yavin, incluirme a mí tenía sentido.

Entré en el claro justo cuando Luke lanzaba a Gantoris contra un árbol massassi de tronco púrpura. *¿De dónde ha sacado Gantoris un sable de luz?* Con la trenza negra del aprendiz sacudiéndose en el aire, cayó, esparciendo trozos púrpura de la corteza del árbol. Con las rodillas descansando en una gruesa raíz, y los codos manteniendo su espalda lejos del suelo, se quedó mirando a Luke mientras el Maestro Jedi se acercaba. La hoja

blanco-violácea de Gantoris seguía alzada apuntando a Luke, pero desde donde estaba no había forma de que el aprendiz pudiera atacar al Maestro.

En ese momento Gantoris hizo algo que extendió la hoja, duplicando su longitud. Acuchilló hacia Luke, pero el Maestro Jedi se movió más rápido de lo que creía posible. La manga del mono de vuelo gris de Luke humeó desde donde la hoja del sable de luz la había rozado, pero Gantoris no había provocado ningún daño real. Luke se colocó, imponiendo su hoja verde entre él y su estudiante, preparándose para otro ataque.

Gantoris había rodado para ponerse en pie mientras Luke retrocedía y avanzaba confiado. La longitud de la hoja de su sable de luz le daba ventaja y claramente daba a entender que la usaría. Avanzó hacia Luke, lanzando golpe tras golpe con una ferocidad que sólo había visto en adictos colgados de especia. Aunque Luke interceptaba cada golpe con facilidad, sin dejar que Gantoris le hiciera defenderse en el Anillo Interior, el aprendiz continuaba avanzando. Su intensidad y perseverancia mantuvieron a Luke retrocediendo hasta el punto en que la única salida del Maestro Jedi fue saltar alejándose y levitar hasta la rama de un árbol massassi.

Observé, aturdido, cómo Gantoris esperaba a que Luke descendiera de nuevo. Todos los demás estudiantes habían retrocedido lejos del claro. Acechaban en los bordes del bosque, esperando, sin saber qué hacer. Como yo, Kam no tenía su sable de luz con él. Mientras me miraba, sabía que ambos estábamos sopesando la posibilidad de correr al Templo, tomar nuestros sables de luz y regresar a tiempo para marcar la diferencia.

Pero si Gantoris puede matar a un Maestro Jedi, ¿qué posibilidades tendría yo de detenerlo?

Luke le hizo una pregunta a Gantoris, pero el zumbido de los sables de luz la ahogó así como el grito de respuesta de Gantoris. Entonces el aprendiz cortó el árbol massassi con su sable de luz, abriéndose paso por toda su amplitud. Los stintarils de las ramas más altas chillaron mientras saltaban alejándose. El olor picante de la savia llegó a mí casi al mismo tiempo que el árbol se venía abajo poco a poco derrumbándose sobre la selva con un crujido y los chasquidos de los arbustos y árboles jóvenes atrapados bajo él.

El Maestro Skywalker descendió flotando hasta tierra sano y salvo y nuevamente se dispuso a recibir los ataques de Gantoris. Gantoris acortó su hoja y avanzó. Luke cedía terreno, bloqueando los ataques más cerca de él que antes. Daba la impresión de que se estaba cansando, debilitando. Supuse que era una estratagema para atraer a Gantoris, pero el aprendiz no estaba pensando con la claridad suficiente como para ver eso. Él siguió adelante, abriéndose camino cortando a través de frondosos helechos y arrancando orquídeas nebulosa.

De repente Luke cayó y no pude verlo. Gantoris se precipitó hacia delante con su chisporroteante sable triturando la selva. Empecé a correr a toda velocidad hacia ellos, maldiciendo el hecho de no poder levantar a Gantoris del mismo modo que lo había hecho con Tionne sólo unas horas antes. Traté de pensar en una imagen que pudiera proyectar en la mente de Gantoris para desviarle y distraerle, pero no tuve oportunidad.

La hoja púrpura de Gantoris bajó en un poderoso ataque que se abrió camino quemando a través de la maleza. Oí un chillido sorprendido, entonces un peludo runyip anaranjado surgió de la maleza, lanzándose hacia el claro justo detrás de Gantoris. Cuando él se volvió para enfrentarse a esta nueva amenaza, su sable de luz se le escapó de las manos y la hoja murió.

Luke recogió el sable de luz del aire, luego apagó su propia hoja. Los dos se quedaron allí, uno frente al otro. El sudor corría por sus rostros y sus respiraciones eran irregulares, pero ninguno de los dos quería mostrar ningún signo de debilidad. En ausencia del siseo de los sables de luz, el sonido de los chillidos del runyip alejándose y el sonido normal de la selva luchaban por la supremacía.

Entonces Luke hizo algo que me sorprendió. Le dio la vuelta al sable de luz de Gantoris y se lo ofreció por la empuñadura. Gantoris lo aceptó tímidamente, agarrándolo con ambas manos. Lo estudió, dándole vueltas como si lo viera por primera vez, y luego volvió a mirar a Luke.

El Maestro Jedi asintió.

—Un buen ejercicio, Gantoris, pero debes aprender a controlar tu ira. Podría ser tu perdición.

Caí de rodillas asombrado. Vi a Gantoris girarse y retirarse a la selva. Los otros aprendices parecían tan sorprendidos por lo que había pasado como yo. Susurraban entre ellos en pequeños grupos mientras Luke emergía de la maleza, con su sable de luz fijado en el cinturón, y con su capa cubriéndolo de nuevo.

Miró a su alrededor con calma e incluso nos ofreció la insinuación de una sonrisa.

—Tal vez, después de la última noche, hemos empezado muy temprano hoy. Nos volveremos a reunir esta tarde —en sus palabras percibí cómo nos instaba suavemente a regresar a nuestras habitaciones, pero yo lo resistí. Los otros no y se desvanecieron sin ser vistos en la selva.

Luke me miró, con una media sonrisa en su rostro.

—Supuse que todavía estarías aquí. ¿No has visto el principio?

Negué con la cabeza.

—El final ha sido más que suficiente. ¿Qué vas a hacer?

—¿Hacer? Ya está hecho.

Mi mandíbula cayó.

—A menos que me haya perdido algo, uno de tus aprendices ha encontrado o de alguna manera ha construido un sable de luz y sencillamente ha tratado de matarte con él. ¿No ves esto como un motivo de preocupación?

—¿Cómo puede sorprenderte que Gantoris haya encontrado el modo de dar forma a un sable de luz? Tú y Kam ya poseéis uno. Ya hemos hablado de la competitividad de Gantoris respecto a ti.

Sostuve mis manos en alto.

—Eso puede ser una parte, pero no es el núcleo tal como yo lo veo.

Los ojos de Luke se estrecharon.

—Así que tu visión es lo más importante aquí.

Dudé y sentí el estómago dar un vuelco.

—No, Maestro Skywalker, no lo es. No quiero faltarte al respeto —suspiré—. Sólo quiero entender. Gantoris ha hecho algo que no debería. Tienes que disciplinarlo.

—Él va a ser un Caballero Jedi. No puedo tratarle como a un niño —Luke negó con la cabeza—. Hacer eso sería atrofiar su desarrollo. Es muy hábil y uno de los mejores estudiantes. Sólo necesita orientación.

—Entonces dásela —mis manos se volvieron puños, luego me forcé a abrirlas de nuevo—. Estás asumiendo que verá el error de sus acciones y nunca lo hará otra vez. ¡Te ha atacado! Ya ha demostrado que no está discerniendo el bien del mal correctamente. No puede empezar a averiguar dónde está la línea entre el bien y el mal si no encuentras un modo de castigarlo cuando cruza esa línea.

El Maestro negó con la cabeza lentamente.

—Puedo decirte que Gantoris ya lamenta lo que ha hecho aquí. Extiéndete con tus sentimientos. También lo sentirás. Él está enseñándose a sí mismo dónde está la línea y cómo permanecer en el Lado Luminoso de ésta.

Hice lo que me pidió y percibí tanto remordimiento como confusión de Gantoris.

—Tienes razón, Maestro. Sé que crees en la redención. Lo que dices de Gantoris es cierto. Supongo que no veo por qué no debería ser castigado por haber hecho algo malo.

—No se supone que tengas que verlo, Keiran, se supone que tienes que *sentirlo* —Luke se pasó una mano por la frente—. La venganza conduce al Lado Oscuro.

Suspiré.

—Lo sé. Argumentaría que un pequeño castigo ahora podría evitar un desastre más adelante, pero creo que ello no me llevará a ninguna parte.

—Ya ves, Keiran, creces en sabiduría así como en la Fuerza.

No quería reírme, pero su comentario era gracioso. Aun así, viniendo de alguien de mi edad, también dolía un poco. Luke, obviamente, se merecía el título de Maestro Jedi, pero parte de mí deseaba que no fuésemos el grupo en el que practicaba por primera vez la enseñanza. Tenía claramente sus ideas sobre cómo debíamos aprender, y todos *estábamos* haciendo progresos. *Algunos más rápido que otros.*

Aun así, no estaba acostumbrado a sus métodos. Recordé la división entre corazón y mente de Iella y supe que era la clave para mi problema.

—Voy a pensar más en mi ignorancia, Maestro, para poder ver cuánta sabiduría tengo que adquirir todavía. Sin embargo, si me lo permites, quiero hacerte una pregunta.

—Por favor.

Me rasqué la nuca.

—¿Qué le has preguntado a Gantoris y qué te ha gritado antes de que cortara el árbol?

—Le he preguntado cómo había aprendido lo que necesitaba saber para hacer un sable de luz —Luke se encogió de hombros con rigidez—. Él me ha respondido que yo no era el único maestro del camino Jedi.

—No es una buena respuesta. ¿Crees que habrá conseguido el conocimiento del Holocrón?

—No veo cómo. El Holocrón detecta la habilidad del estudiante y retiene las cosas que no están preparados para saber —sonrió cuidadosamente—. Funciona tan bien, de hecho, que no sé si hay cosas que aún tengo que aprender.

—Si no ha sido de Bodo Baas, entonces, ¿de quién ha aprendido? —fruncí el ceño—. Yo no podría enseñárselo. No creo que lo haya hecho Kam y tú, entiendo, tampoco. ¿Quién entonces?

Luke se quedó muy quieto por un momento, luego sacudió lentamente la cabeza.

—No lo sé.

—Pero tiene que haber sido un Jedi, o alguien con el conocimiento del camino Jedi y, presumiblemente, considerablemente poderoso en la Fuerza.

—Eso creo, sí.

—Y, sin embargo, ayer por la noche, cuando todos estuvimos tan abiertos a la Fuerza que fuimos incluso capaces de catalogar estrellas, no sentimos la presencia de un individuo así aquí.

Los ojos de Luke se volvieron rendijas de color zafiro.

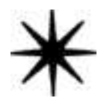
—No.

Me estremecí, y no fue porque estuviera empapado en sudor.

—¿Eso te preocupa tanto como a mí?

—Más, creo, Keiran —la capa de Luke onduló por un estremecimiento—. Mucho más.

CATORCE



Corriendo por el pasillo hacia la habitación de Gantoris, aspiré una bocanada de un olor venenosamente dulce que ya había olido un par de veces durante mis días en SegCor. No quería mirar dentro de la habitación porque sabía lo que vería. El corrillo de estudiantes en la puerta me tapaba la vista, pero no bloqueaba el olor.

Oí al Maestro Skywalker decir:

—Cuídate del Lado Oscuro —entonces un hilo grasiento de humo se retorció a través de los aprendices, separándolos. Varios se volvieron y tropezaron por el pasillo con las manos sobre la boca. Streen y Kam Solusar se quedaron uno a cada lado de la puerta, con los rostros cenicientos y mirando fijamente dentro. Me deslicé entre ellos, levantando el cuello de mi túnica para cubrir mi nariz. Ellos se apartaron, dejándome solo con Luke y lo que quedaba de Gantoris.

El cuerpo de Gantoris se encontraba cerca de la pared del fondo de su pequeña cámara de piedra… al menos asumí que era Gantoris, ya que no se parecía mucho a él. Había sido calcinado hasta morir. La carne carbonizada se había disuelto en ceniza en algunos puntos, dejando al descubierto huesos ennegrecidos. El calor había contraído sus músculos, arqueando su espalda y tirando de su cabeza hacia atrás. Su boca permanecía abierta en un grito mudo. El humo aún se alzaba desde los restos carbonizados de su túnica Jedi, y su sable de luz había rodado para descansar finalmente contra la pared.

Luke Skywalker estaba sobre él, mirando fijamente los restos ennegrecidos.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Te ha atacado de nuevo?

Luke se volvió a mirarme con ojos atormentados y enrojecidos, y me di cuenta de que no era la primera vez que veía un cuerpo en esas condiciones.

—¿Crees que yo he hecho esto? —el dolor en su voz fue como un cuchillo a través de mí.

—No estaba acusándote. Sólo quiero saber qué ha pasado —me agaché sobre el cuerpo—. Gajes del oficio. ¿Quién lo ha encontrado?

—Dorsk 81 vino a buscarme, así que supongo que él. Los demás se reunieron después de que llegáramos aquí.

Asentí.

—Voy a hablar con ellos.

Luke parpadeó suavizando su expresión sorprendida.

—¿Vas a investigar esto?

Levanté la cabeza.

—¿No debería?

El Maestro Jedi dudó por un momento, luego asintió.

—Sí, por supuesto que deberías. Tenemos que saber lo que ha ocurrido aquí.

—Cierto —señalé hacia el cuerpo y rodeé con mi dedo la zona en general—. Te puedo decir lo esencial justo ahora. La falta de un patrón consistente de carbonización, así como la ausencia de olor químico, sugieren que no se utilizó ningún acelerador. En otras palabras, nadie derramó algo inflamable sobre él y lo convirtió en una antorcha.

Luke hizo una mueca ante esa descripción.

—Ya veo.

—Echa un vistazo a los dedos y las orejas.

—Muy quemados.

—Cierto, pero no han desaparecido. Los cuerpos encendidos en llamas tienden a quemar rápidamente esas pequeñas partes. Y el hecho de que todavía tenga ropa encima, aunque esté carbonizada… —dejé que mi voz se apagara porque la conclusión a la que estaba llegado iba en contra de mi experiencia previa—. Casi parece como si hubiera ardido de dentro hacia afuera. Eso requeriría una increíble cantidad de energía: la caída de un rayo o muchas microondas, y no tenemos nada de eso aquí.

—Sí, pero él poseía tal energía —la voz de Luke bajó a un susurro—. Su ira.

—¿Crees que ha sido consumido por su ira?

—Así es. Creo que la usó para dar rienda suelta a fuerzas del Lado Oscuro que no podía controlar. Si la última noche, en la gruta, no hubieras sido capaz de derivar la energía que absorbiste, puede que tú también hubieras sido carbonizado por ella.

Alargué una mano hacia el sable de luz, pero no pude sentir calor en él, ni ver ningún signo de que hubiera sido dañado por fuego.

—Me gustaría tener un informe de laboratorio completo del sable de luz. Huellas dactilares, coincidencias de residuos de tejido, mecanismos, tanto interiores como exteriores.

Luke sacudió la cabeza.

—Encontrarías que sólo Gantoris y yo hemos tocado ese sable de luz.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo *sé* —Luke levantó las manos—. Si te abres a ti mismo a esta habitación, podrás sentir la sensación residual de los últimos momentos de Gantoris. Hay mucho dolor y mucha rabia, así como duda e indignación. El dolor es físico, por supuesto, y mental. Parece como si hubiese sido torturado antes de morir.

Me levanté de nuevo. El cuerpo de Gantoris yacía entre nosotros como un muro.

—¿Quién le habría hecho eso?

Luke negó con la cabeza.

—Ninguno de vosotros. Conmoción, sorpresa y horror irradian de los demás muy abiertamente. No están involucrados.

—¿Y yo?

—Cierta sorpresa, sin duda, pero también determinación para resolver este rompecabezas —Luke me miró con los ojos entrecerrados—. Si hubieses querido matarlo, tú le habrías incitado a un duelo o habrías usado una ilusión para hacerle tener

un accidente fatal. No habrías sido tan torpe para dejar este tipo de pruebas, habrías sido sutil.

—Gracias, creo —crucé los brazos sobre mi pecho—. Entonces, si nosotros no lo hemos hecho, ¿quién?

—No lo sé —la cara de Luke se ensombreció—. No obstante, Gantoris tenía premoniciones de desastre. Incluso cuando lo conocí, se preguntó si yo era el «hombre oscuro» que lo llevaría a la ruina. Él dijo: «Si voy contigo, estoy perdido». En ese momento pensé que sólo era miedo de lo que le pasaría a su pueblo si él los dejaba. Luego, la última noche, mientras salía de la gruta, me dijo que yo *no* era el hombre oscuro.

Me mordí el labio inferior por un momento.

—Así que Gantoris identificó positivamente a su hombre oscuro. Me dijiste que Gantoris también te mencionó que tú no eras el *único* maestro del camino Jedi. No creo que sea disparatado pensar que este hombre oscuro podría ser el otro instructor. El hecho de que no puedas sentir aquí a esta otra persona no es una buena señal.

—No puede permanecer oculto para siempre.

—No creo que tenga intención de hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

Miré hacia abajo al cuerpo de Gantoris.

—Has dicho que si yo hubiera querido matar a Gantoris, habría sido sutil. Esta muerte es cualquier cosa menos sutil. Tenemos a alguien muerto por medios que son imposibles, y ha sido asesinado justo en el corazón de la academia. Puedes ver por ese corte diagonal de la pared que Gantoris aparentemente trató de golpear a su atacante, pero eso no sirvió de nada… En mis días con SegCor, ayudé a rastrear a un asesino sociópata o dos. Dejar un cuerpo a la vista como aquí era una burla. Era el asesino diciendo que él era más inteligente que nosotros, más poderoso y más astuto. Gantoris trató de matarlo con un sable de luz y falló. Eso significa que el resto de nosotros tenemos pocas posibilidades de hacerle daño. Nos está desafiando a nosotros y a ti. Obviamente ganó a uno de tus estudiantes para el Lado Oscuro, luego lo dejó aquí como un juguete desechado para mostrar su desprecio por ti.

Luke se abrazó colocando los brazos alrededor de sí mismo.

—Puede que haya sido incluso más directo.

Negué con la cabeza.

—No te sigo.

—Esta noche he tenido una pesadilla. Estaba con mi padre en la parte superior de este templo, pero era la época en la que el pueblo massassi aún vivía. Debía ser milenios atrás. Mi padre trataba de explicarme por qué fue culpa de Obi-Wan que hubiera sido corrompido por sus estudios de material Sith. Lo que me decía parecía tener sentido en su mayor parte, pero entonces me invitó a seguirle por ese camino, lo que yo sabía que mi padre nunca haría. Lo acusé de no ser mi padre. Entonces la imagen cambió a la de una

sombra que se lo tragaba todo. En ese momento Erredós me despertó, así que no sé qué otra cosa podría haber pasado.

—¿Se convirtió en una sombra? —me estremecí—. ¿El hombre oscuro de Gantoris?

—Obi-Wan sugirió que no había tales cosas como las coincidencias. Debo suponer que todo esto está relacionado —la expresión de Luke se endureció—. Tengo que decidir muy cuidadosamente cómo proceder a partir de aquí.

—Si quieres, puedo sugerirte un par de cosas.

—Adelante.

—En primer lugar, este hombre oscuro aparentemente logró convencer a Gantoris de que podía ofrecerle cosas que tú no podías o no querías. El conocimiento y control de la Fuerza de Gantoris fue insuficiente para permitirle evitar tales ideas seductoras. Creo que es necesario utilizar el Holocrón como una forma de inculcar en nosotros un sentido de historia y propósito sobre lo que estamos haciendo, así tendremos incluso más incentivos para ayudar a reconstruir los Jedi.

—Y evitar las soluciones fáciles que ofrece el Lado Oscuro.

—Exactamente.

El Maestro Jedi pensó por un momento, entonces asintió.

—¿Y la otra cosa?

—Este sueño en el que viste a los massassi y las pirámides como fueron hace miles de años. Creo que deberíamos hacer algunas investigaciones para ver lo que podemos averiguar sobre Yavin 4 y los Templos. El Holocrón bien podría ser capaz de darnos información. Si somos capaces de poner rostro y nombre a este hombre oscuro, o averiguar lo que busca aquí, tendremos una mejor oportunidad de detenerlo.

—Ambos planes parecen tener sentido —Luke me sonrió tristemente—. Voy a trabajar en el primero. Tionne está pasando mucho tiempo sacando leyendas del Holocrón, por lo que puede ayudarme. Con tu formación como investigador, deberías manejar la recolección de información acerca de nuestro hombre oscuro.

—Elaboraré un perfil. Si podemos averiguar lo que quiere y cómo piensa, lo tenemos.

—Bien —Luke miró de nuevo al cuerpo de Gantoris, luego levantó la vista hacia mí—. Si queremos impulsar a la Nueva República, no podemos permitir que los Jedi sean destruidos.

No regresé a dormir esa noche, así que caminé hacia la pequeña biblioteca en la que estudiábamos el Holocrón Jedi. Realmente no me sentía capaz de iniciar ninguna investigación en ese momento, pero jugar un poco con el Holocrón y aprender cómo funcionaba parecía algo que podría manejar. El resplandor verdoso en el pasillo me dijo que alguien más estaba utilizando el dispositivo, y mi curiosidad me llevó derecho a la sala.

Allí, bañada en el resplandor verdoso de Bodo Baas, estaba sentada Tionne. Alta, delgada y encantadora, con el tono verdoso de la luz dándole al pelo, tenía un aspecto mucho mejor que el mío. Habría resultado indiscutiblemente hermosa, excepto que sus manos cubrían su cara y sus hombros temblaban por los sollozos.

La imagen de Bodo Baas extendió una extremidad hacia ella.

—Para un Jedi, no hay emoción, hay sólo paz.

Tionne levantó la vista, con el rostro bañado en lágrimas.

—Fue más horrible de lo que te puedas imaginar.

El simulacro de Jedi balanceó la cabeza.

—¿Pero las lágrimas son por tu compañero caído, o por ti?

—¿Qué? —la conmoción cabalgó su voz. Se limpió las lágrimas y señaló con un dedo al holograma, entonces me vio por el rabillo del ojo. Mi presencia cortó lo que le habría respondido. En lugar de responder, inclinó la cabeza hacia mí y se estremeció—. ¿Cómo podría alguien haberle hecho eso a Gantoris?

Asentí hacia Bodo Baas, luego me arrodillé al lado de Tionne. La recogí entre mis brazos y la abracé, dejando que sus lágrimas mancharan mi túnica esmeralda. Ella se aferró a mí con fiereza al principio, enterrando su cabeza en mi cuello. Le acaricié el pelo y resistí el impulso de besarla en la coronilla.

—Cálmate, Tionne. Lo que le ha pasado a Gantoris es horrible, pero eso no le ocurrirá a nadie más.

La mirada indiferente de Bodo Baas interceptó y sostuvo la mía.

—Hablas de certezas, Jedi, donde hay muchas incógnitas.

Cité de nuevo un pedazo del Código Jedi.

—No hay ignorancia, hay conocimiento.

—Sí —siseó el guardián—. ¿Tienes una pregunta para mí?

—Un momento —puse mis manos sobre los hombros de Tionne y me eché un poco hacia atrás—. ¿Me puedes ayudar con el Holocrón? Sabes más de él que yo.

Ella sorbió y se limpió las lágrimas con sus dedos largos y delicados.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo después de lo que has visto?

Por unos segundos no la sostuve a ella entre mis brazos, sino que sostuve el cuerpo sin vida de mi padre.

—El pasado nos prepara para el presente. Odio decirlo, pero he visto otros cuerpos en un estado igual de horrible. Lo que he visto en la habitación de Gantoris era terrible. También me asusta, pero estoy haciendo mi mejor esfuerzo por mantener las cosas bajo control.

Tionne sorbió otra vez y se recostó contra la pared fría de piedra de la pequeña sala. Cruzó los brazos sobre su pecho y miró hacia adelante a la base del pedestal en el que el Holocrón descansaba.

—Debes pensar que soy débil.

—De ninguna manera.

—No mientas. Tuviste que rescatarme anoche, y ahora me encuentras así —me miró acusadoramente—. Cómo mantienes tu desdén hacia mí oculto, no lo sé.

—Puedes pensar que lo oculto, o puedes pensar que no existe —me obligué a mantener la calma—. La segunda opción es la correcta.

Ella se acercó a mí y yo tomé su mano en la mía. Tionne cerró los ojos y pude sentir su conciencia fluyendo hacia mí. El toque de su mente era más como un débil susurro en comparación a lo que había sentido de Luke, sin embargo, se las arregló para sumergirse en mis pensamientos superficiales. Yo conscientemente los dejé abiertos para ella, y por debajo endurecí la capa donde residía Keiran Halcyon. A pesar de que traté de mantenerla alejada de sumirse más profundamente, se las arregló para retorcerse a través de mis pensamientos acerca de ella y se clavó profundamente en mi corazón.

Se echó hacia atrás bruscamente, rompiendo nuestro contacto, y me miró con los ojos muy abiertos.

—Has sido herido, muy herido.

Me encogí de hombros.

—He sobrevivido.

—Pero hay mucho de ti que está oculto —me miró parpadeando—. El Maestro Skywalker nos contó que su padre era Darth Vader. ¿Qué secretos podrías tener tú que fueran más peligrosos que ese?

—No más peligrosos, sólo aburridos. Te distraerían, y el entrenamiento aquí ya es bastante complicado sin distracciones.

Tionne sonrió y fue positivo ver el ánimo regresando a su cara.

—Puede que distrajeran a los demás, pero no a mí. Tengo la intención de cantar las hazañas de los Jedi, así que tengo que saber de Keiran Halcyon.

Antes de que pudiera alegar que no valía la pena conocerme, Bodo Baas habló.

—Keiran Halcyon fue un famoso Jedi corelliano. Tuvo éxito en poner fin a la secta seloniana *Afarathu* y sus asaltos en el sistema corelliano —mientras hablaba, el Holocrón presentó una imagen de un hombre de constitución más sólida que la mía, pero que llevaba el mismo tipo de bigote y perilla que yo me había dejado crecer. Su pelo largo y oscuro estaba recogido en una coleta suelta y el sable de luz que sostenía tenía la hoja plateada.

Una sonrisa inconsciente tiró de mis labios. Luke dijo que Keiran Halcyon era el nombre de uno de mis antepasados. El problema *Afarathu* había tenido lugar cuatro siglos atrás y todos lo olvidamos hasta que los oficiales imperiales usaron su estela para incitar la xenofobia entre las poblaciones humanas en el sistema corelliano. Afortunadamente para los selonianos, no habían sido un pueblo bélico desde hacía mucho, pocos de nosotros los vimos como una verdadera amenaza.

Los ojos de Tionne brillaban con absoluta delicia.

—¿Ese es tu secreto? ¿Eres este Keiran Halcyon que vuelve con nosotros?

—Creo que ni siquiera la congelación en carbonita me habría conservado tanto tiempo —me reí suavemente—. Mi nombre proviene de él. Me temo que me queda mucho para estar a su altura.

—Bueno, podemos saberlo todo de él, si lo deseas. Incluso puedo componer una balada sobre él.

Hice una mueca.

—Quizá podamos hacerlo más adelante, me encantaría saber más sobre él. Por ahora, lo que esperaba estudiar con el Holocrón era toda la información que tenga sobre este mundo y los massassi. ¿Me ayudarás con eso?

—Con mucho gusto —su pelo destelleó con reflejos verdes cuando asintió—. Será un placer y una manera de compensarte por salvarme en la gruta.

—No tienes que compensarme por ello —extendiendo la mano derecha, le di un apretón a su hombro izquierdo—. Y quiero que sepas que no creo que seas débil. Tu naturaleza es ser mucho más abierta y receptiva emocionalmente que yo. Por eso tienes un acceso más limpio a la Fuerza que yo. Puede que sea difícil para ti concentrarte a veces, pero es más fácil aprender a concentrarse que aprender a abrirse.

—Odiaría pensar que tienes razón, Keiran, porque odiaría pensar que no puedes abrir tus emociones —su sonrisa amistosa me reconfortó—. Tienes amigos aquí con quienes puedes abrirte. Puedes confiar en nosotros como nosotros confiamos en ti.

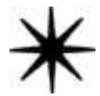
—Lo sé —le ofrecí una sonrisa valiente, pero también sabía que no podía compartir mi verdadera identidad con ella o cualquier otro. Luke Skywalker, al sugerir que adoptara otro nombre, tuvo razón en pensar que podría ser una distracción para los demás. También había otro propósito: uno arraigado en su comprensión de los pilotos de caza y los corellianos. Al hacerme ser otra persona, hizo innecesario para mí ser la leyenda en la que me había convertido. Aunque había vislumbrado mucha de la auto-imagen de mí mismo que me aislaba de la Fuerza, Luke la había visto aún más y había tomado medidas para resolver el problema incluso antes de que yo me diera cuenta de que lo tenía.

Asentí con la cabeza a Tionne.

—Créeme, cuando pueda abrirme, serás la primera en saberlo. Si ha de haber una balada de *este* Keiran Halcyon, quiero que tú la compongas y la cantes.

—Será un placer, Keiran —levantó la cabeza hacia Bodo Baas—. Ahora veamos qué podemos averiguar sobre este mundo y nuestros predecesores aquí. Este planeta tiene tantos secretos como tú, si no más, y tengo la sensación de que descifrarlos servirá de base para una balada muy importante.

QUINCE



La tragedia de la muerte de Gantoris agrupó a los aprendices restantes. Susurrar algo malo de Gantoris fue lo máximo a lo que llegamos, sin embargo todos tratamos de ser más amables y solidarios entre nosotros. Cualquier victoria individual (sin importar la magnitud) se convertía en una victoria de todos. Nos volvimos no tanto un equipo, sino una unión de iguales, unidos en nuestro camino para convertirnos en Caballeros Jedi.

Como parte de mi investigación, sugerí que los Caballeros Jedi tenían que ser muy observadores. Con este fin organicé misiones de reconocimiento en toda la zona circundante. Empezamos con los datos recogidos por un explorador rebelde, un sullustano llamado Dr'uun Unnh, cuando inspeccionó la luna mientras los rebeldes se preparaban para utilizarla como base. Haciendo uso de esta información, inspeccionamos el área inmediata, tomando notas detalladas de la flora, la fauna, los afloramientos naturales de piedra y diversas estructuras construidas por los massassi.

Desde el principio Luke tomó la decisión de no contarles nada a los otros estudiantes del hombre oscuro o su sueño. Estuve de acuerdo con la decisión sobre todo porque el pánico sólo ayuda a las criaturas del Lado Oscuro. Para combatir el pánico, Luke nos tuvo practicando técnicas de relajación y concentración, y trabajó en hacernos sentir la Fuerza más plenamente. Hizo grandes esfuerzos alabando nuestros éxitos. Y al proporcionarnos esos elogios, todos sentimos que estábamos haciendo grandes progresos, a pesar de que nuestro avance real era difícil de medir.

Mi progreso en ciertas áreas casi parecía negativo. Mientras que otros eran capaces de hacer levitar rocas mientras se apoyaban en el suelo sólo con las manos, o trenzaban juntas ramas de árboles massassi mediante la Fuerza, yo no tenía ni esa fuerza ni esa resistencia a la hora de la telequinesis. Por desgracia para mí esta incapacidad también se manifestaba en mi fracaso para hacerme levitar a mí mismo o hacer esa especie de salto prodigioso que alejó a Luke de la hoja de Gantoris en su duelo.

Peor aún, Tionne descubrió que esta carencia parecía ser un sello distintivo de la línea Halcyon. Como resultado nos caracterizábamos por permanecer tercamente firmes en algunas situaciones peligrosas. Un par de veces esto se había traducido en la motivación de las fuerzas de nuestro lado, haciendo retroceder al enemigo y derrotándolo. La mayoría de las veces, sin embargo, significaba que un Halcyon valientemente se ofrecía para ejercer como retaguardia y valerosamente ofrecía su vida por la de sus compañeros.

Tionne pensó que esta idea era material para grandes baladas.

Sabiendo que un individuo muy poderoso con gusto por los aprendices estaba ahí fuera, encontré las historias de mi tradición familiar un poco más siniestras.

Pero, manteniendo la tradición Halcyon, no dejé que eso me detuviera en mi búsqueda de quien fuera que había matado a Gantoris. Después de una dura mañana de

tratar de mover piedras de la longitud de mi sombra, y teniendo éxito sólo cuando el mediodía se acercaba, agarré algunas raciones y agua, luego me preparé para salir a inspeccionar el Templo de la Hoja Azul. Las notas de reconocimiento de Unnh informaban de algunas anomalías extrañas allí… suficientemente extrañas como para que el General Jan Dodonna ordenara que se sellara el Templo y lo acotara con un perímetro para todo el personal.

Tenía la intención de ir solo, pero Kam Solusar y Brakiss se unieron a mí en el último momento.

—Probablemente todavía esté cerrado a cal y canto, chicos. Podría ser muy aburrido.

Kam sonrió y apuntó hacia el sable de luz sujeto a mi cinturón.

—Tengo la clara sensación de que estás planeando reabrir el Templo.

—Realmente no es lo que tenía en mente, pero si las circunstancias lo exigen… —me encogí de hombros sin dudar—. Venga, vámonos.

Comencé a guiarlos a bastante buen ritmo, luego desaceleré un poco ya que Brakiss luchaba por mantenerse al paso. Siendo tan altas como él, las raíces de las orquídeas le estaban dando problemas. Kam, aunque de mediana edad, estaba en mejor forma que Brakiss, pero también él parecía preferir un ritmo más pausado.

Cruzamos el río que separaba el Gran Templo del Templo de la Hoja Azul caminando a lo largo del tronco de un árbol massassi que había sido desarraigado por el río. En realidad, el río en sí era bastante poco profundo en un vado cercano, yo por lo general usaba ese vado para cruzar cuando corría, pero Brakiss no parecía que quisiera mojarse los pies. Kam y yo bromeamos con él, preguntándole si quería que usáramos nuestros sables de luz para cortar algunos escalones y nivelar las partes desiguales del árbol, pero él sólo se sonrojó y nos dijo que camináramos.

El Gran Templo empequeñecía el Templo de la Hoja Azul, pero este último tenía mucha elegancia en su construcción. Se alzaba sólo hasta la mitad de la altura del Gran Templo, pero proporcionalmente tenía una huella más grande. Una gran cantidad de maleza y matorrales de arbustos había crecido a su alrededor, pero no era suficiente para impedirnos llegar a él.

Brakiss abrió el camino hacia el lado este de la estructura.

—El reconocimiento del sullustano decía que la entrada principal se orientaba al este para que la luz anaranjada del gigante gaseoso pudiera llenar la cámara baja al anochecer.

Llegamos a la entrada y pudimos ver dónde sellaron la puerta los rebeldes con grandes bloques de piedra. Claramente, estuvieron decididos a intentar que nadie fuera capaz de entrar de nuevo. Y con la misma claridad, el equipo de reconocimiento imperial que estudió Yavin 4 después de que los rebeldes lo abandonaran estuvo igual de decidido a entrar. Abrieron un agujero directamente a través del bloqueo.

Kam activó su sable de luz y quitó algunas telarañas del agujero.

—Las telarañas no son tan gruesas como cabría esperar. Gantoris pudo haber estado aquí y las arañas sólo han tejido desde entonces.

Desenganché una vara luminosa de mi cinturón y se la entregué.

—Asumo que quieres ir el primero.

—Claro —Kam la encendió, a continuación, agachó la cabeza y se abrió paso dentro. Siendo más pequeño y algo más delgado, me deslicé ladeado a través del agujero, bastante más fácilmente que él. Brakiss cerró la marcha y se unió a nosotros, cepillando el polvo con las hombreras de su túnica.

La luz verde del sable de luz de Kam y el haz dorado de la vara luminosa no penetraban muy lejos. Nos encontramos en un rellano con escaleras descendentes ante de nosotros. Extendiéndose para llenar la base del Templo había una enorme cámara con pequeñas alcobas construidas en las paredes. Sólo pudimos ver tenuemente las más cercanas a nuestra posición, pero parecían más pequeñas y un tanto más estrechas que las habitaciones que teníamos en el Gran Templo.

A ambos lados de nosotros, había escaleras que llevaban al siguiente nivel. Tomé la vara luminosa de Kam y proyecté la luz sobre las escaleras que descendían y las dos que subían.

—Parece que el polvo no ha sido perturbado. Si Gantoris entró aquí, lo hizo levitando, y no creo que fuera tan bueno como para eso.

—Tal vez sólo llegó hasta este rellano —Brakiss se encogió de hombros—. Tal vez no se atrevió a ir más allá.

—No lo creo —Kam señaló con su sable de luz hacia las escaleras que subían—. ¿Deberíamos?

Brakiss sonrió.

—Esto es por lo que hemos venido, después de todo.

Kam abrió la marcha. Nuestras pisadas resonaban secamente a través del Templo, y mis músculos comenzaron a tensarse mientras ascendíamos. Habíamos leído el informe de reconocimiento de Unnh, así que sabíamos qué esperar, y la anticipación me daba escalofríos. Saber que había un mal esperando y nosotros nos dirigíamos hacia él, hacia la razón por la que el General Dodonna ordenó que sellaran el lugar, provocó que sintiera que estábamos cortejando el desastre.

Sin embargo, demostrando que era un verdadero Halcyon, no tenía intención de retroceder.

Las escaleras daban a otro rellano que servía como vestíbulo para la Gran Cámara de Audiencias del Templo. Las paredes fuertemente inclinadas se unían muy por encima del suelo de la cámara para formar el techo. Tres torres situadas a una distancia equidistante a lo largo de la línea media de la cámara se alzaban hasta un punto muy por debajo del ápice del techo, sin embargo, de alguna manera, parecían sostener la alta bóveda. La robusta torre con forma de cono más cercana a nosotros y su compañera al otro extremo de la cámara estaban cubiertas de anillos de runas y sellos extraños que no pude identificar, y mucho menos leer. Las ranuras que ejercían como ventanas en la pared oeste permitían que la luz del sol pintara líneas doradas a lo largo del suelo, proporcionando un brillo cálido a la sala.

No obstante, tan cálido como era el brillo, hacía poco por disipar la gelidez que sentía como característica principal y más inquietante del Templo.

La tercera columna (también un alto y estrecho cono) había sido moldeada totalmente de un cristal azul. Casi lo hubiera llamado zafiro, ya que brillaba con su propia luz interior, pero la luz no cambió cuando nos acercamos. En vez de eso pareció fluir como si fuera un líquido burbujeante en el interior del cristal, arremolinándose en un gran ciclo.

—El sullustano decía que la piedra parecía grasienta, y que se podía sentir el cosquilleo de la energía latiendo en su interior —Brakiss se frotó las manos—. ¿Queréis confirmar la veracidad de ese informe?

Me estremecí.

—Yo no. Aún no.

Kam extinguió la hoja de su sable de luz y lo enganchó de nuevo en su cinturón.

—Yo paso. Y tú probablemente tampoco debas tocarlo.

Brakiss frunció el ceño.

—No sois nada divertidos.

—No creo que tocar esa cosa sea divertido —me acerqué a ella, teniendo cuidado de no caer en el foso circular que la rodeaba. Cuanto más me aproximaba, más frío sentía. La energía que latía en la torre no era palpablemente malvada, pero podía sentir una gran cantidad de emociones negativas, como desesperación o ira. Peor aún, mientras me fijaba en las profundidades de la piedra translúcida, vi imágenes espectrales pasando a la deriva. Algunas eran totalmente desconocidas: desgarbadas criaturas con las manos y los pies con garras. Otras resultaban más familiares, a menudo humanas, con los rostros destruidos por heridas o simplemente contorsionados de agonía. Aun así, me pareció reconocer algunas de esas imágenes. Unos pocos compañeros que habían caído en el camino, más enemigos que había matado.

Entonces el rostro de Gantoris apareció y me miró con ojos muertos.

Retrocedí y señalé.

—¿Podéis verlo? ¿Veis a Gantoris?

La cabeza de Kam giró para mirarme, sus ojos se enfocaron lentamente.

—No lo he visto a él. He visto a… otros.

La sombra de una sonrisa se dibujó en el rostro de Brakiss cuando se volvió hacia nosotros.

—Yo realmente no veo nada de nada.

Miré de nuevo hacia la piedra y la imagen de Gantoris había desaparecido.

—Hubiera jurado que lo he visto.

Brakiss se encogió de hombros.

—Un efecto óptico —su voz era ligera, castigándome con un deje de desdén.

Le fijé mi mirada esmeralda.

—¿Todavía quieres tocarlo?

Sacudió la cabeza.

—No hace falta.

Kam tenía una expresión sombría.

—No sé qué es esta cosa ni por qué está aquí, pero sé que no estoy cómodo cerca —señaló con el pulgar a las líneas de luz en el suelo—. Y por la forma en que la luz del sol se ha movido desde el momento en que empezamos a mirar y ahora, hemos estado observando esa cosa durante un cuarto de hora.

Negué con la cabeza.

—Imposible.

—Muy posible. Muy extraño —Kam frunció el ceño pronunciadamente—. Estoy a favor de largarnos.

—No hay señales de que Gantoris estuviera aquí —convino Brakiss.

—Correcto. Vámonos, entonces.

Realmente no sería justo decir que tres hombres adultos, todos aprendices de Jedi y dos de ellos armados con sables de luz, huyeron de un Templo deshabitado. Prefiero pensar en ello como que nos movimos rápidamente para alterar los planes de cualquiera que estuviera preparándose para tendernos una emboscada. El hecho de que no supiéramos de ningún otro ser presente en el mundo salvo nuestros amigos no excluía esa posibilidad, y pensé que nuestra precaución era bastante admirable.

Mientras nos alejábamos, Brakiss echó una larga mirada hacia atrás, al Templo de la Hoja Azul.

—Me parece increíble que esas criaturas, sin tecnología sofisticada, pudieran construir tal monumento y hacerlo a prueba del tiempo. Los comentarios de Unnh sugerían que estas ruinas tienen milenios de antigüedad.

—La Antigua República estaba bien establecida en esa época —retiré una rama y la sostuve, abriendo paso hacia el camino que nos había llevado al templo—. Por lo que sabemos, podrían haber utilizado láseres para extraer la roca y tallarla, y luego haberla deslizado a su lugar con tecnología repulsora.

—Por otra parte —ofreció Kam—, podrían haber utilizado la Fuerza. Con lo masivos que son esos bloques, ¿creéis que sería imposible moverlos para el Maestro Skywalker?

—¿Imposible moverlos para él?, no, en absoluto —escuché duda en la voz de Brakiss—. Sin embargo, no sé si el Maestro Skywalker sería capaz de crear un templo como ese.

Yo me reí.

—¿Habéis olvidado que «el tamaño no importa»?

—No lo he olvidado en absoluto, pero esa no es la cuestión —Brakiss arrancó una rama seca de un árbol massassi y la partió en un trozo de cuarenta centímetros—. El Maestro Skywalker puede tener el poder, pero es un chico granjero de una reseca bola de silicio. Sería incapaz de crear una obra de tal visión y elegancia.

Mientras Brakiss decía esto, agitó el palo en el aire. Kam y yo intercambiamos sonrisas secretas a su espalda, entonces Kam se aclaró la voz.

—¿Así que crees que el Maestro Skywalker no podría aprender a crear algo como eso?

—Ciertamente podría, pero le llevaría toda una vida.

—Ya veo —entrecerré los ojos—. ¿Y el cono de cristal, podría crear uno de esos?

Los hombros de Brakiss se crisparon en un encogimiento de hombros.

—No lo sé, pero a mí me encantaría intentarlo. Pienso que ese cristal era increíble. Me atrevo a llamarlo una obra de arte porque era perturbador —se dio la vuelta, sus ojos ardían—. Imaginad poseer tal poder como para ser capaz de crear tal cosa.

—No lo quiero —Kam negó con la cabeza—. No me gusta el cristal para nada.

—Sí, pero imagina el poder para hacer algo parecido, algo que te gustara. Usar la Fuerza para crear una obra que perdure por mucho tiempo —Brakiss se rio en voz alta y se giró como si bailara al son de una música que ni Kam ni yo podíamos oír—. Sería fantástico.

Le eché una mirada dura y fría, pero él no se dio cuenta

—El atractivo de ese tipo de poder puede ser seductor, pero no es fácil de conseguir.

—A menos que recurras al Lado Oscuro —Kam encorvó sus hombros hacia delante—. Yo sé lo que es, y a pesar de lo estimulante que puede ser, te deja vacío. Mejor trabajar por la verdadera Fuerza que conformarse con su sombra.

—Sí, pero piensa en lo que podrías hacer con ese poder —Brakiss clavó el palo en el aire, hacia el cielo—. Un Maestro Jedi con el poder suficiente podría haber llegado aquí y haber desgarrado el corazón de la Estrella de la Muerte. No habría importado si estaba usando el Lado Oscuro, habría hecho algo bueno.

Extendí la mano y agarré a Brakiss por la parte posterior del cuello.

—Espera un minuto. Lo que estás diciendo es que el fin justifica los medios para alcanzarlo, y eso es sencillamente erróneo. Es peor que nada, ya que te permite racionalizar cualquier comportamiento como bueno. Claro, vamos a asesinar a este criminal, porque sabemos que ha asesinado a gente en el pasado, o probablemente matará en el futuro. O vamos a destruir este planeta, porque sabemos que algún día golpearán a ese otro planeta. Y qué si la gente del planeta que destruimos muere… habrían muerto de todos modos, y a nuestra manera la gente del otro mundo se salva.

Brakiss se volteó y casi golpea mi cara con su palo. Afortunadamente para mí, tuve la advertencia del arco de su brazo y me agaché. Una máscara momentánea de ira se deslizó en su cara, pero se disolvió casi inmediatamente dando paso a conmoción y remordimiento.

—Keiran, lo siento.

—No pasa nada, Brakiss. No hay sangre, no hay informe.

Kam se acercó y enérgicamente envolvió los hombros de Brakiss con un brazo.

—Lo que Keiran te ha dicho es cierto, chico. La gente empieza diciéndose que están acumulando poder por este objetivo o aquél, y se convencen de que es algo bueno. Entonces cuando tienen suficiente se encuentran con que las circunstancias han cambiado. Se encuentran con que necesitan más poder o necesitan esgrimir este poder para tomar caminos inesperados al principio. Un oponente que no quiere escuchar a la razón se convierte en un insecto que debe ser aplastado en lugar de un amigo que sólo

tiene que ser convencido. El poder acaba envenenando a aquellos que lo atesoran. La asunción de que otros quieren el poder, el recurrir a todos los medios para conseguirlo, la liberación para tomar represalias de cualquier modo que se pueda.

Asentí.

—Y no hay nada bueno que provenga de la maldad. Tu ejemplo de alguien usando el poder del Lado Oscuro para destruir la Estrella de la Muerte está bien hasta que te preguntas por qué haría eso. ¿Es por su propio bien y el de su gente? Si es así, ¿cómo hará frente a la siguiente amenaza para ellos? Si escucha de otra Estrella de la Muerte y sabe que alguien como los caamasi están construyéndola, ¿los destruiría?

Kam frunció el ceño.

—Mal ejemplo. Todo el mundo sabe que los caamasi fueron pacifistas convencidos.

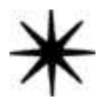
—Lo sé, Kam, pero alguien podría racionalizar que ellos son el mal e ir tras ellos —abrí mis manos—. Acéptalo, alguien *fue* tras ellos y casi acabó con todos. Incluso he oído que había un gran grupo de refugiados caamasi en Alderaan cuando fue destruido. Si alguien pudo ver a los caamasi como una amenaza, cualquiera podría ser visto como una amenaza. Un niño. Cualquiera.

Brakiss frunció el ceño.

—Escucho lo que decís y quiero creeros. Sin embargo, una parte de mí me dice que no podéis argumentar de forma rotunda que nada bueno puede venir de esgrimir poderes del Lado Oscuro. Tiene que haber un momento en el que pueda ocurrir.

—Eso es teoría, Brakiss, pero tenemos que lidiar con la realidad práctica de manipular la Fuerza —negué con la cabeza—. No quiero jugar con la idea de que puedo permanecer incorrupto tocando el mal por lo que yo veo como un buen propósito. Eso es dar el primer paso en una pendiente muy empinada y resbaladiza. Tal vez, con la ayuda del Maestro Skywalker, sería posible volver a la cima, pero habría gente que pagaría un precio terrible mientras durase mi descenso, y no quiero hacerle eso a nadie. Tampoco tú deberías.

DIECISÉIS



Una ráfaga rápida de los repulsores de aterrizaje del transporte levantó escombros en un viento abrasador que hizo que algunos de los demás aprendices se retiraran o levantaran las manos para proteger sus rostros. Absorbí el calor e inmediatamente usé esa energía para imponer un pequeño escudo de la Fuerza ante mí. Desvió el viento y me salvó de la molestia de tener que parpadear para quitar arenilla de mis ojos y de tener que escupir polvo de mi boca.

El transporte cuadrado aterrizó tan suavemente como una pluma, pero no esperaba menos del piloto al mando. Mientras se colocaba sobre su tren de aterrizaje y la pasarela del compartimiento de pasajeros descendía lentamente, los aprendices nos acercamos tras el Maestro Skywalker. Kam los dirigió a todos excepto a mí a la escotilla de carga que estaba abriéndose. Caminé hasta el lado de Luke y sonreí cuando Wedge descendió del interior de la nave.

Luke saludó a Wedge y a la mujer de piel azul que lo seguía. El joven de ojos brillantes que descendió en tercer lugar por la pasarela valió una sonrisa de Luke.

—Bienvenido, Kyp Durron.

El joven enjuto le devolvió la sonrisa a Luke.

—Estoy listo, Maestro Skywalker. Enséñame el camino Jedi.

—Será un placer —Luke hizo un gesto hacia la línea de gente que descargaba suministros de la bodega de carga del transporte—. Vamos a empezar por descargar la nave. Keiran, asegúrate de que el General Antilles y Qwi Xux se encuentren cómodos.

—Como quieras, Maestro —sonreí a Wedge y le hice un gesto hacia el Gran Templo—. Encontrarás que nuestros alojamientos son un poco menos primitivos que la última vez que trajiste suministros. Por aquí, por favor.

Wedge asintió solemnemente.

—Parece que habéis progresado mucho.

Qwi Xux se puso a caminar con Wedge.

—Wedge, ¿puedes decirme, por favor, cuándo nos reuniremos con ese amigo tuyo que estabas ansioso por ver de nuevo?

Wedge miró alrededor para asegurarse de que estaban fuera del alcance del oído de los demás, entonces su sonrisa se hizo más cálida.

—Desde luego, Doctora Xux. Qwi Xux, este es Corran Horn.

La mujer alienígena frunció el ceño.

—Pero el Maestro Skywalker le ha llamado Keiran.

Wedge asintió.

—Está aquí bajo un alias por varias razones. Corran, esta es Qwi Xux.

Me volví a medio paso e incliné mi cabeza hacia ella. El tono amistoso en la voz de Wedge cuando la presentó me hizo preguntarme si debía ofrecerle mi mano, pero me sentía reacio a hacerlo. Tan deslumbradora como era su belleza, había sido una investigadora clave en la instalación de las Fauces… el laboratorio imperial que había diseñado las Estrellas de la Muerte, los Devastadores de Mundos que destrozaron Mon Calamari, y el invencible *Triturador de Soles*, del tamaño de un caza, que Kyp Durron había hundido en las profundidades de Yavin para su custodia. Los pocos comentarios que habían llegado aquí sugerían que había sido una víctima involuntaria de los imperiales, alguien interesada sólo en la pura investigación. Eso bien podría ser cierto, pero no dejaba de preguntarme cómo alguien tan brillante podría no notar que todos los proyectos en los que trabaja tienen nombres terribles y pueden ser potencial e increíblemente letales.

—Bienvenida a Yavin 4 —señalé hacia el cielo—. La primera Estrella de la Muerte murió allí arriba antes de que pudiera destruir este lugar.

Un atisbo de dolor pasó por los ojos de Wedge mientras yo hablaba, pero Qwi simplemente se volvió para mirar hacia donde había señalado.

—La mayor parte de los restos caerían en el gigante gaseoso, sospecho, pero algunos debieron impactar aquí —ella me miró con sus ojos cerúleos bien abiertos—. ¿Habéis encontrado tales escombros?

Negué con la cabeza.

—No hemos buscado. Hubo un equipo de reconocimiento imperial o dos aquí después de que la Rebelión abandonara el planeta, así que asumiría que recogieron lo que pudieron para su análisis.

—Lástima.

—Por aquí —dirigí a los dos por el Gran Templo y tomé el turboascensor al segundo nivel—. Aquí tenemos estaciones de aseo y habitaciones para vosotros, si deseáis dormir un poco. También puedo conseguiros comida.

La doctora sonrió.

—Me gustaría echar una siesta rápida, si es aceptable.

Wedge asintió.

—Te avisaré dentro de una hora, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Bien. Encantado de conocerte, Cor… ehm, Keiran.

—Que duermas bien, Doctora Xux —le indiqué la habitación que había preparado para ella previamente, luego dirigí a Wedge hacia la habitación preparada para él.

En el interior, Wedge se apropió de una silla y se sentó, inclinándola hacia atrás para apoyarse contra la pared con los pies colgando sobre el suelo.

—No te gusta, ¿verdad?

Percibí un poco de resentimiento en la voz de Wedge.

—No la conozco lo suficiente como para formarme una opinión, pero sus juguetes han dejado una gran impresión. Tal vez al ayudar a destruir dos de ellos tú tengas una perspectiva diferente de ella, pero yo no me considero un gran fan de su trabajo.

—Realmente no sabía en lo que se estaba metiendo, lo que estaban haciendo con su investigación.

—¿Estás seguro? Los nombres en clave deberían haberle revelado lo que estaba pasando. Al menos debería haberse preguntado qué pasaría *si* por error, esas cosas eran utilizadas en planetas habitados. Existen sensores de signos vitales. ¿Cuán difícil habría sido poner un bloqueo mediante un sensor de vida en la Estrella de la Muerte de modo que no pudiera destruir Alderaan? —encontré ira arrastrándose en mi voz y levanté ambas manos—. No debería haber dicho eso, lo siento.

Wedge bajó la mirada a sus manos.

—No lo sientas. No es nada que no me haya preguntado a mí mismo un millón de veces desde que empecé a actuar como su guardaespaldas. Cuando está cerca, cuando hablo con ella, es tan brillante e inocente… la antítesis de las Estrellas de la Muerte, los Devastadores de Mundos y el *Triturador de Soles*. Creo que ella pensaba que el *Triturador de Soles* se utilizaría para eliminar estrellas beta de sistemas binarios para proporcionar estabilidad al sistema o para quitar sistemas deshabitados de rutas de navegación.

Mis ojos se estrecharon.

—Oh, no. Te *gusta*.

La cabeza de Wedge se alzó.

—¿Qué?

Le di la vuelta a la otra silla de la habitación y me dejé caer en ella, dejando que mi pecho presionara contra el respaldo.

—Se supone que debes ser su guardaespaldas y te estás enamorando de ella.

—Te gustaría si pasases más tiempo cerca de ella.

—No lo hagas, Wedge, no lo hagas.

Él me miró, dejando que una sonrisa descuidada tirara de una esquina de su boca.

—¿Por qué no? ¿No sería eso la reconciliación definitiva de los rebeldes y los imperiales?

—Wedge, estoy hablando por experiencia —me eché hacia adelante contra el respaldo de la silla—. Cuando estaba en SegCor, realicé algunas misiones donde comparecía como seguridad personal de alguien importante. De hecho, una vez tuve que tratar con tu hermana en una visita a Corellia. No obstante, en aquel momento no sabía que era tu hermana.

—Si vas a decirme que te enamoraste de mi hermana mientras la protegías, no quiero escucharlo.

—No, no de ella. Fue de la hija del magnate naviero dueño de Líneas Tinta. Era el blanco de un secuestrador. Por supuesto, cuando protegía a alguien, encontrábamos un agujero y nos metíamos dentro, no revoloteábamos alrededor de la galaxia.

—Un blanco móvil es más difícil de golpear.

—Tienes razón —sonreí—. De todos modos, Siolle Tinta y yo congeniamos a las mil maravillas una vez que descubrimos que compartíamos opiniones similares sobre el arte. Escondidos, reforzamos las ideas del otro y rápidamente éramos nosotros contra el mundo. En el exterior, Iella atrapó al secuestrador, así que sólo pasamos tres días juntos, pero si me hubieras preguntado al final de ese tiempo si aquello era amor y láseres de por vida, te habría respondido que todos los sistemas estaban en línea.

—¿Qué ocurrió?

—Aunque teníamos una cosa en común, muchas otras cosas no. Yo estaba en SegCor, lo que significaba que no podía largarme e ir a un spa a Selonia, o viajar al Centro Imperial para la apertura de una exposición de arte en el Museo Galáctico. El abismo entre nosotros resultó insalvable. Nos separamos como amigos, pero ambos sabíamos que lo que habíamos tenido juntos había sido una supernova que colapsaba. Puede que hubiéramos generado una gran cantidad de calor y luz, pero con el tiempo un agujero negro nos habría desgarrado.

Wedge asintió, pero miró más allá de mí.

—¿Me permites trazar mi propia ruta a través de esto?

—No puedo detenerte.

—Pero pensé que los Jedi podíais influir fácilmente en las mentes débiles.

Me reí ligeramente con él.

—*Este* Jedi sabe bien que no debe pensar en tu mente como débil, y no tengo ningún deseo de curiosearla sin una buena razón. Ya eres mayorcito. Si funciona, genial. Si no, tienes amigos. Me imagino que mi esposa te hubiera regañado por esto.

—Sí, y Mirax puede ser una pizca más persuasiva que tú —echó la silla hacia delante sobre las cuatro patas—. Aún no hay noticias de Han ni de ninguno de sus contactos acerca de Mirax. Lo siento.

Suspiré pesadamente.

—No esperaba que tuviera mucho que decir, ya que ha estado en Kessel recientemente. ¿Booster no ha hablado contigo?

—He sido difícil de localizar, pero no he recibido ningún mensaje.

—Es mejor dejar roncar a los hutts dormidos —sentí ira reuniéndose, pero la disipé con una rápida respiración calmante—. Me lo harás saber si *oyes* algo, ¿verdad?

—Tan pronto como llegue a mí una palabra, lo sabrás —Wedge sonrió con solemnidad—. Es lo menos que puedo hacer por un amigo.

Wedge y Xux se marcharon al anochecer y lamenté verlos partir. El único aspecto realmente difícil para mí de la Academia Jedi era el aislamiento de las noticias del mundo exterior. La aventura de Han Solo en Kessel y el robo del *Triturador de Soles* nos los habían presentado como apartes… anexos a las lecciones que el Maestro Skywalker nos

enseñaba. Obtuvimos más información ahora que Kyp Durron estaba con nosotros como estudiante, pero incluso eso era sumamente escaso.

Aún más escasas eran las noticias sobre los Odis.

La presencia de Kyp pareció devolver chispa al Maestro Skywalker… chispa que había disminuido desde la muerte de Gantoris. Kyp demostró casi inmediatamente ser el más grande de los aprendices reunidos. Con sólo un mínimo de entrenamiento, nos adelantó a todos nosotros en términos de lo que podía hacer. Apoyándose en una sola mano, podía equilibrar rocas y troncos de árboles caídos con facilidad. Dada mi falta de habilidad en esa área, encontré sus habilidades un poco intimidantes.

El Maestro Skywalker encontró las habilidades de Kyp de todo menos fascinantes, y dedicó mucho tiempo a dirigir sus estudios. Supongo que tenía sentido por muchas razones. Sospeché que Luke veía mucho de sí mismo en Kyp. Ambos procedían de mundos brutales; Tatooine y Kessel respectivamente. Kyp había recibido instrucción inicial de la difunta hembra Jedi Vima-Da-Boda al igual que Obi-Wan había enseñado a Luke. Kyp también había demostrado ser hábil pilotando una nave y le había salvado la vida a Han Solo… una coincidencia positiva, sin duda. Por último, el poder de Kyp empequeñecía al de Gantoris, convirtiéndole en el perfecto candidato para eclipsar el recuerdo del primer fracaso de la academia.

Por supuesto, nadie dijo eso directamente, ni pensábamos en Gantoris de esa manera. Los restos de Gantoris habían sido enterrados en medio de una hermosa arboleda, y el propio Maestro Skywalker había impulsado un zócalo gris colocándolo en el suelo para marcar el lugar. Sabíamos que era el tipo de lugar paradisíaco que Gantoris hubiera querido para sí mismo y su pueblo. Varios de nosotros nos dimos cuenta de que no nos importaría ser enterrados allí cuando cayéramos, aunque ninguno esperábamos que fuese pronto. Aun así, el fantasma del fracaso de Gantoris nos perseguía, en mayor o menor medida.

Luke delegó gran parte de la instrucción de los otros aprendices en Kam Solusar, y Kam hizo un buen trabajo. Como profesor era justo pero firme, y todo el mundo progresaba constantemente bajo su guía. Luke hizo un buen uso de las investigaciones de Tionne para inculcarnos un sentido de comunidad y continuidad. Empezamos a pensar en el Imperio como el Crepúsculo Jedi, y nosotros éramos el amanecer de un nuevo día de una nueva era.

Luke permitió que Kam iniciara mi formación en el combate con sable de luz. Usaba el sable de luz de mi abuelo y disfrutaba de su peso fresco y suave en la mano. Podía percibir la antigüedad en el arma y casi sentir las manos de Nejaa Halcyon presionadas allí con las mías. Creo que esa sensación rompió la última barrera en mi interior, permitiéndome aceptar mi posición en la gran tradición de los Jedi. Pude sentir la esencia de mi abuelo en el arma que había empuñado, pero luego también sentí el peso de la responsabilidad.

Comenzamos con el entrenamiento con remotos. Tenía un conocimiento superficial de las pequeñas bolas flotantes que podían aguijonearte con un rápido dardo de energía

ardiente. En la Academia de SegCor los remotos desempeñaban un papel en el entrenamiento con blásters. Un bláster colocado en aturdir puede dejar fuera de combate a un remoto, así que los alumnos los usaban como objetivos. En mi tiempo en la academia me volví muy bueno apuntando en movimiento y clavando disparos azules en los remotos.

—El objetivo del ejercicio aquí, Keiran, no es destruir el remoto, sino defenderse de sus disparos —Kam dejó que una de las pequeñas esferas flotara sobre su palma extendida—. Utiliza tu sable de luz para bloquear los disparos. Una vez que puedas hacerlo con un remoto, trabajaremos con más. Y una vez que puedas defenderte de un puñado, trabajaremos en la reorientación de los disparos hacia varios objetivos.

Le ofrecí a Kam una sonrisa.

—Es una meta.

Kam liberó el remoto y yo encendí mi sable de luz. La hoja plateada salpicó de luz fría el interior de lo que había sido el hangar rebelde en el Gran Templo. Elegimos trabajar en el interior en lugar de salir porque las paredes del Templo detenían los disparos del remoto. Mientras que a mí no podían hacer más que herir mi vanidad, un disparo perdido podría aturdir a un woolamander o probablemente matar a un stintaril. Dado que empuñando un sable de luz era más peligroso para mí mismo que para cualquier otro, hacer todo lo posible para evitar daños colaterales era buena idea.

El remoto siseaba y silbaba mientras flotaba en el aire. Giró, entonces escupió un rápido dardo rubí que me golpeó en el muslo. Maldije y salté hacia atrás, pero el remoto avanzó, presionando el ataque. Me situé y aparté el dolor, entonces me centré en captar al remoto y su próximo disparo.

Mientras que el remoto, siendo un objeto sin vida, no tenía una conexión directa con la Fuerza, existía en el universo unido por la Fuerza. *Descentré* mi atención de él directamente y en su lugar me hice una idea de dónde encajaba dentro del área inmediata. Me abrí a la Fuerza, lo que me permitió filtrar y ampliar mi percepción sensorial. Entonces, allí, vi el movimiento del remoto a través de la Fuerza, dejando pequeñas oscilaciones en ésta como una polilla moviéndose a través de humo. Detectando las perturbaciones que creaba, era capaz de captarlo y seguirlo.

Del mismo modo, en su interior, la transferencia de energía creaba vibraciones incluso más pequeñas dentro de la Fuerza. Percibí las microtrepidaciones causadas por la energía reuniéndose para disparar un rayo. Localicé dónde estaba esa acumulación de energía y empecé a levantar mi sable de luz. Cuando el diodo escupió fuego escarlata, blandí mi sable de luz en un arco que interceptó el dardo encaminado a mi estómago. Un nanosegundo después percibí indicios de otro disparo, pero fallé en bloquearlo.

El dardo se clavó en mi pie izquierdo. Aullé (y la risa de Kam no ayudó a aliviar el dolor) y bailé retrocediendo. Mi retirada me hizo chocar con una columna que no había esperado que estuviese allí, haciéndome rebotar de vuelta hacia el remoto. Disparó de nuevo, pero en mi arremetida hacia delante coloqué la hoja lo suficiente por delante de mí para desviar el disparo, que pasó por encima de mi hombro derecho.

Y justo por el lado de la oreja derecha de Kam.

Él arqueó una ceja hacia mí y tocó un botón del controlador del remoto, apagando la unidad.

—¿Has hecho eso a propósito?

Me dejé caer sobre una rodilla y froté mi pie.

—Me encantaría atribuirme el mérito, pero yo no soy el genio en la Fuerza que es Kyp.

—Eso salta a la vista —Kam se acercó y recogió el remoto del aire—. Piensa por un segundo. No sabías dónde estaba la columna. ¿Habías extendido tus sentidos lo suficiente como para saber dónde estaba?

Fruncí el ceño y traté de recordar.

—No. Creo que mi rango sensorial era de unos dos metros, y tú estabas fuera de él. Así como la columna, hasta que retrocedí.

—Y cuando te hirió probablemente redujiste el rango de tu esfera sensorial aún más —abrió un panel en el remoto y giró un pequeño dial—. Voy a ponerlo en cuatro metros. Tienes que ser capaz de agrandar tu esfera más y más, y percibir las cosas en su interior. Si no sabes dónde te encuentras y qué estás haciendo, estás en serios problemas.

—Lo capto. Los pilotos se refieren a ello como «conciencia de la situación». Si no puedes rastrear a tu propia gente y a la del enemigo en una escaramuza, terminarás desintegrado en algún mundo.

—Exactamente. Mi padre solía referirse a ello como esfera de responsabilidad. Solía decirme que como Jedi nuestra esfera de responsabilidad era tan grande como la galaxia, y que los mejores Jedi podían captar y clasificar sistemas estelares enteros. Realmente no sentí nada como eso hasta la otra noche, en la gruta.

Asentí.

—Lo copio. Como piloto tendía a ser muy bueno en el área de conciencia de la situación, pero usando la Fuerza es como tratar de aprender a ver después de haber estado ciego la mayor parte de la vida.

—No es fácil, pero puedes hacerlo —Kam me dio una palmada en el hombro—. Y no dejes que el progreso de Kyp te moleste.

—¿Me moleste? —le eché una mirada irritada—. El progreso de Kyp no me molesta. Realmente no tiene ningún efecto sobre mí.

—¿En serio? —los ojos de Kam se estrecharon y se hundió nuevamente en las sombras—. ¿No tienes un poco de envidia de la atención que está recibiendo del Maestro Skywalker?

Dudé por un momento y dejé que la pregunta diera vueltas por mi cerebro. Negué con la cabeza.

—Sé que soy competitivo, y habría pensado que tienes razón, pero no veo a Kyp como alguien con quien tenga que competir. He sido el segundo mejor antes. Es un papel que puedo aceptar. Hago de él una herramienta para asegurarme de que el principal

candidato no se relaja, pero estoy más preocupado por dar lo mejor de *mí* que por vencer a cualquiera que sea mejor.

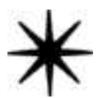
La expresión de Kam se aligeró considerablemente.

—Eso demuestra mucha madurez.

—Asusta un poco, ¿verdad?

—No en un Caballero Jedi —Kam lanzó el remoto al aire y éste se retiró a una distancia de cuatro metros—. Otra vez, Keiran Halcyon. Concéntrate. Dame lo mejor de ti.

DIECISIETE



Por supuesto, lo mejor de mí no era nada comparada con lo mejor de Kyp Durron. El crecimiento de Kyp en la Fuerza era nada menos que increíble. En poco más de una semana había superado por años luz lo que el resto habíamos logrado. El Maestro Skywalker no sabía qué hacer con él, era demasiado bueno. Kyp nos dio la esperanza de que la Orden Jedi *podía* ser y *sería* restablecida.

Traté de conocer a Kyp, pero él se mantuvo a distancia y al margen de mí. Hizo otros amigos entre nosotros. Dorsk 81, el clon de piel amarilla de Khomm, había sido más cercano a Gantoris que la mayoría, y la amistad de Kyp llenó un vacío en su vida. Pasaban bastante tiempo juntos, yendo por su cuenta a la selva circundante como equipo de reconocimiento.

Kyp había crecido en las minas de especia de Kessel y era muy fuerte en la Fuerza. Crecer en la cárcel le había hecho ser muy cerrado, y no aceptaba que se entrometieran en su vida. Mis intentos para que se abriera sólo lo alejaron de mí, así que me aparté. No quería hacer nada que pudiera hacer que llegar a conocerle más adelante resultara imposible.

Y no era como si no tuviera otras cosas que hacer.

Gantoris había muerto hacía más de dos semanas, y realmente no estaba más cerca de descubrir quién o qué lo había matado que cuando el humo aún seguía elevándose de su cuerpo. Todavía sentía que había un asesino psicópata en Yavin 4, pero nadie había encontrado pista alguna de alguien escondido aquí. Teníamos el cuerpo Gantoris, pero su asesino había desaparecido sin dejar rastro.

El Holocrón no había resultado ser de mucha ayuda para resolver el asesinato, pero nos había ofrecido algo de historia planetaria con la que trabajar. Yavin 4 resultó que había sido la sede del poder de un formidable Señor Oscuro de los Sith, un Jedi caído conocido como Exar Kun. Fue seducido por el Lado Oscuro cuando estudiaba los caminos de los Sith, e incorporó su magia en la manipulación de la Fuerza. Llegó a Yavin 4 y esclavizó al pueblo massassi. Los utilizó para construir todos los templos del planeta y así ayudarle a canalizar su poder. Sólo cuando los Jedi de la Antigua República fueron a por él, en lo que se conoció como la Guerra Sith, fue derrotado, y su mal borrado de la galaxia para siempre.

La advertencia que lanzó Luke sobre el Lado Oscuro cuando vio el cuerpo de Gantoris me hizo preguntarme si, de alguna manera, Gantoris se las arregló para desenterrar, descifrar y estudiar algunos artefactos Sith o manuales. De algún sitio aprendió a construir un sable de luz. No quería pensar que uno de los Jedi Oscuros del Emperador hubiera conseguido colarse en Yavin 4 y estuviera instruyendo a estudiantes.

Pensar que Gantoris se había metido en problemas por sí mismo era una teoría alternativa más agradable.

Desafortunadamente para mi paz mental, la idea del cuerpo de Gantoris siendo una burla y un desafío encajaba demasiado bien en las pautas que había visto antes. Mi padre siempre me había dicho que siguiera mi instinto. En realidad había estado alentando mi confianza en la Fuerza, por lo que empecé con la suposición de que una inteligencia activa instruyó a Gantoris y luego lo mató.

El problema con esta suposición seguía siendo el mismo: si tal ser existía, el Maestro Skywalker debería haberlo detectado. Un droide ejerciendo de profesor explicaría por qué no lo detectábamos entre la red vital de Yavin 4. Un droide incluso podría tener el conocimiento para enseñar a Gantoris, pero dado que no podría manipular la Fuerza, las lecciones aprendidas serían relativamente inútiles.

En el otro extremo estaba la posibilidad de alguien tan poderoso en la Fuerza que pudiera permanecer oculto incluso ante un Maestro. El «hombre oscuro» de Gantoris y la persona de la pesadilla del Maestro Luke podrían adaptarse a ese perfil. Poner a Exar Kun en la parte superior de la lista de sospechosos era fácil. Ciertamente no se hubiera negado a asar vivo a Gantoris, pero había estado muerto los últimos cuatro mil años. El Maestro Luke había dejado caer la idea de que había visto a Obi-Wan Kenobi y había hablado con él después de que el Maestro Jedi fuera asesinado, pero en la década posterior a su muerte, Obi-Wan se fue para siempre. Puede que un Señor Oscuro de los Sith tuviera más poder para permanecer que eso, pero, ¿cuatro milenios?

Además de trabajar con Tionne para descubrir más datos sobre los Jedi, tengo que pasar más tiempo con Kam aprendiendo a usar un sable de luz. Nos las habíamos arreglado para ampliar mi esfera de responsabilidad hasta dieciséis metros con un control preciso, lo que significaba que prácticamente podía adueñarme de un bloque de una ciudad. Si me centraba en una dirección, era bueno hasta unos doscientos cincuenta metros interceptando disparos de bláster con un control preciso, o detectando presencias. En un experimento, implanté una visión de la cena siendo servida en la mente de Dorsk 81, llamándole a él y a Kyp para que regresaran de una de sus caminatas a pesar de que todavía estaban a medio kilómetro de distancia.

Traté de entrar en la mente de Kyp en esa ocasión, pero no lo conocía lo suficiente como para penetrar. Eso confirmó una de mis teorías sobre a quién podía, y a quién no, influenciar. Cuanto mejor conocía a alguien, más receptivo parecía estar a mis proyecciones. Proyectar imágenes era terriblemente complejo, si quisiera hacerlo sobre hostiles o desconocidos tendría un montón de problemas para hacerles ver algo.

Después de un día particularmente agotador acabé holgazaneando un poco con el resto de los estudiantes al atardecer. Habíamos pasado la mitad del día escuchando a uno de los guardianes auxiliares del Holocrón hilar historias de intrigas cortesanas en la Antigua República… intrigas que debían ser fascinantes cuando sabías de quién estaba hablando, pero la impresionante incapacidad del guardián para caracterizar a nadie dio como resultado que perdiera la noción de lo que estaba pasando casi de inmediato.

Después de eso, otro guardián relató la historia de cómo Yoda se convirtió en un Jedi. Esa historia fue bastante buena y, sin duda, me salvó la vida porque un minuto más de las historias de la Antigua República y hubiera caído en coma. Después de eso fui a correr diez kilómetros sólo para convencerme a mí mismo de que estaba, de hecho, vivo.

Todo el personal de la academia se había reunido en una de las salas de conferencias más grandes en el segundo nivel para escuchar la última balada de Tionne. Sabía que la había compuesto a partir del material que habíamos investigado juntos, sin embargo ella había prometido que no era una balada Halcyon, así que estaba complacido de ir a escucharla. En realidad, habría ido a escuchar incluso aunque cantara sobre las intrigas cortesanas de la Antigua República, porque cuando su voz llenaba una habitación, no había ninguna duda al respecto: estabas muy vivo.

Se acompañaba a sí misma con un único instrumento que tenía dos cajas de resonancia montadas sobre un eje. Tenía cuerdas que corrían sobre las cajas, permitiéndole puntearlas o rasgarlas. La disposición casi hacía que el instrumento sonase como dos instrumentos separados, y su habilidad con éste casi lo hacía parecer orquestal. La mayoría de sus baladas, como la nueva, la balada de Nomi Sunrider, tenían un imponente tema lírico sonando de fondo. Ocasionalmente Tionne también rompía con una melodía un poco más potente que por lo general me hacía tararear.

La balada de Nomi Sunrider provenía de la era de Exar Kun y la Guerra Sith. Ella era una mujer cuyo marido fue asesinado, por lo que tomó su lugar entrenando como Jedi. Se convirtió en una Jedi aclamada que jugó un papel clave en la Guerra Sith. Cantar sobre ella en el Gran Templo de Yavin 4 podría haber sido considerado un sacrilegio, pero no creo que nadie protestara el hecho después de cuatro mil años.

Estaba equivocado.

A mitad de la canción, Kyp se levantó del suelo, con el rostro retorcido de disgusto.

—Me gustaría que no perpetuases esa historia ridícula. Nomi Sunrider no fue más que una víctima. Luchó en la Guerra Sith sin llegar a entender en ningún momento por qué se estaban librando todas esas batallas. Creyó con fe ciega todo lo que le dijeron sus Maestros Jedi, quienes estaban muy asustados porque Exar Kun descubrió una forma para que los Jedi incrementaran enormemente su poder.

Tionne bajó su instrumento, sorprendida y un poco dolida. Le preguntó a Kyp por qué no la había ayudado a reconstruir esa leyenda si tenía información sobre ella. Luke le preguntó dónde había oído lo que acababa de decir, pero esa pregunta ya había sido contestada en mis entrañas: Exar Kun. Estuve allí con Tionne mientras escuchábamos a Bodo Baas hablar de la Guerra Sith. La intervención de Kyp era decididamente pro-Exar Kun y, por todo lo que había sido capaz de descubrir, no había opiniones minoritarias sobre el tema disponibles en el Holocrón.

Salí de mi ensueño cuando la mirada ardiente de Kyp se cruzó con la mía.

—… no habrían perecido todos. Los Jedi nunca habrían caído, y nosotros no estaríamos *aquí*, recibiendo las supuestas enseñanzas de alguien que no sabe más que nosotros.

Luke volvió a preguntarle a Kyp dónde había oído su historia. El joven dudó por un momento, y luego murmuró algo acerca de haber utilizado el Holocrón. Disparé una mirada a Tionne y ella frunció el ceño. Entre las lecciones que todos aprendíamos del Holocrón y el trabajo que hacía ella con él, a menos que Kyp fuera insomne, realmente no tenía tiempo para estudiarlo.

Antes de que pudiera echarle en cara esa mentira, la unidad R2 del Maestro Skywalker entró rodando en la sala y silbó hacia él. Descifré parte del código como la palabra «entrante», y extendí mis sentidos. Incluso antes de que Luke anunciara que teníamos un visitante, percibí la sensación de una presencia poderosa en la Fuerza descendiendo hacia la luna. Para cuando salimos del Gran Templo, un Cazador de Cabezas Z-95 se posaba sobre el tren de aterrizaje.

La piloto salió vistiendo un mono de vuelo plateado y muy ceñido. Se quitó el casco y sacudió su pelo rojo dorado. Incluso en la penumbra, me di cuenta del verde de sus ojos… más ligero y llamativo que el mío. Era muy hermosa, aunque la sonrisa que le ofrecía al Maestro Skywalker parecía descansar incómodamente en sus labios.

—Mara Jade —la saludó Luke.

Me perdí su réplica cuando el malestar que sentía por Kyp de repente se agravó. Iella me había hablado de esta Mara Jade. Había sido preparada por el Emperador para ser una agente experta en el uso de la Fuerza. Su misma existencia había sido desconocida para todos excepto para un puñado de imperiales, y habría permanecido oculta si no hubiera jugado un papel en la derrota del Gran Almirante Thrawn. Los detalles sobre eso eran muy vagos, pero yo me había quedado con la impresión de que era muy competente, muy letal, y no muy positivamente dispuesta hacia los Jedi.

A pesar de eso, de una bolsa de viaje a su lado sacó una túnica Jedi. Luke sonrió mientras se volvía y nos la presentaba.

—Esta es Mara Jade. Ha venido para aprender el camino Jedi.

Todo el mundo aplaudió… incluso Kyp, aunque permanecía taciturno. Luke aparentemente se dio cuenta de esto tan fácilmente como yo porque me hizo señas para que me acercara.

—Por favor, Keiran, ¿puedes buscarle un alojamiento a Mara? Hay algo que tengo que atender, si no te importa, Mara.

Ella le ofreció un corto asentimiento, luego se volvió y me miró de arriba a abajo.

—¿Nos conocemos?

Yo sabía que no, pero aun así encontraba algo perturbadoramente familiar en ella.

—No, no lo creo.

—Qué extraño, por lo general no olvido una cara.

—Creo que me acordaría de ti —señalé hacia el Gran Templo—. Tenemos una gran variedad de habitaciones listas. Las cámaras del Maestro Skywalker están en el tercer nivel. Al igual que las de algunos estudiantes. La mayoría de los visitantes se alojan en el segundo nivel.

Sentí zarcillos de la Fuerza surgir serpenteando de ella y sondear los bordes de mi mente.

—Pero no es ahí donde tú te hospedas.

Me concentré durante un nanosegundo y le cerré mi mente.

—No. Me sentí atraído por los viejos alojamientos de los pilotos en la planta baja.

Mara Jade sonrió y encontré esa expresión demasiado depredadora para mi gusto.

—Entonces buscaré ahí primero un lugar para quedarme. Si no te importa.

—Lo que yo piense no importa más que obedecer los deseos de mi Maestro.

Ella aplaudió en tono burlón.

—Oh, muy bien. Hablas como un servil cortesano imperial.

Le lancé una rápida sonrisa mientras entrábamos en el Gran Templo.

—Encantado de hacerte sentir como en casa.

Ese comentario hizo que levantara la cabeza.

—El Imperio está muerto.

—Pero no todas las lealtades hacia el mismo.

Ella se detuvo en medio del suelo del hangar y me di cuenta de que su mono de vuelo había cambiado a tonos más oscuros y planos para mezclarse con el entorno.

—Has dicho que no nos conocíamos, pero claramente tienes un problema conmigo. ¿Podemos resolverlo ahora? —la mirada entrecerrada que me lanzó era puro fuego y se ganó mi sonrisa.

Estaba a punto de elevar su desafío y enumerarle una lista de cosas horribles que el Imperio había hecho, empezando con la muerte de los Caballeros Jedi y llegando hasta el asesinato de Gantoris, cuando la razón me alcanzó. Aquí estaba, en medio del lugar desde el que se había lanzado un ataque desesperado al Imperio. Tuvo éxito. Yo fui parte de ataques posteriores contra el Imperio, ataques que lo pusieron de rodillas y le arrebataron su planeta capital: Coruscant. Yo había ayudado a destruir el Imperio que había sido su hogar, y no había ninguna razón por la que ella debiera anhelar las cosas de su pasado como tampoco yo.

Tomé una respiración profunda, la sostuve, luego exhalé lentamente.

—Por favor, perdona mi grosería. Es muy fácil, cuando las cosas no van como estaba previsto, trazar la responsabilidad de regreso al Imperio. Tú no eres el Imperio. Acusarte de lealtades o simpatías es injusto y probablemente estúpido. No es la primera vez que lo hago, pero trato de no hacerlo con la gente que acabo de conocer.

Extendí mi mano hacia ella.

—Soy Corran Horn —mi verdadero nombre casi se atasca en mi garganta, pero ofrecérselo era un signo de confianza. Luke claramente confiaba en ella y mi instinto me decía que debería hacer lo mismo.

Mara Jade estrechó mi mano y me miró de nuevo.

—He oído hablar de ti. Pido disculpas por el sondeo. Sabía que me resultabas familiar, pero el nombre «Keiran» no encajaba. No sé por qué. Dado que no percibí

engaño de Luke… el Maestro Skywalker, me pregunté si sabía que estabas aquí bajo una mentira.

—Él lo sugirió —sonreí—. En muchos sentidos, creo que piensa en mí como Keiran Halcyon. Parece que Keiran Halcyon fue un antepasado mío y un Jedi de cierto renombre en el Sistema Corelliano.

—Ya veo.

La sonrisa en su rostro murió lentamente y la sentí cerrarse hacia mí. No sabía por qué y estaba bastante seguro de que podría tratar de sondearla durante eones sin obtener siquiera una señal de vida de ella. Parte de mí quería que desconfiara otra vez, pero guardé esa parte de mí en el hangar. Había decidido confiar en ella, así que confiaba en ella. Eso podría parecer una estupidez, pero *sentía* que era lo correcto.

—El Maestro Skywalker pensó que debía asistir a la academia bajo este alias para no distraer a los estudiantes.

—¿Y había otras razones por las que no querías llamar la atención?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tu suegro es Booster Terrik —Mara Jade dejó que la sombra más elemental de una sonrisa tirara de las comisuras de su boca—. Esa es razón suficiente para cualquiera para esconderse. No creo recordar haber oído nada de Mirax desde hace unas seis semanas más o menos. Has estado aquí, ¿cuánto? ¿Un mes?

—¿Y te preguntas si yo la asesiné y he venido aquí para ocultarme?

—No —las palabras de Mara llegaban frías y solemnes—. Me preguntaba si alguien la asesinó y tú estás aquí para aprender cómo encontrarlos.

Dio tan cerca del blanco que envió una sacudida a través de mí.

—¿Cómo es que sabes cuánto tiempo hace que nadie oye de mi esposa?

Ella se encogió de hombros casualmente mientras recorríamos el pasillo trasero que llevaba a las habitaciones de los antiguos pilotos.

—Ella es muy buena en lo que hace, ya sabes. Como contrabandista, fácilmente llega al nonagésimo quinto percentil encontrando productos exóticos y encontrando compradores para ellos. Talon Karrde todavía habla del lanvarok Sith que le proporcionó. Cuando alguien como ella desaparece por más de un par de semanas, o bien tienen algo grande entre manos, o están muertos.

Encendí las lámparas incandescentes de una pequeña habitación.

—Esta habitación perteneció a una piloto rebelde. Murió antes de la batalla de la Estrella de la Muerte.

Mara echó un rápido vistazo alrededor de la habitación, y luego asintió.

—Me vale. Entonces, ¿qué ha pasado con Mirax?

—Está viva, pero eso es todo lo que sé —me apoyé en la jamba de la puerta—. El Maestro Skywalker y Wedge piensan que fue secuestrada por razones desconocidas. Piensan que alguien la tiene en hibernación. Está ahí fuera, en alguna parte, esperando.

La mujer de cabello color fuego cruzó los brazos sobre su pecho.

—Y tú estás aquí aprendiendo lo que puedas para poder encontrarla.

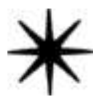
—Encontrarla y salvarla.

Mara asintió.

—Mujer afortunada.

—Eso espero —dejé que mi voz descendiera a un gruñido—. Si no lo es, si llego demasiado tarde; sus captores encontrarán que toda la suerte de la galaxia no les servirá de nada.

DIECIOCHO



Creo que el Maestro Skywalker planeaba o esperaba algo un poco festivo en forma de una comida para nuestra invitada. Esto significaba que fui cargado con el deber de la cocina. Aunque realmente no tenía ningún entrenamiento formal en las artes culinarias (y el Holocrón no había revelado ningún poder Jedi orientado hacia atribuir buen sabor a la comida), me había *criado* en Corellia y había visitado una buena parte de la galaxia. Luke razonó que yo sabría más sobre comida interesante que un ermitaño de Bespin o Dorsk 81… sobre todo porque el sistema digestivo del clon estaba tan especializado que sólo podía comer obleas de alimentos procesados.

Ugh.

Por suerte para mí, había aprendido todo lo que necesitaba saber acerca de cocinar del chef del yate privado de Siolle Tinta. Durante una fiesta en la que me aburría conocí a Chid (como todos los grandes artistas, afirmaba que sólo necesitaba un nombre), y charlamos sobre los huéspedes engreídos del crucero. También bebimos, y después de un montón de charla e incluso más bebida, Chid me confió las claves del éxito culinario.

—En primer lugar, hacer porciones pequeñas. Si quieren más, piensan que la comida es buena. Dos, dar al plato un nombre exótico y hacer que parezca que hay especias secretas en él. Los esnobs pasarán mucho tiempo tratando de ver si su paladar es lo suficientemente sofisticado como para detectar una parte por millón de azafrán ithoriano y no se atreverán a juzgar la comida por temor a que alguien les tache de palurdos. Tres, sirve las cosas que se supone que deben ser cocinadas *crudas*, y sirve las cosas calientes *frías*. Les hace pensar que es algo especial. Cuatro, lo más importante, di que lo has creado especialmente para ellos. Sólo un gamorreano protestaría por tal honor.

Los suministros de la academia realmente no eran pródigos en especias (llamarlos raciones de supervivencia puede que fuera exagerado), pero amasando barras de racionamiento, mezclando el resultado con compota de frutas y horneándolo en panes largos y delgados que corté en rodajas, obtuve un interesante sucedáneo de pan. La carne seca se convirtió en una especie de guiso con suficiente ebullición, y lanzar las verduras secas al caldo de carne les proporcionó un poco de sabor. Y puesto que todos habíamos asumido que las gachas de cereales que la Nueva República había enviado probablemente no nos matarían, me concentré en condimentar y adornar un gran plato de gachas con un par de ramitas de Hoja Azul que hicieron que el montón amarillento de cereales pareciera especial para la ocasión. También incluí la ensalada obligatoria de vegetales locales, pero sólo porque el Maestro Skywalker parecía disfrutarla.

Acababa de terminar de servirlo todo y regresaba de la cocina después de apagar el horno, cuando Kyp salió del comedor y chocó con mi hombro.

—Hey, Kyp, ¿cuál es el problema?

El joven no dijo nada y continuó andando por el pasillo. Corrí tras él y lo alcancé después de un par de pasos. Dejé caer mi mano izquierda en su hombro izquierdo.

—Kyp, respóndeme.

Kyp giró bajo mi mano, sus ojos oscuros ardían. Sentí algo sólido golpear mi pecho, pero ya había empezado a moverme a mi derecha. El golpe con la Fuerza que me dirigió rebotó en el lado izquierdo de mi pecho, pero fue lo suficientemente fuerte como para hacerme golpear la pared del pasillo. Me sorprendió encontrarme contra las toscas piedras, pero no antes de que me hubiera deslizado a medio camino del suelo.

—*Tú* no eres mi maestro —Kyp pasó de señalarme a mí a señalar de vuelta al comedor—. *Él* no es mi maestro. ¿Qué tiene de bueno ser Jedi si no actuamos?

—¿Qué tiene de bueno si los Jedi actuamos de forma irresponsable? —me puse en pie—. Recuerda, Kyp, los Jedi le patearon el culo a Exar Kun.

Kyp me atacó de nuevo a través de la Fuerza, pero me lo esperaba esta vez. Me relajé y dejé que la energía de la Fuerza fluyera a través de mí. Absorbí la bastante como para crear un escudo que escindió el ataque. El hecho de que no hubiera terminado de nuevo en el suelo contra la pared lo sorprendió.

—Eres bueno, Kyp, pero no eres un genio —sostuve mis manos arriba en un gesto no amenazante—. Estás involucrado con alguien que perdió hace mucho tiempo. No agraves su error.

—¿Y quién va a detenerme?

Dudé porque las palabras de Kyp parecieron hacerse eco a sí mismas. Me tomó un segundo o dos darme cuenta de que el eco no era un fenómeno puramente auditivo. Estaba escuchando la voz de Kyp a través de mis oídos, pero los matices venían a mí a través de la Fuerza. No estábamos solos, lo que significaba que el mentor de Kyp había venido para ayudar a su aprendiz.

—Yo, si haces que sea necesario.

Una vetusta mueca de desprecio retorció los rasgos de Kyp.

—Endebles Jedi, no representáis ninguna preocupación para mí.

A pesar de que me preparé para otro ataque, no sirvió de nada. Los golpes con la Fuerza anteriores de Kyp habían sido como ligeras brisas en comparación con este completo vendaval. Me estrellé de nuevo contra la pared con un impacto que me hizo traquetear los dientes. Dado que mi cuerpo absorbía energía de la Fuerza y se retroalimentaba de ella, el escudo que había creado creció en tamaño. Más importante aún, mi sorpresa e instinto de supervivencia me abrieron a la Fuerza y ésta fluyó hacia el escudo. Aun así, el ataque de Kyp atrapó el escudo contra la pared y vi la piedra desmoronarse bajo su borde.

Mi área de seguridad comenzó a reducirse, y mi pecho empezó a aplastarse mientras comprimía mis costillas. Miré a Kyp directamente a los ojos y traté de disparar a su cerebro la imagen de la máscara de odio que llevaba, pero el mundo a mi alrededor se volvió negro antes de que pudiera decir si había tenido algún éxito.

Desperté probablemente menos de un minuto después de eso, a juzgar por la cantidad de gachas de cereales que había sido consumida en mi ausencia. Me apoyé en el portal del comedor, con las costillas un poco doloridas. Streen se levantó de su lugar y me ayudó a sentarme en una silla mientras Tionne me servía un vaso de agua.

Me lo bebí, deseando que fuera whisky corelliano.

Los ojos azules de Luke se volvieron rendijas.

—¿Qué te ha pasado?

—A Kyp no le gustaba el menú —hice una mueca cuando una punzada recorrió mis costillas—. Hemos discutido en el pasillo. ¿No sentisteis nada?

Todas las cabezas alrededor de la mesa negaron y sentí un temor frío comenzar a congelarse en mi estómago. Si Exar Kun podía enmascarar el ataque de manera que Luke no pudiera sentirlo a apenas quince metros de distancia, entonces puede que hubiera matado a Gantoris y todavía podría causar más estragos con impunidad. Nos enfrentábamos a algo más poderoso de lo que nunca me habría imaginado que existiera.

Hice una pausa.

—Maestro Skywalker, me gustaría hablar contigo, solo.

Los otros aprendices comenzaron a levantarse, pero Luke les indicó que volvieran a sus asientos.

—Será sólo un momento. ¿La cocina?

Asentí con la cabeza y le seguí. Una vez a solas en la cocina, Luke se volvió hacia mí.

—No deberías haber intentado interferir con Kyp.

Parpadeé con sorpresa.

—No estaba tratando de interferir. Él estaba enfadado. Sólo le he preguntado qué estaba pasando.

—Pero has hecho algo para provocar un ataque, ¿no?

Pasé una mano a lo largo de mi mandíbula y me recosté contra el frigorífico.

—Es una vieja técnica de interrogatorio. Llegué a una conclusión a partir de lo que había visto anteriormente y la he probado. Le he dicho que a Exar Kun le patearon el culo los Jedi, y que Kun estaba equivocado. He obtenido una reacción, una muy fuerte.

—Kyp es fuerte en la Fuerza —Luke cruzó los brazos sobre el pecho—. Tiene cierta simpatía por Exar Kun. La reacción no es inesperada.

—Podría comprar eso, pero he sentido otra presencia. No con fuerza, pero estaba ahí y ha ayudado para que el último ataque de Kyp haya golpeado más fuerte.

—¿Y piensas que era Exar Kun?

Pensé por un momento antes de responder.

—O Exar Kun, o alguien que se hace llamar Exar Kun, porque Kyp ha reaccionado a ese nombre. Podría ser alguien tratando de envolverse en la leyenda de Kun, del mismo modo que se presentó ante ti como tu padre. De todos modos, es poderoso. Algo así es lo que yo esperaría de un Señor Oscuro de los Sith.

Luke sacudió la cabeza.

—Estás cometiendo un error al saltar a la conclusión de que estamos tratando con Exar Kun. No sabemos qué le ocurrió al final.

—Mira, he estado con Tionne mientras sacaba tanta información como podía del Holocrón sobre Kun. Estuvo dirigiendo la cultura aquí y un masivo ataque Jedi lo aniquiló todo. Ciertas conclusiones parecen lógicas a partir de ahí —me encogí de hombros—. Creo que hacer planes para el peor de los casos no puede hacer daño.

—Es posible que haya guardianes en el Holocrón que tengan datos sobre Exar Kun a los que ni tú ni Tionne podéis acceder. Voy a tener que llevar a cabo mi propia investigación en esta área.

Sentí una nota de vacilación en su voz.

—No estarás pensando, dado que fuiste capaz de redimir al último Señor Oscuro de los Sith, que Exar Kun podría haber cambiado de corazón, ¿verdad?

El rostro de Luke se volvió impasible.

—No se puede descartar.

—Espera un momento, no puedes hablar en serio —lo observé cuidadosamente—. Mira, si Exar Kun nunca se redimió, si ningún otro Señor Oscuro de los Sith vio jamás el error de sus actos y regresó al Lado Luminoso, eso no tiene nada que ver con tu padre. Estás pensando que si hubieras sido lo suficientemente bueno, si lo hubieras hecho todo bien, tu padre podría… *habría* sobrevivido. Estás pensando que no te esforzaste lo suficiente para redimirlo porque, si lo hubieras hecho, él todavía estaría aquí. Y estás pensando que si otro Señor Oscuro fue redimido, entonces podrías comparar lo que hiciste con lo que le pasó a este y así saber si realmente hiciste todo lo que pudiste.

—No, de ninguna manera —Luke negó con la cabeza categóricamente—. Te equivocas.

—Puede ser, Maestro Skywalker, pero… —tragué saliva—. Mira, sé exactamente cómo se juega a este juego porque yo hice lo mismo cuando *mi* padre murió. Ninguno podemos estar seguros de si hicimos todo lo posible por salvarlos, pero todas las suposiciones de la galaxia no nos darán una segunda oportunidad para salvarlos. Lo único que podemos hacer es aceptar la responsabilidad y vivir con las consecuencias.

La expresión de Luke permaneció impasible, pero incluso eso contaba una historia. Sólo por un momento llegué a verle como el ser humano que era. Criado por parientes en Tatooine, siempre preguntándose por sus padres, sin aprender nunca a lidiar apropiadamente con una madre o un padre. Tuvo que preguntarse constantemente por qué su vida no era «normal», sin darse cuenta de que *todo el mundo* se hacía esa misma pregunta. Y después, cuando descubrió quién era su padre, resultó que su padre era el hombre de confianza de la persona más odiada de la galaxia. Su padre no sólo había matado a gente, sino que había sido el traidor de la tradición más noble de la galaxia. Adquirió la determinación de salvar a su padre, y lo hizo, justo a tiempo para perderlo para siempre.

Me acerqué y apoyé mis manos sobre sus hombros.

—Hiciste todo lo que pudiste. Lo sabes. Aquí, con esta academia, estás ayudando a borrar el legado que tu padre dejó atrás. Lo que estás haciendo es bueno y vital, pero no puedes dejar que tu necesidad de consuelo te vuelva ciego a lo que está pasando aquí y ahora. Kyp está fuera de control y bajo la influencia de alguien que está sumido en el Lado Oscuro. Tienes que hablar con él y enderezarle.

Sentí una ola de paz descender sobre Luke.

—Te estás abriendo camino a una conclusión que yo ya alcancé antes de tu enfrentamiento con él. Kyp se encuentra todavía en estado de confusión. Creo que vería una intervención ahora como una confrontación, ¿no crees?

Asentí.

—¿Dejamos que ponga en orden sus ideas por sí mismo? Es un chico listo, sin duda podría funcionar. Si puedo ser de alguna ayuda…

—Simplemente no le provoques.

Negué con la cabeza.

—Lo siento por interferir, Maestro Skywalker. Con mucho gusto le dejaré solo. De todos modos, con su aliado con él, está fuera de mi alcance —sonreí con cuidado—. No elijo peleas cuando sé que me van a machacar.

Luke me devolvió la sonrisa.

—A menos que haya una buena razón.

—Claro, y no puedo pensar en ninguna que sea lo suficientemente buena como para hacer frente a Kyp a corto plazo.

En retrospectiva, había miles de millones de razones para hacer frente a Kyp y arriesgar la cabeza. Luke era el Maestro Jedi y me pidió que me alejara, así que lo hice porque estaba de acuerdo con sus planes. Incluso ahora desearía haber intentado hacer algo, pero todos los escenarios que tracé en mi mente resultaban igual de sangrientos que el auténtico.

Salvo asesinar a Kyp, no podría haber cambiado nada.

Y asesinándole, yo mismo hubiera cambiado irrevocablemente para peor.

Regresé a una comida que completamos en relativo silencio. Los comentarios que se ofrecieron fueron ligeros, a menudo sobre recuerdos agradables de los días de infancia. Me di cuenta de que el Maestro Skywalker y Mara Jade permanecieron en silencio durante esos intercambios, al igual que Brakiss y yo. La comida en sí era bastante buena, aunque nadie pareció percatarse. Y no importaba lo pequeñas que eran las porciones, nadie terminaba lo que cogía.

Después de limpiar me retiré a mi habitación, y con el tiempo oí a Mara regresar a la suya. Estaba teniendo problemas para conciliar el sueño y casi me acerco para hablar con ella, pero la forma en que se cerró hacia mí anteriormente me dio una pista de que sólo cortejaría el rechazo. Claramente no necesitaba eso, así que me quedé en mi habitación,

revisando y ensayando mentalmente los diversos movimientos que había aprendido en el uso del sable de luz.

En algún momento el pitido estridente de una unidad R2 penetró en mis meditaciones. Me tomó un segundo darme cuenta de que no era Silbador. Agarré mi sable de luz y salí corriendo del Gran Templo, siguiendo a dos siluetas que debían ser el Maestro Skywalker y Mara Jade. Al salir al aire fresco de la noche, observé el Cazador de Cabezas Z-95 de Mara Jade alejarse por el cielo estrellado.

—¡Ha robado *mi* nave! —Mara Jade vertía furia en oleadas—. Tenemos que ir tras él.

Luke sacudió la cabeza.

—No podemos.

—¿Qué quieres decir?

Me aclaré la voz.

—No tenemos naves aquí.

La mandíbula de Mara cayó.

—No hay naves. ¿Sin alas-X? ¿Vosotros dos sin alas-X?

—Esta es una escuela para Jedi, no para pilotos —la cara de Luke se volvió impasible mientras los otros aprendices comenzaban a salir del Gran Templo—. Kyp se ha ido. No sé si regresará o no. Espero que sí.

—Yo también —Mara lentamente encerró un puño en la palma de la mano opuesta—. Ha robado mi nave, ¿verdad?

Luke le clavó una mirada dura.

—Mara, por favor, cálmate. No estás ayudando. Tengo que lidiar con mis aprendices y explicarles esto. Después de eso…

La furia pulsante de Mara disminuyó, pero tuve la sensación de que sólo la había escudado.

—Ve, Luke. Lo entiendo.

El Maestro Skywalker regresó hacia el Gran Templo sin siquiera mirarme. Le vi marcharse, pero no me sentí inclinado a seguirle. No sabía qué iba a decirles a los demás, pero estaba bastante seguro de que yo ya sabía más de lo que iba a compartir con ellos. Estar allí y cuestionar sus motivos y pensamientos habría sido tan perjudicial como la furia de Mara, así que me quedé atrás.

Ella me miró.

—Tú también puedes ir.

Negué con la cabeza.

—Es una noche algo fría. Disfrutar del calor de tu furia parece una buena opción.

—¿Y si yo no te quiero aquí?

—Relájate, Mara. Tu nave ha sido robada, eso es todo —mantuve un tono ligero en mi voz—. No es como si el sol se volviera supernova.

—Bien podría serlo.

Fruncí el ceño.

—¿Me estoy perdiendo algo? Sólo era un Cazador de Cabezas Z-95, ¿no?

—Cierto. No era nada —ella frunció el ceño y luego dejó que se derritiera con un suspiro—. Lo era todo.

—No te comprendo.

—Por supuesto que no, nunca has tenido que comprenderlo —Mara me honró con una mirada de disgusto—. Has sido increíblemente afortunado, ¿lo sabías? Tu familia era parte de SegCor, así que la vida fue planeada para ti. Llegaste lo más lejos que pudiste en SegCor, luego te uniste al Escuadrón Pícaro y encadenaste victorias. Y luego te das cuenta de que realmente perteneces a una familia Jedi y terminas aquí, entrenando para ser lo que estabas destinado a ser desde que naciste. Todo ha llegado a ti muy fácilmente.

—No fácilmente, en absoluto.

—Pero por lo menos tenías un rumbo trazado. Tenías una familia apoyando tus decisiones —ella negó con la cabeza—. En una galaxia que se desmoronaba por sus junturas, fuiste capaz de navegar a través de ella sin problemas. Incluso estás aquí, estudiando para convertirte en un Jedi mientras tu esposa te ha sido arrebatada. Estás tan seguro de que lo que estás haciendo es lo correcto que puedes dejar de lado la ansiedad y concentrarte aquí, y puedes hacer eso porque esto es sólo una prueba más en la vida de un héroe.

Iba a protestar por sus palabras, pero sus débiles ecos sonaron verdaderos. Sin embargo, eso significó poco para mí, ya que un escalofrío recorrió mi espalda mientras revisaba sus palabras y las aplicaba a lo poco que sabía de ella.

—Tú pensaste que estabas en el mismo tipo de camino heroico, haciendo lo que tenías que hacer para marcar la diferencia en el Imperio. Entonces, bum, todo desaparece. Todo por y para lo que trabajaste se desvanece, aislándote, dejándote a la deriva.

—Has dejado claro tu punto de vista.

—Lo siento —miré más allá de ella hacia la selva—. Eres lo suficientemente lista y capacitada como para cuidar de ti misma, pero ya no tienes los puntos de referencia que solías usar para medir tus acciones.

—Cierto, y todo ha cambiado del negro al blanco en la galaxia —se volvió para mirar en la misma dirección que yo, pero señaló con el pulgar hacia atrás, hacia el Gran Templo—. He venido aquí para instruirme y saber dónde encajo en el nuevo orden de las cosas…

—Y la nave era tu válvula de escape. Si no te gustaban las cosas, hubieras podido despegar.

Sentí una pizca de resentimiento en ella.

—Yo no abandono lo que empiezo.

—No he dicho eso. Es sólo que podrías encontrar que lo que hay aquí no es en realidad lo que quieres o necesitas —me volví hacia ella—. No estás del todo equivocada respecto a mi vida, pero tampoco tienes toda la razón. Cuando mis padres murieron, me quedé sin saber cómo calibrar mi brújula moral. Encontré a otros que intervinieron y me ayudaron, pero la búsqueda de ese tipo de apoyo es algo que durará por siempre. Tú

tendrás que continuar buscando. Yo tendré que continuar buscando. Incluso el Maestro Skywalker tendrá que hacerlo.

—¿En serio?

—Así es —encontré que mis manos se habían convertido en puños, así que deliberadamente las abrí—. Tú y yo somos afortunados de tener a alguien como el Maestro Skywalker para ayudarnos a entender dónde estamos y hacia dónde vamos.

Su voz se endureció.

—Pero tú no crees que esté manejando el asunto de Kyp Durron correctamente.

—No lo está manejando de la forma en que yo lo haría, pero eso no significa que piense que el corazón de Luke no está en el lugar correcto. Lo está. Él sabe dónde quiere llegar y dónde quiere llevar a los Jedi. Simplemente no estoy seguro de que esté navegando por el mejor curso posible para un viaje apacible.

Su cabeza asintió, pero no dijo nada durante un rato. Yo permanecí en silencio, escuchando los gritos de caza de los stintarils hendir la noche. Con toda la agitación de la noche anterior, una vez que Kyp se había ido, las cosas parecían calmarse. Dejé que la creciente paz de la noche se filtrara lentamente a través de mí.

—No me gusta perder mi libertad de esta forma.

—Lo entiendo, pero en realidad no es una pérdida importante. Una nueva nave de suministros llegará en una semana, y por lo menos le llevará ese tiempo a Kyp volverse tan bueno como en realidad es —le ofrecí una sonrisa rápida—. Date la oportunidad de ver si lo que el Maestro Skywalker ofrece es realmente lo que necesitas.

—Es tan buen plan como cualquiera.

—Teniendo en cuenta que no hay alternativa.

Mara Jade dejó escapar una pequeña risita.

—Estás destruyendo la imagen que tenía de ti como jinete de caza tonto.

—Es de justicia. Habrás estado escuchando las cosas que Booster Terrik dice de mí.

—Muy cierto —se dio la vuelta y comenzó a caminar de vuelta al Gran Templo—. Tengo entendido que te levantas temprano y corres por la mañana.

—Con el amanecer.

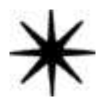
—¿Te molestaría compañía?

—¿Quieres correr conmigo? —troté un poco y me puse a su altura—. Por lo general tomo una ruta bastante desagradable.

—Tú eliges la ruta, yo correré por ella.

—Muy bien —sonreí—. Bienvenida a la Academia Jedi, Mara Jade. Espero que disfrutes de tu estancia.

DIECINUEVE



Ella estaba disfrutando de su estancia, al menos si se medía por las expresiones puramente placenteras que mostraba en nuestras carreras, o la que mantenía congelada en su rostro, aún más genuina, cuando practicábamos con los sables de luz. Puede que estuviera poco acostumbrada a sonreír, pero tenía una sonrisa triunfal que rozaba la perfección, tanto que tenía que estudiarla lo suficiente como para ser capaz de grabarla en mi memoria.

Este hecho hacía más lamentable que nos viéramos tan poco el uno al otro. Por las mañanas corríamos juntos, luego Luke se concentraba en trabajar con Mara tanto como lo había hecho con Kyp. Eso dejaba a Kam instruyéndonos al resto. Después de comer escuchábamos más de la tradición Jedi del Holocrón, a continuación Mara y yo podíamos practicar con los sables de luz. Aunque yo no era su igual con la resplandeciente hoja, estábamos lo bastante igualados como para habernos herido mutuamente, por lo que Kam nos enfrentaba a los remotos.

La desaparición de Kyp dejó a los aprendices un poco inquietos. La llegada de una nueva aprendiz, la Embajadora de Mon Calamari, Cilghal, trajo alivio al estado de ánimo sombrío que había caído sobre los estudiantes y noticias del resto de la galaxia. Habló del asalto de la Almirante Daala en Mon Calamari y la pérdida de uno de sus destructores estelares, lo cual era una buena noticia. El hecho de que todavía existieran fuerzas pro-imperiales por ahí fuera también reforzó nuestra determinación de convertirnos en Caballeros Jedi, ya que la necesidad de nuestra presencia estaba muy clara.

Una tarde, aún temprano, estaba sentado en la sala común, escuchando a Tionne practicar sus baladas y a Mara Jade interrogar a Cilghal para obtener detalles sobre el asalto imperial en Mon Calamari, cuando Erredós rodó hacia mí y tiró del hombro de mi túnica con su pinza. Me bipeó brevemente, luego se dio la vuelta y se dirigió de nuevo fuera de la habitación. Lo seguí y, como es lógico, me llevó a las cámaras de Luke.

Una vez pasé la puerta capté el olor acre de electrónica fundida. Un charco ennegrecido de plastiacero derretido en la mesa de la habitación era la fuente del hedor. Todavía humeaba y una parte parecía seguir siendo líquido. Miré más allá hacia donde Luke estaba sentado sobre la litera, sus cejas estaban marcadas por la concentración.

—¿Qué ha pasado?

Luke miró al pequeño droide.

—Erredós, cierra la puerta —esperó hasta que el droide cumplió sus deseos antes de continuar—. ¿Recuerdas que dije que revisaría el Holocrón para buscar más información sobre Exar Kun?

—Sí.

—Había más. El guardián Vodo-Siosk Baas estaba basado en el Jedi que entrenó a Exar Kun. Lo he usado como vector para mis preguntas sobre lo que pasó con Kun —Luke se quedó en silencio por un momento—. Baas fue a Coruscant, para hablar con su discípulo, para conseguir que regresara al camino Jedi. Kun lo mató en la Cámara del Senado.

Tomé una respiración profunda por la nariz.

—Eso no son buenas noticias.

—No, no lo son. Cuando le he preguntado qué pasó entonces… —señaló en silencio al dispositivo derretido—. Con el subsiguiente fuego y luminosidad me ha parecido ver la sombra del hombre oscuro y le he oído reírse.

Me quedé mirando el revoltijo negro otra vez y sentí que mi boca se secaba.

—¿*Eso* es el Holocrón?

—Creo que *era* es el tiempo verbal correcto.

Me pasé la mano por el pelo.

—Creo que mi cerebro va a estallar. Y la sombra que has visto, ¿podría haber sido una ilusión óptica?

El Maestro Jedi se encogió de hombros, incómodo.

—Puede.

Pasé la mano por encima del Holocrón derretido y capté algo de calor residual.

—¿Es Exar Kun nuestro hombre?

Luke sacudió la cabeza.

—No lo sé. Cuatro mil años es mucho tiempo. Prefiero pensar en alguien entrenado por el Imperio, alguien que fue utilizado como Mara, alguien que ha descubierto estudios de Exar Kun y se ha forjado a sí mismo como un nuevo Señor Oscuro de los Sith.

—No tenemos que ir muy lejos para encontrar un candidato —mis fosas se abrieron—. Creo que es Kyp.

—No pienses que eso no ha pasado por mi mente. Es muy poderoso y vehemente, pero eso sólo alimenta su impaciencia —Luke levantó la mirada hacia mí—. El otro día dijiste que tenía miedo de haberle fallado a mi padre. Tal vez sea verdad. Sé que le he fallado a Kyp.

—No, Kyp te ha fallado a ti —me apoyé sobre la mesa—. Kyp accedió a someterse a un entrenamiento formal, pero no sabía en lo que se estaba metiendo. Había sido un minero esclavo toda su vida. Le has mostrado lo poderoso que es. Estaba aprendiendo a tomar sus propias decisiones y de repente, nuevos horizontes se abrieron ante él. Ya resulta casi imposible para gente como yo, Kam o Mara lidiar con tal poder, pero, ¿para Kyp…?

La expresión de Luke se ensombreció.

—No estás mejorando las cosas.

—Lo siento. Tú eres el Maestro Jedi y sabes lo que estás haciendo, pero creo que necesitas volver a centrarte en los estudiantes que todavía están aquí —suspiré con fuerza—. Kyp puede haber desaparecido para siempre, o puede regresar. No lo sabemos.

Lo que sí sabemos es que tu misión original, la razón por la que creaste la academia, sigue siendo válida. Los Caballeros Jedi tienen que volver a la galaxia y tú eres la única esperanza de que eso suceda.

El Maestro Jedi se mantuvo en silencio por un momento, entonces asintió una sola vez.

—La Orden *es* lo que necesitamos. Ese tiene que ser mi objetivo.

—Estoy de acuerdo —le ofrecí una mirada esperanzada—. También creo que tenemos que decidir qué vamos a hacer respecto a Exar Kun.

—Cierto —Luke se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Su capa se deslizó alrededor de sus hombros y cayó, haciéndolo parecer más pequeño de lo que lo había visto nunca—. La evidencia que tenemos apunta a Exar Kun o a un discípulo suyo haciéndose pasar por él. He buscado en este templo y he encontrado pequeños rastros del mal. No lo suficiente para que sea Exar Kun.

Jugueteé con mi perilla por un momento.

—Me parece que oí a alguien, quizá a Bodo Baas, decir que todos los templos fueron levantados para focalizar el poder de Exar Kun. Tal vez este templo no sea el foco, pero puede estar vinculado. Si el vínculo se forjó con magia Sith, Exar Kun podría ser capaz de bloquear el rastreo. Otro de los templos de aquí, entonces, sería el punto central de su poder.

Luke asintió y se echó hacia atrás de nuevo.

—Buen razonamiento. Ese templo también podría ser donde Gantoris y Kyp obtuvieron instrucción. Si sólo supiéramos dónde está…

Sonreí.

—Creo que podemos encontrarlo.

—¿Cómo?

—Informes de reconocimiento. Todo el mundo ha estado por ahí fuera reconociendo los lugares de interés locales.

—Sí, pero eso fue *después* de la muerte de Gantoris —Luke entornó los ojos—. Y Kyp habrá falsificado sus informes para ocultar dónde ha estado.

—Cierto, pero todo el tiempo que ha estado fuera lo ha hecho con Dorsk 81, quien no tiene razón alguna para falsificar sus informes de reconocimiento —le sonreí lentamente—. Si les pides a todos que entreguen sus informes de reconocimiento y les dices que estás evaluando una especie de ejercicio sobre la observación, puedo revisarlos y extraer las probables ubicaciones del escondite de nuestro clon de Kun.

—Vale, haremos eso —Luke se puso en pie y se acercó para mirar el Holocrón estropeado—. Al destruir el Holocrón, nuestro enemigo puede que nos haya herido más de lo que sabe.

—Ni en sus mejores sueños —le sonreí despreocupadamente—. Lo que hemos aprendido de la historia Jedi está bien. Estamos seguros de que somos los herederos de esa tradición. Ahora tienes que utilizar lo que sabes para transformarnos en las personas que agrandarán esa leyenda.

Sintiendo la espalda de Mara Jade presionada contra la mía, tuve que sonreír.

—Kam no lo pone fácil, ¿eh?

El sable de luz azul de ella zumbó y chisporroteó cuando bateó un dardo ardiente de un remoto.

—Lo fácil no es para los Jedi, ¿no?

—Nop —extendí mis sentidos tanto como pude, abarcando la mayor parte del espacio del oscuro hangar. Kam había cerrado la puerta y había apagado todas las luces, dejando que nuestros sables de luz proveyeran la única iluminación. Ocho remotos flotaban a través de la oscuridad, danzando en un complejo patrón de rutas que hacían que se eclipsaran unos a otros. Si no nos concentrábamos lo suficiente para proyectar nuestros sentidos hacia los huecos de los remotos o los pilares, nos quedábamos lamentablemente vulnerables.

Kam también había convertido el ejercicio en uno de trabajo en equipo, ya que la mitad de los remotos eran para mí y la otra mitad para Mara, sin embargo, todos podían apuntar a cualquiera de los dos. Por cada dardo de uno de los propios que daba en el blanco, perdíamos un punto… puntos que obteníamos por bloquear disparos. En ese momento estaba menos preocupado por perder por puntuación ante Mara que por tenerla a mi espalda con un sable de luz cuando mis remotos acribillaban su trasero con disparos que debería haber bloqueado.

Desde ahí fuera, en la oscuridad, sentí un cambio de energía. Con mi sable de luz a mi derecha, lo blandí en paralelo al suelo, interceptando un disparo bajo dirigido a mi rodilla derecha. A mi altura media coloqué la hoja en vertical, luego la meneé a derecha e izquierda, interceptando dos disparos más a través de la oscuridad. Entonces, liberé la mano derecha, me dejé caer sobre la rodilla izquierda e hice un barrido, deflectando un dardo que se dirigía a mi flanco.

Volteé mi muñeca izquierda alrededor, disfrutando de la cadencia zumbante del sable de luz y colocando mi mano derecha de nuevo sobre la empuñadura. Aunque había aprendido lo suficiente como para ser bastante bueno con el sable a una mano, mi izquierda todavía era mi mano torpe y no poseía el control preciso que deseaba. La hoja en sí podía ser esgrimida sin esfuerzo, pero eso la hacía engañosamente peligrosa. Girar el sable en mis manos hubiera sido tan fácil como girar un lápiz entre los dedos, pero si el sable caía, o si se tambaleaba en dirección a la cara o la rodilla, haría daño. Mucho.

Sentí un disparo aproximarse justo por encima de mí. Mi reacción inicial fue elevar la hoja e interceptarlo por detrás de mi cabeza, pero Mara estaba justo ahí. Sin otra opción, me levanté de un salto tan alto como pude y coloqué el sable de luz por encima de mi cabeza. La hoja plateada interceptó el dardo en el momento justo, infundiendo un brillo rojizo a mi sable por un momento. Me reí triunfante, entonces vi la hoja cerúlea de Mara barrer con un círculo completo, pasando por debajo de mí, mientras interceptaba tres dardos que se acercaban desde ángulos extraños.

Aterricé y me agaché de nuevo, entonces pivoté a la izquierda y bloqueé otro disparo un segundo antes de que la hoja de Mara diera la vuelta y golpeara la mía. Cuando nuestros sables se cruzaron relucieron, entonces me eché atrás y rodé hacia la derecha, dejando que la fuerza de su golpe me proporcionara la energía para rodar. Incorporándome con una mano mientras que con la derecha blandía el sable, deflecté dos dardos más de los remotos hacia la oscuridad, luego recibí uno directamente en el estómago.

Aparté el dolor de inmediato y di un paso atrás. Vi a Mara girar esquivando un trío de dardos, pero uno le dio en el hombro derecho. Su hoja se movió una pizca demasiado lenta después de eso, lo que provocó que dos más la lancearan en la parte derecha de su cadera. Su giro, que había comenzado de manera voluntaria, continuó sin su consentimiento, lanzándola al suelo del hangar. Su hoja se alzó y rechazó otro disparo, entonces un dardo la golpeó en la parte baja de la espalda, haciendo colapsar sus piernas cuando trataba de volver a ponerse en pie.

La vi yaciendo sobre el vientre, con las piernas trabadas, su cabello era un velo que reflejaba el brillo argénteo de mi sable de luz. Al mismo tiempo percibí tres remotos moviéndose, acercándose para rematar. Dos se aproximaban hacia sus pies y uno hacia la cabeza. Su sable de luz se había apagado y yacía allí, al lado de su mano izquierda, ahora inútil para defenderla.

Entreveía una posibilidad, aunque realmente no había otra en absoluto.

Me lancé hacia ella, blandiendo mi sable de luz a través del aire cerca de sus piernas con mi mano derecha. La hoja plateada bloqueó los dos dardos destinados a paralizarla aún más. No pude evitar que una sonrisa empezara a florecer en mi rostro cuando eso sucedió, aunque sabía que no duraría mucho tiempo.

Dos centímetros en frente de su cara, mi mano izquierda arrancó el tercer disparo del aire. Un dolor abrasador se disparó por mi brazo, pero absorbí la energía y le di la vuelta para que ayudara a calmar mis crispados nervios. Mi sonrisa continuó creciendo a medida que esa transformación se llevaba a cabo y mi espíritu se elevaba a causa del éxito.

Por desgracia, un espíritu elevado hace poco por un cuerpo cayendo. Golpeé el suelo duramente, aterrizando sólidamente sobre mi pecho. Reboté un poco, con mis dedos de los pies golpeando el suelo justo antes que mis rodillas. Traté de girarme y colocarme sobre la parte izquierda de mi cadera para poder mantener mi hoja en el aire y activa, pero todo lo que realmente conseguí hacer fue empezar a rodar sobre mí mismo, lo que resultó en que me envolví en un pilar. Mi sable de luz rodó fuera de mi alcance y giró hasta detenerse a unos diez metros.

Su brillo plateado iluminó los remotos que se cernían sobre mí.

Suspiré.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto.

Los remotos no dispararon.

Me di la vuelta y me coloqué sobre mi espalda. En la distancia, entre mis rodillas levantadas, pude ver a Mara Jade sobre su costado, arrastrándose en mi dirección. El

sudor pegaba mechones del cabello a su cara y le daba a su piel un brillo helado azul a la luz de fondo de su sable de luz de nuevo encendido. La carne alrededor de sus ojos se tensaba cuando movía sus piernas, pero no daba ninguna otra indicación de que sintiera alguna otra molestia.

La voz de Kam hizo eco a través de la cámara.

—Suficiente por ahora. Lo habéis hecho bastante bien.

Yo reí.

—Si eso es cierto, ¿por qué me siento tan mal?

—Eso, Keiran, es porque no lo has hecho lo *suficientemente* bien.

—Gracias por la aclaración, Kam —dejé caer las rodillas y descansé la cabeza sobre el frío suelo de piedra. Me pasé una mano por la perilla, apartando el sudor que había recolectado en ésta, entonces sentí la picazón del sudor goteando en mis ojos. Dejé que mi cabeza cayera hacia la izquierda y sonreí mientras Mara se movía lentamente poniéndose a la vista—. ¿Duele mucho?

—Un Jedi no conoce el dolor.

—Sí. A mí también —miré hacia donde mi sable de luz todavía yacía. Extendí una mano en esa dirección y traté de llamarlo, pero todo lo que conseguí fue un ligero temblor de la empuñadura—. En estas ocasiones realmente podría sacar provecho de la habilidad de la telequinesis.

—Eres un vago. Sólo tienes que caminar hasta allí y recogerlo.

—Vale. En un minuto.

Mara rio un poco, luego suspiró.

—Gracias por el rescate.

—No hay problema. Tú harías lo mismo por mí.

Su voz drenó todos los tonos más ligeros.

—¿Lo haría?

Tuve que pensar por un segundo.

—Lo harías. Puede que el universo en el que creciste haya cambiado, pero tus valores esenciales del deber y la lealtad no. No es que crea que pudieras sentirte en deuda, sino que creo que extenderías ese tipo de cortesía a alguien a quien ves como un amigo, ¿verdad?

El silencio fue mi respuesta.

Me di la vuelta sobre mi flanco izquierdo y apoyé la cabeza en la mano izquierda.

—Somos amigos, ¿no?

Sus ojos se estrecharon, luego su sable de luz se apagó de nuevo, hundiéndola en las sombras.

—No sé si realmente sé lo que significa tener un amigo del mismo modo en que tú lo piensas… Pero creo que confío en ti.

—Me quedo con eso.

—¿Es por eso por lo que has sacrificado tu mano para proteger mi cara? ¿Porque piensas en mí como una amiga?

—En parte, sí. Una parte muy grande —me mordí el labio inferior por un momento, y luego continué—. También lo he hecho porque sabía que podía y, por lo tanto, era mi deber hacerlo. Incluso tiempo atrás, cuando entré en SegCor, ya sabía que había cosas que estaba llamado a hacer, cosas peligrosas, que haría porque otros no podían. Mi papel en la sociedad era actuar y responsabilizarme de aquellos que no podían. Creo que, en el fondo, eso es la esencia de ser un Jedi. Un Jedi se coloca donde puede defender al mayor número de personas del mayor mal.

—¿Aunque le cueste la vida?

Exhalé lentamente.

—Nunca quieres pensar en eso, pero es parte del trabajo. Recuerdo un par de veces en mi vida, con el Escuadrón Pícaro y antes, cuando entendí que mi deber era que el trabajo se hiciera. Me sentí bastante seguro de que iba a morir en esos intentos y casi ocurrió en Talasea. El hecho fue, sin embargo, que tenía amigos que morirían si yo no hacía nada y de alguna manera mi vida no parecía importar demasiado en la ecuación.

Mara resopló.

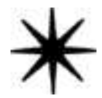
—El Emperador te habría considerado un tonto sentimental que merecería morir.

—Lo recordaré la próxima vez que baile sobre su tumba —me levanté hasta sentarme y crucé las piernas por debajo de mí—. Hay algunas veces en las que el sacrificio parece lo correcto. Como entonces, como hoy. Un entendimiento que tendrás que juzgar por ti misma cuando llegue el momento, supongo.

—No es una decisión fácil de tomar…

—Nop —me puse en pie y le ofrecí una mano. Ella la tomó y yo la mantuve firme mientras se levantaba—. Pero, como tú dices, lo fácil no es para los Jedi, ¿verdad?

VEINTE



El Maestro Skywalker lanzó su capa a Kam y atrajo a su mano la empuñadura del sable de luz.

—Gracias, Kam. Si no te importa, echa un vistazo a los demás un rato.

—Como quieras, Maestro Skywalker.

El Maestro Jedi me miró mientras deslizaba mi sable de luz a mi mano derecha.

—No tenemos que hacer esto, Keiran.

Le ofrecí una sonrisa irónica.

—Creo que debemos, Maestro. Y creo que hay una pregunta que quieres hacer.

Luke asintió lentamente.

—¿Es nuestro duelo un preludio de tu partida, también?

El puro dolor en su voz se hundió en mi interior y clavó mi corazón en mi columna. Luke estaba viendo su sueño de la Academia Jedi desfallecer a su alrededor. Gantoris había sido asado vivo por su propio odio e ira. Kyp, su más prometedor estudiante, había caído bajo el dominio de un antiguo mal y había desaparecido. Mara Jade, una de los usuarios de la Fuerza de confianza del Emperador, había ido a la academia para aprender, pero en una semana había decidido marcharse de nuevo y esa mañana se había ido con Han Solo y Lando Calrissian a bordo del *Halcón Milenario*.

Para haber estado abierta sólo poco más de un mes, la tasa de fracaso de los estudiantes prometedores en la academia era asombrosa. Podría haberme tomado la pregunta de Luke como una confirmación de mis habilidades, pero la sentía como una señal que remarcaba lo abatido que se sentía en ese momento. Podía entenderlo, ya que también me sentía un poco traicionado por la partida de Mara.

La vi esa mañana cuando fui a buscarla para ir a correr.

—¿Lista?

—Sí —respondió ella—, pero no para correr —estaba en su habitación llevando el mono de vuelo que cambiaba de color con el que había llegado. Su cama estaba hecha y la túnica Jedi que había llevado había sido cuidadosamente doblada y colocada a los pies de la cama junto a su pesada bolsa—. He pensado que otro candidato podría encontrar uso para la túnica.

Me apoyé en la jamba de la puerta, usando mi cuerpo para impedir la salida.

—¿No dijiste que no eras una cobarde?

Un pequeño fuego ardió en sus ojos, pero lo puso bajo control con una facilidad que me sorprendió.

—No lo soy. He aprendido mucho aquí, pero lo que yo necesitaba aprender no es exactamente lo que tú necesitas, o lo que otros aquí necesitan aprender.

—¿Quieres practicar conmigo de nuevo, con un poco de ayuda permitida esta vez?

Se relajó solo un poco, cambiando el peso de pie.

—Cuando el Imperio me entrenó, aprendí muchas de las cosas que vosotros estáis aprendiendo. Las practiqué y las perfeccioné. Tú y yo hemos entrenado juntos con los sables de luz. ¿Crees que aprendí todo eso en una tarde o dos de estudio rápido?

Me encogí de hombros.

—Bueno, con Kam y yo como ejemplos, es posible.

—Muy gracioso, Corran, pero sabes que no es verdad.

—Vale, un punto para Mara Jade.

La piel alrededor de sus ojos se tensó.

—Mi entrenamiento imperial me dirigió hacia el uso de técnicas del Lado Oscuro para tocar la Fuerza. Dejaba que las emociones fueran el combustible para lo que hacía. Vine aquí pensando que Luke me mostraría nuevas cosas que podría hacer, nuevas habilidades que aprender, pero en vez de eso me mostró cómo emplear el Lado Luminoso. Todavía hago las mismas cosas, pero tengo una nueva fuente de combustible.

—Un combustible que es un poco más difícil de manejar, no es tan fácilmente accesible…

—Cierto, pero uno que no quema el motor —me concedió una mirada abierta de ojos verdes que me sorprendió por su vulnerabilidad—. El otro día, cuando hablabas de la disposición a sacrificarse por los demás, mencionaste amigos y los que no podían asumir la responsabilidad por sí mismos. Empecé a pensar en la Alianza de Contrabandistas. Tengo un montón de cosas que considerar.

Asentí lentamente.

—Y tu pequeña estancia aquí fue motivada, en parte, porque estabas incómoda con esa responsabilidad.

—Y yo que pensaba que los agentes de SegCor no eran muy brillantes.

—Tenemos nuestros momentos.

—Hasta ahora he sido responsable de mí misma. He sido capaz de tomar decisiones, pero me he sentido cómoda con ello en un nivel táctico. Con Karrde poniéndome a cargo de la alianza, tengo que pensar más estratégicamente. Él cuenta conmigo para hacer lo correcto. Más presión. Puedo manejarlo, me niego a fallarle, pero…

—Pero no estás segura de sentirte cómoda haciéndolo —sonreí—. Entiendo. Por eso yo me conformo con ser un piloto del Escuadrón Pícaro, no alguien liderando su propio grupo de pilotos de caza. No quiero dispersarme y abarcar tanto que luego sea incapaz de marcar la diferencia cuando lo necesite.

La mirada de Mara se aguzó.

—Apuesto a que a los contrabandistas del Sistema Corelliano no les gustas en absoluto.

—No entiendo por qué. ¿Debería informales de mis operaciones sorpresa o algo así? —negué con la cabeza—. Ellos trafican con materias primas raras y yo intercambio con ellos la más rara de todas por sus productos: tiempo.

—Sí, en Kessel. El tiempo pasa muy lentamente allí.

—Y ni siquiera les cobro un extra por ello —me erguí y le ofrecí la mano—. Lamento que te vayas. Pensé que entre nosotros dos podríamos realmente darle un empujón a este lugar y ayudar a Luke a llevar a los estudiantes al siguiente nivel de desarrollo. No sé si decirlo, pero ha sido divertido trabajar contigo.

Mara me ofreció una de sus sonrisas cuidadosamente atesoradas.

—Para algo que comenzó con nosotros discutiendo y mi nave robada, la experiencia no ha sido tan mala como habría pensado. Gracias por tu ayuda. Si hay algo que pueda hacer por ti…

—En realidad, sí —le sonreí tenuemente—. Con tus contactos en la comunidad contrabandista, tal vez oigas algo sobre Mirax. Agradecería saber cualquier cosa. Estaría en deuda contigo.

—¿Qué tal un intercambio? —se detuvo por un segundo, luego bajó la mirada hacia el suelo—. Échale un ojo a Luke por mí, ¿quieres?

—Claro, con mucho gusto —fruncí el ceño—. ¿Algo específico? Sé que no le va a gustar tu marcha…

—Eso, sin duda —su voz se contrajo un poco—. Su enredo con el Lado Oscuro. Sé que funciona como un estímulo que lo lleva a enseñar a sus alumnos, pero no creo que sepa lo mucho que se vio afectado por ello. La experiencia tuvo que ser increíblemente traumática y todavía se está curando. No temo a una recaída, pero tal vez, no sé…

—¿Podría tratar de hacer demasiado, demasiado rápido?

—Suena como algo que él haría.

Asentí con la cabeza y quería patearme a mí mismo por no haberlo visto antes. Para Luke, para cualquiera, el viaje al Lado Oscuro y el regreso habría sido como recibir múltiples disparos a quemarropa. La terapia con bacta podía curar las heridas físicas, pero las vivencias y pesadillas resultantes llevaría tiempo subsanarlas. Mientras que las técnicas de relajación Jedi podrían librar de la ansiedad resultante, sólo trataban los síntomas sin curar los problemas subyacentes. Sólo el tiempo podía curarlos; el tiempo y el amor y apoyo de los amigos.

—Le echaré un ojo por ti. Cuida de ti misma, ¿vale?

—Lo haré.

—Y si alguno de tus amigos contrabandistas logra hacerse con algún cargamento de comida… *buena* comida que necesite descargar en algún lugar, ya sabes dónde podríamos usarla.

Mara se puso en el hombro su bolsa y pasó a mi lado.

—Hecho, SegCor. Nos vemos un par de pársecs más adelante.

Después de que Luke la viera partir, condujo lánguidamente los ejercicios de la mañana. Era evidente que estaba tratando de dar lo mejor de sí mismo con nosotros, pero su corazón no estaba en ello. Reconocí en él el mismo tipo de comportamiento que Iella notó en mí después de la muerte de mi padre. Estaba pensando demasiado en lo que había pasado y anclándose en el pasado mientras el resto del universo se deslizaba hacia el futuro.

En mi caso, Iella y Gil Bastra me llevaron a una de las cantinas más sórdidas de la calle de la Nave del Tesoro. El lugar llamado *La Swoop de Fel* estaba lleno de una multitud de motoristas swoop y jinetes de moto deslizadora. Después de un *montón* de whisky corelliano, me pusieron a cantar una cancioncilla acerca de la falta de cerebro y fortaleza intestinal de los entusiastas de las motos deslizadoras. Mi voz para cantar, incluso en el mejor de los casos, podría causar un motín en una audiencia receptiva, y la pelea resultante fue del tipo de destrozar el lugar. El hecho fue, sin embargo, que los dolores, sufrimientos y las cicatrices resultantes me llevaron de vuelta al mundo real y me anclaron allí.

Por desgracia para mí, no teníamos ninguna cantina donde pelear, ni tampoco whisky para beber. Había pensado que un poco de actividad física podría ser buena para Luke, para ayudarlo a tocar tierra de nuevo, así que lo había desafiado a un duelo. Kam me había explicado que había cosas que tenía que aprender de un oponente vivo y que él, Kam, no tenía el control necesario para entrenar conmigo. Sería tarea de Luke asegurarse de que yo no le golpeaba y él no me golpeaba, haciéndole concentrarse.

Encendí mi sable de luz, dejando que su siseo llenara el hangar.

—Es una pregunta razonable, si me voy o no. Tienes muchas razones para preguntarlo. No, no me voy a ninguna parte a menos que, por supuesto, esta lucha vaya mal para uno u otro.

La hoja verde de Luke cobró vida.

—Déjame ver lo que has aprendido.

Me acerqué a él y blandí mi sable en un corte hacia su hombro izquierdo. Él se puso en movimiento y lo bloqueó por arriba a la izquierda, interceptándolo en el anillo exterior de defensa. Bajé y giré el sable lanzándolo en un golpe de barrido hacia su pierna izquierda, pero él llevó su sable de luz hacia abajo y apartó el mío con facilidad. La chispa de luz que surgió con el contacto de las dos hojas proyectó sombras en la expresión desinteresada de Luke.

Como había esperado. Cambiando el sable de luz a mi diestra, me acerqué rápidamente y lancé un corte por encima de la cabeza. Aproveché mi velocidad para el ataque, lo que obligó a Luke a bloquearme en el anillo central. Continuando con mi movimiento hacia adelante, empujé con mi mano derecha, entonces deslicé la empuñadura del sable de luz hacia abajo. Golpeé su esternón con la empuñadura del sable de luz, luego enganché por detrás la pierna derecha de Luke con la mía y lo arrojé al suelo.

Retrocedí mientras la luz verde de su hoja iluminaba la sorpresa en su rostro. Dejé que un filo cortante se deslizara en mi voz.

—Si no vas a respetarme a mí, al menos respeta lo que Kam me ha enseñado.

Lentamente Luke se puso de nuevo en pie, pero lo hizo con su sable de luz siempre permaneciendo entre nosotros. Mantuve mi sable en ángulo a través de mi cuerpo, con las manos colocadas cerca de mi cadera derecha y la punta de la hoja situada cerca de mi

hombro izquierdo. Finté con el pie derecho, como si fuera a cargar, y Luke se retiró medio paso.

Tiene que centrarse. Esperé a que se colocara, entonces empecé con una aproximación circular que me condujo hacia su izquierda. Ataqué dos veces, transversalmente, para mantenerlo alejado de mí, luego me dirigí directamente hacia él. Arremetí con la hoja. El sable de luz verde de Luke volteó en un bloqueo circular que dejó mi sable abierto a mi derecha.

Su risa triunfal murió abruptamente cuando mi pie derecho le dio una patada en el estómago. Mientras se alejaba, me recuperé de mi arremetida y recuperé mi posición centrada. Él se había doblado y retrocedido un par de pasos, con la mano izquierda frotando su vientre, pero no le di la oportunidad de recuperarse. Avancé firme y rápido, esgrimiendo mi hoja plateada a través de un bucle infinito, cortando arriba y abajo.

Luke levantó la vista hacia mí y su mirada se endureció.

Fue entonces cuando me encontré con una pared de Fuerza que me hizo rebotar y retroceder un par de pasos y me puso sobre mis talones. Degusté la sangre en mis labios, pero sabía que realmente venía de la nariz, que me dolía. No pensaba que estuviera rota, pero golpearla contra algo sólido rara vez era una experiencia agradable.

Me limpié con la manga de mi túnica verde, aunque en la penumbra tanto ésta como la sangre parecían negras.

—Bonito truco.

Una sonrisa feroz retorció la boca de Luke. Él se adelantó, sin decir palabra, moviéndose con una fluidez que no había visto en él antes. Dirigió un corte hacia mí que me hubiera dividido en dos desde el hombro derecho a la cadera izquierda. Percibí un destello momentáneo de sorpresa en él, ya que había esperado que lo bloqueara en alto a la derecha, pero lo dejé pasar a través de los anillos exterior y medio de defensa. Con un rápido movimiento, lo desvié ampliamente de mi hombro derecho, luego me adelanté y golpeé con mi hombro derecho la barbilla de Luke.

Eso lo levantó del suelo, haciendo entrechocar duramente sus dientes. Lancé un golpe débil con mi mano izquierda a sus costillas, entonces me agaché ante una estocada que me habría recortado el pelo más o menos al nivel de los lóbulos de mis orejas. Dejándome caer en cuclillas, extendí mi pierna izquierda y segué hacia sus piernas, haciendo entrechocar sus tobillos y de nuevo derribándolo sobre su espalda.

Terminé de dar la vuelta y me puse en pie, mirándolo.

—Habría pensado que eras mejor que esto.

Luke se levantó lentamente y se limpió un hilo de sangre de su labio partido con la mano izquierda.

—Nunca me involucré en muchas reyertas mientras crecía. Mis amigos y yo estábamos más interesados en las carreras que en pelear.

—Entonces tal vez deberías ser un Corredor Jedi, no un Caballero.

—No lo entiendes —Luke escupió un poco de saliva ensangrentada—. Hay cosas en juego aquí, fuerzas cambiando.

—Tal vez pueda entenderlo, si quieres hablar de ello —bajé el sable—. Tú eres el Maestro Jedi, pero eso no significa que debas asumir *toda* la responsabilidad. Eso ya lo sabes: has estado dejando a Tionne aprender y compartir historia. Kam ha llevado parte de la instrucción y me has tenido a mí trabajando en el problema del hombre oscuro… por cierto, creo que he localizado el templo de Exar Kun gracias a los informes de reconocimiento de Dorsk 81. Pensaba ir a comprobarlo luego, esta tarde.

—No —Luke negó con la cabeza rotundamente—. No irás allí solo. No quiero que ninguno de los estudiantes vaya allí.

—Así que irás tú y yo te cubriré.

Él vaciló, luego negó con la cabeza.

—Tampoco, no ahora.

—¿Por qué no?

Luke cerró los ojos y suspiró.

—¿Recuerdas que dije que supe que mis amigos estaban en problemas en Bespin?

—Sí. Dijiste que era una visión del futuro —entrecerré los ojos—. Dijiste que Darth Vader te permitió sentirlo para atraerte a una trampa.

—He tenido otras visiones, otros presentimientos —el dolor tensó la expresión de Luke—. Hay desastre en el horizonte. Era un poco más lejano mientras Mara estaba aquí, pero ahora siento que está mucho más cerca.

—Haz algo al respecto.

—¿El qué? —la pregunta de Luke llegó casi como una súplica—. Tengo esta opresiva sensación de la fatalidad aproximándose. Afecta a todos y a todo. Pienso en múltiples cursos de acción pero ello no parece hacer que desaparezca.

Aparté más sangre de mi nariz con la mano izquierda.

—Frena un poco. ¿Sabes si este desastre, este futuro, está bloqueado, o se puede cambiar?

—El futuro siempre se puede cambiar, pero nada de lo que pienso hacer lo cambiará.

—Hay dos cosas que estás pasando por alto, Maestro Skywalker. Lo primero, pensar está más cerca de intentar que de hacer, si entiendes lo que digo. Cambiar el futuro tiene que requerir acción, no sólo la planificación de la acción. Aunque un Jedi actúa en defensa y no con agresión, eso no quiere decir que posicionar agresivamente una defensa sea malo.

Luke asintió lentamente.

—¿Y lo segundo?

—Tal vez no seas tú el que tiene que actuar. Tal vez sea yo o Kam o todos nosotros juntos —suspiré—. Nos estás enseñando cómo usar la Fuerza, nos estás abriendo a nuevos poderes, y has establecido que somos herederos de una tradición Jedi llena de responsabilidades. El hecho es, sin embargo, que no nos has dado *ninguna* responsabilidad. Derrotar este desastre que sientes venir, deshacerse de Exar Kun o quien sea el hombre oscuro, eso podría requerir que *todos* nosotros finalmente aceptáramos nuestras responsabilidades como Jedi. Ahora mismo, tú estás cargando con cada brizna

de responsabilidad. Estás siendo enterrado bajo el peso de lo que tú ves como una cadena de fracasos. Mara Jade no se ha ido de aquí porque le fallaras, se ha ido porque has tenido éxito. Ella ha aprendido lo que necesitaba aprender… lo cual puede que no sea lo que tú pensabas que necesitaba aprender. Ella se ha ido porque no quería fallar a otros de los que *ella* se sentía responsable.

Abrió los ojos.

—Piensas que he estado tratándoos a todos como a niños.

—Más cerca de la diana de lo que quisieras saber.

—No he querido eso, pero *sois* niños en la Fuerza.

—Eso está bien, Maestro Skywalker, y es cierto; pero también somos un grupo dispar de adultos. Kyp era el más joven, y tenía la edad que tú tenías cuando comenzaste tu entrenamiento. Tenía la edad que yo tenía cuando entré en la Academia de SegCor. Estamos bastante bien formados en este punto, en lo que a la personalidad se refiere. Los que han venido aquí a aprender de ti ya han tomado la decisión de explorar una nueva vida. Debes dejarnos hacer eso. Debes desafiarnos, y no me refiero sólo a desafíos del tamaño de las rocas o el rango de visión que se pueda proyectar. Esos desafíos ponen a prueba nuestras habilidades, no nuestros caracteres, y los fracasos aquí han sido fracasos de carácter.

—Pero no estáis listos para ese tipo de desafíos.

—No si esos desafíos son demasiado irrealizables, no —señalé hacia su mano derecha—. ¿Has aprendido mucho de tu fracaso en Bespin?

Los dedos de Luke se flexionaron.

—Sí.

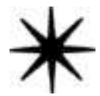
—Entonces déjanos fallar un poco y aprender a lidiar con ello. Como decíamos en SegCor, hay dos tipos de pilotos de motos deslizadoras: los que han caído, y los que caerán. Los Jedi fallarán, y si no aprenden a lidiar con el fracaso, si no tienen la base para recuperarse, los perderás.

El sable de luz de Luke murió.

—Tengo que pensar en lo que has dicho.

—No sólo pensar, Maestro, *actuar* —también desconecté mi sable, dejando que la oscuridad nos tragara—. Si no actúas, el desastre que sientes podría adquirir una dimensión de la que posiblemente ninguno de nosotros podría recuperarse.

VEINTIUNO



Me desperté lentamente, sintiendo como si hubiera hecho mi mejor esfuerzo para drenar cada gota de licor de una cantina donde no se aguaban las bebidas, las tazas no estaban limpias, las botellas no estaban etiquetadas y el botiquín de primeros auxilios consistía en un bláster con el cual podías acabar con tu miseria. En realidad, ni siquiera me sentía tan bien. Estaba bastante seguro de que no había estado de juerga ya que no encontré ningún tatuaje o cicatriz en mi cuerpo, y los moratones los reconocía de mi entrenamiento. El hecho de que la cantina más cercana estuviera a unos cinco pársecs de distancia volando en el *Halcón*, junto con el hecho de que no tenía ninguna nave, contradecían una resaca.

Pero, de nuevo, me sentía un poco como si hubiera caminado muy lejos.

A pesar de mi mejor juicio (el cual clamaba que simplemente me tumbara y muriera), me arrastré fuera de la cama y me puse mi ropa de correr. Eso me ayudó a despejarme, mayormente porque estaba todavía húmeda, fría y pegajosa de la corta carrera que hice la noche anterior para quemar algo de mi frustración con el Maestro Skywalker. No hay nada como la sensación de la tela mojada contra la piel por la mañana para recordarte que estás vivo. No hacía mucho por mejorar la calidad de vida según lo que algunas personas consideran importante, pero yo había llegado al estado en el que concluía que estar vivo era mejor que la otra alternativa.

Incluso logré sonreír.

—Y si muero, no quiero pasar el resto de la eternidad encerrado en las rocas de este lugar. Puede ser lo suficientemente bueno para Exar Kun, pero no para mí.

Sentía mis músculos como si hubieran estado encerrados en carbonita, pero me las arreglé para hacerlos funcionar y ya iba medio tropezando a buen paso cuando salí del Gran Templo. En ese momento tropecé *de verdad*, aterrizando en mis manos y rodillas, porque un Cazador de Cabezas Z-95 estaba posado en la pista de aterrizaje de fuera. Me entró el pánico por un segundo, pensando que podría, de hecho, haberla robado de los alrededores de la cantina donde me emborraché, pero me calmé rápidamente. Ni siquiera tuve que utilizar una técnica Jedi para ello.

Sabía que, si hubiera volado en esas condiciones, el único destino que podría haber alcanzado hubiera sido una colisión. *Y a Mara Jade no le hubiera gustado que a su Cazador de Cabezas le ocurriera eso.*

La comprensión de que estaba mirando el caza de ella me terminó de despejar la mente. Kyp había robado esa nave y si estaba aquí, eso significaba que él también. Me levanté y corrí hacia la nave, extendiendo mis sentimientos para ver si podía detectar su presencia. Capté algunos rastros débiles de él, pero emanaban en su mayoría de los controles, que estaban como si Kyp hubiera extendido una mano hacia ellos y simplemente los hubiera exprimido. *A Mara Jade no le va a gustar esto un pelo.*

Me di la vuelta, siguiendo una pequeña pista de la esencia de Kyp hacia la base del Gran Templo. Un camino había sido despejado a través de las enredaderas salvajes que cubrían gran parte del templo. Las enredaderas cercanas a la escalera descubierta parecían pálidas y raquíticas. Habían retrocedido desde los escalones como serpientes preparándose para atacar, y se habían marchitado considerablemente en el proceso.

Subí por los escalones de dos en dos. No tenía ni idea de lo que encontraría en la parte superior o qué haría para enfrentarme a Kyp si lo encontraba allí. Me armé de valor para una confrontación, y aproveché la Fuerza para fortalecerme para una. Sin embargo, a pesar de hacer esto, tenía la sensación depresiva de que ninguna preparación sería suficiente para hacer frente a lo que encontraría.

Mientras escalaba los últimos escalones, nuevas sensaciones bajaron en cascada desde la cima de la pirámide. Sentí a los otros estudiantes allí arriba, y sus emociones iban desde la conmoción e indignación a la tristeza y desesperación. Culminé la subida y vi a la mon calamari, Cilghal, acunando la cabeza de Luke en su regazo. Streen, con los ojos muy abiertos por el miedo, estaba de pie al lado.

—¿Está vivo? No puedo oírle.

La mon cal se concentró en Luke, luego negó con su cabeza color naranja y verde alga. Dijo que sí encontraba su pulso y pude ver su pecho moviéndose al son de una respiración poco profunda.

—Pero no puedo encontrarle a *él* en el interior. Cuando lo toco con la Fuerza, lo único que encuentro es un enorme vacío…

Me extendí con mis sentidos y traté de encontrar lo que ella no podía. Esforzándome, entrelacé algo de la Fuerza externa con mi energía interna y traté de ver si podía encontrar una chispa del Maestro Skywalker en su cuerpo. Recordé su afirmación de que éramos seres luminosos, no criaturas de materia cruda, pero me pareció difícil aceptar que había abandonado su cuerpo. Sin embargo, la evidencia de eso estaba justo ahí, ya que no podía sentirle en absoluto.

Kirana Ti se envolvió con su túnica tapando bien su garganta.

—¿Qué podemos hacer?

Cilghal parpadeó.

—Estamos completamente solos ahora.

La desesperación de su voz encontró un aliado en el temor que se retorcía en mi vientre. Nunca me había parecido extraño que Kyp fuera capaz de hacerme chocar contra una pared porque siempre había sido más poderoso que yo. Incluso cuando sentí la otra presencia reforzándolo y fui golpeado por su fuerza combinada, nunca imaginé que podrían ser más poderosos que Luke Skywalker. Incluso había racionalizado que la capacidad del hombre oscuro para evitar la detección era por un talento en esa área, al igual que yo tenía talento en el área de proyectar imágenes.

Si hubiera siquiera soñado que Luke estaba en peligro, hubiera trabajado más duro para convencerlo de que teníamos que actuar. La saliva en mi boca se agrió. *Cuando empecemos a repartir las culpas por el fracaso, ponedme en la parte delantera de la fila.*

Le dije a Luke que estábamos tratando con un asesino sociópata, pero no lo había convencido de la gravedad de la situación. Parecía estar en condiciones de manejar la situación y todo lo que quería de mí era información que le diera una dirección.

Y le he permitido hacer precisamente eso. Cerré los ojos por un momento y quise golpearme la cabeza con la palma de mi mano. *¿En qué he estado pensando?* Yo era el que tenía experiencia con ese tipo de monstruos, no Luke Skywalker. Le entregué la responsabilidad de ese tipo de cosas a él cuando no era más capaz de lidiar con ello de lo que él sentía que lo éramos nosotros de lidiar con el destino del universo. Mi error había sido el opuesto al suyo, pero el mío *agravaba* el suyo.

La pura arrogancia y estupidez de esas ideas se estrelló con fuerza en mi interior. Luke Skywalker se había ocupado de Darth Vader y el Emperador, incluso del Emperador Renacido. Si ellos no eran monstruos, los monstruos no existían. El Maestro Skywalker era más que capaz de lidiar con ellos, lo que hacía su condición actual mucho más impresionante y aterradora.

Bajé la mirada hacia su cuerpo mientras Cilghal enderezaba sus extremidades. Yo había metido la pata, y por eso él estaba tendido ahí. Si yo hubiera hecho las cosas de forma diferente, no había garantía de que él no hubiera terminado igual, pero las cosas podrían haber tomado otro giro, uno mejor. Le había fallado, y había tenido la arrogancia de sugerir que él nos estaba fallando.

El fracaso acaba aquí y ahora. Los músculos se tensaron en las esquinas de mi mandíbula.

—No estamos solos. Nos tenemos los unos a los otros. Puede que no seamos Jedi, pero aun así no estamos indefensos.

La bruja dathomiri me miró y reiteró su pregunta.

—¿Qué podemos hacer?

—Podemos hacer lo obvio, ¿no? —señalé con el pulgar hacia abajo, hacia el Cazador de Cabezas—. Kyp estaba aquí y, si tuviera que adivinar, diría que él es el responsable de lo ocurrido con el Maestro Skywalker. Lo primero que tenemos que hacer es dejar que Coruscant sepa que Luke ha sido herido y que Kyp Durron ha estado involucrado.

La Embajadora mon calamari levantó la mirada.

—Hasta que no haya pruebas sólidas de que Kyp ha estado aquí, culparlo de esto es un error.

Fruncí el ceño hacia ella.

—Pero el Cazador de Cabezas…

—Podría haber sido robado y utilizado por otra persona.

—Tu precaución es positiva, Cilghal, pero que Kyp haya estado aquí es la conclusión más lógica —Kam se acercó al borde de la pirámide, bajó la mirada hacia la pista de aterrizaje, y luego gruñó—. ¿Pensáis que Kyp aún está escondido en esta roca?

Streen negó con la cabeza.

—No puedo oír a Kyp.

—Me gustaría pensar que eso significa que está muerto, pero no lo creo —miré a Kam—. Te estás preguntando cómo ha dejado esta roca si se ha dejado el caza aquí.

—Sí, y el único otro vehículo del sistema, obviando que haya venido con aliados en mitad de la noche, es el *Triturador de Soles* —sus manos se contrajeron en puños—. Kyp sabía cómo hacerlo funcionar.

Tionne se estremeció.

—¿Podría ser lo suficientemente poderoso como para haberlo arrancado del corazón del gigante gaseoso?

Streen se agachó y recogió del tejado del Templo una pequeña piedra que centelleaba brillantemente bajo el sol naciente.

—Una gema corusca. El único lugar en el universo donde se forman es el corazón de Yavin. Podría haber estado alojada entre el ensamblaje de la escotilla y haber caído cuando Kyp entró en el *Triturador de Soles*.

Gruñí.

—No es la noticia que quería oír.

Cilghal alzó una mano.

—Las gemas corusca pueden ser encontradas aquí en Yavin Cuatro, y no tenemos forma de saber cuánto tiempo ha estado aquí ese pedazo. Más importante, no tenemos manera de saber si el *Triturador de Soles* todavía se encuentra en el gigante gaseoso o no. Una vez más, estáis llegando a conclusiones bajo las más circunstanciales evidencias.

—Puedo ver por qué eras una diplomática, Embajadora —suspiré pesadamente—. Vale, mirad, tenemos que ir paso a paso. Lo primero, debemos llevar abajo al Maestro Skywalker y sacarlo de la intemperie.

Tionne sonrió.

—Deberíamos colocarle en el Gran Cámara de Audiencias.

Hice una mueca.

—¿Eso no sería como velarlo en una capilla? No está muerto.

Su sonrisa se contrajo.

—Sólo pensaba que a él le gustaba la cámara y la acústica es buena para cantar, y fue el lugar de celebración de una gran victoria.

Kam se situó detrás de ella y apoyó las manos en sus hombros.

—Bien pensado, Tionne. Hay espacio suficiente allí para que todos nos podamos reunir y escucharte cantar. Queremos que sienta que es parte de nuestra comunidad —Kam miró más allá de ella hacia mí y levantó una ceja.

—Cierto, así es. Hoy estás pensando mucho más rápidamente que yo, Tionne —miré a la mon calamari—. Embajadora, tienes talento para la curación. ¿Monitorizarás al Maestro Skywalker y nos lo harás saber si podemos ayudar? Nuestros suministros médicos son limitados…

—Puedo atenderle inicialmente, sí. Pero sin duda debemos conseguir un equipo médico completo tan rápido como sea posible —Cilghal parpadeó lentamente—.

También debemos notificar a la Nueva República y a la Consejera Organa Solo que algo le ha sucedido a su hermano.

—Y hacerles saber que Kyp Durron tiene el *Triturador de Soles*. Con su odio hacia los restos del Imperio, no sabemos qué podría hacer con un arma de tal poder —añadió Brakiss.

Corté la protesta de Cilghal a las observaciones de Brakiss.

—Como poco tenemos que conseguir un equipo de reconocimiento que pueda comprobar si el *Triturador de Soles* se encuentra todavía en el gigante gaseoso o no.

Kirana Ti se agachó y secó el sudor de la frente de Luke con el borde de su túnica Jedi.

—También debemos asegurarnos de que el Maestro Skywalker nunca está solo. Siempre debe tener una guardia de honor con él.

Dorsk 81 la miró con horror en su rostro.

—¿Crees que el Maestro Skywalker todavía está en peligro?

Me aclaré la garganta.

—No podemos descartar esa posibilidad. Puede que Kyp lo quisiera muerto y se contuviera en el último momento, por razones que no podemos imaginar. Podría regresar para terminar el trabajo —*o puede que lo intente el hombre oscuro*—. Tener a alguien con el Maestro Skywalker también tiene sentido en el aspecto médico, en caso de que haya un cambio.

La mon calamari asintió.

—Debemos llevarle al interior ahora. Está lo suficientemente estable como para moverlo, creo.

—Bien. Me conectaré a la HoloRed y hablaré con Coruscant. Embajadora, me gustaría que hablases más tarde con la Consejera Organa Solo. Tú podrás responder a sus preguntas sobre su hermano mejor que yo, y las noticias de lo que ha ocurrido aquí deberían provenir de alguien a quien conozca, no de un extraño.

Brakiss miró imperiosamente hacia mí.

—¿Qué pasa con el resto de nosotros?

—No lo sé. Haced lo que podáis. Ayudar a Cilghal. Preparar comida. Meditar.

El hombre delgado frunció el ceño.

—¿Meditar? Difícilmente útil en esta situación, ¿no te parece?

Kam sacudió la cabeza con vehemencia.

—Tenemos que evitar el pánico y mantener nuestros genios a raya. Debemos practicar lo que hemos aprendido hasta ahora, fortaleciéndonos a nosotros mismos. Si Kyp regresa, si surge otro problema, tenemos que ser capaces de tratar con ello —levantó la cabeza—. Esperaré a todo aquel a quien no se le hayan asignado otros deberes para cumplir con los ejercicios como siempre.

—Es un plan —le ofrecí a Kam un asentimiento—. Y uno bueno. ¿Todo el mundo lo tiene claro? Bien. A ello.

Descendí al centro de comunicaciones y encendí el sistema. La unidad R2 de Luke se quedó fielmente alrededor para ayudarme, pero su ansiedad lo tenía saltando de una banda de rodadura a otra sin parar. Sus pitidos adquirieron un tono punzante, recordándome a Silbador cuando necesitaba que sus engranajes fueran lubricados.

—Ve, Erredós, tenerte cerca hará que el Maestro Skywalker se sienta mucho mejor, estoy seguro. Y puedes monitorear los signos vitales mejor que el resto de nosotros —sonreí mientras el droide corrió partiendo del centro de comunicaciones. No estaba seguro de querer tenerlo alrededor mientras trabajaba, de todos modos.

Traté primero de contactar con Wedge, pero sólo podía dejarle un mensaje en su holo personal. A continuación probé con Tycho y me las arreglé para contactar con él en el Cuartel General del Escuadrón.

Él me ofreció una gran sonrisa.

—No esperaba tener noticias tuyas por un tiempo. ¿Cómo va el entrenamiento?

Negué con la cabeza y su sonrisa vaciló.

—Acabamos de recibir un gran golpe. Luke Skywalker ha caído.

—¿Caído?

—Herido, pero no conocemos la gravedad. Sólo podemos conjeturar lo que ha pasado y no es bueno. Luke está estable en este momento, y esperamos que se recupere, pero vamos a necesitar un equipo médico completo tan rápido como sea posible.

Tycho miró fuera del marco de la holografía, y luego asintió.

—Tengo una lanzadera repostando y haciendo verificaciones de pre-vuelo justo ahora. Alertaré a un equipo médico y volaré hacia allí yo mismo.

—Bien. También tengo una lista de otras cosas que quiero que traigas.

—Lo que necesites.

—Podría ser difícil de conseguir —hice una pausa por un momento—. Necesito suficientes cargas de nergon 14 como para arrasar algo así como el Gran Templo de aquí.

Tycho se recostó en su asiento y parpadeó con sorpresa.

—¿Tan drásticas están las cosas?

—Podría ser. Espero que lo que creo que podría estar pasando no sea realmente lo que sucede, pero si es así, puede que tenga que echar abajo un templo para que actúe como un disruptor del circuito —bajé la voz—. También necesito que las cajas estén mal etiquetadas. No sé si puedo confiar en todo el mundo aquí…

—Así que realmente no confías en nadie más que en ti mismo.

—Básicamente, así es.

Tycho me observó, entonces asintió lentamente.

—Confío en que sepas lo que estás haciendo.

—Yo también —pasé las manos por mi cabello—. Lo último, necesito que me pases con el General Cracken. Es de vital importancia que hable con él.

—Vale, lo haré ahora —Tycho me ofreció una rápida sonrisa—. Nos vemos en alrededor de treinta horas.

—Gracias, coronel.

El blasón del Escuadrón Pícaro colgó en el aire por encima de la base de holoproyección de la unidad de comunicaciones. Trajo una sonrisa inconsciente a mi cara. Recordé cuando Gavin Darklighter lo diseñó, rodeando el blasón rebelde con doce alas-X volando hacia afuera. Durante casi cinco años esa insignia ayudó a definir quién era yo. Ahora me ayudaba a recordar de dónde venía, otra orgullosa tradición que entrelazaba con mi nueva vida.

El rostro de Cracken lo reemplazó.

—El Coronel Celchu me ha sugerido que tenía algo urgente para mí.

Asentí.

—¿Se acuerda de que usted *pensaba* que el *Triturador de Soles* estaría seguro arrojándolo al gigante gaseoso Yavin?

—No me gusta el sonido de esa pregunta, capitán.

—Entonces realmente odiará la razón por la que lo pregunto —transformé mi rostro en una máscara impasible—. Algún tiempo después de la medianoche local, una persona o personas desconocidas llegaron a Yavin 4. Se enfrentaron al Maestro Skywalker, lo derrotaron, y partieron de nuevo. Dejaron atrás un Cazador de Cabezas Z-95 con los controles destruidos. Kyp Durron, uno de los pocos, si no el único, que sabe cómo pilotar el *Triturador de Soles*, fue visto por última vez en posesión del Cazador de Cabezas en cuestión. No tengo muestras de tejido ni huellas dactilares para demostrar que todavía lo pilotaba él cuando llegó aquí, pero, confíe en mí, era él —sentí una pequeña punzada de culpa por violar la cautela de Cilghal, pero endulzar los hechos no ayudaría a Inteligencia de la Nueva República a tratar con la situación.

El rostro de Cracken decayó y su boca se abrió lentamente.

—¿No tienen alguna idea de dónde iba, con quién estaba?

—Nada que pudiera creer —dejé que una nota sombría sonara a través de mi voz—. Dadas las cosas que Kyp dijo antes de marcharse la última vez, su ira parece dirigida hacia el Imperio. Si tuviera que adivinar, diría que cazará a quienquiera que sea el último autodenominado señor de la guerra, o tal vez vaya tras los restos de la flota de Thrawn. Cuando encuentre un objetivo, usted lo sabrá.

—Un chico de dieciocho años que creció en una mina prisión controlando un arma que puede destruir sistemas estelares —Cracken se rascó un punto en la frente—. Por lo menos cuando tratábamos con los imperiales teníamos la oportunidad de predecir su comportamiento, sin embargo, ¿con un chico que está enfadado con la galaxia?

—No es uno de los mejores días de la Nueva República, estoy de acuerdo.

—Ha dicho que Luke Skywalker ha sido derrotado. ¿Cuál es su situación?

—Está herido y en estado de coma. No se sabe cuándo o si va a salir de ese estado.

Cracken asintió con cansancio.

—Así que estamos por nuestra cuenta en esto.

—Exacto. La Embajadora Cilghal se comunicará con la Consejera Organa Solo cuando tengamos más información sobre el estado del Maestro Skywalker. El Coronel Celchu traerá un equipo médico y algunos suministros dentro de un día a partir de ahora —me encogí de hombros—. Le mantendré informado mientras sea capaz.

—Gracias.

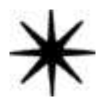
Dudé por un segundo, luego lo miré.

—Podría parecer un poco trivial dado lo que acabo de decirle, pero, ¿hay alguna noticia de Mirax?

—No es trivial en absoluto, capitán. Admiro su contención para preguntarlo —el general me obsequió con una mirada franca—. Ninguna noticia, ninguna pista que nos conduzca a algo. Ninguna demanda de rescate. Todavía estamos buscando y tenemos esperanza.

—Estoy seguro, y yo comparto su esperanza. Gracias, señor —le lancé un saludo rápido—. Yavin 4 fuera.

VEINTIDÓS



La frustración caracterizó en gran medida la semana entre la caída del Maestro Skywalker y la llegada de su hermana y su familia. Cuando la Embajadora Cilghal le contó lo que había pasado, Leia Organa Solo quiso viajar a Yavin 4 inmediatamente, pero las exigencias de su oficina no eran de las que podían ser desechadas con facilidad. La Embajadora Cilghal le sugirió que podía esperar hasta que el equipo médico llegara y realizara su evaluación, y se comprometió a mantenerla informada de cualquier cambio.

Esta conexión directa con la hermana de Luke hizo de la Embajadora Cilghal, nuestra estudiante más nueva, la líder de facto de la academia, al menos desde el punto de vista de la Nueva República. Kam Solusar aún supervisaba nuestra instrucción, pero no expandía lo que sabíamos, sólo lo perfeccionaba. Entendí su renuencia a enseñarnos más en ausencia de Luke, aunque eso significaba que Kam se inclinaba a ser conservador en lo que se refería al funcionamiento de la academia. Nos quería cerca del Gran Templo e incluso me pidió que redujera mis salidas para correr. Yo me negué de plano, pero encontré un circuito que siempre me mantenía relativamente cerca de casa.

La frustración se instauró en mí, ya que con Cilghal y Kam al cargo realmente no estaba donde quería. Cuando el equipo de reconocimiento vino a ver si el *Triturador de Soles* todavía estaba en el corazón de Yavin, me ignoraron categóricamente. Un teniente bien afeitado me dijo que toda la información estaba catalogada como reservada, y que él decidiría cuándo o si necesitaba conocerla. Si hubiera sabido quién era yo realmente, me habría respondido «sí, señor» y «no, señor» sin atreverse a respirar a menos que yo le diera permiso para ello, pero como aspirante a Jedi, era visto sólo como «parte del problema».

Por supuesto, habría sido un juego de niños meterme en su mente y hacerle creer que yo *no* estaba presente en el centro de comunicaciones cuando presentara su informe al General Cracken, pero estaba bastante seguro de que tal uso caprichoso de mis habilidades me dejaría a la deriva hacia el Lado Oscuro. Aunque quería saber de qué informaría, no quería ponerme en peligro a mí mismo para saberlo. Sin embargo, consideraba que tenía que saberlo, así que convencí a la unidad R2 de Luke para que descargara el informe del ordenador del centro de comunicaciones.

Podría haber ahorrado molestias a Erredós y a mí mismo si me hubiera acordado de la primera lección sobre los oficiales menores: si saben algo, no pueden esperar para compartirlo. Si no saben nada, utilizan rangos y regulaciones para cubrir su ignorancia. Este Teniente Morrs era tan ignorante como un hutt era feo. A causa de las furiosas tormentas en el corazón del gigante gaseoso, no podía estar seguro de si el *Triturador de Soles* estaba allí, de si había sido destruido, o de si se lo habían llevado. Sus resultados de

reconocimiento fueron etiquetados como inconcluyentes y parecieron dejar a la Nueva República bastante cómoda respecto a la situación del *Triturador de Soles*.

Aunque me hubiera gustado aceptar de corazón la idea de que el *Triturador de Soles* no podía haber ido a ninguna parte, otro desarrollo de los acontecimientos, o realmente la falta de un hecho verificable, me tenía preocupado. Desde la derrota de Luke, no había habido ninguna señal del hombre oscuro. Esto me asustó bastante porque su falta de actividad era algo inusual y me hizo pensar que estábamos justo en la cúspide del desastre que el Maestro Skywalker había previsto.

Todavía pensaba en el hombre oscuro como un sociópata, y nada de lo que sabía sobre Exar Kun sugería que no encajara en ese molde perfectamente. Los asesinos sociópatas tendían a los ciclos… cometían sus crímenes en un calendario que tenía sentido para ellos. A medida que sus crímenes se volvían cada vez más horribles, el ciclo tendía a acelerarse hasta que el poco control que tuvieran sobre sí mismos se erosionaba y se volvían lo suficientemente descuidados como para ser capturados. Los estragos que causaban en ese tiempo no eran menos que devastadores y brutalmente crueles.

Gantoris había estado en Yavin poco más de dos semanas antes de su muerte, lo que podría ser visto como un ciclo. Kyp llegó aproximadamente una semana más tarde y estuvo aquí poco más de una semana antes de robar el Cazador de Cabezas. En una semana volvió y golpeó a Luke como un asteroide. Dados los hechos, el hombre oscuro debería haber reaparecido atacándonos días después de la derrota de Luke, pero no estaba, y eso me asustaba.

Había abundantes explicaciones de por qué no nos estaba causando problemas. La primera es que quería darnos tiempo para que nos desesperáramos por la situación de Luke. Eso nos dejaría más vulnerables ante él. La segunda razón, una que me helaba hasta la médula, era que estaba dedicando sus energías a controlar a Kyp Durron y el *Triturador de Soles*. Si era Exar Kun quien había influenciado a Kyp, no imaginaba qué objetivo tendría preparado para el *Triturador de Soles*, pero no me gustaría estar en el mundo del que decidiera vengarse cuatro mil años después.

La única explicación vagamente positiva respecto a la inactividad de Exar Kun que podía imaginar era que su esfuerzo para atraer al *Triturador de Soles* de Yavin y para derrotar a Luke lo hubieran extenuado. No tenía manera de determinar cuán poderoso podría ser Exar Kun, pero era muy posible que hubiera gastado mucha energía para derrotar a un Maestro Jedi. Era imposible saber cuánto tiempo le llevaría recuperarse, pero con cada día que pasaba los aprendices también aumentaban su fuerza.

En la noche más oscura, cualquier luz es bienvenida.

Tycho trajo el equipo médico y mis suministros especiales lo más rápidamente posible. Me dijo que la lanzadera que había traído tenía un sistema de lanzamiento de torpedos de protones operacional y se ofreció a llevarme a bombardear cualquier Templo que quisiera destruir, pero yo me contuve. Los torpedos de protones probablemente serían la forma más eficaz de hacer frente a la fortaleza de Exar Kun, pero todavía recordaba lo inflexible que se había mostrado Luke diciendo que ni yo ni ninguno de los otros

estudiantes viajara allí. Y si no éramos lo suficientemente fuertes como para tratar con el problema, no quería poner a Tycho en peligro.

—Te daré las coordenadas, coronel —le lancé un saludo mientras abordaba la lanzadera para irse—. Si las cosas van muy mal, habla con el Almirante Ackbar para que lo arrase con un bombardeo planetario.

—Copiado —me devolvió el saludo—. Que la Fuerza te acompañe.

El equipo médico que trajo examinó a Luke de arriba a abajo, por dentro y por fuera. Sus órganos parecían funcionar muy bien, pero no parecía haber nadie residiendo en su interior. Los doctores, técnicos médicos y droides nos escucharon tratar de explicarles este hecho, pero eran criaturas de ciencia. Aunque podían vernos hacer cosas simples con la Fuerza, buscaban explicaciones físicas y científicas a lo que eran fenómenos espirituales. Tratar de explicarles qué era la Fuerza era como tratar de explicarle a un rancor qué era el altruismo.

Su partida nos dejó sin nada que hacer excepto esperar la llegada de Leia Organa Solo. Podría haber llegado en cualquier momento, por lo que pasamos la mayor parte de la semana esperando. Probablemente había pasado semanas más aburridas haciendo vigilancia, pero los nanosegundos parecían horas… y las largas horas días. Y, a pesar de los mejores esfuerzos de Kam para mantenernos enfocados, nuestros espíritus comenzaron a decaer.

La llegada de la Princesa Leia hizo maravillas en nosotros. Parecía cansada y un poco demacrada, pero aun así todavía se reflejaba en ella cada ápice de ese icono emocionante y heroico que había sido durante la Rebelión. Sus mellizos, de pelo oscuro y ojos brillantes, miraron a su alrededor a Yavin 4 con una mezcla de asombro y agitación. El último en bajar por la rampa de salida del *Halcón Milenario* fue Han Solo. Me pareció como si hubiera perdido un poco de peso durante su reciente aventura en Kessel, pero aún tenía un aspecto apuesto y vital.

La Embajadora Cilghal llevó a los Solo a la Gran Cámara de Audiencias. La luz del sol llenaba la habitación con un resplandor dorado y una calidez que desmentía la fría y cruda realidad de Luke yaciendo en un féretro como si estuviera muerto. La visión pareció asombrar a su hermana por un momento. Me quedé atrás lo suficiente para no oír los comentarios susurrados entre la familia, pero Jaina se escabulló entre los brazos de su padre y le dio un beso a su tío. Todos nosotros esperamos que ese gesto pudiera funcionar donde nuestros poderes y la ciencia médica habían fracasado, y me dolió de corazón cuando la niña se volvió decepcionada.

El entusiasmo generado por la llegada de la familia Solo fue drenándose a lo largo del resto del día, dejándonos en un estado de ánimo decaído y taciturno a la hora de la cena. Han Solo hizo lo que pudo para ayudar usando la unidad de preparación de comida del *Halcón* para crear una cena de comida corelliana… *endwa* frito con una salsa anaranjada

y *csolcir* hervido en mantequilla con nuez *vweilu* rayada. Aunque no creo que normalmente se acercara a la cocina con mayor ánimo que yo, ser la única persona en la luna que no era sensible a la Fuerza tenía que ser duro para él. Las conversaciones que todos teníamos eran, en retrospectiva, muy auto-indulgentes y, a largo plazo, más bien triviales. Proporcionar comida era lo que él podía hacer para ayudar en una situación en la que no se podía ayudar… y eso le impedía tener que escuchar lo que decíamos.

Yo picoteaba de la comida, sin escuchar realmente a los demás. Catalogaba sus voces y confiaba en la memoria que había desarrollado como detective para reproducir lo que me interesara más tarde, cuando pudiera separar los miedos y el derrotismo que algunos de mis colegas estaban expresando. En realidad no era justo con ellos, pero me había pasado la semana tratando de calmar temores y ya había tenido suficiente.

Leia Organa Solo no toleró la charla autocompasiva, y terminó dejando caer las dos manos firmemente sobre la mesa de piedra.

—¡Basta ya! —Leia nos reprendió por temer el riesgo involucrado en convertirnos en Caballeros Jedi, y nos recordó que la Nueva República contaba con nosotros—. Debéis trabajar juntos, descubrir las cosas que todavía ignoráis y luchar contra aquello que debe ser combatido. ¡Pero lo único que no podéis hacer es rendiros!

Quería secundarlo, pero un bocado de *endwa* me impidió hacerlo. Mastiqué rápidamente y tragué con dificultad. El *endwa* se deslizó lentamente por mi garganta (como solía el buen *endwa*) y finalmente me devolvió la voz.

Justo a tiempo para que gritara.

Luke Skywalker nos había dicho que en el momento de la destrucción de Alderaan, su maestro, Obi-Wan Kenobi, había dicho que sentía «una perturbación en la Fuerza». Cualquiera que calificara lo que yo sentía como una «perturbación» podría pensar en los hutts como adorables. El hueco conmocionado que se abre en tu interior cuando sabes de la repentina muerte de un amigo cercano se estrelló contra mí a la velocidad de la luz. Mi mente consciente buscó en vano una identidad que vincular a ese sentimiento, para encontrar una manera de contenerlo, pero el hueco se abría a un vacío sin fondo. No sólo no sabía quiénes habían muerto, sino que nunca tendría la *oportunidad* de conocerlos, y eso parecía la mayor tragedia posible.

Destellos de caras, fragmentos de sueños, risas abortadas, el dulce aroma de un recién nacido transformándose en el olor de carne chamuscada, todo pasó a través de mí. Miles y miles, millones y millones, estas imágenes e impresiones llegaron en un torbellino que se estableció rugiendo en mi interior. Esperanza volviéndose miedo, asombro en terror, inocencia en nada. Futuros brillantes, con todo planeado, demostraron en grado sumo la volatilidad del destino cuando una verdad fundamental de esas vidas resultó errónea. Para esas personas nunca existió el interrogante de si el sol saldría o no al día siguiente, y sin embargo en un instante se demostró su equivocación, ya que su sol se extendió y devoró su mundo.

Oí a Streen gemir que había demasiadas voces antes de que cayera al suelo. Lo envidié en ese momento tan claramente como recuerdo ver un gran desfile de muertos

pasando intermitentemente a través de mi conciencia. Una madre, actuando por instinto, protegiendo a un niño un nanosegundo antes de ser vaporizados ambos. Dos jóvenes enamorados, yaciendo juntos en el resplandor del momento, con la esperanza de que lo que sienten nunca termine, cumpliendo su deseo, ya que son disgregados hasta sus átomos constituyentes. Criminales, triunfantes tras algún pequeño éxito, reducidos a temerosos y gimoteantes animalitos mientras su mundo se evapora.

No recuerdo salir del comedor, pero mi mente no me pertenecía mientras la Fuerza me trasladaba hasta la aniquilación de un mundo lejano. Cuando la claridad comenzó a volver, me encontré fuera, en la parte superior del Gran Templo. Mi garganta ardía. Mis temblorosos brazos me sujetaban por encima de un charco de mi propio vómito y hubiera caído a un lado, pero unas manos fuertes en mis hombros me estabilizaban.

—No creo que la comida fuera tan mala —Han Solo puso un vaso de agua sobre la piedra a mi lado—. Enjuágate la boca.

Derramé la mitad del agua del recipiente mientras la levantaba hacia mis labios, entonces me enjuagué la boca y escupí el agua sucia más allá del extremo de la pirámide.

—Gracias —le dije. Al menos creo que lo dije.

Han medio me arrastró lejos de los restos de mi cena.

—Leia ha dicho que era algo terrible. ¿El *Triturador de Soles* ha aniquilado un sistema?

Me limpié la boca con la manga de la túnica.

—A menos que sepas de otra superarma que pueda hacer explotar una estrella.

Una sonrisa comenzó a crecer en su rostro y sus ojos oscuros chispearon por un segundo cuando una réplica irónica se formó en su mente, pero nunca la dejó salir. En su lugar, su sonrisa se fundió dando paso a una expresión más seria.

—Tiene que ser el *Triturador de Soles*… no *hay* otra superarma ahí fuera.

La imagen fugaz de alguien que se parecía a Kyp pasó por mi cerebro. A través de sus ojos vi la esbelta nave, sentí su alegría al ver a su hermano otra vez, el dolor de la traición que se extendía hasta una agonía indescriptible mientras su cuerpo se derretía.

—¿Kyp tenía un hermano?

Los ojos de Han se enfocaron en la lejanía.

—Los imperiales se lo llevaron a la Academia de Carida.

—Se ha desvanecido. Así como Carida.

—Supongo que ya no me invitarán a volver para una reunión de mi clase, entonces —Han bajó la mirada hacia mí—. Inteligencia de la Nueva República confirmará eso, pero ahora sé por dónde empezar a buscar.

Le miré con dureza.

—¿Vas a ir tras Kyp?

—Tengo que hacerlo. Él me escucha.

—Eso crees.

—Hmmm, tus labios se mueven pero oigo la voz de mi esposa —Han suspiró—. Tengo una historia con el chico. Está enfadado y necesita a alguien en quien confiar. Yo soy ese alguien.

Asentí, entonces levanté la cabeza.

—Llévame contigo.

—Mira, chico, trabajo mejor solo.

—Eso he oído —proyecté una imagen de mi viejo yo en su cerebro—. Nos hemos visto antes, Capitán Solo. Wedge Antilles nos presentó. Estoy aquí de incógnito a sugerencia del Maestro Skywalker.

—Horn, sí —Han parpadeó—. Tienes buena mano con un ala-X, pero ni siquiera una Estrella de la Muerte podría eliminar al *Triturador de Soles*. Si necesitara a alguien conmigo, serías el primero del que me aprovecharía.

—Vas tras alguien con un poder increíble, y no estoy hablando sólo de esa nave. No puedo permitir que vayas solo.

El rostro de Han se nubló.

—¿«No puedes permitir»? Mi nave, mis reglas, y no trates de tirar de rango conmigo. Yo era general con la Rebelión incluso antes de que tú dejaras Corellia. Puedo manejar bien a Kyp. Y no estoy muy seguro de que sea a Kyp a quien tienes miedo.

Mis ojos se estrecharon.

—¿Qué quieres decir?

—Eras de SegCor. Simplemente no te gusta la idea de alguien como yo con sus manos sobre el *Triturador de Soles*.

Eso captó mi atención. Lo miré, y luego lejos, a la selva oscura. *¿Estoy permitiendo que los viejos prejuicios se alcen y me influencien?* Durante años tuve ganas de tener en mi mira a Han Solo si alguna vez se aventuraba de nuevo en el Sistema Corelliano. Incluso después de unirme a la Rebelión tuve serias reservas sobre él. Cuando nos encontramos por primera vez, pensé que había dejado todo eso atrás.

Miré de nuevo hacia él.

—Tiempo atrás habrías tenido razón. Ahora no. De hecho, si pensara eso, estaría abajo robando el *Halcón* para ir tras Kyp yo mismo.

Han asintió lentamente.

—Mira, chico, Corran; ir tras Kyp es lo *único* que yo puedo hacer. Tú eres un Jedi. Puedes quedarte aquí y ayudar a Luke de formas que yo no puedo. Tengo que hacer lo que *puedo* hacer, y tú también. Voy a dejarte aquí para que puedas cuidar de Luke; para que puedas ayudar a mi esposa y echar un vistazo a mis hijos.

—¿Permitirías a alguien de SegCor vigilar a tus hijos?

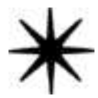
—Me vuelvo blando con los años, lo sé, pero entiendo que es posible dejar que las viejas opiniones mueran.

—Gracias —entrecerré los ojos—. ¿Qué pasará si…?

—¿Kyp se vuelve contra mí? —Han meneó lentamente la cabeza—. Creo que te lo he dicho, tu padre me cazó una vez. Tuve que correr a Carida para escapar con un Horn en

mi cola. Haciendo lo que ha hecho, Kyp ha destruido incluso ese refugio. Si llegamos a eso, buena caza.

VEINTITRÉS



Esa noche, cuando me dejé caer en la cama y esperé al sueño, me negué a revisar la conversación de la cena, a pesar de que tenía la sensación persistente de que algo de importancia se había dicho durante la misma. No quería acercarme a ningún punto cercano a la sensación que había vivido durante la muerte de Carida. Habría pensado que estaba lo suficientemente curtido como para que una tragedia distante como esta constituyera sólo una estadística.

Mi entrenamiento en la Fuerza había cambiado eso. No me había vuelto más blando o débil, pero sí más *consciente*. Me había vuelto consciente de más de las conexiones entre las cosas y las personas. El dolor de los que habían muerto en Carida tenía ecos en el sufrimiento de los familiares que no volverían a verlos de nuevo, los expatriados quienes nunca podrían regresar a casa, gente como Han Solo, cuyos recuerdos de Carida siempre estarían empañados por lo que Kyp había hecho. Todo esto habría sido obvio para alguien que se sentara y pensara en ello, pero todo vino a mí en un estallido a través de la Fuerza. Me sorprendió, y también reforzó cuán vasta se había vuelto mi esfera de responsabilidad.

Cuando finalmente me dormí, afortunadamente no tuve sueños. Me desperté un poco tarde y me salté el ir a correr, en vez de eso ayudé a Han con el pre-vuelo del *Halcón*. Me prestó un par de hidrollaves para que pudiera trabajar en el Cazador de Cabezas de Mara. Luego se despidió de su familia y se marchó, dejando a sus hijos flanqueando a su madre, agitando sus manos fervientemente hasta que el *Halcón* desapareció de la vista.

Pasé gran parte del resto del día trabajando en el Cazador de Cabezas. Cuando Erredós no estaba ocupado con tareas de canguro, me ayudaba. Me salvó de un error que cometí cruzando dos paneles en el ordenador de navegación, eso habría transpuesto las coordenadas, enviándome en direcciones inesperadas. Por la tarde ya había arreglado la mayoría de las cosas que Kyp había roto y pensé que podría continuar a la mañana siguiente. Terminé el día yendo a correr al anochecer y dándome un largo remojón en un arroyo fresco, luego me metí directamente en la cama.

Percibí, más que *escuché*, a los niños gritar. Salté de la cama y corrí hacia el turboascensor, pero la cabina ya se estaba moviendo hacia arriba, lejos de mi nivel. Corrí hacia la escalera interior y empecé a esprintar hacia arriba lo más rápido que pude. Por encima de mí, en la Gran Cámara de Audiencias, pude sentir fuerzas reuniéndose, y me sorprendió que la persona que estaba con Luke no hubiera dado la alarma. *Streen es lo suficientemente inteligente como para pedir ayuda.*

En el segundo en que la imagen del anciano apareció en mi mente, un pedazo de la conversación de la cena hizo eco a través de mi cabeza.

—No puedo alejarme de él —había dicho desesperadamente—. El hombre oscuro. Un hombre hecho de oscuridad, una sombra. Habló con Gantoris. Habló con Kyp. Haces brillar la luz, pero la sombra no se va nunca, y habla, y susurra… —mi pecho se oprimió. *¡Por todos los fantasmas de Alderaan, hemos sentenciado al Maestro Skywalker!*

Una furiosa ventisca aullaba a través de la Gran Cámara de Audiencias y me azotó cuando subí el último tramo de las escaleras. Cuando entré en la sala, vi a Leia saltar para agarrar las piernas de su hermano y ser arrastrada hacia el techo por el ciclón. En el centro de la tormenta, Streen giraba en círculos, con los brazos extendidos, con los ojos abiertos pero sin ver. Claramente quería que la tormenta lanzara a Luke y a Leia a través de las claraboyas y les arrojara a la selva, donde la caída les mataría.

Y sin telequinesis, yo era incapaz de detener la tormenta. Algo me instaba a desesperarme por este hecho, pero lo aparté a un lado. *Voy a tener que hacer que Streen la detenga él mismo.*

Mientras la puerta del turboascensor se abría y Kirana Ti penetraba en la tormenta de Streen, me preparé y me concentré. Convocando la Fuerza, proyecté en el cerebro de Streen una visión de la sala que no me incluía a mí, ni a Kirana, ni a los otros aprendices que salían del ascensor. También le mostré que la sala estaba vacía salvo por él mismo. Aquellos a los que quería lanzar volando habían desaparecido, enviados al destino que había pretendido para ellos. Metí en él un sentimiento de misión completa y totalmente cumplida y sentí una oleada ajena de satisfacción surgir de él.

Entonces Kirana Ti se abrió paso entre sus defensas y lo derribó. El viento cesó, permitiendo a Luke y a Leia caer al suelo. Kam Solusar y Tionne corrieron adelantándose y utilizaron sus habilidades de telequinesis para atrapar a los hermanos y bajarlos al suelo lentamente.

El Maestro Skywalker parecía estar ileso. Streen lentamente se recuperó y explicó que en su pesadilla, pensaba que estaba luchando contra el hombre oscuro. Había tratado de acabar con él, pensó que lo tenía, y entonces había despertado encontrándose con que en realidad había estado tratando de matar al Maestro Skywalker.

Levantándose, la voz de Streen adquirió un filo cortante.

—¡Debemos destruir al hombre oscuro antes de que nos mate a todos!

· · ·

Me retiré bajando las escaleras, dándole vueltas a las palabras de Streen. Siempre había sabido que llegaríamos a eso. Aunque había usado a los asesinos sociópatas como modelos mentales para Exar Kun, no había localizado el fallo lógico en mi razonamiento. Cuando cazábamos a un asesino psicópata en Corellia, podíamos tener nuestros blásters puestos en aturdir. Podíamos capturarle, tratarlo por enfermedades mentales, encarcelarlo para que no hiciera más daño, o incluso exiliarle a Kessel o alguna otra colonia penal horrible. También podíamos matarlo, pero sólo después de los procesos judiciales y bajo

control y sentencia judicial. Si no nos daba otra opción, podíamos emplear fuerza letal en su contra, pero pocos asesinos en serie luchaban hasta las últimas consecuencias.

Capturar y rehabilitar no eran opciones con Exar Kun. Puede que el Maestro Skywalker hubiera sido capaz de redimir a su padre, pero yo no tenía esperanzas respecto al hombre oscuro. Luke había apostado por la redención de su padre, y su padre había tenido una conexión con él que le indujo a la redención. Exar Kun había pasado cuatro milenios atrapado en esta roca (virtualmente un tiempo infinito para pensar en lo que había hecho) y si todavía no había decidido enmendarse, eso no sucedería cuando uno de nosotros se lo pidiera amablemente.

Pero, ¿cómo se mata a una criatura del Lado Oscuro? No tenía ni idea de la respuesta a esa pregunta. Simplemente tendríamos que encontrar una manera y luego hacerlo.

Realmente no fue una sorpresa que, cuando me acosté en mi litera, una aceitosa y brillante mancha negra se filtrara en el techo por encima de mí. Se transformó en la imagen sombría de un hombre alto, delgado y de rasgos afilados. Vestía ropas arcaicas y tenía el pelo largo. Entrelazó sus largos dedos sobre la cintura.

—Tu truco mental ha sido bastante bueno, Keiran Halcyon.

—Un gran elogio viniendo de un Señor Oscuro de los Sith —lo miré con los ojos entrecerrados—. ¿Realmente te he engañado, Exar Kun, o estabas demasiado confiado usando los sentidos de Streen?

El Señor Oscuro echó la cabeza hacia atrás en una carcajada silenciosa.

—Fuego y espíritu, bien. Te había juzgado mal, Gantoris y Kyp te desdeñaban.

—Y yo que pensaba que un hombre debía ser conocido por sus enemigos.

—Una perogrullada por la que una vez viví —la sombra descendió del techo y se puso a los pies de mi cama—. Una vez fui como tú, un hombre común lleno de ambiciones.

Me incorporé sentándome y resoplé.

—Si tú eres el «después» de ese hombre, no me interesa.

—Muy gracioso, Keiran, no estás tan lleno de ira o miedo como los otros —la mirada obsidiana de Exar Kun se clavó en mí. Traté de blindar mi mente contra él de la manera en que lo hice con Mara Jade, pero él entraba y salía demasiado rápido como para poder detenerlo—. Tienes más experiencia y madurez. Eres un fruto maduro.

—Que no será arrancado por ti —levanté mis rodillas y las abracé contra mi pecho—. Continúas juzgándome mal si crees que hay algo que quiera de ti.

—Oh, lo hay, simplemente no lo sabes —una sonrisa confiada retorció sus rasgos de ébano. Hizo un gesto casual con la mano derecha y una ventana se abrió en medio del aire, colgando allí en el centro de mi habitación. Dentro de sus límites vi un destructor estelar imperial y supe que estaba mirando al *Odioso*. Parecía más deteriorado que en la imagen que el General Cracken me había mostrado, pero el daño de combate estaba lejos de incapacitarlo. Enjambres de tri-cazas navegaban a su alrededor ejerciendo de centinelas.

La imagen se amplió, centrándose en el puente, y atravesó el puerto de visualización delantero. Allí estaba Leonia Tavira, un poco mayor que en la imagen que tenía Cracken, pero aún más hermosa. Llevaba su pelo negro largo, cayendo sobre la curva de sus pechos. Su figura se había vuelto menos desgarbada y más redondeada… aunque aún pequeña, se había desarrollado de manera simétrica y sin otras cosas o personas a su alrededor para juzgar su estatura, parecía perfectamente normal. Sus ojos violeta relucían con una astucia salvaje que crepitaba eléctricamente a través de la imagen que estaba siendo mostrada.

El largamente fallecido Lord Sith rio ligeramente.

—Te puedo dar el poder para destruir a los Odis. Aniquilarlos. O… —la imagen de Leonia se iluminó levemente—. Te puedo dar el poder para poseerla y gobernar a su lado. Os usaré a ambos como punto focal para un nuevo Imperio que extenderé por toda la galaxia.

Sentí una excitación en mis entrañas, entonces me obligué a reír y sacudir la cabeza.

—Ha sido divertido, y ella es bonita, pero no estoy interesado.

—No, por supuesto que no. Eres un hombre consagrado al deber. Aun así, en el *Odioso* hay cosas que quieres.

La imagen se apartó un poco y se deslizó para centrarse en una figura acorazada que permanecía bien por detrás de Tavira. De dos metros de alto y aparentemente masculino, llevaba una capa gris sobre una armadura gris metálico. La armadura parecía estar hecha del mismo plastiacero utilizado en las armaduras de los soldados de asalto, pero había sido moldeada de forma diferente y dispuesta en capas con otro material que proporcionaba la textura y el color grisáceo. El estilo resultaba más natural y primitivo, como si hubiera sido diseñado para imitar la piel acorazada de algún animal. Esto también era cierto para la máscara que portaba la figura. De estilo serpentino y con hendiduras oculares diagonales, la máscara le daba un aire muy viperino.

En cuanto lo vi supe que él era la razón por la que el *Odioso* podía permanecer oculto. Mientras observaba, su cabeza se levantó y me miró directamente a mí. Entonces su cabeza bajó y la imagen se desvaneció por un momento. Luego lo vi caminar hacia delante, hacia Tavira. Hizo un gesto y ella empezó a gritar órdenes que iniciaron una intensa actividad.

Exar Kun bostezó.

—Él es el verdadero enemigo que buscas. Él es responsable de los éxitos de ella. Con mi poder le puedes derrotar, suplantarlo, hacer con ella lo que desees.

—Lo haré sin tu ayuda, Exar Kun.

La voz de la sombra se afiló.

—Tal vez, pero *no* lo *harás* sin ella.

La imagen que me presentaba cambió y mi estómago dio un vuelco. Vi a Mirax tendida en un féretro, muy parecido al del Maestro Skywalker. Una suave luz plateada la bañaba. Sus brazos descansaban a los lados y parecía como si sólo estuviera durmiendo. La única característica anómala en la imagen era una pequeña banda gris descansando

sobre su frente, con luces rojas y verdes intermitentes. Se veía muy tranquila, y por más que lo intentaba, no podía sentir ninguna angustia en ella.

Ni nada más.

—Yo te la puedo dar. Puedo decirte exactamente dónde está —Exar Kun retorció su cara en lo que él pensaba que era una expresión compasiva—. La Fuerza me permite mostrarte el pasado, el presente, el futuro. Aquí es donde ella está, tu esposa, ahora mismo. Oculta, donde nunca la encontrarás sin mi ayuda.

—¿Y qué quieres que haga por tu ayuda?

—Matar a Skywalker.

Sonreí.

—¿La vida de Mirax por la suya? No hay trato.

—¿Quieres más? —el Señor Oscuro rio desafiante—. Te puedo dar más, te *daré* más. Te daré a tu esposa *y* a Tavira. Podrás tener su nave y destruir su flota. Podrás destruir la nave de tu suegro. ¡Podrás regresar a Corellia y destruir a aquellos que te aborrecen!

Negué con la cabeza.

—No.

—¿No?

—No —suspiré—. No lo entiendes, ¿verdad? Ya has perdido y continúas recorriendo ese camino de perdición. ¿Los últimos cuatro mil años no te han enseñado nada?

—Yo sé más de lo que tú podrías siquiera esperar aprender en cuatro mil o cuarenta mil años.

—Eso puede ser cierto, pero yo sé la única cosa que tú no —me levanté de mi cama y le apunté con un dedo—. Nunca ganarás. Destruyes a los que se oponen a ti, ¿y con qué te deja eso?

—Con los leales.

—De entre los que surge un rival. Tienes un cisma.

—Y destruyo a los herejes.

—Sí, lo haces —asentí cuidadosamente—. Y una y otra vez el ciclo se repite y tú lo dejas avanzar porque has olvidado la verdad más fundamental de la realidad: la *vida* crea la Fuerza. Cuando Kyp destruyó Carida, disminuyó tu poder. Cuando destruiste a Gantoris, disminuyó tu poder. Eres un depredador sobreexplotando a tu presa, pero no puedes parar porque el Lado Oscuro te llena de un hambre dolorosa que nunca será satisfecha.

—¡Ja! —la risa de Exar Kun me golpeó, pero sonaba un poco demasiado estridente—. No puedes hablar del Lado Oscuro hasta que lo has experimentado. Únete a mí y sabrás que estabas equivocado.

—No lo creo. Un droide Dos-Unobé no necesita contraer una enfermedad para diagnosticarla y tratarla —crucé los brazos sobre mi pecho y me reí de él—. No soy pasto para tus fantasías, vaya.

Exar Kun levantó la cabeza.

—He venido a ti, ahora, invitándote a unirte a mí. Te hubiera ofrecido mucho. La próxima vez *tú* vendrás a *mí*, y cuando lo hagas, no seré tan generoso.

Mientras hablaba, la imagen de Mirax comenzó a desvanecerse, pero lo hizo de la manera más horrible. La vi allí tendida, envejeciendo años a cada segundo. Su pelo oscuro se volvió gris y frágil, luego cayó en mechones. Su carne se volvió pálida, sus ojos se hundieron. Su cuerpo empezó a entreverse a través de las costuras de la ropa, que luego se separaron, dejando ver huesos. Una ráfaga de viento se alzó, dispersándolos, girando su cráneo como el juguete de un niño. Finalmente descansó a un lado con la mandíbula inferior colgando, mirándome con cuencas vacías.

Parpadeé apartando la imagen y me encontré solo de nuevo. Me recliné en mi cama y descubrí que estaba temblando. Me sorprendió, así que me hizo reír. Tuve que forzar la risa al principio, pero luego llegó con facilidad. El sonido cálido llenó mi pequeña habitación y juro que pude oír los ecos de las risas que Biggs, Wedge y Porkins compartieron aquí. Rieron porque sabían que tenían el secreto para destruir la Estrella de la Muerte.

Me reí con ellos. Exar Kun había venido a mí para atraerme a su lado. Lo que él no sabía, lo que alimentaba aún más mi risa, era que al hacerlo, me había proporcionado el secreto para destruirlo.

Esperé tener un momento a solas con Leia Organa Solo para contarle lo que había descubierto sobre Exar Kun, pero entre que estaba al cuidado de sus hijos y la llegada inesperada de un caza ala-B, no tuve oportunidad de hablar con ella. Quería hablar con ella a solas porque estaba operando bajo el supuesto de que el hombre oscuro podría haber ido a por otros de los estudiantes. Ella no había estado en Yavin el tiempo suficiente como para caer bajo su influjo, y no tenía ninguna duda de que ella sería capaz de resistirlo. Dejar que todo el mundo supiera que había una forma de hacerle daño a Kun era una buena manera de hacérselo saber también a él, y eso inutilizaría nuestra arma.

El piloto del ala-B resultó ser un mon calamari llamado Terpfen, que balbuceó una confesión; había sido un agente bajo control imperial que había revelado a los imperiales la ubicación del planeta Anoth, donde Winter y el más joven de los hijos de Organa Solo, Anakin, habían sido enviados para mantener a este último a salvo. Instó a Leia a dirigirse de inmediato a Anoth, pero ella dijo no saber las coordenadas. Sólo Winter, el Maestro Skywalker y el Almirante Ackbar las sabían. Decidió dirigirse inmediatamente hacia Mon Calamari para encontrarse con Ackbar, y luego ir a rescatar a su hijo pequeño.

Mientras los otros estudiantes se hacían cargo de los mellizos y ayudaban a Terpfen a recuperarse del viaje, me reuní con ella en el Gran Templo.

—Consejera Organa Solo, necesito hablar contigo.

—Que sea breve. Partiré tan pronto como recoja mis cosas.

Pulsé el botón del turboascensor.

—No te puedes ir con Terpfen. Es un traidor reconocido.

Ella me precedió en el ascensor.

—Puedo manejarlo por mi cuenta.

—A pesar de las garantías que te ha dado la Embajadora Cilghal de que podemos proteger a tus mellizos, no puedes dejarlos aquí.

Sus ojos marrones chispearon peligrosamente.

—Entonces, ¿qué?, ¿los cargo en un caza con un traidor reconocido y los llevo a un planeta donde asesinos imperiales tratarán de matarlos?

—No, pero dejarlos aquí, donde un Señor Oscuro de los Sith de cuatro mil años está convirtiendo a aprendices en títeres, tampoco es una buena elección —negué con la cabeza—. No nos conoces a ninguno de nosotros. ¿Cómo puedes confiarnos a tus hijos?

—No confío en todos vosotros —puso un dedo justo en mi pecho—. Confío en *ti*.

—¿Qué?

Su expresión se hizo más severa mientras las puertas del ascensor se abrían y empezaba a avanzar por el pasillo hacia su habitación.

—Cuando mi marido se fue de aquí, me dijo que podía confiar en ti. No es fácil ganarse la confianza de mi marido. Eso me dejó con interrogantes y te sorprendería lo que puede aprender la presidenta de la Nueva República cuando tiene curiosidad y una conexión con la HoloRed. El hecho de que mi hermano te trajera aquí cuenta mucho a tu favor, pero desde luego el resto de tu expediente no te pone en mal lugar. Creo que mis hijos están a salvo con Corran Horn.

—Mira, dado que sabes quién soy, déjame llevarte a Mon Calamari. Tengo buena mano con un caza. Puedo ayudar cuando llegues a Anoth.

Ella sacudió su cabeza.

—No puedo… y eso es porque yo *sí* sé quién eres. Sé que si hubieras querido ser mi chófer, no habrías venido a mí en privado. Quieres algo más, y estoy dispuesta a apostar que esa otra cosa significa que debes permanecer aquí. Escuchémoslo.

Asentí mientras ella empezaba a meter ropa en una bolsa.

—En primer lugar, creo que los aprendices que son vulnerables a Exar Kun son aquellos que han tenido algún roce con el Lado Oscuro en el pasado. Hace un tiempo Streen me contó algo que yo consideré menor, pero podría haber sido el vector de entrada para Exar Kun. No puedo confirmar lo mismo de Gantoris o Kyp, pero tendría sentido ya que los que han caído una vez, pueden ser más fácilmente atraídos de nuevo a los viejos caminos de comportamiento.

Leia se detuvo un momento.

—Eso pondría a Kam en riesgo.

—Él es bastante tenaz, pero, sí, hay una posibilidad —bajé la mirada—. Streen sigue siendo un riesgo. No puedo identificar ningún otro, aunque Brakiss tiene antecedentes imperiales que podrían convertirlo en presa.

—Correcto. ¿Qué más?

—Tenemos un problema de fondo si queremos encontrar una forma de hacer frente a Exar Kun. Si excluimos a todo el que es sospechoso, podría saber que algo está en marcha por este hecho.

—Y podría utilizar cualquier paranoia que se desarrolle como un camino hacia aquellos que aún no han sido corrompidos —cerró la cremallera de su bolsa—. Entonces, ¿hay una solución a este problema, o evacuamos Yavin?

—¿Con Kyp volando por ahí en una nave invencible? De ninguna manera. Somos todo lo que se interpone entre él y su regreso si encontramos una forma de echar a Exar Kun de esta roca.

—Evacuación descartada. El problema sigue en pie entonces —ella vio una sonrisa crecer en mi cara—. Odio las sonrisas corellianas como esa. Por lo general significan que Han está a punto de perder el *Halcón* con Lando en alguna partida de sabacc.

—Bueno, esta vez es el turno de perder de Exar Kun, porque se ha echado un farol —mi sonrisa se ensanchó—. Tu hermano identificó una habilidad en mí, la de proyectar pensamientos en otros. Lo bien que conozco a alguien, el grado de contacto que siento hacia ese alguien, determina cuánto puedo proyectar. Exar Kun vino a verme esta noche, después de que ayudara a derribar a Streen proyectando en él la idea de que había tenido éxito en lo que trataba de hacer. Kun trató de atraerme a su lado, pero resistí. Consiguió una buena lectura de mí y trató de jugar conmigo.

Leia sonrió y se hizo fácil para mí ver por qué miles de corazones rebeldes se rompieron cuando se casó con Han Solo.

—Y mientras él jugaba contigo, conseguiste una buena lectura de él. ¿Podrás rastrearle cuando esté activo?

—Eso creo. También creo que ese tipo de manifestaciones lo agotan bastante. Creo que mantendrá un perfil bajo, probablemente tocando a Streen, para saber lo que estamos haciendo.

Ella asintió.

—¿Y puedes retroalimentar lo suficiente a través de esa conexión como para engañarlo?

Asentí.

—Dándonos tiempo para encontrar una manera de lidiar con él.

—Bien, muy bien —sus ojos se aguzaron—. No puedo dejarte al cargo… se daría cuenta del cambio en la rutina y te vería como un peligro.

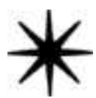
—Exacto. Yo también mantendré un perfil bajo. Me mantendré en silencio a menos que las cosas no funcionen o empiecen a ir muy mal —me aparté de la puerta mientras ella se dirigía hacia el turboascensor—. Sé que puedo ganar tiempo, pero no mucho. Al ritmo que se recupera, Kun debería estar listo para algo mañana, tal vez esta noche.

—Sé que harás lo que puedas —se detuvo en el turboascensor y me ofreció la mano—. Que la Fuerza te acompañe.

—Y a ti.

—Eso espero —me sonrió tristemente mientras las puertas del turboascensor se cerraban—. Tengo la sensación de que ambos la necesitaremos.

VEINTICUATRO



Pasé el resto del día trabajando en el Cazador de Cabezas, terminando las reparaciones. Le pedí a Streen que me ayudara. No necesitaba ayuda, sólo quería tenerlo cerca. Algunos de los otros estudiantes le rehuían, y dado lo que había sucedido, no era sorprendente. Teniéndole ayudándome podía mantener un ojo sobre él y monitorizarle detenidamente en caso de que Exar Kun tratara de influenciarle de nuevo.

También le ofrecí a Kun el Cazador de Cabezas como cebo a través de Streen. El viejo prospector de gas sabía lo suficiente acerca de naves como para ser capaz de hacer volar el caza y colocarlo en el hangar adecuado de la pista de aterrizaje, pero no parecía capaz de hacer funcionar las armas. La nave de Mara ya no tenía el paquete convencional de armas con la que se había fabricado. Los lanzadores de misiles de conmoción se habían desechado y reemplazado por un cañón de iones. Cada ala todavía lucía un triple-bláster, pero habían sido cableados para disparar fuego doble, lo cual no era una elección que yo hubiera hecho.

Le dije a Streen lo suficiente de las armas como para que pensara que las podía hacer funcionar, pero no le dije que había instalado un código de anulación requerido para usarlas. Si las armas eran accionadas sin el código, el Cazador de Cabezas reduciría el impulso a cero, desconectando los haces repulsores, y dejando el caza flotando inmóvil. Los ordenadores de a bordo también tenían el Gran Templo designado como zona de vuelo pasivo: no podría acelerar y estrellarse contra el Templo. El ordenador de navegación asumiría el control y aterrizaría la nave ante el hecho de un error tan evidente de pilotaje.

Mi idea era que Kun, aún penalizado por haber canalizado tanto poder a través de Streen para crear el ciclón, aprovechara la oportunidad de tener a Streen con el Cazador de Cabezas para matar a Luke. Traté de hacérselo más fácil dándole a Streen pequeños consejos para volar y contándole historias de piloto rebelde, pero Exar Kun no mordió el anzuelo. Me sentí un poco decepcionado, pero no insistí por temor a revelarle nuestra conexión.

No fue hasta esa noche, mientras trataba de quedarme dormido, cuando me di cuenta de que Kun no era tan sofisticado como había esperado. Las alarmas activadas por Erredós, que estaba estacionado en el Gran Cámara de Audiencias, me sacaron de la cama. Extendí mis sentidos y capté impresiones punzantes de criaturas que se sentían *mal* en la cima del zigurat.

Ni siquiera pensé en subir por las escaleras o esperar al turboascensor. Corrí hacia el Cazador de Cabezas, introduje el código de encendido y activé las armas. Hice caso omiso de las directivas de vuelo pasivo y navegué saliendo del hangar hacia el crepúsculo anaranjado de la noche. Le di la vuelta al caza e hice una pasada por encima del Templo,

pero todo lo que pude ver fue el indicio de un ala triangular deslizándose a través de una de las claraboyas.

La frustración recorrió mi interior, pero la aparté. *Esas criaturas no son mi problema ahora mismo. Exar Kun* sí. Extendiendo mis sentidos, descubrí finos zarcillos oscuros de influencia, tres de ellos, vinculados a las criaturas que el Señor Oscuro había enviado a matar a Luke Skywalker. Las criaturas eran bestias sin mente, mucho más fáciles de controlar que Streen, ofreciendo a Kun una destrucción máxima por una mínima cantidad de energía gastada.

Sobrevolé el Templo, entonces corté la impulsión y desconecté los haces repulsores. Esto me dejó flotando cuatrocientos metros por encima del suelo. Usando el timón del Cazador de Cabezas, giré la nave alrededor hasta que el morro apuntó hacia donde percibí que radicaba el origen del influjo de Kun. Presioné un botón en mi consola, registrando dicha dirección.

Empujando el acelerador, di la vuelta hacia estribor y navegué más allá del Gran Templo a un kilómetro de distancia. Corté la impulsión de nuevo, flotando y apuntando el morro en la dirección desde donde percibía surgir el influjo de Kun. Registré las coordenadas en el ordenador de navegación.

Mi unidad de comunicaciones pitó y una señal de «todo despejado» de Erredós apareció en la pantalla principal. Sonreí y sentí los pequeños zarcillos debilitarse y retirarse hacia Exar Kun. Empujé mis percepciones, enfocándolas con firmeza, con la esperanza de captar un destello de ira o decepción de él, pero no obtuve nada parecido. En su lugar encontré cuatro más de las formas de vida anómalas aleteando de camino al Gran Templo desde lo profundo de la selva.

Me permití una risa baja. El único problema con los sistemas de puntería del caza estelar era que estaban diseñados con un conjunto de sensores que reconocían el duracero y otros componentes que constituían otros cazas o naves o cualquier otra cosa que legítimamente pudiera ser clasificada como un objetivo. Actualizaciones adicionales de la programación podrían definir nuevos objetivos, permitiendo que los sistemas se adaptaran a medida que nuevos enemigos y nuevos equipos aparecieran en escena. Y aunque estas criaturas tenían garras metálicas, en realidad tenían menos contenido metálico que un civil promedio paseando por Coruscant. En lo que se refería al Cazador de Cabezas, esas criaturas simplemente no eran verdaderos objetivos.

Como Jedi, para mí eran objetivos bien *gordos*.

Volaban directamente hacia el Templo, no más capaces de reconocer al Cazador de Cabezas como una amenaza de lo que el caza era capaz de reconocer a las criaturas. Los enormes animales fácilmente tenían un cuerpo tan alto como el de un hombre, con unas feas alas carnosas de enorme envergadura. Tenían dos cabezas, cada una con un cráneo lo bastante pequeño como para albergar sólo un centímetro cúbico de cerebro. Cada uno también tenía una cola musculosa que terminaba en un desagradable aguijón cristalino. Decididamente terrorífico y letal.

A menos que seas un piloto en un caza estelar.

Mi primer disparo atravesó dos rayos láser gemelos por el tórax de la criatura que iba delante. Hirvieron carne y fundieron escamas, luego salieron por su espalda y volaron alejándose sólo un poco mermados. La cabeza de la criatura se curvó hacia adentro, bajando la mirada hacia el agujero humeante de su pecho, entonces las alas colapsaron. La criatura cayó al suelo con la velocidad de un droide eyectado de un caza. Abajo, se empaló en las ramas de un enorme árbol massassi.

Mi disparo a la siguiente bestia fue rápido y menos potente… sólo un rayo láser. Sin embargo, el solitario proyectil energético hizo el trabajo. Quemó el ala que golpeó. La criatura aleteó furiosamente con el ala buena, pero sin ningún beneficio perceptible. Chillando, la bestia cayó en espiral y se estrelló contra la base de piedra del Templo.

Para los dos últimos monstruos cambié al cañón de iones. El tiro inicial impactó en la pelvis del tercer monstruo. El haz de iones azul estalló en cientos de pequeños zarcillos relampagueantes. El disparó encendió todos los nervios de la criatura a la vez, haciendo que las extremidades de la criatura se contrajeran espasmódicamente. Su cola se sacudió hacia atrás y hacia adelante con tanta violencia que se apuñaló a sí mismo. La cabeza de la criatura golpeó su propia cola, desgarrando grandes trozos desiguales, entonces sus alas se plegaron y la bestia cayó aplastándose contra el lado norte de la pirámide.

La última bestia resultó ser más ágil que las demás y, libre de la menguante influencia de Kun, giró en el cielo y se precipitó hacia el Cazador de Cabezas. Levanté el morro y encendí los escudos a tiempo para interceptar el ataque. La bestia rebotó en el escudo delantero, pero extendió un pie con garras y se enganchó al morro del Cazador de Cabezas. Chispas se dispararon por la cabina cuando el escudo delantero falló, y el cortocircuito deshabilitó el cañón de iones. La bestia se agarró del morro con su otro pie, el duracero chirrió cuando hundió sus garras. Se reclinó hacia delante sobre el fuselaje, con sus alas envolviendo al Cazador de Cabezas en un abrazo, mientras sus cabezas lanzaban chillidos hacia mí en la cabina.

Los láseres no podían golpearlo y el cañón de iones no dispararía. Podría dejar la nave flotando, abrir la carlinga y ocuparme del monstruo con mi sable de luz, pero me lo había dejado en la habitación. Mientras una cabeza rebotaba sobre la cubierta de transpariacero de la carlinga, supe que era sólo cuestión de tiempo antes de que la cubierta cediera.

—Bien —sonreí—. ¿Quieres jugar? Juguemos.

Levanté el morro y aceleré los impulsores al máximo.

A toda velocidad sólo llevaría un puñado de segundos llegar al borde de la atmósfera. La presión del aire aplastó a la bestia contra el casco y la mantuvo ahí como una manta. La fricción calentó el casco de duracero de la nave, causando que partes y pedazos de las alas de la criatura se frieran. Cuando trató de retroceder y desplegar sus alas para apartarlas del metal caliente, la presión del aire las rompió ambas y las azotó en torno al monstruo, entonces lo lanzó hacia adelante y lo estrelló contra el casco de nuevo.

Una vez fuera de la atmósfera, un problema diferente se presentó para la criatura. El vacío del espacio enfrió eficientemente el casco, absorbiendo todo el calor. Hizo lo

mismo con la criatura, dejando para la eternidad las expresiones de furia y temor en sus dos caras congeladas. Corté la impulsión mientras la bestia se congelaba, dejando a la deriva el Cazador de Cabezas mientras el ornamento del morro se refrigeraba con bastante rapidez. Estaba bastante aliviado al ver que la bestia no estaba adaptada para sobrevivir al frío vacío del espacio, tampoco pensaba que nada originario de Yavin 4 lo estuviera.

Finalmente, cuando pensé que había tenido suficiente frío, presioné el timón firmemente a la derecha. Mientras que el amortiguador inercial de la nave nos impedía a mí y al Cazador de Cabezas sentir el efecto de una maniobra tan violenta, la criatura no tuvo tanta suerte. Su cuerpo se desprendió de la nave rompiéndose por los tobillos y comenzó a rodar cayendo hacia el gigante gaseoso, mientras yo giré el Cazador de Cabezas y empecé a descender hacia el Templo.

Kam se encontró conmigo en el hangar mientras aterrizaba el Cazador de Cabezas. Abrí la carlinga y bajé a la cubierta. Kam me observó con una mirada fría mientras rodeaba el morro del caza.

—Ha habido un ataque contra el Maestro Skywalker. ¿Dónde estabas?

Sonreí, entonces levanté una mano y arranqué una garra de donde se había alojado en el morro del Cazador de Cabezas. La lancé hacia él.

—Prácticas de tiro.

—Ese no es el tipo de cosas que deberías hacer por tu propia cuenta.

Le fruncí el ceño.

—Era lo único que podía hacer, Kam. No podía subir allí arriba lo suficientemente rápido como para ayudar dentro, por lo que detuve a los refuerzos de Kun.

—No sabes si era Kun.

—Lo *sé*.

Kam negó con la cabeza y señaló con un dedo arriba, hacia la cámara de audiencias.

—Pero acabamos de saberlo, de Luke.

—¿Luke está despierto?

—No, pero sus sobrinos pueden oírlo. Ha dicho que Exar Kun está detrás del problema —la cara de Kam se oscureció—. Tenemos que derrotar a Kun si queremos que Luke vuelva. Estamos preparando un consejo de guerra en este momento para determinar qué vamos a hacer.

—El consejo de guerra está bien. Pero no en este momento —suspiré—. Kun ha sido derrotado esta noche. No va a volver de inmediato.

—¿Cómo sabes eso? —indicios de traición y confusión se deslizaron en la pregunta de Kam.

—Confía en mí en esto, Kam, lo sé —extendí una mano y la puse sobre su hombro, pero él la rechazó encogiéndose de hombros—. Mira, si estuviera del lado de Kun, no habría vaporizado a cuatro de sus mascotas, ¿no? Tengo mi propio sable de luz y podría haber cortado en filetes al Maestro Skywalker en cualquiera de mis guardias. Puedes confiar en mí.

—Pero tienes secretos —los ojos de Kam se convirtieron en rendijas—. Tú y el Maestro Skywalker no habéis sido totalmente sinceros.

—Cierto, pero hay buenas razones para ello, razones que el propio Maestro Skywalker me dio. Su hermana, a pesar de las terribles circunstancias aquí, optó por no violar esas confidencias —lo miré directamente a los ojos—. Tú tienes tus razones para estar aquí, puedes apuntalar tu personalidad contra las debilidades que hicieron que fueras seducido por el Lado Oscuro. Mis razones para estar aquí son diferentes, pero no menos importantes para mí. Quiero que la influencia de Exar Kun termine tanto como tú. Juntos podemos lograrlo, cada uno haciendo su parte. La mía simplemente es diferente a la tuya.

Kam consideró mis palabras por un momento, y luego asintió lentamente.

—Les diré a los demás que piensas que esta noche no es un buen momento para hacer planes contra Kun.

—Mejor no me menciones. Simplemente es por lógica; pensar en ello ahora no beneficiaría a nadie. Durmamos un poco y mañana planificaremos, durante el día. Kun parece que no ataca con eficacia durante el día —le lancé una sonrisa firme—. Vamos a ganarle, lo sabes.

—No tenemos otra opción.

—Estoy de acuerdo —le di una palmada en el hombro—. Kun se ha metido con la gente equivocada en el momento equivocado, y ese es el último error que le permitiremos cometer.

El consejo de guerra se reunió en lo que había sido el puesto de mando rebelde para el primer ataque a la Estrella de la Muerte. El polvo cubría los diversos artefactos que no se habían llevado los equipos de reconocimiento imperiales o los conservadores de museos de la Nueva República. Lo que quedaba resultó útil y nos permitió a los catorce que estábamos sentarnos cómodamente. A pesar de que había un amplio espacio en la mesa central, me quedé atrás y extendí mi esfera de responsabilidad hasta llenar la sala y así controlar lo que pasara con mis compañeros aprendices.

Inmediatamente percibí una hebra oscura conectando a Streen con Kun. Estaba seguro de que el viejo prospector de gas no tenía ni idea de que estaba ahí. Todavía estaba mortificado por su casi asesinato del Maestro Skywalker y el revivirlo en su pensamiento permanentemente era lo que permitía a Kun mantener el vínculo. Afortunadamente, la confusión emocional de Streen hacía que cualquier información que pasara por esa conexión a Kun no fuera fiable, cargando consigo las agrias impresiones emocionales.

Si eso no fuera suficiente para hacer que Kun pensara que éramos irremediablemente incompetentes, la curiosa lógica de la Embajadora Cilghal debió convencerlo de ello. Ella

descartó el temor de Dorsk 81 a que Kun pudiera escuchar nuestras sesiones de planificación diciendo:

—Debemos empezar a actuar basándonos en la hipótesis de que todavía podemos combatirle. Ya tenemos suficientes problemas reales a los que enfrentarnos… no hay ninguna necesidad de que fabriquemos problemas todavía peores con nuestra imaginación —como soldado, no podía imaginar nada peor que nuestro bando permaneciendo voluntariamente ignorante ante la posibilidad de que nuestro enemigo supiera lo que estábamos planeando, pero en el mundo cargado de espionaje de la diplomacia, eso no parecía ser tan importante.

Mantuve un seguimiento cuidadoso sobre qué información pasaba a través del conducto entre Streen y Exar Kun y descubrí que en realidad tenía que añadir o editar muy poco a esa información. Doce aprendices medio entrenados y dos niños pequeños planeando aniquilar a alguien que había sobrevivido a un asalto de una fuerza combinada de Jedi de su época… sonaba ridículo a primera vista. Tionne se esmeró en contarnos cómo nuestro pequeño consejo reflejaba el Gran Consejo de Deneba, donde los Jedi se unieron para derrotar a Kun. Lo hizo sonar grandioso y esperanzador, pero con solamente una pequeña presión fui capaz de hacerlo sonar desesperanzado para Kun.

Dejé que Streen abrumara a Kun con nuestra resolución de unirnos y derrotarle, pero el desprecio de Kun hacia nosotros acudió en respuesta a través de la conexión como un eco. Él se había enfrentado a flotas de naves y a todos los Jedi conocidos. Había asesinado a su propio maestro. Su poder era inigualable. Había derrotado a nuestro Maestro y más allá de nuestra determinación de luchar, no teníamos planes operativos ni nada con lo que desafiarle. Éramos aperitivos que podía devorar a sus anchas, no bocados que pudieran ahogarle.

Su conexión con Streen se atrofió y despareció mientras varios de nosotros lanzábamos planes que no atraparían ni a un stintaril.

Mi risa sofocada desde la esquina atrajo la mirada de Cilghal.

—Este es un asunto difícilmente divertido, Keiran. Si no vas a contribuir…

Me puse en pie y entrecerré los ojos.

—Voy a contribuir. Habéis trazado el rumbo correcto: la unión es la única forma de atraparle. Eso es bueno.

Brakiss resopló.

—Estamos encantados de que lo apruebes.

Ignoré su comentario.

—Lo que habéis omitido es la clave. Streen, ¿cómo le llamas a él?

El prospector se pasó los dedos por su rizado pelo gris.

—El Hombre Oscuro.

—Eso es. El Maestro Skywalker me lo describió como una sombra, y más o menos, Gantoris también dijo eso —fijé la mirada en Kam—. Y eso es lo que yo vi la única vez que vino a reclutarme.

La cabeza de Kam se levantó.

—Entonces, ¿a dónde nos lleva eso?

—Nos lleva a que es una criatura de sombras, una criatura del Lado Oscuro. ¿En qué ha insistido el Maestro Skywalker desde el primer día?

Los ojos de Kirana Ti se agrandaron.

—El antídoto para el Lado Oscuro es el Lado Luminoso.

—Exacto. Cuando brilla intensamente ninguna sombra puede soportarlo —miré a mi alrededor a cada uno de ellos—. Ese es vuestro trabajo. Cuando regrese a por Luke, dadle más luz de la que jamás pueda manejar.

La Embajadora mon calamari ladeó la cabeza hacia mí.

—¿*Nuestro* trabajo? Tú debes estar con nosotros, ser parte de nuestra fuerza unida.

—No será así —me incliné hacia adelante, sosteniéndome a mí mismo posicionando los brazos sobre la mesa—. Hasta este momento, Exar Kun ha actuado cuando *él* ha querido. Se ha movido cuando ha querido moverse, hecho lo que ha querido hacer. *Ya no.* Mañana por la tarde, cuando la noche se acerque, le obligaremos a actuar. No estará listo, pero aun así pensará que puede vencernos. Se equivocará.

Tionne me miró con sus ojos perlados.

—¿Qué vas a hacer?

Negué con la cabeza.

—No debéis saberlo, como yo no debo saber exactamente lo que haréis vosotros. La clave es que cuando nos movamos —señalé hacia Streen—, él estará custodiando el cuerpo de Luke Skywalker.

—¿Streen? —Kam negó con la cabeza inflexiblemente—. Imposible.

—¿Yo? —Streen parecía afligido.

—Tú, Streen. Serás justo como los vientos que convocaste la otra noche. Parecerás débil, pero serás fuerte. No te quebrarás, resistirás —sonreí—. Todos resistiréis.

La bruja dathomiri me observaba con atención.

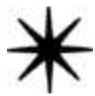
—Lo haces sonar como si fueras a ir tras Exar Kun por ti mismo. Sabes que es imposible que aguantes frente a él solo.

Dorsk 81 asintió.

—Derrotó al Maestro Skywalker. Tu misión es imposible.

—Podría ser —sonreí, recordando aseveraciones similares respecto a misiones con el Escuadrón Pícaro—. Por otra parte, ya he estado en la tierra de los imposibles antes. Si todos hacemos nuestra parte, puede que incluso sobreviva a otro viaje allí.

VEINTICINCO



Usé los blásters del Cazador de Cabezas para desintegrar la suficiente selva a la orilla del lago como para proporcionarme un lugar de aterrizaje, luego posé el caza. El aterrizaje fue un poco más tosco de lo que me hubiera gustado. Dado que el compartimento de carga del vientre contenía una docena de cargas de nergon 14 preparadas para detonar, debería haberme centrado más en volar, pero no podía. Utilizando la misma técnica que Luke le había enseñado a Streen para proteger su mente contra los pensamientos de los demás, estaba manteniendo mi presencia en la Fuerza tan indetectable como podía. Lo encontraba agotador, pero me inspiré en el hecho de que a Exar Kun también le gustaba permanecer oculto, y tuve que gastar parte del poder en hacer lo mismo.

Salí del caza y abrí el compartimento de carga. Me puse al hombro dos mochilas con los explosivos dentro, desplazándolas con cautela para que me permitieran mantener un buen equilibrio. Lo último que necesitaba era ser descuidado y resbalarme de camino a mi destino. *Haz eso y nuestra guerra contra Exar Kun se habrá perdido antes de comenzar.*

Miré a través de la extensión del lago a la pequeña isla centrada en él. Allí se había erigido una pirámide de obsidiana con lados lisos, una hendidura había sido tallada en el centro de la misma. Desde la orilla, los ángulos interiores dirigieron mi atención hacia una enorme estatua de un hombre. Estaba demasiado lejos para discernir muchos detalles, pero no tenía ninguna duda de que estaba mirando a Exar Kun… aunque no fuera por otra razón que la de que alguien con su ego nunca hubiera permitido que una estatua de *otro* se hubiera levantado en su mundo.

Sabía que era ahí donde le encontraría. Las pistas habían sido terriblemente fáciles de seguir. Dorsk 81 había informado de un viaje en esta dirección, pero el informe de reconocimiento que Kyp Durron había preparado no mostraba ningún viaje aquí. La poca información acerca de este lugar que había sido registrada por el explorador rebelde Unnh indicaba que lo había encontrado inquietante, probablemente un monumento a algún antiguo señor. El hecho de que hubiera escapado a los estragos del tiempo también sugería que era un foco para el poder de Kun. Además, cuando tracé la dirección desde la cual el poder de Kun fluyó la otra noche, los dos cursos se cruzaban aproximadamente en esta ubicación.

Y, como si necesitara más pruebas, realmente no *quería* entrar ahí.

Me fruncí el ceño a mí mismo.

—Has sobrevivido a tener a Booster Terrik de suegro, puedes sobrevivir a esto.

El agua que rodeaba la isla reflejaba destellos anaranjados del gigante gaseoso, pero el moribundo sol del sistema todavía la estriaba con haces dorados. Me moví hacia delante, dando un paso en la primera de las piedras colocadas a centímetros bajo la

superficie del agua. Un paso en falso me hundiría en las heladas profundidades del estanque, así que me desplacé con cautela. Mirando dónde colocaba cada pie tuve un momento de admiración por Exar Kun. Al hacer el camino hacia su santuario tan complicado y difícil, obligaba a todos los que se acercaran a hacerlo con la cabeza inclinada para observar sus pies.

Cada uno de mis pasos provocaba ondas en el agua que se estrellaban contra las orillas, sin embargo eran la única actividad que veía por allí. Esto me complació, ya que no estaba realmente en posición de hacer frente a los terrores alados de Kun. El hecho de que Jacen Solo, de apenas tres años de edad, se las hubiera arreglado para mantener a raya a un trío de esas bestias con el sable láser de su tío no hacía que pensara que tendría mejores posibilidades tratando con ellas. Aunque me consideraba más ágil que un niño, con treinta kilos de explosivos colgando a mi espalda como alas de plomo, agradecía no tener que comprobarlo.

Llegué a la orilla de la isla sin oposición y subí las escaleras del templo. Jeroglíficos Sith habían sido tallados en las piedras, permaneciendo tan nítidos y marcados como el día en que los massassi los grabaron. El explorador sullustano había traducido algunos de ellos como hechizos mágicos para preservar el templo, y otros como condenas a la fatalidad para los profanadores. De alguna manera, la escritura massassi, con ganchos y púas en cada glifo, parecía más amenazante que cualquier maldición que pudieran haber echado.

Una vez dentro de la pirámide trabajé rápidamente, distribuyendo las cargas de nergon 14 y armándolas. Traté de ponerlas cerca de los puntos estructurales que provocarían el colapso de todo el edificio, pero con este tipo de construcción masiva en bloque, no podía estar seguro de que funcionara. Los detonadores o bien podían ser fijados con un temporizador y activados manualmente, o bien podían ser activados por control remoto a través de códigos que podían ser emitidos desde la unidad de comunicaciones del Cazador de Cabezas. Habiendo visto los resultados producidos por dichas cargas en el pasado, no quería estar en ningún lugar cercano cuando estallaran.

La última carga la llevé como una ofrenda de sacrificio. Caminé rápidamente a través del patio abierto y la puse en la base del pedestal en el que estaba la estatua colosal de Exar Kun. Me aseguré de calzar la carga firmemente entre la base y el suelo, para que cuando estallara abriera un cráter lo suficientemente grande como para derribar la estatua. Calibré la altura del pedestal a ojo, y luego miré hacia el lago.

Sonreí.

—Los turistas mon calamari tendrán la oportunidad de echarte un buen vistazo, una vez esto se venga abajo.

Me retiré hasta el centro del pequeño patio, a continuación, revelé mi presencia. Extendí mi esfera de responsabilidad, pero apenas la había abierto un par de metros antes de que Kun apareciera y se tragara mi reflejo en las piedras de obsidiana del pedestal.

—Así que vienes a mí para pedirme ayuda —su arrogancia recorrió la Fuerza—. Te advertí de que no sería generoso contigo esta vez.

Me reí de él.

—Lo recuerdo. Ese no es el motivo de mi presencia.

La cabeza del Kun se irguió mientras su rostro se contraía con una mueca feroz.

—¿Qué? ¿Por qué has violado mi santuario?

—Justamente de eso quería hablarte —me acaricié la perilla y comencé a pasear de un lado a otro ante él—. He revisado la ley de la Nueva República. Las propiedades son consideradas abandonadas tras una ausencia de cuatro milenios. Por lo tanto, he presentado una reclamación de propiedad por este lugar, y ahora es mío. Me encantaría tenerte aquí, pero tu estatua está justo donde mi esposa querrá el centro de ocio. Lo entiendes, ¿verdad?

—¡Insecto insolente! —Kun abrió ampliamente sus brazos sombríos—. Parloteas como si tu ingenio pudiera escudarte de mi poder.

—¿Y tú piensas que puedes hacerme daño? —me burlé de él—. Este es tu aviso de desahucio.

—Estás jugando con poderes mucho más titánicos de lo que puedas imaginar.

—Guárdate las amenazas —bostecé—. He estado repasando todo lo que has hecho, y he descubierto tu debilidad. Eres incorpóreo, no puedes afectar el mundo físico.

La expresión de Kun se ensombreció.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—No.

—Ah, entonces no puedo hacer esto —el espectro agitó una mano etérea y chispas se dispararon desde cada uno de los paquetes de explosivos que había esparcido. Aparecieron llamas azules mientras cada detonador se derretía.

¡Como el Holocrón Jedi!

Mi nariz se contrajo ante el hedor de plástico fundido, levanté la mirada hacia Kun.

—Uuups.

Kun chasqueó un dedo en mi dirección, enviándome girando a través del patio. Traté de reunir la Fuerza a mi alrededor para protegerme, pero la conmoción por mi error me mantuvo alejado de ella. Me estrellé contra una pared de obsidiana y oí chasquear un hueso de mi antebrazo derecho. Abracé la extremidad contra mi pecho, pero Kun me giró de nuevo, estampando mi flanco contra una pared baja. Mis costillas crujieron con ese impacto y también sentí algo dentro de mí ceder.

Kun se estaba divirtiendo, probablemente por primera vez en miles de años, la mera idea me hacía vomitar. La risa de Kun hacía eco a través de su fortaleza mientras me lanzaba de aquí a allá, mareándome y balanceándome atrás y adelante por el patio. Pensé que sus acciones eran azarosas, sobre todo cuando me levantó en el aire y luego me precipitó abajo, rompiendo mi pierna izquierda, pero incluso a través del dolor tuve claridad mental. Quería que yo pensara, no me quería muerto, *aún*, y eso hizo que mi estómago nuevamente se revolviera.

Con el tiempo, como un niño cansado de un juguete, me dejó ir. Me dejé caer sobre un lado e involuntariamente me estremecí cuando su sombra me cubrió.

—El hecho de que nunca me hayas visto afectar el mundo material, no significa que no *pueda*. Y pese a que requiere algo de esfuerzo hacerlo, aquí, en mi *fortaleza*, es un placer más allá de lo que posiblemente imagines.

Dejé que las palabras salieran siseando entre mis dientes apretados.

—Creo que voy a poner un holoproyector de los grandes justo donde estás.

—Chistes infantiles de una mente infantil —hizo un gesto casual y todas las cargas explosivas que había colocado flotaron fuera del templo y se estrellaron en el lago negro. Mirando hacia mí, la voz de Kun se volvió helada—. Podrías haber sido elevado al nivel de la divinidad por mi mano. Ahora serás destruido por ella.

Antes de que pudiera mofarme de él nuevamente, hizo un gesto y sentí una presencia por detrás de mí. Me di la vuelta y vi a Mirax allí de pie, con los ojos llenos de fuego.

—Debería haber sabido, *SegCor*, que me abandonarías. Dijiste que me querías más a *mí* que a tu herencia Jedi. Te he dado todo lo que soy. Quiero tener a tus hijos. ¿Así es como me lo pagas? ¿Me dejas sola, completamente sola, *muriendo* sola; mientras juegas con rocas e imágenes?

La vehemencia en su voz me atravesó. Hizo colapsar mi estómago y lo empujó a través de mi columna vertebral. Puse las manos alrededor de mi vientre y me incliné hacia delante.

—¡No, Mirax, no!

Las lamentos de todos los bebés que habían muerto en Carida se arremolinaron a mi alrededor acompañando su voz.

—Escúchalos, Corran. Son tus hijos, tus hijas. Son los hijos que has negado al mundo. Acusas a Exar Kun de ser un necio porque destruye la vida, pero tú lo eres más. Podrías haberlos creado. Conmigo. *Si* me hubieses querido. *Si* realmente me hubieses amado.

Abracé mi brazo roto sobre las costillas fracturadas, concentrando todo el dolor en mi centro. Sabía que ella no era más que una ilusión que Kun había conjurado a partir de mi mente, pero parecía demasiado real como para no creer en ella. Kun estaba retroalimentando en mí mi propia imagen de Mirax, y le infundía todo lo que yo temía. Como el ataque se producía desde dentro, no tenía armadura emocional con la que protegerme. Oía la voz de ella pronunciar exactamente las palabras que me aterraban.

Extendí la mano izquierda hacia ella, levantando el rostro.

—No, Mirax, no. ¡Yo te *amo*!

—¿Cómo puedes *amarla*? —cortó la voz de mi padre desde detrás—. Su padre contrató al cazarrecompensas que me asesinó. Un asesinato que tú podrías haber evitado. ¿Fue eso? ¿Ella te sedujo entonces? ¿Eras su mascota? ¿Ella yació caliente entre tus brazos para que yo pudiera yacer frío en ellos?

Me giré y me situé en una posición sentada y erguida para encontrarme con la mirada acusadora de mi padre, luego tuve que apartar mis ojos de él. El hombre al que había

conocido en vida había quedado atrás. Su carne se había vuelto ceniza, sus ojos eran agujeros al vacío. El único color en él provenía de la sangre brotando de sus heridas a un charco a su alrededor. La oía salpicar. No pude evitar que el hedor dulzón entrara en mis fosas nasales y temí el toque del riachuelo que serpenteaba lentamente de camino hacia mí.

—¡Sabes que eso no es cierto!

—Yo sólo sé que me fallaste. Me dejaste morir.

Mirax intervino.

—Como me has dejado a mí para que muera.

La voz de mi madre se unió al resto.

—A él tampoco le importó si yo moría.

Una risa, grave y fría, se hizo eco entre las paredes de obsidiana. Miré hacia arriba y vi la imagen de Lujayne Forge, una de mis primeras amigas en el Escuadrón Pícaro. El lado derecho de su cara había sido quemado por fuego de bláster.

—Él me dejó morir. Quería jugar a ser el héroe, y yo pagué el precio.

—¡No! —aplasté mi puño derecho contra las piedras del patio, rompiéndolo y moliendo los huesos de mi brazo. Me aferré al dolor y lo usé para recuperar el control de mi mente. Sus acusaciones se clavaban en mí, liberando la parte de mí que se cuestionaba todo lo que había hecho en mi vida. Conocía bien esa parte de mí y la detestaba. Podría reproducir conversaciones mentales de horas cuando esa parte me dominaba, deseando haber dicho esto, preguntándome por qué había dicho aquello, esperando que las cosas no tomaran el peor rumbo, pero temiendo el hecho de que lo hicieran. Cuando empezaba a dudar de mí mismo, me quedaba paralizado. El ciclo siempre se construía sobre sí mismo, creciendo, revisando más cosas, hasta que diseccionaba mi vida entera.

Y continúa hasta que me enfado conmigo mismo y lo detengo.

El deseo de ceder a la ira e interrumpir a Exar Kun casi me abrumó. Esa opción colgaba ahí, tentándome. Podría usar mi ira como un sable de luz. Podría cortar en rodajas a estos falsos espíritus, estos fantasmas traicioneros. Me gustaría destruir al ejército de Exar Kun, entonces podría destrozarle a él. Él no sería nada ante mí y mi ira. Le rompería de la forma en que mis explosivos deberían haber roto su santuario.

Y entonces podré encontrar otros objetivos que merezcan la destrucción… Levanté mi mano derecha triunfante, entonces la bajé convirtiéndola en un puño.

De nuevo, el dolor me sacudió, y en su estela percibí indignación. Golpeé mi mano contra el suelo y grité, luego disparé una mirada de soslayo a Exar Kun.

—No. Mi ira no es para tu uso.

El Señor Oscuro se alzó por encima de mí.

—La ira es el néctar más dulce. Pero bastará con la desesperación.

Otro fantasma se materializó ante mí, pareciendo, oliendo y sonando más real que yo mismo. El niño, de pelo claro y ojos grises, apenas mayor que Jacen Solo, me miró con su labio inferior temblando. Lágrimas se formaron en las esquinas de sus ojos. Extendió sus pequeñas manos de dedos rechonchos y tomó mi mano rota entre las suyas.

—¿Quién te ha hecho daño, papi? —su mirada inocente buscó mi cara—. Puedo hacerlo mejor. Yo puedo. Déjame. Por favor… —su voz se volvió un gemido lastimero que se desvaneció junto a su imagen. Sentí su agarre, ligero y gentil, suave y amable, desaparecer para ser reemplazado por dolor—. ¿Por qué no me dejas ayudar?

El nudo formándose en mi garganta me estranguló. A través de la imagen desvaneciéndose del niño vi a Mirax, ya no estaba enfurecida. Llevaba un sencillo vestido blanco. Frotaba las manos amorosamente sobre su vientre hinchado, la expresión de su cara era de pura alegría. La imagen cambió ligeramente cuando el niño volvió a aparecer, más mayor, sin embargo todavía un niño, para colocar su mano sobre el estómago redondeado de su madre.

Entonces ambas imágenes explotaron en un millón de fragmentos afilados que me atravesaron.

—Menos mal —oí decir a mi padre—, cualquier niño nacido de esa unión habría sido tan decepcionante como lo has sido tú.

Ese sencillo comentario detonó como una bomba en mi interior. Siempre había creído que ganaría la aprobación de mi padre, que le gustaría en quién y qué me había convertido. Él nunca había escatimado elogios, pero con su muerte me había quedado tratando de adivinar lo que habría pensado acerca de esta acción o aquella. Incluso mi decisión de ser un Jedi había sido tomada para ganarme su aprobación y modelarme a mí mismo como él.

Sin embargo, de su voz, había escuchado que había fracasado. La suma y el total de mi vida, la suma y el total de la vida de cualquier niño que ayudara a crear, y todo lo que crearan ellos; todo sería inútil a sus ojos. Uno de los puntos de anclaje de mi vida se desmoronó, corroído por la incertidumbre, dejándome a la deriva y sin la oportunidad de recuperarme.

Estaba perdido.

Estaba desesperado.

Yo era el fracaso final.

No podía aguantar más.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —el tono de la voz tenía el suficiente filo como para cortar transpariacero, y me habría despellejado vivo, pero sabía que no iba dirigida a mí. A través de mis ojos nublados de lágrimas levanté la mirada y vi a Mara Jade avanzando por el templo—. ¿Bebés llorando y fantasmas susurrando mentiras desde ultratumba? El Señor Oscuro de los Sith que *yo* conocí se habría avergonzado de utilizar tales tácticas.

—¿Qué? —rugió la voz de Exar Kun, como si con volumen e intensidad pudiera derribarla—. ¿Quién se atreve?

—A quién le *importa*, sería más apropiado —ella me señaló—. Aquí Horn se ha enfrentado a lo mejor del Imperio y nunca perdió. Isard te habría digitalizado, analizado y descartado sin pensarlo dos veces, y ella ni siquiera era sensible a la Fuerza. Darth Vader te habría encontrado divertidamente pintoresco, y el Emperador… bueno… —los ojos de

Mara Jade relucieron implacables—. ¡El Emperador tuvo *éxito* en la destrucción de los Jedi, así que te habría visto como la misma definición del fracaso!

—¡Sí, pero tu alabado Emperador está *muerto*!

Encontré mi voz de nuevo.

—Algo que ambos tenéis en común, entonces —me empujé a levantarme y me equilibré torpemente sobre mi pierna buena—. Y algo más: él tampoco supo cuándo había sido derrotado. ¡Se acabó!

Kun me miró de nuevo y sentí su conciencia apuñalar mi cerebro. Se retiró con rapidez, como si hubiera sido quemado por el pensamiento que había anidado allí. Kun se rio en voz alta.

—¿Una trampa? ¿Tú y tus compañeros buscáis tenderme una trampa a *mí*?

Kun duplicó el volumen de su imagen y sonrió cruelmente hacia nosotros.

—¿Creéis que vuestros insignificantes planes funcionarán conmigo? ¿Creéis que vuestro viaje aquí podrá derrotarme? Jamás —apartó la vista y miró hacia el Gran Templo, luego devolvió la mirada hacia nosotros—. Puede que esto haya sido un intento valiente por vuestra parte, pero vuestros amigos han cometido un grave error. Su defensa de Skywalker es tan fuerte como la persona más débil que lo defienda, y lo han dejado vulnerable de nuevo.

Mara me miró, claramente alarmada.

—¿De qué está hablando?

—Luke está herido —hice una mueca cuando otro estallido de dolor atravesó mi vientre—. Streen está custodiándole.

Exar Kun volvió a reír.

—Sí, Streen. *Mi* Streen —la imagen del Señor Oscuro comenzó a retroceder adentrándose en la obsidiana de su templo—. Terminaré con él, luego volveré a por vosotros. Temblad de miedo. Encogeos en anticipación.

Su presencia se desvaneció del Templo y yo traté de enderezarme. Logré dar un medio paso, entonces caí sobre una rodilla. Supongo que caí más duro o más rápido de lo que creía porque seguidamente me encontré a Mara arrodillada junto a mí.

—Vamos, Horn, espabila. ¿Qué es eso de Streen?

Logré sonreír débilmente.

—Cebo. Kun se dirige a una trampa. Una trampa grande.

Ella sopesó mis palabras.

—¿Alguna posibilidad de que pueda escapar de ella?

—No debería ser capaz. Realmente *es* terminal para él —tosí una vez y sentí dolor en mi pecho—. Vas a tener que ayudarme a salir de aquí, porque no puedo hacerlo por mi cuenta.

—Creo que podré manejarlo —ella extendió las manos, ayudándome a ponerme en pie, luego bajó un hombro y acarreó con mi peso—. Siempre feliz de ayudar a un amigo.

El sol se había puesto para cuando llegamos a mi Cazador de Cabezas y al otro que había traído a Mara Jade en su segundo viaje a Yavin 4. Ella me cargó hasta la orilla y me bajó a tierra sin quejarse del peso que había supuesto. Corrió a su nave y trajo un botiquín de primeros auxilios.

—Lo siento por los problemas de antes.

—No hay problema. Cosas de la natación —tosí ligeramente—. Además, un Jedi no conoce el dolor.

—Necesitas ser más convincente cuando dices eso —Mara negó con la cabeza—. El brazo está dislocado. Debo recolocarlo… a menos que desees hacerlo por ti mismo.

Miré hacia ella.

—¿Recolocar mi propio brazo? Sólo un idiota recolocaría su propio brazo roto.

—Algunos dirían que sólo un idiota iría solo tras un Señor Oscuro de los Sith.

—Ah, eso me convierte en un *gran* idiota, gracias —mantuve mi brazo extendido hacia ella—. Haz lo que haya que hacer… que es lo que yo estaba haciendo aquí fuera.

Mara se agachó junto a mí y me agarró de la muñeca y el codo.

—Te estaba dando una paliza bastante seria. Lo poco que he visto no era muy agradable.

La imagen de la cara del niño apareció en mi mente de nuevo.

—Si nunca paso por eso otra vez, seré feliz —levanté la vista hacia ella—. Gracias por intervenir. Si no lo hubieras hecho…

—Habrías terminado por romperte la otra mano —ella se encogió de hombros, y luego llamó a la Fuerza, tiró de mi muñeca y colocó el hueso en su lugar antes de que yo siquiera supiera lo que estaba pasando—. Ya está.

Me dejé caer sobre mi espalda, decidido a no gritar.

—¡Engendro Sith! Nunca te dediques a la medicina.

—De nada, Horn —Mara metió un mechón de su pelo dorado rojizo detrás de la oreja derecha—. Encontré algunas cosas de Mirax, por eso he vuelto. Los detalles se encuentran en una tarjeta de datos que puedes revisar mientras te recuperas. De cualquier forma, cuando entré en la atmósfera pude sentiros a ti y a Kun enzarzados. La Fuerza hervía.

—¿Y has venido de todos modos?

—Te lo debía. Ahora estamos en paz.

Recliné la cabeza hacia atrás y proferí la mayor cantidad que pude reunir de una carcajada.

—Si es así como pagas las deudas, interceptaré disparos de remoto por ti cualquier día.

—Pero hoy no —se extendió y tomó mi mano izquierda—. Supeditaré tu nave a la mía e iremos de vuelta al Gran Templo.

—Vale, comprueba si Luke está bien.

Mara se detuvo un momento, luego asintió.

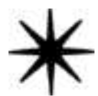
—Lo está, y saben que estás herido.

Me di la vuelta y me puse en pie con su ayuda.

—¿Lo han logrado?

—Así es. Exar Kun ya no existe —Mara sonrió descuidadamente—. La Academia Jedi, al parecer, se ha librado de un Señor Oscuro, y ha producido una cosecha de Jedi.

VEINTISÉIS



Los ataques de Exar Kun me estropearon más de lo que creía. Mi pierna izquierda y mi brazo derecho estaban rotos, así como mi mano derecha. Me había roto media docena de costillas y tenía moratones y laceraciones en hígado y riñones. Mi química sanguínea estaba alterada y el Dos-Unobé que me revisó pensó que me había eyectado de un caza y no se había abierto mi paracaídas.

En realidad, me hubiera gustado sentirme la mitad de bien que en ese caso.

A mi regreso fui sumergido de inmediato en el tanque de bacta que Tycho envió con el equipo médico para Luke apenas una semana y media antes. En mi vida había estado más de lo que quería pensar en tanques de bacta, pero esta era la primera vez que estaba en uno de los de emergencia. La mayoría de los tanques son tubos verticales, pero éste era una caja horizontal. Tuve que acostarme permaneciendo muy quieto, dado que no había holgura. El tratamiento se dividía en tandas de seis horas ya que el bacta tenía que ser drenado, filtrado y reemplazado.

Luke me visitó un par de veces, y leí la tarjeta de datos de Mara mientras no me bañaba en bacta, pero al principio no estaba bien fuera del bacta. Mientras yo empezaba a recuperarme, Kyp Durron fue devuelto a Yavin después de que Han Solo lo atrapara para que Luke Skywalker pudiera juzgarlo por sus crímenes. Yo estaba en el tanque cuando eso ocurrió y para cuando volví a salir, Luke, Kyp y Cilghal se habían marchado de Yavin para destruir el *Triturador de Soles* y sanar a Mon Mothma de una enfermedad misteriosa. Tionne hizo todo lo posible por hacerme compañía después de eso, y me colmó de detalles acerca de la vida de la academia, pero realmente yo no estaba en condiciones de ser parte de ello.

El daño físico que me hizo Exar Kun había sanado según lo programado… si hubiera tenido acceso a las técnicas de curación Jedi y las hubiera usado, podría haber sido más rápido, pero eso realmente no importaba. La paliza que recibió mi mente me perturbó bastante. Sabía que Kun simplemente había arrancado mis miedos de mi mente y me los había mostrado en toda su fea gloria, pero todavía tenía que lidiar con el hecho de que eran *mis* miedos, generados por mí y solamente míos para conquistarlos.

Después de que el Maestro Skywalker regresara con Kyp de destruir el Triturador de Soles, y después de que Kyp sanara de sus heridas, pedí a Luke hablar a solas. Nos encontramos en la sencilla habitación donde residía. Parecía un poco cansado, pero contento.

—¿Qué ocurre, Keiran?

Me apoyé contra la jamba de la puerta con el hombro derecho, quitando presión de mi pierna izquierda.

—No puedo quedarme aquí más tiempo.

Mirándome desde la cama donde estaba sentado, Luke me atravesó con sus ojos por un momento.

—Tú también no.

No estaba seguro de lo que quería decir con esa observación. Sospeché que podría tener algo que ver con Mara Jade y su rápida partida después de llevarme de vuelta al Gran Templo. Tionne dijo que Mara visitó a Luke mientras éste dormía, pero se fue sin hablarle. Luke había asumido claramente que ella vino a Yavin cuando oyó que él había caído enfermo, y su descubrimiento de que no fue ese el caso parecía causarle un poco de incomodidad.

—No puedo quedarme porque hay cosas aquí que simplemente no funcionan —bajé la mirada y añadí con voz más baja—. Para mí, no funcionan.

—Las cosas no han sido perfectas de ninguna manera, pero esa no es razón para que te vayas —Luke frunció el ceño—. Podría haber ajustes. Podemos arreglar las cosas.

Sacudí la cabeza.

—No creo que puedas.

—Dame un ejemplo.

Entré en la habitación y encontré mis dos manos convertidas en puños.

—Hay un montón de cosas. La forma en que diriges este lugar. Si no fuera por los insectos, los monstruos y los Señores Oscuros de los Sith, este lugar sería un centro de vacaciones. Me supuso mayor reto aprender a comer comida twi'lek.

La mandíbula de Luke cayó.

—¿Cómo puedes decir eso?

Golpeé mi esternón con la mano derecha.

—He pasado por una academia de entrenamiento, ¿recuerdas? Recuerdo ver mi vida radicalmente alterada. Un campo de entrenamiento te rompe y te reconstruye en la persona que la organización quiere que seas.

El rostro del Maestro Jedi se oscureció.

—No quiero producir clones Jedi.

—No lo estás entendiendo. Las academias de entrenamiento no producen clones. No borran la personalidad de las gente con la que tratan, simplemente se aseguran de que el individuo esté preparado para manejar todos los desafíos que su nuevo trabajo le impondrá —abrí los brazos ampliamente—. Si bien logramos hacer frente a Exar Kun, podríamos haber hecho las cosas de manera más eficiente y eficaz si hubiésemos sido un equipo antes, no haber tenido que convertirnos en uno a causa de ello.

Luke cerró los ojos por un segundo, luego asintió.

—Comprendo lo que me estás diciendo. Ciertamente hay espacio para el cambio. Puedo mirar en la Academia de SegCor y ver si hay cosas que necesitamos adaptar. Puedes ayudarme con eso.

—Puedes conseguir oficiales de instrucción de las Fuerzas Armadas de las Nueva República para hacer ese tipo de cosas —vacilé un momento, entonces bajé la mirada al suelo—. El hecho es que no puedo quedarme aquí con Kyp.

—Ha cambiado, Keiran, ha cambiado mucho.

—No lo dudo. Asesinar a billones haría cambiar a cualquiera —mis ojos se estrecharon cuando levanté la mirada—. Sé que la Nueva República te lo entregó para que le juzgases y él ha pasado algún tipo de prueba…

—Sí. Lo llevé al templo de Exar Kun…

—¿Tú qué? —mi boca se abrió—. ¿Lo has llevado de vuelta a esa fortaleza Sith?

Luke asintió con calma.

—En ese dominio del mal fue capaz de enfrentarse a su lado oscuro. Ha sido capaz de dejar su pasado atrás.

—¡¿Y eso es *todo*?!

—No, además se ha expiado ayudando a destruir el *Triturador de Soles* —el rostro de Luke se tensó—. Casi muere haciéndolo.

Saqué una silla de debajo del escritorio de Luke y me dejé caer en ella.

—Estoy seguro de que ha sido horroroso para él, pero tengo dificultades con la idea de que alguien que ha destruido sistemas estelares sea hecho Caballero Jedi y presentado como ejemplo para la gente de la Nueva República.

Luke se puso rígido.

—¿No crees que pueda ser redimido? ¿No crees posible que la gente aprenda la lección y se abstenga del mal en el futuro?

—Claro. Lo creí para muchos de los criminales que arresté con SegCor, pero eso no significa que piense que deben ser liberados de Kessel antes de terminar sus sentencias.

—La compasión es la fuerza de un Jedi.

—¿Y cuán compasivo es para los amigos y parientes de las víctimas de Kyp verlo libre y exaltado?

El Maestro Jedi me observó cautelosamente.

—La sangre de millones también está en mis manos. La tripulación de la *Estrella de la Muerte*. La gente asesinada mientras yo servía al Emperador Renacido.

Me incliné hacia delante en el asiento, apoyando los codos en mis rodillas.

—La *Estrella de la Muerte* era una instalación militar, y fue autodefensa, pura y simple. Mientras servías al Emperador, sí, la gente moría… pero tú saboteaste el esfuerzo imperial, salvando la vida de muchos más de los que mataste. En un momento en que todas las elecciones son malas, elegir el menor de los males es una virtud.

Me detuve por un momento.

—El castigo por un delito sirve a multitud de propósitos. Prueba que hay una consecuencia por violar el contrato social que nos une a todos. Sirve de disuasión para otros que contemplen cometer tales actos. Y lo último, y más importante aquí, es que la imposición del justo castigo establece y sostiene la autoridad moral de un grupo. Al tratar de restablecer los Caballeros Jedi, esto es importante.

Luke sacudió la cabeza.

—Creo que es igual de importante demostrar que el mal puede ser perdonado, reparaciones pueden ser hechas. Creo que también debes recordar que Kyp estaba bajo el control de Exar Kun cuando cometió sus crímenes.

Sacudí la cabeza.

—No puedo creerlo. Bajo su *influencia,* tal vez, pero no bajo su *control*.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Es sencillo —lo miré abiertamente—. Si Kyp hubiera estado bajo el control de Exar Kun, tú estarías muerto.

—¿Qué?

—Piénsalo, Maestro Skywalker. ¿Kun usa a Kyp para forzarte a abandonar tu cuerpo, y luego pasa los siguientes diez días tratando de que algún *otro* te mate? Usa antiguos monstruos y al pobre viejo Streen para hacer el trabajo, cuando todo lo que habría necesitado es que Kyp metiera tu cuerpo en el *Triturador de Soles* y lo arrojara al espacio. O, para hacerlo más simple, aunque más sucio, Kyp simplemente aparca el *Triturador de Soles* sobre tu cuerpo inconsciente. ¿Por qué no sucedió eso? Porque Kyp no *quería* matarte. Tú no eras *su* enemigo, sólo el enemigo de Exar Kun. Kyp no te habría atacado, lo hizo porque si no, habrías impedido que tomara el *Triturador de Soles* y matara a los imperiales.

—No, eso no es posible —Luke se levantó y empezó a caminar junto a su cama, entonces me miró—. Creo que tu tiempo con SegCor te ha hecho demasiado suspicaz. Piensas demasiado en estas cosas.

—¿En serio? —levanté la cabeza y sentí furia comenzando a crecer en mí—. Yo creo que a veces tú no piensas *lo suficiente,* Maestro Skywalker.

Eso lo detuvo.

—¿De verdad? —sus ojos azules se volvieron tan helados como el tono de su voz—. ¿Te importaría ilustrarme?

Me recliné en el asiento y levanté las manos.

—No quieres que haga eso.

Luke asintió y abrió sus manos hacia mí.

—No, por favor.

—Tú eres el Maestro Jedi. Sabes mejor que yo lo que estás haciendo.

La expresión de Luke se endureció.

—Dime lo que piensas, dime dónde crees que me equivoco.

—Vale —reuniendo mi coraje, mantuve mi cara impasible y mi voz plana—. Obi-Wan Kenobi y Yoda sabían que tu padre fue Anakin Skywalker, y se había convertido en Darth Vader. Tú y tu hermana fuisteis separados al nacer y ocultados para manteneros a salvo, ¿correcto?

Luke asintió.

—Entonces, ¿cómo es que te llevaron a vivir a Tatooine? ¿No era el mundo natal de Anakin Skywalker[2]? Se te permitió vivir bajo el nombre Skywalker. ¿Esperaban que la gente de Vader pasara por alto esa referencia? ¿Y no trataste de entrar en la Academia Imperial de Carida? ¿No hubiera notado la gente de Vader ese nombre en tu solicitud?

Luke se concentró, distante.

—¿Estás tratando de decir que me estaban usando como cebo para atraer a Vader a una trampa donde Obi-Wan pudiera enfrentarlo?

—No lo sé, pero desde *cierto punto de vista*, eso podría parecer la verdad, ¿no? O podría haber sido algo tan benigno como querer que crecieras con el nombre Skywalker para proporcionarte una mayor motivación para redimirlo. Y podrían haberte dejado en Tatooine para que hubiera una razón lógica por la que se detectaran rastros de presencia Skywalker allí, donde él vivió, en caso de que los intentos de tu guardián de ocultarte fallaran de alguna manera —lo miré cuidadosamente—. En cualquier caso, creo que tu educación ha canalizado tu pensamiento hacia ciertos caminos, del mismo modo en que tú sospechas que mi entrenamiento lo ha hecho con el mío.

—¿Cómo?

—Tú lo ves todo como blanco o negro… absolutos claramente definidos. Creo que, sea lo que fuere lo que pensaron al principio, Obi-Wan y Yoda decidieron que tenían que moldearte como un arma que pudieran usar contra Vader y el Emperador. ¿Por qué no te dijeron que Vader era tu padre? Sabían que, como huérfano, querrías saber quién era tu padre. No te permitieron verlo como era para que no fueras vulnerable. Cuando él te dijo quién era, debilitó la estrategia de los Jedi, pero no contó con tu fortaleza. Tú viste su confesión como un grito encubierto de ayuda, un ruego de salvación. Por lo que has dicho, tus mentores dudaron de ello, al igual que el Emperador. Los engañaste a todos y tuviste éxito. Ahora has convertido ese éxito en una validación de todo lo que te enseñaron, aunque lo que te enseñaron no apoya los resultados que obtuviste.

Luke me miró fijamente.

—¿No crees en que sólo hay luz y oscuridad? Si sales de aquí con ese pensamiento en tu mente, serás vulnerable al Lado Oscuro. Serás seducido por él.

Sacudí la cabeza lentamente.

—No tengo nada que temer del Lado Oscuro.

La voz de Luke se volvió fría.

—Entonces, estás perdido. No sabes nada de su poder, de su atracción. No sabes nada de sus tentaciones.

---

[2] En el original ponía Obi-Wan Kenobi, que se ha cambiado a Anakin Skywalker para darle sentido según la continuidad de Leyendas. Esta es una novela pre-precuelas, en la época en que fue escrita ni siquiera se sabía que el mismo Anakin/Vader es de Tatooine. Supuestamente el autor trabaja con la idea de que Obi-Wan Kenobi era el hermano de Owen, lo cual aparece en la novelización del Episodio VI (y provenía de algún diálogo no-definitivo del guión). El planeta natal de Kenobi es Stewjon (un dato relativamente reciente, inventado por George Lucas en la *Celebration V* (2010), en honor al anfitrión Jon Stewart), el cual no aparece realmente en ningún lado aparte de ser nombrado como el planeta de origen de Kenobi en alguna ficha. *(N. del T.)*

Me puse de pie abruptamente, tirando mi silla hacia atrás, y empujé un dedo contra su pecho.

—No, Maestro Skywalker, no sabes nada de lo que he pasado en mi vida. He estado cara a cara con el Lado Oscuro más de lo que tú nunca sabrás. Tú das un paso atrás y ves el bien y el mal en una inmensa escala cósmica, pero yo he estado ahí mismo, justo en el punto donde la luz se encuentra con la oscuridad. Conozco esa frontera íntimamente, y mientras he andado sobre esa senda crepuscular, nunca me he desviado más de una micra.

Traté de aplacar mi furia, pero me resultó muy difícil hacerlo.

—He acudido a un disturbio doméstico y entrado en un apartamento donde la mujer de la casa yacía tendida en el suelo, en un charco de sangre y vómito. Su nariz había sido machacada. Sus ojos habían sido amoratados y estaban medio cerrados por la hinchazón. Su garganta tenía moratones que delineaban una mano y dedos, y moratones pasados cubrían el resto de su cuerpo. A su lado dos niños con ojos llorosos de la edad de tus sobrinos. Y allí tendido, en un sofá una habitación más allá, estaba su maldito esposo, con los puños todavía despellejados y sangrientos por la paliza, con la ropa salpicada de la sangre de su esposa. Sus ronquidos eran suficiente para cubrir los sollozos de ella. Lo he visto, y cada fibra de mi ser clamaba por darle a ese animal el despertar más rudo de su vida. Quise golpearlo de tal forma que terminara pareciendo el juguete de mascar de un rancor, pero no lo hice. Me aparté.

»He entrado en un almacén y arrestado a un traficante de especia en su oficina. Abrió una caja y tenía alrededor de un millón de créditos en ella. Un millón… más dinero del que jamás veré en mi vida. Era mío, me dijo, sólo tenía que cogerlo y marcharme. Nadie lo sabría jamás —estreché mis ojos—. Pero yo lo sabría, y no lo hice.

Quiso decir algo, pero lo corté con un gesto de mi mano.

—Mi padre murió en mis brazos, su vida escapando. No tuve un adiós. No tuve oportunidad de decirle que le quería. Tuve que sostenerlo, sintiendo que su vida se desvanecía, esperando una respuesta, cualquier cosa que me hiciera saber que no le había fallado, y no lo obtuve.

»Salí y encontré a la escoria cazarrecompensas que mató a mi padre, y lo arresté. No hubiera habido ni una persona en SegCor que siquiera hubiera susurrado en protesta si le hubiera disparado alegando «resistencia a la detención». Podría haber hecho marchar a Bossk por el Uno de Plaza SegCor, justo por el vestíbulo, y haber volado su cabeza frente a cientos de testigos, y todos habrían dicho que el prisionero estaba escapando y era una amenaza para los demás. Podría haberlo matado, podría haber vengado a mi padre, y no lo hice. Y cuando nuestro oficial de enlace imperial dejó a Bossk libre, no perseguí a ninguno de los dos.

Me golpeé de nuevo en el esternón.

—No sé si piensas que eso me hace débil o simplemente estúpido. Tal vez por no tomar venganza no puedo ser el tipo de Jedi que tú quieres, tal vez por no haber caído y regresado del Lado Oscuro no puedes estar seguro de mí. No lo sé, pero no me digas que

no conozco el Lado Oscuro, que no conozco sus tentaciones. He estado ahí, *y* me he alejado.

Luke tenía el rostro ceniciento, entonces apartó la mirada de mí.

—No creo que seas débil o estúpido. Creo que serás un buen Caballero Jedi —vaciló un momento, entonces continuó—. Sin embargo, me preocupa que creas que soy un idiota incompetente. No te gusta cómo dirijo la academia, ni mis elecciones respecto a otros estudiantes, y tampoco mi visión de cómo funciona el universo.

Sacudí la cabeza lentamente.

—No, sólo es que no creo que esas cosas funcionen para mí. Un par de cosas. Tú fuiste entrenado para ser un Caballero Jedi, y te has convertido en un Maestro Jedi. Acepto eso y te respeto por todo lo que has aprendido y por lo que has pasado. Yo nunca podría haber hecho lo que tú has realizado —suavicé mi tono cuando me di cuenta de que estaba saltando sobre él mientras estaba en un mal momento. Aunque yo tuviera problemas con la academia, Luke no merecía ser golpeado—. A pesar de todo ello, no hay garantía de que vayas a ser un as en la enseñanza, especialmente la primera vez. Dicho esto, has hecho un buen trabajo con la mayoría de los estudiantes. Incluso lanzando a Gantoris, Mara, Cilghal, Kyp y a mí mismo en la mezcla, tu primera clase sólo tiene tres fracasos de quince. Eso sólo supone una tasa de fracaso del veinte por ciento, y no creo que Mara sea realmente un fracaso. Tampoco yo.

»En cuanto a lo que he dicho, esa es sólo una opinión. Como solíamos decir en SegCor, si un tipo te llama hutt, ignóralo. Si un segundo te llama hutt, comienza a preguntarte por qué. Si un tercero te llama hutt, compra un cubo para las babas y comienza a almacenar especia.

El Maestro Jedi sonrió por un segundo.

—¿De verdad te vas a ir?

—Tengo que hacerlo —cerré los ojos por un segundo, luego los abrí de nuevo—. Tú me lo has dicho, Tionne me lo ha dicho y hasta el Holocrón me ha dicho que la tradición Jedi corelliana era diferente de otras tradiciones. Tenemos los Créditos Jedi y tendíamos a mantenernos más en nuestro sistema natal. Me invitaste aquí para traer parte de esa tradición conmigo, pero no la seguiré de verdad a menos que me vaya y descubra más sobre ella por mí mismo.

Luke asintió lentamente.

—Todavía estoy preocupado por ti y tu desarrollo. Hay cosas, en el futuro, desafíos que enfrentarás…

—Lo sé —me encogí de hombros—. Sólo puedo enfrentarlos si los encuentro.

Él suspiró.

—Bien, tienes algo de tiempo para reconsiderarlo. Llevará un tiempo conseguir una nave para llevarte.

—Tengo el Cazador de Cabezas de Mara.

Luke frunció el ceño.

—Creía que el motivador de hiperimpulsión estaba dañado.

—Cierto.

Antes de que pudiera terminar mi explicación, Erredós entró en la habitación de Luke, pitando frenéticamente.

Luke se puso en cuclillas frente al droide.

—¿Qué pasa, Erredós? ¿Qué ocurre?

La unidad holográfica del droide resplandeció. Flotando en el espacio entre nosotros vi la imagen de un destructor estelar imperial en órbita sobre la academia.

El Maestro Jedi gimió.

—¿Y ahora qué?

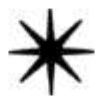
Le di un golpecito en el hombro.

—Yo no me preocuparía demasiado, Maestro Skywalker.

—¿Un destructor estelar imperial aparece aquí y no deberíamos preocuparnos?

—Nop —dije, dejando que una sonrisa floreciera en mi cara—, sólo es mi aerotaxi.

VEINTISIETE



Desde lo bastante lejos, el *Ventura Errante* parecía un destructor estelar imperial. No había duda con su forma de daga o el puente alto. El escueto color blanco hueso de la nave y su gran tamaño traían a la mente los días en que la necesidad de disciplina del Imperio hacía que despacharan tales naves para castigar a los mundos que ocultaban rebeldes. Era realmente un espectáculo contemplarlo, uno del que habría huido volando lo más rápido posible si no hubiera sabido lo que el *Ventura Errante* era en realidad.

Ascendí con el Cazador de Cabezas en un bucle alrededor de la parte media del destructor. Su complemento normal de armas había sido reducido, dejando dos rayos tractores, diez cañones de iones y diez baterías turboláser pesadas. Esa cantidad de poder de fuego dejaba a la nave bien defendida, aunque mientras la sobrevolaba me di cuenta de que un par de las baterías láser no estaban rastreando bien y al menos una se congeló a mitad mientras seguía mi vuelo.

Llegando a la parte superior, giré el Cazador de Cabezas y corté la aceleración. Activé la unidad de comunicaciones.

—Aquí el Cazador de Cabezas 079 pidiendo permiso para abordar y aterrizar.

—079, aquí control del *Ventura Errante*. Por favor, indique la naturaleza de sus asuntos.

Puse los ojos en blanco.

—Dile a Booster Terrik que me deje aparcar este caza en su nave, o se va a encontrar con más de tres baterías turboláser inactivas.

El silencio reinó en el canal de comunicación durante un momento, luego la voz del controlador volvió con cierto grado de hastío.

—079, tiene permiso para aterrizar en la ranura de acoplamiento 1127. Asegúrese de que sus armas estén apagadas.

—¿Qué?

—Ese es el mensaje, 079.

—Copiado —llevé el Cazador de Cabezas hacia la entrada del hangar y conecté los haces repulsores. Reduje hasta un diez por ciento de impulsión, y poco a poco introduje el caza en el hangar. La ranura 1127 estaba en la parte trasera, contra un mamparo, y me obligaría a dar un largo paseo por el hangar para llegar a la oficina de Booster. *Si supiera que me he roto la pierna, estaría aparcando más atrás, en el basurero, y tendría que caminar aún más.*

Mientras me encajonaba en mi lugar de estacionamiento, lo único inusual que noté fue que no había otras naves aparcadas cerca de mí, y las pocas personas en tierra se escabullían. Yo los ignoraba… nadie quería quedar atrapado en el rebufo del motor. Me concentré en bajar la nave suavemente, lo cual hice… así no le di a Booster ninguna

razón para quejarse de que rascara su preciosa cubierta. Rápidamente le puse un bloqueo al motor y dispuse un código de seguridad para el reinicio del motor. Eso no impediría a nadie robar la nave, pero podría ralentizarlos.

Sonreí y tecleé un mensaje en la pantalla de ignición. «Este Cazador de Cabezas es propiedad de Mara Jade». *Cualquiera que esté lo suficientemente loco como para robarlo ahora merecerá lo que reciba.*

Abrí la escotilla de la carlinga, y fue entonces cuando noté algo fuera de lo común. El destacamento de seguridad de Booster vestía uniformes de estilo imperial, pero tenían torsos verde claro en las túnicas y mangas de un amarillo brillante, pantalones del mismo amarillo brillante y gorras verdes con botones amarillos. El efecto era un tanto inquietante, especialmente con una multitud de ellos alrededor de la nave.

Sus blásters, que no eran ni de lejos tan coloridos como sus uniformes, apuntaban todos en mi dirección.

Un weequay cuya cara parecía hecha de escamas de cerámica me indicó que saliera del Cazador de Cabezas. Cuando me puse en pie y mi sable láser apareció a la vista, la mitad de los guardias se agacharon mientras los otros se colocaban tras la conveniente cobertura. Miré alrededor de la docena de guardias y sacudí la cabeza.

—No hay problema, no hay problema.

Por primera vez realmente deseé tener habilidad en el área de la levitación Jedi, ya que tratar de salir de un caza que me tenía a unos buenos tres metros de la cubierta mientras mis manos estaban en el aire no era una cosa fácil de hacer. Habría saltado, pero mi pierna izquierda todavía no estaba al cien por cien, y no quería cojear por el *Ventura Errante*. Lo que acabé haciendo fue sentarme en un lado de la cabina y deslizarme hacia el suelo, con la pierna derecha asumiendo la mayor parte de mi peso.

El weequay me dio un empujón por la espalda con una porra que, imaginé, podía soltar una descarga desagradable con sólo pulsar el botón rojo cerca de su pulgar.

—Jefe Booster quiere verte.

—Bien, yo también quiero verlo.

—Entrega el sable de luz.

Me volví lentamente sobre mis talones y lo enfrenté, preparándome.

—Eso no va a suceder, cerebros de cuark.

Me empujó con la porra otra vez y pulsó el botón. Sentí el hormigueo de la electricidad, pero la absorbí. Sonreí mientras lo hacía.

—La batería está muerta. En serio. No siento nada.

El weequay volvió a pulsar el botón, pero mi sonrisa no se desvaneció. Desvié la energía a la cubierta, lo cual erizó el pelaje de la cabeza de un bothan que pasaba, pero ninguno de los guardias pareció darse cuenta. El weequay observó el bastón aturdidor como si éste lo hubiera traicionado, luego presionó su mano libre contra la punta y pulsó el botón.

Atrapé la porra en el aire antes de que esta pudiera golpear el suelo, y miré más allá del cuerpo del weequay, que se retorcía espasmódicamente. Invertí el bastón y ofrecí el mango a otro de los guardias.

—Claramente, es defectuoso. Ahora, si me lleváis ante Booster…

Me volví para dirigirme hacia su oficina, entonces descubrí que mi suegro había venido a mí. Esto no habría sido algo malo, pero la piel del rostro de Booster estaba tan roja como su ojo izquierdo artificial. Agarró grandes puñados de mi mono de vuelo verde, me levantó de la cubierta y me estrelló contra un mamparo.

—¿Dónde está mi hija? —su cabello blanco corto y erizado y la perilla que solía llevar le hacían parecerse más a mí de lo que yo quería pensar—. ¿Qué has hecho con Mirax?

Gemí, menos por el impacto que por la furia de sus palabras.

—Déjame explicarte.

Me empujó contra la pared de nuevo.

—¿Crees que eres tan persuasivo, SegCor?

Booster me liberó y caí al suelo. Miró a sus guardias y sacudió la cabeza.

—Fyg y Kruqr, escoltadlo a mi oficina. *Ahora*.

Otro weequay y un humano bastante escuálido me agarraron por los brazos, me pusieron en pie y marcharon conmigo hacia la sala de guardia que Booster utilizaba como su oficina del hangar. Me pareció extraño que me llevaran a su oficina de la misma forma que yo había acarreado a tantos prisioneros en mis días. Sabía que incluso sin usar ninguna técnica Jedi podría romper sus agarres y deshacerme de ellos. Lo indecoroso de ser arrastrado de esa manera casi hizo que escapara.

No lo hice porque me di cuenta de que no había ningún propósito en ello. Sí, podía sentirme avergonzado por ser maltratado así, pero, ¿qué diferencia haría? ¿Mi orgullo valía el herir a alguien? No. Me llevaban adonde yo quería ir de todos modos. Lo que ellos o cualquier otro pensaran de mí era realmente irrelevante.

Sonreí. *Algo del entrenamiento Jedi se me ha quedado.*

Volviendo al presente, estudié mi entorno. El hangar tenía mucho espacio para naves y capacidad de abordaje. Los viejos bastidores de lanzamiento de cazas TIE todavía tenían algunos TIE, pero a muchos les faltaban piezas. Otras naves más pequeñas habían sido equipadas con insólitos collares de suspensión que les permitían colgar también de los bastidores. De esta manera Booster era capaz de encajar muchas más naves en su bodega.

La gran mayoría de las naves del hangar eran cargueros, aunque pocos eran tan grandes como el *Mantarraya Púlsar* de Mirax o el *Halcón Milenario*. De todas formas, la mayoría de las naves de ese tamaño no tenían espacio para atracar en el *Ventura Errante*. Las naves presentes eran de contrabandistas que se ocupaban de artículos raros, exóticos y de alto precio, o de ricos ociosos que encontraban en el inframundo del *Ventura Errante* algo de emoción. La mayoría de las naves que traían mercancías para comercio y transbordo al *Ventura Errante* simplemente descargaban sus artículos en una de las

bodegas de carga y dejaban a un tripulante o agente a bordo del *VE* para que manejara las transacciones.

La gente de Booster me llevó a su oficina, me empujaron adentro, y luego cerraron la escotilla. Pulsé el interruptor de un panel luminoso, y cuando lo hice, me estremecí. El desorden reinaba en la habitación… cajas de duraplástico agrietadas de las que se fugaba un fluido rojo viscoso, pilas de tarjetas de datos inclinándose precariamente unas contra otras, sillas llenas de ropa desechada, y en la esquina había un droide 3PO desactivado adornado con una docena de cinturones de armas incluyendo blásters. El escritorio de Booster dominaba la habitación y parecía limpio en comparación con el resto. En el único rincón que se había despejado de tarjetas de datos, cuadernos de datos, cables y cachivaches había un pequeño cubo proyectando varias holografías de Mirax.

Dejé las cosas que había en la silla frente al escritorio en el suelo y me senté, observando la cambiante proyección. Aunque Booster negaría tener una sola fibra sentimental en su cuerpo, las imágenes de su cubo proyector estaban organizadas por cronología y tema. Cambiaban cada diez segundos más o menos. La proyección podía seguir un tema, como imágenes de Mirax trabajando en el *Mantarraya*, y luego moverse a lo largo de su vida, hacia delante o hacia atrás, hasta que se arrancaba de nuevo con una tangente temática. Tejía una red de su vida… una red en la que yo me sentía completamente enredado.

Al observar la proyección me di cuenta de que el desapego que sentí cuando ella desapareció finalmente se había desvanecido. La «ceguera por conmoción» que Luke había diagnosticado había volado, y yo podría haberlo notado antes, pero en Yavin 4 tuve muy poco que me recordara a ella. Probablemente fue bueno que el desapego existiera cuando comencé mi entrenamiento, ya que no habría llegado a ninguna parte si hubiera estado distraído.

Ahora, sin embargo, viendo sus imágenes, el peso completo de su desaparición me aplastó. *Sentí* su presencia aquella noche en la gruta, y Exar Kun me la mostró, pero sabía que no podía confiar en lo que vi a través de su poder. El hecho de sentirla cuando Luke nos llevó a través del universo me ayudó a sostenerme, pero ahora me daba cuenta de lo solo que me sentía.

Y lo sola que debía estar sintiéndose ella. Estaba ahí fuera, en algún lugar, esperando que yo la encontrara, para ayudarla, y yo no había hecho nada. Suspiré. *Tal vez Booster debería haberme golpeado contra la pared aún más fuerte.*

La escotilla de la oficina se abrió y Booster entró. Me miró con dureza, luego se sentó en su escritorio. Un fuego ardía en su ojo marrón, tan brillante como el electrónico. Me observó, luego su cabeza lentamente asintió mientras apretaba sus manos contra la parte superior de su escritorio.

Como un árbitro mudo, Mirax bailaba de una imagen a otra entre nosotros.

—Es por ella que no te he arrancado la cabeza, SegCor —mantenía la voz baja y apenas bajo control—. ¿Desde cuándo está desparecida?

Tragué con dificultad.

—Diez semanas.

—¡Diez semanas! —su puño derecho martilleó el escritorio, haciendo que el holocubo rebotara y las tarjetas de datos se ondularan como baldosas sueltas en un terremoto. Se controló y lentamente abrió la mano—. Diez semanas, y no has venido a decírmelo.

Me tranquilicé a mí mismo, apenas controlando mi corazón acelerado. Tenía la boca seca y sabía como si hubiera estado lamiendo a un bantha.

—Primero, sabía entonces y sé ahora que tu hija está viva. Consultándolo con variedad de personas, se determinó que mantener en secreto el conocimiento de su desaparición sería el mejor curso.

Booster arqueó una pálida ceja.

—¿«Se determinó»? ¿Por quién? ¿Qué cobarde decidió que yo no debía saber que mi niña estaba desaparecida?

Levanté la barbilla.

—*Yo* tomé esa decisión, Booster.

—¿Tú, SegCor, fuiste tú? —Booster se recostó—. ¿No tu General Cracken? ¿No tu Luke Skywalker? ¿No Wedge? ¿Fuiste tú?

Asentí.

—Sopesé sus opiniones. Repasé los escenarios que me sugirieron y la mejor manera de manejar la situación, luego *yo* tomé la decisión.

—Entonces, ¿asumes toda la responsabilidad por ello? —podía oír en su voz que me estaba poniendo una trampa—. ¿Asumes toda la responsabilidad por lo que le pase a ella?

—Sí.

Booster vaciló, luego sonrió fríamente.

—Creo que no te gustarán demasiado las consecuencias de tus actos.

Algo me pareció extraño en Booster en ese momento. Había conseguido cargar la culpa completamente sobre mí, lo que significaba que debería estar desahogando toda su ira y frustración en mí, pero no lo hacía. Me había fijado como objetivo y me tenía acorralado, y se contenía. *¿Por qué?*

Entonces la respuesta me golpeó y me incliné hacia delante.

—Acepto las consecuencias de mis actos, ¿y quieres saber por qué? Porque Mirax es *mi* esposa. Nuestros votos hacen que su vida, su felicidad y su seguridad sean mi responsabilidad, y he hecho lo que he podido para honrar esa responsabilidad. Nada me hubiera gustado más que haber salido tras ella de inmediato, pero no había adónde ir, nada que hacer. El General Cracken y su gente estaban bloqueados, como yo. Lo único que sabía era que tu hija vivía, y mientras que ella viviera, podría tomar las medidas necesarias para salvarla.

La expresión de Booster se endureció ante el desafío en mis palabras.

—Puedes pensar en ella como tu esposa, pero es mi hija, mi carne y mi sangre, lo cual hace que yo sea tan responsable de ella como tú, SegCor. No trates de robar esa parte de mi vida de la manera en que tu padre me robó cinco años. Si lo haces, te arrepentirás.

—Tal vez, pero no de la manera en que tú crees que lo haría —estreché mis ojos—. Y en cuanto a tu responsabilidad con Mirax, acabo de recordar algo. En las últimas diez semanas, no has tratado de contactar conmigo preguntando por Mirax. Ni siquiera le enviaste un mensaje a Wedge sobre ella.

Me puse de pie y me incliné sobre su escritorio.

—Toda la preocupación que has mostrado por ella ha sido desde mi nave hasta esta oficina. Y eso me dice una cosa, Booster: ¡lo *sabías*! *Sabías* desde el principio que ella trabajaba para Cracken rastreando a los Odis, ¿cierto? Probablemente trabajó desde aquí, usando el *Ventura Errante* como su base de operaciones.

Booster rió pausadamente.

—Puedo ver que la sangre Horn corre intensamente por esas venas. Muy bien.

Su admisión casual me desconcertó. Me había agarrado, me había golpeado contra un mamparo y me había acusado de haber abandonado a su hija al destino que sus enemigos tuvieran en mente para ella. Una parte de mí quería abalanzarse sobre el escritorio y estrangularlo, mientras que otra parte quería alimentar mi ira a través de la Fuerza y aplastarlo a *él* contra la pared.

Ninguna de esas partes ganó la batalla por el control.

—¿Me has golpeado para divertirte?

Booster negó con la cabeza solemnemente.

—Cuando me di cuenta de que Mirax había desaparecido y escuché que tú estabas jugando a juegos Jedi, me desquicié lo suficiente como para venir a Yavin y darte la paliza de tu vida. Un gran pedazo de mí todavía lo quiere, pero respeto a tu padre lo suficiente como para pensar que tú no abandonarías a Mirax. Ahora, al perturbarte así, te he dado la oportunidad de echar la culpa de tus actos a otros. No lo has hecho. Tengo que admirar a un hombre que acepta la responsabilidad, incluso cuando esta puede doler.

Me enderecé, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—¿Y la razón para esta pequeña prueba?

—No sabía cuánto te había cambiado tu tiempo ahí abajo. Quería asegurarme de que todavía pudieras hacer lo que hay que hacer para salvar a Mirax.

—¿Qué?

—Tú no recuerdas a los Caballeros Jedi corellianos, pero yo sí. Un poco. No estaba seguro de que un Jedi se preocupara por mi hija.

Lo observé con incredulidad.

—Lo que se enseña en la academia no hace que los estudiantes sean *menos* humanos.

—Dile eso a la gente de Carida.

Ecos de su mortal agonía resonaron a través de mí.

—Tienes razón.

Booster asintió.

—¿Cómo sabías que te estaba probando?

—La actitud y lo que he sentido de ti. Satisfacción presuntuosa —me encogí de hombros—. También has mencionado al General Cracken y no podrías haber sabido por

qué iba a hablar con él a menos que supieras que Mirax estaba trabajando con él. Como yo no sabía eso, y como ella no se lo había confiado a Wedge, he supuesto que ella te lo había confiado a ti. Debiste ampollarle las orejas a Cracken cuando te enteraste de que había desaparecido.

Booster sonrió como un wampa oliendo a un tauntaun.

—Le dije que había encontrado un alijo de armas para ponérselas a este monstruo antes de salir a buscar a Mirax yo mismo.

Un *Ventura Errante* totalmente armado era una de las pesadillas recurrentes del General Cracken, especialmente con Booster al timón.

—¿Has obtenido algo útil de él?

—No mucho —Booster frunció el ceño—. Sé que la galaxia es un lugar grande, pero no puede haber desaparecido tan completamente.

—No lo ha hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Una mujer llamada Mara Jade…

—¿La confederada de Karrde?

Asentí y volví a sentarme.

—La misma. Dijo que había recibido información de un comerciante de artículos raros de Nal Hutta sobre un acuerdo por un artículo que había estado guardando para Mirax. Mirax había adquirido una opción de compra para el artículo y se suponía que tenía que recogerlo en los días en que desapareció. Para mí suena como un trato legítimo que montó para reforzar su tapadera mientras buscaba a los Odis.

Booster sonrió.

—Varias de las tripulaciones de los Odis salen de Nal Hutta… o acostumbraban a hacerlo. Muchas se han estado moviendo en los últimos dos meses.

—Porque la presencia de Mirax era una prueba positiva de que la Nueva República estaba buscando en esa zona.

El anciano acarició su perilla.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro para comenzar. Estaremos en camino dentro de una hora.

—No.

Booster me frunció el ceño.

—¿No? ¿Tenemos la primera pista que ha surgido y no quieres seguirla?

—Quiero seguirla, sí, y seguir la pista más importante —entrelacé los dedos y presioné los índices contra mi bigote—. Mirax es detectada en Nal Hutta, capturada, y las tripulaciones de los Odis se dispersan. Esto establece firmemente un vínculo entre su captura y los Odis; y también sugiere que está siendo retenida para prevenirme a mí de hacer algo precipitado.

—Tú no tendrás que hacerlo, lo haré yo.

Sacudí la cabeza con firmeza.

—Booster, no encontraremos a Mirax hasta que encontremos al *Odioso*, y tú no vas a tener más suerte en encontrarlo de la que ha tenido la Nueva República. Tavira tiene a gente que puede usar la Fuerza. Ellos sabrán cuándo vas y se irán, o, peor aún, usarán su destructor totalmente armado para reducir a chatarra el *Ventura*.

Booster golpeó con el puño su mano abierta.

—¡Ella es mi hija, SegCor, tengo que hacer algo!

—Lo sé. Ella es mi *esposa*, y también tengo que hacer algo. Tengo que actuar, pero no antes de estar listo —me incliné hacia delante—. Sé razonable, Booster. Si no, ella morirá, y ninguno de los dos será feliz durante el resto de nuestras vidas. En tu caso no será mucho porque te mataré.

Booster se burló.

—Lo *intentarás*.

—No existe el *intento*, Booster —dejé que el filo abandonara mi voz—. Necesito que *hagas* dos cosas. En primer lugar, utiliza tu red y proporcióname el máximo de datos posible acerca de las tripulaciones de los Odis. Quiero saber quién está embarcando en qué y desde dónde. Si llegamos al punto en que tenemos que golpear, quiero asegurarme de que golpeamos duro y los herimos gravemente.

—Hecho —Booster sonrió—. Puede que Karrde piense que es el señor de la información de la Nueva República, pero yo estoy al tanto de cosas que él ni siquiera sabe que existen.

—Bien.

Mi suegro tomó el holocubo y congeló una imagen reciente de Mirax de modo que ella nos sonrió a ambos.

—¿Qué es lo otro?

Traté de sonar indiferente.

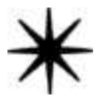
—Introdúceme en Corellia y luego sácame.

Booster perdió el agarre del holocubo, que cayó al escritorio.

—¿Introducirte bajo los vigilantes del Diktat? ¿Y sacarte luego? ¿Has perdido la pequeña mente que tienes?

—Espero que no, porque si es así, ninguno de los dos volverá a ver a tu hija —me levanté y sostuve mi sable de luz en alto—. Va a ser un Jedi corelliano quien salve a tu hija, y a menos que regrese a casa y vuelva a salir, simplemente no habrá ningún Jedi corelliano para hacer el trabajo.

VEINTIOCHO



Mi perspectiva como miembro de la Fuerza de Seguridad Corelliana nunca me había llevado a una apreciación adecuada de la eficacia operativa de Booster Terrik. Nuestra animosidad me había protegido de su profesionalismo. Ahora, con su ser galvanizado por el esfuerzo de encontrar y salvar a su hija, Booster se empujaba al límite con resultados verdaderamente notables.

Proporcionarme documentos de identificación falsos llevó menos tiempo del que hubiera imaginado. La gente de Booster accedió a una base de datos de información fantasma pre-existente y se limitó a adjuntar mis holografías a una nueva identidad. Utilizando la propia maquinaria de fabricación de documentos imperiales del destructor, tuve tres juegos de documentos en poco tiempo. Uno para entrar en Corellia, uno para caminar por Corellia, y un tercero para salir.

Sonreí. La inserción rebelde del Escuadrón Pícaro en Coruscant no proporcionó documentación tan buena.

Después de eso Booster me envió al nivel medio de las tres «lujosas» cubiertas a bordo. Estas cubiertas estaban equipadas con variedad de establecimientos adecuados para la clientela a la que se le permitía el acceso. La cubierta inferior hacía que agujeros como Mos Eisley parecieran lujosos. La población del Nivel Negro consistía principalmente en tripulaciones desempleadas, gente pobre en busca de tránsito barato, criminales, ladrones de poca monta, estafadores y timadores. No estoy exactamente seguro de por qué Booster les permitía estar en su nave, pero incluso ellos podrían tener información que él podría vender en otro lugar.

El Nivel Azul, donde me envió, era sólo un poco más respetable que la Calle de la Nave del Tesoro de Ciudad Coronet, en Corellia. Vi bastantes personajes desagradables… aspirantes a Boba Fett, aspirantes a Han Solo y, aunque en menor medida, aspirantes a la Princesa Leia. Principalmente vi comerciantes y distribuidores, y tipos aventureros que parecían encontrar emocionante embarcar a bordo de un temible destructor estelar. Y la presencia de la Plaza de los Comerciantes (un bazar donde sólo se aceptaba efectivo) significaba que siempre se podía encontrar algo emocionante aquí.

De gran importancia en este nivel era el área del patio central. Estaba vinculada con el Nivel Diamante de encima a través de una enorme obra de reacondicionamiento que despejó el corazón de la nave a través de las tres cubiertas. En este espacio diáfano cada día se exhibía una brillante presentación holográfica de la campaña de Thyferra. Me di cuenta de que el papel de Booster, y el del *Ventura Errante*, se exaltaban, y de que mi papel casi había sido eliminado. Eso me molestó un poco, pero decidí que la presentación era teatral, no histórica, así que la hipérbole estaba destinada a colarse.

En el Nivel Azul visité a un sastre que me escaneó y comenzó a fabricar la ropa que encajaría con mis identidades. Le pedí que volviera a revisar la medida del cuello. Habría resultado muy propio de Booster sugerirle que me quitara tres o seis centímetros para que me ahogara durante mi incursión. El sastre, un sullustano, me informó de que nunca haría tal cosa… después de todo, el ajuste adecuado era su especialidad.

El último paso de Booster para introducirme en Corellia fue una obra maestra. Ni siquiera me dejó subir al Nivel Diamante (dijo que tener a alguien de SegCor en el Nivel Azul ya estaba desanimando el abandono hedonístico de los pasajeros de lujo), pero me encontró ayuda allá arriba. Convenció a una pareja corelliana de que la única forma real de sentir la emoción ilícita de ser un contrabandista era tratar de introducir algo de contrabando en Corellia. Incluso llegó a decirles que, aunque eran corellianos, no creía que pudieran conseguirlo. Ellos le exigieron que les dejara intentarlo. Él se opuso. Ellos presionaron. Él cedió, después de que lo sobornaran, e incluso le dieron las gracias por encontrar en ellos a los miembros de reemplazo para dos de sus tripulantes que se habían metido en problemas en un establecimiento recreativo del Nivel Negro.

Yo no tenía ni idea de lo que la pareja estaba contrabandeando, aparte de a mí mismo, pero verlos fingir ser contrabandistas era bastante divertido. Cuando llegamos al espaciopuerto de Ciudad Coronet, decidieron abandonar sus esfuerzos dándole un fuerte soborno al inspector de aduanas que los recibió. El inspector, sorprendido por el soborno, comenzó a interrogarles atentamente. Sus colegas de inmigración estaban intrigados con lo que estaba pasando, y sin duda querían su parte del soborno, así que a la tripulación nos dejaron pasar sin más que superficiales miradas a nuestra identificación, luego se centraron en la pareja.

Echándome a los hombros mis dos mochilas con ropa y equipo, salí del espaciopuerto y encontré un alojamiento transitorio bastante limpio justo al lado de la Calle de la Nave del Tesoro. A pesar de haber trabajado en la Calle años atrás, no estaba preocupado por encontrarme con viejos colegas y ser descubierto. SegCor había cambiado con los años… ya no era ni siquiera la Fuerza de Seguridad Corelliana. El Diktat la había transformado en el Servicio de Seguridad Pública, y había cambiado los tradicionales uniformes negros y esmeralda por algo más oscuro e imperialista. La misión del SSP había derivado en más espionaje y más preocupación por mantener el orden público que por resolver crímenes.

El pasado que conocí aquí está muerto. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. La Calle de la Nave del Tesoro había cambiado en los seis años que había estado ausente. Siempre había sido sórdida y desagradable, pero las luces brillantes habían proporcionado una apariencia carnavalesca a todo el lugar. Gente de todo tipo había podido venir aquí y encontrar diversión. Ciertamente había lugares a los que la gente buena y respetuosa no iba excepto por accidente, pero el aire de amenaza hacía que los paseos aquí resultaran más memorables… algo así como el embarcar en el *Ventura Errante*.

Los cambios en la Calle de la Nave del Tesoro podrían haber parecido una mejora para muchos. La calle principal había sido limpiada considerablemente. Toda la pintura era nueva, y los grafitis eran borrados antes de que tuvieran tiempo de secarse. La

iluminación era menos chillona y los establecimientos tenían tonos más suaves. Había pasado de ser un *lugar* a ser un *escaparate*, dejándolo todo artificial y superficial.

En los alrededores, en el área que no había sido transformada, las sombras se habían profundizado y la amenaza se enconaba, hasta que no te aventurabas un bloque más allá de la zona segura, no te ahogabas en la realidad. En el gobierno, tras la limpieza de la Calle de la Nave del Tesoro, claramente creían que se habían librado de todos los elementos insociables que solían llamar al sitio su hogar, y usaban el Servicio de Seguridad Pública para aislarse de la realidad y sus consecuencias.

La única cosa positiva del cambio fue que encontré muy fácil contratar un aerotaxi. Le di la dirección de la casa de mi abuelo y el chófer, un klatooiniano, me brindó una sonrisa que era todo dientes. Me hundí en el asiento trasero, pero me abstuve de respirar profundamente para relajarme. Puede que un Jedi no conociera el dolor, pero los aromas en el asiento trasero de un aerotaxi podrían tumbar a un gamorreano.

Esperaba no estar cometiendo un error. Mientras estuve en el tanque de bacta me di cuenta de que tomé el mensaje de mi padre como un estímulo para unirme a la Academia Jedi. Lo que Luke me había contado acerca de la Fuerza permitiéndote ver fragmentos del pasado, presente o futuro, sugería que mi padre había sabido de algún modo que la academia surgiría. Pero esa era una asunción sin garantías. Más aún, mi padre siempre protegía sus apuestas. Sabiendo que el futuro era mutable, no podía estar seguro de que la academia *existiría*. Como resultado, tuve que asumir que él debió hacer arreglos para que la información quedara para mí de modo que pudiera recuperar mi herencia.

Sonreí lentamente. Incluso si mi padre no dejó nada atrás, volver a ver a mi abuelo sería divertido. Acercándome a su casa, de vuelta en el distrito de la colina donde crecí, comencé a darme cuenta de lo mucho que lo había extrañado, a él y a Corellia. Me fui (forzado a huir) para evitar enredos imperiales y la muerte. A partir de ese momento había estado escondido o hasta el cuello en misiones con el Escuadrón Pícaro. Cuando habíamos podido intercambiar saludos holográficos, los censores del Diktat habían recortado los mensajes lo suficiente como para que muy poco del ingenio o la calidez de mi abuelo hubiera pasado.

El aerotaxi se detuvo ante un portón que bloqueaba la calle entera en la que crecí. Mi padre compró una casa al otro lado de un círculo de la de mi abuelo, y había otras ocho casas dispersas alrededor de ese círculo. Nunca habíamos tenido un muro rodeando la zona, y ciertamente tampoco un portón.

—¿Está seguro de que este es el lugar correcto?

El klatooiniano asintió y señaló la unidad de visualización del ordenador de navegación local de su vehículo. Extendió la mano fuera, cogió un comunicador ligado a un cable desde su soporte junto al portón y me lo dio.

—¿Hola?

Una voz rígida y formal respondió.

—Hacienda Horn.

¿Hacienda?

—Me gustaría hablar con Rostek Horn, por favor.

—El Director Horn ha pedido que no se le moleste.

Incliné la cabeza y traté de ver a través de las barras del portón las casas de dentro, pero no pude ver la de mi abuelo. Tampoco podía ver la casa en la que crecí. En lugar de eso todo lo que pude ver fue un inmenso y extenso edificio de construcción reciente. Relucía brillantemente contra el verde de las colinas de detrás, todo blanco y plateado donde las láminas tintadas de transpariacero tomaban el lugar de las paredes.

—Por favor, dígale que es su… —titubeé. Si decía nieto podría causar problemas, ya que todavía pesaban sobre mí sentencias de muerte en el Sistema Corelliano—. Dígale que es un viejo amigo. Keiran Halcyon.

—El Director Horn no conoce a nadie con ese nombre.

Puse un tono cortante en mi voz.

—Usted claramente no hace mucho que está con él. Crecí en este barrio. Era como un abuelo para mí. Dígale eso.

—Un momento.

El klatooiniano pasó el rato poniéndome al día respecto a la clasificación de la liga de bolazona local. Trató de impresionarme con el hecho de que Staive Pedsten, la estrella local (quien, según sabía, había estado una vez románticamente ligado a la Princesa Leia), había estado sentado donde yo lo estaba. Me aseguró que el atleta no era tan guapo como yo, pero el klatooiniano lo recordaba porque había sido muy generoso con la propina.

Le devolví la sonrisa a mi chófer y asentí, pero antes de que pudiera entretenerme con el relato de la última anotación de Pedsten, el portón se abrió. El klatooiniano pisó el acelerador, lo cual nos lanzó hacia delante y arrancó el comunicador de mis manos. Este le golpeó en la parte posterior de la cabeza mientras salía por la ventana. Se quejó un poco mientras se frotaba un bulto creciente, pero logró llevarme hasta la puerta principal de la hacienda sin más incidentes. Le pagué y le dejé una buena propina… era el dinero de Booster, después de todo, y estaba bastante seguro de que no era falsificado.

Una vez fuera del aerotaxi, me di cuenta de que la visión lejana del edificio no había conseguido transmitir su tamaño real. La casa de mi abuelo sólo había sido un modesto edificio de dos plantas, con todo el capital sobrante y su tiempo libre dedicados a mantener los hermosos jardines hundidos en la parte de atrás. El edificio en el que me encontraba ahora ocupaba tres veces el tamaño de la vieja casa, y se alzaba un nivel más por encima. En su construcción podía ver retazos y partes de cosas que mi abuelo habría querido, pero si hubiera tenido el dinero para construir esta casa, simplemente habría expandido sus jardines aún más.

Me acerqué a la puerta, pero antes de que pudiera sonar el timbre, un hombre pequeño y tenso con la piel color oliva abrió la puerta. Llevaba un uniforme negro adornado con botones blancos. Guantes blancos encerraban sus manos y me miró con recelo. No me ofreció ninguna sonrisa y me observó detenidamente antes de apartarse y dejarme entrar en el gran vestíbulo de la casa.

El hombre habló con el mismo tono cortante que había escuchado a través del comunicador.

—El Director Horn le está esperando en el jardín —se puso en marcha a paso ligero, sus zapatos taconeaban bruscamente contra el granito negro y rosado del suelo. En el centro del embaldosado, labrado con mármol negro y trozos de malaquita, el viejo logotipo de SegCor se había reproducido bellamente. Salté sobre él, rompiendo mi paso, lo cual hizo girar la cabeza del hombre para ver lo que estaba haciendo.

No me sorprendió que mi abuelo estuviera en el jardín. Cuando se retiró dijo que quería cavar y plantar allí, hasta que él mismo fuera enterrado. Después de una larga caminata, salimos a una terraza que estaba ampliamente protegida del sol de mediodía. Más allá, por un corto sendero verde que conducía a una fuente central dentro de un anfiteatro de coloridos arriates de flores, estaba mi abuelo.

Más alto que yo, más alto de lo que incluso mi padre había sido, Rostek Horn tenía un porte magro y aristocrático. A pesar de su edad, su pelo blanco crecía fuerte y en su totalidad. Sus ojos grises nunca parecían descansar, y mientras que yo solo había visto amor y afecto en ellos, colegas que tuvieron la oportunidad de ser disciplinados por mi abuelo me dijeron que podían ser más fríos que la bola de hielo más oscura de la galaxia. Aunque parecía más delgado que cuando lo vi por última vez, no tenía menos vitalidad y, por primera vez, lo vi como los colegas informaron que podía ser.

Lo que me pareció más inusual fue que allí estaba él, en pleno sol de mediodía, vestido con un traje negro formal, con cuello alto y tieso. No estaba vestido para un día en el jardín, sino para un día ocupándose de la variedad de cosas que lo habían ocupado durante sus días en SegCor. Con su flanco derecho hacia mí (¿ofreciendo menos superficie de blanco, tal vez?) giró su cabeza alrededor para mirarme. Esos fríos ojos grises enviaron una sacudida a través de mí.

Empecé a adelantar a mi guía dirigiéndome al sendero, pero el pequeño hombre presionó una mano contra mi estómago, deteniéndome.

Miré a mi abuelo y entrecerré los ojos. Proyecté una imagen de mí mismo como niño en su mente, corriendo, gritando, cayendo y riendo en la misma extensión de verde que nos separaba ahora al uno del otro. Abriendo los ojos completamente, le dije:

—Ha pasado mucho tiempo, Director. Quizá no me recuerde.

Mi abuelo se quedó inmóvil por un momento, luego asintió.

—Tosruk, él es un conocido mío. Puede retirarse.

Los ojos castaños de Tosruk se estrecharon.

—El escáner no ha detectado nada mientras se acercaba, pero podría tener habilidades.

—No tengo nada que temer de Halcyon, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No, señor.

Mi abuelo sonrió lentamente.

—¿Ve, Tosruk?, estoy a salvo. Ocúpese de sus otros deberes. Que el cocinero nos prepare una comida ligera… y me refiero a *ligera*, no sólo con menos salsa.

Tosruk inclinó la cabeza hacia delante en una reverencia, luego giró sobre sus talones y se retiró.

Me acerqué a mi abuelo lentamente, sin atreverme a echar a correr, que es lo que hubiera preferido hacer para saludarlo. Extendí mi mano y él la tomó, luego me atrajo hacia un abrazo firme. Quise decir algo, pero sentí un nudo alzarse en mi garganta y las lágrimas comenzaron a llenar mis ojos.

Se echó hacia atrás y me sostuvo a distancia de sus brazos.

—Por los huesos negros del Emperador, no deberías estar aquí.

—Tenía que venir. He estado fuera demasiado tiempo —miré de vuelta hacia la casa—. Muchos cambios.

La sonrisa de mi abuelo se ensanchó y una risa siniestra la acompañó.

—Sí, ha habido muchos cambios —ondeó un mano hacia el invernadero que había al otro lado del jardín—. Si me acompañas, te mostraré algunas de mis obras más recientes. Ganadoras de premios, todas.

Igualé el paso con él y no dije nada hasta que llegamos al invernadero y entramos. Mi abuelo se quitó la chaqueta y la colgó en una clavija al otro lado de la puerta. Pulsó un par de interruptores, y se activaron todos los paneles luminosos excepto uno. La creciente iluminación reveló hilera tras hilera de macetas cubiertas de plántulas, hasta llegar a la parte de atrás, donde había una pequeña bahía de máquinas que él utilizaba para manipular genéticamente las flores, modificando el color y el tamaño.

Me dirigió una sonrisa cautelosa.

—Es seguro hablar aquí… lo he barrido cada semana.

—Bien —miré de vuelta hacia la casa—. ¿Qué le ha pasado a tu casa?

—Quizá recuerdes que tenía cierta reputación por mantener todo tipo de archivos sobre políticos locales, enlaces del Imperio y cosas por el estilo. Cuando SegCor se convirtió en el Servicio de Seguridad Pública se determinó que mis archivos podrían resultar embarazosos. Se asumió además que los tenía en la casa. Un misterioso fuego consumió la casa, y luego la casa en la que tú creciste.

Mantuvo la voz baja, pero llena de tonos curiosos que sugerían que encontraba los fuegos un tanto divertidos.

—Lo que descubrieron fue que había múltiples copias de mis archivos por todas partes, en sistemas informáticos nuevos y viejos. Las claves de cifrado eran lo que les faltaba. Algunas personas de repente encontraron archivos interesantes sobre actividades que habrían preferido mantener ocultas llegando en tarjetas de datos a sus hogares, generalmente acompañadas por una flor o dos que se identificaban fácilmente como las híbridas que he creado. Las implicaciones eran claras, así que, en recompensa por mis largos años de servicio a SegCor, y para protegerme, ya que ahora soy considerado un tesoro por mis habilidades hortícolas, el gobierno compró y me cedió toda esta tierra. Ellos construyeron mi nuevo hogar y lo llenaron con todo tipo de interesantes

dispositivos mecánicos de escucha y escáneres. Tosruk y el resto del personal informan regularmente a los oficiales… aunque esos oficiales no se dan cuenta de que la lealtad del personal es mía. Los propios archivos utilizados por los oficiales para elegir empleados que puedan ser manipulados son archivos que yo he creado.

Me reí en voz alta.

—Creía que, cuando te jubilaras, querrías dejar todo ese tipo de cosas atrás.

Él asintió.

—Hubiera sido más que feliz dejándolo, pero los que desean el poder no se contentaron con dejarme a mi aire. Desafortunadamente, en mi opinión ellos tampoco tienen ni gracia ni cerebro como para dejarlos a su aire —extendió la mano y acarició las hojas de una planta pequeña—. Ahora puedo enviar una plántula a alguien con una nota sugiriendo que he leído de esta o aquella opinión que él sostiene. Si digo que estoy decepcionado, su pensamiento tiende a ser modificado. Si digo que lo apoyo, se mueve con más firmeza en esa dirección. Escojo a mis objetivos y los asuntos cuidadosamente. Busco frenar los excesos de los jóvenes y necios, o de los viejos y necios. Incluso hay conversaciones en las sombrías camarillas de expertos que aconsejan a los líderes acerca de lo que significa para mí enviar una planta viva frente a un ramillete cortado, o el verdadero significado de una flor que se abre de noche frente a algo que florece una vez y muere.

Mi abuelo me sonrió.

—Pero tú no has venido a preguntar por mis jardines ni a escucharme parlotear sobre la manipulación de las pequeñas mentes de los políticos, ¿verdad?

—Soy feliz de verte, por supuesto, y quiero oír hablar de tu vida, y hablarte de la mía.

Su sonrisa se amplió con indulgencia.

—El nombre que elegiste para saludarme y lo que has hecho ahí fuera me dice por qué estás aquí. Quieres saber lo que tu padre dejó para ti, ¿no?

Asentí lentamente.

—¿No te importa?

Mi abuelo me miró con sorpresa, luego se echó a reír.

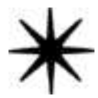
—¿Importarme? Mi querido muchacho, he pasado el último medio siglo preservando tu herencia para ti y tu padre. Me habría decepcionado que este día nunca hubiera llegado.

Sonreí.

—¿Me habrías enviado una flor para hacerme saber lo decepcionado que estabas?

—Te habría enviado muchas, muchas flores —abrió los brazos abarcando el invernadero y los jardines—. Estas flores, Corran, son la herencia Halcyon. ¿Dónde almacenar mejor el conocimiento de los Jedi y la Fuerza que en cosas que viven?

VEINTINUEVE



Miré a mi abuelo atentamente porque no entendía bien lo que había dicho. Era viejo y podía estar perdiendo la cabeza, aunque no había visto ninguna evidencia de ello hasta ahora.

—Sé perfectamente lo que estás pensando.

Se rio con deleite, un sonido profundo y rico que yo recordaba muy bien.

—No te sientas perdido, Corran. Tuve que acudir a un sistema de almacenamiento que sería confuso incluso para el más diligente de los investigadores. Ven conmigo.

Lo seguí hacia la parte trasera del invernadero, hasta los ordenadores y procesadores de manipulación genética.

—Probablemente no recuerdes esto de la escuela, pero el código genético en muchas formas de vida consiste en cuatro nucleótidos dispuestos en parejas. Proporcionan un mapa genético que produce lo que somos.

Asentí.

—Lo sé. Los imperiales juguetearon con genética para producir el virus Krytos.

—Sí, un asunto desagradable, ese —mi abuelo tecleó algo en el ordenador y el holoproyector adjunto me mostró una doble hélice girando lentamente en el aire. Tenía el aspecto de dos escaleras retorcidas que giraban en espiral alrededor la una de la otra—. Lo que la mayoría de la gente falla en comprender es que, a pesar de que los genes son muy pequeños, consisten en un vasto número de esos pares de bases de nucleótidos. Lo que tampoco comprenden es que gran parte de la codificación de cualquier gen es redundante y los genes a menudo están llenos de fragmentos de codificación sin sentido, o fragmentos de codificación sobrantes de la evolución. Estos intrascendentes fragmentos de código son esencialmente inertes e inútiles. Lo que yo he hecho es fabricar cadenas de reemplazo de pares de bases para ponerlas en su lugar. Estas cadenas de reemplazo utilizan un par para representar el cero y otro para representar el uno.

Lo miré fijamente, boquiabierto.

—Has digitalizado información y la has insertado en el material genético de una planta, permitiendo que las plantas duplicaran el código con cada división celular.

—Correcto. A pesar de que las mutaciones aleatorias podrían destruir pequeños fragmentos de información, hay tantas muestras por ahí que comparándolas llenarías cualquier hueco —sonrió ampliamente—. Recuerdo que al menos un cazador de Jedi vino aquí y pidió algunas plantas básicas para su jardín en el Centro Imperial. Le di tanto como quiso de mi línea Jedi.

Mis ojos se estrecharon.

—Las flores que envías a los políticos… contienen las claves de cifrado de los archivos que les conciernen, ¿no?

—Debo divertirme un poco, ¿no? —se arremangó—. Pasé el suficiente tiempo con Nejaa como para saber que los Jedi no consideraban nada fortuito. Sabía que si ponía la información Jedi en estas plantas y aseguraba su distribución, la información sería descubierta de nuevo. En aquel momento empecé a pensar que el descubrimiento no sucedería durante mi vida, pero quería que estuviera disponible.

Sonreí.

—Quiero que me hables de él, de Nejaa.

—Lo haré —me miró y volvió a sacudir la cabeza—. Tu apariencia, no te reconocí al principio. Tu padre tenía un dicho, uno que aprendió de su padre. ¿Lo recuerdas? «Si no puedes reconocer al hombre del espejo, es hora de dar un paso atrás y ver cuándo dejaste de ser tú mismo».

Asentí.

—Lo recuerdo.

—Bien, viéndote ahora, debo pedirte que me digas en quién te has convertido —señaló hacia la casa—. Primero, sin embargo, comeremos algo. Luego te unirás a mí para mover el montón de abono.

—¿Hay más datos escondidos ahí?

Me guiñó el ojo.

—Creo que encontrarás el trabajo gratificante.

Hablamos sobre todo de sus flores y de la manera en que el vecindario estuvo en los viejos tiempos. Dado que el personal de la casa entraba y salía, Corran Horn era referido en tercera persona, como si Keiran Halcyon fuera un amigo suyo. En justicia, supongo que debería haber encontrado el subterfugio incómodo, pero me metí en el papel de Halcyon de la misma manera que me hubiera metido en cualquier identidad encubierta. Compartimos el juego y ambos disfrutamos mucho con él.

El abuelo envió a Tosruk a mi hotel para recoger mis cosas mientras nosotros dos salíamos hacia el montón de abono armados con palas. Mi abuelo me dirigió hacia una pila de estiércol de bantha que utilizaba como fertilizante. Lo había estado recibiendo de los Jardines Botánicos y Zoológicos de Ciudad Coronet por más tiempo del que podía recordar, a cambio de proporcionarles sus últimos híbridos.

—Cava profundo y mueve la pila en esta dirección unos tres metros —inclinándose sobre la pala, vistiendo un peto y botas altas de goma, me sonrió—. Si puedes moverlo de otra manera, siéntete libre.

Negué con la cabeza.

—Podría hacerte creer que se ha movido.

—Los Halcyon siempre han sido notoriamente débiles en el área de la habilidad telequinética —se rio—. Los dados eran el único juego de azar en el que me sentía seguro jugando contra Nejaa.

—Aspiro a hacer que un dado se mueva mediante la Fuerza algún día.

Mi abuelo sonrió.

—Los Halcyon tienen sus fortalezas. La proyección mental a la que has aludido fue algo que Nejaa hacía muy bien. También podía absorber energía. Escuché que esa era una habilidad muy rara entre los Jedi.

Asentí.

—También yo he escuchado eso. Bueno, sin telequinesis, supongo que tendré que usar esta pala y trabajo duro para mover la pila.

Mientras yo cavaba, mi abuelo me contaba historias de Nejaa Halcyon.

—Trabajamos juntos durante mucho tiempo, o por lo que pareció mucho, antes de que fuera llamado a las Guerras Clon. Nuestra asociación duró sólo diez años o así, tal como lo recuerdo. Supongo que tenía unos siete años más que tú cuando se fue. Era un poco mayor que yo y que su esposa… yo había crecido viviendo cerca de Scerra, así que la conocí bastante bien antes siquiera de que ellos se conocieran. Tu padre sólo tenía diez años cuando Nejaa se fue, pero había estado trabajando con Nejaa durante años para desarrollar sus habilidades.

Aparté el sudor de mi frente.

—Nejaa murió en las Guerras Clon, ¿verdad?

—En realidad, murió poco después, antes de que pudiera volver a casa. Él y yo bromeamos acerca de su partida a las Guerras Clon, porque se decía que un Jedi corelliano que abandona el sistema lo hace por su propio riesgo —los ojos de mi abuelo se nublaron—. Nejaa nos prometió a su esposa y a mí que las Guerras Clon no lo matarían. Tenía razón, pero aun así sufrió el destino de los Jedi corellianos que se marcharon.

»Un amigo suyo, un Jedi caamasiano llamado Ylenic It'kla, vino aquí, trayendo los efectos personales de Nejaa a casa. Se disculpó por no traer el cuerpo de Nejaa, pero los cuerpos de los Maestros Jedi se desvanecen al morir. Tampoco tenía el sable de luz de Nejaa. Dijo que el Museo Galáctico lo había pedido para su colección Jedi —sonrió levemente—. Supongo que todavía está allí.

Negué con la cabeza.

—No. Me ha servido bien en un par de ocasiones. Salvó mi vida.

Él juntó sus manos.

—Y a mí también. «Los ladrones corren asustados por su luz plateada». Solía tomar el pelo a Nejaa con eso.

Sonreí, pero seguí cavando.

—¿Solía salir contigo cuando trabajabas en casos?

—Siempre. A menudo se vestía con ropa de calle, igual que yo. Encontró que mucha gente desconfiaba de los Jedi y les temía. Sin que supieran quién era, él podía ayudar a las víctimas. Cuando llegaba el momento de ir tras los criminales, él se ponía su capa y el ropaje Jedi más tradicional. Scerra solía referirse a estas prendas como su ropa de caza. Los criminales aprendieron que no dolía tanto si no se resistían, así que fuimos capaces

de apaciguar muchas situaciones tensas con sólo hacerlo aparecer como Jedi. Por supuesto, las historias de lo que él hacía se extendieron a través de los bajos fondos y rápidamente se exageraron, por lo que la gente reaccionaba a su imagen y reputación, no a la realidad.

Limpié el área que mi abuelo había indicado y retiré la lona plastificada que había estado debajo del montón de estiércol. Descubrí, en la parte inferior, un brillo metálico.

—¿Es eso un panel difusor?

—¿Lo es? No me había dado cuenta.

Fruncí el ceño. Los difusores eran de diferentes formas y tamaños, y simplemente canalizaban la energía de los escáneres para que las señales de retorno de los escáneres no revelaran lo que estuviera oculto por el difusor. Los contrabandistas los utilizaban a menudo para evitar que las búsquedas superficiales revelaran el contrabando, pero un poco de tiempo y esfuerzo era cuanto se necesitaba para encontrar fácilmente los difusores, y encontrar uno significaba encontrar lo que ocultaban.

En este caso, el difusor cubría un parche desnudo de tierra.

—Déjame adivinar: ¿una puerta enterrada que nadie ha encontrado porque no querían cavar a través del estiércol de bantha?

—Mira, fue un esfuerzo como ese el que permitió a tu padre atrapar a Booster Terrik. No es una sorpresa que el hombre odiara a los Horn.

—Ahora tiene más razones.

Mi abuelo sonrió.

—Sí, ¿cómo lleva el tener a su hija casada con un Horn?

Removí una palada de tierra, entonces miré a mi abuelo con sorpresa.

—¿Lo sabes?

—Corran, te quiero mucho y creo que recordarás que pasamos largas horas hablando de tu vida amorosa y de los desastres que la acompañaban.

—No me lo recuerdes —le gruñí—. Oye, ¿esa pala es sólo para apoyarse, o también puede cavar?

—Puede cavar. ¿Quieres usarla? ¿Se ha cascado la tuya?

Arqueé una ceja en su dirección.

—¿No vas a ayudar?

—Hice mi parte enterrándolo —su sonrisa se aflojó ligeramente—. Vamos, no queda mucho. Volviendo al tema… cuando tus misivas censuradas dejaron de mencionar tus dificultades románticas, asumí que habías encontrado a alguien. Hice preguntas.

—¿Y no estás decepcionado?

—¿Decepcionado? ¿Por qué debería?

—Ella es la hija de Booster Terrik.

Mi abuelo se acercó y apoyó la mano derecha en mi nuca.

—Corran, si ella fue suficiente para ganarse tu corazón y mantenerlo, tiene que ser maravillosa. Me alegro por ti, de verdad. Algún día tienes que traerla aquí para que pueda conocerla.

—Claro, tan pronto como las sentencias de muerte que pesan sobre mí se levanten.

Él frunció el ceño.

—Oh, sí, el trabajo de Gil Bastra. Yo me ocuparé de eso. Tal vez ese oficial de enlace imperial que tenías debería ser hallado culpable.

—¿Loor? Está muerto.

—Tanto mejor —bajó la mirada hacia el agujero cuando mi pala golpeó metal—. Ahí está.

Despejé el agujero.

—¿Un viejo refugio?

—Estaba aquí cuando compré la casa —se agachó y me ayudó a tirar de la puerta metálica para abrirla—. Es bastante estrecho. Puedes ir primero —sacó una vara luminosa de su bolsillo trasero, la encendió y me la dio.

Bajé por la escalera oxidada que había a un costado del pozo de duracreto. La parte inferior se abría al área por debajo del montón de abono. La sala cuadrada había sido despejada de todo excepto un viejo y polvoriento baúl de fibraplástico. Parecía ser del tipo que había visto utilizar habitualmente a los contrabandistas… antiguo excedente militar pre-imperial, barato y fácil de encontrar.

Oí a mi abuelo bajar detrás de mí.

—Este baúl, ¿qué es?

—Cuando el Imperio decidió que todos los Jedi debían morir, tomé algunas decisiones. Algunas, como alterar archivos para ocultar a tu abuela y a tu padre de los cazadores imperiales, fueron buenas decisiones. No me arrepiento en absoluto.

Volví la mirada hacia él.

—¿Hubo otras familias de Jedi corellianos que escondiste?

—Esa no una información que necesites saber, Corran. Si hay alguna, y si quieren ser encontrados, lo serán —sus manos descansaron sobre mis hombros—. Otras decisiones fueron arriesgadas. Elegí, neciamente, poner a mí familia en peligro, y a mí mismo, ocultando esto aquí abajo. Si se hubiera descubierto, podría habernos matado a todos. En justicia, debí haberlo destruido… tu abuela y tu padre pensaban que lo *hice* porque les dije que sí, pero simplemente no pude.

Sus manos apretaron mis hombros.

—Ahí, en esa caja, están todas las cosas que Ylenic It'kla trajo de regreso aquí después de la muerte de Nejaa.

Asentí lentamente, la luz oscilaba sobre la forma oscura del baúl.

—¿Cómo murió Nejaa?

—No conozco los detalles. El caamasiano me pidió que no preguntara. Lo que sí me dijo fue que un gran hombre, un héroe de las Guerras Clon, los seleccionó a ellos dos para una misión muy especial y honorable. Fueron con él y entre los tres derrotaron a los enemigos más letales, pero Nejaa fue herido mortalmente. Todas las técnicas de curación Jedi no pudieron salvarlo, y murió.

—Entonces tú te casaste con su esposa y adoptaste a su hijo.

La voz de mi abuelo sonó distante.

—Había conocido a Scerra durante toda mi vida. Siempre habíamos sido buenos amigos, y ambos perdimos a nuestro mejor amigo al mismo tiempo. Nuestro pesar compartido nos acercó más, y nuestras vidas compartidas nos proporcionaron sólidas raíces. Siempre he elegido pensar que Nejaa conocía un atisbo de su destino y lo que pasaría con nosotros después de su muerte. Me gusta pensar que saber que sus amigos rescatarían amor de su duelo hizo que su muerte fuera mucho más fácil.

Me dio unas palmaditas en el hombro.

—El polvo de aquí abajo hace que me lagrimeen los ojos. Voy a volver arriba. Podemos sacar el baúl de aquí, si quieres, o puedes abrirlo y mirar las cosas aquí abajo. Tú eliges. Eres el último Halcyon, así que te pertenece.

—Gracias —di un paso hacia el baúl, pero me volví y miré a mi abuelo—. Pero te equivocas en una cosa.

Lágrimas relucían en la penumbra.

—¿Me equivoco?

Asentí.

—No me veo como el último Halcyon. Soy el último Horn. Sólo espero que en este baúl y en el jardín de arriba haya todo lo que necesito para garantizar que ambas líneas continúen.

A solas en la persistente oscuridad, abrí el baúl. El polvo resbaló de la tapa, llenando el aire. Esperaba el olor a humedad de ropa vieja que habría enmohecido hasta la nada, pero en vez de eso me encontré con un baúl pulcro y limpio. Toda la ropa había sido doblada con precisión y sellada en bolsas transparentes de plastina. Cuidadosamente saqué una tras otra, pero no abrí ninguna. Aun así, por lo que pude ver a la luz de la vara luminosa, la ropa había sido lavada, lo que me llevó a sospechar que el Jedi caamasiano se esforzó mucho en cuidar los efectos personales de su amigo.

Hacia el fondo del baúl encontré unas botas encerradas en plastina, así como una túnica y una capa similarmente envueltas. Debajo de eso vi la tapa articulada de un compartimento que abrí. En su interior había un denso acolchado de espuma con espacios huecos para varios artículos. Reconocí fácilmente la ranura para el sable de luz de Nejaa. Un pequeño botiquín de primeros auxilios, un kit de afeitado, un conjunto de utensilios para comer, todo ello se encontraba en su ranura correspondiente. Extrañas monedas llenaban otras ranuras, así como paquetes de energía para variedad de artículos y un comunicador realmente antiguo.

Sin embargo, lo que atrajo inmediatamente mi atención fue una ranura rectangular llena de hologramas estáticos. Los recogí y los llevé adonde la luz del sol se filtraba a través del largo pozo. Uno a uno, los fui pasando ante mis ojos y me encontré sonriendo aunque no reconocí a nadie.

Me figuré quién debía ser Nejaa después de un par de imágenes, fijándome en otros elementos, especialmente en el sable de luz que llevaba en el cinturón. Me di cuenta de que era un poco más alto que yo, pero no más que mi padre, y tenía mi misma constitución. Realmente no nos parecíamos mucho, excepto alrededor de los ojos y la barbilla. Sin embargo, tenía una pose casual y abierta, con los pies a la altura de los hombros, las manos abiertas, una sonrisa en su rostro y vitalidad en los ojos. Reconocí en su postura la forma en que mi padre solía colocarse, y sabía que yo también había adoptado esa pose.

La otra figura que encontré fácil de reconocer fue al caamasiano. El dorado lo cubría excepto alrededor de los ojos, donde un pelaje púrpura formaba una máscara alrededor de sus ojos extendiendo líneas hacia arriba para rayar su cráneo. Los ojos grandes y oscuros del caamasiano parecían llenos de curiosidad, no de la tristeza que había marcado los de los caamasianos que yo había visto; no obstante en raras ocasiones había visto caamasianos, y esta imagen fue tomada antes de que casi todos ellos fueran aniquilados. Los dos (mi abuelo y su amigo) parecían cansados en muchas imágenes, pero eso no era inesperado de gente que luchaba en una guerra. También parecían contentos, lo cual decía mucho de su compromiso por mantener la galaxia a salvo.

Algunas de las imágenes tenían a gente que reconocí. Vi a un Jan Dodonna muy joven al lado de Nejaa. Recordé que el general me preguntó en el *Lusankya* si él conocía a mi abuelo. Realmente lo conoció, pero yo no sabía quién era mi abuelo en aquel entonces. *Jan me salvó la vida en aquella prisión. ¿También salvó la tuya, Nejaa, o estaba pagándote una antigua deuda cuando salvó la mía?*

Bail Organa aparecía en una imagen con Nejaa y el caamasiano. Otros individuos se unían a ellos en imágenes en grupo o individuales, pero no identifiqué categóricamente a ninguno de los otros. Las vestimentas antiguas, los rostros juveniles, fácilmente se podrían haber convertido en incontables senadores y líderes cuyos rostros envejecidos habría reconocido fácilmente. Algunos me resultaban muy familiares (irritantemente familiares), pero sin nadie que me dijera quiénes eran o imágenes que usar para comparar, estaba atascado en la ignorancia.

De repente, los hologramas de guerra terminaron y me encontré observando imágenes en tiempo de paz. La primera mostraba a mi abuelo con Nejaa. Nejaa estaba entregándole uno de los Créditos Jedi que denotaban la ascensión de Nejaa al rango de Maestro. Entonces vi a Nejaa con su cara presionada mejilla contra mejilla con la de mi abuela. Me sorprendió porque yo sólo la había visto con mi abuelo, Rostek. Luego, en una imagen más extensa, vi a Scerra, Nejaa y un niño que se convertiría en mi padre.

Me apoyé contra la pared y cerré los ojos contra las lágrimas. Durante mi vida había escuchado muchas veces los lamentos de personas oprimidas que mantenían que el Imperio les estaba robando sus vidas, su dignidad y los derechos que merecían por la sencilla razón de su sabiduría. Había escuchado, pero no demasiado atentamente porque encontraba sus argumentos débiles y egoístas. Siempre me advirtieron que algún día sería mi turno, que los soldados de asalto irían a por mí, y ese día sería demasiado tarde. Me

reí de ellos entonces porque, con mi familia, nunca imaginé que el Imperio pudiera dañarnos.

Pero nos dañó. El Imperio ni siquiera existía cuando Nejaa murió, pero las acciones del Emperador obligaron a mi padre y a mi abuela a vivir una mentira. El miedo al descubrimiento había tenido que mortificar a mi abuelo cada día de su vida. Saber que había salvado a gente que podría resultar un antídoto contra el Imperio, pero tener que soportar ese miedo durante tanto tiempo, era increíble. Mi respeto por él se duplicó y duplicó de nuevo. *Es un héroe que nunca será reconocido por lo que ha hecho. Y debe haber más gente como él a lo largo de la galaxia… héroes desconocidos de tiempos oscuros.*

Deslicé los hologramas en mi bolsillo, luego volví y lo recoloqué todo en el baúl excepto el uniforme Jedi corelliano, la capa y las botas. Lo volví a cerrar, luego saqué el botín del refugio y lo escondí en el invernadero. Cerré la entrada al refugio y volví a enterrarla, volviendo a colocar el difusor y colocando el estiércol encima otra vez.

Mi abuelo se unió a mí cuando terminé el trabajo.

—¿Has encontrado algo de interés ahí abajo?

Asentí.

—Un pasado que nunca conocí —le ofrecí una sonrisa valiente—. Y un respeto renovado por alguien que demostró ser el mejor amigo que nadie podría tener.

Sus ojos se nublaron por un momento, luego sonrió y asintió lentamente.

—Un día ocupado, entonces. Tienes mucho en lo que pensar.

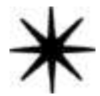
Sonreí.

—Sí, pero eso puede esperar. Ahora mismo, a un nieto le gustaría pasar tiempo con su abuelo, plantar macetas, entregar flores, pasear por la Calle de la Nave del Tesoro en busca de problemas. ¿Qué piensas?

Rostek Horn sonrió ampliamente y pasó un brazo sobre mi hombro.

—Creo que Ciudad Coronet está preparada para un poco de emoción. Ha pasado un tiempo desde que dos hombres Horn hicieron notar su presencia. Será una noche para recordar.

TREINTA



Fue una noche para recordar, pero por más que sólo el gran rato que pasé con mi abuelo. Llegamos a Ciudad Coronet y cenamos en el mejor restaurante de toda Corellia: Nova Nova. Normalmente las reservas se realizaban con varios meses de antelación, pero mi abuelo apareció llevando un ramo de flores, y nos admitieron en una habitación privada. Toda la comida era servida de forma *vanguardista*… pequeñas porciones organizadas en el plato como si fueran arte. Sensores en los utensilios transmitían datos a discretos holoproyectores, de modo que uno conocía el contenido exacto de cada bocado, incluyendo indicios de los sabores sutiles que uno debía esperar paladear, o anécdotas relativas a la creación del plato.

Esto me hizo preguntarme si el chef de Siolle Tinta, Chid, estaba trabajando en la cocina.

Después de eso fuimos al club privado del pináculo del edificio más alto del planeta. El Club Último Ocaso tomaba su nombre del hecho de que era el lugar de la ciudad donde el sol brillaba por último antes de la noche, y del hecho de que la mayoría de los miembros se consideraban la gente más cultamente iluminada del planeta. Cuando yo trabajaba en SegCor solíamos bromear sobre el club porque sabíamos que ninguno de nosotros podría permitirse unirse jamás; pero mi abuelo se convirtió en miembro tres años atrás, y la mitad de las plantas del lugar eran híbridos que él había creado.

La abrumadora elegancia de mi entorno contrastaba incisivamente con lo que había conocido en la Academia Jedi, haciendo que Yavin 4 pareciera un recuerdo lejano. Ciudad Coronet resultaba más apropiada para mí, encajaba mejor aquí. El entorno selvático de la academia siempre me había resultado un tanto incómodo. Me di cuenta, sentado en una butaca de cuero de nerf, bebiendo brandy corelliano y viendo cómo la ciudad se extendía bajo mis pies, que siendo un ser nacido y criado en ciudad, tenía preferencia por la urbanidad y la civilización. Coruscant estaba excesivamente urbanizado para que me sintiera cómodo allí todo el tiempo, pero aquí, en Corellia, podía sentirme en casa de nuevo.

Bonito lugar para criar niños.

Mi abuelo me contó historias de Booster Terrik antes de que mi padre lo enviara a Kessel, antes de que Jorj Car'das se tragara la organización de Booster, sólo para que su organización fuera tomada por Talon Karrde.

—Así que, ya ves, cuando Hal atrapó a Booster aquella primera vez, Booster lo consideró pura suerte, y después de eso siempre trabajó duro para burlar y eludir a Hal —mi abuelo sonrió ampliamente—. Creo que Booster nunca ha apreciado realmente las habilidades de tu padre como detective.

Hablamos de muchas cosas esa noche, incluso en el viaje de vuelta a la hacienda. Esa noche descubrí en mi abuelo a alguien que nunca había conocido antes. Por supuesto, mi primera relación con él fue la de un niño con su abuelo, lo cual traía consigo cierta conducta. Cuando llegué a la edad adulta, me uní a SegCor, y nuestra relación pasó a ser más profesional. No fue un cambio deliberado, sino un cambio natural, ya que nuestros trabajos dominaban nuestras vidas. A pesar de que yo podía hablarle sobre mis enredos románticos, eso de nuevo nos dejaba como un joven que hablaba con un adulto maduro. Y luego, cuando murió mi padre, el dolor que ambos sentimos nos golpeó emocionalmente hasta el punto en que compartir sentimientos dolía demasiado, así que estoicamente no tocamos temas que reabrirían viejas heridas.

En esta noche, por primera vez, pude relacionarme con él de adulto a adulto. Era un sentimiento extraño, pero uno del que me sentía muy orgulloso. Ahí estaba el hombre que conocía a mi padre y a Nejaa mejor que nadie. Si *él* podía apreciarme, si *él* podía respetar lo que yo había hecho, entonces había una buena probabilidad de que *ellos* también lo hicieran. Esta comprensión reprimió algo de la incomodidad que había sentido desde mi enfrentamiento final con Exar Kun, y esa noche me fui a dormir sintiéndome mejor de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

El Maestro Skywalker dijo una vez que los Jedi no sueñan, así que cuando me encontré en un mundo brillante y árido, con mi sable de luz apagado pero sostenido en mi mano derecha, me pregunté cómo había llegado allí. Vi las mangas esmeralda de mi túnica Jedi corelliana, e incluso eso no parecía fuera de lugar, aunque el material era mejor que el de la ropa que me dieron en Yavin 4. Hasta que miré a mi derecha y vi a Ylenic It'kla, resplandeciente con su túnica púrpura, y, más allá de él, al General Jedi con su escueta túnica marrón y caqui, no me di cuenta de que *yo* no era *yo*.

Los tres, esparcidos lo suficiente como para darnos espacio para luchar, estábamos en una depresión polvorienta en forma de cuenco bajo una cúpula de duracreto. Una docena de pilares de tres metros de altura diseminados alrededor de su circunferencia sostenían la cúpula en alto, permitiendo que la luz del exterior iluminara la arena. Tiendas provisionales y cobertizos de almacenamiento ocupaban un cuarto de la arena en la dirección hacia la que estábamos encarados. Emergiendo del pabellón central, tres figuras se colocaron frente a nosotros. Cada una llevaba un sable de luz. Su líder, un hombre alto y rubio alineado frente al general, estaba un paso más cerca de nosotros que sus camaradas. Una mujer pelirroja estaba alineada frente a Ylenic, mientras que un anzati, con sus probóscides apenas comenzando a sobresalir desde las bolsas en las mejillas que las ocultaban, se alineó para oponerse a mí.

El general (su nombre me eludía aunque sabía que reconocía algo acerca de él) habló con mucha precisión.

—Estáis jugando con cosas que no podéis controlar; cosas que casi destruyeron el milenio de los Jedi antes. Hemos venido a pediros que abandonéis vuestra maldad y regreséis a la luz.

El líder rio despacio, su voz sonó grave y cargada de desprecio.

—Los débiles siempre temen que los fuertes se alcen para reemplazarlos.

—Y los necios siempre se ven a sí mismos como fuertes —las palabras surgieron de mi garganta y pude sentir a mis labios formándolas. Incluso casi sonaban como algo que yo diría, aunque más formal (*más arcaico y preciso*) de lo que me hubiera gustado.

La voz de Ylenic sonó apacible pero fuerte.

—El miedo marca el camino equivocado. Os ofrecemos liberaros de vuestro miedo.

Su líder activó el sable de luz.

—También nosotros os ofrecemos libertad.

El anzati, más alto que yo, más oscuro, completamente humanoide excepto por sus probóscides que se desenrollaban por la excitación, encendió su hoja azul y se acercó a mí. Nikkos Tyris (su nombre me llegó fácilmente) sostuvo su sable de luz en una posición que no había visto antes. Colocaba la mano izquierda en la empuñadura bastante cerca de la reluciente hoja, pero la misma hoja se extendía hacia abajo desde el borde inferior de su mano hacia el suelo. Su mano derecha sujetaba el extremo inferior del sable de luz. Manteniendo la hoja apartada de su cuerpo, con la mano derecha a la altura de su barbilla, podía mover la hoja adelante y atrás en un triángulo de cobertura que le protegería bien. Este estilo de triángulo (el pensamiento me llegó de repente como un recuerdo perdido hace mucho tiempo) favorecía a un hombre rápido, y podía combinar ataques de barrido a mis piernas con golpes rápidos de muñeca que me abrirían desde la ingle a la barbilla.

Yo conocía el miedo, pero la persona que era en el sueño lo apartó. Mantuve mi hoja plateada en una guardia simple, aunque incliné la hoja hacia delante, apuntándola hacia su garganta. Giramos uno alrededor del otro, entonces él atacó. Su hoja se deslizó hacia mi pierna derecha. Bajé mi hoja para bloquearlo, volaron chispas cuando nuestras hojas se estrellaron entre sí. Subió su hoja sobre la mía, y la llevó a un tajo horizontal destinado a decapitarme.

Percibí un olor acre cuando algunos de mis cabellos se derritieron bajo la letal caricia del sable de luz, pero me agaché esquivando el golpe con suficiente margen. Girando mis muñecas, volví a bajar mi hoja, barriendo a través de donde debían haber estado sus piernas, pero él había saltado apartándose de mi ataque. Retrocedió por el aire, demostrando una gran habilidad con la levitación, y aterrizó suavemente a cuatro metros de mí.

Sus oscuros ojos relucieron por un momento, entonces un puño invisible se estrelló contra mi pecho, haciéndome retroceder. Liberó su mano derecha del sable azulado e hizo gestos casuales con sus dedos hacia mí. Una piedra del tamaño de un puño salió disparada hacia mí desde el suelo, haciéndome un corte en el hombro izquierdo. El dolor recorrió mi brazo, dejándolo entumecido. Se rio y lanzó otra piedra hacia mí. La desvié

con mi sable de luz y sonreí, entonces otra piedra se estrelló contra el lado izquierdo de mi cabeza.

Caí con dureza, levantando una pequeña nube de polvo cuando golpeé el suelo. Mi sable láser salió rebotado de mi agarre y no vi dónde aterrizó. Sacudí la cabeza para intentar aclararme, pero el dolor y un débil zumbido lo hicieron difícil.

Podía sentir sangre recubriendo el lado izquierdo de mi cara y la aparté con la manga izquierda de mi túnica. Oí el crujido de la grava bajo sus botas a medida que Tyris se acercaba. Conseguí levantarme hasta ponerme en cuclillas, miré a mi derecha y finalmente vi mi sable de luz tendido allí, a dos metros de distancia. Quería convocarlo a mi mano, pero sabía que nunca vendría. Podía lanzarme a por él, pero su sable de luz me mandaría al suelo antes de que yo llegara allí.

—Así que es verdad lo que dicen sobre la línea Halcyon. Sois mynocks con las alas cortadas —una sonrisa maligna se extendió a través de la cara de Tyris mientras giraba el sable láser para mostrarme la herramienta de mi destrucción—. Sois una línea de debilidad.

Sonreí, sabiendo lo que tenía que hacer.

—Tenemos nuestras fortalezas.

—¿Ah, sí? —movió la hoja atrás por su izquierda, preparándose para cortar a través de mí—. Será mejor que convoques una deprisa.

En el segundo de vida que me dejó, capté una visión de él de pie sobre mí y mis compañeros muertos. Nuestros cuerpos asesinados se desvanecieron, pero su risa burlona no. Sabía con una certeza tan clara y dura como el transpariacero que si no podía lidiar con Tyris, mis amigos y nuestra misión aquí serían destruidos. No podía dejar que eso sucediera, así que actué.

Me lancé hacia mi sable láser, con la mano derecha extendida para cogerlo. Mi cuerpo giró en el aire mientras volaba. Aterricé sobre mi espalda, derrapando los últimos centímetros hasta donde mi mano se cerró sobre la empuñadura de la hoja. Incluso mientras tensaba mi agarre, incluso cuando empecé a llevar la hoja hacia una posición de bloqueo, supe que sería demasiado tarde.

También lo supo Tyris.

Su hoja me apuñaló por el pecho. La hoja azulada vaporizaba carne y sangre mientras penetraba, reduciendo mi corazón a vapor y humo dulce. Apuñaló más profundamente, reventando arterias y quemando a través de mi espina dorsal. La parte inferior de mi cuerpo se entumeció, aunque apenas me di cuenta debido a la ola de agonía que subió a través de mí hasta el cerebro. Amenazó con abrumarme, dejando que la oscuridad royera mi visión. Estaba muriendo y lo sabía, y me asaltaron remordimientos junto al dolor.

Pero aún no estaba muerto.

Yo era un Halcyon. Era un Jedi.

Un Jedi no conoce el dolor.

En un instante toda la agonía física cesó tan eficazmente como si hubiera pulsado un interruptor y apagado todos mis receptores de dolor. Todo lo que me quedaba era una

increíble claridad mental y un sentido de propósito. Había dedicado mi vida al servicio de los demás, al servicio de la Fuerza. No abandonaría sin cumplir con mi deber. Me concentré y empleé el mayor don de los Halcyon contra mi enemigo.

Absorbí la energía del sable de luz del anzati y me obligué a sonreír mientras lo hacía. Saboreé sangre en mi boca, pero ese hecho no me provocó pánico. Era intrascendente. Más elocuente fue la expresión de sorpresa en la cara de Tyris cuando su hoja azul parpadeó una vez, luego dos veces, y luego se apagó. Había drenado hasta el último julio de su sable y le dejé leer en mis ojos que debería estar muy asustado.

Con la energía que había reunido lo arranqué del suelo con un gigante puño invisible. Él gritó, creo; al menos su boca se movía como si estuviese gritando. Hice que el puño se contrajera y no sentí resistencia mientras sus huesos se rompían. Lo dejé colgar flácidamente en el aire por un momento, entonces lo arrojé atrás a través de las tiendas para que se estrellara contra la cúpula y un soporte. Sentí una sacudida a través de la Fuerza y vi un destello azul de luz, pero para entonces mis reservas de energía se habían desvanecido.

Como también yo me había desvanecido. Sentí una punzante agonía roja abalanzarse para llenar mi consciencia, pero salí de mi prisión carnal antes de que pudieran encadenarme a ese lugar para siempre.

Me senté erguido en la cama, con el sudor derramándose por mi cuerpo. Busqué el agujero quemado en mi pecho, pero no encontré nada. Me dolía la cabeza, pero no encontré cuero cabelludo desgarrado, ni ningún chichón creciendo por una pedrada, no había sangre. Un escalofrío recorrió mi columna y me di cuenta de que en realidad *podía* sentir la parte inferior de mi cuerpo otra vez.

Salí torpemente de la cama y me tambaleé hacia la estación de aseo de mi habitación. El agua fría comenzó a correr y me mojé la cara mientras los paneles luminosos de la estación se iluminaban. Bebí de mis manos ahuecadas, apaciguando una sed intensa, luego bajé mi cara hacia el lavabo y dejé que el agua fluyera por la parte de atrás de mi cabeza.

Finalmente levanté la cabeza. Mientras el agua caía por mi espalda y pecho, miré al espejo y vi la cara de mi abuelo donde la mía debía estar. Cerré los ojos y sacudí la cabeza. Abriéndolos de nuevo, entre las gotitas de agua que habían salpicado el espejo y bajaban por él, vi que las facciones de Nejaa Halcyon se desvanecían y regresaban las mías. Alcé las manos y toqué mi propio rostro, dejando que mis dedos confirmaran lo que mis ojos veían, y eso envió un estremecimiento a través de mí.

Me aparté del espejo y enterré la cara entre mis manos. Durante las últimas diez semanas había sido un idiota. Podría haberlo visto, debería haberlo visto, pero al ir a la academia me aparté de los amigos que me habrían ayudado a que todo estuviera claro.

El dicho de mi padre, «si no puedes reconocer al hombre del espejo, es hora de dar un paso atrás y ver cuándo dejaste de ser tú mismo», debería haber sido mi guía todo el camino. Uniéndome a Luke no fui yo mismo, estaba tratando de convertirme en mi

abuelo. Y el sueño había dejado abundantemente claro que hacerlo era un desastre. Corran Horn no era un Jedi.

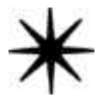
Lo que Corran Horn *era* era un investigador, entrenado por SegCor, para manejar todo tipo de problemas como los Odis. Si hubiesen sido una banda pirata trabajando en el sector corelliano, me habría infiltrado entre ellos, habría desenterrado sus secretos, y los hubiera destrozado. Había hecho eso mismo docenas de veces en mi carrera. Por supuesto, ninguna organización a la que me había enfrentado había sido tan grande, poderosa o esquiva, pero el tamaño trabaja en contra de la eficacia en las organizaciones criminales, y el poder facilita que la codicia se enfrente a la codicia, creando discordia.

Había pasado diez semanas perdiendo el tiempo cuando podía haber estado ahí fuera yendo tras los secuestradores de Mirax de la mejor manera que sabía. Ese tipo de investigación ciertamente llevaría tiempo… meses incluso, pero al menos estaría haciendo algo que me acercaría a Mirax. Las cosas Jedi que había aprendido estaban bien para salvar la galaxia, pero yo sólo quería salvar a una persona, y *podía* salvarla.

Me volví de nuevo hacia el espejo y asentí hacia el hombre que vi allí.

—Me alegro de verte de nuevo, Corran Horn. Es hora de que este asunto de los Odis termine de una vez por todas.

TEINTAIUNO



La azafata de la lanzadera me sonrió y se inclinó para que su susurro no llegara muy lejos. Realmente no importaba, ya que mi compañero de asiento y yo éramos los únicos de los que habíamos embarcado que estábamos en el camarote Premier de la lanzadera.

—Disculpe mi atrevimiento, señor, pero su pase posee una bandera ultravioleta, y en Líneas Tinta nos gusta ofrecer algunos privilegios a tales respetados clientes. El capitán todavía no está a bordo, pero se preguntaba si le gustaría unirse a él en la cabina para el lanzamiento y el tránsito hacia el *Arcoíris Tinta*.

Sonreí, y me habría negado, pero Jenos Idanian, en el que me había convertido para mi viaje de salida de Corellia, nunca lo habría hecho.

—Sería un placer unirme a él.

Sonó un tono en la parte trasera. La azafata, bastante resplandeciente con su uniforme azul y dorado de Líneas Tinta, miró atrás hacia el camarote de pasajeros principal. Allí una mujer kuati estaba haciendo lo que podía para colocar una enorme maleta en un compartimiento de almacenamiento sobre el asiento y cerrar la puerta. La azafata suspiró.

—Usted, por supuesto, conoce bien una lanzadera clase *Lujo*, así que puede dirigirse a la parte delantera cuando quiera.

—Gracias.

Mi compañero de asiento, un joven cuyas características más prominentes eran una gran laringe y una nariz aún más grande, sonrió radiante hacia mí.

—¿Realmente conoces bien estas naves? Las he estudiado en la escuela técnica y sé que tienen el Astronav P127 Trazador de Cursos, pero por supuesto, no vamos a usarlo ya que sólo haremos un salto dentro del sistema, pero es una belleza y puede obtener cursos muy rápido, incluso saltos múltiples, y cuando usé el de la escuela pude trazar un curso muy complicado en cuestión de segundos.

Levanté una mano.

—Más despacio, respira.

—Lo siento —me sonrió tímidamente—. Es sólo que siempre, siempre y siempre he querido volar. Desde que era pequeño, quiero decir, muy pequeño, he oído historias sobre la Rebelión, bueno, la Nueva República ahora, y el Escuadrón Pícaro y todo eso, y yo siempre he querido volar igual que ellos. Y cuando el Gran Almirante Thrawn apareció me ofrecí voluntario para servir y combatirle, pero probé no ser muy bueno, así que fui a la escuela técnica para aprender a arreglar naves y entonces vieron que se me daba bien la navegación, por lo que me entrenaron para eso, pero luego Thrawn desapareció y las fuerzas fueron desmovilizadas y por eso estoy buscando un trabajo civil con Líneas Tinta…

—En serio, oye, sólo respira —le ofrecí mi mano porque era el tipo de cosa que Jenos haría—. Jenos Idanian.

—Keevy Spart —se limpió el sudor de la frente con una mano de dedos largos. Pecas lo cubrían. Llevaba su cabello pelirrojo más corto que el mío y era lo suficientemente delgado como para que casi me recordara a Kirtan Loor, pero este chico no era tan estúpido ni mezquino—. Entonces, ¿has pilotado una de estas cosas?

—Así es, Keevy, la variante militar. Durante la Rebelión —miré alrededor del camarote Premier—. Aquellas lanzaderas no tenían las comodidades que tiene esta, y los soldados iban bastante apretujados. Además nuestro ordenador de navegación no era tan sofisticado como el que has descrito.

—Oh, qué emocionante.

Sonreí.

—Háblame de ese ordenador de navegación.

—Está bien… —comenzó.

Me recosté en mi asiento y mantuve una sonrisa en la cara porque eso es lo que Jenos habría hecho. El día siguiente a la pesadilla me reuní con mi abuelo en el invernadero y le dije lo que había decidido hacer: marcharme de Corellia e infiltrarme en los Odis. Él aplaudió el plan e inmediatamente se puso a organizarlo todo para llevarlo a cabo. Echó un vistazo a la identificación que Booster me proporcionó y, después de calificarla como «marginalmente adecuada», cogió el comunicador y al cabo de poco tenía documentos para mí que parecían bastante genuinos.

—Corran, son *completamente* genuinos —mi abuelo me sonrió—. Pasarán la inspección más rigurosa.

Observé la tarjeta de identificación con mi holografía en ella.

—¿Quién es Jenos Idanian?

—¿Originalmente? Fue un ladronzuelo de poca monta un poco mayor que tú. Desapareció, pero su expediente todavía estaba en el archivo. Ajusté los detalles y la edad para que se ajustara mejor a ti. Ahora tienes algunos antecedentes por pecados de juventud, incluyendo algunos problemas relacionados con el robo de naves y algunos arrestos por contrabando. No lo suficiente para hacerte notorio, pero lo suficiente como para sugerir que sabes lo que haces. Para tus propósitos, Jenos se ha reformado desde entonces, en parte debido a su participación en la Rebelión, y ahora trabaja como comerciante vendiendo naves espaciales usadas.

Pensé por un momento, luego asentí. Los antecedentes no eran tan inverosímiles como para que no pudiera asumirlos. Añado una racha de mala suerte que se convierte en amargura respecto a la gente rica que roba mis comisiones, y me convierto en un posible candidato a pirata con las habilidades que ellos necesitan.

—¿Estás seguro de que este Jenos no vendrá a buscarme?

—No se ha sabido nada de Jenos desde hace más de veinte años. Si hubiera salido a la luz, tu padre lo habría atrapado, ya que Hal estuvo a punto de detenerlo en aquel entonces —la sonrisa de Rostek Horn flaqueó sólo ligeramente—. También he dispuesto el

transporte para ti en la nave de Líneas Tinta *Paleta Tinta*. Harás un transbordo al *Arcoíris Tinta* en el Sistema Bormea e irás a Coruscant. Desde allí, sospecho que podrás hallar tu camino hacia el *Ventura Errante* y los Odis.

Fruncí el ceño.

—Las naves Tinta son cruceros de lujo y sus plazas se reservan con meses de antelación.

—A Siolle Tinta le encantan las flores, Corran —arrancó un brote de una pequeña plántula—. Le gustó la idea de que un amigo tuyo fuera tratado como uno de la familia.

—Puede que hayas conseguido anular las sentencias de muerte que pesaban sobre mí, pero todavía hay simpatizantes imperiales aquí a quienes no les importaría capturarme y venderme al Alto Almirante Teradoc o a cualquier otro autodeclarado señor de la guerra. ¿No debería mantener un perfil más bajo y no embarcar en un crucero de lujo?

Mi abuelo se rio con naturalidad.

—Mi querido muchacho, hay dos cosas que debes recordar sobre los simpatizantes imperiales en Corellia: en primer lugar, nunca creerían que un rebelde fuera lo suficientemente estúpido como para venir a Corellia, y, en segundo lugar, les resultaría imposible creer que un rebelde pudiera ser capaz de permitirse un pasaje de lujo en un crucero estelar. Los simpatizantes imperiales de aquí viven en un mundo de fantasía de hace veinte años. Piensan en los días del Moff Vorru como una edad dorada. Aparte de algunos oficiales de SegCor, dudo que nadie más sepa que eres un rebelde, y esos oficiales nunca te pondrían una mano encima.

—¿Tienen miedo a las flores?

—Algunos. La mayoría recuerdan a tu padre muy bien.

—Ya veo —suspiré—. No puedo expresar lo mucho que aprecio que hagas esto por mí. He sido un tonto y creo que lo sabes. Me gustaría darte las gracias por no habérmelo echado en cara.

Me observó atentamente, con sus ojos grises enfriándose.

—¿En qué has sido un tonto?

—En tratar de convertirme en un Jedi con el fin de salvar a Mirax. He perdido mucho tiempo.

Rostek se limpió las manos, luego colocó los puños en su cadera.

—Debo dejarte esto muy claro, Corran. No creo que hayas sido un tonto. Lo que has aprendido es lo que necesitabas aprender. Bien puede ser que no todo lo que has estudiado en la academia te ayude a encontrar y salvar a Mirax, pero eso no podrías haberlo sabido antes. Vi a Nejaa hacer muchas cosas para resolver casos que no tuvieron nada que ver con la Fuerza o con su entrenamiento como Jedi… excepto cuando ese entrenamiento lo convertía en mejor persona. Pasar por ese entrenamiento y ser capaz de tomar la decisión de que debes abandonarlo exige una madurez que nunca vi en ti antes. Por supuesto, tus aventuras con el Escuadrón Pícaro y tu matrimonio con Mirax probablemente te proporcionaron mucha de la madurez; pero no debes devaluar tu

entrenamiento. El hecho de que no te haya llevado donde querías ir no significa que la experiencia no fuera buena para ti.

—Lo siento, no pretendía ofenderte.

—No lo has hecho. Retengo recuerdos muy queridos de Nejaa Halcyon. Considero que mi trabajo aquí, preservando su conocimiento de la Fuerza, es lo más grande que podría haber hecho con mi vida; y me alegro de que tú tengas acceso a todo. Incluso lo compartiré con tu Luke Skywalker, si lo deseas.

—Por favor.

Él asintió.

—Considéralo hecho. Estoy muy orgulloso de ti, Corran, y de cualquier rumbo que tomes en la vida. Puede que los tiempos no hayan cambiado mucho aquí, en Corellia, pero tu habilidad para sobrevivir en el torbellino de la guerra civil me asombra.

Me acerqué y le di un abrazo.

—Una vez más, gracias.

Él sonrió mientras nos separábamos.

—Oh, en el paquete de documentos, junto con las tarjetas de datos que te di, incluí una copia de los archivos de SegCor respecto a ese contrabandista por el que preguntaste, Jorj Car'das. Los archivos son viejos… desapareció hace casi tanto como Jenos Idanian. Espero que sean útiles.

—Yo también. Saldarán una deuda.

—Bien —miró su cronómetro—. Será mejor que termines de recoger tus cosas. Tosruk te llevará al espaciopuerto.

—Antes, una cosa más —me giré y abrí la pequeña mochila que había dejado en el banco de macetas más cercano a la puerta. Saqué el sable de luz de Nejaa Halcyon y le ofrecí la empuñadura a mi abuelo—. Un sable de luz es la posesión más preciada de un Jedi… después de sus amigos. No puedo llevarlo conmigo porque muy pocos piratas los usan estos días y, para ser honesto, no me he ganado el derecho a usarlo. No soy Nejaa Halcyon. No soy realmente un Caballero Jedi. Quiero que lo guardes, que lo mantengas a salvo, como has hecho con su conocimiento y su memoria.

Mi abuelo lo aceptó cuidadosamente, como si pesara cincuenta kilos.

—Puede parecer extraño, pero esta era la pieza que faltaba. Cuando le conocí, este sable de luz era parte de él, un instrumento de la justicia. Cuando murió y el sable de luz nunca regresó con él, sentí que la justicia también había desaparecido. Ahora, tal vez, haya vuelto.

Una sola lágrima rodó por su mejilla.

—Puede que estés en lo cierto y este no sea el momento para aceptar tu herencia Halcyon, pero cuando estés listo, esto te estará esperando.

Lo dejé allí, solo en el invernadero con sus recuerdos y los recuerdos que había almacenado en las plantas. Tosruk me llevó al espaciopuerto, donde embarqué en el *Paleta Tinta*, y ahora me encontraba, varios días después, sentado junto a Keevy Spart, escuchando la triste historia de su vida.

—No me digas —le dije.

—Sí, sí, todo es cierto. He recopilado cada relato que he podido encontrar sobre el Escuadrón Pícaro y quiero armar una historia de la unidad. Conozco todos los perfiles de los pilotos, cuántas muertes tuvieron, de dónde son…

—El aspecto que tienen…

—Por supuesto —me miró fijamente—. ¿Alguna vez has conocido a alguno de ellos?

—¿Yo? No, ni siquiera de pasada —asentí hacia la ventana externa—. ¿Aún no se ve el *Arcoíris*?

Keevy se calló y apretó su rostro contra la ventana de transpariacero. La lanzadera, la *Siete Azul Tinta*, estaba atracada en el exterior del *Paleta*, conectada de forma segura a la nave más grande por un anillo de acoplamiento. La pasarela de la lanzadera se había extendido introduciéndose en la nave para permitir que el pasaje subiera a los compartimientos de pasajeros mientras la tripulación de la nave transfería nuestro equipaje a la bodega de la lanzadera. Una vez que todo el mundo estuviera a bordo y la lanzadera estuviera lista para viajar, nos dirigiríamos hacia el *Arcoíris Tinta* y desembarcaríamos a través de un acoplamiento similar. Los pasajeros del *Arcoíris* que quisieran unirse al *Paleta* serían enviados en una lanzadera diferente y ambas naves seguirían con sus cursos con un mínimo de retraso.

—Todavía no veo nada —su posición en la ventana añadió un tono nasal a su voz—. Sin embargo, la nave debería aparecer pronto.

—Bueno, entonces, supongo que aprovecharé la oportunidad de visitar la cabina.

Keevy se volvió y me agarró del brazo.

—Llévame contigo, por favor.

—No sé.

—¿Por favor? —me miró con unos ojos marrones lastimeramente grandes y tristes—. Esta es probablemente la única oportunidad que tendré de ver un AP127TC en una lanzadera real.

Le fruncí el ceño.

—No tocarías nada, ¿verdad?

Su voz se empequeñeció.

—No.

—Tal vez interceda por ti ante el capitán. Debería subir a bordo pronto —me retorcí en mi asiento para salir y por el rabillo del ojo vi un destello blanco en el espacio exterior—. De hecho, me pregunto qué lo está reteniendo. ¿Ese es el *Arcoíris*?

Keevy miró afuera de nuevo.

—No, parece un destructor estelar imperial Mark II, y un montón de naves más pequeñas con él. Vienen hacia aquí.

Me levanté de mi asiento y me volví hacia la azafata, pero cuando lo hice, dos hombres llegaron corriendo por la pasarela y aparecieron en la parte delantera del camarote principal. Ambos portaban blásters enfundados en sus caderas y uno, el más grande, blandía una vibroespada enorme.

—Mantengan la calma —urgió el más pequeño con las manos levantadas—. Mantengan la calma y nadie resultará herido.

La azafata tranquilizó a dos personas mientras el hombre más pequeño me hacía señas para que dejara el camarote Premier y me uniera al resto de los pasajeros. Al parecer, no había notado a Keevy.

—Me alegro de que pueda unirse a nosotros. Somos del *Odioso* y estamos aquí para aliviarles de sus riquezas.

Un hombre mayor apuntó con un dedo pálido al líder.

—Tú eres Laanars, mi sobrecargo.

Laanars se movió rápidamente hacia el pasillo de estribor, se acercó al hombre y lo abofeteó.

—Lo era, montón de estiércol de nerf. Hice tus recados porque sabía que este día llegaría.

—No tienes que hacer daño a nadie más —mantuve mi voz fría mientras me encontraba con su mirada de ojos castaños. Yo estaba en el pasillo de babor, mirándolo a través de un bloque de tres asientos—. Tienes el control. Puedes tomar lo que quieras.

—Eso es cierto, yo *tengo* el control —el compañero más grande de Laanars pasó junto a él y se paró cerca del extremo del pasillo de estribor. Laanars levantó una mano y meneó los dedos—. Vamos con las joyas. Si no las entregáis, Biril os mostrará por qué jamás le dejarán trabajar como manicuro.

Pude sentir el flujo de ansiedad que brotaba de todo el mundo y recurrí a una técnica Jedi rápida para evitar ser abrumado por ello. Extendí mis sentidos, expandiendo mi esfera de responsabilidad para abarcar completamente la lanzadera. Deseé poder llegar a todos, inducirles calma, o hacer que los dos piratas se durmieran, pero no tenía tales habilidades. Lo mejor que podía hacer, confirmado por una larga experiencia en situaciones de rehenes, era dejar que los piratas obtuvieran lo que querían.

Entonces percibí a Keevy tensándose para atacar. Sin ser visto, se había abierto camino a través del camarote Premier y estaba preparado para saltar sobre Biril. El pirata era lo suficientemente grande como para que dudara de que siquiera sintiera el impacto del asalto de Keevy. Sin ningún esfuerzo, Biril se sacaría a Keevy de encima, y entonces probablemente despedazaría al chico.

Y Keevy, habiendo crecido toda su vida queriendo ser un héroe, veía esto como su oportunidad.

Sería un héroe, de acuerdo… pero uno muerto.

—Oye, amigo —llamé a Laanars—. No repetiré esta oferta. Marchaos ahora, y no resultaréis heridos.

—Si alguien resulta herido, no seré yo —Laanars me observó atentamente—. Siéntate y cállate.

Me encogí de hombros y sacudí las manos.

—En cuanto te hayas ocupado de mí.

Laanars miró a derecha e izquierda, con incredulidad en el rostro.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? —su mano derecha cayó sobre la culata de su bláster mientras me miraba directamente a los ojos—. Estás muerto.

Usando la Fuerza, llené su mente con la imagen de su bláster siendo desenfundado y apuntado directamente a mi frente. Pinté un semblante de terror en mi cara, pero le di la impresión de que había estado ocultando un bláster en mi manga derecha. Él lo vio aparecer en mi mano y oscilar para ponerse en línea con su cuerpo. No tenía elección. Apretó el gatillo tres veces.

Pero su bláster todavía no se había deslizado ni siquiera hasta la mitad de su funda. Los tres disparos le golpearon en el muslo derecho, haciendo colapsar la pierna. Cayó gritando y se revolvió en el suelo del pasillo. Biril corrió hacia él y se agachó, lo cual le sacó del rango de ataque de Keevy. El hombre más grande miró a su compañero herido, luego a mí.

—Estás muerto.

—No creo —puede que la línea Halcyon no fuera fuerte en los caminos de la telequinesis, pero no se requería mucho esfuerzo para deslizar el pestillo de un compartimento de carga repleto. El panel se abrió de golpe y los bultos de la kuati se desplomaron sobre Biril en la parte posterior de sus hombros. Se giró furioso, blandiendo la vibroespada, luego se volvió de nuevo hacia mí. Para entonces, sin embargo, yo me había impulsado saltando sobre los asientos centrales y lo sorprendí con un golpe en el pecho con los dos pies.

Retrocedió, tropezando y trastabillando sobre las maletas de la kuati, justo cuando Keevy venía cargando ciegamente desde el camarote Premier. La frente de Keevy se estrelló directamente en la barbilla de Biril. El hombre más grande flaqueó y se desplomó mientras que Keevy rebotó y aterrizó desmadejado sobre los regazos de dos mujeres jóvenes.

Agarré el bláster de Laanars, lo puse en aturdir y le disparé un tiro. Disparé dos tiros más en Biril. Me volví y le arrojé el arma a la azafata.

—¿Puedes retraer la pasarela?

Ella atrapó el arma y asintió vacilante.

—Puedo, pero sólo por orden del capitán.

Eché un vistazo a la etiqueta con su nombre.

—Muy bien, Annissya, tienes la orden.

—Señor, sé que está cualificado para pilotar una de estas lanzaderas, pero…

Abrí las manos.

—Hay más piratas viniendo, y el que seguramente no va a venir es tu piloto. Yo preferiría no estar aquí. Será mejor que escapemos, porque esperar aquí no nos hará ningún bien.

Ella pensó por un segundo, luego asintió.

—Como ordene, Capitán Idanian.

Agarré a Keevy por la camisa y tiré de él levantándolo de los regazos de las dos mujeres que, por la expresión de sus rostros, estaban convencidas de que él las había salvado de una muerte segura.

—¿Realmente sabes cómo manejar un AP127 lo que sea?

—¿El AP127TC? —su laringe rebotó arriba y abajo, su voz se quebró—. Sí, señor.

—No estás mintiendo, ¿verdad? Aquí hay vidas en juego.

Se enderezó y asumió una postura que claramente él pensaba que era militar.

—Puedo hacerlo.

Sonreí.

—A la cabina entonces, amigo mío. ¿Querías volar en combate? Pues vamos a hacerlo.

Keevy se frotó el chichón de la frente.

—¿Vamos a intentar esquivar un destructor estelar imperial?

—¿Te supone un problema? —estreché mis ojos.

—Bueno, no será fácil.

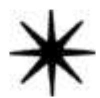
—Sí, bueno, si fuera fácil, no valdría la pena hacerlo —le di un empujón dirigiéndolo hacia la parte delantera de la lanzadera—. Simplemente trázame un curso y dame un vector de salida. Lo alcanzaré y todos saldremos de aquí.

Volvió la mirada hacia mí.

—Señor, ni siquiera un piloto del Escuadrón Pícaro podría sacarnos de aquí. Lo sé.

—Y después de esto, sabrás un poco más —le di unas palmaditas en la espalda—. Sujétate bien, hijo, estás a punto de emprender el viaje de tu vida.

TREINTAIDÓS



Me dejé caer en la silla de mando de la cabina, me puse los auriculares de comunicaciones y empecé a pulsar interruptores. La distribución no había sido modificada mucho respecto a la de la lanzadera que piloté hasta Yavin. Vi que el panel de control de armas había sido reemplazado por algo etiquetado como «sistema de entretenimiento». Encogiéndome de hombros, pulsé un botón y empezó a reproducirse un holodrama en la parte posterior.

Keevy se sentó a mi lado en la posición del navegante. Se abrochó el arnés de seguridad y se quedó sentado allí por un momento, entonces levantó la vista y se congeló.

El *Odioso* colgaba en el espacio, su forma de daga no estaba demasiado acentuada dado que estábamos viendo la nave de perfil. El plano de su cubierta estaba un poco por debajo del nuestro… si partiésemos en línea recta pasaríamos por encima a unos cien metros de la cubierta principal superior de la nave. Observé la nave del mismo modo que lo hubiera hecho de estar sentado en la cabina de un ala-X, inspeccionando las armas, localizando los generadores de escudo. En un monitor secundario realicé un escaneado del *Odioso* y vi que no tenía los escudos levantados.

Con sólo un torpedo de protones pagarías por esa arrogancia, Tavira. Eché un vistazo a Keevy, pero él no se había movido.

—¿Algún problema, Keevy?

Parpadeó y se estremeció.

—No, lo siento.

—¿Puedes manejar el ordenador de navegación?

—Sí, claro —empezó a pulsar botones—. ¿Adónde?

—Un salto corto hasta el borde del sistema, luego uno doble en dirección contraria, atravesándolo. Y desde allí saldremos —fruncí el ceño y pensé por un segundo—. Llévanos al Sector Quence, a Elshandruu Pica. Tengo amigos allí.

—Vale. Los cursos están siendo trazados.

Mi consola pitó y vi que la pasarela había sido retraída.

—Keevy, pulsa el botón verde de allí.

Miró hacia arriba y pulsó el botón que liberó las garras de acoplamiento y las replegó.

—Hecho.

—Bien. A tu derecha, la unidad de compensación inercial. Para la cabina, ajústala a 0,95. Para los pasajeros, ponla al máximo —miré alrededor—. Tenemos que tener los escudos por aquí en alguna parte, ¿no?

Keevy sonrió.

—Aquí, los tengo. Hey, son del modelo Defensor Supremo Chempat. Muy bueno.

—Espero que no los necesitemos —pulsé el interruptor de ignición, encendiendo la unidad impulsora principal, y derivé energía a los haces repulsores. Activé el intercomunicador de la nave y traté de mantener la voz ligera—. Estamos en marcha. Estén tranquilos y no deberían sentir nada.

Pulsé un botón en la unidad de comunicaciones para intentar hacer una llamada de socorro, pero un chirrido terrible surgió por los auriculares.

—Están bloqueando los canales de comunicación —activé el filtro de interferencias de la unidad de comunicaciones, lo cual hizo desaparecer el chirrido.

Keevy abrió mucho los ojos.

—No podemos pedir ayuda.

—No, realmente estamos por nuestra cuenta.

Por supuesto, si la ayuda estuviera lo suficientemente cerca como para llamarla, Tavira no estaría aquí. El hecho de que esté aquí significa que no hay ningún rescate en camino.

Annissya entró en la cabina y se ató en el asiento que me ofreció a mí anteriormente.

—Todo el mundo está sentado y asegurado.

—Muy bien —me tomé un momento, concentrándome, luego asentí—. Keevy, primer rumbo.

—Curso dos dos tres, ángulo tres uno cinco.

—Copiado. Energía de los escudos.

—Escudos al máximo.

—Annissya, ¿puedes activar el grabador del escáner? Quiero obtener tantos datos como pueda mientras salimos.

Coloqué mis manos en la palanca de mando y miré fijamente al *Odioso*.

—Allá vamos.

Presioné el acelerador y tiré de la palanca, levantando el morro de la nave. Mientras esta subía y el *Paleta* quedaba atrás por debajo de nosotros, pulsé el interruptor que bajaría las alas y las bloquearía en su posición. Sabía que si el levantar los escudos no había alertado al *Odioso* del hecho de que algo iba mal, bajar las alas sin duda lo haría. Un vistazo a la pantalla táctica mostró a tres tri-cazas rompiendo una patrulla y comenzando a tomar un vector hacia nosotros.

Las alas se colocaron en posición, así que presioné el acelerador al máximo, luego lancé la nave hacia delante en un descenso en picado.

Nuestra unidad de comunicaciones crepitó cuando las interferencias desaparecieron en la frecuencia de comunicaciones de emergencia.

—Lanzadera *Azul Tinta*, aquí el *Odioso*. Deténganse ahora y no les destruiremos.

Keevy me miró, horrorizado.

—¿No deberías decirles algo?

Asentí hacia el auricular de comunicaciones que estaba al lado de Keevy.

—Habla con ellos.

—¿Yo?

—Yo estoy ocupado aquí —giré la lanzadera y tiré de la palanca, dirigiéndonos arriba y sacándonos de nuestro descenso. Una vieja corbeta corelliana se había movido para bloquear nuestro curso, y llenó el espacio que nos rodeaba con rayos rubíes de luz. Vi dos haces iónicos azules pasar cerca, así que moví el timón y giramos a estribor, lo cual nos sacó de la aproximación que habíamos tomado. Rompí de nuevo hacia babor con una maniobra de tonel rápido, elevé el morro por un segundo, luego empujé la palanca hacia delante de nuevo.

Esto nos dejó con el *Odioso* llenando nuestro ventanal. Los turboláseres pesados de la nave giraron, tratando de disparar contra nosotros, pero nos habíamos acercado lo suficiente como para que los cañones, montados en los laterales, tuvieran problemas para rastrearnos. Mejor aún, el espectáculo luminoso que causaron al tratar de dispararnos hizo que los agarrados se separaran de nosotros por un momento.

Keevy se puso los auriculares.

—Aquí la *Siete Azul Tinta*, *Odioso*.

—Estupendo —murmuré—. ¿Vas a preguntar si sus intenciones son honorables?

Él se encogió de hombros.

—¿Son sus intenciones honorables?

—*Azul Tinta*, ¿estáis locos, o tratáis de suicidaros?

Keevy frunció el ceño.

—Una pregunta bastante tautológica, ¿no?

Los sonidos balbuceantes de confusión provenientes del oficial de comunicaciones del *Odioso* me incitaron a sonreír.

—Buena forma de dejarles perplejos, Keevy.

La sonrisa que crecía en su rostro murió abruptamente cuando una furiosa voz femenina surgió por la frecuencia.

—Aquí la Almirante Tavira, *Azul Tinta*. No estamos para juegos.

Levanté una mano para silenciar a Keevy.

—Lo siento, almirante, nosotros *sí*. Cógenos si puedes —pulsé el botón de apagado de la unidad de comunicaciones, luego volteé la lanzadera y avanzamos panza con panza con el *Odioso*. Tiré hacia atrás de la palanca para dirigirnos más allá del destructor estelar, entonces accioné los controles ligeramente hacia babor y la nave comenzó a avanzar en una agitada espiral que hizo que las estrellas se convirtieran en círculos blancos ante nosotros.

Por lo menos cuando las podíamos ver entre las láminas escarlata de fuego turboláser.

Keevy se tensó como si la convergencia de los rayos láser de babor y estribor fuera un muro contra el que íbamos a estrellarnos.

—¡Vamos a morir!

—Ni en broma —corté la aceleración, invertí el impulso por dos segundos, y luego lo puse al máximo de nuevo y enderecé nuestro vuelo. Los disparos de turboláser pasaron a nuestro alrededor y los escudos Chempat crepitaron cuando algunos de ellos nos rozaron, pero seguimos avanzando con nuestro casco intacto. Una vez pasado el punto de

convergencia, comencé a hacer que la lanzadera zigzagueara de nuevo—. Activa el hiperimpulsor cuando esté listo, Keevy.

El joven me miró fijamente.

—¿Cómo hemos…?

—Luego —le ofrecí una sonrisa tranquilizadora, y también sentí un gran alivio en mi interior. Había estado tratando a la lanzadera como si fuera un caza… aunque un caza monstruoso, grande y lento. En realidad, su manejo me recordaba al de un ala-Y, pero más lento y más tosco. No era una nave grácil, pero tampoco estaba pensada para serlo.

El hecho era, sin embargo, que era una nave *grande* con generadores de escudo enormes. Sobrevivir al golpe directo de una salva de un destructor estelar habría sido imposible, pero la maniobra de inversión del impulso había despistado a los artilleros del *Odioso* lo suficiente como para que sus disparos no llegaran todos al mismo tiempo. Los escudos habían perdido mucha energía, pero no se habían derrumbado, por lo que habíamos podido escapar. Aunque grande y lenta, la ventaja que la lanzadera tenía sobre un caza era su capacidad para sobrevivir a los daños.

Keevy tiró de la palanca del hiperimpulsor y las estrellas se alargaron en un túnel por un par de segundos, luego volvieron a convertirse en puntos cuando volvimos al espacio real.

—El nuevo rumbo es curso uno tres siete, ángulo cero cuatro cinco.

—Copiado —tiré hacia atrás de la palanca de mando y llevé la nave a estribor. Miré mi pantalla táctica—. Despejado y listos para irnos. Keevy, si haces los honores.

Keevy volvió a tirar de la palanca del hiperimpulsor y nos fuimos. En el extremo más alejado del sistema hicimos otra corrección de rumbo, luego establecimos el viaje a Elshandruu Pica. Había estado allí una vez antes, cuando el escuadrón estuvo por su propia cuenta, luchando contra Ysanne Isard por el control del cártel de bacta. Keevy, con su interés por el Escuadrón Pícaro, lo sabía todo de Elshandruu Pica, y nos entretuvo a Annissya y a mí con la aventura del Escuadrón Pícaro allí.

Su narración de la historia se prolongó más que la mismísima operación en sí, pero teníamos tiempo que matar. Y al final, por supuesto, fue Annissya quien quiso matar al pobre Keevy.

Volvimos al espacio real y nos puse en un curso hacia el *Ventura Errante*. Había apostado a que estaría aquí y me alegraba de verlo en el sistema. Kina Margath regentaba un complejo turístico en Elshandruu Pica y era una buena conocedora de todo lo fino y exótico, lo cual significaba que Booster la encontraba casi tan encantadora como encontraba encantador el dinero que ella le pagaba. El Club 27ª Hora de su complejo desafiaba permanentemente a los clientes a nombrar una bebida que el personal no pudiera combinar, y si lo conseguían, la cuenta del bar del cliente corría a cargo de la casa. Booster regularmente le suministraba recetas de bebidas nuevas y el licor utilizado

para prepararlas. *Yo creo que Booster tiene algo con Kina, pero Mirax piensa que es demasiado joven para su padre, así que no saco el tema a colación muy a menudo.*

Durante la larga narración de Keevy de la misión en Elshandruu Pica, preparé un informe para enviárselo al *Ventura Errante* sobre por qué estábamos allí y lo que quería yo de Booster. Lo envié mientras nos aproximábamos lentamente, esperé alrededor de quince minutos para que Booster lo leyera y pusiera los preparativos en marcha, y entonces pedí permiso para atracar en el *Ventura*.

La *Azul Tinta* obtuvo autorización inmediata y aterricé la lanzadera a unos cien metros del Cazador de Cabezas. El mismo Booster emergió de su oficina, resplandeciente con unas ropas muy llamativas y elegantes, aunque terriblemente brillantes. Recibió a cada uno de los pasajeros con calidez, prometiéndoles los mejores alojamientos después de su terrible experiencia. Hizo que algunos de sus hombres llevaran a los pasajeros inmediatamente arriba, al Nivel Diamante, con Annissya con ellos, dejándonos a Keevy y a mí en la lanzadera.

Booster se presentó a sí mismo a Keevy y los ojos del joven se iluminaron.

—¡Eres el suegro de Corran Horn!

—Él está casado con mi hija, sí —Booster se las arregló para mantener una sonrisa en el rostro—. Tengo un informe de aquí Idanian que dice que sabes manejar equipamiento de astronavegación. ¿Es eso cierto?

Keevy parpadeó una vez, luego asintió.

—Una nave como esta usa el sistema Sienar Viaestelar, ¿no?

—De hecho, así es —Booster sonrió en mi dirección—. Es un genio, sin duda.

—Sabía que opinarías eso —le di una palmada a Keevy en el hombro—. Nos sacó de un lío desagradable con los Odis. He pensado que si Líneas Tinta no le ofrece un empleo, tú podrías tener un trabajo aquí para él.

—¡¿Aquí, en el *Ventura Errante*?! ¿Yo? ¿Aquí? ¿En esta nave que ganó la Batalla de Thyferra? —Keevy pegó las yemas de los dedos a su labio inferior—. Eso no sería posible, ¿verdad? Quiero decir, la historia de esta nave y su historia con el Escuadrón Pícaro, y todas las cosas que has hecho con ella desde entonces, sería como estar en un museo o en una fantasía o en ambas cosas, un museo de fantasía.

Los ojos de Booster se estrecharon, pero mantuvo la sonrisa en su rostro.

—Ya hablaremos de esto, pero por ahora, Keevy, eres mi invitado. Hassla'tak, conduce a Keevy Spart a nuestra Suite Esmeralda.

Hassla'tak, un twi'lek cuyos lekku se retorcían como serpientes con agujas clavadas, hizo señas a Keevy hacia los turboascensores. Oí a Keevy comenzar a acribillarle con preguntas, pero el twi'lek sólo respondía en su propia lengua.

Booster hizo una mueca.

—No había escuchado a Hassla'tak usar ese tipo de lenguaje desde la última velada de juego sullustana.

—Keevy puede ser un poco agotador. Gracias por no dejarle saber quién soy.

—Me debes una.

—Ponlo en mi cuenta —señalé con un pulgar hacia la lanzadera—. Necesito que tu gente extraiga los registros del escáner y vea si alguna de las naves Odi puede darnos una pista de dónde se esconden.

—Lo haré enseguida —Booster me observó con atención—. Mara Jade está aquí. Ella y Calrissian llegaron haciendo preguntas sobre Jorj Car'das. Lando está arriba, en el Nivel Diamante, tratando de hacer saltar la banca —la irritación subrayó sus palabras.

—¿Está cerca de conseguirlo?

Booster se encogió de hombros.

—No mucho, pero más cerca de lo que me gustaría. Sin embargo, creo que le presentaré a tu amigo Keevy.

—Claro, sólo tienes que decirle a Keevy que esta es su oportunidad de obtener la perspectiva de Lando sobre haber ayudado a Wedge Antilles a destruir la *Estrella de la Muerte* en Endor.

—Oooh, ni siquiera tu padre era tan cruel, SegCor.

—Sacas lo mejor de mí, Booster —miré hacia el Cazador de Cabezas—. ¿Está Mara enfadada por lo de su nave?

—No parece que lo esté, pero quiere hablar contigo. Parecía saber que ibas en esta lanzadera incluso antes de que te comunicaras —sus ojos se estrecharon—. No estará usando cosas Jedi para ayudar a Lando a ganar, ¿verdad?

—Francamente, creo que a ella le gustaría comprar a Lando por lo que *ella* piensa que vale y venderlo por lo que *él* piensa que vale —sonreí—. No creo que ella lo esté ayudando.

Más allá de Booster vi abrirse un turboascensor y a Mara Jade emerger de él. Se dirigió directamente hacia nosotros con sólo un indicio de rigidez en su paso. Eso no me pareció extraño en ella, pero su selección de ropa parecía inapropiada. Los pantalones negros y la túnica cobriza parecían un poco varoniles, aunque la forma en que llevaba la corta capa negra colgando para cubrir el lado derecho de su torso parecía bastante a la moda. No vi su sable láser a primera vista, pero fácilmente podría haber sido escondido bajo la capa.

Booster inclinó la cabeza hacia ella.

—Os dejaré a los dos para que habléis mientras velo por la comodidad de Calrissian.

Mara gruñó.

—No te preocupes *tanto* por eso.

Arqueé una ceja en dirección a ella.

—¿No estás en algún tipo de asunto con él?

—Algo así, sí —me lanzó una mirada de disgusto y tironeó de su ropa—. Cuando llegamos aquí se ofreció a buscarme un atuendo más adecuado, llevándose la poca ropa que ya tenía. El sastre de aquí envió a mi suite todo un guardarropa de vestidos y otras cosas que Lando *deseaba* que yo vistiera a su alrededor. Yo he tomado represalias asaltando su armario de ropa. Tiene buen gusto para la tela, pero las túnicas son un poco estrechas de hombros para mí.

Me reí.

—Apuesto a que le encanta eso.

—En absoluto, y por eso voy a seguir tomando prestadas sus cosas de vez en cuando —la ligera insinuación de una sonrisa en su cara lentamente desapareció—. ¿Cómo estaba Luke cuando dejaste la academia?

Me encogí de hombros.

—Físicamente se ha recuperado de su suplicio.

Mara me lanzó una mirada de soslayo.

—¿Y mentalmente?

—Se hace preguntas, de algunas es consciente, de otras no —crucé los brazos sobre mi pecho—. Estuvo complacido al saber que te preocupaste por verificar que se pondría bien antes de dejar Yavin 4; pero le confundió el hecho de que no te quedaras hasta que se recuperó. Realmente pasaste más tiempo conmigo durante mi recuperación que con él.

Levantó la cabeza.

—No creerá que hay algo entre nosotros, ¿verdad?

—No vi ninguna indicación de que ese fuera el caso —sonreí y comencé a caminar hacia el Cazador de Cabezas—. Él nos conoce a ambos y sabe que eso nunca funcionaría entre nosotros. Tú y yo podemos ser compañeros de armas, e incluso amigos.

—Correcto, pero en nuestro interior somos muelles enrollados en direcciones opuestas —su sonrisa se contrajo en su rostro mientras ajustaba su paso al mío—. Si nos acercáramos, sería un lío terrible.

Asentí.

—Y acabaríamos rotos.

—Y entonces tu mujer nos mataría.

—Otro buen argumento —me estremecí—. Sin embargo, de vuelta a tu pregunta: Luke está entusiasmado con la academia y con lo bien que lo hicieron los estudiantes en la derrota de Exar Kun. No obstante, cuando me marché le hice una crítica turboláser de la escuela y, bueno, de *todo*, supongo.

—¿De todo?

Fruncí el ceño y me apoyé contra el tren de aterrizaje delantero del Cazador de Cabezas.

—Luke sugirió que si dejaba la academia cuando lo hice, estaría cometiendo un gran error y que sería presa del Lado Oscuro. Entonces… prácticamente me abalancé sobre él, señalando que yo ya había estado en el Lado Oscuro y me había alejado de él muchas veces antes. Pienso que Luke trabajó muy duro para redimir a su padre, y luego se encontró a sí mismo redimido por el amor de su hermana, todo eso hace que su perspectiva del Lado Oscuro sea sesgada.

Ella me observó muy atentamente.

—¿Qué quieres decir?

Abrí los brazos.

—Supongamos que los Jedi son como todos los demás excepto por su sensibilidad a la Fuerza. Si lo son, entonces va a haber algunas personas que básicamente nacerán para el Lado Oscuro y es ahí donde residirán. Les gusta así y nunca aprenderán que hay otro lugar al que ir. Digamos que ese es el diez por ciento de la población. Luego hay otro diez por ciento en el otro extremo del espectro que empiezan en el Lado Luminoso de las cosas y simplemente nunca se encaminan hacia el lado malo.

»El resto de nosotros está en el medio. Dándonos el estímulo apropiado, podríamos caer en el Lado Oscuro, pero puede que el aliciente deba ser más sustancioso para unos que para otros. Luke cayó por salvar la galaxia. Me imagino que Darth Vader cayó por lo mismo. Ambos fueron redimidos. El hecho de que Luke pagara un alto precio por ir y volver significa que él siente que todos son tan vulnerables como él; y se preocupa mucho por eso.

Me encogí de hombros.

—Tratar con el Lado Oscuro *ha sido* una gran parte de su vida, especialmente de su vida como Jedi. Por supuesto que ello le concierne. Aun así, sugerir que todo el mundo hará un viaje al Lado Oscuro no es pensar con claridad.

—Entiendo lo que estás diciendo —Mara asintió y alzó la mano, tirando de una monstruosa garra encajada en el morro del Cazador de Cabezas—. Recuérdame que nunca te preste nada más.

—La bestia que dejó eso en la nave estaba pensando en convertir a Luke en su merienda —me rasqué la barba—. ¿Crees que le da demasiada importancia al Lado Oscuro?

—Después de haber visto la obra del Emperador, no estoy segura de que alguien pueda exagerar los peligros del Lado Oscuro —Mara pasó el pulgar por la suave parte superior de la garra—. Creo que Luke piensa que el mal es más profundo de lo que en realidad es. Tú lo has visto. El mal puede ser bastante sencillo.

—Cierto. Algunos pueden tener talento para el mal, pero no tienes que ser talentoso para regodearte en él —bajé la mirada—. Tu pensamiento en ese sentido no es tan diferente al mío. Sin embargo, eso sólo fue parte del por qué me fui. Tampoco podía quedarme con Kyp siendo proclamado Caballero Jedi habiendo evitado, a mi parecer, el castigo por Carida y el otro sistema que destruyó. Sé que su caza de imperiales recalcitrantes es popular en algunos círculos, pero asesinato es asesinato en mi memoria caché.

El rostro de Mara se volvió impasible.

—¿Ese problema será uno que tú puedas resolver?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Tal vez los expatriados de Carida establecerán un tribunal de justicia y dictarán un veredicto. No creo que se haya hecho justicia, pero siendo sincero, no estoy seguro de qué justicia podría aplicarse en un caso como este. Sin embargo, todo eso queda para el futuro.

—Así que la verdadera razón por la que abandonaste la academia fue para ir tras Mirax.

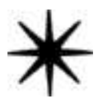
Asentí.

—Tenía cosas que averiguar y lugares a los que ir para acercarme a ella. De camino he visitado Corellia, y tengo algunos datos para ti sobre ese Jorj Car'das por el que preguntaste durante mi inmersión en bacta. Son todos los viejos archivos de SegCor sobre él, por si te ayuda.

—Ciertamente no me vendrá mal —me dedicó un rápido asentimiento—. No he oído nada nuevo sobre Mirax, y la situación en Nal Hutta ha cambiado.

—Lo sé, pero al menos tengo un lugar para empezar —le ofrecí una sonrisa lo más confiada que pude—. Puede que todavía esté buscando un quark en un mol de deuterio, pero estoy reduciendo el área donde tengo que buscar y ahora mismo eso es un progreso tangible. Lo conseguiré; la encontraré. No *intentar*, sólo *hacer*.

TREINTAITRÉS



La expresión de auténtico júbilo en el rostro de Booster me recordó anteriores situaciones dolorosas en las que él se las había arreglado para encontrar una forma de avergonzarme ante mi esposa. Sin embargo, como no había otros testigos en su oficina, sospeché que esa expresión de malévola alegría estaba reservada para otra persona. Me hizo un gesto con la mano hacia su escritorio.

—Vamos, tengo algo.

Mientras me acercaba, pulsó un botón en el pequeño cuaderno de datos con el que trabajaba, y un holoproyector hizo aparecer la imagen de una corbeta corelliana.

—Esta imagen proviene de los datos que recogiste cuando sacaste la *Siete Azul Tinta* de la emboscada. El transpondedor de identificación amigo/enemigo etiquetó esta nave como la *Escalera del Capitán*.

Asentí.

—Hasta ahora te sigo, pero debo señalar que esa señal IAE[3] sin duda fue usada sólo para esa incursión.

—¿Por qué no le dices a un hutt cómo contrabandear con especia? —Booster me miró a través del holograma, poniendo su ojo real en blanco—. Hijo, yo ya cambiaba los transpondedores IAE de las naves antes de que tu padre siquiera pensara en tener hijos. Como ya sabes, la IAE no es la única forma de identificar una nave. Las lecturas que obtuviste eran lo suficientemente buenas como para que mi gente pudiera realizar un análisis espectral de los gases iónicos de escape de la nave. Si obtienes una buena lectura, y estas eran *muy* buenas, puedes obtener un análisis bastante único de la nave, y eso se puede comparar con los datos de otras naves para buscar una coincidencia.

—¿Y has encontrado una?

Booster asintió y pulsó otro botón en su cuaderno de datos. Otra imagen de la corbeta apareció junto a la primera, con ambas girando lentamente para mostrar cada detalle.

—Es la *Puñalada*.

Cerré los ojos por un segundo.

—El nombre me resulta familiar pero no consigo ubicarlo.

—Sus dueños eran los piratas Eyttyrmin Batiiv que operaban en el Sistema Khuiumin. Fueron aplastados en una operación imperial… menos de trescientos de los ocho mil piratas de la banda sobrevivieron al asalto imperial. Jacob Nive, el capitán de la *Puñalada*, se convirtió en el líder de facto. Los Supervivientes, como se llaman a sí mismos, se volvieron mercenarios por un tiempo, atacando a los imperiales, pero con la muerte del Emperador regresaron a la piratería y la disciplina que Nive instituyó se

[3] IAE; identificación amigo/enemigo. En el original, IFF (*identify friend/foe*). *(N. del T.)*

relajó. Ahora son parte de los Odis y han proporcionado a Tavira algunos de sus mejores pilotos de agarrados.

Me rasqué la perilla.

—Cualquiera que sobreviviera a la masacre de la banda tuvo que ser muy hábil. Puedo ver por qué Tavira está feliz de haberse aliado con ellos. ¿Alguna idea de dónde están?

—Tengo una muy buena. El Sistema Khuiumin era demasiado peligroso para ellos después de que los imperiales les golpearan, así que desde entonces ubicaban su base cerca de sus empleadores. Ahora, con Nal Hutta siendo un lugar desde donde se *sabe* que algunos Odis despegan, Nive y su gente han regresado a Khuiumin, estableciendo su base en el cuarto planeta nuevamente. Varias otras naves y tripulaciones han ido allí también, lo cual me lleva a creer que es la nueva base Odi.

Me apoyé en el respaldo de la silla junto al escritorio de Booster.

—La mayoría de la gente abandonó el mundo después de que los imperiales destrozaran a los piratas, ¿verdad?

—Cierto, todos excepto aquellos que no pudieron permitirse el pasaje o no podían permitirse ser vistos en un mundo más civilizado. Con el regreso de los piratas, los tipos necesarios para suministrar bienes y servicios están regresando allí —Booster sonrió—. Podemos ir allí, amenazar con vaporizar una ciudad, y exigirles a Mirax.

Fruncí el ceño.

—¿Lo dices en serio?

—Corran, la compañía pirata Eyttyrmin Batiiv murió cuando dos destructores imperiales clase *Victoria* les aplastaron. Este es un clase *Imperial Dos*. Los Supervivientes se rendirán.

—No creo que ese sea el plan que debamos usar, Booster —sacudí la cabeza lentamente—. No creo que sepan dónde está Mirax, pero sí creo que son un medio para llegar hasta ella.

Booster se recostó, poniendo sus grandes pies sobre el escritorio.

—Entonces, ¿crees que simplemente puedes merodear por allí, hacer algunas preguntas, obtener algunas respuestas y marcharte? No lo creo… de ninguna manera tu padre pudo haber tenido a un chico tan tonto.

Suprimí un gruñido.

—Primero, mi padre no tuvo a ningún tonto. Segundo, yo no te doy lecciones sobre transpondedores IAE, y tú no me das lecciones sobre infiltración en una organización criminal.

Booster levantó las manos.

—Admito que tienes experiencia en abrirte paso donde no te quieren, pero estos piratas no son jinetes de dewback. Son duros y peligrosos, y tienen todos sus bytes en el lugar correcto y a buen recaudo. No sé si pueden volar mejor que tú, pero la mayoría de ellos probablemente tengan tantas horas de combate como tú. Están cerca de la cumbre en la cadena alimenticia Odi, por lo que ir allí será duro.

—Entonces tendré que ser *más* duro —me enderecé y le guiñé un ojo—. No te preocupes, Booster, sé cómo ablandarlos. Voy a llevarle a Jacob Nive un gran regalo de presentación y él será feliz al verme.

El cuarto planeta del Sistema Khuiumin se llamaba Courkrus por razones sólo conocidas por aquellos que se establecieron en él mucho tiempo atrás. La ciudad más grande, Vlarnya, hacia la que volaba, tenía el aspecto de la mañana siguiente a una fiesta interrumpida por una tormenta de arena. El planeta en sí no era enteramente árido, aunque la sección donde Vlarnya estaba localizada realmente lo era. La irrigación y las modernas técnicas agrícolas permitieron que surgieran granjas en la zona, pero cuando los piratas se fueron y la economía se derrumbó, la zona volvió a ser en gran medida lo que era; un depósito de polvo.

Aun así, era en el depósito de polvo donde estaban las instalaciones del espaciopuerto, por lo que ahí era adonde me dirigía. No me molesté en comunicarme para pedir permisos de aterrizaje o derechos de atraque; simplemente hice un sobrevuelo, escogí una bahía y me acomodé en ella. Esto pareció alarmar a algunos individuos, pero dado que ese era el propósito del ejercicio, estaba satisfecho con el efecto. Apagué el motor principal de la *Azul Tinta*, abrí la pasarela, y salí de la cabina para acomodarme en el camarote Premier. Me serví una cerveza de lomin, me recosté y miré los holocanales locales en el monitor de entretenimiento.

Booster y yo habíamos discutido cómo debía manejarse el robo de la lanzadera. Me sentí mal por cogerla, pero enviarle un mensaje a Siolle para explicárselo podría haber resultado en la cancelación de la búsqueda de la nave. Si los Supervivientes descubrían que la lanzadera no había sido robada, mi tapadera se derrumbaría. Acordamos que Booster informaría a mi abuelo acerca de lo que había pasado, y a partir de ahí mi abuelo decidiría cómo proceder.

No llevó mucho tiempo el que varios Supervivientes asaltaran la nave con los blásters desenfundados. Les ofrecí una sonrisa, levanté mi cerveza hacia ellos, y luego vacié mi vaso. No parecieron encontrar esto tan divertido como yo, así que me sacaron de la lanzadera y me condujeron a través de las calles hacia un edificio que, a pesar del derrumbe del ala este, parecía lo suficientemente impresionante como para haber sido muy importante alguna vez. Me llevaron arriba por unas escaleras y me dirigieron a una gran oficina, donde me sentaron sin ceremonias en una silla y mi tarjeta de identificación fue arrojada sobre un gran escritorio.

Todos menos dos de mis acompañantes se retiraron a la puerta, dejándome solo con dos hombres y una mujer. El primer hombre, que reconocí por los archivos, era Jacob Nive. Alto y bien formado, con un largo cabello rubio recogido en una gruesa trenza, se parecía mucho a la clase de piratas holográficos gallardos y apuestos que se presentaban en los medios de entretenimiento. Tan cerca como estaba podía ver suciedad bajo sus

uñas y leves cicatrices en su cara de batallas pasadas, pero aun así todavía encontraba al hombre de ojos brillantes de alguna forma atractivo. Había visto a los de su tipo antes y sabía que podían ser muy encantadores.

Junto a él había una mujer casi tan alta como Lando Calrissian pero de tez mucho más oscura. Llevaba el cabello negro muy corto y tenía unos agudos ojos oscuros. No la encontraba fea en absoluto salvo por su mano derecha, que parecía ser una construcción mecánica sobre la que no llevaba carne sintética. El repiqueteo que producía mientras pasaba atrás y adelante una moneda de crédito triangular entre sus dedos mecánicos subrayaba su impaciencia.

La tercera persona parecía un remanso para cualquier impaciencia que ella no pudiera quemar con su hábito nervioso. Más alto incluso que Nive (y eso le hacía una buena cabeza más alto que yo y probablemente un treinta por ciento más pesado), este tipo era guapo y, peor aún, no tenía ninguna duda de ello en absoluto. Su cabello negro había sido cortado a una longitud media y era tan oscuro que casi parecía azul… aunque un matiz de azul mucho más oscuro que el tono glacial de sus ojos. Llevaba bigote y perilla, y había dejado crecer sus bigotes como alas que recorrían sus mejillas.

Nive me miró, remangando los puños de su chaqueta. Los tres vestían lo que había sido el uniforme de los Supervivientes de Khuiumin (chaquetas grises con puños, cuellos y pechos rojos, bordes dorados alrededor de los puños y por las costuras de los pantalones grises), pero sus ropas habían visto días mucho mejores. Los remiendos se habían hecho con grandes costuras en dorado que resultaban obvias, como si fueran para señalar las cicatrices del cuerpo bajo la ropa. Dada la cantidad de remiendos en la chaqueta de Nive, me sorprendió que todavía estuviera en pie, y la costura alrededor del codo derecho de la mujer sugería lo alto que llegaba su prótesis.

El líder pirata metió mi tarjeta de identificación en el cuaderno de datos de su escritorio, leyó por un momento, y luego levantó la mirada.

—Eres un necio o un suicida, Jenos Idanian, viniendo aquí en esa lanzadera.

—No, sólo increíblemente atrevido —asenté una sonrisa serena en mi cara y crucé las piernas, como si los piratas estuvieran en mi oficina y no al revés—. Tu gente fue bastante lejos para capturar la lanzadera, y he decidido entregarla.

El hombre moreno se echó a reír.

—¿Y piensas que te lo agradeceremos?

Después de leer en una fracción de segundo las reacciones de los otros dos a su intervención, le espeté con una mirada fría:

—Primero, no creo que *tú*, en particular, *pienses* en absoluto —miré deliberadamente de vuelta a Nive—. Me disculparía por las molestias que te causé, pero el hecho es que tú me causaste una molestia aún mayor primero. Necesitaba estar bien lejos de ciertas personas, y tu operación me habría impedido escapar. No pude permitir que eso sucediera, así que tomé la lanzadera y escapé de ti.

La expresión de Nive se tensó.

—¿Qué pasó con los dos hombres que se supone que tenían que estar a bordo de la lanzadera?

—El más pequeño está muerto. Me sacó un bláster y me vi obligado a matarle. El tipo más grande está con amigos míos. Si no me comunico a tiempo, lo matarán —abrí las manos—. Verás, no soy tan estúpido como podrías pensar, o como *aquí tu camarada*, en sus febriles sueños, pudiera desear.

Nive levantó una mano y cortó la protesta de su subordinado.

—¿Y por qué nos has traído la lanzadera?

Me adelanté en la silla.

—Vuestra operación me impresionó. He visto las historias de la red de noticias sobre la incursión… la fuga de la lanzadera ni siquiera se menciona. Conseguisteis saquear el *Paleta* y el *Arcoíris*, y la Nueva República no hizo nada, o no pudo hacer nada, para deteneros. Yo estaba en el *Paleta* con esa gente, así que sé qué clase de riquezas obtuvisteis de ellos. Una organización que puede ejecutar una operación tan grande de forma tan suave tiene mi admiración. Y también puede usar mi ayuda.

El hombre moreno no pudo contenerse.

—¿Tu *ayuda*? ¡Ja! Somos los Supervivientes de Khuiumin. Somos la columna vertebral de la fuerza Odi. Por el negro corazón del Emperador, ¿qué te hace pensar que te necesitamos?

Le lancé una sonrisa que era todo dientes y de ninguna manera agradable.

—Volé mejor que *tú*, ¿verdad?

Eso trajo una sonrisa más convencional a las caras de Nive y la mujer. Ella seguía jugando con la moneda entre los dedos, aunque el ritmo había decelerado.

—Pensaste que podrías ofrecernos tus servicios. ¿Como qué?

—Como piloto. Esa tarjeta de datos confirmará que puedo pilotar casi todo lo que necesitéis en el aire. Aún no he pilotado un tri-caza, pero aprendo rápido.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ninguna vacante en mi escuadrón.

—Deja una —señalé con un pulgar al tipo grande—. Puedo ocupar el lugar de júnior.

—En tus sueños.

—Mis sueños, tu pesadilla.

Nive rio cálidamente, rompiendo la tensión creciente entre nosotros dos.

—Así no es como hacemos las cosas, Idanian. Aquí la Capitana Tyresi Gurtt lidera nuestro escuadrón de élite, el Escuadrón Relámpago. Los miembros son elegidos en base al rendimiento cuando hay una vacante. Aquí el Teniente Remart Sasyru acaba de ser elegido para ocupar la vacante que había en el escuadrón. Nuestra ala de tri-cazas comprende otros cinco escuadrones, y hay vacantes en ellos. Tal vez, Remart, al Escuadrón Roca le gustaría tenerlo.

—Un perdedor más no les hará daño.

Una vez más dejé que mi sonrisa cayera sobre Remart.

—Voy a disfrutar vaporizando tu culo.

—¡No! —la voz de Nive adquirió un matiz helado—. Lo que será mejor que entiendas de los Supervivientes, Idanian, es esto: no nos atacamos entre nosotros. Cualquiera que vuele contra o mate a otro piloto es acusado, juzgado y ejecutado. No somos asesinos como los imperiales. Somos duros, sí, pero no tememos a los que son parte de nosotros.

—Copiado —miré a Remart y supe que aun así, tendría que vigilar mi espalda—. Querrás revisar mis registros y hacerme probar un tri-caza, pero verás que tengo buena mano con las naves.

—Puede ser —Nive levantó una mano y oí cómo la seguridad desenfundaba los blásters por detrás de mí—. Pero lo primero que tengo que saber es cómo nos has encontrado.

—Los datos de los sensores me permitieron identificar la *Puñalada* por la firma de escape. Unas cuantas investigaciones más sugirieron que los Supervivientes estaban regresando aquí desde Nal Hutta —me encogí de hombros—. Puede que la información sobre vuestro traslado no sea generalizada, pero tampoco fue imposible de encontrar. Me debían algunos favores, así que los usé. En definitiva, sólo los registros del escáner de la lanzadera os pueden vincular a ese asalto, y ahora los tenéis.

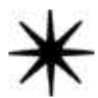
Nive sonrió.

—Excepto por la copia que has dejado con la gente que retiene a Biril.

—Pues ahora que lo mencionas… —asentí—. No soy un estúpido.

—Espero que no —Jacob Nive me ofreció su mano—. Si lo eres, venir aquí es probablemente lo más estúpido que has hecho nunca. Lo bueno de eso es que probablemente también será la *última* estupidez que jamás cometas.

TREINTAICUATRO



Los Supervivientes bien podían ser los mejores de los Odis, pero eso no decía mucho en el esquema general de las cosas. Los miembros del Escuadrón Roca me sugirieron lo que habría sido del Escuadrón Pícaro si hubiéramos perdido contra el Imperio y nos hubiésemos quedado a la sombra en sórdidas ciudades, esperando la oportunidad de saquear a tipos miserables que estuvieran peor que nosotros. Había estado con tipos más sombríos y deprimentes, pero aquellos fueron prisioneros del *Lusankya*, con pocas esperanzas de supervivencia o rescate.

Todo el mundo gruñó y refunfuñó cuando fui llevado al hotel donde el escuadrón estaba alojado. Nakk Kech, el líder del Roca, me dirigió a una habitación en el hotel que ya había sido ampliamente utilizada antes. Las cortinas habían sido completamente cerradas, lo cual no me importó en absoluto porque realmente no quería echar una buena ojeada a la habitación. Un montón arrugado de ropa de cama en una esquina parecía ser el lugar donde el ocupante anterior había anidado y, si el hedor que surgía de la estación de aseo era una indicación, el ocupante anterior entendió el propósito de la habitación, pero no supo hacer correr el agua.

Kech me observaba atentamente, preparado para juzgarme por mi reacción ante la habitación. La barba de unos días del rostro de Kech lucía marrón y gris, al igual que el pelo ralo de su cabeza.

—Es lo mejor que tenemos.

Sacudí la cabeza.

—Es lo mejor que tenéis *disponible*.

Kech sonrió.

—Sí, así es.

—Y no es lo suficientemente bueno —caminé por el pasillo y llamé a la puerta de al lado—. Abre.

Una mujer lobo shistavaniana abrió la puerta y me gruñó. Tenía el pelaje blanco y ojos rosados y, aunque un poco más pequeña que otros shistavanianos que había conocido, me habría despedazado en segundos. Cuando abrió la puerta, también vi por el rabillo del ojo su habitación y supe quién había estado viviendo en la primera habitación.

Le mostré una gran sonrisa.

—Soy tu vecino. Encantado de conocerte.

La carcajada de Kech ahogó el áspero susurro de respuesta de la shistavaniana. Asentí hacia la albina.

—Luego.

Kech negó con la cabeza, sus ojos marrones estaban llenos de regocijo.

—Caet Shrovl será tu compañera de ala. Es buena, especialmente en las batallas en el vacío. No le favorece mucho la luz.

Señalé hacia la siguiente puerta.

—¿Mejor elección?

Kech negó.

—En realidad, yo soy tu mejor elección.

Le fruncí el ceño.

—¿Crees que debería quitarte la habitación a ti?

El hombre mayor sonrió lentamente.

—Puedes intentarlo y podrías lograrlo, pero eso sería insubordinación y agresión a un oficial superior, lo cual es un delito capital en los Odis. No vivirías para cosechar los beneficios de tu posición. Tu mejor jugada es lanzar algunas monedas a algunos lugareños y hacer que limpien esa otra habitación por ti.

—¿Tú crees?

—Supongo que quieres demostrar que eres duro pateando a alguien, pero yo no manejo el escuadrón de esa manera. Pateas el culo a alguien, tomas su habitación, él se enfurece contigo, eso causa discordia en la unidad, y alguien tiene que ser despedido —Kech cruzó los brazos sobre su pecho—. Si quieres demostrar que eres duro, golpea a alguien de uno de los otros escuadrones; o, mejor aún, a alguien de una de las otras organizaciones Odi de aquí. En los Supervivientes, lo único que cuenta es tu habilidad para volar.

Abrí los brazos ampliamente.

—Genial, entonces vamos a volar.

Kech asintió.

—Pensé que nunca lo dirías. Conseguiré que alguien limpie tu habitación mientras estamos en el centro de entrenamiento.

—¿Por cuánto?

Se encogió de hombros.

—Veamos lo bueno que eres. Si eres lo suficientemente bueno como para que te quiera descansado y así puedas salvar mi pellejo, puede que incluso lo pague yo.

Los Supervivientes no tenían las instalaciones de entrenamiento de última generación a las que estaba acostumbrado. Kech y yo nos encajamos en un deslizador terrestre que nos llevó a un anexo del espaciopuerto. Condujo directamente hacia el interior del hangar y paró el polvoriento vehículo rojo junto a dos tri-cazas destartalados. Machacados y arañados como estaban, de cerca parecían versiones gigantes de un juguete infantil… uno que había pasado por un montón de juegos despreocupados.

Kech cogió un casco de un estante y me lo lanzó.

—Tú coges el número uno y yo cogeré el dos. El comunicador está incorporado en el casco. Escucha lo que te diga que hagas y luego hazlo. Has pilotado un TIE antes, ¿no?

Asentí. Fue en una simulación, pero imaginaba que sería suficiente para esto.

—¿Armas?

—Apagado el sistema de orientación. Tendrás que imaginar qué quieres alcanzar, yo te ilustraré ahí arriba.

Trepé por la cabina en forma de pelota de la nave y me metí en ella. La tercera ala apenas permitía que la escotilla se abriera y hacía que fuera un poco difícil entrar en la nave, pero me las arreglé de todos modos. De pie sobre el asiento del piloto, aseguré la escotilla superior, a continuación me dejé caer en el asiento y me puse el casco. Me puse los arneses de seguridad y comencé a familiarizarme con la cabina y los controles.

La primera cosa que noté fue lo espaciosa que parecía la cabina comparada con la de un Cazador de Cabezas o la de un ala-X. La forma esférica de la carlinga anunciaba, naturalmente, que habría espacio libre. La forma esférica también significaba que no tenía morro en sí, a lo cual costaba mucho acostumbrarse. Me sentí como si estuviera atado a un motor para volar.

La palanca de dirección del TIE había sido reemplazada por una vara que tenía un gatillo, un pomo de control de orientación y un interruptor de múltiples posiciones para cambiar entre sistemas de armas. La empuñadura se sentía moldeada para mi mano, y la vara tenía buen juego, aunque limitado. No pensaba que la nave pudiera volar como un ala-X, pero los controles se sentirían similares y eso era una ventaja.

El gran ventanal de la cabina y sus paneles periféricos proporcionaban un campo de visión muy bueno. El monitor de sensores principal y dos monitores secundarios estaban situados en una barra que dividía en dos el disco del ventanal, pero realmente no interfería en la visión. El acelerador estaba a la izquierda, aunque funcionaba girando una manija en lugar de empujando una palanca hacia delante. Una manija parecida pero más pequeña controlaba los haces repulsores. El panel de comunicaciones también estaba a la izquierda, lo cual me permitía acceder a él sin retirar mi mano derecha de la vara de control. Sin embargo, los controles del escudo estaban a la derecha, lo cual podía acarrear algunas decisiones difíciles en el fragor del combate. Los pedales del timón estaban por debajo de los monitores.

Conecté el cable de mi casco al panel de comunicaciones.

—Aquí Idanian.

—Aquí Kech. Abajo a la derecha se encuentra el panel de secuencia de encendido. Una vez que todas las luces están en verde, estás listo para irte. Sal con un diez por ciento de potencia, dirígete a cero dos seis, y espérame.

—Copiado —me agaché y presioné todos los interruptores, luego esperé a que las luces del sistema pasaran a través del rojo y del amarillo antes de llegar al verde. Una vez que eso ocurrió, todos los monitores cobraron vida. Di energía a los haces repulsores y mantuve una mano firme sobre la vara. Giré el acelerador hasta un diez por ciento de potencia y guie al agarrado hacia delante hasta que salió a la extensión de ferrocreto que

había frente al hangar. Una vez allí, probé los pedales del timón y encontré que la nave se movía bastante bien a derecha e izquierda. En ningún caso podía ser tan maniobrable como un Interceptor, pero en esa categoría el ala-X era chatarra estelar en comparación.

Kech salió con su agarrado y pasó más allá de mí, tomó la delantera y se lanzó hacia arriba sobre una columna de gases iónicos de escape.

—No es un deslizador terrestre, Idanian. Somos pilotos, no conductores. Deja un poco de atmósfera por debajo de ti.

Sonreí y aceleré.

—Como ordenes, Líder Roca.

Hice mi ascenso más gradual, subiendo en espiral, lo cual me permitió evaluar la potencia y la maniobrabilidad mientras lo hacía. El tri-caza, comparado a un ala-X, realmente no salía tan mal parado. El alcance de los sensores era un poco corto, pero sin torpedos de protones ni misiles de concusión, la necesidad de atacar en rango extremo desaparecía. Los giros en tonel de la nave eran un poco lentos, pero el ratio de subida era bueno y el ratio de inmersión impresionante.

Pero sobre todo me impresionó la agilidad de la nave. La respuesta del timón permitía cambios rápidos en la dirección en que la proa apuntara. Y lo más importante, las manijas de aceleración y repulsores funcionaban de múltiples formas. Con la de aceleración, si tirabas de ella, podías en esencia poner la nave en neutro, matando la impulsión. El botón en la parte superior de la manija podía invertir la impulsión, por lo que cuando bajaras la manija de nuevo, los motores estarían empujando hacia atrás. Con este método de desconexión, una maniobra como un salto de aceleración invertida no requeriría disminuir la impulsión e incrementarla de nuevo, sino simplemente desconectarla. Del mismo modo, los haces repulsores podían ser dejados con un ajuste de potencia, pero ser desconectados cuando se necesitase. Con la impulsión al máximo y los repulsores desconectados, el agarrado podía bailar.

Claramente los Odis a los que me había enfrentado anteriormente no eran los mejores disponibles.

Kech no lo hacía mal, y yo le mostré que yo tampoco era un pastor de nerfs. Después de que me guiara a través de lo básico, jugamos un poco al «pilla pilla[4]». Sacó lo mejor de mí por un margen estrecho, pero lo que pareció impresionarle fue que le costara tanto fijarme.

—No eres fácil de golpear, Idanian.

—Copiado, Líder —me reí en voz alta mientras pasábamos a la aproximación de regreso al centro de entrenamiento—. Promueve la longevidad.

—Es bueno que pienses así… tenemos una misión.

—¿Una misión? —tosí levemente y, levantando la mano irreflexivamente, palmeé la placa frontal de mi casco—. He volado ¿qué?, ¿una hora en esta bestia?

---

[4] En este caso, el «juego de pillar» se desarrolla con cazas estelares y consiste en que uno de los cazas debe fijar a otro caza como blanco, cuando lo consigue, este último caza ha de fijar como blanco a otro caza, y así indefinidamente. *(N. del T.)*.

—Y lo has hecho mejor que algunos de los pilotos de la tripulación del *Nova Roja*. Se encontraron con el Escuadrón Pícaro hace un par de meses y los machacaron bastante condenadamente bien —oí una risita baja—. No te preocupes, no haremos nada como eso en esta ocasión. Sólo recogeremos el botín y saldremos a toda prisa.

Corté la impulsión y conecté los haces repulsores cuando nos acercamos al hangar.

—¿El *Odioso* estará con nosotros?

—No, esto es un asunto personal —Kech rio ásperamente—. No será tan lucrativo, pero será placentero.

La misión resultó que tenía sus raíces en el asalto imperial a los piratas Eyttyrmin Batiiv; el ataque que los redujo a la triste compañía conocida como los Supervivientes de Khuiumin. Los destructores imperiales *Bombarda* y *Cruzado*, de la clase *Victoria*, mataron a alrededor del noventa y siete por ciento de los piratas, dejándolos con la *Puñalada* y un puñado de cazas. Los Supervivientes juraron que se vengarían de los capitanes de esos dos destructores, y uno, el Capitán Zlece Oonaar, había adquirido pasaje en el *Oportunidad Galáctica*. Alguien a bordo del *Oportunidad* había decidido que vender a Oonaar era una mejor apuesta que cualquiera ofrecida en el casino de a bordo, y el mensaje llegó a Nive.

El *Oportunidad* era una corbeta corelliana que un rival de Booster había preparado como una versión en miniatura del *Ventura Errante*. Creo que Booster habría ignorado al *Oportunidad* excepto por una cosa: el dueño lo había pintado de un rojo brillante. Booster había querido hacer eso con el *Ventura Errante*, pero en ninguna parte de la galaxia pudo encontrar suficiente pintura roja para hacer el trabajo. De hecho, el único color disponible en la cantidad suficiente a precio razonable era el blanco destructor estelar… un hecho que Booster consideraba una prueba de que el Emperador seguía por ahí fuera chinchándole personalmente.

Describir la información que recibimos antes de salir como marginal es encontrar una nueva definición para la palabra. Me despacharon al tercer vuelo, con Caet y otras dos hembras, ambas humanas. Recibí la designación «Roca Nueve» por pura casualidad, pero eso era bueno, ya que respondería a ella casi irreflexivamente. A nuestro vuelo se le asignaron tareas de cobertura mientras los otros dos vuelos del Roca neutralizaban el armamento del *Oportunidad* y eliminaban a los feos… alas-TIE, especulé. La *Puñalada* nos llevaría al lugar, y una lancha rápida Skipray se infiltraría y recogería a Oonaar del *Oportunidad*. Los otros vuelos tendrían a tiro al *Oportunidad* porque todos eran Supervivientes verdaderos, no sólo tipos que se habían unido más tarde como yo.

Me extrañó que una misión de tanta importancia no hubiera sido asignada al Escuadrón Relámpago, pero me informaron de que para tal honor Nive había seleccionado un escuadrón al azar. No tenía ninguna duda de que Remart estaba lamentando su cambio al Escuadrón Relámpago. Tengo la impresión de que ninguno de

los otros pilotos del Escuadrón Roca lamentó verlo irse, y de que más de uno pensaba que su incomodidad al quedar fuera de esto era bastante agradable.

Fuimos transportados al *Puñalada* en órbita y salimos al vacío para entrar en nuestros cazas. Al igual que los cazas TIE, los tri-cazas no tenían atmósfera ni equipo de soporte vital, lo cual nos obligaba a llevarlo por nuestra cuenta. Esto hacía que fuera menos difícil salir al vacío y avanzar sobre el casco para entrar en nuestras naves que si lo hubieran intentado pilotos de ala-X. Llegué a mi nave, aseguré la escotilla, encendí los sistemas y me reporté. Otros también lo hicieron, pero no hubo de ninguna manera demasiada disciplina de comunicaciones solicitada u observada.

La *Puñalada* saltó a la velocidad de la luz, haciendo un salto intermedio, y luego se dirigió hacia donde se suponía que estaba el *Oportunidad*. Nuestro viaje tomó un total de tres horas y, por primera vez, aprecié realmente el espacio extra en la cabina. Me habría gustado incluso más si hubiera tenido atmósfera, de esa manera hubiera podido quitarme el casco, comer algo, y quizás echar una siesta. Aunque la cabina me proporcionaba una excelente visibilidad, no había mucho que ver en el hiperespacio.

En ese vuelo me di cuenta de cuánto había echado de menos a Silbador. Sé que la gente no debe encariñarse con los droides astromecánicos, pero había estado conmigo desde hacía años. Solía efectuar los habituales borrados de memoria y las actualizaciones de programación ya en aquel entonces, pero creo que encontró una manera de descargar pedazos de su personalidad al ordenador central de SegCor y recuperarlos más tarde. Silbador era astuto e independiente por ello, lo cual era bueno para mí. Si no fuera por él, habría muerto una docena de veces.

En los vuelos largos Silbador y yo discutíamos de variedad de asuntos (tales como la paternidad), y podía contar con él como un buen oyente. En realidad, él era como un espejo en el sentido del viejo dicho de mi padre. Cuando empezaba a salirme de la línea, Silbador me llamaba la atención sobre ello y, en la mayoría de ocasiones, llevaba razón. Respecto a esas pocas ocasiones en las que no llevaba razón, bueno, estoy seguro de que había veces en las que se equivocaba.

La *Puñalada* regresó al espacio real justo por encima del *Oportunidad*. Los vuelos uno y dos se desplegaron, volando directamente hacia la corbeta. Roca Cuatro explotó cuando recibió un golpe directo de uno de los cañones turboláser dobles de la nave. Los rayos de energía verde simplemente pelaron la cabina como si estuviera compuesta por los pétalos de un capullo floral, haciéndola trizas y lanzando largos pedazos dentados de blindaje al espacio. El motor iónico del agarrado estalló, dejando las tres alas de la nave girando a través del espacio. El resto de los cañones del *Oportunidad* llenaron el espacio con mucha energía, pero Roca Cuatro fue la única cosa que los artilleros del *Oportunidad* golpearon antes de que incapacitáramos sus armas.

Los seis cazas ala-TIE que custodiaban al *Oportunidad* deberían haber huido tan pronto como llegamos. El ala-TIE consistía en la cabina esférica de un caza TIE unida a los impulsores de un caza ala-Y. Realmente estaba a la altura del nombre *feo*, en el

Escuadrón Pícaro solíamos referirnos a ellos como «alas-muerte[5]». Lentos y desgarbados, parecían nerfs salvajes siendo atacados por un grupo de taoparis. Los seis no duraron más de cinco minutos. Encontré frustrante observar el combate, ya que mis compañeros de escuadrón fallaban disparos que deberían haber puesto fin a todo mucho antes, y dos de ellos pagaron por su pésima puntería con sus vidas.

El Skipray que había venido con nosotros, el *Vibroespada*, se dirigía hacia el *Oportunidad* cuando otra nave (un yate privado) entró en el sistema por nuestro vector de entrada. Eso no fue una sorpresa; no sabía dónde estábamos, pero había suficientes cuerpos planetarios en el área como para que las rutas de entrada y salida estuvieran severamente limitadas. Lo que fue una sorpresa fue la media docena de Cazadores de Cabezas equipados con hiperimpulsión que custodiaban al yate. Claramente no les gustó vernos allí, así que mientras el yate daba la vuelta y se alejaba de nuevo, los Cazadores de Cabezas se lanzaron a por nosotros con sus blásters triples escupiendo fuego.

No esperé a que una orden me liberara.

—Diez, conmigo —espeté a través de la unidad de comunicaciones, y apreté el acelerador. El agarrado se lanzó hacia delante. Giré y me zambullí hacia los Cazadores de Cabezas mientras dos de ellos subían hacia mí. Con el pulgar cambié el selector de armas al cañón de iones, presioné un pequeño timón para mostrar mi flanco a los pilotos entrantes, y luego enderecé el agarrado y tiré del gatillo.

El rayo iónico azul se clavó en el ala-S izquierda del Cazador de Cabezas. Un chisporroteo azul eléctrico recorrió el escudo delantero, que rechazó el disparo. El escudo no cayó, pero la tormenta eléctrica en el escudo hizo que el piloto no pudiera verme. Sus disparos en respuesta me pasaron a distancia por ambos lados, luego nos superamos el uno al otro antes de que pudiera efectuar otro disparo.

Caet disparó al segundo Cazador de Cabezas. Sus dos ráfagas láser golpearon al Cazador de Cabezas en el morro, perforando el escudo y causando un breve destello luminoso. Incluso sin Silbador presente para hacerme saber lo que había pasado, supe por la colocación que el Cazador de Cabezas había perdido su paquete de sensores de combate. El piloto estaría ciego en el espacio y, en una situación de combate, eso significaba que estaba muerto.

Efectué un disparo rápido hacia otro Cazador de Cabezas, luego tiré de la manija del acelerador dejándola en neutro y tiré de la vara de control. Reduje la aceleración a la mitad, volví a acoplar la manija para completar el medio rizo, y después la volví a poner al máximo y giré hacia babor. Eso me dejó en la estela de uno de los Cazadores de Cabezas que perseguían a Once. Lancé dos rayos iónicos hacia el escudo de popa del Cazador de Cabezas. El primer disparo tumbó el escudo de popa y el segundo recorrió la longitud de la nave. Brotaron chispas del carenado del motor… a menos que el piloto pudiera reiniciar, estaba acabado.

Rayos bláster rojo-dorados iluminaron mis escudos por estribor. Golpeé el timón derecho y balanceé la cola del agarrado para sacarla de la línea de ataque del Cazador de

[5] El autor hace un juego de palabras entre «*TIE*-wing» y «*Die*-wing». *(N. del T.)*.

Cabezas. Los siguientes disparos pasaron por el lado del babor, así que giré a estribor, descendí y seguidamente rodé hacia arriba en un rizo largo. Cuando salí del rizo vi a babor otro Cazador de Cabezas persiguiendo a Caet. El piloto estaba enfocado en ella, así que me acerqué por un ángulo oblicuo y le acerté con mi primer disparo. Eso tumbó su escudo de popa, por lo que giró a estribor para alejarse de mí. Apliqué un montón de timón izquierdo, girando el morro alrededor, y golpeé su ala-S de babor con otro disparo.

El bláster de ese costado explotó y la nave comenzó a rodar, lo cual me sugirió que los propulsores vectoriales de ese lado también tenían problemas. Giré a estribor y me habría abalanzado para acabar con él, pero una mirada a mi pantalla táctica me mostró a un Cazador de Cabezas convergiendo hacia mí, y tuve la sensación de que era el tipo que había tratado de cazarme antes. Mantuve mi giro lento y le mostré el vientre de mi nave, luego tiré de la vara de control y comencé un descenso en picado. Él rodó para colocarse tras de mí y supe que lo tenía.

Reduje la aceleración hasta un treinta por ciento, luego la invertí, matando el impulso. Lo dejé así durante tres segundos, luego conecté la impulsión de nuevo. Mientras lo hacía, mi amigo del Cazador de Cabezas pasó zumbando por mi lado, y yo me situé a su estela. Mi primer disparo se clavó en su escudo trasero. Él rompió a la derecha, por lo que ascendí, invertí el rumbo, y me abrí camino de regreso a su estela.

Caet cruzó por allí y le disparó dos ráfagas bláster. Una derrumbó el escudo posterior y la otra perforó su ala-S de estribor. Su giro se ralentizó perceptiblemente y se volvió inestable a medida que los propulsores vectoriales del ala-S dañada no reflejaban la potencia de los del otro lado. El piloto se limitó a acelerar para alejarse, ya que ya no podía volar a placer. El Cazador de Cabezas incluso tenía suficiente velocidad para dejar atrás a mi agarrado.

Por otro lado, correr más que un rayo iónico es mucho más difícil. Mi disparo alcanzó de pleno su nave en la parte trasera. Pequeños zarcillos azules de electricidad corrieron sobre el caza como dedos de pesadilla, haciendo saltar chispas y pequeñas nubes de vapor. La nave perdió la energía inmediatamente, siguiendo su curso a la deriva.

Vi a Caet regresando para otra pasada, pero la llamé.

—Aborta, Diez. Está acabado.

—No está muerto.

—Está fuera de combate. Déjalo —disparé un rayo iónico que pasó entre el caza de ella y la nave golpeada—. Puedes matar, pero no hay razón para matar a un piloto que sólo hace su trabajo.

—El derecho a matar es mío —espetó las palabras pareciendo dolida—. No me lo niegues.

—Me lo debes. Me deshice del que tenías en tu trasero —moví adelante mi agarrado, inclinándolo hacia el de ella—. Es mío y lo quiero vivo.

Escuché la voz de Nive a través de la frecuencia táctica.

—Todos los objetivos neutralizados. Vuelo Roca Tres, retiraos.

—Copiado —informé.

—Copiado —el gruñido de Caet hizo que no esperara con ilusión el momento de hablar con ella más tarde, cuando regresáramos a casa.

—Nueve, cambia a Táctica Dos y codifica.

—Como ordenes, señor —cambié la unidad de comunicaciones a la frecuencia táctica secundaria y pulsé el interruptor de codificación. La clave de cifrado, que se había cargado a cada caza de la *Puñalada*, mantendría la conversación entre Nive y yo en privado—. Aquí Nueve, capitán.

—Buen combate, Nueve. ¿Por qué iones? Podrías haber acabado con los Cazadores de Cabezas de un solo disparo por cómo has volado, pero has usado iones y lo has complicado —Nive dejó que un poco de cólera se filtrara en su voz—. ¿Ha sido un juego para ti?

—No, señor —me detuve por un momento, no tanto para ordenar mis pensamientos como para descubrir cómo expresarlos—. Los pilotos de los Cazadores de Cabezas sólo estaban haciendo su trabajo. Si los hubiésemos matado, seríamos carniceros y asesinos y todos los guardaespaldas que nos encontráramos en el futuro sabrían que deben ir a por nosotros con todo porque si no los vaporizaríamos. El yate se ha marchado. El *Oportunidad* puede recoger a estos tipos y la próxima vez les daremos la oportunidad de retirarse y ellos lo harán.

—Quizá —Nive hizo una pausa—. Tiene sentido, por supuesto, pero pocas cosas en combate alguna vez lo tienen.

—Vale la pena arriesgarse si nadie muere.

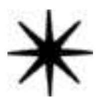
Nive resopló.

—No sabía que fueses tan remilgado.

—Tengo mi cuota de muertes registrada en mis cuentas, capitán. Si puedo hacerlo sin sangre, creo que es lo mejor —sacudí la cabeza—. Si ese pensamiento no es bienvenido aquí, puedo tomar mi lanzadera y largarme.

—No, no hay necesidad de ello —parte de la tensión en la voz de Nive desapareció—. Ese tipo de pensamiento es más que bienvenido aquí. Ahora eres uno de nosotros, Idanian, uno de los Odis. Esperemos que se nos peguen más cosas de ti que al contrario.

TREINTAICINCO



Caet y yo tuvimos algunas palabras cuando regresamos a Khuiumin 4… bueno, no exactamente palabras, pero las cicatrices sanaron en dos semanas y no podías notar la de mi mejilla derecha a menos que me bronceara bastante. No obstante, incluso antes de que la evidencia física de nuestro rifirrafe hubiera desaparecido, Caet votó junto con otros cuatro supervivientes del Escuadrón Roca hacerme el líder de un nuevo vuelo tres. Kech me ayudó a elegir tres pilotos para llenarlo y Caet se mudó al primer vuelo para reemplazar a Roca Cuatro.

Durante el mes siguiente pasé mucho tiempo con mis nuevos reclutas, instruyéndoles. Había pasado por la misma rutina muchas veces antes con los nuevos pilotos que entraban al Escuadrón Pícaro, pero encontré que el Escuadrón Roca era el lado oscuro de lo que había conocido con los Pícaros. En términos de disciplina, Khuiumin 4 hacía que Yavin 4 pareciera el *Lusankya*. Tratar de instruir a pilotos resacosos es tan difícil como enseñar a un rancor a cantar y bailar… y la actitud del rancor en el proceso probablemente sería mejor. Los pilotos de mi pelotón claramente pensaban que podían volar, y aunque no lo hacían mal, no estaban a la altura de lo que yo quería. Yo era el responsable de sus vidas, y no tenía ningún deseo de entrar en un combate con pilotos mal entrenados que morirían y me dejarían solo ahí fuera.

La mejor del lote era Timmser, una mujer alta que tenía el pelo muy corto y muy rubio. También tenía un temperamento muy fuerte, e inició un par de reyertas de cantina cuando deambulaba por la Madriguera, el lugar donde la tripulación del *Nova Roja* y los Asaltantes de Riistar tendían a pasar el rato. Existía poco aprecio entre esos grupos y los Supervivientes; y el estatus de Timmser como ex-Asaltante no ayudaba a aliviar la tensión. En un tri-caza ella tenía una buena percepción de lo que sucedía a su alrededor y tenía un don para acertar con disparos con deflexión.

Durante los primeros meses con los Supervivientes, pasé la mayor parte de mi tiempo en tierra en Vlarnya, lo cual es tan emocionante como suena. Los días eran lo suficientemente calurosos como para que la mayoría de la gente pasara su tiempo en cantinas semienterradas que servían como hogares informales de los escuadrones. Los Supervivientes principalmente se quedaban en la cantina el Choque. La decoración era bastante macabra: los pilotos llevaban trozos y piezas de escombros de las matanzas o accidentes a los que habían sobrevivido. Pedazos de transpariacero o de aleación de quadanio colgaban del techo y, en la tenue iluminación, resultaban ser obstáculos navegacionales incluso para tipos tan bajos como yo. La misma Timmser se hizo cortes en la frente antes de acostumbrarse a franquear el laberinto de escombros.

Visitaba el Choque regularmente, pero tendía a pasar una buena cantidad de mi tiempo libre deambulando por Vlarnya. Aparte del Aviario (el nombre indígena para el

distrito donde los pilotos tendían a residir), Vlarnya se parecía bastante a cualquier otra ciudad marginal dependiente del comercio con el espaciopuerto para su supervivencia. En los campos de fuera de la ciudad crecían suficientes verduras frescas como para que los precios no fueran completamente escandalosos. Vlarnya no tenía industrias autóctonas (las cantinas y las casas de apuestas no contaban como tales para mí) excepto por una cervecera local que producía una decente cerveza de lomin. De hecho, la cervecera era lo suficientemente buena como para que las siete bandas piratas establecidas en Vlarnya la declararan (y a los campos donde crecían las cosas que componían la cerveza) zona de exclusión aérea, para reducir las probabilidades de que un accidente aéreo la destruyera.

Por la noche, cuando las cosas comenzaban a enfriarse y las lunas gemelas surgían, me gustaba caminar por las calles. Vlarnya daba la sensación de ciudad pequeña. Mientras que el espaciopuerto había sido construido según las especificaciones imperiales, la ciudad en sí había sido erigida por albañiles y trabajadores locales usando muchos materiales autóctonos. Las calles se torcían y retorcían, serpenteando a través de estrechos cañones con edificios a ambos lados, abriéndose a pequeñas plazas que tenían fuentes en el centro. La carencia de iluminación municipal significaba que la mayoría de los callejones se sumían en la oscuridad por la noche, pero esto era Vlarnya, así que los callejones no eran demasiado peligrosos, a menos que estuvieses deambulando por el Aviario.

Caet Shrovl ocasionalmente se unía a mí mientras paseaba. Su condición la hacía muy sensible a la luz, así que si salía durante el día, llevaba una capa que la cubría completamente y se ponía gafas lo suficientemente oscuras como para convertir el mediodía en el vacío del espacio. A pesar de que era muy reservada, me enteré de que ella consideraba que su albinismo era culpa del Imperio, ya que su madre fue utilizada en algún tipo de experimento por científicos imperiales. Los Supervivientes eran conocidos por tener un fuerte odio hacia el Imperio, por lo que se unió a ellos y soportaba la vida en Courkrus a cambio de la oportunidad de disparar a los imperiales.

También descubrí a través de ella cómo Remart Sasyru fue votado para abandonar la unidad y entrar en el Escuadrón Relámpago. Ella y yo estábamos sentados en uno de los rincones más oscuros del Choque, comparando datos de nuestras actuaciones en una serie de ejercicios de vuelo, cuando Remart se dirigió hacia nuestra mesa. Se aproximó lentamente, con una cadencia deliberada que permitía que sus caderas y hombros giraran lentamente. Definitivamente se estaba pavoneando… estaba allí para ser visto, visto mientras acechaba a una presa. Llevaba sus pantalones de uniforme grises, botas negras y una túnica gris sin mangas que tenía que ser de alrededor de unas cuatro tallas demasiado pequeña, ya que le quedaba lo suficientemente ajustada como para mostrar todos los músculos y costillas que poseía.

Me lanzó una fría sonrisa.

—¿Pasando el rato con *ella*? Cuidado no te pegue *tiqcs*.

Levanté la vista de mi jarra de cerveza.

—Curioso, ella dice que no le han molestado desde que tú te largaste. ¿Coincidencia? No creo.

Remart me miró, un poco sorprendido. Había tenido la intención de que la pulla molestara a Caet, pero yo la había deflectado. Podía sentir la ira aumentando en ella, y también rastros de miedo, pero no sabía por qué. Sin embargo, decidí rápidamente que no necesitaba ser provocada y que yo podía evitarlo.

Deslice mi silla hacia atrás ruidosamente.

—¿Qué pasa, Sasyru? ¿Nos ofreces un comentario jocoso y no puedes lidiar con una réplica? ¿O es que no has pillado mi comentario? Déjame explicártelo entonces. Mira, ella no ha sido molestada por *parásitos* desde que tú te fuiste del Escuadrón Roca. Eso significa, en mi opinión, que tú eres un portador de *parásitos*. ¿Suficientemente claro para ti?

Remart abrió mucho sus ojos azules sorprendido, luego se recuperó y colocó sus manos enguantadas sobre sus caderas. Se rio en voz alta, llenando el vacío sonoro de la sala.

—Puedes confiar en un corelliano para que lleve la delantera con su bocaza y para que se meta donde no le llaman.

Me levanté.

—¿Qué, ningún disparo rápido acerca de que los corellianos no creen en las probabilidades, y por ello no saben cuándo se amontonan en su contra? ¿Ninguna broma acerca de que el corelliano más famoso se llame «Solo» porque ningún corelliano confía en otro corelliano? Veamos, ¿qué otro agravio manido y más antiguo que el Imperio podrías haber ofrecido? Oh, sí, qué te parece sugerir que Leia Organa aceptó a un corelliano porque, hey, después de la destrucción de Alderaan, no tenía nada más que perder.

Salí de detrás de la mesa.

—¿Qué tal este? ¿Cuántos corellianos se necesitan para cambiar un panel luminoso? —miré hacia Timmser que estaba sentada en otra mesa, pero ella se encogió de hombros—. ¡Ninguno! ¡Si la habitación está oscura, no puedes ver a los corellianos haciendo trampas al sabacc!

Eso produjo algunas risas en las mesas circundantes e incluso Caet comenzó a relajarse.

—¿Sabes por qué tantos corellianos solían ser atrapados y enviados a Kessel?

Remart entrecerró los ojos.

—¿Porque eran estúpidos?

—¡No, se sentían solos sin el resto de su familia! —chasqueé los dedos hacia él—. Vamos, Remart, tienes que ser más rápido. Un corelliano compró un nek como mascota, pero era tan estúpido que corría chocando con las paredes. ¿Cómo lo llamó?

El hombre más alto negó con la cabeza.

—Remart —sonreí mientras daba un paso hacia él—. No pudo pensar en un nombre más estúpido.

Gracias a la Fuerza, supe que el puño derecho de Remart vendría incluso antes de que él supiera que iba a lanzarlo. Me retorcí ligeramente a mi derecha y llevé mi cabeza alrededor de modo que el puñetazo no impactó completamente. Todavía lo pude sentir (giró mi mandíbula bien), pero no me lanzó al suelo como debería haberlo hecho.

Volví la cabeza lentamente de nuevo hacia él y sonreí.

—Por los huesos negros del Emperador, pegas como un chadra-fan. Ningún informe, esta vez —le despedí desdeñosamente ondeando la mano y regresé a mi mesa—. Vuelve otra vez cuando hayas aprendido a lanzar un puñetazo.

Lo sentí acercarse por mi espalda, así que me volví rápidamente hacia la derecha y caminé lateralmente hacia él, directamente a lo largo de su línea de ataque. Le lancé un golpe seco directamente a la garganta. Él gorgoteó y se tambaleó hacia atrás, más sorprendido que herido, y luchó por mantenerse en pie. Retrocedió unos pasos más y se apoyó pesadamente sobre una mesa con otros dos pilotos del Relámpago sentados en ella.

Noté con satisfacción que se apartaban de él.

Le señalé con un dedo.

—Esta vez he dejado que me des un puñetazo gratuitamente. Nunca más. Déjame en paz a mí y al resto del Escuadrón Roca. Ya no eres parte de él, así que lo que hagamos no es de tu incumbencia. Más allá de pedir permiso para sacar de su vista tu desagradable presencia, no hables con mi gente, si no, tú y yo aclararemos las cosas. ¿Queda claro?

Sin esperar una respuesta, miré hacia los otros dos Relámpagos de la mesa:

—Sacadlo de aquí, yo me hago cargo de vuestra cuenta, y decidle a la Capitana Gurtt que hablaré con ella sobre este asunto cuando quiera.

Volví a mi silla y la arrastré de vuelta a la mesa. Tomé mi jarra de cerveza, bebí, y luego la mantuve frente a mi boca mientras miraba a Caet.

—Espero que no te haya resultado embarazoso. Sé que podrías haberte encargado de él.

La shistavaniana blanca negó con la cabeza y una de sus orejas rotó en mi dirección.

—Galante. Gracias —me di cuenta de que la mesa de fibraplástico tenía pequeños rizos de material allá donde sus garras habían tallado surcos paralelos hasta el borde—. Viejo enemigo, nunca aprendió «no».

Asentí y bebí un poco más, matando la sequedad de mi boca y garganta.

—Me sorprende que lo votaras para los Relámpagos.

—No podíamos matarlo, así que nos deshicimos de él de esa forma —Caet me observó con cautela—. Era un matón y un animal. Kech estaba asustado. Remart quería fama, dinero, poder. Era buen piloto así que no moría. Lo suficiente bueno para los Relámpagos, así que lo enviamos.

Bajé mi jarra.

—El que haya venido aquí para meterse contigo significa que los Relámpagos no están soportando sus numeritos. ¿Por qué ha venido a por ti?

Bajó la mirada y un gruñido grave salió de su garganta.

Levanté mi mano izquierda.

—Está bien, no necesito saberlo.

Caet se levantó y se puso la capa.

—Pasear.

—Como ordenes —vacié mi cerveza, luego caminé hacia Timmser y le entregué una pila de monedas varias—. Para mi cuenta, la de los Relámpagos, y una ronda para los Rocas, ¿vale?

—Copiado —Timmser me dirigió una rápida sonrisa—. Buen trabajo, Jen.

—No trates de repetirlo —le guiñé un ojo—. Y el vuelo tres *estará* en el centro de entrenamiento al amanecer, y tú tendrás mi cambio.

Seguí a Caet hacia la fresca noche y empezamos a deambular sin rumbo, aunque el gruñido de mi estómago me decía que querría algo de comida pronto.

—Bonita noche, ¿verdad?

Ella asintió y dirigió su mirada hacia las lunas crecientes.

—Paz. Es bueno conocer algo de paz.

—Me gusta pensar que algún día habrá más paz que guerra en la galaxia.

—Con ese sueño, estás en el lugar equivocado —sus labios se retiraron en una sonrisa, dejando ver un montón de dientes blancos—. No hay paz con Remart.

Me encogí de hombros.

—Es astuto y, en el fondo, un cobarde. Pero no estoy preocupado por él.

—Él ha venido a por mí porque me rompió —Caet se calló después de esa admisión y pensé que había agotado su cuota de palabras para el día. Dejé que el silencio colgara entre nosotros, sin presionar, porque sabía que no diría nada más. Era casi como si estuviera descansando después de la terrible experiencia de hacer una declaración tan abierta, y se estuviera preparando para ser maltratada por mí por ello.

Un par de bloques después, bajando por calles onduladas que nos llevaban bien lejos del Aviario, volvió a hablar.

—Me encandiló. Se convirtió en amigo. Se sentó conmigo en la oscuridad. No llegó a mí como tú. Él se abrió camino hasta mí.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quería?

—Posesión. Estoy aparte de todo el mundo. Aislada.

—Debido a tu fotosensibilidad.

—Y a mí educación. Mi madre fue la única shistavaniana que conocí de joven —vaciló, buscando las palabras—. Cuando fuimos a Uvena 3, ella se encontró en casa. Yo estaba en un lugar nuevo. Mi olor no era el correcto, ¿entiendes?

—Eras diferente. Fue fácil para los demás meterse contigo —extendí el brazo suavemente y apoyé mi mano izquierda en su hombro derecho—. Dejaste que Remart supiera esto, y lo volvió contra ti.

—Amigo falso. Pidió cosas —pude sentir cómo la tensión comenzaba a hacer que su cuerpo temblara, pero ella lo reprimió rápidamente—. Lo rechacé. Él me pegó. Mucho. Miedo y dolor. Fui feliz de votarle para que se fuera.

Apreté suavemente su hombro.

—Tu confianza está a salvo conmigo.

—Lo sé —se volvió hacia mí y vi una luna creciente reflejada en sus ojos—. También escondes dolor, secretos.

Parpadeé.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy lo suficientemente shistavaniana como para interpretar las señales —su sonrisa regresó—. Caminas solo. No visitas, no buscas compañía. No bebes más de lo necesario para integrarte.

Le ofrecí una sonrisa rápida.

—Toda una detective. ¿De qué soy culpable?

—Tienes una amante lejos. Buscas reunión o redención.

Eso me detuvo.

—Eres muy buena rastreadora.

—Así que pienso… ¿por qué estás aquí? —olisqueó dos veces, rápidamente—. Tu amante no es una Odi.

Negué con la cabeza, preguntándome cuán cerca de la verdad podía llegar sin poner en peligro toda mi misión. Decidí que tenía que bordear la verdad por un amplio margen, rápidamente construí una historia que bastaría.

—Su primo controla Líneas Tinta, y decretó que mi amante no podía estar conmigo sin que toda su rama de la familia fuera desheredada de la fortuna Tinta. Soy más mugriento que la baba de un hutt a sus ojos, y consideró que sólo iba detrás de la riqueza de mi amante. Quiero destruir a los Tintas, y creí que ser un Odi era la manera de hacerlo. Quiero que sepan que soy el instrumento de su destrucción, y quiero tener sus riquezas en mis bolsillos cuando me lleve a mi amante lejos de su familia pobre.

Caet olisqueó una vez más, luego cedió con un aullido agudo.

—Los tontos luchan por amor, los sabios por dinero.

—Gracias, creo.

—Plan audaz. Tendrás que ser un Odi Verdadero para lograrlo.

Capté el aroma de algo cocinándose más abajo por la calle y me dirigí hacia allí.

—¿Qué quieres decir con Odi Verdadero?

—Tripulación de la nave —ella igualó su paso al mío—. Dos caminos. Mérito en combate.

—Eso se puede lograr.

—No como Roca. Somos ignorados. Los Relámpagos no —un gruñido malicioso salió de su garganta—. En Relámpago puedes convertirte.

—Espero que sí. ¿Cuál es el otro método?

—Tareas de cama.

Negué con la cabeza.

—No entiendo.

Caet alargó la mano derecha y me cogió por la barbilla. Giró mi cara hacia la izquierda y asintió.

—Mínima cicatriz. Podrías hacerlo.

—Disculpa.

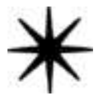
Otro aullido.

—La Almirante Tavira tiene apetito por los hombres. También podrías convertirte en un Odi Verdadero de esa manera.

Asentí y ella soltó mi barbilla. Convertirme en un Odi Verdadero y unirme a la tripulación del *Odioso* era el paso final en la localización de Mirax. Como miembro de la tripulación me enteraría de adónde iba el destructor entre ataques. Sabía que en ese lugar encontraría a Mirax. Haría lo necesario para llegar allí y salvarla, no tenía ninguna duda en mi mente.

—Entonces, Caet, cuéntame —sonreí mientras le hacía una señal para dirigirnos hacia el pequeño restaurante del cual emanaba el aroma a comida—, ¿qué hacemos para convertirme en un Relámpago?

TREINTAISÉIS



Caet trazó un plan muy simple para impulsarme a las filas del Escuadrón Relámpago, pero nos encontramos con algunas complicaciones inesperadas en los meses siguientes. La primera, y más frustrante, fue la escasez de misiones desafiantes para nosotros. A pesar de que el *Odioso* realizó varias incursiones, los Supervivientes no siempre fueron elegidos para acompañar al grupo de Tavira. La tripulación del *Nova Roja*, los Lores Láser, la tripulación del *Tiroveloz*, los Asaltantes de Riistar, los piratas de la *Estrella Negra* e incluso la banda de Shala el Hutt tuvieron sus oportunidades de ir en misiones. Rotar a las fuerzas mantenía a todos preparados y hacía saber que nadie era indispensable.

Incluso cuando los Supervivientes eran enviados, el Escuadrón Roca no siempre iba a la misión. Exceptuando cuando Tavira reclamaba específicamente a los Relámpagos, Nive escogía entre nosotros por sorteo. El Escuadrón Roca tenía aproximadamente una misión Odi al mes. En nuestras otras misiones volábamos cubriendo a naves más pequeñas, de la misma forma en que la gente del *Nova Roja* voló cubriendo al *Lleno de Botín*. El Escuadrón Pícaro no nos había emboscado en ninguna ocasión, pero en una de nuestras misiones Odi el *Odioso* desapareció del sistema poco después de su llegada. En esa ocasión nos encontramos luchando con un grupo de cazas compuesto por alas-Y y feos caseros, y perdimos a dos pilotos del vuelo uno, incluyendo al Capitán Kech.

Si naves capitales de la Nueva República esperaban al borde del sistema, no vi ninguna evidencia de ello, tampoco encontré ningún rastro en los datos de los sensores que extraje de la *Puñalada*. Después de vencer a los cazas locales, tiroteamos un asentamiento y saqueamos algunos almacenes, pero incluso con un par de lanzaderas repletas, la incursión apenas pareció haber valido la pena.

Fue sólo más tarde, después de que el Escuadrón Roca me eligiera capitán, cuando me enteré por Jacob Nive de que el *Odioso* se marchó porque otra operación Odi se topó con problemas y Tavira quiso emboscar a los emboscadores. La amenaza hacia nosotros no fue lo suficientemente grave como para hacer que se quedara, y no pude estar en desacuerdo. En la otra situación tres corbetas de la Nueva República comprometieron a algunos cargueros y cazas Odi, luego se retiraron cuando el *Odioso* apareció.

Me tomó un par de semanas, pero me enteré de detalles de esa otra operación. La banda de Shala había estado en posición para llevarse un cargamento de especia del Sistema Kessel cuando aparecieron las naves de la Nueva República. Durante veinte minutos mantuvieron un combate ligero, durante el cual uno de los cargueros de Shala sufrió daños, perdió maniobrabilidad, y navegó hasta ser aspirado por las Fauces… el gran cúmulo de agujeros negros cerca de Kessel. Alrededor de ese punto de la batalla, el

Odioso llegó y ahuyentó a las naves de la Nueva República, estando cerca de acabar con el *Libertad de Sullust* en el proceso.

Este rescate incrementó la fama del *Odioso* y el sentimiento generalizado de inmortalidad entre las tripulaciones, pero envió un escalofrío por mi espina dorsal. Me pareció poco probable que la Nueva República enviara tres corbetas a un sistema en el que esperaban encontrarse con el *Odioso*. Tres corbetas no serían inusuales para una patrulla, especialmente con viejos imperiales como Teradoc y Harrsk o la Almirante Daala aún dando vueltas por ahí. Mis tripas me decían que las corbetas se cruzaron por accidente con la gente de Shala.

Eso no era tan aterrador, pero el hecho de que el *Odioso* llegara allí a tiempo para salvar a Shala sí lo era. El tiempo a velocidad máxima desde el sistema donde estuvimos a Kessel era de dieciocho horas, y eso si el astronavegante se marcaba un Solo y bordeaba los márgenes de las Fauces. Eso implicaba que de alguna manera la Almirante Tavira supo del encuentro fortuito con dieciocho horas de antelación y presionó su nave para que la llevarla allí. El hecho es que la solución más fácil hubiera sido abrir una conexión de HoloRed con Shala y advertirle respecto al asalto de Kessel, ello sugería que a Tavira claramente le gustó la idea del rescate. Su solución definitivamente mejoró su reputación entre nosotros, y fue mucho más humillante para la Nueva República.

No obstante, la pregunta era; ¿*cómo* supo ella que el problema tendría lugar dieciocho horas en el futuro? Para mí sólo había una respuesta: el consejero que Exar Kun me mostró cerca de ella era hábil en el uso de la Fuerza y le advirtió del peligro que correría Shala. No había sentido ningún uso de la Fuerza evidente desde el *Odioso*, pero yo me mantenía tan encerrado en mí mismo en las misiones como lo estuve al acercarme al templo de Exar Kun, así que no era sorprendente que no percibiera nada.

Bajo mi liderazgo, con Timmser encabezando el vuelo tres y Caet a cargo del vuelo dos, el Escuadrón Roca iba bien. No éramos los Relámpagos, pero no íbamos tan a la zaga como para que se sintieran cómodos. Endurecí nuestros métodos de entrenamiento y quité los malos hábitos a los pilotos. Haciéndolos mejores, aumenté mis posibilidades de atraer la atención de Tavira, y eso me acercaba a encontrar y liberar a Mirax.

La principal ventaja que tenían los Relámpagos respecto a nosotros era en el área de las horas de combate, pero nuestra media se acercaba rápidamente a la suya. Ellos tendían a ser incluidos en más misiones Odi, lo cual acarreaba mucho prestigio, pero la presencia del *Odioso* a menudo detenía a la oposición antes de empezar. La resultante falta de bajas entre los Relámpagos significaba que mi avance por esa vía quedaba efectivamente bloqueado.

Bloqueado, estuvo, hasta la misión en Xa Fel. Xa Fel, un mundo del Sector Kanchen, abastecía a Astilleros Kuat como principal fabricante de hiperimpulsores estelares. El Gran Almirante Thrawn eligió como blanco el planeta por la misma razón que Tavira: los

hiperimpulsores recién fabricados eran una bendición para cualquiera que pudiera escapar con ellos. Debido a sus conexiones en la comunidad imperial, Tavira podría encontrar incontables señores de la guerra deseando comprarlos *y* estar en deuda con ella al mismo tiempo. Asumí que la última razón era aún más estimulante que la anterior.

La importancia del asalto fue subrayada por la Almirante Tavira designando a los Escuadrones Relámpago, Halcón y Roca de los Supervivientes, y permitiéndonos acudir hasta el *Odioso* y embarcar a bordo del destructor estelar para el trayecto hasta el planeta. Corbetas y cruceros pesados nos acompañaban en una enorme fuerza de combate, con el Escuadrón Cuchillada cubriendo a la *Puñalada* y las otras tripulaciones de Courkrus teniendo similar cobertura de cazas. El conjunto de naves era la fuerza más grande que había visto en mi tiempo con los Odis y acentuaba cuán en serio se tomaba Tavira la puesta en escena de esta incursión.

Los tres escuadrones de los Supervivientes a bordo del *Odioso* fuimos emparejados con uno de los escuadrones de agarrados internos del *Odioso*. Sus pilotos y los nuestros se miraron entre ellos con suspicacia. Noté en un par de ellos las mangas rojas que indicaban que habían servido alguna vez en la 181ª Ala Imperial de Cazas, pero nada más indicaba que esos pilotos fueran algo especial. Todos nosotros esperábamos la oportunidad de probarnos a nosotros mismos frente a ellos, aunque lo más probable era que cualquiera con acceso a un caza en Xa Fel lo mantuviera en tierra.

Realmente no esperaba con ansias la incursión por dos razones. La primera era que Xa Fel había resultado tan contaminado por las fábricas de Astilleros Kuat que incluso una visita podía ser desagradable. Se recomendaban máscaras respiratorias y ropa de protección, y mientras que mi uniforme de piloto de agarrado podía ser suficiente, pasar tiempo en esa roca caliente con mi equipo ambiental no sonaba divertido. Aunque no tenía ninguna intención de ser derribado o de estrellarme, al imaginar una posible situación de supervivencia, odiaba la idea de tener que pelear con un planeta por mi vida.

La segunda razón era una que me atormentaba en cada misión, y había sido una preocupación incluso durante mis operaciones encubiertas con SegCor. Tenía que preguntarme dónde establecía el límite respecto a lo que haría para encajar con los Odis. En las operaciones encubiertas con SegCor los límites de responsabilidad estaban muy claros: podía participar en crímenes contra la propiedad, pero una vez que alguien estaba bajo amenaza de muerte o lesiones corporales graves, mi deber de protegerlos prevalecía. Aquí con los piratas, las cosas no eran ni de lejos tan claras o limpias.

Había animado a mi escuadrón a usar cañones de iones, haciéndoles ver que los equipos que no destruíamos siempre podíamos quedárnoslos y llevarlos a Courkrus. Incluso había salvado un par de Cazadores de Cabezas con hiperimpulsores de una incursión y tenía al técnico de la unidad buscando una manera de montar un impulsor en mi agarrado. Los mejores pilotos de entre mi gente siguieron mi ejemplo, pero todavía tenía a dos o tres que utilizaban los láseres en combate.

En las misiones de ataque terrestre, ponía énfasis en minimizar los ataques contra blancos civiles.

—Sí, una estación de repostaje puede volar realmente bien, e incluso puede prender fuego a la mitad de una ciudad, pero ese no es el propósito aquí —negué con la cabeza en una sesión informativa—. Mirad, podéis matar a un nerf lanudo y haceros un abrigo con su piel, o podéis esquilar el abrigo de la bestia y regresar año tras año a por más lana. Nosotros lo hacemos así, dentro de seis meses nos presentaremos en el sistema, enviaremos una lista de peticiones y ellos nos cargarán el botín.

La mayoría de mis pilotos parecieron recibir el mensaje y sólo un par de veces tuvimos que ahuyentar a algunos otros Odis de nuestras zonas de control. Una vez pillé a Remart cazando furtivamente en un solitario tramo de carretera, haciendo explotar deslizadores terrestres por el simple placer que encontraba en el asesinato. Disparé un rayo iónico a su agarrado y me comuniqué con la Capitana Gurtt para que lo retirara de allí, lo cual ella hizo. También reuní su parte del botín de la incursión y lo envié a las familias de la gente que él había matado como compensación.

Y juré que lo llevaría ante la justicia por sus asesinatos cuando todo estuviera dicho y hecho.

Quince minutos antes de la reversión al espacio real, recibimos la orden de meternos en nuestros agarrados. Me monté, encendí el aparato y escuché los reportes de mis pilotos. Los retransmití a la Capitana Gurtt, quien estaba actuando como comandante del Grupo Superviviente. El Grupo Odioso consistía en sus Escuadrones Espada, Sable y Pica, con los Escuadrones Roca y Pica emparejados para las misiones.

Sentí una pequeña sacudida a través de mi nave cuando revertimos con siete segundos de adelanto. Antes de que pudiera averiguar lo que había sucedido, control de lanzamiento nos dio autorización inmediata para salir, lo cual hicimos. Me deslicé hacia babor y me dirigí hacia mi lugar de reunión. Mi boca se secó y supe que no era por simpatía al grisáceo mundo de atmósfera espesa que había por debajo de mí.

Habíamos salido del hiperespacio con adelanto porque un crucero Interdictor colgaba en el espacio sobre Xa Fel. En formación con él había un crucero estelar de Mon Calamari y un destructor estelar Mark II clase *Victoria*. Una hueste de naves más pequeñas rodeaban las tres naves capitales, incluyendo multitud de lanzaderas de asalto que supuse que transportaban tropas al planeta de abajo. La presencia del Interdictor significaba que el *Odioso* no podía huir, y las naves de la Nueva República ya habían comenzado a orientarse para la batalla.

Lo peor, en mi opinión, eran los enjambres de cazas que comenzaban a avanzar rápidamente hacia nosotros. Gigas de datos se vertieron en mis pantallas. Debía haber al menos dos escuadrones de alas-Y y alas-A ahí fuera. Vi otras naves que debían ser alas-B. Estos, junto con los alas-A, se movieron hacia nuestras escoltas, como la *Puñalada*. *Sólo dejarían a los agarrados frente a los alas-Y si los alas-Y tuvieran ayuda*…

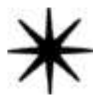
Entonces los vi y mi corazón se hundió. Encendí la unidad de comunicaciones.

—Tenemos serios problemas aquí, *Odioso*. Tenéis cazas subiendo desde Xa Fel.

—Les resultará imposible atravesar nuestra pantalla de cazas, Líder Roca.

—No digas imposible —extraje una porción de datos y la envié al *Odioso*—. Ese es el Escuadrón Pícaro, e imposible es su especialidad.

TREINTAISIETE



Conecté la frecuencia táctica de los Supervivientes.

—Aquí Líder Roca. Manteneos alejados de los alas-X. Marchad tras los alas-Y y usad los cañones de iones. Dejadles varados en el espacio, pero con los pilotos capaces de gritar.

La Capitana Gurtt replicó rápidamente.

—¿Por qué no matarlos?

—Estamos más o menos igualados, la única forma de ganar es escapando. Si dejamos a los pilotos a la deriva, los reps los recogerán. El *Odioso* podrá salir de la gravedad y prepararse para escapar. Los reps lo verán como una victoria y nosotros saldremos de aquí.

—¡Vaporicémoslos a todos! —fue Sasyru quien soltó la bravata—. No tengo miedo a ningún piloto rep.

—Genial, tú te encargas de los Pícaros. Buena suerte —bajé la mirada hacia mi monitor—. Estamos a un minuto de contactar, capitana. Tú decides.

Gurtt se tomó un momento, luego emitió las órdenes.

—Objetivo alas-Y, usad sólo cañones de iones. Ocupaos también de algunas de las lanzaderas de asalto. Dejad que la gente de Tavira trate con los alas-X.

Conecté la frecuencia táctica del Escuadrón Roca en la unidad de comunicaciones.

—Golpead a las horquillas, permaneced alejados de los punteros, dejad a los flacos y a las cruces[6]. Pedid ayuda si la necesitáis y saldremos de esta.

Había otras mil cosas que quería decir, pero sólo tenía treinta segundos hasta el contacto y necesitaba probar algo primero. Desde que dejé la Academia Jedi no me había abierto a la Fuerza de forma completa. Sabía que si los consejeros de Tavira *eran* sensibles a la Fuerza, podría estar exponiéndome a mí mismo, pero probé. Extendí mi esfera de responsabilidad hacia los cazas que se acercaban. Aislé a los alas-X, luego rebusqué entre ellos. Encontré al Coronel Celchu y empujé una imagen en su mente.

Alimenté la imagen de un agarrado fundiéndose en la forma de un ala-X con las marcas de mi ala-X en él. No tenía ni idea de lo que él haría con la visión, y no pude mantenerla más de un segundo, pero esperaba que le hiciera saber que yo estaba aquí fuera. Lo dejé ir, dándonos a ambos tiempo para recuperarnos antes de que la batalla llegara, luego volé hacia el grueso del combate.

Sobre y alrededor de nosotros las naves capitales intercambiaban fuego. Aunque la Nueva República tenía presentes tres naves más pequeñas, su poder de fuego combinado igualaba el del *Odioso*. Disparos de turboláser rojos y verdes hacían del espacio una pista

---

[6] Sobrenombres de los cazas de la Alianza Rebelde/Nueva República: Ala-Y/*Horquilla*. Ala-X/*Puntero*. Ala-A/*Flaco*. Ala-B/*Cruz. (N. del T.)*.

de obstáculos en la que un giro equivocado significaba el olvido. Los disparos que conseguían pasar a través de la arremolinada nube de cazas golpeaban a las otras naves capitales, pero los escudos parecían estar aguantando, excepto en el caso de las naves más pequeñas. Ambos lados parecían estar apuntando a las naves más pequeñas con sus cañones de iones, tratando de eliminar las molestias a la vez que dejaban restos que recoger después de la batalla.

El Escuadrón Roca se lanzó a un combate ligero con un escuadrón de alas-Y ansioso y agresivo. Los agarrados eran más rápidos que las horquillas, pero estos pilotos reps no eran malos. Hice mi primer blanco con un disparo vertical con deflexión que golpeó en uno de los impulsores de un ala-Y. La horquilla viró de inmediato a estribor, haciendo que yo girara también en respuesta, tiré de la manija del acelerador, invertí la impulsión, y coloqué la manija en su lugar de nuevo, anticipando un movimiento similar por parte de mi enemigo. Él se dio cuenta de que lo había anticipado después de sólo un segundo o dos y empezó un ascenso a toda velocidad. Presioné el timón, balanceando el morro hacia babor, y le golpeé una segunda vez justo por detrás de la cabina. Sus escudos se derrumbaron y la nave continuó adelante, con su ascenso llevándola lejos de Xa Fel.

Aceleré e inicié un descenso que me ubicó a la cola de una horquilla que estaba tratando de fulminar a uno de mis agarrados.

—Lo tengo, Cinco. Vira a babor.

—¡Cuidado, Líder!

Rayos iónicos azules destellaron hacia mí desde detrás de la cabina de la horquilla, esparciéndose contra mi escudo delantero. Giré a la derecha y descendí, usando el propio impulsor de la horquilla como cobertura, luego bombeé más energía a mi escudo.

—Al tanto, Rocas. Algunas de estas horquillas tienen un artillero detrás controlando ese cañón de iones.

Manteniéndome bajo, presioné el acelerador, luego ascendí y disparé al ala-Y. El piloto había comenzado a girar la horquilla para darle disparo sobre mí al artillero, pero yo lo golpeé primero. Lanzándome a babor y aplicando algo de timón, lo mantuve en mi punto de mira y disparé de nuevo. Sólo conseguí un impacto parcial, el cual le quitó el escudo de popa, pero seguía volando.

Otro rayo iónico se clavó en la horquilla en la cola, dejándola girando en espiral por el espacio. Vi el agarrado de Caet pasar disparando y le comuniqué un rápido agradecimiento. Ella respondió con un aullido, entonces me encontré volando hacia el otro lado de la batalla, un poco más cerca de las naves capitales de la Nueva República de lo que deseaba. Viré y descendí, luego di la vuelta y ascendí, rompiendo tantos planos como pude y sin mantener ningún rumbo más de un segundo o dos. Ninguna de las naves capitales me disparó (tenían una presa más grande a la que disparar), pero no quería convertirme en un blanco fácil para tentarlas.

Yo no era fácil de golpear, por lo cual, supongo, atraje la atención del Escuadrón Pícaro. En un nivel muy básico encontré esta atención muy halagadora. Mis colegas

habían decidido que yo era un oponente digno, y como no sabían quién era yo, era una evaluación honesta posible solamente en una situación anónima.

El problema que tenía con ello, por supuesto, era que su método de mostrar su aprecio por mis habilidades probablemente resultaría en mi muerte. Estaba atascado. Aunque podía introducir sus frecuencias de comunicaciones, no conocía los códigos de cifrado. Si contactaban conmigo a través de un canal abierto, todas las demás naves de la flota podrían captarlo, y eso tampoco resolvería nada. Ni siquiera podía tomarme un tiempo para concentrarme y usar la Fuerza para proyectar otro mensaje a Tycho, ya que localizarlo y hacer contacto y todo eso requeriría cada retazo de la concentración que necesitaba para mantenerme vivo.

Estaba atascado, pero no sin opciones. *Cuando la Fuerza es tu aliada, nunca estás sin opciones.*

Mantuve la mano ligera sobre la vara de control y expandí mi esfera de responsabilidad. Fuera de mi cabina todo parecía completamente caótico, un caleidoscopio de posibilidades y probabilidades que cambiaba a cada nanosegundo. Energía llenaba el vacío, viajando de un lado a otro entre las naves grandes, mientras que rayos más pequeños rociaban todo el espacio. Torpedos de protones y misiles de concusión perseguían a sus objetivos como si los atrajera el miedo de aquellos elegidos como blanco. Júbilo y dolor, esperanza y terror, ira y determinación, todo se arremolinaba alrededor… donde se entrecruzaban podía oír gritos de muerte o reafirmaciones susurradas de supervivencia.

Saliendo de todo esto, clasifiqué los sentimientos dirigidos hacia mí, las energías mentales concentradas en mi agarrado. Cuando se reforzaban, cuando parecían llegar a un punto, como si luz se deslizase a lo largo del filo cada vez más estrecho de un cuchillo, sabía si virar a derecha o izquierda, arriba o abajo. En respuesta, sentía sorpresa y enfado o incredulidad, luego un nuevo acopio de concentración.

Gavin se colocó tras de mí y lo leí como si se tratara de información fluyendo a través de un cuaderno de datos de pantalla ancha. Mientras se preparaba para acabar conmigo, corté la aceleración, descendí, y luego volví a tirar de la vara y ascendí. Viré a estribor dado que sabía que él prefería ese lado y me lancé directamente hacia su cola. Disparé un rayo iónico, luego giré hacia babor y descendí alejándome de él.

Ooryl fue el siguiente y resultó ser más duro de lo que esperaba. Siempre había sido un buen piloto y había mejorado mucho durante su tiempo con el escuadrón, pero siempre había tenido ventaja sobre él en las simulaciones. No estaba seguro de por qué, pero cuando luz láser se esparció sobre mi escudo de popa, comencé a preguntarme si no era porque él tenía alguna especie de bloqueo mental respecto a dispararme en los ejercicios. Sea como fuere, se pegó a mí como un nek con los dientes hundidos en la cola de un hutt, y estaba teniendo serios problemas para leer sus intenciones de disparo.

Si no puedo anticipar lo que está haciendo, tengo que hacerle anticipar lo que yo haga. Viré a estribor, dejando que la nave se alejara lateralmente, luego descendí y giré a babor. Hice que el agarrado se moviera arriba y abajo un par de veces, luego viré a

estribor, descendí y giré a babor. Introduje en mi vuelo unas cuantas desviaciones aleatorias más, luego repetí el patrón una tercera vez. Las impresiones que recibí de Ooryl, aunque todavía inescrutables para mí, cambiaron, y supe que había captado el patrón.

Diez segundos después me desvié hacia la derecha y descendí. Incliné la nave noventa grados a babor como si comenzara el lento giro, entonces tiré de la vara y corté la impulsión. Ooryl había comenzado su propio viraje a la izquierda, dirigiéndose hacia donde debería haber estado yo, exponiéndome el vientre de su nave. Lo golpeé con un sólido impacto iónico, luego el disparo de otro piloto también lo golpeó y su nave quedó muerta.

—¡Me he deshecho de él por ti, Líder! —anunció Timmser—. No tienes que agradecérmelo.

No iba a hacerlo. La nave muerta de Ooryl había estado dirigida hacia Xa Fel cuando fue alcanzada, y sin control se estrellaría contra la atmósfera y resultaría aplastada. Tenía menos de un minuto hasta el impacto y yo no podía hacer nada para salvarlo. Viré y observé cómo su nave continuaba en una lenta espiral hacia lo que sería la muerte de Ooryl.

¡Si pudiera usar la telequinesis para desviar su nave hacia una órbita!

Entonces la cubierta de la cabina se desprendió y la silla de mando de Ooryl salió disparada. Un segundo más tarde su unidad R2 se eyectó de forma similar del moribundo ala-X. El cohete de eyección lo llevaba hacia el Interdictor, aunque se consumiría mucho antes de que llegara allí. *No obstante, está a salvo.*

Una nueva presencia se centró en mí y supe que estaba en serios problemas. Incluso sin usar la Fuerza, había algunas personas que tenían mentes tan lentas que casi podías oír las sinapsis disparándose a un ritmo apático. Otros tenían un ingenio tan rápido que terminabas maravillado ante las conexiones que hacían, pero sólo después de los cinco o diez minutos que te llevaba desentrañar sus procesos de pensamiento. Y luego había personas cuyas mentes se movían en múltiples dimensiones, siempre y en todas a la velocidad de la luz, dejándote incapaz siquiera de empezar a comprender cómo funcionan sus mentes.

Tycho Celchu tenía tal mente, pero lo que me impresionaba de él no era la velocidad con la que pensaba, sino la fría deliberación que definía su forma de pensar. Cuando me eligió como blanco, no sentí el filo cada vez más estrecho como lo había sentido con Gavin. En su lugar Tycho hacía que mi nave estuviera encajonada y, segundo a segundo, encogía esa caja, eliminando datos superfluos, hasta que mi nave y una pequeña caja que él había etiquetado como su objetivo eran uno.

Más impresionante que eso, sin embargo, era el hecho de que la pequeña caja objetivo tenía múltiples apéndices, cada uno apuntando en la dirección de todas las maniobras que yo podría utilizar para escapar de él. Si daba un bandazo a la derecha, él podía ponerme de nuevo en su caja objetivo. Si combinaba dos o tres movimientos, los apéndices fluían alejándose de las opciones eliminadas y crecían para ahogar nuevas vías de escape. Su

mente funcionaba como la del legendario calamar demonio de Mon Calamari, azotándome con brazo tras brazo para arrastrarme de regreso al lugar donde podía matarme.

La única manera de vencerlo era hacer que él fuese el cazado. Invertí el rumbo y descendí, luego corté la aceleración y volví a ascender con un rizo cerrado que debería haberme colocado en su estela. Se había anticipado a mí, por lo que había virado a babor y yo giré justo tras él. Aceleré de nuevo y me acerqué más rápido de lo que debería haber sido capaz, así que lancé un disparo que salió bastante desviado a babor, luego hice un tonel rápido hacia el lado izquierdo y tiré de la vara de control. Mantuve el ascenso durante tres segundos, luego invertí y continué hasta completar un rizo.

El ala-X de Tycho retrocedió pasando trasversalmente frente a mi agarrado, pero no tuve ninguna oportunidad de dispararle. De él recibí la impresión de que agrandaba las cajas en las que intentaba atraparme. Tenía que lidiar con el problema añadido de ser un blanco también, lo cual proponía múltiples tácticas que usar contra mí. Solamente algunas de ellas estaban encaminadas a volverme a encerrar en la caja objetivo, e hice lo que pude para hacer de esas opciones las menos deseables.

—Líder Roca, aquí el *Odioso*. Reuníos con el *Odioso* si queréis un viaje de vuelta a casa.

—Copiado —retransmití el mensaje a mi escuadrón.

Caet habló.

—¿Ayuda, Líder?

—No, estoy bien. Sólo sal de aquí.

—Apresúrate.

—Como ordenes.

Viré a estribor, luego giré a la izquierda y reduje la aceleración para cerrar la curva. Apliqué más impulsión a medida que salía del giro, eludiendo un disparo láser cuádruple de Tycho, entonces corté la aceleración, apliqué timón suficiente para dirigirme en su dirección, y nuevamente volví a conectar el acelerador. Lancé un disparo rápido que roció su escudo con un relámpago azul, después apliqué más timón, invertí y descendí yendo tras él. Conseguí golpearle con otro disparo en el escudo de popa y este se derrumbó.

En su situación yo habría entrado en pánico, pero no sentí tal cosa en él. Simplemente nos trasladamos a una caja aún más grande en la que él revolvía y agitaba su ala-X a través de una serie de maniobras que no podría haber seguido ni aunque las hubiera programado en mi ordenador. Cada vez que Tycho tenía una opción táctica la utilizaba en una fracción de segundo, presentándosele otras a continuación. Las derivaciones parecían elegidas al azar, eliminando cualquier habilidad de anticiparse a él, pero todas estaban encaminadas de vuelta hacia la caja objetivo.

Sabía que era mejor no quedarme. Puse el agarrado en un amplio giro que me dirigió de vuelta hacia el *Odioso*. El destructor estelar había comenzado a establecer un patrón defensivo de fuego que se extendía en ondas para desalentar la persecución. En teoría,

nuestros artilleros no disparaban contra los cazas que se acercaban, pero colocaban sus disparos lo bastante cerca como para desalentar a cualquiera que viniera tras nosotros. Mientras que los disparos de la nave grande era poco probable que golpearan a ninguno de los cazas, no obstante los pilotos perseguidores tenían que preocuparse de ellos, lo cual no les dejaba una mano libre para rastrear objetivos. Y, si un piloto en aproximación era lo suficientemente bueno, podía mover su nave hasta el espacio por el que acababa de pasar fuego turboláser, dejando que los rayos de energía de la nave grande lo protegieran de sus perseguidores.

Regresando a través del campo de batalla principal, vi naves rotas y pilotos flotando en el vacío por todo el lugar. El número de horquillas colgando allí hacía que el lugar pareciera la guarida de un rancor. También vi algunas carcasas de agarrado ahí fuera, y un par de corbetas de cada lado. La *Puñalada* no estaba entre las naves muertas, lo cual tomé como positivo… relativamente hablando. A pesar de que los Supervivientes eran un desagradable grupo de mentirosos, asesinos, piratas y ladrones, algunos de ellos casi se habían convertido en amigos y no quería verlos muertos.

De repente, percibí una sensación de victoria emanando de Tycho. Activé el selector de objetivos con el pulgar y visualicé en una pantalla los objetivos de máximo peligro. Lo que vi fue un par de torpedos de protones acercándose rápidamente hacia mi agarrado. A pesar de mi huida, Tycho había dado la vuelta y me había fijado como blanco, luego me lanzó dos regalos de despedida. Los torpedos viajaban considerablemente más rápido que mi agarrado, lo cual era su principal fortaleza y, afortunadamente para mí, su principal debilidad.

Observé el indicador de distancia del primer misil disminuir y cuando estaba a menos de doscientos metros, tiré de la vara de control, luego la moví a la izquierda y me zambullí en un descenso. El primer misil pasó más allá de mí mientras que el segundo viraba y corregía el rumbo. Empujé la vara hacia delante y ascendí, dejando que pasara también, entonces sonreí. *La manera de salir de esta trampa la aprendí de ti, Tycho.*

Usando mis escáneres, localicé el primer misil y lo fijé como objetivo. Hice virar mi agarrado de modo que me dirigí directamente hacia el misil y esperé hasta que estuvo a menos de un kilómetro. Pasé las armas a láser doble, situé mi mira en la antorcha que se aproximaba y disparé dos veces. El primer par de rayos falló, pero el segundo acertó, desgarrando el misil en pedazos a sólo quinientos metros de distancia. Giré, descendí y localicé el segundo torpedo. Acerté con mi primer disparo, detonándolo a un kilómetro, y luego volé a través de la bola de fuego dorada en mi larga marcha hacia el *Odioso*.

Oí la voz de Tycho crepitando a través de un canal abierto.

—Un vuelo muy elegante, agarrado.

—No quería que pensaras que era un piloto novato, Líder Pícaro. Otra vez será —avancé con mi agarrado zigzagueando rápidamente, luego me precipité bajo el paraguas del fuego del *Odioso* y aterricé el tri-caza en medio de la zona que los Supervivientes habían ocupado. Observé, mientras giraba el caza alrededor para que el morro apuntara hacia la escotilla de salida, que los Supervivientes sólo habían perdido seis de los

treintaiséis agarrados, y yo sólo había perdido a dos. El grupo de agarrados imperial había perdido más de una docena de sus tri-cazas, y la primera fila de su escuadrón principal (espacio reservado para los oficiales al mando) parecía vacía.

Después de tomar una profunda respiración, me quité el casco y el equipo ambiental, luego abrí la escotilla y salí del agarrado. Timmser y Caet me ayudaron a bajar a la cubierta y me sujetaron cuando mis piernas cedieron. Me tomó un momento darme cuenta de lo débil que me sentía. Volar contra Tycho probablemente había sido lo más difícil que había hecho nunca, y yo tenía la ventaja de la Fuerza. Lo que él hacía, lo que hacía Wedge, sin ser capaces de usar la Fuerza, los hacía mucho más especiales que cualquier Jedi. Volaban con corazón, cerebro y todo su ser.

Timmser me puso en pie.

—Muy astuto lo que has hecho ahí fuera, Jen. Disparar a los torpedos. Eso les enseñará.

Una bocina de advertencia sonó y luces rojas comenzaron a parpadear en la cubierta del hangar. Retrocedí y me aseguré contra el agarrado mientras el *Odioso* aceleraba hasta la velocidad de la luz. Los generadores de gravedad de la nave eliminaron los efectos físicos de la aceleración, pero ver las estrellas pasar zumbando a través del puerto de salida fue suficiente para desorientarme.

Caet se abrochó la capa y retiró la capucha, luego se quitó las pesadas gafas.

—Lo hemos hecho bien. El Relámpago sólo ha perdido a uno. El Halcón a tres.

—¿A quién hemos perdido nosotros?

—Cinco y Siete —Timmser se encogió de hombros—. Decidieron enfrentarse a algunos flacos, y los alas-A los vaporizaron.

Negué con la cabeza.

—Qué desperdicio.

—Los flacos estaban yendo contra la *Puñalada*. Blook y Yander pensaron que podrían ganar puntos con el Capitán Nive —Timmser pasó una mano atrás y adelante a través de su pelo de punta, haciéndolo levantarse y rociándome con algo de sudor—. ¿Ya estás bien, capi?

Me enderecé.

—Mejor. Es fácil olvidar lo extenuante que puede ser esto.

—¿Por qué te enzarzaste con los punteros?

—Ellos vinieron a por mí, Caet. Timmser fulminó a uno. Gracias por la ayuda.

—Prefiero que sigas vivo, capi —la alta mujer me ofreció una sonrisa tranquila—. Aunque por la forma en que vuelas, eso realmente no es un problema.

Otra aguda bocina gimió, entonces una grave voz masculina resonó a través del hangar vía intercomunicador.

—Atención. Almirante en cubierta.

El repiqueteo de botas sobre la cubierta nos acompañó mientras nos precipitábamos adelante y nos alineábamos frente al área de reunión de los escuadrones. Frente a nosotros, los escuadrones imperiales se alinearon de igual modo. Todos ellos parecían

bastante pulcros con sus uniformes negros, mientras que nosotros parecíamos una tripulación bastante harapienta. Algunos de los nuestros tenían uniformes de los Supervivientes, llenos de costuras doradas junto al gris y rojo, pero la mayoría de nosotros llevaba una mezcla heterogénea de cosas que habíamos tomado de los planetas que habíamos asaltado, o de unidades que habíamos abandonado en el pasado. Los escuadrones parecían la cúspide frente al abismo, nuestra única ventaja era que más de nosotros habíamos sobrevivido a la batalla.

El turboascensor central se abrió y dos soldados de asalto dieron un paso al frente con unas armaduras tan brillantes que casi le pido a Caet sus gafas. Hicieron una pausa, luego se separaron, cada uno dando un paso a un lado, lo que permitió a la Almirante Tavira emerger a la cubierta. Los soldados de asalto, tanto los que la flanqueaban como los dos que salieron del turboascensor para permanecer detrás de ella, la empequeñecían físicamente; pero algo en la forma en que se movía hacía que no pareciera diminuta en absoluto. Llevaba un uniforme gris de almirante y sujetaba una fusta en la parte baja de su espalda. Incluso tan lejos como estaba, podía sentir la electricidad en su mirada amatista.

Miró hacia su gente, luego hacia nosotros. Hizo un gesto casual con su mano enguantada, señalándonos con la fusta. Los soldados de asalto lideraron el camino, el paso casual de ella contrastaba agudamente con los pasos precisos y medidos de los soldados. Cuando se acercó a nosotros y empezó a caminar a lo largo de la línea, sus manos salieron de detrás de su espalda, su fusta jugueteaba contra la palma de su mano izquierda o daba golpecitos coquetos y suaves contra su propia barbilla.

Mantuve mi rostro impasible mientras ella pasaba por delante de mí, luchando contra cualquier reacción cuando ella echó una mirada rápida en mi dirección. Era unos diez centímetros más baja que yo y su cabello negro profundo relucía con destellos plateados. Su pálida piel estaba tersa sobre huesos finos, todavía sin líneas expresivas empezando de las comisuras de sus ojos o boca. En figura y edad casi parecía una niña, pero la confianza fría de sus pisadas y la forma en que nos midió a todos con un vistazo momentáneo, traicionó kilobytes de datos sobre su edad mental.

Se detuvo ante la Capitana Gurtt y dio un golpecito con la fusta contra el hombro de Tyresi.

—Tú eres quien nos transmitió el plan de combate, ¿cierto?

—Así es, almirante —Tyresi mantuvo la voz uniforme, pero capté el tintineo de un temblor en ella.

Tavira estudió su rostro por un momento, dejando que el silencio se prolongara hasta el punto en que se volvió un poco incómodo.

—Aconsejaste una retirada mientras dejábamos que los reps rescataran a su gente.

—Cierto, almirante.

Nuevamente el silencio cayó, tanto Tavira como Tyresi permanecieron inmóviles. Podía sentir la tensión creciendo. La estrategia por la que Tyresi estaba siendo culpada era mía y cualquier castigo que ella recibiera debería ser mío. Respiré profundamente, y

habría dicho algo, pero capté una mínima contracción de carne alrededor de la esquina de la boca de Tavira.

—Ha sido una estrategia ganadora, Capitana Gurtt —Tavira señaló casi descuidadamente a sus propios pilotos—. El Coronel Lamner no estuvo de acuerdo con ella y fue directamente a por los alas-X. Puedes notar que no se encuentra aquí para defender su decisión.

—No, almirante, no está.

La fusta volvió a golpear el hombro de Tyresi.

—Lo cual significa que necesito reemplazarlo. Te tendré a ti en su lugar, *Coronel* Gurtt.

Tyresi abrió mucho sus ojos oscuros.

—¿Yo, trasladarme al *Odioso*?

—Estoy segura de que el Capitán Nive estará de acuerdo con el cambio.

—Sí, almirante —Tyresi frunció el ceño—. No sería correcto, almirante, que no le dijera que la estrategia que le retransmití vino del Capitán Idanian. La sugirió él, pensé que era acertada y se la pasé a usted.

—Sí —ronroneó Tavira—, el Capitán Idanian, el que ha destruido los torpedos de protones dirigidos hacia mi nave. Estaba pensando en que fuera tu reemplazo en el Escuadrón Relámpago.

Remart negó con la cabeza, y Tavira se inclinó hacia él como un murcielalcón sobre un lingote de granito.

—¿Tienes algo que aportar, piloto?

—Con el debido respeto, almirante, pero no es así como se eligen los oficiales entre los Supervivientes.

—Oh, ¿y cuál es el proceso?

Remart sonrió encantador.

—Primero, tienes que ser votado para entrar en el Escuadrón Relámpago, ya que somos un escuadrón de élite.

Tavira asintió.

—¿Tendría que ser elegido por su propia gente para ocupar este puesto?

Remart imitó el asentimiento de ella.

—Sí, almirante.

Con la fusta presionada pensativamente en sus labios, Tavira se giró y observó a mi escuadrón.

—Todos los que estén a favor de que el Capitán Idanian se una al Escuadrón Relámpago, por favor, levanten un apéndice conveniente.

Nueve manos se levantaron a lo largo de la línea. La mía no.

Tavira frunció el ceño.

—¿Te opones a tu elección?

—Tengo responsabilidades con mi gente.

—Tienes responsabilidades *conmigo*. *Yo* te quiero en el Escuadrón Relámpago.

—Como ordene, almirante.

Devolvió la mirada a Remart.

—Ahora me dirás que él también debe ser elegido líder del Escuadrón Relámpago, ¿cierto?

—Así es como lo hacemos, almirante.

La sonrisa de Tavira floreció llena de dientes.

—Y la posición de comandante de este escuadrón es la que codicias para ti mismo, ¿cierto?

Todo el cuerpo de Remart se puso rígido.

—Sería su más fiel y ferviente siervo, almirante.

Tavira estrelló la fusta no tan suavemente contra el estómago de Remart.

—Y todavía puedes serlo, pero no te quiero al mando de los Relámpagos. Las presiones del mando podrían arrugar esa cara, y no me gustaría que eso sucediera. Todos los que estén en el Escuadrón Relámpago a favor de que el Capitán Idanian asuma el mando, por favor, levantad un apéndice.

Nueve manos fueron levantadas y, después de un rápido azote con la fusta, la mano de Remart se unió a las otras.

Tavira sonrió indulgentemente.

—Aunque desprecio la democracia, es bonito ver que esta pintoresca costumbre resulte en unanimidad. Felicitaciones, Capitán Idanian. Tienes un nuevo mando. Ahora puedes enviar tus planes directamente al *Odioso*.

—Es un privilegio que ejerceré con sumo cuidado, almirante.

Sus ojos violetas se estrecharon.

—¿Por qué tengo la sensación de que podría haber cometido un error al ascenderte?

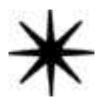
Mantuve una expresión abierta.

—No tengo ni idea, almirante.

—Asegúrate, Capitán Idanian, de no darme ninguna razón para volver a pensar en ello.

—Como ordene, almirante —incliné la cabeza hacia ella y no la levanté de nuevo hasta que ella y su séquito se hubieron alejado con Tyresi para introducirla en su nuevo mando. Le eché una mirada a Remart y lo vi temblar de rabia. No le daría ninguna razón a Tavira para pensar que había cometido un error. Remart, por otra parte, ciertamente lo haría. Por ello supe entonces que cuando nuestra inevitable confrontación llegara, sólo uno de los dos podría seguir caminando.

TREINTAIOCHO



Tomar el relevo de Tyresi Gurtt en el Escuadrón Relámpago resultó más y menos difícil de lo que yo hubiera pensado. Jacob Nive aprobó la elección, lo cual rebajó el resentimiento de algunos de los Relámpagos. La mayoría de ellos esperaron para ver cuán bien podía volar, y mientras que los datos de los sensores del vuelo contra Tycho y de los disparos contra los torpedos ciertamente convencieron a la mayoría, unos pocos cabezones esperaron hasta que tuvimos la oportunidad de practicar unos contra otros.

Remart y otros dos (con el otro piloto de reemplazo del Escuadrón Cuchillada uniéndose pronto a ellos) se me opusieron firmemente. Los reuní en el vuelo tres y no podía esperar a poder lanzarlos contra el Escuadrón Pícaro o el grupo de alas-A de Pash Cracken. Sabía que era un deseo decididamente no-Jedi por mi parte y me sentía incómodo con ello, pero tener a Remart maquinando cómo meterme en problemas añadía un estrés que no necesitaba en mi vida.

Afortunadamente para él y para mí, el *Odioso* no llamó a nadie para misiones durante más de un mes, dejándonos languidecer en Courkrus. Todos asumimos que estaba tomando tiempo que Tyresi recuperara el grupo de cazas del *Odioso*. La falta de acción por parte del *Odioso* no impidió que la Almirante Tavira apareciera en Courkrus para reunirse con varios líderes de las bandas de vez en cuando, aunque ninguna misión resultante de esas reuniones llegó a mis oídos.

Aparte de trabajar con mi nuevo escuadrón, usé el tiempo de inactividad para repasar los diversos eventos de la incursión en Xa Fel. Supimos más tarde, a través de varios canales, que la Nueva República no había estado en Xa Fel esperándonos a nosotros. La Nueva República había organizado un asalto sorpresa contra Xa Fel para atrapar a oficiales de Astilleros Kuat. AK[7] había recibido varias órdenes judiciales para dejar de contaminar el planeta e iniciar campañas masivas de limpieza, pero no había hecho casi nada por cumplirlas. Durante las incursiones de Thrawn, poco se había hecho para hacer cumplir las sentencias… lo mismo ocurrió durante la agitación provocada por el Emperador Renacido. AK se había vuelto autocomplaciente, así que la Nueva República había intervenido, utilizó un Interdictor para mantener a todas las naves en el sistema, y estaban en proceso de revisarlo todo cuando nosotros aparecimos.

Aunque me complacía ver que Xa Fel estaba camino de limpiarse, la naturaleza de la incursión y nuestro tropiezo en ella tenía mayor importancia para mí. La gente de Tavira omitió las fuerzas de la Nueva República porque esas fuerzas no estaban allí para atrapar al *Odioso*. Esas fuerzas tenían un objetivo diferente. Eso significaba que los consejeros de Tavira eran capaces de leer las amenazas dirigidas a ella, no el futuro en general. Percibían la misma intención hostil que yo había recibido de Tycho, sólo que recibían la

[7] AK; Astilleros Kuat. En el original, KDY (*Kuat Drive Yards*). *(N. del T.)*.

advertencia con un poco de antelación. A menos que algo fuera una amenaza directa para Tavira y para el *Odioso* (y, por extensión, para el propio consejero), simplemente no se registraba.

Por muy buenos que puedan ser usando la Fuerza, parecen limitados, medio entrenados.

Mi infructuosa consideración de cómo usar este descubrimiento contra Tavira ocupaba mucho de mi tiempo libre, y no era un problema que pudiera compartir con mis amigos. Estos pensamientos quedaron a un lado una tarde cuando Jacob Nive me llamó a su oficina. Sabía que los pilotos que estuvieron en Xa Fel habían ido siendo llamados a sus diversos cuarteles para responder preguntas sobre la batalla, pero el proceso había dejado a los Supervivientes para el final. Los pilotos de las otras bandas guardaron silencio respecto a lo que pasaba en los interrogatorios, pero me di cuenta de que ninguno de ellos tenía ni idea de lo que les había sucedido.

Entré en la oficina, saludé al Capitán Nive y a la Almirante Tavira, y luego me moví hacia la tercera silla en escena ante el escritorio de Nive, la que estaba de espaldas a la puerta que daba a una oficina anexa. La Almirante Tavira, vestida con un mono negro de piloto con una chaqueta corta y una capa a juego, cruzó las piernas y dejó que su pie izquierdo rebotara con impaciencia.

—Gracias por unirse a nosotros, Capitán Idanian.

Asentí una vez.

—Un placer, almirante. ¿En qué puedo servirla?

—Estoy haciendo preguntas sobre la batalla de Xa Fel. Como sabes, en el pasado mis consejeros han sido muy perspicaces para mantener al *Odioso* fuera de peligro —Tavira me miró a través de sus ojos entrecerrados, unos ojos seductores—. En Xa Fel fallaron, pero allí percibieron una presencia.

—¿Una presencia? —fruncí el ceño—. No estoy seguro de entenderlo.

—¿Sabes lo que es un Caballero Jedi? —su pregunta llegó suave, casi seductora. La punta rosada de su lengua humedeció sus labios mientras esperaba mi respuesta, su mirada ganaba en intensidad. Sus maneras, su porte y su tono de voz sugerían recompensas por la verdad, y me encontré a mí mismo sorprendentemente dispuesto a complacerla. La promesa de Exar Kun de dejarme poseerla pasó por mi mente, seguida rápidamente por la imagen de Mirax, enviando una pequeña sacudida a través de mí.

Siguiendo la estela de esa sacudida sentí una presencia merodeando por mi mente. Llegó tentativa y suavemente, una bola de pelusa de nerf rodando y saltando por la superficie de mi conciencia. Si no hubiera sido entrenado en los caminos de la Fuerza nunca me habría dado cuenta de ello, o lo habría achacado a la mirada penetrante de la almirante. Así, incluso con mi rudimentaria habilidad con la Fuerza, sentí su intrusión y traté de desviarla de cualquier sondeo en profundidad.

Recordé cómo Luke entró en mi mente haciendo que sus pensamientos fluyeran junto con los míos. Yo revertí esta técnica. Dado que el sondeador estaba buscando información sobre la Fuerza y los Caballeros Jedi, yo se la proveería. Extraje cada

recuerdo de los Caballeros Jedi de cada holodrama y documental de poca monta que pude recordar. Creé una piscina con tales imágenes, permitiendo que el sondeador se adentrara, y luego lo encajoné en esa abundancia de datos.

—Lo sé, almirante —me sonrojé y bajé la mirada—. Era un fanático sobre el tema cuando era niño. Aprendía todo lo que podía porque ello enfurecía a mi familia. No entendí entonces el riesgo que suponía para mi familia, ni el riesgo que representaban los Jedi para el Imperio. Sé que la Nueva República clama tener algunos y creo que uno de ellos fue el responsable de la destrucción de Carida.

—Vaya —los ojos de Tavira se iluminaron ligeramente—. En la batalla de Xa Fel, mi gente percibió indicios de la presencia de un Jedi. ¿Sabes algo de eso?

Incliné la cabeza hacia atrás y me eché a reír.

—Todo tiene sentido ahora.

Ella frunció el ceño.

—¿El qué?

—Los torpedos de protones. Eso sería lo que *él* hubiera usado contra el *Odioso*.

Nive negó con la cabeza.

—Repítelo, y explícate.

Miré abiertamente a ambos, alimentando con sorpresa la piscina de recuerdos de mi cerebro.

—El Jedi, Luke Starkiller, Adam Darklighter, Biggs Skywalker, lo que sea, el que destruyó la *Estrella de la Muerte* en Yavin… él utilizó torpedos de protones. Tiene sentido que los disparase contra su nave cuando nos íbamos. Yo estaba volando contra el Escuadrón Pícaro, y él fue el fundador del Escuadrón Pícaro después de todo.

Sentí la misma sorpresa que había en la cara de Tavira deslizarse por la conexión en mi cerebro. Esa presencia se retiró mientras la sorpresa de Tavira se fundía en una sonrisa apreciativa.

—Estoy impresionada, Capitán Idanian. Nadie más ha relacionado el Escuadrón Pícaro con los Jedi.

—¿Ni siquiera sus consejeros?

—No, ni siquiera ellos —su fusta golpeó contra su palma enguantada—. ¿Cómo es que has sido capaz de dar esa respuesta?

Entrecerré los ojos.

—Ese piloto de ala-X casi me venció. Sabía que era del Escuadrón Pícaro, pero al analizar mi actuación después de los hechos, me di cuenta de que necesitaba saber más sobre todos ellos. Su historia hace que la lectura sea fascinante. Incluso usted es mencionada en ella.

Su cabeza se levantó y su mirada se volvió helada.

—Me he enfrentado a ellos en varias ocasiones, pero nunca con un Jedi volando con ellos.

Lo intenté pero no pude reprimir un escalofrío.

Ella lo captó y sonrió.

—Has sobrevivido a un encuentro con ellos, al igual que yo. ¿Eso nos hace espíritus afines?

—Nos hace a ambos supervivientes.

—¿Y te enorgulleces de ser un superviviente?

Sacudí la cabeza.

—Me enorgullezco de ser un vencedor.

Sus ojos se ensancharon ligeramente.

—¿Y siempre ganas?

—Sí, de momento.

—Puede que no hayas sido desafiado adecuadamente —frunció los labios por un momento—. Quizás debería encontrar un desafío para ti.

El Capitán Nive se removió incómodo en su silla.

—Si lo desea, puedo…

Levanté una mano.

—Con su permiso. ¿Puedo hablar con franqueza, almirante?

Tavira parpadeó hacia mí.

—Esto es nuevo. Procede.

Me levanté.

—Tengo un gran respeto por usted, almirante, como táctica y por ser capaz de mantener unida esta coalición. Su habilidad para mantener intacto el *Odioso* mientras la Nueva República lo está cazando no es nada salvo milagroso. Y, sin querer parecer atrevido, pienso que es usted increíblemente bella. Sin embargo, el hecho es que me uní a los Odis para ser piloto y para hacer dinero. Si el desafío que está pensando ofrecerme pone a prueba mi habilidad de pilotaje, yo soy su hombre. Si no, no me interesa el trabajo.

Nive pareció afligido y estoy bastante seguro de que pensaba que iban a ordenarle que me matara justo allí y ahora.

Tavira pareció sorprendida. Por todo un segundo. Luego se puso de pie y me azotó cruzándome la cara con la fusta. Supe que el golpe llegaba (ni siquiera necesité que la Fuerza me lo dijera), y lo acepté. El dolor se hundió en mi carne y el calor se levantó para reemplazarlo en mi mejilla derecha. No sentí ningún flujo de sangre, pero sabía que tendría un desagradable verdugón durante un día más o menos, y un feo moratón después de eso.

—Eso es por tu presunción, capitán —Tavira adelantó la fusta y la presionó por debajo de mi barbilla—. Aunque estás lejos de ser feo, no eres mi tipo, pero si te encontrara atractivo y quisiera que me atendieras, lo harías. *Tch, tch,* no hables. Lo que te digo es un hecho puro y simple —sus ojos casi se cerraron cuando levantó la mirada hacia mi cara—. Lástima que seas tan rubio. Los rubios siempre han sido un desastre para mí.

Se giró bruscamente, dejando que la fusta raspara mi garganta.

—En cuanto a los desafíos de pilotaje, te los brindaré. Dentro de una semana, creo, tendré a los Supervivientes de punta de lanza en una acción para mí. ¿Crees que estarás a la altura del desafío?

—Haré lo que me ordene, almirante.

Tavira se volvió de nuevo hacia mí, lentamente, con una sonrisa recatada en su rostro.

—Imagino que lo harás, capitán, lo cual significa que hay esperanza de futuro para ti. No me disgustes, capitán. No te gustará lo que les sucede a aquellos que me disgustan.

Me retiré de la oficina de Nive, pasando por delante de Timmser, quien estaba esperando para entrar a continuación, y salí a la luz del sol. Comencé a dirigirme hacia un pequeño restaurante que me gustaba, pero cuando comencé a pensar, mi paseo se quedó sin propósito fijo. Habían sucedido tantas cosas en la reunión que necesitaba clasificarlas y averiguar cómo proceder.

En primer lugar había confirmado lo que sospechaba: los consejeros de Tavira eran sensibles a la Fuerza y habían sido entrenados en algunos usos de la Fuerza. Estaba bastante seguro de que mi desviación mental había pasado desapercibida, lo cual significaba que sus consejeros no eran muy hábiles en ese tipo de sondeos. Podía ser que su talento para descubrir amenazas fuera pasivo, funcionando sólo con amenazas dirigidas contra ellos. Eso significaba que eran en gran parte reactivos, lo cual era similar a ser un contragolpeador en una lucha. No es malo, pero significa que tienes que ser golpeado primero antes de que puedas devolver el golpe.

El hecho de que hubieran detectado mi uso de la Fuerza en la batalla me perturbaba, y por otra parte me hacía agradecer el haber estado trabajando para mantener mi sensibilidad a la Fuerza oculta. Si la temprana suposición de Luke de que Mirax había sido capturada para prevenir una acción por mi parte era cierta, ya que mi presencia en la Fuerza podía identificarme, casi anuncié a mis enemigos que estaba aquí. El hecho de que estuvieran dispuestos a aceptar que la presencia en la Fuerza de la batalla era la de Luke Skywalker no resolvía este problema… sólo significaba que no tenían forma de diferenciarme de Luke por el momento.

También me pareció extraño que nunca hubiera percibido a los consejeros de Tavira antes del sondeo en la oficina, o durante la batalla. Si ellos podían detectarme, estaban dentro de mi alcance para que yo los detectara a ellos, o por lo menos así lo creía. Debían estar escudándose a sí mismos, permaneciendo ocultos. Dado que hasta hacía media docena de años ser un Jedi era una manera rápida de morir lentamente, la capacidad de permanecer oculto era una virtud. Para mí, sin embargo, esa virtud significaba que podía estar justo al lado de un peligroso enemigo y no saberlo.

En segundo lugar, e igualmente importante, había aprendido que a Tavira no le gustaba ser contradicha. Había extinguido el preludio de una proposición, y ella me había castigado por ello, entonces me había dicho que nunca más la desafiara. Ella no había

admitido que la había interceptado, y no había renunciado a poseer el control de la situación. Claramente sentía que había salido vencedora, y yo no quería saber cómo iba a reforzar su victoria.

Me hallé ante el Choque y descendí hacia las frescas profundidades. Le di a mis ojos la oportunidad de adaptarse a la tenue luz, luego me dirigí hacia la parte trasera, a una mesa donde Timmser estaba sentada con Caet. Antes de que pudiera llegar, sin embargo, Remart aterrizó una mano pesadamente en mi hombro izquierdo.

Me volví hacia él, encogiéndome de hombros para zafarme de su mano.

—¿Quieres algo?

El hombre grande me sonrió astutamente.

—Sólo invitarte a una copa.

—Tienes un especial de neurotoxinas de Alion, ¿verdad?

El camarero, un tipo que tenía suficientes llagas en la cara como para ser de Xa Fel, se rio.

—Esto no es propiedad de Margath. Sasyru invita. ¿Qué vas a tomar?

—Cerveza de lomin local, gracias —miré a Remart—. ¿Por qué tan generoso?

—No quiero ningún malentendido entre nosotros, capitán —levantó un brandy escarlata en mi dirección como saludo—. Sin resentimientos.

—Claro —acepté la cerveza del camarero, asentí hacia Remart, y continué mi camino hacia la parte trasera. Timmser deslizó una silla para mí con el pie—. ¿Qué le pasa a Remart?

Timmser resopló y Caet gruñó.

—Sasyru ha ido a la oficina de Nive después de mí para reunirse con la almirante y el Capitán Nive. Ha salido de la reunión muy feliz. Parece que la almirante piensa que Remart le va a hacer pasar un buen rato después de nuestra próxima excursión.

—Oh —tomé un sorbo de la cerveza y dejé que el carbonato atacara mi lengua. La cerveza se me amargó en la boca, pero sabía que no tenía nada que ver con la cerveza. No me gustaba la idea de Remart con la Almirante Tavira, y me volví para mirarle ceñudo.

Caet dejó que un gruñido grave surgiera de su garganta.

—Los celos no te convienen, Jenos.

La miré, parpadeando con sorpresa.

—¿Celos? ¿Yo? ¿De Remart? Ni de broma.

Timmser sacudió la cabeza.

—Está bastante claro que te ha sentado mal, Jen.

—No, estáis equivocadas —fruncí el ceño ante ambas, luego bebí. Traté de decirme a mí mismo que no me gustaba la idea de que estuvieran juntos porque Remart me causaría problemas con Tavira—. Con Tavira apoyándolo, Remart será un terror.

Timmser me hizo un exagerado asentimiento.

—Copiado, Capitán Idanian, pero creo que los datos de tus sensores están equivocados.

Caet aprobó el comentario con una sonrisa.

—Busca la verdad, Jenos. No vueles a ciegas.

Mi ceño se profundizó al considerar la posibilidad de estar celoso. Sabía que era una locura. No la quería… tenía a Mirax y era muy feliz con ella. La había rechazado, y podía verla fácilmente volviéndose hacia Remart como una forma de salvar su ego y de sacarme de quicio, ya que nuestra aversión mutua era bien conocida. Sin embargo, aunque no la quería, menos aún quería que estuviera con *él*.

¡Estoy celoso!

Me estremecí. Parte de mí sabía que mis celos estaban pre-programados y eran genéticos. Al ganarse a una mujer, un hombre garantizaba su propia supervivencia genética, y todos los demás hombres eran rivales *de facto* en esa búsqueda de la inmortalidad. Por mucho que quisiera creer que mi naturaleza animal estaba suprimida (tanto como me aferraba al dicho de Yoda de que no somos burdas criaturas de materia), no me gustaba Remart. También sentía una poderosa atracción hacia Leonia Tavira.

Tenía que admitirlo. Parte de la razón por la que había cortado su proposición era porque la encontraba deseable. Ella era fácilmente clasificable como un bombón, y su astucia aumentaba su atractivo. Su volubilidad era peligrosa, pero ese mismo peligro era un desafío: *¿Podría yo, relacionándome con ella más de cerca, eludir su ira?*

Antes de dejarme seguir con esa línea de pensamiento, presioné la jarra de cerveza fría contra mi mejilla derecha y dejé que el frío calmara el fuego instalado allí. Sentí más que un aguijoneo cuando una parte de la cerveza se vertió sobre la carne erosionada, pero dejé que ello me recordara el lado mezquino y venial de Tavira. *¿He ido tan lejos aquí que realmente la quiero?* Conduje un aguijón como una vibroespada contra cualquier deseo que sintiera por ella. Esperaba haber provocado una herida mortal, pero no estaba seguro de ello.

Caet olfateó una vez en mi dirección.

—Tu cara. ¿Quién?

Bajé la cerveza y le ofrecí un buen vistazo de mi verdugón.

—La amiguita de Remart. No le han gustado mis respuestas a algunas de sus preguntas.

Timmser agitó el brandy en su copa, entonces sonrió.

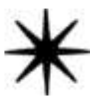
—Yo les he respondido y todo lo que he conseguido ha sido un dolor de cabeza.

—Sí, bueno, le he dicho que tenía dolor de cabeza, y me ha azotado por ello.

—No eres prudente —Caet se inclinó hacia delante—. No siento compasión por Remart. Por ti, miedo.

—No temas por mí, Caet —negué con la cabeza—. Y no lo hagas alrededor de Tavira. Creo que puede oler el miedo y puede oler la debilidad. Hiede a cualquiera de las dos cosas a su alrededor y tú también podrías tragarte un disparo de bláster… sería más rápido y tal vez no duela tanto.

TREINTAINUEVE



La nueva incursión prometía ser fácil y probablemente no requeriría la demostración de fuerza que íbamos a llevar, pero la odiaba. La Almirante Tavira había decidido que íbamos a viajar al Sistema Algara. No íbamos a golpear el planeta principal, Algara 2, a pesar de que la administración atada a la burocracia del planeta probablemente no pudiera organizar una defensa. En su lugar, nos dirigíamos al primer mundo del sistema, Kerilt, un mundo selvático cuya única colonia estaba lejos de ser autosuficiente.

Esta falta de autosuficiencia hacía de Kerilt un blanco perfecto. La colonia, Morymento, era el hogar de una de las comunidades más grandes del Remanente Caamasiano en la galaxia. Antes de que yo naciera, justo después de las Guerras Clon, el mundo de Caamas fue brutalmente atacado y golpeado con suficiente poder de fuego como para que la vegetación del mundo ardiera, dejándolo como una roca muerta, y la gran mayoría de los caamasianos murieron con su planeta. Debido a la minuciosidad y pura ferocidad del ataque, nadie sabía quién lo había ordenado o llevado a cabo.

Y nadie sabía *por qué* había sido llevado a cabo. Por tanto tiempo como se podía recordar, los caamasianos fueron muy pacifistas y la misma alma de la moderación y la mediación. A pesar de que unos cuantos caamasianos se aventuraron como Jedi (obviamente incluyendo al amigo de mi abuelo, Ylenic It'kla), la mayoría de los que dejaron Caamas lo hicieron como comerciantes o académicos, negociadores y diplomáticos. Eran tan queridos que varios idiomas adaptaron la palabra caamasiano para que significara «amigo de lejos» o «extranjero en quien confiar».

Facciones dentro del Imperio ciertamente hicieron lo que pudieron para ayudar a los supervivientes caamasianos después de la inmolación de su mundo. Se crearon una serie de colonias como Morymento, y aquellos que se inclinaban por ver conspiraciones en todas partes incluso llegaron a sugerir que Alderaan fue destruido porque fue el hogar de una de las comunidades más grandes de refugiados caamasianos. Yo no sabía si eso era cierto o no, pero recordaba a mi madre recolectando ropa vieja para enviarla a los campamentos caamasianos en alguna otra parte de la galaxia. Con la derrota del Imperio, la caridad continuó e incluso se incrementó, lo que significaba, con un envío semi-anual de suministros que acababa de llegar a Kerilt, que la colonia caamasiana era un objetivo perfecto para el saqueo.

Cuando volvimos al espacio real, descubrimos que no éramos los únicos que pensábamos que los suministros caamasianos eran un premio que valía la pena obtener.

Despegamos del *Odioso* y vimos un viejo crucero de batalla clase *Kaloth* en órbita alrededor de Kerilt. El transpondedor IAE indicaba que se llamaba *Harmzuay*, y yo ya conocía esa nave de mis días en SegCor. Pertenecía a un grupo de esclavistas thalassianos que, incluso entre los esclavistas, tenían una reputación bastante mala: recolectaban a los

mejores y más brillantes de entre sus víctimas y asesinaban al resto, garantizando una oferta disminuida que aumentaba los precios.

—Relámpagos, conmigo. Los calaveras[8] son nuestros. Vaporizadlos, no los aturdáis. Roca, Cuchillada, dirigíos abajo y efectuad ataques terrestres contra las naves thalassianas. Utilizad cañones de iones… no quiero que naves esclavistas sean destruidas con esclavos dentro —Timmser y Wallon reconocieron mis órdenes y se dirigieron hacia la atmósfera mientras que el resto de nosotros giraba a babor y se encaminaba directamente hacia las dos docenas de Cazadores de Cabezas Z-95 que usaban los thalassianos; modelos bastante comunes con dos blásters triples y un lanzador de misiles de concusión.

Los pilotos thalassianos no lo hacían mal, pero nosotros simplemente éramos mejores… mucho mejores. Me encargué del primero en una pasada cara a cara. Yo disparé primero, rociando su escudo delantero con luz láser. Él apuntó sólo un poco y disparó un misil de concusión, que pasó por mi lado sin peligro. Mis siguientes dos disparos perforaron su escudo. Uno se abrió paso por la cabina y el segundo derritió parte del motor de babor. Pedazos y piezas salieron despedidos del motor, surgiendo a través de la carcasa, luego el ala-S misma se desprendió y se alejó girando en el espacio. El calavera avanzó girando sin control, y el piloto, si todavía vivía, no pudo hacer nada al respecto.

El siguiente piloto me acertó una vez con ráfagas rojas de sus blásters triples, pero mis escudos aguantaron. Le disparé en respuesta, golpeándolo con un par de disparos láser dobles. Giró a estribor para alejarse de mí, así que yo viré a babor para caer en su estela. Disparé otra andanada de fuego que devoró su escudo de popa, entonces invirtió el eje de su avance y continuó con su continuo rizo. Trató de virar a babor y alejarse de mí, pero un rápido empujón a la vara de control y un toque de timón me llevaron de vuelta a él. Mis últimos disparos perforaron sus escudos y, si él hubiera volado en un ala-X, habrían decapitado a su astromecánico. Sin embargo, en un calavera, los disparos arrancaron la cubierta de la carlinga y los diez centímetros superiores de su casco.

Rayos bláster rojos pasaron más allá de mí por el lado de estribor. Desconecté la impulsión e incliné la proa por dos segundos, luego aceleré de nuevo y viré a estribor. El calavera que había estado tratando de colocarse en mi estela me sobrepasó, ofreciéndome el vientre de su nave como un blanco limpio. Inyecté dos juegos de disparos en él, derribando el escudo delantero y arrancando el primer tercio de la nave. A menos que el piloto fuera realmente bueno, todo lo que podría hacer era volar recto y nivelado. No obstante, eso no estaba mal, ya que ir abajo lo llevaría de vuelta al combate entre cazas, e ir arriba lo introduciría en la batalla entre el *Harmzuay* y el *Odioso*.

Pero no por mucho.

El crucero de batalla Kaloth fue considerado en su momento una nave muy poderosa, y ésta en particular había sido modificada lo suficiente como para ser capaz de combatir

[8] «Calavera»; sobrenombre utilizado entre los pilotos para referirse al caza estelar Cazador de Cabezas Z-95. *(N. del T.)*.

con cualquier fragata Nebulón-B hasta llegar a un punto muerto. En las manos de los esclavistas se convertía en un arma aún más potente y, en circunstancias normales, habría sido una adición bienvenida a la flota Odi. Sin embargo, los esclavistas thalassianos habían intentado hurtar lo que la Almirante Tavira veía como su propiedad, y el precio que se pagaría por tal afrenta era muy alto.

E incluso repasando varios juegos de datos de los sensores después de la batalla, me pareció realmente difícil comprender las vastas y destructivas capacidades del *Odioso*. Aunque sabía cuántas armas tenía la nave y podía describir fácilmente los efectos relativos de cada una, verlas empleadas de una manera tan eficiente y letal me dejó emocionalmente entumecido.

El *Harmzuay* disparó la primera salva, rociando con artillería láser y fuego turboláser la longitud del *Odioso*. Unos cuantos disparos consiguieron pasar a través de los escudos del destructor estelar para vaporizar parte del casco, pero yo había visto daños más graves causados por una pasada de fuego de ala-X. Los artilleros del *Harmzuay* no concentraron su fuego para combinar el daño que estaban haciendo. Sus tácticas puede que hubieran funcionado en el pasado para asustar a naves con las que estaban más emparejados, pero no con el *Odioso*.

Y no con la Almirante Tavira al mando.

La respuesta del *Odioso* devastó la nave que era de una quinta parte del tamaño del destructor estelar. Las pesadas baterías turboláser concentraron su fuego en el extremo trasero del crucero de batalla, pasando a través de los escudos como si fueran simples hologramas, y luego abriendo grandes agujeros a través del casco. Atmósfera surgió despedida, llevando con ella escombros y cuerpos, entonces explosiones secundarias dispararon más metralla y partes hacia el espacio. Las ráfagas esmeralda de los cañones turboláser pesados del *Odioso* barrieron el flanco de estribor del crucero de batalla, perforando escudos y destrozando el armamento del *Harmzuay*.

Sin escudos y sin armas, el comandante del crucero de batalla hizo lo único que quedaba abierto para él: giró la nave para presentar los escudos ventrales e intentó alejarse y correr. En su caso, sin embargo, no existió el intento, y no hubo hecho. Sólo hubo muerte, y el crucero de batalla murió espectacularmente.

Mientras la popa giraba, el *Odioso* la golpeó con todo. La parte delantera del *Harmzuay* parecía un agujero negro que succionaba cada rayo de energía verde que las armas del *Odioso* escupían. Los motores del crucero de batalla explotaron inmediatamente, haciendo trizas el tercio posterior de la nave. La ardiente bola dorada de gas incandescente empujó al *Harmzuay* en la dirección que el capitán pretendía, pero para entonces ya no era más que la espasmódica sacudida de un cadáver.

Las armas del *Odioso* atravesaron el casco del crucero de batalla, derritiéndolo todo. El duracero fundido se congeló en hilos largos y retorcidos que se alargaban desde los escombros de la nave como las raíces de una orquídea nebulosa. Me pareció ver, y luego lo confirmé revisando los datos de los sensores, disparos de turboláser ardiendo en el interior del morro del crucero de batalla. Más zarcillos de metal fluyeron por la proa de la

nave, entonces el casco ahuecado cedió sobre sí mismo. Lo que una vez fue el *Harmzuay* colgaba en el espacio como el cascarón de algún extraño animal metálico.

Viré el agarrado y regresé hacia el combate entre cazas, pero los thalassianos estaban rotos. La mitad de sus cazas ya habían sido destruidos, y observar la muerte del *Harmzuay* había sacado del combate al resto de ellos. El trío cuyos calaveras podían saltar se dirigieron hacia un vector de salida, mientras que el resto de ellos se dirigían hacia Algara 2. Por qué pensaban que iban a encontrar santuario allí yo no tenía ni idea, pero lo que sea a lo que se enfrentarían allí seguramente sería mejor que la muerte que les habríamos dispensado.

—Dejadles huir, Relámpagos. Vayamos a la atmósfera y veamos si hay algo que hacer allí abajo.

Mi agarrado rompió primero la cubierta de nubes del planeta, dándome una buena visión de las verdes selvas del planeta. De varios puntos hacia el norte podía ver humo y agarrados en órbita que de vez en cuando se abalanzaban y disparaban. Introduje la frecuencia táctica del Escuadrón Roca en la unidad de comunicaciones.

—Aquí Líder Relámpago. Informa, Líder Roca.

—Aquí Líder Roca. Un poco de fuego terrestre. Tenemos una lanzadera inutilizada. Los esclavos han escapado a la selva y estamos alejando a los thalassianos de ellos.

—Buen trabajo, Timmser —contacté con el Escuadrón Cuchillada y recibí un informe similar. Llevé mi agarrado alrededor en dirección meridional e hice un sobrevuelo por el distrito principal de Morymento que incluyó el espaciopuerto, pero no vi naves y no me encontré con ningún fuego hostil. Volví a la frecuencia táctica del Escuadrón Relámpago—. Vuelo tres, aterrizad aquí. Vuelo dos, patrulla aeroespacial de combate. Vuelo uno, conmigo, sensores en modo de rastreo terrestre.

Trabajé con los controles de mis sensores para colocarlos en modo de rastreo terrestre, lo cual dibujó una cuadrícula en mi monitor, superpuso un mapa topográfico del terreno, y comenzó a rellenar datos sobre estructuras, patrones de flujo energético, lecturas de formas de vida, movimiento y cualquier otra cosa que los programadores hubieran imaginado relevantes. Descargué los datos resultantes a la unidad de comunicaciones y los envié al *Odioso*.

Una luz roja relució al lado de la luz de la frecuencia de la flota en la unidad de comunicaciones. La presioné.

—Aquí Líder Relámpago.

—Líder Relámpago, aquí la Almirante Tavira. ¿Estado de la superficie?

—Explorando la ciudad ahora. Parece que los almacenes están cargados. Si envía nuestras lanzaderas de asalto ahora, podemos empezar a cargar —miré el monitor de sensores y los datos que se desplazaban por él—. El distrito de almacenaje parece estar en gran parte desierto. Los caamasianos deben de haberse marchado a casa cuando han empezado los problemas.

—Dejad que se queden en casa y no resultarán heridos.

—Exactamente lo que yo pensaba —*bueno, no exactamente.* Tomar los suministros y equipamiento de los almacenes podría retrasar el desarrollo de la colonia años. Los caamasianos eran conocidos por ser industriosos, pero domesticar un planeta no es una tarea fácil. Con las herramientas adecuadas podrían hacer mucho, por lo que el daño que les haríamos podría no ser inmediato, pero dejaría una herida.

—Me complace mucho que lo apruebes. Tavira fuera.

Volví a conectar la frecuencia táctica del Relámpago.

—Vuelo tres, informe del estado del espaciopuerto.

No obtuve respuesta, lo cual me pareció extraño.

—Aquí Líder Relámpago a vuelo tres. Informe de estado.

Una vez más, no hubo respuesta.

—Relámpago Dos, conmigo, Tres y Cuatro, continuad escaneando —giré mi agarrado y me dirigí de regreso hacia el espaciopuerto, manteniendo mis sensores en modo terrestre para captar cualquier fuego terrestre que pudiera indicar un tiroteo o una emboscada a mis pilotos. Lo último que quería era que Remart fuera asesinado porque le había ordenado que bajara al suelo, dado que sabía que pagaría caro el arruinar su tan esperada asignación con la Almirante Tavira.

El escaneado de la superficie resultó negativo, aunque mostró los cuatro agarrados del vuelo tres en el suelo e intactos.

—No me gusta esto, Dos. Quédate arriba y sigue orbitando. Yo bajaré.

Aterricé el agarrado, abrí la escotilla, y entonces me quité los guantes y el casco. Tomé el comunicador del casco y me aseguré de que estaba ajustado a la frecuencia del escuadrón. Lo enganché a la solapa roja de mi mono de vuelo, luego cogí una carabina bláster y un cinturón de paquetes energéticos de la caja de supervivencia. Salí de la cabina, me deslicé por la parte frontal de la nave y golpeé el suelo corriendo. Me dirigí hacia el edificio de la terminal del espaciopuerto y cuando vi quemaduras de bláster en la cerradura de la puerta, tuve una sensación de hundimiento en la boca de mi estómago.

Dándome cuenta de que me estaba arriesgando, aproveché mi reserva personal de la Fuerza y extendí mi esfera de responsabilidad. Conscientemente la adelgacé, haciéndola más como un disco ancho, con la esperanza de que los consejeros de Tavira no la percibieran, entonces la enfoqué aún más hacia delante, ignorando las instalaciones de aterrizaje del espaciopuerto. Manteniéndola en un semicírculo, la empujé y no percibí nada en la terminal. En la selva de más allá percibí todo tipo de formas de vida y varias casas de los caamasianos. Entonces, a una distancia que habría cubierto aproximadamente dos bloques de Coruscant, encontré a mis pilotos.

Junto con ellos percibí dolor y miedo, pero no venía de ellos. Empecé a correr y doblé una esquina a lo largo de un sendero pavimentado que seguía el suave y ondulado terreno en círculo y daba a un área donde los árboles habían sido aclarados para poder construir casas.

Remart y sus compañeros de vuelo se encontraban en el centro del claro, con un semicírculo de caamasianos mirando con horror en sus amplios y oscuros ojos. Un

deslizador terrestre descansaba en el suelo entre la mayoría de los caamasianos y mi gente, con dos thalassianos muertos todavía sentados en él. Un tercer thalassiano, el conductor, yacía en el suelo. Frente a él yacía un caamasiano que se había levantado sobre un codo, con el brazo izquierdo levantado para evitar un golpe de Remart. Detrás de ese caamasiano se agachaba otro caamasiano, más pequeño y de constitución más fina. Supuse que era una hembra y tal vez incluso una adolescente debido al ligero abultamiento de sus pechos cubiertos. Las marcas púrpura en la cara y los hombros de ambos caamasianos eran lo suficientemente similares como para que asumiera que había algún tipo de relación sanguínea entre ambos.

—¡Informe, Sasyru! —puse mucho veneno y todo el mando que pude reunir en mi voz—. ¡Ahora! ¡Informe!

Remart levantó la cabeza y se acercó para mirarme a la cara. Sus compañeros de vuelo se esparcieron, cada uno de ellos sujetando las carabinas bláster que llevaban colgando sobre sus hombros o a través de sus vientres. Miré a cada uno de ellos, pero no aguantaron mucho mi mirada. Cuando miré a Remart, él sonrió con confianza.

—La situación está bajo control, capitán. Esto no te incumbe.

Seguí caminando hacia delante.

—¿De veras? —miré al caamasiano caído y vi un goteo de sangre oscura surgir de una de sus fosas nasales. Le ofrecí un rápido asentimiento, luego entrecerré los ojos—. Explícame qué está pasando aquí.

—He dicho que no te incumbe.

—Tomo nota. Haz que sea de mi incumbencia —a medida que me acercaba a ellos ralenticé mi paso y noté un par de detalles que había pasado por alto de lejos. El conductor muerto había derramado una bolsa de joyas cuando cayó. Nunca había visto el trabajo metalúrgico caamasiano antes, y las piezas de plata y oro que yacían allí eran completamente diferentes a cualquier cosa que hubiera visto. No tenía ninguna razón para suponer que el esclavista había llevado consigo la joyería para propósitos comerciales. Puesto que ninguno de los caamasianos que podía ver llevaba puesto nada más que sandalias y una vestidura similar a una prenda kilt, mi suposición era que los thalassianos habían estado saqueando este pequeño barrio cuando Remart y su gente tropezaron con ellos y los mataron.

Remart mantuvo el rostro impasible.

—Encontramos a los thalassianos aquí. Se resistieron y nos atacaron y, según las regulaciones, los matamos. Fin del informe.

Señalé con un movimiento de cabeza al caamasiano en el suelo.

—¿Qué le ha pasado a él?

—Me ha golpeado, así que yo le he respondido con lo mismo.

Fruncí el ceño.

—De todas formas, ¿qué endemoniada razón tenéis para estar aquí fuera?

El hombre sonrió astutamente y vi a sus amigos comenzar a sonreír también.

—Estaba comprando algo para la almirante.

—Así que pensaste que podíais venir a saquear una casa o dos, pero os habéis encontrado con los thalassianos. Los habéis matado y tú has decidido tomar su botín —lo miré fijamente, incrédulo—. Y este caamasiano no quería renunciar a él, ¿no?

—Sólo queríamos que él lo *compartiera*.

—Claro, pero lo único que sabes tú sobre compartir viene bajo el título «enfermedad contagiosa» —fruncí el ceño—. ¿Qué te ha hecho pensar que tienes derecho alguno sobre esa joyería?

Remart me miró como si yo fuera estúpido.

—Somos piratas. Nos llevamos cosas como joyas.

—Bien, pero todas las cosas que tomamos entran en un fondo común que se divide más tarde. Ya lo sabes —negué con la cabeza—. Que la Almirante Tavira haya perdido la razón no significa que las reglas ya no se apliquen a ti.

—Oh, ¿en serio?

Asentí.

—En serio.

—Bien entonces. Aplicaré algunas reglas —levantó su carabina bláster y la apuntó hacia el macho caamasiano al que había golpeado—. Este me ha golpeado. Estaba resistiéndose, así que tengo que matarlo.

—No.

—¿No? —los ojos de Remart se estrecharon—. Ahora estás siendo selectivo con las regulaciones, ¿verdad, capitán?

—Difícilmente —señalé al caamasiano con mi mano izquierda—. Él es mío. No puedes matarlo.

El piloto frunció el ceño.

—¿Es *tuyo*?

—Exacto. Necesito un sirviente, y quiero que él cumpla ese papel. No puedes matarlo —observé la ira de Remart alzarse en su rostro—. Y es una *orden*, Sasyru.

Remart movió los hombros.

—¿Sabes?, creo que no me gustan tus órdenes. Y, ¿sabes?, creo que podrías ser abatido en este preciso momento y podríamos decirles a todos que los thalassianos te emboscaron mientras nos liderabas con valentía en un reconocimiento de esta área. Creo que incluso yo podría ser elegido para dirigir el Escuadrón Relámpago en tu lugar.

—Es posible, pero eso no te traerá lo que realmente quieres —tiré al suelo mi carabina bláster y el cinturón de paquetes energéticos con ella—. Incluso si muero aquí, incluso si lo cubres con esa historia, todo el mundo recordará dos cosas. Primera: yo estaba al mando, y segunda: recordarán que te dije que pegabas como un chadra-fan. Nunca lograrás borrar eso a menos que…

—¿A menos que qué?

Sacudí las manos y le hice un gesto para que se adelantara con la punta de los dedos.

—Ponme a prueba. Vénceme con tus puños. Por supuesto, no creo que tengas las agallas para hacerlo, dado que no soy inofensivo. ¿Quieres demostrar que me equivoco?

Remart soltó una carcajada y lanzó su carabina a su compañero de ala.

—Oh, he estado aguardando esta oportunidad. Me engañaste con tus trucos en la oscuridad, Idanian. Es un buen día para romper huesos y derramar sangre. Eres mío.

Su primer puñetazo llegó por alto, una mano derecha que se lanzaba abajo hacia la izquierda. Me alejé del golpe con facilidad, luego me incliné, agarré la parte de atrás de su mono de vuelo gris y lo arrojé al suelo. Él rodó sobre su hombro y se levantó, girando rápidamente para encararme con sus brazos listos para interceptar cualquier puñetazo o patada que pudiera estar lanzándole.

Yo me quedé donde estaba y me eché a reír.

—Ya te lo dije, te dejo darme un puñetazo gratuito. Has fallado, así que solo lo contaré como medio, ¿qué te parece?

Se acercó a mí con más cuidado, manteniendo sus pies sólidamente anclados por debajo. Vino con el puño izquierdo adelantado, con el derecho recogido para lanzar un duro puñetazo. Empezó con un golpe seco con su mano izquierda, pero sólo tuve que inclinar la cabeza para evitarlo. Dio un paso para lanzar el puño derecho, así que me ladeé a mi derecha y su puñetazo voló sobre mi hombro izquierdo. Mientras estaba por debajo de su retraído brazo izquierdo, salté y golpeé el lado de su cara con una bofetada con la mano abierta que le giró y le hizo caer sobre una rodilla.

Cubrió la marca roja de su mejilla con su propia mano, luego escupió al suelo. Remart se levantó lentamente y se dispuso a continuar la lucha.

—¿Es lo mejor que tienes, Idanian?

—Sólo estoy calentando —mientras él se preparaba para recibir mi ataque, vi la miríada de contraataques que corrían por su mente. A diferencia de Tycho, Remart no tenía líneas de pensamiento complicadas. Evaluó y rechazó ataques basándose no en lo que yo podía lanzar, sino en lo que él podía contraatacar mejor. Esperaba defenderse contra golpes que él *quería* que yo lanzara.

Y al parecer no se le ocurrió que yo no tenía ninguna intención de hacer sus sueños realidad.

Lancé una patada con mi pie derecho que le acertó en la rótula izquierda. La patada llevó su rodilla hacia atrás hasta que se bloqueó, pero no la rompió porque yo ya había comenzado a retraer mi pie. Mientras empezaba a retroceder tambaleándose, mi pie se lanzó de nuevo, acertándole directamente en el estómago. Sus ojos sobresalieron y un gemido estrangulado surgió de su boca mientras caía y vomitaba.

—¡Hey, realmente *tienes* agallas! —lo dejé en el suelo, me acerqué hacia la bolsa de joyas y me puse en cuclillas junto a ella. Las piezas eran muy hermosas, delicadas y a la vez poseían una fuerza vigorosa que armonizaba con el pueblo caamasiano—. Estabas dispuesto a enfrentarte a Remart por estas piezas. ¿Por qué?

El caamasiano miró desde donde yo estaba hasta donde estaba Remart levantándose lentamente, y de vuelta a mí.

—Son reliquias familiares. Nuestras familias fueron destruidas en Caamas, y esto es la memoria física que nos queda de ellas —señaló a una pieza en particular, un collar, con

figuras felinas entrelazadas, cada una con una pequeña piedra dorada como ojo—. Mi hija pidió que esa pieza fuera devuelta. Tu hombre exigió algo de ella a cambio, y trató de obtenerlo cuando ella se negó.

Le lancé la pieza a la caamasiana acuclillada junto a su padre, luego me puse en pie y caminé hacia donde Remart estaba inclinado sujetándose el estómago. Sabía que estaba tratando de engañarme, así que fingí dar un paso más y me detuve. Él se lanzó hacia delante, tratando de placarme, así que me deslicé a la izquierda y lancé mi puño derecho firmemente contra su oreja derecha. El golpe lo tumbó en el suelo limpiamente y oí sus dientes chasquear cuando su barbilla golpeó primero.

Le pateé fuertemente en las costillas, luego retrocedí, chupando mis nudillos pelados.

—Eso ha sido por siquiera pensar en abusar de ella.

Regresé y recogí el resto de la joyería. Le lancé la bolsa a uno de los caamasianos de la multitud.

—Asegúrate de que las piezas regresan a quienes pertenecen.

El compañero de ala de Remart, Dobberty, gimió.

—Capitán, esas son nuestras cosas.

—Ya no —me volví de nuevo para ver a Remart poniéndose en cuclillas—. ¿Quieres venir a por mí, o voy yo a por ti?

Vino él, y vino corriendo. Sus brazos estaban extendidos como cuernos, esperando atraparme, agarrarme, llevarme al suelo. A corta distancia, luchando así, su tamaño le daba ventaja, y él quería aprovecharla. Podía hacerme daño haciendo eso, así que no me sentí inclinado a seguirle el juego.

Dejé que se acercara, entonces empecé a dejarme caer hacia atrás antes de su ataque. Cuando sus brazos se cerraron alrededor de mí, agarré la parte frontal de su mono de vuelo y tiré. Cayendo, puse el pie derecho en su estómago. Mientras nos movíamos hacia atrás sobre mi espina dorsal, extendí mi pierna, lanzándolo por el aire sobre mi cabeza. Se dio un golpe fuerte contra el suelo, el caamasiano y su hija se apartaron alejándose de su propia gente. Antes de que Remart pudiera levantarse y lanzarse sobre ellos, me acerqué a él y agarré un puñado de su pelo para ayudarlo a levantarse.

Empezó a girarse hacia mí, así que solté su pelo y le propiné una patada circular izquierda que le destrozó la nariz. Se tambaleó retrocediendo, pero yo me mantuve sobre él, enterrando mi puño derecho en su estómago, luego le golpeé con la izquierda de nuevo en un lado de su cabeza. Ese puñetazo aterrizó como un martillo sobre un yunque, y no le hizo ni al yunque ni al martillo ningún bien. Sentí un chasquido en mi mano izquierda y supe que me había roto algo, pero a pesar del dolor, no importaba.

Un golpe seco en su boca machacó los labios de Remart y arrancó un par de dientes. Sus manos se levantaron hasta su cara, y se apartaron sangrientas, entonces él me miró fijamente por un momento como si no pudiera creer lo que estaba pasando. Su boca se entreabrió con sorpresa, y yo la cerré por él con un golpe brusco que le hizo tambalearse y lo envió al suelo.

Remart yació allí por un segundo, escupiendo saliva ensangrentada y un diente. Maldijo, rociando sangre sobre la hierba verde, luego miró más allá de mí.

—No os quedéis ahí parados, cerebros de nerf. Tenéis blásters. Disparadle.

Me giré con la esperanza de poder tocar la Fuerza y absorber los disparos, pero no tuve oportunidad de comenzar a concentrarme. Relámpagos azules envolvieron a cada hombre, uno tras otro, haciendo que comenzaran a sacudirse y a bailar como si fuesen marionetas controladas por un droide espasmódico. Sus blásters cayeron al suelo justo un momento antes de que lo hicieran ellos mismos, y el caamasiano ensangrentado mantuvo mi bláster apuntado sobre ellos.

Me di la vuelta hacia Remart por última vez.

—No eres consciente, pero ya has tenido suficiente —salté por encima de la débil patada que lanzó a mis piernas, entonces le propiné una patada a un lado de su cabeza. Cayó una vez más al suelo y me preparé para patearlo de nuevo, pero un jadeo siseante del caamasiano me detuvo.

Miré fijamente a Remart por un segundo y pude sentir mis manos hinchándose. Sacudí la sangre de mi mano derecha, entonces me di cuenta de que había salpicado a la joven hembra caamasiana. Miré hacia ella para disculparme y leí el horror en sus ojos, luego mi mirada se deslizó más allá de ella hasta donde su padre estaba sosteniendo mi carabina bláster.

Apuntada hacia mí.

—Gracias por protegerme —abrí las palmas de mis manos hacia él—. No podría culparte si me disparas. En tu lugar, yo probablemente lo haría.

—Eso es perfectamente posible —el caamasiano se encogió de hombros tranquilamente, bajó la carabina, y la giró para presentarme la culata—. Sin embargo, entre los caamasianos, un sirviente no dispara a su amo.

—No hablaba en serio. Lo he dicho sólo para evitar que te matara.

Los ojos azul verdosos del caamasiano relucieron.

—Eso lo sé, pero yo hablo *en serio*. Has puesto tu vida en peligro para proteger la mía, del mismo modo en que yo lo he hecho para proteger la de mi hija y la de ellos, mis amigos.

—Por lo tanto debes permanecer con ellos.

—No puedo, porque hacerlo sería ponerte a ti en peligro —parpadeó con sus grandes ojos y levantó una mano de tres dedos—. Les has dicho a estos hombres que me tomabas como tu sirviente, acción que ha precipitado esta pelea. Tu hombre ha violado una orden, violación que ha hecho emerger tu autoridad para disciplinarlo. Si no me tomas como tu sirviente, entonces no habrá justificación y él y sus amigos serán libres de fabricar una historia que te destruya a ti. Al ir contigo, soy la prueba de tu historia.

Mis ojos se entrecerraron.

—¿Y qué hay de la historia que contarán sobre las joyas?

—Somos todo lo que queda de un pueblo pacífico que vio cómo su mundo fue destruido. ¿Quién creería que tenemos algo de valor? —con la mano derecha hizo una

seña hacia su gente—. Soy Elegos A'kla, Confiable del dominio de Morymento. Todo lo que tengo de valor es esta gente y, según creo, protegiéndote a *ti* puedo protegerlos a *ellos*.

Sus palabras, emitidas con una voz melancólica pero rica y sincera, tenían mucho sentido. Aun así, no me gustaba la idea de llevarlo conmigo a la sociedad de los Supervivientes. Incluso bajo mi protección, Courkrus no era lugar para un civil.

—No quiero alejarte de tu hija.

Elegos negó con la cabeza.

—Somos caamasianos. Entendemos bien el dolor de perder parientes, y cómo aliviar ese dolor. Ella no estará sola.

Asentí y acepté la carabina que me ofrecía. Me di la vuelta y disparé un rayo aturdidor sobre Remart, entonces bajé el arma de nuevo.

—Parece que tengo un sirviente. Estaré en el espaciopuerto. Tienes una hora para despedirte. Si no llegas a tiempo y te quedas atrás, lo entenderé.

El caamasiano me brindó una cálida sonrisa.

—Una hora. Seré puntual.

Empecé a caminar penosamente por el sendero que llevaba al espaciopuerto mientras manejaba el comunicador con mi mano izquierda.

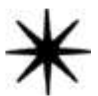
—Aquí Líder Relámpago. Cuando tengamos oportunidad, necesito a algunos pilotos para sacar de tierra algunos agarrados, y necesitaré evacuación para hombres caídos.

Alguien de la flota respondió después de sólo un par de segundos.

—¿Tienes problemas ahí abajo, Líder Relámpago?

—Unos pocos —me chupé un nudillo—. Sin embargo, nada que no pueda manejar.

CUARENTA



Algunos de los oficiales de seguridad interna del *Odioso* bajaron con la lanzadera de evacuación, nos separaron a Elegos, a mí, y a los cuatro hombres que habían caído. Una vez que volvimos al destructor estelar, me colocaron en una pequeña sala y me interrogaron. Les conté la historia completa acerca de cómo encontré a Remart saqueando a los muertos thalassianos, nuestro desacuerdo sobre el destino del caamasiano y la lucha posterior. Eliminé cualquier mención a la joyería caamasiana y en su lugar sugerí que Remart se había enojado porque el caamasiano no tenía nada que ofrecer. Sabía que Remart y sus compinches voltearían la historia de otra manera. Contaba con la idea de que ningún pirata devolvería botín a la gente para darle a mi ficción sobre la falta de botín el sello de la verdad. Sus contrademandas parecerían simplemente una historia falsa para meterme en problemas.

El interrogatorio duró un par de horas durante las cuales mis manos se pusieron rígidas, la sangre en ellas se encostró, y los huesos rotos de mi mano izquierda empezaron a palpitar con fiereza. Los interrogadores sabían que estaba padeciendo y seguían prometiendo que recibiría atención médica una vez que hubiera aclarado algunos detalles. Habiendo realizado muchos interrogatorios por mí mismo, sabía lo que ellos querían oír y cómo querían oírlo, así que se lo ofrecí. Finalmente se alejaron, aparentemente satisfechos con lo que les había contado.

Después de que se marcharan, un droide Dos-Unobé entró y examinó mis manos. Constató que me había roto dos huesos de mi mano izquierda y tenía muchos edemas en ambas manos, así como cortes y abrasiones. Recolocó los huesos rotos (y fue un poco más suave de lo que Mara Jade lo fue), pero me informó de que no tendría acceso a los tanques de bacta de la nave porque no estaba lo suficientemente herido. Aunque no me dio detalles sobre lo que había ocurrido, por la naturaleza y el número de heridas que describió, sospeché que algunos thalassianos debían haber emboscado a una de nuestras partidas de saqueo, o que alguien había disparado una trampa, lo cual explicaría la cantidad de gente que estaba usando los tanques por delante de mí.

El droide se retiró y Elegos entró en la habitación, con vendajes, algunos bálsamos, agua y esponjas para limpiar mis manos.

—Aunque no soy formalmente un curandero, uno aprende a lidiar con heridas como éstas cuando se construye un asentamiento.

—Labrarse una nueva vida ofrece a cualquiera nuevas habilidades —sonreí cuidadosamente, un poco sorprendido por el olor del caamasiano. Lo encontré un poco picante y leñoso, casi como el olor del whisky corelliano, pero una pizca más dulce, me recordaba a las bebidas calientes que mi madre nos hacía cuando la familia se acurrucaba

unida durante las noches de invierno. Encontré el olor reconfortante, parecía hacer de la pequeña sala gris en la que nos encontrábamos un lugar menos opresivo.

Sentado en la mesa de la sala, levanté la mirada hacia los ojos de Elegos mientras él limpiaba la sangre de mi mano derecha.

—Tengo una pregunta para ti.

—Haré todo lo posible por responderla.

—Cuando llegué a escena allá abajo, estabas en el suelo, sangrando por la nariz. Remart dijo que lo habías golpeado, pero ahora, sintiendo la fuerza de tus manos, observando tu musculatura, sé que no es cierto. No estás tan lejos, fisiológicamente hablando, de los selonianos como para que piense que Remart habría quedado en pie si lo hubieras golpeado.

Elegos ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha.

—Le di un golpecito en el hombro, deseando darle las gracias. Creo que le sorprendí acercándome a él, por lo que se volvió y me golpeó.

—Pero, si hubieras querido, podrías haberle roto el cuello con un solo golpe, ¿verdad?

Elegos frunció el entrecejo, luego bajó la mirada hacia el cuenco con agua ensangrentada.

—Para los caamasianos, los acontecimientos trascendentales producen recuerdos muy notables en detalles… puedes considerarlos holográficos, pero son algo más para nosotros. Casi tangibles. Tener esa clase de recuerdo del asesinato de alguien, sin importar la razón, es una terrible carga que soportar. Tal recuerdo no se desvanecería con el tiempo, y se convertiría verdaderamente en una pesada carga. Debido a esto, siempre hemos tratado de promover la paz y el entendimiento, la armonía y la unidad.

Asentí.

—Y por eso aturdiste en lugar de matar a los demás allá abajo.

Elegos se enderezó.

—Pensé que los había matado. Los dejé aturdidos porque tú habías fijado el bláster en aturdir. No podía dejar que te mataran, y habría aceptado la carga de esos recuerdos en tu defensa.

Eso me sorprendió un poco.

—Así que, cuando apuntaste el bláster hacia mí, pensabas que un disparo me mataría.

Inclinó la cabeza hacia delante.

—Hasta que tomaste el arma y disparaste a Remart, pensé que los hombres a los que había disparado estaban muertos. Cuando disparaste contra el hombre que podrías haber matado fácilmente a golpes, fue entonces cuando me di cuenta de que los hombres a los que había disparado estaban simplemente durmiendo.

—Ahora que sabes que viven, ¿se desvanecerá ese recuerdo?

El caamasiano me dirigió una enigmática sonrisa. La carne se tensó alrededor de sus ojos, agudizando las rayas púrpuras que irradiaban de sus esquinas.

—Lo mantendré intacto por otras razones, creo.

Pasó a mi mano izquierda y comenzó a trabajar en ella cuando la Almirante Tavira entró en la sala y lo apartó de un empujón. Agarró mi mano izquierda y apretó pinzando los huesos rotos.

—No estoy nada contenta contigo, Jenos Idanian, nada contenta.

Bloqueé mi mandíbula para no gritar mientras ella apretaba más. Con los dientes apretados dije:

—Lamento escuchar eso, almirante.

Me soltó la mano y me miró fijamente.

—Tienes un aspecto horrible.

Resoplé.

—Debería ver al otro tipo.

—Lo he hecho, maldita sea —su expresión pasó de enojada a algo más fría, y llevó una sonrisa a su rostro—. Le has dado una buena paliza a Remart. ¿Y por qué? —ondeó una mano, golpeando el esternón de Elegos—. ¿Por este pedazo de carne alienígena? ¿Por qué?

Le ofrecí una mirada fría.

—Necesitaba un sirviente, nada más.

Un fuego ardió en sus ojos.

—Necesitabas una excusa para usarla contra Remart —cruzó los brazos sobre el pecho—. Eres tan fácil de leer, Idanian. Te conozco muy bien.

—¿De verdad? —mis entrañas empezaron a revolverse por razones que no podía identificar—. Debería disculparme por haber arruinado su juguete, supongo, pero no vi razón alguna para dejar que Remart asesinara a alguien que no había hecho nada.

—Remart me ha dicho que este le golpeó.

Le fruncí el ceño.

—Remart no le ha dicho nada. Todavía debe de estar en un tanque de bacta. Otro par de horas y su juguete estará bien. Entonces podrá hablar con él.

Ella negó con la cabeza, con su cabello rozando sus hombros y sus pechos como una sombra líquida.

—No podrá hablar.

—¿Qué?

Su sonrisa cruel reapareció.

—Está muerto.

Sacudí la cabeza.

—No es posible. No le pegué tan fuerte.

Ella rio.

—Tal preocupación por alguien a quien tan claramente odiabas… No, tú no lo has matado —Tavira hizo una pausa y se acercó más a mí, inclinándose hacia delante con una mano presionada sobre la mesa a cada lado de mis caderas. Sus palabras llegaron como susurros, su aliento en mi mejilla izquierda era cálido y suave, en agudo contraste con lo que dijo—. He hecho que le dispararan. Se había insubordinado. Desobedeció una orden

y golpeó a un oficial superior. Tenía que morir, y tú sabías lo que pasaría cuando lo incitaste a pelear, ¿verdad?

Retiré mi cabeza hacia atrás, dejando un centímetro de espacio entre nuestras narices.

—Si lo hubiera querido muerto, yo mismo habría hecho el trabajo.

—Puede que pienses eso, Jenos, pero yo sé la verdad. Tu corazón sabe la verdad —ella movió la cabeza hacia delante hasta que su nariz casi rozaba la mía. Olía a flores, flores almizcladas con una pizca de la dulzura de una orquídea nebulosa—. Lo querías muerto, y querías que yo lo matara, para castigarme por haberlo elegido después de que me rechazaras.

—Se equivoca.

Ella se enderezó, levantó su mano derecha y trazó con su dedo índice el contorno de mi mandíbula, empezando por mi oído derecho.

—Los rubios siempre causáis demasiados problemas. Todo el mundo asume que eres estúpido, pero eso es porque no pueden comprender la complejidad de tus pensamientos. Tal vez ni siquiera tú puedas.

Mientras su dedo se movía, atrapó mi perilla entre este y su pulgar, dándole un tirón que era decididamente poco gentil.

—Sabías que lo elegí porque yo sabía que era rival de los tuyos. Su odio hacia ti era bastante patológico, al igual que tu odio hacia él. En el fondo, sin embargo, erais muy parecidos. La confrontación era inevitable, y sabía que tú serías el vencedor.

Miré profundamente en sus ojos.

—Entonces, ¿por qué no lo ha impedido?

—Quería ver cómo te librabas de él —su sonrisa se ensanchó—. Si fueras un cobarde, le habrías asignado tareas imposibles, tareas que lo habrían matado. No esperaba eso de ti.

Sentí un estremecimiento recorrerme mientras ella hablaba.

—¿Qué esperaba?

—Esperaba que dejaras que cayera por sí mismo, como ha hecho —Tavira se inclinó hacia delante de nuevo y lamió mi mejilla izquierda burlonamente—. No esperaba que me hicieras matarlo a mí. Pensé que me presentarías su cuerpo como prueba de que tú eras su superior. Atrapándome del modo en que lo has hecho, también has tratado de probar que eres mi superior.

Mantuve la voz uniforme.

—Puede elegir creer en eso, si lo desea.

Ella se echó a reír y retrocedió un paso, luego se recogió el cabello negro detrás de la oreja izquierda.

—Y tú puedes elegir creer que no es lo que pretendías —se relamió los labios y pude sentir el calor de la lujuria irradiando de ella—. En definitiva, me has forzado a destruir mi distracción, dejándome con la necesidad de un reemplazo. Creo que haré que tú seas mi nueva distracción.

Levanté mis manos.

—No voy a poder distraer a nadie durante días.

—Y querrás usar esos días para averiguar cómo escapar de mí, ¿no? —negó con la cabeza—. Conozco tu trágica historia de la amante perdida y la venganza trazada. Sé lo que deseas. No soy una mujer estúpida. Podría imponer tu presencia a mi lado simplemente amenazando con aniquilar a los Supervivientes. Podría amenazar a tu sirviente, y harías lo que yo quisiera, pero eso no es suficiente.

»Así que, esto es lo que te propongo, Jenos Idanian. Sabes que me quieres, y sabes que te quiero. Sé que quieres destruir Líneas Tinta y reclamar a la amante que te negaron. Incluso te permitiré hacer eso, poniendo al *Odioso* y todos mis recursos a tu disposición. Todo lo que tienes que hacer es aceptar venir a mí por tu propia voluntad. Disfrutarás de mi compañía… y te aseguro que *disfrutarás* mucho. Vendrás aquí, al *Odioso*, y te haré mi consorte. A través de mí, alcanzarás tus metas.

Leonia Tavira sonrió, entonces dio un paso adelante una última vez. Tomó mi mandíbula entre sus manos y empujó mi boca hacia la suya. Su lengua jugueteó con mis labios, luego me besó, completa y profundamente.

Quería decirme a mí mismo que no la apartaba de un empujón por las heridas en mis manos, pero sabía que eso no era verdad. El estremecimiento que había sentido antes explotó en mi interior, yendo desde mis entrañas hasta mi cerebro y de vuelta, haciendo mi dolor insignificante. Mi nariz se llenó con su aroma, y pude sentir cómo cada mechón de su cabello me azotaba suavemente en las mejillas.

Las heridas de mis manos eran la razón por la que no la empujaba más hacia mí.

Mi cara ardía cuando se alejó, con una sonrisa victoriosa en su rostro. Miró hacia Elegos.

—Cuida bien de él. Me pondré en contacto en un mes para conocer su decisión, y si no está curado, volveré a Kerilt y esterilizaré el planeta.

Ella besó sus dedos y los presionó contra mis labios.

—Un mes, entonces todo lo que deseas, en tu corazón y en tu mente, será tuyo para que lo cojas.

Ella salió de la sala y unos segundos después de su partida, el fuego en mis pulmones me recordó que la respiración era, de hecho, una parte necesaria de mi continuada existencia. Tomé aire con avidez y lo expulsé de nuevo, tratando de limpiar el perfume de mi nariz. Hice mi mejor esfuerzo para cerrar la mano en un puño y golpear la mesa, pero Elegos atrapó mi muñeca y me detuvo de hacerlo tan fácilmente como un padre frenaba la rabieta de un niño.

Él no dijo nada, pero comenzó a lavar mi mano izquierda. El aguijoneo del agua y la aspereza de la esponja sobre la carne desgarrada me ayudaron a volver en mí mismo. Quería aplicar una rápida técnica Jedi para calmarme, pero el hacerlo me traicionaría ante los consejeros de Tavira. El uso de tal técnica también requería más compostura de la que podía reunir en este momento.

No podía negar que me atraía Tavira. Era algo físico, algo animal, la atracción magnética de una máquina carnal a otra. Sólo deseaba pensarlo de esa forma, como si

estuviera siendo traicionado por la burda materia que atrapaba mi espíritu, pero yo sabía que eso no era todo. Había algo en su espíritu que me parecía intrigante. Me dije que lo que me atraía hacia ella era meramente circunstancial… como mi atracción hacia Siolle Tinta o la atracción de Wedge hacia Qwi. Sin embargo, encontraba algo en Tavira que era absolutamente fascinante, lo que hacía difícil el negar la tentación de la carne.

Lo que me molestaba más que mi sentimiento de estar atraído por ella era su análisis de por qué odiaba a Remart y por qué le había hecho lo que le había hecho. Incluso cuando había descrito la pelea a los interrogadores, había omitido el detalle del daño que le había infligido. Patearle en el estómago, romperle la cara, todo eso era ciertamente una manera de ganar una pelea con él, pero yo había sido entrenado en formas mucho más rápidas y efectivas para tratar con alguien como él. Incluso en nuestro primer enfrentamiento, un golpe en la garganta lo rechazó. Ese mismo golpe, lanzado con más fuerza, podría haber aplastado su tráquea y haberlo matado sin siquiera una pequeña parte del daño que le había hecho.

Observé mis manos y supe que pude haberlo derribado fácilmente sin cortarme y romperme los huesos. Siempre había sabido que golpear a alguien en la cara era una manera efectiva de romperse una mano, pero lo había hecho de todos modos. Le golpeé en la cara para castigarlo, *y* le golpeé para castigarme a mí mismo. En algún lugar, en mi interior, sabía que la paliza que le había dado estaba mal. No pude detenerme, así que me castigué a mí mismo.

Tavira había sugerido que yo había odiado a Remart tanto porque éramos muy parecidos. No podía creer en eso, pero una evaluación fría me mostró que su comparación no era tan terriblemente errónea. Las necesidades de la sociedad pirata habían hecho aflorar mis peores rasgos. Había permitido que mi arrogancia y engreimiento fluyeran libres y me condujeran al nivel de los Odis.

Remart es lo que yo habría sido si hubiera acabado con los Supervivientes y no con la Rebelión. Un escalofrío recorrió mi espalda. También habría sido muy simple, ya que los Supervivientes amaban al Imperio tanto como yo cuando huía. Dado que no había lugar donde esconderse, podría haberme unido fácilmente a ellos para atacar al Imperio. Si no hubiera tenido eventualmente la oportunidad de unirme a la Rebelión cuando salí huyendo de Corellia, podría haber terminado con los Supervivientes. Sin una brújula moral, me habría hundido en la salvaje y brutal sociedad con absoluto abandono, prosperando en medio de la escoria que solía cazar.

No habría sido el consorte de Tavira, ella habría sido mía.

Siseé, más por la comprensión que por la picazón del ungüento que Elegos aplicaba en mis manos. Habría sido un terror, un Garm Bel Iblis, dirigiendo mi propia guerra contra el Imperio, pero sin la nobleza de Bel Iblis para guiar mi mano. Toda la galaxia se habría levantado contra mí y yo los habría destruido a todos.

Me habría convertido en lo que Exar Kun quiso convertirme.

—¡No!

Elegos sonrió.

—El vendaje ayudará en la sanación, amo.

—No es eso —fruncí el ceño—. Y no me llames amo. Jenos bastará; capitán, si quieres ser formal.

—Muy bien, capitán —Elegos levantó mi mano derecha y comenzó a envolverla en plastiesteril.

Suspiré y lo dejé trabajar. Sabía que había estado celoso de Remart, y lo golpeé de tal manera que destruí su atractivo físico. Tanto como podía explicarlo, Tavira había estado en lo cierto: le golpeé para arruinar su distracción y castigarla por haberle elegido por encima de mí.

Incluso aceptando eso, sabía en mi interior que no hubiera dejado que Remart viviera sólo para que ella lo matara. *No* había esperado que eso sucediera. Ella estaba tan falta de moral como para transformar misericordia por mi parte en artimañas letales. Sabía que otros pensarían como ella: Caet y Timmser, quienes probablemente me conocían mejor que nadie en los Odis, claramente aceptarían que yo era así de astuto.

Pero yo no he hecho tal cosa. No podría. Fruncí el ceño. *¿Podría?*

Me estremecí de nuevo y sentí una víbora gélida revolviéndose por mis tripas. Definitivamente, *podría* haberlo *hecho*. Me aferré al hecho de que yo sabía que no.

Pero ahora tenía un nuevo dilema al que enfrentarme. Tavira me había dado un mes para decidir si me convertía en su consorte. Me llevaría a bordo del *Odioso*. Me convertiría en parte de la tripulación. Tendría su confianza. Podría conocer todos los secretos de los Odis, e incluso sabría dónde tienen retenida a Mirax. Tendría todo lo que quería: mi esposa de regreso y los medios para destruir a los Odis.

En otras operaciones encubiertas en las que trabajé, el delicado asunto de la intimidad física con sujetos de la investigación surgió y fue manejado de diversas formas. A veces otro miembro de SegCor, como Iella, fue llevado para jugar el papel de esposa o novia. Otras veces, al salir con una banda y ser emparejado con alguien del grupo, el emborracharla lo suficiente como para incapacitarla o el fingir estar borracho me proporcionó una salida. Sin embargo, otras veces, alegar tener una novia que no sabía nada de mi actividad criminal era suficiente para conseguir que la gente me dejara en paz.

Pero hubo ocasiones en las que una historia de cobertura no fue suficiente. A todos los agentes se nos decía que no teníamos que hacer nada a lo que nos opusiéramos en términos morales o filosóficos, y nos daban asignaciones que nos sometían a la menor cantidad de estrés posible en ese sentido, pero hubo momentos en los que acostarse con alguien fue el siguiente paso lógico en la profundización de una relación que permitiría que la investigación fuera más lejos. Aunque yo no estaba completamente cómodo en tales situaciones, tampoco veía el sexo consentido entre adultos como prohibido a menos que estuviera sancionado por el matrimonio. Mirax y yo habíamos disfrutado de la compañía mutua mucho antes de casarnos, y ella no fue la primera mujer con la que me acosté.

Las pocas veces durante las investigaciones en las que tuve que acostarme con una sujeta fueron diferentes para mí porque, en esos momentos, no tuve una relación estable

con nadie más. No tuve lazos externos, ni acuerdos o votos que pudiera romper acostándome con alguien. Y me sorprendió darme cuenta de que, aunque tales conexiones me habrían dado otro nivel de preocupación, tal vez no me hubieran detenido.

Mirax era mi esposa, con la que había sido enteramente fiel; sin embargo, Tavira era el curso más directo para obtener la libertad de Mirax. No era como si fuese a caer enamorado de Tavira… eso no era posible. Físicamente podría estar con ella, pero emocionalmente no tendría ninguna conexión. Yo le daría a ella lo que quería para ponerme a mí mismo en posición de conseguir lo que yo quería. Sería una alianza de conveniencia, que me permitiría corregir la injusticia que se había cometido con mi esposa.

Sería muy simple. Lo único que haría sería estar con Tavira, complacerla y engañarla. Ella me llevaría hasta mi esposa. E incluso le negaría a Tavira lo que más quiere… mi devoción. Ese sería el objetivo que ella tendría en mente, y no se lo entregaría. Ella podría tener mi cuerpo, y juntos, no me cabía duda, descubriríamos y exploraríamos vastas galaxias de pasión, pero ella nunca obtendría todo lo que querría de mí.

Todos esos pensamientos que recorrían mi mente parecían obvios y correctos, pero algo gritaba horrorizado ante la idea de ceder. Lo que sería tan fácil de hacer, lo que me acercaría más rápido a Mirax que cualquier cosa que hubiera hecho hasta ahora, de alguna manera también estaría mal. No sabía por qué. No quería creerlo. Incluso quería decir que la transgresión sería insignificante en comparación con el bien que conllevaría. Mi alianza con Tavira sería sólo unidireccional: conseguiría de ella lo que yo quería y le negaría el premio que más deseaba. Eso era lo que yo haría, y cualquier protesta podía ser condenada por ser débil.

Me estremecí.

—No puedo creer que esté pensando esto.

Elegos rasgó y anudó los vendajes de plastiesteril sobre mi mano derecha.

—¿El qué, capitán?

Sacudí la cabeza.

—Cosas que estoy considerando. Cosas que debo hacer, pero cosas que casi no puedo creer que esté pensando. No *puedo* estar pensando en esto.

El caamasiano asintió lentamente.

—Si me lo permites, nosotros los caamasianos tenemos un dicho.

—¿Sí?

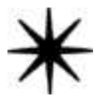
Juntó sus manos entre sí contemplativamente.

—Si el viento ya no te llama, es hora de ver si has olvidado tu nombre.

El sencillo dicho me golpeó como un martillo, y encontré ecos del viejo adagio de mi padre sobre no reconocer al hombre del espejo. Empecé a temblar.

—Tienes razón. Ya no sé quién soy.

CUARENTAIUNO



—Entonces, sugeriría que ya es hora de que vuelvas a recordar.

Me reí.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Negó con la cabeza y comenzó a envolver mi mano izquierda.

—De ninguna manera. Comienza desde donde estás y vuelve sobre tus pasos hasta que reconozcas el último lugar en el que te conociste a ti mismo —a pesar de que su consejo parecía engañosamente ingenuo, algo en su voz también sugería que era la única solución a mi dilema.

Me apliqué a la tarea, pero me concentré en un atajo. Una aventura con Tavira sería la ruta más rápida para rescatar a Mirax, pero parte de mí sabía que eso estaba mal. Sabía que la parte de mí que se oponía al plan amargamente sería un sólido paso atrás, así que me aferré a la razón de *por qué* aceptar la oferta de Tavira estaría mal.

La respuesta me golpeó en la cara, y el no haber podido verla antes me dejó horrorizado. La opción era *errónea* porque no estaría acostándome con *Tavira* por el bien de *Mirax*, estaría acostándome con ella porque *yo* quería… estaba dejando que el fin justificase los medios. Podía envolver un deseo egoísta con toda clase de razones nobles y desinteresadas, pero la realidad era que la atracción que Tavira sentía por mí me complacía. Me hacía sentir halagado. Había estado casado con Mirax cuatro años y nunca había tenido el deseo de estar con otra mujer, pero eso no significaba que no quisiera que pensaran en mí como atractivo. Y Tavira era una mujer deseable que podía tener a cualquiera de entre cientos de hombres, así que el hecho de que me eligiera, bueno, eso era muy especial. Y para mí tener la oportunidad de demostrar que ella había elegido correctamente, que yo era realmente alguien muy especial, eso era un banquete que podía atiborrar mi sobredimensionado ego de hutt.

Es el Lado Oscuro.

Esas palabras resonaron a través de mi cerebro con la voz del Maestro Skywalker, y mi comprensión del Lado Oscuro se expandió exponencialmente. Exar Kun, Darth Vader y el Emperador hicieron que el Lado Oscuro pareciera tan activo y poderoso, que reconocerlo y rechazarlo se hizo fácil. Aquí, en la sociedad Odi, donde la gente actuaba más como bestias que como criaturas civilizadas, la línea que delimitaba el bien y el mal estaba desdibujada, como si no siempre fuera recta. Cada situación tenía que ser abordada de forma un poco diferente, y los ajustes tenían que hacerse gradualmente, o caer en el Lado Oscuro se volvería casi casual.

En la paliza que le administré a Remart probablemente crucé la línea. Lo *hice* en defensa de Elegos, su hija, su gente, e incluso de mí mismo. Si hubiera tocado la Fuerza para fortalecerme en esa pelea, habría estado ayudándome con un poder oscuro y terrible.

Le habría hecho a Remart cosas que ni todo el bacta de la galaxia podría haber sanado, y me habría deleitado con sus gritos. Habría eliminado a Tavira. Habría liberado a Mirax, pero sólo a expensas de todo lo que habíamos tenido juntos.

Fruncí el ceño, luego levanté la mirada hacia Elegos.

—Todo se reduce a la naturaleza del mal, ¿verdad? El mal es egoísta, mientras que el bien es altruista. Si emprendo una acción que me beneficia, sólo a mí, y daña a los demás, soy malo. Si hago lo que debe hacerse para prevenir el daño a los demás, si me convierto en una barrera entre ellos y el mal, entonces mis acciones serán buenas.

El caamasiano inclinó la cabeza hacia la izquierda.

—Tus *intenciones* serán buenas. Sin consideración ni previsión, sin embargo, tus acciones *podrían* seguir siendo malas. Ese es el problema, por supuesto, el mal siempre es fácil y resistirlo nunca lo es. El mal es implacable; y cualquiera, si se cansa, si no está vigilante, puede caer presa de él.

Mi ceño se profundizó.

—Y hay situaciones en las que oponerse al mal puede resultar en perjuicio para los inocentes.

—A veces, sí —sus grandes ojos parpadearon, entonces apoyó sus manos sobre mis hombros—. La vida no lo es sin dolor, pero la vida misma trata de cómo manejamos ese dolor, o alegría, o confusión, o triunfo. La vida es más que el tiempo que pasa antes de la muerte, es la suma y total de todo lo que hacemos con ella. Puede que las decisiones no sean fáciles, pero muchas son las ocasiones en las que no tomar una decisión, no actuar, es peor que una mala decisión. El mal florece cuando no tiene oposición, por tanto aquellos que son capaces de oponerse a él deben proteger a aquellos que no pueden protegerse a sí mismos.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada.

Elegos me observó con una expresión de perplejidad en su rostro.

—No pensaba que lo que decía fuera particularmente humorístico.

—No lo ha sido. Es sólo que he oído esas palabras antes, de mi familia y amigos, e incluso de mí mismo —le sonreí—. Cuando te me presentaste, dijiste que eras un «Confiable» de tu pueblo. ¿Es una posición de responsabilidad y confianza?

El caamasiano asintió solemnemente.

—Es la posición más respetada entre nuestro pueblo.

—¿Y tengo yo tu confianza?

—La tienes.

—Entonces, ¿puedo confiar en ti plenamente, para ayudarme?

Elegos asintió nuevamente.

—No seré un sirviente del mal.

—Tampoco yo —asentí hacia él—. Cuando lleguemos a casa, te contaré más.

Elegos volvió a juntar sus manos.

—Entonces, aguardaré el final del viaje.

—Gracias por arreglar mis manos. Y mi cabeza.

—El placer ha sido mío.

Me giré y me recosté sobre la mesa, enganchando mis talones en el borde y dejando que mis manos descansaran como pedazos de plomo sobre mi pecho. Al haberme citado cosas que mi padre y mi abuelo habían dicho, cosas que había oído decir a Wedge y cosas que yo me había dicho a mí mismo y a los demás, me di cuenta de quién era yo. Vi mi reflejo en el espejo y oí al viento llamarme. Siempre, desde antes de que pudiera recordar, había sostenido como el ideal más elevado posible el compromiso de servir a los demás. Lo que *yo* quisiera estaba supeditado a lo que fuera bueno para todos los demás. Mi trabajo consistía en proporcionar sombra y refugio a otros, ser una fortaleza contra toda la perversión y la crueldad de fuera. La vida misma era bastante difícil sin sociópatas monosinápticos aprovechándose de la gente.

Lo que había comprendido justo aquí y ahora era que había cometido errores groseros en la forma en que había abordado la desaparición de Mirax. Cuando me uní a la Academia Jedi, abandoné mucho de lo que yo fui. Tomé un nuevo nombre, una nueva apariencia, una nueva identidad, y aprendí cosas nuevas. Traté de convertirme en alguien que no era porque creí que sólo alguien más poderoso que yo, un Jedi, podría salvar a Mirax.

Cuando la Academia Jedi resultó decepcionante y escapé, regresé a mis raíces. Aparté lo que había aprendido, e incluso omití la información que mi abuelo había preservado. Incluso interpreté mal el sueño considerándolo una predicción del desastre si trataba de ser un Jedi, pero ese no era el mensaje del sueño en absoluto. El mensaje de ese sueño era tan simple como crudo: el altruismo es el único antídoto contra el mal. Proporciona la luz que destruye a la oscuridad.

Al principio me separé de mi pasado en SegCor, luego me separé de mi herencia Jedi a favor de mi entrenamiento en SegCor. Estaba tratando a mis identidades como si SegCor y Jedi fueran izquierda y derecha, como si pudiera funcionar con sólo un lado de mi cuerpo o el otro. Estaba haciendo que la mitad de mí mismo se opusiera a la otra mitad, cuando debería haber *unido* ambas mitades.

Yo no era Corran Horn de SegCor o Keiran Halcyon, Caballero Jedi. Era ambos. Necesitaba unificarme a mí mismo y a mis esfuerzos. Ciertamente, del mismo modo en que mi abuelo había descrito que hacía Nejaa a menudo no dejando que se supiera que él era un Jedi, habría momentos en los que un enfoque funcionaría mejor que otro, pero tenía que ser capaz de usar *ambos* si planeaba tener éxito.

El *Odioso* nos devolvió a Courkrus con relativa rapidez, y yo fui trasladado abajo con Elegos a mitad desembarco de la parte de los Supervivientes del botín obtenido de los almacenes de Kerilt. Podría haber bajado al planeta antes, pero me quedé en el *Odioso* para asegurarme de que mi escuadrón despegaba en perfecto orden, y también para conocer de mano de la Coronel Gurtt lo que había escuchado en medio de los rumores que corrían entre la tripulación de la nave. No dijo haber oído demasiado, pero me recomendó iniciar entrenamiento físico, con el objetivo de mejorar mi aguante y vigor tanto como fuera posible.

Para cuando bajé a Vlarnya y fui a la suite del hotel que se me había asignado, dado mi rango, descubrí que había sido visitada en mi ausencia. Una variedad de artículos de lujo había sido enviada a mis habitaciones, incluyendo un brandy savareen centenario con una licorera a juego y un conjunto de copas. La botella y los cuatro vasos habían sido decorados con piedras preciosas exóticas, incluyendo una joya de fuego de Durin del tamaño de la uña de mi pulgar. En mis habitaciones habían sido depositados tejidos exóticos, estatuillas de varios mundos y una variedad de alimentos en conserva, junto con una holografía de Tavira deseándome una rápida y fuerte recuperación.

Sonreí. Una docena de horas antes esta exhibición me habría impresionado y me habría halagado. También habría sentido que la tenía justo donde yo quería; dedicando tanta energía en intentar ganarme que nunca vería cuánto la estaba engañando. Me habría servido una copa del brandy, habría brindado por su derrota y habría bebido triunfalmente.

Ahora sólo veía un montón de cosas que habían sido robadas a otros. Ella no tenía derecho a nada de esto, y dármelo a mí, darme cosas que ella no poseía y no había trabajado para ganarse, no tenía ningún valor. Ella tomaba lo que quería, y mientras que pensaba que quería que yo me uniera a ella voluntariamente, la realidad era que ella obtendría de mí lo que quería o me destruiría. Su gesto era tan hueco como ella era amoral; y eso hacía que mi decisión de tratar con ella fuera mucho más importante e imperativa.

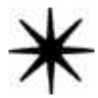
Elegos regresó al salón de la suite después de haber completado un circuito a través del dormitorio, la estación de aseo y la estación de preparación de comida.

—Hay mucho más en otros lugares, incluyendo cosas que sugieren un montón de intimidad en la estación de aseo y en el dormitorio.

—Ni en sus mejores sueños, Elegos —le ofrecí una sonrisa confiada—. Tenemos un mes. En ese tiempo, tengo la intención de convertirme en su peor pesadilla.

—Bien. Aplaudo tu decisión —el caamasiano hizo entrechocar sus manos y sonrió—. Debo añadir que es una determinación digna incluso de tu abuelo.

CUARENTAIDÓS



—¿Mi abuelo? —observé a Elegos, boquiabierto—. No te estarás refiriendo a Rostek Horn, ¿verdad?

El caamasiano negó con la cabeza y me hizo señas hacia una de las sillas de la suite.

—Hace varias horas me preguntaste si se podía confiar en mí, y me informaste de una decisión que requiere que mantenga tu confianza, o resultarás herido y tal vez incluso te maten. Yo te ofrezco, ahora, algo de similar valor.

Me senté lentamente. Reflejos plateados recorrieron su pelaje dorado mientras se situaba en el centro del salón. Percibí una gran solemnidad en él, y supe que lo que estaba a punto de hacer no era algo que hiciera a la ligera.

—Elegos, no necesitas decirme nada que pueda ponerte en riesgo a ti o a tu gente. De hecho, sería mejor que no lo hicieras.

—No, sé que puedo confiar en ti —el caamasiano me ofreció una sonrisa bondadosa—. Incluso bajo pena de muerte sé que no entregarías este secreto.

Sin saber qué decir, me recosté en el asiento y dejé que mis manos vendadas descansaran sobre mi vientre.

—¿Recuerdas que te dije que los recuerdos de acontecimientos trascendentales se hacen fuertes y casi tangibles para nosotros?

Asentí.

—Matar a alguien crearía tal recuerdo.

—Correcto, u otras cosas como el nacimiento de un niño, o conocer a alguien famoso, o estar presente en algún evento significativo —la expresión de Elegos se suavizó ligeramente—. Entre los caamasianos nos referimos a estos recuerdos como *memnii*. Son recuerdos dotados de emoción y datos sensoriales y, a veces, incluso de cosas intangibles que escapan a la cuantificación. Son más pulcros en detalles que cualquier holografía, y más preciados para nosotros que cualquier posesión material.

Se pasó las puntas de los dedos ligeramente por las franjas púrpura de alrededor de los ojos y de los hombros.

—Lo verdaderamente significativo del *memnii* es que podemos compartirlo con otros. La capacidad de transferirlo está limitada por la consanguinidad, es por eso que nuestros clanes a menudo se casan entre sí, asegurándose de que hay caminos abiertos de comunicación entre los grupos. El hecho de que podamos compartir estos recuerdos, de que se pasen con el efecto íntegro, nos ha permitido comunicarnos más plenamente dentro de nuestra especie. Es por eso que evitamos la violencia y buscamos ayudar a otros a encontrar la paz.

»Mis marcas son comunes entre los Kla, el clan materno en el que nací. Es bastante fácil para mí transferir *memnis* a otro miembro del clan Kla o al clan de mi padre, el clan A.

Mi cabeza se alzó.

—Mi abuelo conocía a un caamasiano llamado Ylenic It'kla.

—El hermano de mi madre. Compartimos la línea materna. Lo conocía bien y estábamos muy orgullosos de que fuera un Jedi —el rostro de Elegos tomó una expresión muy feliz—. Debes entender que los caamasianos descubrimos algo especial en los Jedi. Mientras que sólo tres o cuatro generaciones de separación bastaban para bloquear la transferencia de un *memnii* entre caamasianos, cuando uno de nosotros llegaba a conocer a un Jedi y a formar un vínculo con él, podíamos transferirle *memnis*. Esto no es nada menos que un *milagro*, y cuando mi tío se convirtió en un Jedi, el orgullo del clan Kla aumentó increíblemente. Es por los *memnis* que me dio mi tío que te reconocí. Tienes los ojos de Nejaa, su aroma y su sensación.

—¿Tu tío era Ylenic? ¿Dónde está? ¿Puede decirme él algo más sobre Nejaa?

Elegos parpadeó rápidamente y cubrió su rostro con las manos por un segundo. Empecé a levantarme de la silla, pero él levantó una mano para detenerme, entonces se recompuso.

—Perdóname. Mi tío no estuvo en Caamas cuando nuestro mundo fue inmolado. Estaba visitando a un amigo en Alderaan y convencido a ese amigo de proporcionar refugio seguro para otros supervivientes caamasianos. Él y otros de nuestros líderes que sobrevivieron decidieron que teníamos que esparcirnos, y mezclar nuestros clanes en todos los nuevos asentamientos. Aunque Alderaan pudiera ser el asentamiento más grande, no sería el único.

Sentí que mi sangre se enfriaba.

—Murió en Alderaan.

Elegos asintió lentamente.

—Había eludido a los cazadores de Jedi del Emperador durante años, pero no pudo eludir la destrucción de un mundo.

—¿Cuál fue el recuerdo de mi abuelo que te dio? ¿Puedes dármelo a mí?

Elegos negó con la cabeza.

—No creo que seas lo suficiente Jedi, ni lo suficiente amigo, aún, para que podamos hacer esto —vaciló—. Y no estoy seguro de que quieras este recuerdo. Es de la muerte de tu abuelo.

Me recosté en la silla y cerré los ojos. Lo que yo sabía de la muerte de mi abuelo era por una pesadilla, pero al menos podía tratar el recuerdo como un sueño. No quería siquiera pensar en conseguirlo lleno de la emoción del amigo de mi abuelo.

—Tienes razón. Tal vez no sea un recuerdo al que tenga derecho.

—Aún.

Asentí y abrí los ojos otra vez.

—Aún.

—Tendremos que remediar eso, entonces —el caamasiano sonrió otra vez, astutamente en esta ocasión, dándole sólo un aire de depredador—. ¿Cómo procederemos?

Me pasé una mano vendada sobre la boca.

—Toda buena operación comienza con Inteligencia. Los Odis atraen naves y tripulaciones de todos lados, pero las bandas que están establecidas aquí son definitivamente la columna vertebral de la operación de Tavira. Si las rompemos y las alejamos, ella tendrá que correr riesgos cada vez mayores, lo que significa que cometerá errores.

—Destruir un planeta de piratas es mucho pedir para un Caballero Jedi solitario y un sable de luz.

—Cierto, especialmente porque no tengo un sable de luz —fruncí el ceño—. No creo que pueda descargar los planos para uno de la HoloRed, y no creo que enviarle un mensaje a Luke Skywalker preguntando cómo construir uno trajera una respuesta favorable.

—Incluso en Kerilt hemos oído hablar de su Academia Jedi. ¿No te enseñaría?

Me estremecí.

—Estuve allí, pero no me marché exactamente en buenos términos. ¿Tienen los caamasianos un equivalente al «bombardear el espaciopuerto que acabas de dejar» corelliano?

—Desarraigar una planta después de haber arrancado una sola flor.

—Muy bueno. No puedo ser un Jedi sin un sable de luz.

Elegos se encogió de hombros.

—Tal vez puedas volver a enraizar la planta.

Algo en la parte trasera de mi cerebro hizo *clic*.

—No volver a enraizar, sólo hacer crecer una nueva —me levanté y corrí hacia mi dormitorio. Allí, en una mesa de noche, tenía un cuaderno de datos y una pila de tarjetas de datos. Recogí las tarjetas y comencé a clasificarlas torpemente lanzando las que no quería sobre la cama. Finalmente obtuve las que necesitaba y se las entregué a Elegos.

Él frunció el ceño.

—¿*Compendios Horticulturales Corellianos*?

Asentí.

—El mejor amigo de Nejaa, el hombre que crecí pensando que era mi abuelo… el hombre que *es* mi abuelo, fue lo suficientemente sabio como para saber que necesitaría el tipo de información que me negué a llevarme conmigo. Estas revistas tienen columnas que él ha escrito. Pensé que me las regaló cuando me marchaba porque quería compartir su trabajo conmigo, pero ni siquiera he conseguido llegar al final de ninguna de ellas. Demasiada teoría vegetal, y anotaciones que hacen referencia a los códigos genéticos de los híbridos. En esos códigos ha encriptado los diarios y enseñanzas de Nejaa, y las instrucciones para crear un sable de luz tienen que estar ahí.

Elegos recogió el cuaderno de datos.

—Si me lo permites, repasaré estas revistas y veré qué puedo encontrar.

—Bien —levanté mis manos hacia arriba—. Ya que no podré volar en un tiempo, tengo sobradas razones para vagar por todo el lugar. Sé mucho sobre las operaciones aquí, pero no tanto como debería. Una vez sepa dónde están las estructuras de apoyo de la organización Odi, puedo desmontarlas. No será fácil, pero tiene que ser hecho.

—Como mi tío decía a menudo, «hay intentos, y hay logros. Las historias sólo alaban unos».

Me reí y entrechoqué las manos, luego reprimí el dolor.

—Tú logras decodificar un poco y yo lograré curarme un poco, luego partiremos desde ahí.

. . .

En realidad, me las arreglé para hacer mucho durante el tiempo que estuve sanando, y mi inminente elevación al lado de Tavira me ayudó inconmensurablemente. Cuando me preguntaban, por ejemplo, por qué no usaba los tanques de bacta de Courkrus para acelerar mi curación, decía que Tavira me consideraría débil si no podía soportar el dolor. Eso satisfacía a la mayoría de la gente, mientras que las técnicas de curación Jedi que Elegos había descubierto de las revistas me permitían por otra parte acelerar mi curación. Sabía, sin embargo, que tener mis manos continuamente envueltas en vendajes era útil ya que me hacía decididamente menos amenazante para la mayoría de la gente.

Hice rondas por la miríada de grupos estacionados en Courkrus, y fui recibido con calidez por todos los diversos líderes. Claramente pensaban que cortejarme les reportaría beneficios a largo plazo. Pasé algún tiempo en la Madriguera con los Asaltantes de Riistar y la tripulación del *Nova Roja*. Aparte de la crueldad gratuita dispensada a los nativos, eran un grupo bastante benigno de individuos. No eran igual que los tipos duros de los Supervivientes, y realmente no parecían tener ningún secreto o conspiración en marcha que yo pudiera explotar.

En contraste directo, Shala el Hutt y su banda de adictos al brillestim eran malos hasta la médula. Se habían apoderado de un almacén cerca del espaciopuerto y lo habían remodelado con un estilo que sólo se podía clasificar como Antigua República, ya que parecía como si el lugar hubiera sido destruido antes de que el Imperio se alzara y hubiera sido dejado prácticamente intacto desde entonces. Escombros enmarañaban el lugar, con el naranja óxido siendo el color dominante y el negro quemadura-de-láser siendo la segunda opción. Cajas de duraplástico que parecían lo suficientemente desgastadas como para ser escombros de la *Estrella de la Muerte* estaban esparcidas por todas partes, y todo el lugar apestaba a vegetación podrida.

El bloque de duracreto del centro había sido establecido como anfiteatro con una tarima aplanada en el extremo norte donde Shala yacía espatarrado. Había oído decir que los jóvenes hutts podían ser muy musculosos y poderosos, lo cual debía significar que

Shala era más viejo que el polvo. Si una roca pudiera ser descrita como obesa y babeara, eso sería Shala. Shala tendía a murmurar mucho, luego reía, lo cual también hacía reír a sus compinches. El droide 3PO que traducía para él hacía un trabajo bastante bueno, pero Shala lo golpeaba tan a menudo para corregirlo que el brazo derecho del droide parecía haber sido arrastrado tras una moto deslizadora a alta velocidad a través de las estrechas calles de Vlarnya.

Sonreí al droide.

—Dile a tu amo que encuentro su hospitalidad muy generosa, pero una alergia a la mayoría de los insectos hace que tenga que rechazar esos bichos crujientes —asentí hacia Shala y le pasé el cuenco de chirriantes bichos de vuelta, lamiéndome los labios con envidia. Volví mi atención de regreso a dos pequeños mamíferos con colmillos que trataban de desgarrarse el uno al otro. Luchaban duramente, aparentemente sin saber que Shala se comería al vencedor.

Lo más interesante del almacén de Shala era que el edificio era en realidad más pequeño en el interior que en el exterior. El absoluto exceso de deshechos en el lugar hacía difícil distinguir ese hecho desde el interior, y yo lo habría omitido de no ser porque había expandido mis sentidos para saber si tenía guardias ocultos ubicados en varios sitios para poder disparar a los intrusos. No encontré ninguno en ese momento, pero sí descubrí a gente trabajando por detrás de falsos muros y en otros pozos subterráneos enterrados bajo pilas de chatarra y plastiacero.

Sonreí y suavemente retiré una gota de sangre de colmilludo que salpicó mi mejilla derecha. El colmilludo vencedor gritó mientras Shala le rompía la espina dorsal y mordía su cabeza. Me ofreció un muslo crudo, pero lo rechacé, así que se lo arrojó a otro de los moradores del almacén, y una pelea sobrevino por él. Sinceramente esperaba, por el bien del rodiano que ganó el muslo, que Shala estuviera saciado con el colmilludo, para que otro vencedor no terminara en el menú de la noche.

El más misterioso de los grupos de Vlarnya era, de lejos, el de los Piratas de la Estrella Negra. Mientras que habían hecho de una cantina llamada el Agujero del Mynock su hogar, la mayoría de ellos pasaban a través de ella de camino a otra localización. Camino que terminaba en la parte trasera de la sala común, en un rincón donde los visitantes nunca se sentaban, los miembros introducían un código en un teclado y eran admitidos más allá de una puerta deslizante instalada en la pared. No tenía ni idea de lo que pasaba allí detrás, aunque el alivio irradiaba de los piratas al igual que el calor irradia de un reactor de fusión cuando se les permitía dejar su estación pública y retirarse a la parte trasera.

Mientras recogía datos, hice todo lo posible por limitar mi uso de la Fuerza. Quería evitar la detección, por supuesto, pero también quería evitar que hubiera cosas que parecieran anómalas sucediendo antes de que empezara a actuar abiertamente. El hecho era que la solución más sencilla para lidiar con los Odis era construir un sable de luz y segar un montón de cabezas. Decapitar a los piratas sin duda causaría una aceleración en la caída de los Odis, pero entonces yo sería el único que quedaría en Courkrus, lo que

proporcionaría a Tavira una gran pista sobre cuál de nosotros era la fuente de sus problemas.

Incluso más problema que eso sería, por supuesto, el hecho de que estaría cometiendo un asesinato en masa. Si bien era cierto que ninguno de estos tipos sería nunca elegido Humanitario del Año, no todos merecían la muerte. Caet y Timmser, por ejemplo, eran sólo buenas pilotos que habían caído en los Odis. Si se hubieran unido a la Rebelión, podrían haber estado tramando la caída de Tavira. Quería darles la oportunidad de redimirse, supongo, lo cual significaba que necesitaba convencerlos de que lo que estaban haciendo estaba mal y hacer que caminaran, corrieran, se deslizaran o volaran para alejarse de ello.

En esto tenía un aliado invisible: todos mis objetivos eran viajeros espaciales. Había algo en viajar a través de la inmensidad del espacio, sin saber nunca si un salto iría mal, lanzándote a un sol o dejándote atrapado en el hiperespacio para siempre, que hacía que los viajeros espaciales fueran un poco supersticiosos. Durante años yo llevé un medallón Jedi como un talismán de buena suerte. Me había infiltrado en los Odis porque leí un presagio en un sueño. Si suficientes cosas empezaban a salir mal, si había suficientes señales de una fatalidad inminente, incluso los Odis más acérrimos comenzarían a buscar en otro lugar planetas que saquear y lugares donde quedarse.

En todos los lugares a los que fui hice lo posible por memorizar lo que pude. Saber tanto como fuera posible acerca de las disposiciones era vital si tenía que deslizarme dentro y escapar luego. El juego que iba a jugar era muy peligroso, pero era uno que tenía que ganar, así que hice todo lo que pude por controlar todas las variables.

Después de una semana, tenía suficiente información para comenzar a planear mi campaña. Lo dispuse todo, calculé a quién golpearía primero y cómo, luego dónde me movería a continuación. Tenía que golpear duro para mantener la presión, pero tenía que golpear al azar para no ser anticipado y atrapado.

No iba a ser fácil, si lo hubiera sido, no habría sido trabajo para un Jedi.

Sólo una última cosa necesitaba ser lograda antes de poder comenzar.

Necesitaba un sable de luz.

Elegos descubrió las instrucciones de mi abuelo sobre cómo crear un sable de luz bastante pronto, y mi corazón casi naufragó. El archivo de datos era bastante específico sobre los diversos suministros que serían necesarios para crear el arma, así que tenía una lista de compras. Sin embargo, más allá de eso, el archivo detallaba los pasos necesarios para ensamblar el arma e incluía las varias meditaciones y ejercicios que un aprendiz Jedi debía seguir en cada paso del camino. El proceso que Nejaa presentaba, si se seguía con precisión, llevaría casi un mes, y yo no tenía un mes. Sabía que la impaciencia y la precipitación eran parte del Lado Oscuro, pero realmente esperaba que las cosas pudieran acortarse para poder tener éxito en mi tarea.

Di el primer paso reuniendo las diversas partes. El sable de luz, a pesar de que era un arma elegante y mortal, en realidad no era tan complejo. Conseguir las piezas para ensamblar uno no era difícil en absoluto. Para servir como empuñadura, por ejemplo, rescaté el asiento del acelerador y el tubo del manillar de una moto deslizadora desguazada. Lo cogí del lugar donde colgaban los restos de la moto en la cantina el Choque y nadie notó que me lo llevara. Conseguí los circuitos dimetris para el ciclo de activación del controlador de iniciación de fuego de un viejo cañón de iones de nivel superior… gané esa pieza de chatarra a Shala, apostando en otra pelea de colmilludos. La toma de carga y el cableado provenían de un comunicador. El supresor de retroceso del láser de un tri-caza machacado se convirtió en la apertura de flujo parabólica de alta energía para estabilizar la hoja, y cogí la línea de alimentación láser dinámica del mismo cañón láser roto para que actuara como el superconductor para la transferencia de energía entre la célula energética y la hoja. Los botones e interruptores fueron fáciles de encontrar, y la querida vieja Almirante Tavira, con su regalo de la licorera de brandy y las copas, me había proporcionado todas las joyas que necesitaba para hacer media docena de sables de luz.

La parte más difícil de crear un sable de luz era fabricar la célula energética que almacenaba y descargaba la cantidad de energía necesaria para energizar la hoja de un sable de luz. Dicho esto, la lista de partes pedía una célula energética bastante básica… de hecho, dada la edad de las instrucciones, tuve dificultades para localizar una tan antigua. Las células energéticas más nuevas eran más eficientes que la que mi abuelo había especificado, pero no pensaba que eso supusiera un problema. Después de todo, al leer las instrucciones me di cuenta de que la naturaleza de la batería no era tan importante como la forma en que se integraba con el resto de los componentes.

El núcleo del ritual Jedi para crear un sable de luz pasaba por cargar la célula energética por primera vez. Mi abuelo ridiculizaba la superstición popular que afirmaba que un Jedi canalizaba la Fuerza a través de su sable de luz. Él sugería que esto era un malentendido por el tiempo que llevaba cargar la célula inicialmente y unirla al resto del arma. Los Jedi, manipulando cuidadosamente la Fuerza, unían los componentes… vinculándolos en más que un nivel mecánico o material, por lo que funcionaban con una eficiencia inimaginable. Sin este cuidadoso aderezo y acondicionamiento del sable de luz, la hoja sería defectuosa y fallaría al Jedi.

Antes de que pudiera averiguar cómo aplazar la cita con Tavira otro mes, Elegos decodificó un comentario a las instrucciones para construir sables de luz. Resultó que durante las Guerras Clon los Maestros Jedi desarrollaron un método para crear un sable de luz en dos días. Nejaa incluyó este método, señalando que debía usarse sólo en momentos de acuciante necesidad, pero no con precipitación. Lo leí y sentí cierta paz instalarse en mí. Sabía que las palabras no fueron escritas para mí, pero se hundieron profundamente en mi interior. *Urgencia sin pánico, acción sin irreflexión.*

Empecé calmándome a mí mismo y simplificando mi estilo de vida. …Bebí sólo agua y comí fideos que eran de todo menos sabrosos. Eliminé los regalos de Tavira de mi

dormitorio, o los escondí en los armarios. Me senté en medio del suelo, con las partes de la espada yaciendo en un semicírculo a mi alrededor. Estudié cada una y usé la Fuerza para envolverlas y tomar una sensación de ellas. Mis manos ensamblarían las piezas, uniéndolas, pero quería que las partes engranaran entre sí como si hubieran crecido juntas. El sable de luz sería más que un amasijo de componentes, y para conseguirlo tenía que ver las partes como pertenecientes a un mismo todo.

Encajé el botón de activación en su lugar en el mango del manillar y enchufé los conectores en los puntos correctos de la placa de circuitos dimetris. Lo hice en el propio mango, luego inserté una tira de blindaje para protegerlo de incluso la más leve fuga del superconductor. A continuación encajé en su lugar las gemas que usaría para enfocar y definir la hoja. En el centro, para ejercer como mi lente de energía continua, usé la gema de fuego de Durin. Esa misma piedra daba a la hoja del sable de mi abuelo su distintivo brillo plateado. Utilicé un diamante y una esmeralda en las otras dos ranuras. No estaba seguro de qué obtendría respecto al tono de color con la esmeralda, con el diamante esperaba un efecto destelleante.

En el extremo de la empuñadura, donde la hoja aparecería, ensamblé la apertura de flujo de alta energía. Esta portaría una carga negativa que estabilizaría la hoja cargada positivamente, proporcionando también una base sólida que evitaría que la hoja retrocediese hasta mis manos. Controlar la hoja de un sable de luz ya era lo bastante difícil sin tenerla chamuscándote los dedos.

Encajé la célula energética descargada en su lugar, luego conecté los cables a la toma de carga. Ensamblé la toma de carga en la parte inferior de la empuñadura, pero no recoloqué la tapa original del manillar que la protegería, ya que necesitaba cargar la célula energética por primera vez. Alargué la mano y tomé el cable de carga del pequeño transformador que había tomado prestado de nuestra bahía técnica, y enchufé el sable de luz.

Con mi dedo apoyado en el botón del transformador que iniciaría el flujo de energía, hice una inspiración profunda y me sumergí en un trance. Sabía que manipular la materia lo suficiente como para fusionar una pieza y forjar un arma habría sido casi imposible para cualquiera que no fuera un Maestro Jedi como Yoda, pero hacerlo como parte de la construcción de un sable de luz había sido estudiado y ritualizado para que incluso un estudiante pudiera manejarlo. Se trataba de un arte perdido, un vínculo con un pasado que había sido casi borrado, y al realizarlo completaría la asunción de mi legado Jedi.

Presioné el botón, permitiendo que el lento flujo de energía llenara la batería. Me abrí a la Fuerza y con la mano que estaba tocado la empuñadura del sable de luz, bañé el sable de luz con la Fuerza. Cuando lo hice se produjeron transformaciones sutiles en el arma. Los enlaces elementales cambiaron, permitiendo que más y más energía fluyera hacia la célula y a través del arma. No estaba seguro de cómo se estaban produciendo los cambios, pero sabía que al mismo tiempo que se estaban produciendo en el sable de luz, también se estaban produciendo en mi interior.

Al convertirme en un conducto para la Fuerza con este propósito, la unión final de las personas que yo había sido ocurrió. La fusión resultó en la persona que sería para el resto de mis días. Todavía era un piloto: un poco arrogante, con un saludable ego y la voluntad de hacer frente a misiones difíciles. Todavía era un SegCor: un investigador y una barrera entre los inocentes de la galaxia y el fango que los devoraría.

Y era un *Jedi*. Era el heredero de una tradición que se remontaba decenas de miles de años en el pasado. Los Jedi fueron la base de la estabilidad en la galaxia. Siempre se opusieron a aquellos que se deleitaban en el mal y buscaban poder en aras del poder. Personas como Exar Kun y Palpatine, Darth Vader y Thrawn, Isard y Tavira; estas fueron las plagas de la sociedad que los Jedi curaron. En ausencia de los Jedi, el mal prosperaba.

En presencia de un solo Jedi, el mal se evaporaba.

Al igual que con el sable de luz, los cambios que se habían producido en mí no llegaban sin costo. Lo que la Fuerza me permitía hacer también me confería grandes cargas. Actuar sin premeditación y la debida deliberación ya no era posible. Tenía que estar muy seguro de lo que estuviese haciendo, porque un único paso en falso podría ser un desastre. Aunque sabía que cometería errores, tenía que hacer todo lo posible por minimizar su impacto. No era suficiente hacer el mayor bien para el mayor número, tenía que hacer lo mejor para todos.

No había vuelta atrás en la nueva responsabilidad que había aceptado. Al igual que mi abuelo, podría elegir cuándo y dónde revelar quién y qué era, pero no habría olvido, no dejaría esta responsabilidad en la oficina. Mi compromiso con los demás tenía que ser total y completo. Sería un agente de la vida cada día, cada hora, cada segundo; por tanto tiempo como viviera, y aún más.

Escuché un *clic* y levanté la mirada, parpadeando.

—¿Elegos?

Elegos estaba de pie sobre mí, ofreciéndome un vaso de agua.

—Está hecho.

Parpadeé, luego tomé el agua y la bebí con avidez. Bajé el vaso y sentí el agua goteando alrededor de mi perilla. La aparté con la mano derecha y sentí barba incipiente en mis mejillas.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos días y medio —el caamasiano sonrió y me quitó el vaso—. No tan rápido como tu abuelo, pero aceptable.

—¿Alguien ha notado mi ausencia?

—Varias personas preguntaron, pero les dije que estabas reposando por tu ingesta de brandy. Dijeron que podían entender que celebraras tu cambio de fortuna —colocó el vaso en el aparador, luego regresó al salón de la suite—. Mientras estabas ocupado aquí, encontré algo más que hacer, e hice buen uso de uno de los regalos que te hizo Tavira. He estimado el patrón basándome en mis *memnis* de tu abuelo.

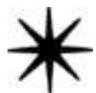
Sostuvo en alto una túnica Jedi verde, con un cinturón y un manto negros.

—Creo que deberían quedarte bien.

Asentí y blandí el sable de luz. Presioné el botón bajo mi pulgar, haciendo nacer la hoja plateada de 133 centímetros de largo.

—Un sable de luz y túnicas. Parece que un poco de justicia ha llegado a Courkrus, y ya era hora.

CUARENTAITRÉS



Decidí aprovechar la excusa que Elegos creó para mí pasando más tiempo bebiendo… o, al menos, aparentando estar borracho. Un poco de brandy savareen derramado en una túnica te dejará apestando al asunto, y si sigues removiéndolo y eres descuidado cuando lo bebes (derramando más sobre ti mismo en el proceso) la gente lo notará. Los tipos con los que pasaba mi tiempo no tenían problemas en creer que yo estaba a tres saltos de estar sobrio en todo momento.

Estar borracho me daba mucha más libertad ya que, mientras que no resultaba desagradable, perdía al sabacc y era generoso con el dinero o los regalos de Tavira, era el amigo de todos. La gente quería verme, les resultaba fácil ignorarme, e incluso me trataban como si no estuviera allí en las ocasiones en las que yo fingía dormir.

Elegí a los Supervivientes como mi primer objetivo. Los conocía mejor que a nadie, así que tenía ventaja para meterme en sus mentes. Los Supervivientes también eran los más disciplinados de los Odis, así que si podía romperlos, volverlos inquietos, el nerviosismo se filtraría a los otros grupos. Mi movimiento contra ellos sería el preludio de mis ataques contra los otros grupos, así que quería que fuera especialmente escalofriante.

Elegos y yo trabajamos duro en ello, programándolo en mi cuaderno de datos, luego proyectándolo con el holoproyector de mi suite. Lo reprodujimos una y otra vez, lo cual me permitió memorizarlo desde todos los ángulos, y practicar mi parte. Tenía que ser cuidadoso y rápido, pero si funcionaba bien, sacudiría a los Supervivientes hasta la médula.

Me senté en la cantina el Choque en una mesa muy atrás. Normalmente el Capitán Nive se sentaba allí, y poco después se unió a mí. Jacob no había estado haciéndome la pelota como lo habían hecho los otros líderes piratas; él confiaba en la amistad que forjamos durante el tiempo en el que él comandó mi escuadrón. Realmente él me gustaba, así como la forma en que manejaba a los Supervivientes, pero por las conversaciones que habíamos tenido, sabía que no estaba completamente cómodo con todo lo que había hecho en su vida. Esa confidencia, que me confió una noche, estaba a punto de regresar y perseguirlo.

Jacob se sentaba de espaldas a la esquina de la sala. Yo me sentaba a su izquierda, con la espalda hacia una pared, pero ligeramente expuesta a lo largo de mi flanco. Otra silla estaba colocada frente a él y no podía ser vista por la mayoría del resto de la sala debido a un pilar. Tenía una botella de brandy savareen situada delante de mí, y una copa en mi mano derecha. Jacob bebía lum, pero nunca el suficiente como para emborracharse, sólo el suficiente para volverse ligeramente sugestionable. Estábamos allí sentados, charlando en voz baja sobre los últimos rumores sobre Shala el Hutt, cuando empujé la

silla vacía hacia fuera con mi pie izquierdo, como si alguien la estuviera retirando para sentarse.

Conecté con la Fuerza, dejando que me llenara, pero giré la cabeza hacia la silla, lejos de Jacob.

—No puedes sentarte aquí. Ésta es una mesa privada —mientras decía esto, extendí mis sentidos y proyecté una imagen en el cerebro de Jacob.

La cabeza de Jacob se alzó y palideció.

—Imposible.

La figura que vio sentándose frente a él escupió un grueso crédito de oro, que rebotó una vez sobre la mesa. Mi mano izquierda surgió para agarrarlo, y aplasté el crédito contra la mesa. Mi mano izquierda retrocedió.

—Está frío.

La figura que estaba al otro lado de la mesa respecto a Jacob vestía un uniforme de capitán imperial, aunque un poco demasiado pequeño, y tenía el ojo izquierdo amoratado. De hecho, el Capitán Zlece Oonaar del *Cruzado* tenía el mismo aspecto que cuando los Supervivientes lo juzgaron y Jacob ordenó su ejecución. El mismo Jacob puso el crédito de oro en su boca, siguiendo la vieja superstición de comprar las cosas malas que los muertos dirían de los vivos, luego lo lanzó a través de la esclusa principal de la *Puñalada*.

Zlece Oonaar miró directamente a los ojos de Nive.

—Puedes recuperar tu oro. Los muertos no hablan mal de los muertos.

Agarré la muñeca izquierda de Jacob con mi mano derecha.

—¿Qué quiere decir?

La boca de Jacob se abrió.

—No lo sé.

Zlece asintió lentamente.

—Lo sabes. Sabes que debiste haber muerto el día en que tus amigos lo hicieron. Si hubieras luchado con más ahínco, podrían haber vivido. Les fallaste, y ahora te unirás a ellos. La perdición ha venido a Courkrus. Todas tus víctimas serán vengadas.

Jacob se levantó abruptamente, soltando su muñeca de mi agarre, y arrojó su jarra de lum a través del fantasma. Dejé que la imagen se desvaneciera entre una niebla sangrienta que desapareció cuando la jarra se rompió contra el pilar. Jacob se quedó parado, con la boca abierta y temblando, luego miró alrededor, a todos los que estaban en la cantina. La atención del resto se volvió hacia él cuando la taza se hizo añicos, pero no habían visto nada anterior a eso.

Jacob señaló hacia la silla.

—¿Lo habéis visto?

Otras personas empezaron a negar con sus cabezas.

Él me miró.

—Tú lo has visto, ¿verdad, Jenos? Tú lo has visto.

Me estremecí y vacié mi copa de brandy.

—Lo he visto. Era ese tipo que capturamos, al que juzgamos —manoseé la moneda—. Pusiste esto en su boca.

Jacob tomó la moneda de mi mano y la sostuvo en alto.

—Sí, puse esto en su boca.

—Pero lo dejamos en el espacio —serví más brandy en mi copa y levanté la mirada hacia Jacob, ignorando el tumulto de gente que iba arremolinándose a nuestro alrededor—. ¿Qué quería decir con que «la perdición ha venido a Courkrus»?

Jacob me quitó el brandy y se lo bebió todo de un trago.

—No lo sé —puso la copa en la mesa de nuevo y dio unos golpecitos en el borde para que la rellenara—. No lo sé, pero no es nada bueno. No es nada bueno en absoluto.

En doce horas la historia de la *aparición* se había extendido por todo Vlarnya y había adquirido vida propia. Hice que la gente me dijera lo que habían visto y los escuché describir una visión que sé que nunca vieron. Incluso cuando les decía que era diferente de lo que yo había visto, me decían que no lo recordaba bien porque había estado borracho en ese momento. Sabían cuál era la verdad, y realmente parecía que les asustaba a cada uno de ellos hasta lo más profundo de su ser.

Nadie estaba muy seguro de lo que había visto. Algunos pensaban que era un fantasma, puro y simple, regresando para atormentar a Nive por matarlo. Otros tenían en cuenta la advertencia y se preguntaban por qué un fantasma advertiría cuando podría habernos golpeado y matado a todos… si es que un fantasma podía hacer eso. La advertencia parecía haber penetrado en la mente de muchos, lo cual había sido mi intención. Quería que estuvieran advertidos de modo que cuando las cosas empezaran a suceder, las vincularan a la advertencia.

Estaba complacido con que la primera iniciativa hubiera tenido un efecto tan grande, pero sabía que no podía hacer ese tipo de cosas de nuevo. Mientras que podía ser capaz de usar una ilusión para evitar la persecución, simples idas y venidas de fantasmas no iban a convencer a los Odis de que era hora de abandonar a Tavira. La moneda había proporcionado una evidencia sólida que convenció a mucha gente de la veracidad de la aparición. Debido a esto decidí que las siguientes acciones requerirían una prueba física de que algo estaba sucediendo, y una moneda no sería suficiente. Era hora de algo un poco más directo y doloroso.

Esperé a que Timmser y Caet me arrastraran hasta casa desde el Choque y me entregaran a Elegos antes de actuar. Murmurando cuánto deseaba que yo no vomitara en las sábanas otra vez, el caamasiano acarreó conmigo y las dos pilotos escaparon por miedo a que se les pidiera que ayudaran a limpiarme. Una vez se hubieron marchado, me puse el uniforme Jedi, me puse una capa con capucha y salí a la noche. Usando la Fuerza pude borrar el recuerdo a corto plazo de los empleados del hotel que me vieron,

dejándolos con una inocente brecha de ocho segundos en sus recuerdos que cubriría mi paso por el vestíbulo.

Utilizar la Fuerza tanto en el Choque como en el vestíbulo suponía el riesgo de ser detectado por los consejeros de Tavira, pero estaba bastante seguro de que no había ninguno en Courkrus. Ella nunca nos había dejado uno antes y no tenía ninguna razón para asumir que iba a haber un problema en Courkrus. Dejar uno aquí «por si acaso» sería proporcionar a cualquiera de estas bandas la oportunidad de conocer su secreto y atacar por su cuenta. Por esa única razón me sentía muy seguro usando la Fuerza mientras cazaba.

Mis anteriores estancias en la ciudad me sirvieron bien mientras me movía por callejones y caminos poco transitados para llegar a algunas de las zonas más sórdidas del Aviario. Alcancé mi interior para conectar con la Fuerza, para poder expandir mi esfera de responsabilidad y localizar a alguien que necesitara ayuda. Mi intención, por supuesto, era ayudar a esa persona y sacar de la escena a los criminales involucrados. Era como estar de vuelta con SegCor, haciendo una redada a través de la Calle de la Nave del Tesoro, sólo que sin todas las luces.

Esta vez, no obstante, la diferencia era que tenía la Fuerza como mi aliada. Mi percepción de la ciudad y el área que me rodeaba se agudizó, permitiéndome registrar las diversas formas de vida. Si hubiera querido, podría haber hecho un censo de los bichos o de los colmilludos salvajes en segundos. Pero no lo hice… otra información me atrajo hacia la noche.

Cuando patrullaba para SegCor, había sido un depredador en busca de presas, esperando no encontrarlas en cantidad suficiente como para matarme a mí. Con la Fuerza, casi me sentía como un súper depredador. Percibía dónde estaba todo el mundo, hacia dónde se dirigía su atención. Podía elegir caminos de confrontación que mantendrían las cosas tranquilas, o que provocarían una gran exhibición. Por el momento elegí algo más pequeño y más íntimo, pero sabía que el día para algo más espectacular vendría pronto.

Aunque sentía dónde estaban los tres, oí los sollozos de ella antes siquiera de verlos. Dos Lores Láser borrachos habían acorralado a una mujer nativa entre ellos y la habían empujado hacia un callejón. La habían puesto de espaldas contra una pared, atrapando sus manos por encima de su cabeza, y estaban cubriendo su rostro y cuello con el tipo de besos torpes que los borrachos parecían dominar. Si no fuera por la expresión horrorizada en el rostro de la mujer, sus payasadas podrían haber resultado cómicas.

Entré en el callejón tan silencioso como una sombra y agarré al primer hombre por el pescuezo. Lo giré hacia la derecha y aplasté su cara contra la pared opuesta del callejón. Algo crujió cuando golpeó, luego se desplomó en el suelo. Di medio paso adelante y levanté la empuñadura de mi sable de luz con mi mano derecha, atrapando al segundo hombre con un golpe alto. El impacto contra la pesada base metálica de la empuñadura destrozó la mandíbula del hombre y lo envió tambaleándose hacia atrás.

Una mano se dirigió a su boca y la otra sacó el bláster enfundado en su cadera. Mientras empezaba a apuntar el arma, giré la empuñadura del sable de luz en mi mano y

activé la hoja plateada. Su explosivo siseo llenó el callejón, con su luz pintando la sombra del miembro de los Lores Láser a través del suelo del callejón y a lo largo de la pared trasera. Hice un arco bajo con la hoja, golpeando el bláster que aún estaba alzándose, dejando caer al suelo pedazos del arma y dos dedos cercenados.

Una patada lateral a su mandíbula ya rota lo desplomó en el suelo del callejón, luego giré y me lancé hacia su compinche, que estaba levantándose. Antes de que pudiera sacar su bláster, mi sable de luz se clavó a través de su hombro, haciendo un agujero muy limpio del tamaño de un botón a través de hueso y carne. El olor aceitoso de carne quemada llenó el callejón. Su rostro se volvió absolutamente pálido. Bajó la mirada para observar la barra de energía plateada salir de su hombro, luego sus ojos quedaron en blanco y se desmayó.

Desconecté la hoja antes de que desgarrara más de su cuerpo ahora cayendo. No quería que muriera… no quería que ninguno de ellos muriera. Dos hombres muertos serían estadísticas, pero estos hombres tendrían cicatrices y contarían una bonita historia. Lo que la aparición había comenzado estos dos lo continuarían.

Me volví hacia la mujer que se encorvaba en cuclillas. Extendí una mano y ella la tomó. Los temblores que afectaban a su carne coincidían con las olas de terror que irradiaban de ella. Hice que mi voz sonara tan tranquilizadora como pude.

—No tienes nada que temer, niña. Ya no te harán daño nunca más.

—¿Quién… quién eres?

La ayudé a ponerse en pie y caminé con ella hacia la boca del callejón y la luz de la calle que llegaba a penetrar en su interior.

—Es suficiente con que se sepa que he estado aquí.

La dejé entrar en la luz, pero yo permanecí en las sombras mientras dejaba ir su mano.

—Sólo diles que la perdición ha venido a Courkrus. Sus víctimas serán vengadas, y aquellos que temen a la justicia nunca volverán a estar seguros aquí —entonces proyecté en su mente una ilusión de yo desvaneciéndome en la nada mientras me deslizaba más allá de ella y avanzaba por la calle. La seguí para asegurarme de que nada más le sucedía, entonces, cuando ella encontró seguridad, regresé a mi casa.

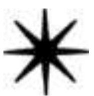
A la mañana siguiente, temprano, Timmser y Caet vinieron a mi suite e insistieron en que Elegos me despertara. Salí de mi habitación con un aspecto desarreglado y la vista nublada, entonces me espabilé ante las serias expresiones en sus rostros.

—¿Qué ha pasado? ¿Algo va mal?

Caet gruñó, y Timmser proporcionó una buena traducción.

—Dos Lores Láser fueron mutilados anoche. La perdición ha venido a Courkrus, y ha traído un sable de luz consigo.

CUARENTAICUATRO



El sable de luz causó bastante impresión en todo el mundo. Según los dos Lores Láser, la criatura Jedi que los había asaltado medía dos metros y había emergido de la misma noche. El sable de luz se había convertido en un relámpago congelado y los ojos del Jedi resplandecían como los horizontes de sucesos de un agujero negro binario. Los atacó sin provocación y prometió hacer lo mismo a todo el mundo en el planeta.

Mis planes, por supuesto, eran menos ambiciosos, pero su relato jugaba a mí favor en el Aviario. Oí un montón de jactancias huecas acerca de lo que esta persona o aquella haría si se enfrentaba a este *vengador*. Otros podían estar asustados, relataba uno, pero el orador no lo estaba. Le habría arrancado la cabeza al vengador, entonces algún otro ofrecía un destino más terrible para el vengador y así sucesivamente, como si la puja en una subasta se hubiera vuelto loca. La bravuconería de la multitud llevaba a todos al cénit de la hipérbole.

Entonces finalmente alguien (yo, a veces; otros tipos la mayoría) se estremecía y se aferraba a su pistola como si también él hubiese perdido dedos. Ese simple gesto podía silenciar a un grupo. Y la mera mención de la palabra «Jedi» era suficiente para enviar a todos los fanfarrones de vuelta a sus bebidas y temores privados.

Como oficial de SegCor había visto antes esta clase de bravatas, y las había visto desvanecerse en presencia de un oficial uniformado, pero nunca las había visto elevarse a tales alturas, ni hundirse a tales profundidades. El esfuerzo del Imperio por vilipendiar y transformar a los Jedi en agentes del terror funcionaba en mi beneficio. Si el Imperio, que ya era lo suficientemente malo, temía a los Jedi lo suficiente como para acabar con ellos, entonces tener a un Jedi aquí cazando a los Odis era lo suficientemente malo.

Tan malo, de hecho, que los capitanes de los diversos grupos de Vlarnya ofrecieron una recompensa de diez mil créditos por la cabeza del Jedi.

Y me propuse incrementarla más, mucho más.

Durante las siguientes noches aceché y golpeé a lo que consideré objetivos «suaves»; bandas de piratas que vagaban por las calles en busca de problemas. Cada encuentro ocurrió de forma diferente. El hecho de que muchos de los piratas reforzaran su coraje con un montón de lum o whisky me ayudó enormemente. Los borrachos a menudo parecían tener una increíble suerte, y en Vlarnya también… pero toda su suerte era mala.

Una noche dejé que un trío de la tripulación del *Tiroveloz* me vislumbrara metiéndome en un callejón. Había estado bebiendo con ellos antes y habíamos hablado de cómo un grupo podía ir a cazar al Jedi y atraparlo, ganando esa gran recompensa. Los Tiroveloces (dos humanos, macho y hembra, y un macho kubaz) se habían emocionado hasta el delirio hablando de ello, en aquel momento me disculpé e hice como si me

dirigiera a casa. Les deseé suerte con su caza, deseándoles que encontraran al Jedi antes que los otros grupos de cazadores, y ellos mordieron el cebo.

Los Tiroveloces llegaron corriendo y al doblar la esquina del callejón, proyecté en sus mentes la imagen de mí huyendo por delante de ellos, con mi capa ondeando por detrás y el agua de un riachuelo de aguas residuales salpicando con cada paso que daba. Los humanos corrieron tras de mí a toda velocidad. El kubaz, que no veía la imagen que yo proyectaba, frenó y levantó una mano para advertir a sus compañeros. Antes de que pudiera hacerlo, me alcé de entre las sombras que me ocultaban cerca de la boca del callejón y le golpeé en la cabeza con el extremo de mi sable láser.

Desprovistos de su advertencia, sus dos compañeros corrieron a toda velocidad hacia el muro de ladrillo que había ocultado con mi ilusión. La mujer rebotó duramente contra la pared. Su cabello rubio se envolvió en su rostro mientras se retorcía por el aire y se estrellaba en un cubo de basura. El hombre, que había ido un paso por detrás de ella, había comenzado a girar a la derecha, por lo que recibió el impacto en el hombro. Incluso a diez metros de distancia, oí cómo se le rompía la clavícula. Rebotó, dio un par de pasos tambaleantes en mi dirección, y cayó de rodillas.

Su mano derecha buscaba a tientas el bláster enfundado bajo su brazo izquierdo, pero con el hueso roto, no había manera de que pudiera agarrarlo. Me acerqué caminando y activé el sable de luz. Sus ojos se abrieron y se echó hacia atrás.

—Has perdido el uso del brazo. No hay razón para perderlo del todo, ¿verdad?

Lentamente negó con la cabeza.

—Muy bien —coloqué la punta de la hoja a un centímetro de la punta de su nariz chata—. El próximo Tiroveloz que vea en las calles morirá. Transmite este mensaje por mí, ¿quieres?

Él asintió y me alejé de él, retrayendo la hoja del sable de luz. Me volví para regresar por el callejón hacia la calle. Incluso sin la Fuerza, habría oído el chasquido de su bláster siendo sacado de la funda. Estando ya a tres metros de distancia, me volví, encendí mi sable láser, y desvié el primer disparo hacia la pared del callejón, donde prendió una pequeña llama en un desagüe. Dos disparos más fallaron ampliamente, bloqueé un cuarto a mi izquierda con el sable de luz, y luego vi que el quinto se perdería por la derecha y perforaría al kubaz que luchaba por ponerse en pie.

Extendí la mano derecha y bloqueé el disparo, absorbiendo la mayor cantidad de energía que pude. El tiro me aguijoneó, enviando una sacudida por mi brazo, pero dejé el dolor a un lado y canalicé la energía sobrante hacia la telequinesis. Cerré mi mano derecha en un puño, luego tiré. Arranqué el bláster de su mano, rompiéndole un par de dedos cuando lo hice, luego lo arrojé a un tejado.

—Recuerda mi mensaje —me volví de nuevo, golpeé al kubaz en la cabeza de nuevo con el extremo del sable de luz, y desaparecí en la noche.

Tres días después el *Tiroveloz* y su tripulación partieron de Courkrus con destino desconocido.

Otras tripulaciones no se asustaban tan fácilmente. Los Piratas de la Estrella Negra se sentían invencibles en su santuario detrás del Agujero del Mynock y yo sabía que mi intervención allí removería hasta sus huesos. En una visita anterior como Jenos Idanian, tomé un asiento que me dio una visión clara del cuaderno de datos que usaban para acceder a la parte trasera. Estudiando casualmente a la gente que entraba supe que usaban un código de cuatro dígitos, pero la mayoría de los piratas tecleaban los números demasiado rápido como para que yo viera exactamente cuáles eran.

Esperé hasta que un hombre mayor con varias copas encima se acercó a la puerta. Marcó el número y esperó a que se encendiera una luz y un tono sonara antes de que fuera libre de abrir la puerta. Me extendí con la Fuerza y simplemente le hice olvidar que había visto la luz y oído el tono. Él frunció el ceño, entonces con más cuidado y precisión tecleó el código, permitiéndome extraer de sus acciones la combinación.

Una tormenta sacudía Vlarnya la noche que decidí llevar mi guerra a los Piratas de la Estrella Negra, y la atmósfera ciertamente agregó tensión a la que ya crecía en el Aviario. También ayudó el que prácticamente todo el mundo llevara capas encapuchadas mientras una cortina de lluvia azotaba la ciudad. Estaba empapado para cuando alcancé el Agujero del Mynock, pero pasé desapercibido entre las otras figuras cubiertas goteando en la cantina. Incluso llegué a la zona trasera protegida por piratas sin ser objeto de demasiado escrutinio. Moverse con autoridad y levantar una mano hacia el cuaderno de datos para teclear la combinación parecía ser normal para los piratas sentados allí, así que sólo necesitaba dedicar una pequeña porción de la Fuerza para hacerles perder los segundos de su vida en los que pasaría por su lado.

Tecleé el código y empujé la puerta. Lo que encontré más allá me sorprendió por la opulencia. Discretos paneles luminosos rojos y dorados daban al vestíbulo y al salón de más allá una sensación cálida. Portales al otro lado de la entrada y en las dos paredes laterales proporcionaban acceso a pasillos que supuse que llevaban a habitaciones pensadas para placeres privados. Percibí el suficiente sabor de especia en el aire como para adivinar lo que algunos de los piratas estaban disfrutando, y una media docena de hombres y mujeres ataviados con indumentarias atípicamente sucintas, tumbados vivazmente sobre muebles mullidos, sugerían lo que otros encontrarían en ellos para satisfacerse.

Y a través de la puerta del extremo más alejado del salón escuché los vítores y lamentos que durante mucho tiempo había asociado a los juegos de azar. Con un pequeño bar de autoservicio a mi derecha, el paraíso de los Piratas de la Estrella Negra parecía tener disponible la mayor parte de los placeres ociosos que se consideraban deseables en toda la galaxia. Este era un lugar donde todo el mundo podría divertirse.

A mi izquierda un droide 3PO plateado al que le faltaba un ojo esbozó una breve reverencia y extendió sus manos hacia mí.

—Control de armas, amo —más allá de él vi un pequeño recinto enjaulado lleno de blásters de todos los tamaños y clases, con otro droide 3PO encerrado dentro, guardando y recuperando las armas.

—Creo que no.

—Debo insistir —el droide 3PO inclinó la cabeza hacia mí—. De acuerdo con todas las regulaciones de su contrato de asociación, específicamente la cláusula 35.6…

Encendí el sable de luz y lo rajé desde la coronilla a la ingle con un golpe. Chispas volaron mientras ambas mitades se tambaleaban y se estrellaban contra el suelo. Caminé por encima de la temblorosa pila de circuitos, sintiéndome secretamente culpable por lo bien que me había sentido, entonces giré a la derecha y corté con el sable láser el sintetizador de bebidas. Pivotando en un círculo completo, nivelé la hoja plateada hacia los ocupantes del salón.

—Última oportunidad. Creo que querréis marcharos ahora —levanté un dedo hacia mis labios—. En silencio.

Se dispersaron silenciosamente mientras yo me dirigía directamente al antro de juego. La gente encorvada sobre las mesas de sabacc no se percató de mi llegada en absoluto, pero los reunidos alrededor de una rueda del jubileo sí. Apuñalé la rueda con el sable de luz plateado y dejé que el impulso de la rueda cortara separando el borde del centro. El borde se escindió, bamboleándose alrededor de la mesa, esparciendo las apuestas, luego rodó hasta el suelo y se enredó en las piernas de un rodiano que llevaba una bandeja de bebidas. Entre su caída y el clamor de los jugadores de la ruleta, capté la atención de los piratas.

Sostuve el sable de luz ante mí de forma que su luz profundizó las sombras dentro de mi capucha.

—Este ya no es vuestro santuario. Este ya no es un lugar donde la probabilidad impera. La perdición ha venido a Courkrus, y si os quedáis, la única apuesta segura es la muerte.

Con eso me dirigí hacia una puerta en la pared exterior, la abrí con brusquedad y dejé que la lluvia salpicara dentro. Un relámpago cayó y el trueno resonó mientras salía adentrándome en la noche (bueno, al menos para la mayoría de los humanos que pude alcanzar), y entonces desaparecí de allí, pero no de sus pesadillas.

Y la recompensa subió a cien mil créditos.

La debilidad de mi proceder se hizo muy evidente para mí y, por desgracia, también para Shala el Hutt. Mientras que mis tácticas estaban siendo muy efectivas, y la deserción estaba empezando a plagar las filas Odi, el hecho de que no hubiera matado a nadie había comenzado a volverse en mi contra. Estaba lidiando con personas completa y profundamente despiadadas que matarían a cualquiera en una pelea por sobras de un montón de basura. Dado que sus vidas eran la única cosa de valor que muchos de los

Odis poseían, el hecho de que yo no estuviera matando frenaba el desplome de la moral e incluso posibilitaba un rebote.

Shala hizo saber que tenía un método para tratar con el Jedi, pero lo mantuvo en secreto. Su almacén se convirtió en una fortaleza donde ni siquiera el futuro consorte de Tavira podía entrar. Envió a varios de sus matones con el fin de aterrorizar partes de la ciudad fuera de la Aviario y comenzó a entregar sus propios mensajes. Sus crímenes contra la propiedad se convirtieron en robos y simples asaltos, con más y más crímenes terribles claramente en perspectiva. Sus acciones eran un desafío abierto al Jedi, y aunque embosqué a un par de sus grupos de asalto, simplemente hizo que los siguientes fueran más poderosos y siguió enviándolos.

Todo apuntaba hacia una confrontación directa entre nosotros, la cual yo sabía que tendría que ser en el almacén. Atrapé a uno de sus asociados, un twi'lek (el especialista en explosivos de Shala, un trabajo realmente desagradable), y envié a Shala el mensaje de que me encontraría con el hutt en el almacén. No especifiqué un momento exacto, pero era obvio que tendría que enfrentarme a él más pronto que tarde.

Elegos estaba en contra de mi partida.

—La sorpresa ha sido tu aliada y te ha permitido ganar en situaciones en las que no deberías haberlo hecho. Entrar en el santuario de los Estrella Negra era insensato dado que no habías estado allí, pero la sorpresa te hizo superarlo. Renunciar a la sorpresa podría matarte.

Sacudí la cabeza y enganché el sable láser a mi cinturón.

—Todavía tengo algunas cartas bajo la manga, ¿sabes? Y ya he estado en ese almacén. He estado cerca de Shala.

—Razón por la cual debes ser más cuidadoso. Sabes que su tripulación es en su mayoría no-humana, por lo que tu capacidad para afectar sus mentes se verá severamente limitada. Probablemente no te sirva de nada en absoluto —Elegos frunció el ceño mientras me entregaba la capa—. Y está bien que puedas absorber un disparo de bláster perdido o dos, pero, ¿y si abren fuego sobre ti con una docena de carabinas?

—No lo harán. Mira, escanearé con mi percepción el lugar antes de entrar. Sabré si hay gente esperando para atacarme.

—¿Y si tiene blásters controlados robóticamente para que no puedas percibir gente armada?

—Pensaré en algo —mi respuesta sonó hueca en mis oídos también, pero era la única que tenía—. No puedo permitirme *no* hacerle frente, Elegos. Si no hago nada, él gana, y mucha gente sale herida. Pierdo mi oportunidad de destruir a los Odis.

—Si mueres, sucede lo mismo.

—No tengo elección —me encogí de hombros—. Sé que esto se pondrá feo, y estoy bastante seguro de que alguien va a morir. Tendré que asegurarme de que los que mueran sean los que merecen morir.

Dejé mi hotel sin ser visto y caminé a través de calles oscurecidas que encontré notablemente libres de vida… al menos de la variedad *sapiens*. La noticia de que el Jedi

había aceptado el desafío de Shala claramente se había extendido. Dado que nosotros dos éramos probablemente los individuos más odiados del planeta nadie quería entrometerse en nuestra confrontación.

El almacén no parecía diferente, salvo por la puerta lateral, que estaba abierta y ninguna luz se vertía en la noche. Extendí mis sentidos hacia ella, dejando que la Fuerza me inundara, y percibí solamente media docena de formas de vida grandes, incluyendo a Shala en su tarima. Los otros permanecían escondidos en las profundidades de las guaridas que rodeaban el pozo central. Su nerviosismo relucía como una baliza, pero encontré a Shala aterradoramente calmado. Estaba esperándome, así que me digné a no hacerle esperar más.

Entré en el almacén a través de la puerta abierta y no me sorprendí cuando se cerró tras de mí. Me abrí camino rápidamente a través del enmarañado sendero de escombros hacia el anfiteatro central, enfilando un camino a través de barriles químicos y retorcidas pilas de metal. Cuando llegué al centro del almacén, vi una sola luz encendida, brillando sobre Shala y el droide traductor 3PO. Me dirigí lentamente hacia la base del anfiteatro y me detuve a dos metros del hutt. Retiré la capa hacia atrás y sujeté el sable de luz con dos manos, pero no lo activé.

Shala murmuró algo y el droide lo tradujo.

—El gran glabro Shala el Hutt le da la bienvenida. Le ordena deponer su arma y rendirse a él, o pagará el precio más terrible.

Encendí mi sable láser y apunté hacia él.

—Dile a Shala que tengo todos los créditos que necesito para pagar su precio justo aquí. ¿Dónde desearía que fueran depositados?

El hutt se echó a reír, pero no era el tipo de sonido cálido y amistoso que suele asociarse a la risa. Sus hombros rebotaron, su grasa rebotó aún más, y una espuma verdosa perfiló el labio inferior de su boca y descendió por su barbilla. El sonido, sin embargo, era aún más feo que eso. Mientras el sonido seguía convirtiéndose en un jadeo, escuché un *clic* y vi al hutt levantar la mano derecha. En ella tenía un control remoto con un gran botón rojo que mantenía pulsado bajo su pulgar.

El droide volvió a hablar.

—Shala me pide que le informe de que este es un interruptor de hutt-muerto que pondrá en marcha una variedad de explosivos. Dice que tiene suficientes explosivos aquí para destruir todo en un kilómetro a la redonda. Si no se rinde, muchas personas inocentes morirán.

A nuestro alrededor vi pequeñas luces rojas encendiéndose y comenzando a parpadear, haciendo que gimiera interiormente. Bajo el resplandor que proporcionaba la única luz encendida capté suficientes detalles (paneles sombreados que se curvaban hacia adentro con una luz roja parpadeando en la parte superior) para saber que estaba viendo minas flechette-láser LX-1 de Municiones Merr-Sonn, todas apuntando en mi dirección. Cuando detonaban, los paneles absorbían la energía de los explosivos y los diodos láser rociaban nubes de rayos láser. Para complicar las cosas, las minas usualmente tenían una

onda expansiva de tres metros de puro fuego explosivo, el cual se tragaría los barriles químicos que me había encontrado de camino. Eso desencadenaría explosiones secundarias que provocarían todo un desastre.

Basándome en los barriles que había visto, y en lo que yo sabía de las minas, realmente no había tanto poder explosivo aquí como Shala había dicho. *O está mintiendo o…* Levanté la mirada por encima del foco que proporcionaba la única luz, y capté el parpadeo de otra mina LX-1. *O le han dicho que las cosas son muy diferentes de lo que son en realidad. Aquí en el estúpido centro, resultaremos vaporizados, y los alrededores temblaran, pero no estamos hablando de kilómetros cuadrados de destrozos.*

Sacudí la cabeza.

—¿Tu twi'lek te ha preparado todo esto?

El hutt murmuró.

—El amo Shala dice que está muy complacido con el trabajo de Rach'talik.

—Si yo fuera tú pediría un reembolso —le sonreí a Shala, y le ofrecí una fría carcajada de mi cosecha—. Has cometido dos errores, Shala. Uno, tú mismo estás en la zona cero. Dos, piensas que no puedo detenerte.

Roté la muñeca derecha, girando el control regulador, y blandí el sable de luz alrededor en un barrido dirigido a partir el interruptor de hutt-muerto en dos. Con el giro del regulador, dejé inactiva la esmeralda del sable de luz y puse en línea el diamante con el rayo de fuego de Durin. Esto extendió la hoja de 133 centímetros a 300, estrechándola, pero poniendo la mano del hutt fácilmente a mi alcance. Un rápido movimiento de muñeca, el control partido en dos, y el día se salvaría. Ese sería el camino fácil.

Pero lo fácil no es para un Jedi.

Con una bocanada de humo, la hoja del sable de luz chisporroteó y se extinguió.

Recuerdo la expresión de sorpresa en la cara de Shala. Estoy bastante seguro de que provino de ver la hoja del sable de luz crecer hacia él, pero no estoy totalmente convencido de ello. Creo, no obstante, que el horror que matizó su expresión *vino* de la comprensión de que al verse sorprendido, había dejado caer el control remoto.

Rach'talik, además de querer reemplazar a Shala, era un virtuoso con los explosivos. Los LX-1 estallaron en secuencia, no todos a la vez, barriendo el área central con oleada tras oleada de flechettes láser. Cada ráfaga peinaba el centro del almacén desde un ángulo diferente, garantizando que las minas que aún no habían estallado no serían golpeadas, pero añadiendo fuego láser a los fuegos químicos y barriles explosivos.

E incluso reservó la detonación de la mina de arriba para el final, maximizando las posibilidades de que Shala viviera el tiempo suficiente como para saber que había sido traicionado.

Si Rach'talik hubiese optado por la cantidad en lugar de por la calidad, yo también habría sido reducido a una mancha grasienta y humeante sobre el duracreto. Sabía, desde el momento en que vi el control remoto caer, que sólo tenía una oportunidad de supervivencia, y sólo una oportunidad de tratar de contener el daño. Me sumergí en mí mismo, toqué la Fuerza, empecé a hacer que fluyera, y absorbí cada ergio errante que era

rociado en mi dirección. Sentí aguijonazo tras aguijonazo, como si estuviera deslizándome a través del esófago de un sarlacc, y sentía como si me estuviera adentrando en un agujero negro de dolor. Desvié parte de la Fuerza para ayudarme a suprimir el dolor, pero eso hizo mucho más difícil contener toda la energía que estaba absorbiendo.

Sabía que no podría aguantarla mucho tiempo, y sabía que necesitaba usarla para contener la fuerza mortal de las explosiones. Como hice en la gruta para salvar a Tionne, canalicé toda la energía hacia la telequinesis y levanté mi mano izquierda. Roté la muñeca, haciendo que las energías se arremolinaran en un vórtice. Podía sentir el aire empezando a girar alrededor de mí, recrudeciéndose, acelerando. Las llamas de los fuegos químicos saltaron hacia el centro de la sala, adentrándose en el vórtice. Deshechos sueltos, fragmentos de duraplástico llameantes y piezas de chatarra traqueteantes volaban por los aires, llenando el fiero ciclón de motas oscuras.

Presioné y conduje el vórtice arriba y fuera a través del techo, agrandando el agujero que la última mina ya había abierto. Los barriles químicos se elevaron, explotando mientras lo hacían, añadiendo fuego verde y púrpura al embudo ascendente. Las llamas me envolvieron y yo absorbí su calor, luego lo descargué, arriba y afuera, fortaleciendo la tormenta de fuego hasta que rasgó el techo del almacén y lo arrugó como un pedazo desechado de flimiplástico.

Las puertas del almacén se abrieron de golpe, luego se desprendieron y volaron como cartas de sabacc en el torbellino. Las ventanas del almacén implosionaron cuando el aire se precipitó dentro para alimentar la tormenta de fuego. Ya no necesitaba presionarla, se había convertido en una entidad propia, casi viva, ciertamente respirando. Sentí que tiraba de mí, pero la energía que me proporcionaba me mantenía enraizado en mi sitio. Me extendí con mi mente, lanzando hacia la columna de fuego los últimos barriles químicos sin explotar, los observé estallar con un brillo cegador, entonces sonreí. La explosión había sido contenida, atraída hacia dentro. Aunque las paredes de metal corrugado del almacén resplandecían débilmente por el calor, no habían cedido. Los temblores debidos a las explosiones se habían expandido a través del suelo, pero más allá de eso (y la ardiente lanza empujada hacia el cielo), sólo el almacén quedaría dañado por la trampa mortal del hutt.

Sentí que el poder de la tormenta de fuego empezaba a menguar y supe que las cosas casi habían terminado, pero todavía tenía un montón de energía que tenía que purgar de algún modo. Levanté la mirada y permití que mi sonrisa se ampliara. *Todo el mundo sabe que el Jedi ha venido aquí a morir. ¡Vamos a demostrarles que no ha hecho tal cosa!*

Expandí mi esfera de responsabilidad y alcancé cada mente que pude encontrar. En ellas proyecté una visión simple, una que aterrorizaría a muchos y tranquilizaría a otros. Les dejé ver el eje de fuego apuñalando al cielo, y en su base estaba la empuñadura de un sable de luz. La figura gigante de un hombre vestido de verde y negro se alzó a través del humo negro, luego el fuego desapareció cuando apagó su sable de luz. Se desvaneció de nuevo entre el humo y desapareció.

Abrí los ojos y asentí mientras examinaba la destrucción. Shala había puesto una trampa, y él había quedado atrapado. Yo debería haber muerto, pero había sobrevivido… sobrevivido de una forma que Corran Horn de SegCor nunca podría haber logrado. Había sobrevivido… no, había *ganado*. La espectacular derrota de Shala sin duda quebraría la resolución de los otros grupos. Un empujoncito aquí, un toquecito allá, y caerían.

Enganché el sable láser a mi cinturón, luego bajé la mirada cuando lo oí estrellarse sobre el duracreto. Yacía allí, sobre un suelo calcinado, cuando debería estar en mi cadera. Y no lo estaba porque ya no tenía un cinturón donde sujetarlo. Mientras que la Fuerza me permitía a *mí* absorber energía y evitar resultar herido por ella (y los sables de luz eran notoriamente duraderos), aparentemente mi capa y uniforme no tenían tanta suerte.

Fue en el momento en que me di cuenta de que estaba desnudo cuando la primera oleada de agotamiento me golpeó y comencé a notar otras cosas. Las ventanas que habían implosionado se habían roto en pequeños fragmentos de transpariacero que me habían flagelado. Estaba sangrando por docenas de pequeños cortes, incluyendo uno a través de mi nariz y otro en alguna parte de mi cuero cabelludo. Sabía que una simple técnica de curación Jedi podría sellarlos y acelerar la curación, pero me di cuenta de que tenía problemas para concentrarme. El cansancio se apoderaba de mí, y me tambaleé hasta ceder contra una de las paredes del anfiteatro.

Al hacer todo lo que había hecho, debía haber quemado la mayor parte de mi reserva personal de la Fuerza. No podía usarla para conectarme a la Fuerza, para aliviarme. Estaba solo y cansado, sin tener la mente particularmente vivaz, pero sabía una cosa: si me quedaba donde estaba, me encontrarían y descubrirían. El Jedi claramente había sobrevivido a la batalla con Shala, pero no había forma de que Jenos Idanian lo hubiera logrado.

Recogí mi sable de luz y salí corriendo del almacén. Me dirigí al norte; al menos, creo que era el norte. Mantuve el rumbo de la brisa de la noche, ya que el humo que acarreaba permitía que me cubriese. Me trasladé entre las sombras y callejones, manteniéndome oculto, observando cuidadosamente. Sé que una parte de mi sensación de exposición provenía del hecho de que estaba desnudo, pero una parte más grande provenía de mi incapacidad para tocar la Fuerza. Con ella para escudarme, podría haber andado desnudo por las calles y nadie me hubiera echado un segundo vistazo. Sin embargo, ahora era un tipo desnudo con un sable de luz, lo cual estaba destinado a ser visto como algo peculiar incluso para el ojo más cínico de Courkrus.

Creí que sabía dónde estaba. Corrí a través de una calle y me detuve a la sombra del escaparate de una tienda para confirmar mi rumbo, entonces oí una cerradura chasquear y una puerta comenzó a abrirse hacia fuera. Aunque la tienda ya hacía mucho que había cerrado, empleados habían estado trabajando en su interior. Cuando salieron, gruñí y corrí rodeando una esquina hacia un callejón.

El cual resultó ser un callejón sin salida. *Mi* callejón sin salida. Y el *único* callejón en Vlarnya que tenía una luz que funcionaba.

Las dos mujeres que salieron de la tienda giraron la esquina y se quedaron mirándome. Yo les devolví la mirada. Empezaron a reír y a señalarme. Me apoyé contra una pared y traté de ocultar el sable láser detrás de mi muslo. Cuando empezaron a susurrarse la una a la otra, miré hacia otro lado, esperando ocultar mi rostro para que no pudieran identificarme. No les llevaría mucho tiempo determinar que un hombre con un sable de luz tenía que ser el Jedi al que daban caza, y cien mil créditos, incluso divididos entre las dos, serían suficientes para sacarlas de Courkrus y comprarles una vida de lujo en cualquiera de una docena de otros mundos.

Ya estaba. Se había acabado. Tavira sabría quién era yo… de mí o de Elegos. *Oh, Elegos, ¿qué te he hecho? Ella destruirá Kerilt.* Una vez que se hubiera ocupado del mundo de Elegos, mataría a Mirax, probablemente ante mis ojos, luego me destruiría a mí. Había logrado salvar a la gente de los alrededores del almacén, pero al hacerlo había matado a los que más quería.

Entonces sentí unas manos fuertes sobre mis hombros. Una manta se posó alrededor de mí y fui alejado de la pared. Levanté la mirada.

—¿Elegos?

—¡Aquí está usted! —su rica voz resonó en el callejón—. Borracho.

—Yo…

—¡Otra vez! —regañó. Se agachó y arrancó el sable de luz de mi mano derecha.

—¡No, Elegos!

Aunque traté de recuperarlo, él levantó el arma en su mano y me miró fijamente.

—¿Y bien? ¿Dónde está? ¿Dónde está el resto de su moto deslizadora?

Las mujeres que estaban en la boca del callejón se echaron a reír. Agarrándose los costados, dieron media vuelta y siguieron por la calle. Echaron vistazos atrás, soltando risas agudas una y otra vez mientras pensaban en el pirata borracho desnudo que había destrozado una moto deslizadora y sólo tenía el asiento del acelerador para demostrarlo.

Mis rodillas cedieron, pero Elegos me mantuvo derecho.

—Gracias.

—Absolutamente de nada.

Tragué con dificultad, con la garganta seca.

—¿Cómo me has encontrado?

—Tu visión me alcanzó y supuse que podrías estar en problemas —sonrió y se dio unos golpecitos en la nariz con un dedo—. La seda ottegana, de la cual estaba hecha tu ropa, desprende un olor característico cuando se quema. Ahora mismo, apestas a ello.

—Oh, lo siento.

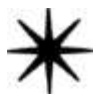
—Lo soportaré, durante el tiempo que nos lleve llegar a tu casa —el caamasiano empezó a caminar conmigo de vuelta al hotel—. Y yo no temería que nos descubriesen, al menos, no esta noche. Muchas personas han contemplado una visión esta noche que esperaban no ver nunca, y ahora están decidiendo si quieren permanecer en un lugar donde podrían volver a verla.

Le ofrecí una sonrisa.

—Y no te refieres a esas dos mujeres, ¿verdad?

—No exclusivamente, no —el caamasiano rio levemente—. Tu trabajo ha terminado por esta noche, pero sus repercusiones se prolongarán en el tiempo durante mucho.

CUARENTAICINCO



Enrosqué la apertura de flujo de alta energía de nuevo en el extremo del sable de luz y le lancé a Elegos el bulto ennegrecido y deformado que había sido el diamante que puse en el arma.

—Muerto, completamente muerto.

—Funcionó bien cuando lo probaste inicialmente —él atrapó la piedra fundida en el aire, la olió, luego pasó un pulgar por su superficie—. ¿Sintético?

Asentí.

—Xirkonia kubaz. El entramado cristalino soportó la energía cuando lo probamos, pero probablemente estaba listo para venirse abajo en cualquier momento. Confié demasiado en los comentarios de mi abuelo sobre las diversas gemas… debí haberlas probado. En realidad, lo tengo merecido por intentar hacer un sable de luz tan complicado mi primera vez.

Elegos frunció el ceño.

—*¿Por qué* lo hiciste con longitud de hoja variable?

Me encogí de hombros incómodo.

—Bueno, supongo que por ego. Gantoris hizo uno con dos longitudes y yo quería que el mío fuera igual de bueno.

—Creía que dijiste que él tuvo a un Señor Oscuro de los Sith instruyéndole en aquel momento.

—Claro, *ahora* lo dices —negué con la cabeza—. La longitud más larga es útil para sorprender a un enemigo, pero no es tan práctica en una pelea. Un simple bloqueo y un buen espadachín me tendría a su alcance y me partiría en dos. Una hoja tan larga también causa una gran cantidad de daños colaterales, lo cual está bien si necesitas causar gran cantidad de destrucción de la propiedad, pero aparte de eso, realmente sólo es un elemento novedoso poco práctico. ¡Engendro Sith, ni siquiera conozco ningún estilo de lucha que usar con una hoja tan larga!

El caamasiano asintió.

—Tal vez puedas desarrollar alguno cuando reemplaces el diamante. Encontrar un diamante real no debería ser tan difícil… el carbono *es* uno de los elementos más comunes.

—Cierto, pero encontrar una piedra con el apropiado corte, color y nitidez será difícil —sonreí—. O al menos conseguirla sin recurrir a los cárteles de gemas a un precio vagamente razonable.

—Cuando liberes a Mirax, tal vez ella pueda conseguir la gema para ti.

Asentí solemnemente.

—Espero que comprobemos esa teoría más pronto que tarde —le eché al sable de luz otro rápido vistazo—. Al menos he conseguido que la hoja de longitud normal funcione de nuevo.

Elegos aceptó el arma que le ofrecí y la agarró con ambas manos.

—Me alegra que hayas podido repararlo, y que hayas sobrevivido a esta dura prueba. Ahora puedes admitir que estabas equivocado en la forma de tratar con Shala.

—Mi estrategia para tratar con él era perfectamente razonable.

—Perfectamente razonable es una frase que rara vez se usa para describir el caer en una emboscada —el caamasiano negó con la cabeza—. Estabas equivocado.

—No, en absoluto —le fruncí el ceño—. Realmente no fui yo el emboscado, sino Shala. Yo estaba allí para evitar daños colaterales.

—Otra racionalización. Espero más de ti —sus ojos se estrecharon—. Estabas equivocado.

Empecé a protestar cruzándome de brazos.

—Elegos, yo fui policía y piloto de caza. Estar equivocado simplemente no viene en el paquete.

—Pero ahora eres un Caballero Jedi.

Su afirmación me impactó por su simplicidad y veracidad.

—Tienes razón, soy un Caballero Jedi. *Estaba* equivocado, muy equivocado, y he tenido mucha suerte de salir de allí con vida.

El caamasiano sonrió.

—No suerte, sólo fortaleza en la Fuerza. Protegías a los demás y por ello tú mismo has sido preservado. Nunca olvides ese hecho.

—No, no lo haré —le sonreí—. Y el policía/jinete de caza en mí puede admitir que te está agradecido. Gracias de nuevo por el rescate.

—Sólo he hecho mi trabajo —Elegos escondió el sable de luz en un compartimiento del aparador, luego se dirigió hacia la estación de preparación de comida—. Ya he salido esta mañana y me he enterado de un par de cosas importantes como resultado de tu encuentro con el hutt.

Me encogí de hombros en mi bata de dormir y anudé la banda en mi cintura. La bata era uno de los regalos de Tavira. Había sido elaborada a partir de seda ottegana púrpura con adornos dorados en cuello y mangas. Me parecía un poco demasiado llamativa para mi gusto, pero estaba dolorido por la prueba de la noche anterior, y era lo suficientemente ligera como para no causarme molestias. Caminar tras Elegos con ella, sin embargo, sí causaba molestias, con el material tratando de envolverse alrededor de mis piernas con cada paso.

—¿Qué has escuchado?

Elegos preparó un pequeño plato con pasteles frescos y me sirvió un cuenco de jarabe de *zureber* azulado que tenía un aspecto horrible, pero que sabía bastante bien.

—La destrucción de la banda de Shala ha causado serios problemas. Al parecer, la aparición del Jedi en la ciudad ha impulsado a algunos ciudadanos locales a formar

pequeñas partidas de caza por su cuenta. Varios Piratas de la Estrella Negra fueron apaleados y apedreados cuando dejaron el Aviario. Se han pintado lemas bastante desagradables en las paredes y puertas de algunas de las instalaciones Odi del espaciopuerto. A pesar de que a los nativos les encanta el dinero que traen los Odis, la mayoría temen que mientras estén aquí, el Jedi permanecerá y podría empezar a ir a por más que los Odis.

Suspiré.

—Y yo que esperaba que los nativos pudieran ver al Jedi como a un protector.

—La gente de aquí no quiere tanto a un protector como a un benefactor.

—Bien visto —se me ocurrió una idea y sonreí—. Puedo encargarme de eso. ¿Qué más?

—¿Recuerdas los agarrados que equipaste con hiperimpulsores?

—Sí.

—Han desaparecido. Parece que un par de Supervivientes decidieron que encontrarían la supervivencia más fácil en otra parte.

Sonreí.

—¿Timmser y Caet?

—Insististe en que fueran *ellas* las que se entrenaran con las naves para que pudieran instruir a otros —el caamasiano me ofreció un asentimiento apreciativo—. No pensé que morderían el cebo. Esperaba que permanecieran aquí y se opusieran al Jedi.

—Supongo que oyeron el rumor de que *ellas* eran la razón por la que yo había pedido un mes a Tavira antes de convertirme en su consorte. El rumor dice que he estado pasando muchas de mis horas con ellas en un último asimiento a la libertad antes de convertirme en el juguete de noche de Tavira. Ambas son lo suficientemente inteligentes como para saber que a Tavira no le preocupará si es verdad o no… sólo que el rumor dañará su imagen y exigirá retribución.

Elegos entrecerró los ojos.

—¿Y de dónde puede haber salido ese rumor?

Me encogí de hombros.

—Ya me conoces, cuando bebo no puedo guardar un secreto y estoy lo suficientemente deprimido como para lamentar mi vida amorosa en público.

—Bien hecho —tomó un sorbo de un vaso de jarabe azul que hizo que el dorado de su labio superior fuera verde hasta que se relamió—. ¿Vas a descansar hoy, o mantendrás la presión?

—Nada genera tanto éxito como el éxito —le di un gran mordisco a un pastel, mastiqué, luego tragué—. El sistema Odi tiene una gran debilidad y necesito presionarla y explotarla antes de que Tavira pueda actuar.

El enorme defecto en la forma en que Tavira controlaba a sus grupos era algo que ella veía como mantenerse a salvo a sí misma: toda comunicación iba casi completamente en un sentido. La HoloRed podía mantenerla informada sobre los grandes acontecimientos de la galaxia, como un importante esfuerzo de la Nueva República contra sus grupos

subsidiarios, o eventos como el del *Triturador de Soles* y su destrucción; pero era ciega a las noticias locales de Courkrus. Las noticias acerca de una operación inminente llegaban a nosotros cuando una pequeña nave, como una lancha rápida Skipray, entraba en el sistema y se conectaba directamente con la sede de los diversos grupos. Mediante estos mensajeros, ella se enteraba de las noticias locales, pero hasta que autorizaba uno de estos viajes de comunicaciones, no sabía nada de lo que pasaba.

Me ocupé del problema del benefactor con bastante rapidez, y di cuenta del resto de la tripulación de Shala al mismo tiempo. Rach'talik había reunido a una pequeña banda alrededor de sí mismo y se había encargado de la gestión del almacén donde Shala había guardado gran parte del botín que su grupo había tomado. La noche posterior al Gran Asado de Hutt (como se llamaba al incidente localmente) ataqué el almacén, diseminé a los varios residentes y luego abrí el lugar al público. Esta acción se conoció posteriormente como la Liquidación por Incendio, ya que se asumió que todo lo que quedaba en el lugar estaría quemado, y fue vaciado en horas. Estallaron algunas revueltas menores, pero visiones de una presencia sombría vislumbrada por el rabillo del ojo fueron suficiente para sofocarlas.

Dos días más tarde llegó una nave de comunicaciones de Tavira. Me habría encantado estar allí para ver al oficial de comunicaciones cuando trató de contactar con Shala y el *Tiroveloz* y no obtuvo respuesta. La información que obtuvo del resto no debió gustarle mucho más, ya que las deserciones habían diezmado a los Piratas de la Estrella Negra y a los Lores Láser. La mayor parte de la tripulación del *Nova Roja* se había vuelto nativa, dejando a los Supervivientes y a los Asaltantes de Riistar como los grupos en mejor estado. En tres semanas de ausencia, la vanguardia de los Odis había sido considerablemente deslustrada.

Elegos y yo esperábamos una reacción de Tavira, y la obtuvimos más rápido de lo que pensábamos posible. Un día después de que su nave de comunicaciones dejara e Courkrus, desperté con un golpeteo en la puerta de mi suite. Oí la voz de Elegos, me destapé en la cama y me puse la bata, pero no había llegado siquiera a cerrarla cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe y Tavira entró. Me empujó de vuelta a la cama, luego se paró allí de pie, con los puños en las caderas, mirándome.

—¿Sorprendido de verme?

Parpadeé y traté de espabilarme.

—¿Sorprendido? No, supongo que no.

—¿Complacido?

—Sí.

—¡Hmff! —me observó evaluadoramente—. Pensaba que lo demostrarías más.

Cerré la bata y me incorporé sentándome contra la cabecera de la cama.

—Es temprano.

—Y tuviste una noche larga —se sentó a los pies de mi cama—. ¿Solo?

—Completamente.

Sonrió brevemente, de la misma forma en que lo hacen los dueños de una mascota cuando descubren que su animal no ha destrozado nada durante su ausencia.

—Bien. ¿Y no te ha molestado ese Jedi?

Negué con la cabeza.

—He oído las historias, he visto cosas de vez en cuando, pero no me ha pasado nada, no.

Sus ojos se contrajeron en medias lunas amatistas.

—Pero estabas allí la primera vez que apareció.

—¿Qué?

Tavira levantó la barbilla triunfalmente.

—La aparición. La gente ha determinado que era el Jedi. Advirtió de su propia campaña inminente contra los Odis. Bien, este Skywalker no se saldrá con la suya.

—¿Skywalker? —mi mandíbula se abrió—. ¿Crees que es Luke Skywalker?

Ella extendió la mano y agarró el dedo gordo de mi pie derecho, moviéndolo juguetonamente de un lado a otro mientras se deslizaba hacia delante.

—Por supuesto, es Skywalker. Los rubios a veces no pensáis nada. Skywalker es el único Jedi con poder suficiente como para ser capaz de hacer lo que se ha hecho aquí. La Nueva República sigue sugiriendo que está formando a más Jedi, pero tú mismo señalaste que estuvo presente en Xa Fel. *Nosotros* somos el mayor problema de la Nueva República, por lo que es lógico que usen su mayor arma contra nosotros.

—Podría ser.

Se acercó más y apoyó la barbilla sobre mi rodilla, sonriendo astutamente.

—De hecho, las noticias sobre la destrucción del *Triturador de Soles* son pura desinformación. Nadie que tuviera un arma que fuera indestructible y capaz de aniquilar sistemas estelares enteros la destruiría. No, están esperando hasta que descubran dónde guardo el *Odioso*, entonces lo aniquilarán.

Me recosté hacia atrás, golpeándome en la cabeza con la cabecera.

—¡Ay! ¿Estás segura de que la Nueva República haría eso? No parecen tener las agallas para hacer una cosa así.

—Carida ha desparecido, ¿no? —me dio unas palmaditas en la otra rodilla—. Culpan de su destrucción a un renegado, a un niño, sin embargo sabrás que ahora es aclamado como Jedi. ¿Desde cuándo se dan promociones a personas que no cumplen con las órdenes?

Me estremecí.

—Nunca había pensado en eso.

Tavira puso las manos a cada lado de mis caderas y me besó suavemente en la nariz.

—Oh, lo habrías hecho, querido.

—Gracias.

Entonces me abofeteó. Fuerte. Me giró la cabeza hacia la derecha y para cuando me recuperé, ella estaba en pie junto a mi cama y me fulminaba con la mirada. Presioné la mano izquierda contra mi mejilla.

—¿Qué he hecho?

—¡No es lo que has hecho, sino lo que has dejado de hacer! —se giró alejándose de mí, desprendiendo furia—. Deberías haberte ocupado de esta situación Jedi.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Cómo? —me senté hacia delante—. No tenía manera de contactar contigo.

—Irrelevante. Todo lo que he oído desde que estoy aquí es que no has estado sobrio desde que el Jedi llegó. La noche en que Shala murió, estabas tan borracho que destruiste una moto deslizadora y ni siquiera lo sabías —señaló vagamente hacia la calle frente al hotel—. Te he traído otra, por cierto. No destruyas esta.

—Lo siento.

Se giró de vuelta hacia mí, con la mano levantada para golpearme de nuevo, pero dudó.

—*Estás* arrepentido, y espero un cambio. Tu comportamiento debe mejorar. Debes liderar con el ejemplo. Debes mostrarles que no hay que tener miedo a los Jedi.

—Por los huesos negros del Emperador, derritió el cuartel general de Shala. Hace dos noches todavía estaba caliente.

Ella bajó la mano.

—No puedes dejar que tu miedo se muestre. Estos Jedi son como animales. Pueden oler el miedo. Es tan evidente aquí, *puedo* olerlo, y lo odio.

—Combatir a un Jedi no es fácil.

—No quiero que combatas contra él, quiero que lideres a los demás en oposición a él. Tú haz eso, y *yo* me encargaré del Jedi —sus puños regresaron a sus caderas—. Por mucho que me gustaría unirme a ti ahí para una reunión apropiada, tengo preparativos que hacer. Volveré dentro de una semana. Espero verte fuerte y controlado.

Empezó a salir de la habitación, entonces se detuvo y se volvió.

—Oh, elimina a Jacob Nive y toma el mando. El espíritu del hombre está roto. Si no puede ser reparado, resulta inútil.

—Lo recordaré.

—Hazlo, querido —me guiñó un ojo—. Es una lección que será mejor que no olvides.

Hice exactamente lo que Leonia Tavira quería. Me recompuse a mí mismo y comencé a hacer las rondas por los grupos restantes en Courkrus. Los visité a todos en sus fortalezas, espetando órdenes, inventando procedimientos de seguridad, amenazando, sobornando, insinuando sombríamente que cualquier grupo que no se endureciera sería fusionado con otros grupos, perdiendo su autonomía. Y respecto a los grupos que habían huido, bueno, simplemente pregunté si alguien creía realmente que la galaxia era lo suficientemente grande como para esconderse de Leonia Tavira.

Los Supervivientes se animaron inmediatamente, e incluso Jacob Nive pareció recobrar algo de su temple. Los Piratas de la Estrella Negra seguían hoscos pero decididos a aguantar hasta el final. La tripulación del *Nova Roja* se reunió e incluso comenzó a hablar con los Lores Láser sobre una fusión que mantendría a los dos grupos funcionando bien. Los Asaltantes de Riistar, a quienes había dejado en gran parte a su aire, comenzaron a conspirar para superar a los Supervivientes y empezaron a hacerme proposiciones para cambiar mi lealtad hacia ellos.

Lo que era realmente genial de este esfuerzo y el repunte de la moral era que se basaba completamente en mi representación de los planes de Tavira para tratar con el Jedi. Rápidamente dejé que las cosas evolucionaran de tal forma que yo me coloqué en la posición de Shala de enfrentarme directamente al Jedi. Prometí una trampa que lo destruiría y yo sabía, ya que los Odis habían depositado su confianza en mí (trasladando gran parte de su confianza en Tavira), que si *yo* compartía el destino de Shala, la moral se derrumbaría y Tavira perdería el ala de combate de los Odis.

Cómo haría que el Jedi me matara era algo que no había tenido tiempo de averiguar todavía, pero sabía que tendría que ser algo realmente espectacular o realmente desagradable. No sabía por qué me decantaría; el deceso de Shala fue muy duro y más peligroso para mí de lo que quería intentar. Algo espeluznante probablemente sería lo mejor y quería dejar pistas sobre que el Jedi vivía en las alcantarillas de la ciudad, y así que se dedicara un montón de tiempo a buscar allí abajo mientras yo podría vivir en algún lugar un poco mejor.

Para aumentar la tensión en torno a la confrontación, decidí regresar a la cantina el Choque. Conocía a todo el mundo allí lo suficientemente bien como para poder borrar sus recuerdos durante mi entrada y emborronar mis rasgos para evitar el reconocimiento cuando de repente apareciese en medio de ellos. Proyecté una niebla roja condensándose en mi forma para cubrir mi aparición, y casi me reí en voz alta cuando hombres y mujeres previamente valientes retrocedieron ante mí, alejándose de la barra hacia los confines más lejanos de la sala.

Encendí mi sable de luz y lo apunté hacia Jacob Nive.

—¿Dónde está Idanian?

Toda la sangre se drenó del rostro de Jacob.

—No… no lo sé.

—Ha dicho que pondrá fin a mis acciones. ¿Dónde está? —giré la hoja en un gran arco, haciendo que la gente se agachara o cubriera sus ojos con las manos—. ¿Dónde está?

Un coro de negaciones llegó en respuesta, débil y tímido.

—Decidle esto, lo encontraré. ¡El mismo destino que se llevó a Shala el Hutt le aguarda a él! —mantuve mi voz muy grave y tan amenazante como pude—. Cuando nos encontremos, su tiempo llegará a su fin.

Blandí el sable láser a través de la barra y a lo largo, deslizando la hoja a través de la zona donde se almacenaba el brandy savareen y otros licores caros. El brandy explotó

inmediatamente en una bola de llamas azules que iluminó el área detrás de la barra y comenzó a derramarse por el suelo. Más botellas explotaron y el camarero comenzó a gritar, permitiéndome dar un paso atrás y representar mi escape. Me deslicé en la noche en medio de los gritos y aullidos de gente tratando de lidiar con un incendio, y comencé a recorrer una ruta bastante rápida de vuelta al hotel.

Al otro lado de la calle vi un grupo de cinco individuos volverse y venir en mi dirección. El hecho de que las valientes palabras de Jenos hubieran generado partidas de cazadores no me sorprendía, y ya había lidiado con muchas personas como esas antes. Me metí en un callejón, colocándome a medio camino de donde giraba a la derecha y daba a otra calle, entonces me preparé para proyectar una imagen de mí mismo caminando más allá a lo largo de una parte inexistente del callejón. Conseguir que me persiguieran y se estrellaran contra la pared había funcionado de maravilla anteriormente, si podía poner fuera de combate a un par de ellos, el resto de la tarea sería mucho más fácil.

Llegaron hasta la boca del callejón pero no se adentraron en él. Cuando proyecté la ilusión, no gritaron, no señalaron, no apuntaron los blásters. De hecho, parecían mirar directamente hacia mí, lo que significaba que la ilusión no estaba teniendo efecto. Eso me pareció extraño porque parecían humanos, pero como vestían capas encapuchadas, no podía estar seguro de a qué especie humanoide pertenecían.

Cuando me divisaron, me alejé de la pared y recorrí el callejón. Dejé que la Fuerza fluyera hacia ellos mientras avanzaban, pero no percibí ningún sentimiento de miedo o anticipación en ellos. Podía sentirlos en la Fuerza, pero apenas estaba recibiendo el tipo de respuesta informativa que esperaba. *Hay algo muy extraño aquí. Es el momento de provocar una reacción.*

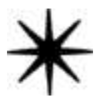
Retiré el lado derecho de mi capa y saqué mi sable láser. Lo encendí y blandí la zumbante hoja de un lado a otro frente a ellos.

—Confiad en mí, no querréis ser parte de esto. Huid ahora y os dejaré vivir.

Uno por uno ellos también liberaron sus armas. Me preparé para interceptar fuego de bláster, pero ninguno disparó, ningún silbido furioso llenó el callejón, ningún rayo rojo voló hacia mí. En su lugar, azul, amarillo, rojo, naranja y púrpura, hojas de sable de luz cobraron vida en sus manos. Cinco sables, siseando en concierto, como un dragón krayt hambriento envuelto en mis ropas.

Avanzaron, y me di cuenta de que realmente no había ninguna forma de que las cosas pudieran ponerse peor.

CUARENTAISÉIS



Entonces una sexta silueta apareció en la boca del callejón y un sable de luz verde germinó en sus manos.

Genial, ahora tenemos todo el arcoíris representado. Levanté la mano izquierda de la empuñadura de la hoja e hice señas invitándole.

—Vamos, amigo, uno más no hará ninguna diferencia.

Deseé sentirme tan valiente como sonaron esas palabras.

El hombre de la boca del callejón empezó a avanzar.

—Nadie tiene que morir aquí esta noche.

¡Conocía esa voz! *¡Luke!*

Y reconocí en su advertencia hacia aquellos a los que me enfrentaba una directriz para mí. Me deslicé hacia la derecha y bloqueé un sablazo bajo, apartando la hoja roja hacia la pared de ladrillo. Pivotando sobre mi pie izquierdo, propiné una patada lateral al vientre de mi enemiga, haciéndola retroceder. Descubrí que llevaba una coraza blindada que la protegió parcialmente de la fuerza de mi patada. La armadura, sin embargo, no impidió que sus talones tropezaran en los escombros y la hicieran caer, apartándola de la lucha temporalmente.

Luke se enzarzó con Amarillo y Púrpura mientras yo me agachaba bajo un tajo de Azul y me retorcía para llevar mi mano izquierda arriba. Golpeé a mi enemigo en la barbilla con la palma de mi mano. El golpe movió la máscara que llevaba un par de centímetros, cegándolo temporalmente. Un rápido puñetazo en la garganta le hizo jadear, entonces lo agarré por el broche de su capa y lo arrojé contra la pared del callejón. Su armadura tintineó con fuerza contra los ladrillos, luego cayó inerte apagando su sable láser antes de perder el sentido.

Paré el tajo de Naranja y atrapé su muñeca con mi mano izquierda. Levanté la mano derecha, luego la dejé caer con fuerza de forma oblicua. La pesada empuñadura de mi sable de luz golpeó a Naranja justo detrás de la oreja derecha, o de donde debería estar la oreja derecha en un humano. Mientras Naranja caía al suelo sin sentido, su capucha se deslizó hacia atrás y vi que era un rodiano.

Me agaché y apagué su sable de luz, luego me enderecé mientras Luke se incorporaba al lado de Roja. De ella sólo percibí paz, una paz que me pareció vagamente reminiscente de la paz que imaginé alrededor de Mirax cuando Exar Kun me la mostró.

—¿Un nuevo truco?

Luke apagó su sable de luz y yo hice lo mismo con el mío, hundiendo el callejón en la oscuridad.

—Uno viejo, uno de los tuyos. La he golpeado y ha perdido el sentido. Ahora sólo estaba aliviando algo de su dolor.

—Gran sentido de la oportunidad. Si no hubieras llegado, los cinco me habrían matado, limpia y rápidamente —me estremecí—. ¿Cómo me has encontrado?

A la ligera luz de la calle, vi la expresión de Luke agudizarse.

—Sabía que, *si* habías aprendido todo lo que necesitabas aprender, te encontraría *aquí*, y seríamos *aliados*.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

—Ya veo.

La voz de Luke se aligeró un poco.

—En cuanto al *cuándo*, con eso he necesitado algo de ayuda —se volvió de nuevo hacia la boca del callejón—. ¿Despejado?

Una silueta se enmarcó en la boca del callejón, provocando que riera.

—No veo ningún perseguidor.

—¿Ooryl? —salté sobre el cuerpo de Naranja y corrí hacia delante—. Ooryl, ¿qué estás haciendo aquí?

—Soy un Buscador —el gand se encogió de hombros como si eso lo explicara todo—. Lo importante de ser un Buscador no es saber dónde mirar, porque eso es fácil. Es saber *cuándo* mirar. Yo sabía que el *cuándo* era ahora, y acudí al Maestro Skywalker para decírselo. Él me dirigió aquí, y yo lo he traído *ahora*.

Luke nos hizo señas con la mano para regresar al callejón.

—Tenemos que sacar a nuestros amigos durmientes de aquí. Tenemos una nave, pero necesito otro lugar donde retenerlos. Ellos saben dónde está Mirax.

Asentí.

—No puede estar lejos de aquí, porque Tavira los trajo en un día tras oír que teníamos un problema Jedi aquí. ¿Quiénes son?

—No lo sé —Luke negó con la cabeza—. Lo mejor será averiguarlo y averiguarlo rápido, porque si no lo hacemos, si alguien descubre que han fracasado en su misión, eso podría costarle a Mirax su vida.

Me agaché y alcé a Naranja por su cinturón, dejando que Ooryl agarrara a Amarillo y a Púrpura.

—Sé dónde podemos llevarlos, pero obtener información de ellos será difícil. Saben cómo usar la Fuerza, y no estoy seguro de que podamos romperles para averiguar lo que queremos saber.

—Creo que tengo algo que nos puede ayudar en ese sentido —Luke hizo un gesto, haciendo que Roja y Azul flotaran en el aire—. Abre el camino, Keiran. Como Ooryl me ha explicado, el *cuándo* sólo es una apertura en el tiempo, y no queremos que se cierre antes de que podamos llegar a tu esposa.

*   *   *

Nos llevamos a nuestros cinco oponentes de vuelta al hotel. Llamé a Elegos y se encontró con nosotros en la parte trasera, en el elevador de carga. Ooryl le cedió los dos que había llevado a Elegos, luego regresó al espaciopuerto para ir a buscar algo para Luke. Esperando su regreso despojamos a nuestros prisioneros de su armadura, los separamos y tratamos las magulladuras y cortes provocados por la pelea.

Cuando Ooryl regresó, trajo consigo una especie de jaula que tenía en su interior un pequeño reptil peludo. Una mezcla de nutrientes fluía a través de una red de tubos, sustentando a la criatura que, si era capaz de moverse, parecía singularmente poco inclinada a mostrarlo. Vi cómo parpadeaba un ojo, pero incluso ese movimiento fue más lento de lo que hubiera esperado en un ser vivo.

—Esto es un ysalamiri, uno de los dos que he traído conmigo —Luke apoyó una mano en la jaula y pareció un poco fatigado—. Es única entre las criaturas vivas, al menos yo no sé de otras, porque parece proyectar un campo que suprime la Fuerza. En su mundo natal algunos depredadores han evolucionado para ser sensibles a la Fuerza, lo cual les permite cazar, por lo que la esfera de supresión del ysalamiri actúa como camuflaje.

—Vale, por eso me siento tan raro. Pensaba que sólo estaba cansado —traté de alcanzar mi interior para tocar la Fuerza, pero no conseguí nada—. Es como si estuviera otra vez donde empecé, de vuelta a mis días antes de la academia.

Luke asintió.

—Tienes suerte de haber pasado la mayor parte de tu vida teniendo sólo una percepción marginal de la Fuerza. Yo he estado envuelto en ella mucho más tiempo que tú y en presencia de un ysalamiri me siento perdido, como si un miembro me hubiera sido arrancado —Luke flexionó su mano mecánica—. Peor aún, en realidad.

—¿Cómo crees que esto afectará a nuestros invitados?

Luke se las arregló para sonreír, pero pareció costarle.

—Creo que han estado envueltos en la Fuerza más tiempo que yo. Parecen escudarse bien con ella. Sospecho que se sentirán muy vulnerables.

—Bien —le sonreí ferozmente—. Justo lo que queremos si vamos a sacar algo de ellos. Sólo sigue mi ejemplo.

El Maestro Jedi me agarró por el hombro.

—No he hecho nada parecido a esto antes, interrogar prisioneros.

Le guiñé un ojo.

—Está bien, yo sé lo suficiente por los dos. Sólo quédate ahí, junto a la puerta, y pon una expresión tan malévola como puedas. Mantén tu cara seria y realmente no necesitarás decir nada.

—¿Malévola?

—Piensa en un hutt, pero con cejas.

—Lo tengo.

Escogimos a Roja para ser el primer sujeto… de hecho, lo hizo Elegos, por sus propias razones, pero no me importó. Interrogar a mujeres es siempre complicado,

principalmente porque tienden a ser suspicaces ante cualquier afirmación hecha por un hombre y creen a menudo que pueden usar sus miradas y encantos para engañar a un detective. Roja, que realmente era una belleza esbelta con el cabello castaño ondulado y ojos azules, podría haber derretido el corazón de acero de muchos detectives, pero la sorpresa y el miedo que retorcieron su rostro al despertar le robaron su belleza. El ysalamiri me hacía sentir como si estuviera viendo en blanco y negro, por lo que para ella debía ser como si estuviera ciega.

Cuando vi sus ojos parpadear y abrirse, miré atrás hacia Luke y asentí como si hubiera recibido un mensaje telepático de él.

—Sí, veré qué puedo averiguar. Dale un momento para que se recupere.

Luke me miró fijamente por un segundo, luego impacientemente ondeó una mano en mi dirección.

Sonreí. *Aprendes rápido. Esperemos que ella no.*

Me acuclillé junto a la silla en la que la habíamos atado.

—Perdóname por tener que retenerte así. Ojalá pudiera hacer las cosas más agradables, pero él es bastante insistente. Sé que te estás sintiendo extraña ahora mismo porque has perdido el uso de ciertos sentidos que consideras parte de ti. *Él* te ha privado del acceso a ellos para que me resulte más fácil sondear tu mente, pero sé lo desagradable que eso será para ti.

Ella negó con la cabeza con firmeza.

—No traicionaré a mi gente.

Sus palabras fueron rígidas y pronunciadas un poco extrañamente. *Precisas*, eso era. Casi parecía como si ella estuviera hablando con la misma dicción muy cuidada que mi abuelo usaba. Era un punto de partida… no mucho, pero algo.

—No, por supuesto, tú no quieres hacer eso. Yo no quiero que hagas eso, pero tenemos que encontrar el *Odioso*, y encontrarlo rápido. Leonia Tavira tiene que ser detenida… para que no sea capaz de hacer daño a más gente —casi había terminado mi oración con la palabra «detenida», pero había captado una momentánea vacilación en su aliento, lo cual me había hecho añadir la frase extra—. Realmente no queremos verla herir a nadie más.

—No puedes detenerla.

Miré a Luke, luego me volví hacia ella.

—Él dice que sólo porque *vosotros* no podáis detenerla, no significa que *nosotros* no podamos. Lo siento, él siempre hace que las cosas suenen terribles, pero el hecho es que tiene razón. He estado aquí durante meses, en muchas operaciones en las que tú u otro de tus compañeros estuvisteis en el *Odioso*, y nunca me detectasteis. ¿Por qué no? Porque *él* me estaba escudando. Sabes que buscasteis, sabes que lo intentasteis, pero no ha sido hasta esta noche, cuando queríamos *atraparos*, que me he revelado lo suficiente para dejar que me encontrarais. Y ni siquiera lo habéis detectado a *él*.

Me levanté y me acerqué a conversar con Luke, dejándola reflexionar sobre lo que había dicho. Levanté un dedo a mis labios para mantener a Luke en silencio, pero fruncí el ceño para obtener de él la misma expresión. Cuando me miró con enojo, retrocedí.

—Pero no puedes ser tan cruel. Eliminar su acceso a la Fuerza para siempre no va a hacer ningún bien ni a ella ni a nosotros. Claro, eso podría enseñarle una lección, pero también podría hacerlo que la pisoteara un bantha. No creo que deba darse ejemplo con ella. Eso no hará que los otros sean más manejables.

Luke realmente se metió en su papel, clavando con fuerza dos dedos en mi pecho. Di media vuelta, me froté el pecho y regresé al lado de Roja.

—Realmente creo que puedo conseguir que desbloquee tu acceso a la Fuerza, realmente lo creo. Sólo tienes que decirnos dónde oculta Tavira el *Odioso*. Quiero decir, ya sabemos que sois vosotros los que lo mantenéis oculto… sois muy buenos en esas cosas, ocultando y todo eso.

—No, no puedo decírtelo. Ninguno de nosotros traicionará a nuestra gente.

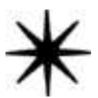
Suspiré y apoyé una mano en su hombro.

—Bueno, sé que estás pensando las cosas desde tu punto de vista, y tal vez incluso pensando en ellas desde el punto de vista de Tavira. Ese destructor estelar es muy poderoso, y para que vosotros estéis trabajando con ella, debéis tener miedo a que ella lo vuelva contra vuestra gente si la traicionáis. Lo entiendo. Está muy claro.

Dejé que mi voz bajara un poco en tono y volumen mientras me inclinaba hacia delante.

—Sin embargo, lo que ocurre es lo siguiente: *vosotros* no me habéis atrapado a mí. *Vosotros* no le habéis atrapado a él. Tavira, cuando oiga que no lo habéis logrado, os verá como fracasados. Y tú la conoces… el fracaso no es un accidente, es una conspiración. De la manera en que yo lo veo, y la conozco casi tan bien como vosotros, ella se verá como traicionada en este asunto y actuará. Lo que tienes que preguntarte es esto: ¿quieres ser la causa de que ella mate a toda tu gente, o quieres dejar que los tipos que te han derrotado prueben suerte con Tavira?

CUARENTAISIETE



Roja cedió un poco y fuimos capaces de usar lo que aprendimos de ella para quebrar al resto de los *Jensaarai* (así es como ellos mismos se llamaban). Lo que obtuvimos de ellos era increíblemente interesante porque venía envuelto en un extraño paquete filosófico que equiparaba a Obi-Wan Kenobi con Darth Vader en términos de ser exterminadores Jedi. Los *Jensaarai* eran entrenados como Jedi, incluso hasta el punto de construir sables de luz y entrenar con ellos, pero para ellos no constituía el punto de transición que era en la tradición Jedi que yo conocía.

Para los *Jensaarai*, su momento culminante, su pleno desarrollo para convertirse en uno de los Defensores *Jensaarai* (con aprendices, Defensores y *Saarai-kaar*, de este último parecía haber sólo uno) era la creación de su armadura. Comenzaban con la carcasa de una armadura básica y la cubrían con un hilado de fibras de mineral de cortosis, proporcionándoles un mínimo de protección contra todo tipo de armas. Diseñaban la armadura siguiendo el patrón de una criatura cualquiera elegida por sentirla mejor preparada o sentir que expresaba mejor sus deseos personales de servir a la comunidad *Jensaarai*, y si las armaduras que les habíamos quitado eran una indicación, las criaturas elegidas eran todas mentalmente defensivas… criaturas que permanecían ocultas e inactivas hasta que eran amenazadas, entonces probaban ser muy letales.

La historia de la involucración de los *Jensaarai* con Tavira era una de errores desde el principio. Tavira, huyendo de un grupo operativo de la Nueva República, saltó al Sistema Suarbi, en el Sector Quence. El séptimo planeta, un gigante gaseoso, tenía un gran anillo de asteroides a su alrededor y más de una docena de lunas. Una de esas lunas, designada Suarbi 7/5, era conocida como Susevfi por los colonos que decidieron domar el mundo siglos atrás. Aunque similar a Yavin 4 en tamaño y velocidad de rotación, Susevfi poseía praderas más parecidas a una sabana, era parecido a Noquivzor (un planeta en el que estuve estacionado antes de que el Escuadrón Pícaro tomara Coruscant). Fueron levantados un par de asentamientos humanos, y los *Jensaarai* se ubicaron en las afueras del gran puerto marítimo, Yumfla.

Tavira y algunos de sus hombres bajaron a Yumfla, y ella inmediatamente fue a ocuparse del gobernador imperial local; un insignificante burócrata que cometió el último error de su vida rechazando sus sugerencias. Tavira le hizo ejecutar, luego declaró el planeta liberado de la opresión del Imperio y en oposición a la opresión de la Nueva República. La *Saarai-kaar* de los *Jensaarai* acudió a Tavira y escuchó todo lo que quería oír de la almirante. Tavira cultivó la confianza, luego la traicionó, y puso a los *Jensaarai* en la posición de proteger a sus conciudadanos (que ni siquiera sabían de su existencia) sirviendo a Tavira. El fracaso en servirla resultaría en la aniquilación de Yumfla.

Los *Jensaarai* percibieron las intenciones de Mirax cuando ella fue a cazar a los Odis. La atraparon en Nal Hutta y la llevaron a Susevfi. Tavira quiso matarla, pero la *Saarai-kaar* insistió en mantenerla viva y encarcelada en el antiguo palacio del gobernador planetario.

Con lo que les habíamos sacado, Luke y yo sabíamos que teníamos que darnos prisa en llegar a Susevfi, *y* tuvimos que tomar una decisión difícil porque no podíamos llevarnos a los *Jensaarai* con nosotros. Un cambio de opinión en sólo uno de ellos podría estropear cualquier sorpresa que pudiéramos generar, aplastando nuestras posibilidades de entrar en la fortaleza donde Tavira retenía a Mirax.

Decidimos dejarlos en Courkrus en compañía de un ysalamiri. Sabíamos que teníamos que confiar en alguien para retenerlos, así que fuimos a Jacob Nive y le revelé mi identidad como Keiran Halcyon, Caballero Jedi, y la de Luke Skywalker. Le explicamos que íbamos a terminar con los Odis y a detener a Tavira y le ofrecimos la posibilidad de elegir. Podíamos destruir lo que quedaba de los Supervivientes o darles la misma oportunidad de un nuevo comienzo que la Nueva República había ofrecido a otras víctimas de la agresión y coacción imperial.

Nive aceptó la oportunidad de empezar de nuevo. Con la Nueva República fortaleciéndose y los últimos vestigios del Imperio en retirada, los Supervivientes estaban perdiendo su enfoque anti-imperial y se estaban convirtiendo en simples ladrones. Sin la protección del *Odioso*, la Nueva República ya podría haberles destrozado una docena de veces. De buen grado intercambió ocuparse de cinco invitados y un ysalamiri por una nueva vida.

Me miró con dureza.

—Una cosa, Jenos, ¿cómo sé que tendrás éxito?

—¿Por qué has combatido contra el Imperio todos estos años?

—Para vengar lo que les sucedió a mis amigos.

Asentí.

—Exacto. Leonia Tavira tiene a mi esposa. Yo combato para no tener que vengar a nadie.

Nive entrecerró los ojos.

—¿Los dos solos?

Le hice un guiño a Luke.

—Tenemos algunos aliados, y uno es realmente grande. Irá bien.

Antes de salir de Courkrus, enviamos dos mensajes. Uno al General Cracken diciéndole que habíamos localizado el hogar del *Odioso* e íbamos a acabar con la nave. Los datos que le permitirían saber adónde íbamos se quedaron con Nive, no se los transmitimos directamente a Cracken porque no queríamos que apareciera un grupo operativo de la Nueva República que alertara a Tavira de lo que estaba pasando antes de que tuviéramos la oportunidad de entrar y rescatar a Mirax. Si la Nueva República hacía un movimiento, los *Jensaarai* de Susevfi podrían percibirlo y alertar a Tavira, condenando nuestro intento de rescate.

También le envié un mensaje a Booster, diciéndole que había localizado a Mirax y que iba tras ella. Ni siquiera le di tantos detalles como a Cracken, pero señalé que esperaba llevármela sana y salva en un par de días. El mensaje decía que la llevaría al *Ventura Errante* para que descansara y se recuperase.

Quisimos dejar a Elegos atrás, pero él insistió en viajar con nosotros. Él y Ooryl habían comenzado a llevarse bien (una situación que encontré profundamente perturbadora), lo cual significaba que los dos se unían para comparar experiencias de compartir cuarto conmigo. Elegos hizo notar que la pequeña nave que Luke y Ooryl habían llevado a Courkrus era notoriamente difícil de manejar con un piloto, y como él podía pilotar, debía ayudar a Ooryl, aunque sólo fuese por las apariencias.

Luke o yo podríamos haber representado fácilmente el papel de segundo piloto, pero íbamos a entrar en Susevfi dentro de la burbuja protectora supresora de la Fuerza del ysalamiri. Ello escondería eficazmente todo rastro de nosotros a cualquier Defensor *Jensaarai* estacionado en el anillo planetario, así como a cualquiera que estuviera en tierra. Los Defensores del Anillo usaban regularmente sus poderes en la Fuerza para hacerse una idea de las naves entrantes y alejarlas sutilmente de detectar las tenues emisiones fantasma del destructor estelar escondido entre los anillos. Incluso sin los *Jensaarai* ocultando la nave, el *Odioso* habría sido difícil de captar entre los anillos. Con los *Jensaarai* en posición tal avistamiento era casi imposible.

Luke se estiró en un banco acolchado en el pequeño salón de la nave y se cubrió los ojos con un brazo.

—Si tuviéramos más Jedi, podríamos haber acompañado a las naves de exploración y probablemente habríamos percibido los esfuerzos de los *Jensaarai* por ocultar el *Odioso*.

—Podría ser, pero yo sólo los percibí cuando los tuve a corta distancia y trataron de sondearme. Cuando entré en contacto con Tycho en la batalla de Xa Fel, ellos me percibieron y yo ni siquiera detecté su presencia —me levanté y caminé hacia la estación de preparación de comida. Saqué un recipiente preenvasado de jarabe de *zureber* de la unidad de refrigeración—. ¿Quieres algo de beber?

Luke echó un vistazo hacia mí y asintió.

—Claro, lánzalo.

Lo arrojé hacia él y aterrizó con un *plop* en su vientre. Resopló con fuerza.

Sonreí.

—Se supone que debes atraparlo.

Se incorporó, arrancó de un mordisco la esquina del paquete y la escupió.

—Eso quería, pero dentro del escudo del ysalamiri lo he perdido, mi intento ha fallado.

Abrí la esquina de mi recipiente de jarabe y sorbí.

—Es difícil ser normal de nuevo, ¿verdad?

Luke suspiró pesadamente.

—Los primeros dieciocho años de mi vida no tuve ni idea de la Fuerza. Sólo era un granjero al que le gustaba volar. Quería entrar en el servicio imperial y convertirme en

piloto. Los Caballeros Jedi eran historia pasada, y mi viejo tío Owen no me animó a estudiar esa historia.

—Lo sé, sucedía lo mismo en mi casa —me dejé caer sobre el banco a los pies de Luke—. Simplemente no hablábamos mucho de los Jedi. Sabía que mi abuelo conoció a uno, y trabajó con él, pero era como mencionar a una ex-esposa en una reunión familiar.

—En una reunión de la familia de tu nueva esposa, ¿verdad?

Me reí.

—Sí, eso es. ¿Sabes?, cuando vi a mi abuelo hace varios meses y pude ver el orgullo que le provocaba el haber ayudado a ocultar a la mujer y al hijo de Nejaa Halcyon, supe lo difícil que debió ser para él mantenerlo todo en secreto durante tanto tiempo. Creo que le decepcioné cuando rechacé mi herencia Jedi para perseguir a los Odis por mi cuenta. Tendré que hacerle saber que me lo he replanteado.

—Me alegro de que lo hayas hecho —Luke se echó hacia delante y me dio unas palmaditas en el hombro—. Es difícil decir qué me hizo sentir peor: que un estudiante cayese en el Lado Oscuro o que alguien se alejara debido a mis enseñanzas.

Me encogí de hombros.

—Ya nos conoces a los Jedi corellianos… notoriamente contestatarios y empeñados en seguir nuestro propio camino —mi conversación con Elegos pasó por mi mente—. Por cierto, te debo una disculpa. Nunca dejé de lado mis expectativas sobre la academia, así que realmente nunca te di una oportunidad de entrenarme.

—Aceptada pero innecesaria —Luke me ofreció un asentimiento—. No te lo puse fácil. Necesito recordar que los caminos paralelos no son mejores o peores, sólo diferentes. Todavía nos dirigimos en la misma dirección.

—Cierto, pero aun así esto no significa que esté completamente cómodo con cosas como el camino de Kyp. Tavira dice que Kyp destruyó el Sistema Carida por orden de la Nueva República, y habrá un montón de gente que la creerá.

—Lo sé, y comprendo cómo te sientes —Luke bebió por un momento, luego se lamió una gota de líquido azul que se formaba en la esquina de su boca—. Sin embargo, podríamos decir que el acuerdo que le hemos ofrecido a Jacob Nive y a sus Supervivientes es realmente muy parecido a la oportunidad que se le ha dado a Kyp. Al dedicar su vida a ser un Jedi sabes que Kyp está realmente bajo una especie de sentencia de por vida.

—Lo sé, y también sometido a un duro trabajo. Matarlo no mejoraría para nada la galaxia, así que esta es probablemente la mejor solución —bebí, incliné mi cabeza hacia atrás y cerré los ojos por un momento—. Eso no significa que me guste y no significa que mi incapacidad para llegar a una mejor solución no sea frustrante.

—Lo único que podemos hacer es lo mejor —Luke soltó una carcajada—. Entonces, dime, ¿alguna vez pensaste que te precipitarías a través del hiperespacio planeando asaltar el palacio de un gobernador imperial, el cual ahora es la fortaleza de una almirante imperial renegada y su tripulación?

Abrí un ojo y lo rodé para acabar mirándole.

—Tatooine debió ser muy, muy malo si *ese* es el tipo de vida soñada que creaste para ti.

—No fue *tan* malo.

—Cierto, estuve allí una vez. En cualquier otro mundo los jawas habrían tenido el tamaño de hutts, pero en Tatooine, encogieron.

—Y menos mal, o imagínate con qué habrían trajinado —Luke sonrió—. En realidad, tengo buenos recuerdos de Tatooine, más que malos.

—Pero querías salir de esa roca.

—Desesperadamente —su sonrisa murió—. Y lo conseguí de la peor manera.

Alargué la mano y lo agarré por la nuca.

—Sí, pero sacó lo mejor de ti, y eso significa que el resto de la galaxia tiene la oportunidad de dar lo mejor de sí. Perder a tus tíos tuvo que doler, pero apuesto a que están contentos con el beneficio de la inversión de sus vidas obtenido a través de ti.

—¿Eso crees?

—Sí, sin duda —le sonreí. Aquí, dentro de la burbuja del ysalamiri, Luke parecía perder parte de la melancólica opresión que lo rodeaba cuando era consciente del universo que lo rodeaba. El optimismo y la incertidumbre que conoció como un muchacho relucían en él—. No tuviste hermanos, ¿verdad? Quiero decir, ¿creciste solo?

—Excepto por los amigos, sí.

—Yo también —sonreí—. Y no, nunca imaginé que me dirigiría hacia el palacio de un gobernador imperial para enfrentarme a una almirante imperial renegada.

—Ah.

—Yo imaginé lanzarme a Nal Hutta para enfrentarme a un señor del crimen hutt en su propia guarida.

—Hablando de apilar probabilidades en tu contra…

Me reí.

—Soy corelliano, ¿recuerdas?

—Así es, olvida que he mencionado las probabilidades —Luke terminó su bebida y aplastó el recipiente—. Supongo que todos recibimos cartas que no queremos en la vida.

—Bastante cierto. El truco está en cómo las juegas. Algunas personas tienen las mejores cartas del mundo y aun así pierden —asentí hacia él—. Para un granjero que ha crecido entre polvo y sueños, no lo has hecho tan mal.

—De un corelliano, eso es una gran concesión.

El comunicador de la cabina crepitó.

—Ooryl dice que faltan cinco minutos para la reversión, luego aproximadamente una hora para transitar hasta Susevfi. Mejor preparaos por si nuestra bienvenida es más cálida de lo esperado.

Presioné el botón de transmisión.

—Copiado, Elegos. Estaremos listos.

Luke se levantó, cruzó hasta el estante donde había enchufado su sable de luz a un cargador, liberó el arma y la sujetó a su cinturón. También desenchufó el mío y lo observó.

—Buen trabajo. ¿Doble fase?

Fruncí el ceño.

—Traté de repetir la proeza ingenieril de Gantoris. Ahora mismo sólo funciona una fase. Tengo que encontrar un diamante real.

—Las hojas de doble fase parecen ser algo así como una moda pasajera entre los Jedi en ciertos momentos —me lanzó el sable láser—. Aun así, me gusta la hoja y parece bien hecha.

—Un poco feo, pero usé lo que tenía disponible —lo atrapé y enrosqué la tapa de la empuñadura. Me estiré desentumeciéndome, luego enganché el arma a mi cinturón—. Una pregunta antes de ponernos en marcha, si no te importa.

—Claro.

—Vale, se supone que los Jedi sólo debemos usar nuestros poderes para la defensa, pero vamos a asaltar una base.

Luke asintió.

—Correcto. Estamos actuando para defender la vida de Mirax, y las vidas de las futuras víctimas de Tavira.

—Estoy contigo, pero me pregunto si no tenemos una obligación moral más inmediata, digamos, con respecto a las personas que nos verán como agresores —fruncí el ceño—. Estoy de guardia y veo a un tipo que viene hacia mí con un sable de luz, voy a disparar. Ya sabes, es ese «cierto punto de vista».

El Maestro Jedi frunció el ceño.

—Veo tu problema. Cuando tuve que lidiar con Jabba el Hutt, le advertí que nos dejara ir o sería destruido. Él no escuchó y ese fue, más o menos, el final de la historia.

—Entonces, ¿advertir a aquellos que no se dan cuenta de lo que están haciendo?

Luke asintió.

—Si podemos encontrar a alguien así allí abajo. Un destructor clase *Imperial Dos* transporta, ¿qué?, ¿diez mil soldados de asalto? No creo que el *Odioso* cuente con la tripulación completa, pero aun así ella tiene un montón de gente a su disposición. ¿Quieres adivinar cuántos están en tierra custodiando el palacio?

—No importa —apreté el cinturón de mi túnica—. El Emperador no fabricó suficientes de esos tipos para evitar que rescate a Mirax. Pueden huir o pueden morir, es su elección.

—Corellianos —Luke sacudió la cabeza—. No es de extrañar que los otros Jedi no quisieran que dejarais vuestro sistema.

Le guiñé un ojo.

—El resto de vosotros temíais que no os dejáramos nada que hacer después de que nosotros acabáramos.

—Espero que tengas razón, amigo mío —Luke se metió los pulgares en el cinturón—. En una misión como esta, ambos tendremos más que suficiente que hacer.

Luke y yo intentamos, aunque brevemente y en vano, conseguir que Ooryl y Elegos permanecieran en la nave y vigilaran el tráfico estelar entrante y saliente del sistema. Una llamada de comunicador podría avisarnos acerca de un movimiento del *Odioso* de Tavira, o de cualquier otra cosa que pudiera hacernos cambiar nuestros planes. Ooryl y Elegos nos anticiparon y programaron el ordenador de la nave para que descargara todos los datos del tráfico en el sistema, y luego los transmitiera a través de un canal de comunicaciones encriptado al cuaderno de datos que Elegos tenía conectado para recibir la señal.

Elegos observó que entre su sentido del olfato y la capacidad de Ooryl de ver más allá de lo que nosotros, los humanos, bastante arrogantemente llamábamos el espectro *visible* de la luz, podríamos atravesar la noche más eficazmente y sin tener que depender de nuestros sentidos reforzados por la Fuerza, retrasando así la detección por parte de los *Jensaarai*. Tenía que estar de acuerdo con ese argumento, y después de haber visto a Ooryl en una pelea mano a mano, tenerlo con nosotros no nos iría mal en absoluto. Llevaba una carabina bláster y un cinturón de paquetes energéticos colgando a través de su pecho.

Elegos levantó una carabina bláster y se ató un cinturón de paquetes energéticos alrededor de su delgada cintura. Lo miré y entrecerré los ojos.

—No querrás ser parte de esto, ¿verdad? No necesitas tener recuerdos de muertes aquí.

—Iré con vosotros, y si no llevo un arma y ayudo en nuestra defensa, seré sólo una carga. Si falláis a causa de mí, ese recuerdo sería peor, y no lo quiero. Tengo la intención, en cambio, de llevarme conmigo el recuerdo de ti salvando a tu esposa —Elegos sostuvo el arma en alto con su mano izquierda y movió una palanca—. Además, la función de aturdimiento de esta arma parece funcionar.

Sonreí, luego lo miré a él, a Ooryl y a Luke.

—Antes de partir, solo quiero daros las gracias a todos. Los mejores amigos que un hombre nunca tuvo. Estáis todos *locos,* pero sois amigos al fin y al cabo.

Elegos miró a Ooryl.

—Los corellianos nunca saben cuándo dejar de hablar, ¿verdad?

Las partes de la boca de Ooryl se separaron.

—*Otros* corellianos sí.

Luke se echó a reír, luego agitó un pulgar hacia la escotilla de salida.

—Vamos a hacer algo ante lo que los corellianos nunca se arrugan. Vamos a ganar contra todas las probabilidades.

Caminamos por las oscurecidas calles de Yumfla con impunidad, prácticamente desapercibidos. Hace unos meses habría encontrado esto curioso, pero no después del tiempo que había pasado con los Odis. En esta ciudad, los que no eran parte de la tripulación del *Odioso* disfrutando de licencia, o no estaban patrullando las calles, se quedaban en casa. Vivían en una ciudad ocupada, y aunque algunos de ellos podían ganar dinero suministrando bienes y servicios a la tripulación del *Odioso*, la mayoría no quería tener nada que ver con los ex-imperiales. Sentí el mismo tipo de tensión en Vlarnya y me alegré del aislamiento que ello nos proporcionaba de la gente normal.

Los tripulantes en sí no representaban ningún problema ya que estaban de permiso y sólo buscando divertirse. Esto los mantenía en el interior en una noche caliente y húmeda, donde la unidad de control ambiental de una cantina podría hacer la noche soportable, las bebidas podrían hacerla placentera, y la compañía podría hacerla exquisita. Las patrullas de tierra, destinadas a recoger tripulantes enfermos, estúpidos o beligerantes y devolverlos a la nave, apenas nos echaron una segunda mirada. La nariz de Elegos captaba el olor de la armadura mucho antes de que pudiéramos ver a los soldados, dándonos tiempo para desviarnos por una calle lateral, o reunirnos discretamente en una esquina.

Finalmente llegamos a una construcción a través de un pequeño parque del palacio del gobernador imperial. El edificio en sí tenía un muro de ocho metros de altura rodeándolo, con torres en cada una de las cuatro esquinas que se elevaban otros dos metros. Una gran entrada arqueada dividía el muro en dos, pero había sido cerrada durante la noche con dos enormes puertas metálicas. Soldados de asalto patrullaban en parejas el muro, y dos más estaban en cada torre esquinada.

El palacio en sí había sido levantado con un patrón triangular con torres en cada una de las puntas. A izquierda y derecha había dos torres más pequeñas, cada una de unos buenos quince metros de altura y el doble de diámetro. Directamente por detrás de la puerta, la punta más lejana del triángulo tenía una torre rectangular que se alzaba a treinta metros de altura. El tercio central se había reducido un par de metros a cada lado, como si un puño gigante se hubiera cerrado a su alrededor. Constituía un interesante aspecto arquitectónico que diferenciaba el palacio de la mayoría de los edificios locales. Un edificio básico de cuatro pisos de altura interconectaba las tres torres, y una plataforma de transporte privada había sido construida en el techo de la torre grande, por lo cual luces parpadeantes la coronaban.

—Veinte metros hasta la puerta —me agaché, desabrochando mi capa y dejando que se deslizara por mi espalda. Levanté una pizca de polvo en el aire y lo observe volar hacia el palacio—. Al menos tenemos viento de cola.

—Bien. Ooryl y Elegos nos cubren, nosotros nos abriremos camino.

Elegos se aclaró la garganta.

—La puerta está cerrada. ¿Cómo os proponéis entrar?

Cada uno de nosotros blandió su sable de luz.

—Llamaremos —ofreció Luke—, muy fuerte.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —un soldado de asalto y su compañero aparecieron de repente girando la esquina del muro que nos cubría—. Veamos las identificaciones.

—Claro —me levanté lentamente y sostuve mi sable de luz como una vara luminosa mientras movía mi mano izquierda como si buscara la identificación—. Sé que la tengo por aquí… —pensé que podría ser capaz de proyectar una imagen en su cerebro que les haría irse, pero mi mente estaba en blanco.

El soldado de asalto dio un paso hacia mí.

—Me resultas familiar.

—¿Yo? No, no puede ser.

—¿Tratas de hacerte el listillo? —el bláster del soldado se elevó para apuntarme—. Vendréis con nosotros.

Miré a Luke, luego me encogí de hombros y presioné mi pulgar, disparando la hoja plateada directamente a través del pecho del soldado de asalto. Lo empujé contra su compañero, haciendo que soltara su bláster. El segundo soldado todavía tenía el dedo sobre el gatillo, y vertió tiros en la noche. Mi sable láser se movió y cortó sus hombros al nivel de las axilas, poniendo fin al ataque.

Luke me miró fijamente.

—Tienes que trabajar en el concepto de la advertencia.

—No he tenido oportunidad con ellos —me agaché cuando los soldados de asalto en el muro del palacio empezaron a gritar y a disparar en nuestra dirección. Las alarmas empezaron a aullar—. Pero el resto, creo que estarán plenamente advertidos… ¡Sugiero que nos movamos, ahora!

Luke y yo corrimos hacia la puerta del muro, zigzagueando para convertirnos en blancos difíciles. Mientras corría me abrí a la Fuerza y sentí un flujo de información inundarme. Me planté sobre mi pie derecho, me desvié a la izquierda y blandí mi sable de luz hacia la derecha, bateando un disparo de bláster hacia la noche. Otros dos pasos, entonces vacilación cuando el fuego de un E-Web montado en la torre derecha me cortó el camino, luego me agaché y rodé bajo una ráfaga de disparos que comenzaba a rastrearme. Rechacé otros dos disparos, deseando poder arreglármelas para, como hacía Luke, dirigirlos de vuelta a los hombres que los habían disparado, y finalmente llegué al santuario de la puerta arqueada.

Extendí mi esfera de responsabilidad para ver lo que había aguardándonos al otro lado, pero no encontré nada. La extendí más y entonces sonreí.

—La tengo, Luke. Está cerca, tengo a Mirax. La torre de tu lado, abajo.

El Maestro Jedi sonrió.

—No la hagamos esperar.

En tándem cortamos a izquierda y derecha desde el centro a través de las grandes puertas metálicas, tallando un agujero lo suficientemente grande como para que pasara un deslizador terrestre. Entré, entonces corté arriba y a través del codo de un soldado de asalto que alzaba su carabina bláster para dispararnos. Gritó y retrocedió. Recogí la carabina de su mano caída y disparé una ráfaga contra un soldado que estaba agachado

debido al fuego de cobertura de Elegos. Le di, enviándolo por los aires desde el muro, luego corrí tras Luke.

Luke dispersó una media docena de rayos disparados contra él, enviando cuatro de vuelta a la torre de donde provenían. Un soldado de asalto cayó, el otro se agachó, pero el E-Web chisporroteó y empezó a arder. Luke cortó el cañón del rifle bláster que acarreaba el primer soldado de asalto que salió de la torre donde estaba Mirax, luego lo tumbó con un sablazo de revés que separó la pelvis del hombre de todo lo que normalmente descansaba sobre ella.

Cambié la palanca selectora a aturdir, luego disparé al siguiente hombre de la fila. Elegos pasó a través de la puerta y roció a los tres siguientes con disparos aturdidores. Todos se tambalearon y cayeron. Luke cruzó rápidamente el umbral de la torre. Vi un destello y oí el silbido de un bláster, pero el sable de luz verde siguió zumbando.

Ooryl pasó a través de la puerta y estableció un patrón de supresión de fuego que contuvo a los soldados de la torre más lejana. Elegos y yo lo cubrimos mientras venía hacia la torre, luego entramos y yo corrí directamente hacia las escaleras que conducían abajo. Esto me llevó más allá de dos soldados de asalto con diversas partes torcidas en posiciones extrañas. Un nivel más abajo encontré a Luke en el extremo de un pasillo octogonal lleno de puertas hundidas.

Estaba parado junto a un panel de control escudriñando una lista de los nombres de los prisioneros.

—Acabo de solicitar un registro de los prisioneros.

Miré la lista y señalé un nombre.

—Es ella.

—Celda de retención 02021020.

Asentí y corrí por el pasillo.

—Aquí está —alcancé la puerta, disparé a la cerradura y observé cómo la puerta se retraía en medio de una lluvia de chispas. Di tres pasos enteros en un salto, luego me detuve justo en el umbral de la puerta.

Allí estaba ella, simplemente yacía allí, como me mostró Exar Kun. Un pequeño dispositivo gris en su frente parpadeaba con luces verdes y rojas, y la luz plateada de encima la bañaba en un resplandor que dejaba su piel casi blanca. Realmente contrastaba con su cabello negro. Parecía perfectamente bien y dormida, y sentí que mi garganta se contraía. *Eres increíblemente hermosa, Mirax, y has estado lejos demasiado tiempo.*

Luke pasó por mi lado y se inclinó sobre la cara de Mirax.

—No pienses que esto es lo que la mantiene inconsciente. Parece un trance de hibernación Jedi. Normalmente una persona no puede ser puesta en uno contra su voluntad, pero si este dispositivo quiebra su resistencia, podría ser posible.

Asentí.

—Tengo experiencia con máquinas que quiebran la resistencia —dejé mi sable de luz y el bláster en el féretro en el que se encontraba Mirax—. Quítale ese trasto, dejemos que despierte.

Luke le quitó el dispositivo y lo estrelló contra la pared.

—Llevará algo más que eso el que despierte —extendió la mano hacia la frente de ella—. Hay una técnica Jedi usada…

Le agarré por la muñeca.

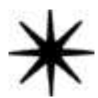
—Lo sé. Leí acerca de ello en las notas de mi abuelo —le sonreí—. Ella es mi esposa, me gustaría ayudar. Tú la sacas del trance, y yo le hago saber cuánto la he echado de menos.

Luke asintió y esperó a que diera la vuelta para ponerme al otro lado de Mirax.

—¿Listo?

—Hagámoslo —asentí hacia él, luego me incliné y besé a mi esposa en los labios.

CUARENTAIOCHO



Los ojos castaños de Mirax parpadearon abriéndose y ella comenzó a sonreír. Alargó la mano derecha, me cogió por la túnica y tiró de mí de vuelta hacia abajo, cubriéndome la boca con la suya. Nos besamos con la urgencia del reencuentro con el amor perdido, con alivio en el corazón. Le acaricié el cabello y ella me mantuvo cerca, entonces ambos tuvimos que buscar aire.

Retrocediendo para poder verle toda la cara, sonreí.

—Hola.

—Hola a ti también. Eres muy mono —ella también me sonrió, enviando una sacudida a través de mí de la cabeza a los pies y vuelta a empezar—. Pero si mi marido descubre que me has besado así, estarás en problemas.

Luke se echó a reír.

—Ella me gusta.

La besé en la punta de la nariz.

—Recuerdas a Luke Skywalker, ¿verdad?

—Desde luego. Me alegra volver a verte, aunque habría esperado mejores circunstancias —Mirax se sentó, pasó las piernas por el borde del féretro y se estiró—. Ni siquiera quiero saber dónde está esta roca, sólo quiero saber que tenéis un plan para salir de aquí.

El silbido distante de blásters acompañó la entrada de Elegos en la celda de detención.

—Ooryl los está reteniendo en el rellano de la escalera. Mejor nos movemos antes de que traigan refuerzos.

Mirax ladeó la cabeza hacia el caamasiano.

—¿Un caamasiano?

—Elegos A'kla, Confiable de la comunidad caamasiana de Kerilt —la miré—. Ha estado cuidando bien de mí.

Ella rio y lanzó un saludo a Elegos.

—Tienes mi agradecimiento y mi simpatía. Cuidarlo puede ser una tarea muy ardua.

Elegos se encogió de hombros.

—No realmente, lo tienes bien entrenado.

—Sin embargo aún deja la ropa sucia tirada por ahí, ¿verdad?

Me aclaré la garganta.

—Podemos discutir esto después. ¿Alguna posibilidad de que podamos regresar al espaciopuerto desde aquí?

Elegos negó con la cabeza.

—No creo.

Mirax levantó la carabina bláster que yo había dejado en el féretro.

—Entonces vayamos a la cima de la torre grande. Tienen una plataforma de aterrizaje allí arriba… así es como me trajeron después de que me separaran del *Mantarraya*. Robamos algunas motos deslizadoras o una lanzadera y hacemos una carrera hasta vuestra nave.

Luke asintió.

—Es un plan.

Mirax señaló hacia la puerta.

—Entonces movámonos.

El Maestro Jedi me miró.

—¿Ves algún parecido entre ella y Mara?

Me estremecí.

—Ahora que lo mencionas… asegúrate de que nunca se juntan, ¿vale?

—Hecho.

Desde el otro extremo del pasillo, Ooryl llenaba la escalera con una gran cantidad de disparos láser, salpicando la pared de detrás del primer rellano con pequeños fuegos. Dos soldados de asalto yacían tendidos en las escaleras, y otros seguían echando vistazos alrededor del borde. Retiraban la cabeza cuando Ooryl disparaba contra ellos. Extendiendo mis sentidos, pude sentir un grupo de ellos esperando en las escaleras y dirigiéndose hacia ese extremo del pasillo por encima de nosotros.

Sonreí.

—Tengo un plan. Mirax, el bláster, por favor —señalé hacia el techo—. Elegos, si puedes subirme ahí arriba.

Luke levantó una mano.

—Permíteme —con un simple gesto me elevó hacia el techo tan firmemente como si estuviera de pie sobre una plataforma de piedra.

Encendí mi sable de luz y corté un círculo en el techo sobre mí, luego lo empujé apartándolo mientras Luke me empujaba a través de él. Dando un paso adelante, levanté la carabina bláster y desencadené un torrente de rayos energéticos azules sobre la muchedumbre de soldados con armadura que colmaba el extremo del pasillo. Sus armaduras desviaron algunos disparos y debilitaron el poder de otros, reduciéndolos del aturdimiento a algo que apenas mareaba a los soldados, pero tenía tales tiros limpios sobre ellos que estaban a mi merced.

Elegos subió a través del agujero el siguiente y disparó su bláster. Sus disparos azules golpearon a los blancos mareados, envolviéndolos en una esfera azul que los derribaba fácilmente. Atrapados como estaban, no eran realmente una fuerza de combate, sólo blancos que esperaban ser fusilados. Vertí fuego y juntos terminamos con ellos.

Ooryl subió por las escaleras, pero Mirax y Luke tomaron el camino más rápido al pasillo. Mirax retomó el bláster de mis manos, se apropió de un paquete energético de Ooryl y lo besó en la mejilla. Se volvió y señaló hacia atrás, más allá de las escaleras.

—Por aquí hay un pasillo que va al edificio principal. La plataforma de aterrizaje está en la parte superior.

Luke abrió el camino.

—Tenemos que ser cuidadosos. A los soldados de asalto los podemos percibir con la Fuerza, pero los *Jensaarai* son más difíciles.

—Difíciles, menudo eufemismo —Mirax echó el viejo paquete energético del bláster a un lado y colocó el nuevo—. Su líder, esa mujer que ellos llaman *Saarai-kaar*, de alguna manera piensa que retenerme previene que su familia sea destruida. Cuando me hablaba, cuando me alimentaba, y sé que yo dormía durante mucho tiempo entre comidas, hablaba en pasado, presente y futuro. Dijo que un Halcyon era su condena o destino, pero no entró en detalles. Era confuso, pero nunca pensé que estuviera loca.

Luke negó con la cabeza.

—Ella probablemente no lo ha entendido mejor que tú, o que Keiran, Corran, cuando perdió el contacto contigo. Él no tenía el marco mental apropiado para hacer que tuviera sentido.

—Todavía no estoy seguro de que lo tenga.

—No, pero tampoco los *Jensaarai* —Luke frunció el ceño—. Tienen el entrenamiento, pero es sesgado y cosas han sido añadidas. No es una tradición independiente de la Fuerza como las Brujas de Dathomir, pero es diferente a cualquier otra cosa que yo conozca —se encogió de hombros—. Eso no es decir mucho.

—¡Tú! —las palabras llegaron furiosas, aunque los altavoces de la unidad de comunicaciones del pasillo no podían reproducir todo el ultraje que se suponía que portaban. Miré a mi izquierda y vi un holograma de Tavira allí, de un poco menos del tamaño natural, con sus manos en las caderas—. *Tú* eras el Jedi de Courkrus.

Asentí.

—A tu servicio —pasando el sable láser a mi mano izquierda, señalé con mi derecha a Luke y a Mirax—. Me gustaría presentarte a Luke Skywalker, Maestro Jedi, y a Mirax Terrik y… pero, espera, estamos de camino arriba para verte. Las presentaciones son mucho más agradables en persona.

—¡¿Cómo te atreves?!

—Oh, me atrevo —señalé hacia el cielo—. La Nueva República estará aquí en muy poco tiempo. Los días del *Odioso* han terminado.

—¡Nunca!

Me reí.

—Por cierto, el mes no ha pasado aún, pero la respuesta es no.

—¡Arrgghhh! Cuando te ponga las manos encima…

—Ni en tus sueños, cariño —Mirax disparó a la unidad de comunicaciones—. El Imperio hace años que murió y ella todavía confía en esas mustias amenazas imperiales. «¡*Cuando te ponga las manos encima*!». Ponte al día, mujer…

—Me gusta mucho tu Mirax, Corran —Luke sonrió—. Y tienes razón, ella y Mara nunca deben juntarse.

Aumentamos el ritmo, corriendo hacia el edificio principal y empezando a abrirnos paso hacia arriba. La escalinata que rodeaba el interior del alto atrio del edificio tenía una balaustrada lo bastante gruesa como para proporcionar cierta cobertura, de la cual nos aprovechamos, al igual que hicieron los individuos que intentaban detenernos. Los disparos de bláster, rojos y azules, silbaban y radiaban, rebotaban y humeaban a medida que ardían contra pilares de mármol blanco o azulejos negros. La pendiente gradual de la escalinata significaba que en apariencia rodeaba el atrio interminablemente, pero eso no era suficiente para retrasarnos. No había rellanos como tales, por lo que no había puntos fáciles de defender, y nuestros oponentes tenían que soportar un problema increíblemente molesto: dos de sus blancos blandían unas armas arcaicas y estaban desviando los disparos de bláster en el aire. Luke incluso era capaz de redirigirlos hacia nuestros enemigos, derribándolos o haciéndolos romper la cobertura de fuego lo suficiente como para que Ooryl, Elegos o Mirax los derribaran desde una posición de flanqueo.

Mientras subíamos hacia la parte alta del edificio, sentimos un temblor abrirse paso.

—Una lanzadera en marcha.

Elegos frunció el ceño.

—Tavira debe estar huyendo.

Ooryl y yo intercambiamos miradas.

—Eso, o alguien más está ahí fuera llevando sus órdenes —traté de empujar mis sentidos para ver si podía encontrar a Tavira en la lanzadera o aún en el edificio sobre nosotros, pero no obtuve nada—. Algo me está bloqueando.

Luke asintió.

—A mí también. Los *Jensaarai*.

—Debe ser eso.

Avanzamos, despejando el último tramo del pasillo, y luego coronamos varios escalones más que se abrían al vestíbulo de una gran cámara. Esta fue la cámara de audiencias del gobernador imperial y claramente estaba diseñada para impresionar. Mientras que el espacio en sí era de construcción cuadrada, el diseño interior era circular, desde los arreglos de los pilares de basalto retorcidos que sostenían el techo, hasta los diseños labrados tanto en el suelo como en el techo. Al otro lado, frente a nuestras escaleras, otra serie de escaleras conducía a una cubierta de observación donde el transpariacero conformaba las paredes. A través de los miradores se podía ver el gigante gaseoso, su anillo, y una brillante luz surgiendo.

A medio camino por estas escaleras, en un amplio descansillo, estaba situado un masivo escritorio de granito rojo y ubicada en la parte delantera de este una silla acolchada de la misma piedra. Me resultaba fácil imaginar al gobernador trabajando en el escritorio, reclinándose hacia delante para juzgar cualquier asunto que se le presentara. Noble e imperial, debió gobernar como la autoridad única e inamovible de Susevfi. Alrededor de la estancia, casi como cortesanos esperando una audiencia, extrañas piezas de exquisito mobiliario, toneles de créditos, pequeños cofres con joyas y montones de

antigüedades añadían una rudimentaria pero opulenta exhibición de riqueza ostentosa que contrastaba con Tavira.

Sin embargo, todo esto, contemplado con una mirada, se desvanecía hasta la insignificancia comparándolo con las seis criaturas que estaban paradas en la parte abierta central del lugar. Una de ellas, una mujer que llevaba una capa gris y tenía mechones grisáceos a juego en su largo cabello castaño, estaba ubicada en el centro. Una máscara ocultaba su rostro, pero a diferencia de las del resto, esta no había sido inspirada en un animal, sino que mostraba una mujer joven, hermosa y sonriente. Sin embargo, el fuego que relucía en los ojos azules por detrás de la máscara sugería que la alta mujer no estaba sonriendo en absoluto por debajo.

Situados detrás de ella en un arco, cinco *Jensaarai* esperaban vistiendo sus capas grises, con las capuchas puestas. La luz que emanaba de los paneles luminosos empotrados por encima profundizaba las sombras de sus máscaras, pero pude vislumbrar detalles reptilianos, insectoides y mamíferos. La figura de más a la derecha ya la había visto en el puente del *Odioso* con Tavira. Los otros, casi todos más pequeños, irradiaban ligeros indicios de ansiedad.

La figura central alzó su brazo derecho y apuntó con un sable de luz hacia mí. Una hoja dorada surgió, pero se detuvo mucho antes de cruzar los cinco metros que nos separaban.

—Finalmente has venido. El Halcyon. Para destruirnos —sus ojos se centraron más allá de mí—. El resto de vosotros podéis iros. Habéis hecho vuestra parte trayéndolo aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Secuestraste a Mirax para que viniera aquí? Podrías haberme dado la dirección y esto habría sido mucho más rápido.

Ooryl apoyó una mano sobre mi hombro.

—No es el *aquí* lo que era importante, sino el *cuándo*.

—La elección de futuro se realiza en el momento en que nace el futuro que deseas —ella se soltó la capa dejándola caer al suelo, revelando su forma blindada. La armadura, al igual que la máscara, había sido inspirada en una mujer hermosa y, aunque seductora, también aparecía letal. Inclinó la cabeza hacia mí y adoptó una postura que encontré perturbadoramente familiar. Sujetaba la empuñadura con la mano izquierda como si fuera un puñal, con la mano derecha apoyada sobre el extremo inferior del sable, apuntando la hoja hacia el suelo—. Ahora es el momento.

Luke dio un paso hacia delante y se situó a mi lado.

—Espera, yo soy Luke Skywalker. No hay necesidad de más violencia aquí.

—*El* Skywalker. Tu intervención aquí no era inesperada —sacudió la cabeza—. Mis estudiantes te entretendrán, luego también te destruiré, para que ellos puedan vivir.

Las cinco personas que la respaldaban se movieron hacia la izquierda, dejando caer sus capas al suelo. Cada una sacó un sable de luz y se prepararon.

—*Saarai-kaar* de los *Jensaarai*, no hagas esto —Luke ondeó una mano hacia sus estudiantes—. No quiero matarlos.

—Entonces eso te supondrá un problema, Skywalker —asintió hacia mí—. Ven, Halcyon, destruye o sé destruido, no hay alternativa en esta encrucijada del tiempo.

Encendí mi sable de luz mientras ella se acercaba a mí y bloqueé su primer barrido abajo por la derecha. Anticipé el movimiento de muñeca que le permitiría atravesar con su hoja dorada el lugar donde yo había estado. Me agaché bajo su tajo, luego lancé un golpe hacia sus piernas, pero ella saltó sobre mi hoja. Lo que ella no esperaba era que permaneciera agachado, pivotando sobre mi mano izquierda. Cuando ella aterrizó, barrí con mis piernas las suyas, haciendo entrechocar sus tobillos y derribándola.

Me levanté para presionar mi ataque, pero ella no llegó a golpear el suelo. Convirtió su caída en una esbelta voltereta hacia atrás. En el segundo en el que tocó tierra, volvió a lanzarse hacia mí, fintando a izquierda y derecha. Retrocedí, moviéndome para esquivarla. Cuando su golpe finalmente llegó por mi izquierda, lo intercepté con la parte baja de mi hoja y lo llevé arriba y alrededor en una gran parada circular. Mientras lo hacía me deslicé hacia delante por lo que estuvimos hombro con hombro por un momento. Lancé mi codo izquierdo arriba hacia su máscara, haciéndola retroceder, luego rechacé un rápido sablazo.

A mi izquierda, Luke se movía a través de los *Jensaarai* con tanta facilidad y habilidad que me di cuenta de que la única ayuda que habría necesitado de mí en Courkrus la noche que nos enfrentamos a sus compañeros era que le hubiera sostenido la capa. Un rápido bloqueo con su sable de luz y luego un empujón con la Fuerza y dos de ellos golpearon el suelo con dureza. Otro bloqueo y la aplicación de la empuñadura del sable láser contra una cabeza echó a otro al suelo. Un tirón telequinético a una máscara cegó a uno mientras luchaba con otro hasta un boqueo mutuo, con sus hojas sobrecargándose y chirriando cuando se encontraron.

La *Saarai-kaar* se me acercó con una furia fría, sostenía su hoja con el mismo estilo del anzati que mató a mi abuelo. Apuntó un corte hacia mi parte media que yo esquivé retrocediendo, entonces lo bajó hacia mi pierna rezagada. La hoja dorada cortó a través de mi túnica y me quemó una capa o dos de piel en la parte superior de mi muslo derecho, pero no causó daños graves. Giré sobre ese pie y arqueé mi pie izquierdo para patearla en el flanco, la lancé a través de la sala y se estrelló contra un cofre de duraplástico lleno de monedas.

Ella agarró un puñado de las monedas y las arrojó en mi dirección, me di cuenta un segundo demasiado tarde de lo que realmente estaba haciendo. Con un empujón telequinético las aceleró hacia mí. Levanté mi sable de luz y deflecté la mayoría, pero dos golpearon contra mi pecho y una rebotó en mi frente, abriéndome un corte por encima del ojo derecho.

—Basta —me abrí completamente a la Fuerza y la sentí fluir a través de mí. Me acerqué a ella, golpeé su hoja apartándola a un lado y pateé frontalmente directamente contra su vientre blindado. Ella retrocedió un paso, pero entonces lanzó un tajo bajo hacia

mí mientras avanzaba rápidamente. La bloqueé con fuerza y hacia la derecha, luego volteé mis muñecas y salí con un barrido que debería haber cortado a través de su brazalete y haber arrancado su mano izquierda.

Sentí una sacudida recorrer mi sable de luz, entumeciendo mis manos mientras la hoja parpadeaba y moría. Ella retrocedió, agarrándose su armadura humeante, su propio sable de luz extinguiéndose mientras caía de su mano. Gruñendo, cabeceó bruscamente hacia mí, y oí un frufrú. Una de las capas descartadas por sus estudiantes se envolvió alrededor de mis tobillos y me tumbó sin ceremonias sobre mi espalda. Perdí el sentido por un segundo, seguidamente vi a la *Saarai-kaar* sobre mí, su hoja dorada levantada para un golpe que me partiría la cabeza en dos.

Sin pensamiento consciente, reaccioné a través de la Fuerza. En su cerebro proyecté una imagen de Nikkos Tyris yaciendo allí en mi lugar.

Ella vaciló.

—¿Maestro?

El rayo aturdidor de Mirax golpeó a la *Saarai-kaar* directamente en el pecho y la lanzó fuera de mi vista. Liberé mis pies de la capa y me incorporé. Mirax se agachó a mi lado con la carabina bláster aún apuntando a la mujer con armadura. Vertió otro disparo en ella, haciendo que su cuerpo se contrajera.

—Buen disparo.

Mirax sonrió.

—Gracias. Traté de disparar antes, pero no fui capaz de fijarla lo suficiente como para golpearla. Luego las cosas se han despejado.

—Bien, justo al mismo tiempo que he roto su concentración plantando una imagen en su mente. He vinculado su estilo de lucha con el del asesino de mi abuelo, le he transmitido su imagen y ella ha vacilado —me puse sobre una rodilla y besé a Mirax en los labios—. Gracias por el rescate.

—Ha sido un placer —pasó una mano por mi pelo—. Por cierto, puedes quedarte con la perilla, pero cambia el color.

Luke se acercó y se arrodilló junto a la *Saarai-kaar*. Le quitó su máscara revelando un rostro algo arrugado por la edad y la exposición, pero claramente era sólo una versión más vieja de lo que la máscara mostraba. Luke tocó su frente y asintió ligeramente.

—Se pondrá bien. ¿Qué le ha pasado a tu sable?

—No lo sé —lo cogí y presioné el botón. La hoja cobró vida de nuevo sin sacudidas ni chisporroteos—. He sentido un montón de retroceso. ¿Algo en la armadura lo ha cortocircuitado? ¿El mineral de cortosis quizá?

Mirax recogió la máscara.

—¿Hilan fibras de cortosis en esto? No es algo muy común por ahí… lo cual está bien porque es bastante inútil. Aun así, es bonito en ornamentaciones como ésta.

—Tenemos un problema —Elegos nos miró desde el escritorio del gobernador. Presionó un botón y un holograma apareció sobre la base de un holoproyector montado en el escritorio. Se enfocó en una toma táctica del sistema alrededor del gigante

gaseoso—. He introducido los datos del sistema de nuestra nave en este proyector. Muestra al *Odioso* dejando el anillo y dirigiéndose hacia aquí.

Negué con la cabeza.

—A Tavira no le gusta perder, y nos bombardeará para deshacerse de nosotros. Yumfla está acabada.

De repente varias naves más aparecieron en la imagen, deslizándose hacia Susevfi, entre el curso de ataque del *Odioso* y el planeta.

—Tengo naves identificadas como la *Puñalada* y el *Ventura Errante* entrando en el sistema. Se están desplegando cazas: agarrados y alas-X.

Luke me miró.

—¿Alas-X?

Elegos asintió.

—Desde el *Ventura Errante*. El *Odioso* está desplegando agarrados y virando para enfrentarse al *Ventura Errante*. Deberían tenerlo a su alcance en cinco minutos.

Mirax sacudió la cabeza.

—No podemos dejar que hagan eso.

La cabeza de Elegos se levantó.

—Ambas naves están igualadas. Ambas son destructores estelares clase *Imperial*.

Gruñí y me puse en pie.

—Sí, pero la nave de Booster no tiene más que un puñado de armas operativas. ¿Puedes abrir una línea de comunicación con el *Ventura*? Mirax, tú puedes hablar con tu padre para que huya.

—¿Dejándonos a *nosotros* aquí para ser desintegrados por Tavira? No creo —se estremeció—. Ella vaporizará el *Ventura*, luego nos vaporizará a nosotros.

Luke me miró.

—Intenta llamar a Tavira. Tal vez podamos hacer un trato con ella.

—¿Un trato con ella? De ninguna manera —negué con la cabeza—. Si la conozco algo, no hay ninguna manera de que podamos convencerla… —me detuve y golpeé mi frente con la palma de la mano—. ¡Engendro Sith, soy tan estúpido!

—¿Qué?

Le guiñé un ojo a Mirax y corrí hacia las escaleras que llevaban a la cubierta de observación.

—No os preocupéis, lo tengo. Me haré cargo. La moveré lejos de aquí.

—¿La *moverás*? —la voz del Maestro Jedi surgió fría y plana—. ¿Quieres ayuda?

—No.

—¿*Necesitas* ayuda?

—No —le sonreí—. Recuerda, «el tamaño no importa». Y la telequinesis *no* es la única manera de mover el *Odioso*.

Reuní la Fuerza dentro de mí y proyecté mi conciencia hacia el exterior en un cono que buscaba la daga blanca que apuñalaba desde el anillo. La encontré con facilidad, repleta de vida y miedo, ira y arrogancia. Me abrí camino hasta que encontré un lugar

donde la arrogancia, la ira y la indignación parecían reunirse, entonces me abrí paso hasta el interior de la mente de Tavira y me deslicé hacia el lugar donde moraba su confianza y sus miedos.

La escuché gritar a sus oficiales de armas y preparar órdenes de fuego. Deslicé un poco de duda en su mente. *Imposible, ¿verdad?, que la Nueva República haya enviado una fuerza tan pequeña tras ella. ¿No ha dicho Jenos que un grupo operativo estaba de camino? Ha sonado confiado en un momento en el que no debería haberlo estado en absoluto. Ha trabajado con nosotros y contra nosotros, aprendiendo nuestros secretos. Sabe cómo operamos y se lo ha transmitido todo a la Nueva República.*

La dejé escuchar a su gente un poco más y me aferré al malestar que estaba sintiendo por cuán simple sería su victoria. Nosotros *utilizamos a los* Jensaarai *para ocultar nuestra nave, pero la Nueva República, ellos podrían hacer* más *uso de sus Jedi. Han enviado a dos a tierra, para liberar a un prisionero, pero, ¿y sus otros Jedi? ¿Dónde están? ¿Qué están haciendo? ¿Se atreverán a actuar contra* mí *sin ellos?*

En un instante supo que la Nueva República la veía como una amenaza tal que no se detendrían ante nada para atraparla, lo cual significaba que utilizarían a los Jedi contra ella. No sólo eso, sino que usarían a los Jedi para atraparla invirtiendo los métodos que ella había usado para eludir a la Nueva República. Permití que sintiera que si agudizaba su mente, podría perforar el velo de engaños que los Jedi estaban lanzando sobre ella y su tripulación. Ella se concentró y presionó, sin lograr nada en realidad, pero yo la recompensé por ello.

La representación holográfica del *Ventura Errante* se evaporó para ser reemplazada por una nave más grande, una nave mucho más grande: un súper destructor estelar que se tragaría su clase *Imperial Dos* tan fácilmente como el *Odioso* destruyó el *Harmzuay*. Le proporcioné cada una de las imágenes que se habían grabado a fuego en mi memoria del Lusankya, el viejo SDE[9] de Isard, y canalicé con ellas una buena dosis de miedo.

Abordé su paranoia y dejé que una de sus propias fantasías se volviera realidad. Desde la parte ventral del SDE una esbelta nave con forma de aguja surgió. Le proporcioné imágenes del *Triturador de Soles* y la dejé calcular el daño que podría causar esa nave indestructible del tamaño de un caza acelerando hasta casi la velocidad de la luz y embistiendo contra su nave. Volaría a través del *Odioso* de proa a popa en segundos, destrozándolo. El SDE simplemente machacaría los restos hasta que los fragmentos de metal fundido se congelaran convirtiéndose en escombros que ofrecerían un maravilloso espectáculo de luces cuando ardieran en la atmósfera de Susevfi.

—Cancelad esas órdenes —la oí gritar—. Es una *trampa*, una *trampa Jedi*. Maniobras evasivas, trazadme un curso para salir de aquí. ¡Muy lejos!

Me retiré hacia mí mismo y me tambaleé apoyándome contra la barandilla de la cubierta de observación.

Desde abajo oí a Elegos.

—El *Odioso* da la vuelta. Tavira está abandonando el sistema.

---

[9] SDE; súper destructor estelar. En el original, SSD (*Super Star Destroyer*). *(N. del T.)*.

Me volví lentamente y traté de reclinarme despreocupadamente sobre la barandilla.

—Problema resuelto.

Mirax arqueó una ceja hacia mí.

—Eso crees, ¿verdad?

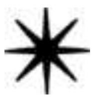
Bajé la mirada hacia mi esposa.

—Se ha ido, ¿no?

—Claro —Mirax sonrió—. Pero mi padre pensará que estaba huyendo de *él*. Se pondrá insoportable. Será el cuento de nunca acabar; cómo *él* salvó *mi* vida, por no hablar de cómo incluyó la tuya en el trato.

—No me importa —me obligué a decir—. Después de todo, un Jedi no conoce el dolor.

CUARENTAINUEVE



Las cosas se apaciguaron en Susevfi con bastante rapidez después de la huida del *Odioso*. Llamamos a Booster y a través de él contactamos con Jacob Nive. Jacob se disculpó por habernos traído a Booster y por haberle dado los datos que dejamos para Cracken, pero Booster había sido muy insistente y tenía un destructor estelar para respaldarle. Nive se puso en contacto con la Coronel Gurtt, la informó de lo que pasaba y se ofreció a considerarla a ella y a cualquier ex-Odi que dejara de luchar como miembros de los Supervivientes a efectos del acuerdo que Luke y yo le habíamos ofrecido. La Coronel Gurtt, que era la oficial Odi de mayor rango en el sistema, consiguió que la resistencia en tierra retrocediera y el Escuadrón Pícaro se estableció en los terrenos del palacio para contener a cualquier lealista descarriado hasta que Booster pudiera bajar a tierra algo de su personal de seguridad y Nive pudiera bajar a algunos de los Supervivientes para encargarse de las operaciones terrestres.

El Escuadrón Pícaro había estado en un largo circuito de patrulla cuando Cracken contactó con ellos y los mandó hacia Courkrus. Aunque partían de más lejos, trazaron un curso rápido que los llevó a Courkrus antes de que llegara Booster. Este arribó y les ofreció un paseo hasta Susevfi, así que subieron a bordo. Los coroneles Celchu y Gurtt se habían reunido por primera vez en tierra y habían sido capaces de elaborar los términos bajo los cuales a los Supervivientes se les permitiría conservar sus naves. Rápidamente comenzaron a convocar a los políticos locales a las reuniones y yo no tenía ninguna duda de que en varias semanas, Susevfi solicitaría a la Nueva República su entrada como miembro de pleno derecho, disponiendo de una fuerza de cazas, y que los Supervivientes encontrarían para sí mismos un agradable pequeño hogar.

Además de eso, Elegos señaló que Susevfi le parecía un mundo mucho más bonito que Kerilt. La posibilidad de mover al menos a parte del Remanente Caamasiano hasta allí parecía muy probable. Yo pensaba que de alguna forma el compañerismo y la guía caamasiana para los Supervivientes y los Odis ayudarían mucho a hacer de Susevfi un lugar fuerte y pacífico.

Los *Jensaarai* todavía suponían un problema, pero también aquí, el toque caamasiano proporcionó una solución que de otro modo no hubiera sido posible. Para cuando mi corte fue tratado y las cosas se hubieron calmado en el exterior, los *Jensaarai* que Nive había traído con él ya se habían reunido con aquellos que Luke había derrotado y la media docena que habían estado fuera estacionados en una pequeña base en el anillo para

cubrir al *Odioso*. También habían estado ocultando el *Mantarraya Púlsar* y lo habían usado para regresar a Susevfi.

La *Saarai-kaar*, cuando recuperó la conciencia, parecía realmente sorprendida de estar viva. El hecho de que sus estudiantes no hubieran sido asesinados y se les hubiera permitido retener la custodia de su armadura y de sus sables de luz claramente la confundía. Mientras se incorporaba hasta sentarse en el sofá al que había sido llevada en las habitaciones privadas del gobernador, miró a sus estudiantes, luego a Luke, a Elegos, y finalmente a mí.

—¿Es así como decides burlarte de mí, Halcyon? —agitó una mano hacia sus estudiantes—. ¿Los tienes aquí para demostrarme que te los has ganado para seguir los caminos de un asesino?

Que se dirigiera a mí me confundió, ya que Luke era claramente el Maestro aquí. Negué con la cabeza.

—Si mis caminos son los caminos de un asesino, ¿por qué estás viva?

—Os gusta torturarnos antes de matarnos. Os llamáis a vosotros mismos Jedi, pero los de tu clase se apartaron de los verdaderos caminos de los Jedi hace una generación, y más aún. Y aquellos que se alzaron en vuestro lugar no eran mejores —levantó su barbilla, con sus ojos azules vehementes y brillantes—. Nosotros somos los verdaderos Jedi, los *Jensaarai*. Tratasteis de destruirnos antes, pero fracasasteis.

Fruncí el ceño.

—Nunca te había visto antes. Nunca había estado aquí antes, y ciertamente nunca he tratado de hacerte daño a ti o a tu gente antes.

—Justo como un Halcyon, negando la maldad que ha heredado.

Miré a Luke.

—Me estoy perdiendo.

—Y yo.

Elegos apoyó las manos sobre nuestros hombros.

—Quizá, si me lo permitís.

Me encogí de hombros.

—Fija un rumbo y adelante.

El caamasiano avanzó y se colocó sobre una rodilla ante la *Saarai-kaar*.

—Los *Jensaarai* son tu creación. Los moldeaste a ellos y a sus enseñanzas a partir de lo que tú misma aprendiste cuando entrenabas —Elegos mantuvo su voz grave y respetuosa, tanteando, pero suave y tranquilizadoramente—. Tú eres la primera *Saarai-kaar*, pero te aferras profundamente a los recuerdos de otros, para honrarlos a ellos y a su sacrificio.

Ella parpadeó un par de veces, luego inclinó la cabeza.

—Sí, así es.

Bajé la mirada a medida que los hechos comenzaban a encajar entre sí. Cuando me tuvo a su merced, yo proyecté la imagen de Tyris de mi sueño en su cerebro porque reconocí su estilo de lucha como el del Jedi anzati. Lo hice instintivamente y omití por

completo la relevancia de ella diciendo cuando vaciló: «¿Maestro?». Ella me observó, viendo mi uniforme, mi hoja plateada, viéndome como a mi abuelo o claramente como a alguien que había venido a terminar lo que Nejaa Halcyon empezó. Sin embargo, por mucho que lo intentaba, no podía ubicarla a ella rebuscando en mi recuerdo del sueño.

Elegos presionó las manos uniéndolas.

—Estos a los que honras fueron tus maestros y amigos. Haces responsables de sus muertes a un Halcyon y a otros Jedi, uno de ellos muy parecido a mí, ¿verdad?

Un filo cortante regresó a su voz.

—Sí —orientó un dedo hacia mí—. Fue un Halcyon el que asesinó a mi maestro y a mi marido aquel día, y se marcharon para dejarnos solos. No se preocuparon por nosotros, por el daño que habían hecho. Se suponía que debían servir a toda la vida y seres vivientes, pero nos abandonaron, desenmascarando la mentira de los Jedi. Ya sabíamos, nos lo habían dicho nuestros maestros, que éramos una casta aparte. El advenimiento de los Jedi aquí, a Susevfi, simplemente demuestra que todo lo que nos enseñaron era verdad.

Luke abrió las manos.

—La verdad es a menudo una cuestión del punto de vista.

La ira centelleó a través de los ojos de la *Saarai-kaar*.

—Tú no estuviste. No tienes punto de vista.

Estaba a punto de mencionar mi sueño, pero Elegos extendió una mano y la puso sobre su rodilla.

—Pero yo *sí*. Y puedo compartirlo contigo.

Miró a Elegos con dureza.

—Tú no eres el Jedi que estuvo allí ese día.

—No, no lo soy, pero compartiré contigo un secreto… te entregaré mi confianza para que puedas devolvérmela. Sé que no quieres hacer daño a nadie, por eso puedo confiar en ti. Quiero que aceptes mi confianza para que puedas detenerte a ti misma de hacer daño.

Luke me lanzó una mirada de soslayo, pero yo asentí tranquilamente hacia él.

—Sabe lo que está haciendo.

La voz de la *Saarai-kaar* se hundió bajo el peso de la sospecha.

—¿Qué harás?

—Los caamasianos tenemos un don mediante el cual los recuerdos trascendentes se atesoran y, en circunstancias especiales, pueden ser compartidos. Descubrimos, como pueblo, que podíamos compartirlos entre nosotros, pero no con otras especies, sólo podían transmitirse a los Jedi. Creo que es su conexión con la Fuerza la que permite esto, y aquellos de nosotros que hemos llegado a conocer verdaderamente a un Jedi tenemos el privilegio de poder compartir estos *memnis* con los Jedi.

Se giró y agarró mi mano derecha con su izquierda, arrastrándome hacia delante.

—He llegado a conocer a este hombre bajo varias identidades, una de ellas la de Keiran Halcyon; el nieto de Nejaa Halcyon. Nejaa es el Jedi Halcyon al que acusas de ser un asesino y el caamasiano que estaba con él aquel día era mi tío. Mi tío me pasó los

memnis de lo que sucedió, compartiendo conmigo el recuerdo de la muerte de su amigo. Este es el punto de vista que tengo de esos eventos, y lo comparto contigo con la esperanza de que entiendas el *otro* punto de vista.

La *Saarai-kaar* tendió una mano hacia Elegos.

—Muéstrame el recuerdo.

Elegos se incorporó pero no aflojó su agarre sobre mi mano.

—No te conozco lo suficiente como para poder transferirte el recuerdo. Conozco a Keiran lo suficientemente bien como para compartirlo con él, y ya sabes que él puede proyectarlo en tu mente.

—¿Quieres que confíe en un Halcyon también? Pides demasiado, caamasiano.

Elegos bajó la mirada hacia ella.

—¿Es demasiado pedir cuando esto podría liberarte de una carga que has soportado más de cuarenta años? ¿Es demasiado pedir cuando él no te ha asesinado ni a ti ni a tus compañeros, y sin embargo podría haberlo hecho fácilmente… teniendo en cuenta que este era el propósito que afirmas que tenía al venir aquí? Tu prudencia es admirable, pero no dejes que sea una barrera para una verdad mayor.

Ella dudó, luego asintió una vez.

—Lo que veré, sopesaré.

—Bien —Elegos me miró—. Prepárate.

—¿Se lo envío sólo a ella, o incluyo al Maestro Skywalker y a sus aprendices?

Luke sonrió.

—Me honraría compartir ese recuerdo.

Los ojos de la *Saarai-kaar* se tensaron, luego asintió.

—Que lo vean.

—Vale —me preparé—. Listo, supongo.

Sentí un hormigueo recorrer mi mano y subir hasta mi cerebro. Toqué la Fuerza y la entrelacé con lo que estaba recibiendo de Elegos, luego lo empujé hacia los demás en la habitación. Sentí el contacto con todos ellos, algunos calientes, otros muy fríos. Servía como un simple conducto y vi los *memnis* verterse a través de mi mente.

Incluso si hubiera tenido intención de editarlo y modificarlo, dudo que hubiera podido. Dado que lo que estaba viendo provenía de ojos caamasianos, y estaba envuelto en la cinestesia y sentidos caamasianos, cualquier cambio que hubiera hecho habría sido patentemente humano y obviamente artificial. Además, la intensidad y volumen de la información sensorial me abrumó. Vi y escuché, saboreé, toqué y olí (*chico, puedo oler las cosas*), tanto que no pude catalogarlo. El *memnii* era como una presentación de holovídeo tan compleja que sólo viéndola una y otra vez podías empezar a lidiar con todos los elementos.

Me encontré en los pies de Ylenic It'kla, con sus compañeros Jedi a cada lado. Él había catalogado a mi abuelo como Madera Especiada… él sabía su nombre, por supuesto, pero el agudo sentido del olfato del caamasiano lo llevaba a almacenar la información de identidad por el olor, lo cual le resultaba más importante que el nombre.

El otro Jedi él lo identificaba como Viento del Desierto. Oí a Viento del Desierto advertir al Jedi Oscuro al que nos enfrentábamos, y también escuché todas nuestras respuestas, igual que en mi sueño. Entonces la batalla se inició, las hojas destellearon, zumbando, chispeando y siseando.

Moverse en combate con el cuerpo del caamasiano se sentía completamente ajeno. Sus piernas desgarbadas y sus músculos engañosamente delgados contenían un increíble poder y gracia. Sus pies se movían a través del polvo, siempre manteniéndonos en equilibrio, con nuestras piernas listas para impulsarnos hacia delante para atacar. Vi a mi enemiga acercarse, la vi mover su hoja de aquí para allá, probando mis defensas. Me di cuenta de que ella tenía cierta habilidad, pero cuánta era un misterio, y una pizca de miedo se filtró en mi interior cuando ella atacó.

El dolor explotó en mi flanco izquierdo cuando la mujer pelirroja (Polvo Levantado) pasó la punta de su sable láser azul a través de mi carne. El hedor de quemado me abrumó y casi anuló el dolor. Giré alejándome con una rapidez imposible, completando un círculo completo y blandiendo mi hoja rojo-dorada para apartar a un lado su sable.

Ella era buena, pero sabía que yo era mejor.

Mis músculos de caamasiano se tensaron, entonces volví a alzar la hoja en un corte ascendente que se coló bajo su guardia y la abrió desde la cadera al hombro. Polvo Levantado se tambaleó hacia atrás, entonces se derrumbó en el suelo. Una explosión de energía azul instantáneamente consumió su cuerpo, su onda me alcanzó haciéndome retroceder.

A través del vínculo con la *Saarai-kaar* sentí una sacudida de pesar por la muerte de Polvo Levantado, pero se quedó en nada cuando miré a la izquierda. Vi a Madera Especiada en el suelo, su sable de luz más allá de su alcance. Sabía que si podía concentrarme, si podía sobreponerme al dolor, podría devolver el sable de luz a su mano. Sólo llevaría un momento, y el regodeo del anzati Sudor Nocturno claramente parecía darme ese momento.

Entonces Madera Especiada se lanzó a por su sable y Sudor Nocturno lo apuñaló. Casi pude sentir la hoja abriéndose camino a través de mi amigo, rompiendo los lazos que su vida tenía con su cuerpo. Hubiera esperado que muriera al instante, pero se las arregló para sonreír. La hoja azulada que lo fijaba al suelo chisporroteó y murió y en un instante supe lo que había hecho, cómo había empleado el más raro de todos los dones Jedi, y qué precio tan terrible había pagado por ello.

Sudor Nocturno se elevó en el aire, luego se convulsionó y pareció implosionar. Vi el cuerpo volar a través de las tiendas montadas bajo la cúpula de duracreto. Sudor Nocturno explotó, al igual que hizo el Jedi Oscuro que Viento del Desierto había matado. Sus cuerpos mortales ya no eran capaces de contener la energía del Lado Oscuro, que surgió en una bola de fuego azul que agrietó la cúpula de duracreto. Me precipité hacia Madera Especiada, tirando de él mientras la cúpula comenzaba a colapsar. Sentí a Viento del Desierto sujetar la cúpula a mi alrededor, luego la dejó ir cuando salimos de debajo.

Me arrodillé en la tierra, acunando la cabeza de mi amigo en mi regazo. Viento del Desierto estaba a mi lado, apoyando una mano sobre mi hombro.

—Creo que él sabía que Tyris era un espadachín lo suficientemente bueno como para vencer a uno u otro de nosotros. Nejaa sabía que no podía derrotarlo con un sable de luz, así que encontró otro medio para protegernos.

Acaricié la cara de mi abuelo, limpiando la sangre del corte en su cabeza y de la esquina de su boca.

—Haber sobrevivido a tanto para morir aquí. Es triste.

—Pero morir en defensa de todo lo que es bueno, debe ser celebrado y recordado.

Asentí.

—Será un día más triste cuando tal nobleza sea olvidada.

—O temida.

—Peor aún, sí —sonreí, respirando profundamente el olor de Madera Especiada, entonces fui consciente de la disminución de peso sobre mis muslos. Bajé la mirada y lo vi desvanecerse, su ropa quemada se ahuecó, su sable de luz se asentó en el polvo. Más allá de sus botas, una última sección de la cúpula chirrió y se hundió, con un par de los mosaicos que se habían fijado en ella explotando en fragmentos. Cogí uno de los fragmentos y pasé mi pulgar sobre él, sintiendo los extraños glifos que habían sido tallados.

Comencé a temblar y Viento del Desierto me sostuvo.

—Has resultado herido, amigo mío. Tenemos que alejarte de aquí. En un lugar del mal como este, no puede haber curación.

—Puedo regresar a Yumfla.

—Bien, y luego a Corellia —Viento del Desierto me ayudó a levantarme—. La familia de Nejaa sabrá que murió como un héroe.

El recuerdo se desvaneció mientras mi visión de la habitación regresaba. Saboreé sal en mis labios. Levanté una mano y limpié las lágrimas. Me volví para darle las gracias a Elegos, pero no pude hablar más allá del nudo de mi garganta.

Elegos asintió.

—Lo sé.

La *Saarai-kaar* comenzó a hablar en voz baja.

—Conozco bien el dolor de los compañeros perdidos que sintió tu tío, caamasiano. Lo lamento por él, pero su creencia de que él y sus amigos tenían razón de ninguna manera significa que la tuvieran. Cuando esa cúpula se derrumbó, mi marido fue aplastado. Perdimos media docena de amigos y me quedé sola con otros tres aprendices —presionó una mano contra su estómago—. Y con el niño que crecía en mi vientre. Nos escondimos de los Jedi y lloramos y enterramos a nuestros muertos. Fuimos aislados juntos, unidos por las muertes. Emprendimos un nuevo comienzo desde la tragedia, y sin embargo este recuerdo busca hacernos creer que hemos estado caminando por el sendero del mal.

Asentí.

—El recuerdo lo demuestra. La escritura en los mosaicos, la reconozco de Yavin 4. Es de origen Sith.

La *Saarai-kaar* asintió.

—Nuestros maestros descubrieron información sobre técnicas Sith de un anticuario que recuperó artefactos. Supieron que los Jedi robaron sus métodos a los Sith, habían pervertido las enseñanzas Sith y nuestros maestros nos estaban devolviendo al camino verdadero. *Jensaarai* es la palabra Sith para «seguidor oculto de la verdad». Como *Saarai-kaar,* yo soy la guardiana de esa verdad. No somos malvados.

Luke negó con la cabeza.

—Está claro que no lo sois.

Fruncí el ceño hacia él.

—Están siguiendo métodos Sith. ¿Te olvidas de Exar Kun y todo eso?

—En absoluto, Keiran. Fueron instruidos en el camino Jedi por gente que aceptó los pensamientos y filosofías Sith, pero ellos mismos no estaban lo suficientemente desarrollados para ser iniciados en ellos. Sus maestros todavía no habían encontrado los anzuelos mediante los cuales ellos podrían haber sido expuestos al Lado Oscuro. Y entonces, después de las muertes de sus maestros, continuaron aprendiendo, pero lo hicieron orientados a protegerse a sí mismos de los Jedi. Se dedicaron a la defensa… eligiendo el camino correcto por las razones equivocadas.

Me estremecí.

—Pero con tal odio por los Jedi, deberían haber salido de aquí y haber ayudado al Emperador a cazarlos.

La *Saarai-kaar* se inclinó hacia delante, cubriéndose el rostro con las manos.

—Nuevamente fuimos traicionados.

Mientras ella sollozaba, uno de los aprendices (Roja) se quitó la máscara.

—El hijo de la *Saarai-kaar* estaba en edad de ser independiente cuando el Emperador comenzó a cazar a los Jedi. Contra sus deseos, se fue de aquí y ofreció sus servicios a Darth Vader. Fue asesinado en el acto, y los cazadores de Jedi vinieron aquí, pero nunca nos encontraron. Yo no era más que una niña por entonces, pero recuerdo el ocultarnos, el miedo. Nuestra comunidad nos mantuvo fuertes.

Asentí.

—Y cuando comenzó la Rebelión, no pudisteis uniros porque aclamaban como héroes a los mismos Jedi que os crearon a vosotros en primer lugar.

La *Saarai-kaar* levantó la mirada, enjugándose las lágrimas.

—No somos malvados.

Luke se puso sobre una rodilla ante ella.

—No, los *Jensaarai* no lo son, ni son completamente buenos.

—¿Qué? —su cara se tensó—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Es una verdad sencilla, de la que vosotros entendéis parte, pero estáis tan cerca de ella que no podéis verla en su totalidad. Estás totalmente comprometida con tu comunidad, con tus estudiantes, y ellos contigo y con los demás. Esto es lo que os ha

escudado del Lado Oscuro. Incluso cuando tu gente ayudó a Tavira, lo hicieron para protegerte a ti y a Susevfi. Esto es bueno, pero no es toda la verdad de la tradición Jedi.

Luke le dirigió una sonrisa reconfortante.

—Ser un Jedi es estar comprometido con la defensa de *todos*. Nuestro deber tiene límites… Nejaa Halcyon limitó su trabajo al sistema corelliano, excepto cuando circunstancias extraordinarias lo requerían más allá de él. Cuando daba un paso adelante, estaba dispuesto a sacrificar su vida por los demás. Aquí no habéis estado abiertos a esas llamadas, a esos sacrificios, y eso ha limitado vuestro acceso a la Fuerza y a todo lo que ofrece. Tengo una academia que podría enseñarte a ti o a algunos de tus aprendices esta tradición Jedi mayor, si así lo deseas.

—Es una oferta que consideraré —se estremeció—. ¿Podría haber estado cometiendo un error todos estos años?

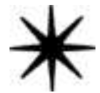
Le sonreí.

—No un error, no del todo. Hiciste lo que creías que era correcto para salvar a otros de resultar heridos. Eso nunca es un error.

Mi Maestro Jedi se levantó.

—Es un acierto. Y podemos hacer que sea algo más. Keiran, él es el producto de una tradición Jedi, y yo, yo crecí en otra diferente. Tú y tus *Jensaarai* sois parte de una tercera. Si lo permites, os daremos la bienvenida en la mayor tradición de servicio Jedi de modo que todos nuestros caminos, entretejidos juntos, nos hagan tan fuertes que nunca más podamos ser divididos.

EPÍLOGO



La siguiente vez que vi a Luke fue unos tres días después. Me encontré con él en el palacio del gobernador no por casualidad. Había ido a verlo, pero lo sentí hablando con la *Saarai-kaar*, así que me dirigí arriba a la azotea y a la plataforma de aterrizaje. Me puse a observar el cielo nocturno de Yumfla y más arriba el brillante anillo planetario curvado que se extendía de horizonte a horizonte. Más allá del anillo las estrellas tenían un aspecto reluciente e invitador, aunque el espacio entre ellas se veía profundamente negro y frío.

—Aquí estás, Corran —Luke sonrió mientras subía a la azotea—. Tu esposa tiene razón, el castaño *es* mejor para tu pelo.

Pasé mis dedos a través de él.

—Sí. Voy a dejar que crezca un poco también. Pero no puedo decidirme sobre la perilla y el bigote.

—Yo me desharía de eso también —Luke se encogió de hombros y se unió a mí en el muro—. Esperaba verte en los últimos días.

—Lo siento, Mirax y yo estábamos… revisando el *Mantarraya Púlsar* y asegurándonos de que estaba preparado para el viaje de vuelta a Coruscant —señalé vagamente hacia el espaciopuerto—. Podemos llevarte, si quieres.

—No. Necesitáis tiempo asolas… o *más* tiempo asolas… y Elegos ha sabido del ritual alderaaniano de dejar bienes en el Cementerio. Ooryl y yo vamos a ir a Kerilt, recogeremos a la hija de Elegos, Releqy, y los llevaremos adonde puedan dejar cosas por Ylenic It'kla.

Asentí.

—Tendré que hacer ese viaje también, en algún momento. Deja algo para Ylenic en nombre de mi abuelo.

—Creo que eso agradaría a ambos —el Maestro Jedi levantó la mirada hacia las estrellas—. Después de eso creo que ayudaré al Escuadrón Pícaro a encontrar al *Odioso* y a acabar con la carrera de Tavira.

Me encogí de hombros.

—Sin los *Jensaarai*, ella sólo será otra aspirante a señor de la guerra deambulando por ahí fuera. Alguien la atrapará… probablemente la Nueva República. Tal vez enojará a Pellaeon y este nos hará un favor quitándole su juguete.

—Eso sería conveniente, desde luego —Luke se quedó en silencio, por un momento, luego apoyó las manos en la parte superior del muro—. Hay algo importante que necesito discutir contigo.

—Yo también —le ofrecí una sonrisa. Había pasado bastante tiempo pensando en mi vida y en el dicho del «hombre del espejo» de mi padre. En realidad me *reconocía* a mí

mismo, lo cual era bueno, pero forzaba algunas decisiones difíciles. Me encogí de hombros—. No voy a volver a la academia. No voy a ser un Jedi a tiempo completo.

—Interesante.

Le arqueé una ceja.

—¿Interesante?

—Sí. Te iba a pedir que no volvieras a la academia.

Mi boca se abrió por la sorpresa durante un segundo.

—No era *tan* problemático, ¿verdad?

El Maestro Jedi negó con la cabeza.

—De ningún modo. Verás, el entrenamiento que has recibido durante tu vida te ha dirigido hacia una meta, yo estoy tratando de entrenar a mis reclutas para que alcancen esa meta. Tú tienes una base que hace que aprender a usar las técnicas y herramientas Jedi sólo agregue un nivel más a tus capacidades. Te proporciona más cosas que hacer, cosas que ya estás bien entrenado para hacer. De camino aquí señalaste que Nejaa a menudo era un hombre normal, resolviendo problemas y sólo usando sus habilidades Jedi cuando era necesario… precisamente porque tenía las otras habilidades necesarias para hacer esos trabajos y *no tenía que depender de sus habilidades Jedi.*

Sonreí mientras desentrañaba lo que quería decir. *Cuando la única herramienta que tienes es una hidrollave, cada problema se parece a algo que necesita ser apretado.*

—Creo que entiendo lo que estás diciendo.

—No espero menos de un detective —Luke se rio ligeramente—. Averiguaste que Exar Kun tenía que estar detrás de la muerte de Gantoris y de los problemas en Yavin 4 porque eres un investigador entrenado. Yo omití todas las pruebas que tú viste, o no quería creer en ellas porque no veía cómo encajaban. Ese entrenamiento de «encajar» es algo que los nuevos Jedi necesitarán. Las pautas que se crearán para proporcionarlo no te aportarán nada.

—Bien podrías estar en lo cierto.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Entonces, ¿cómo es que tú no regresarías?

Moví los hombros con incomodidad.

—En cierto modo por lo que has dicho de Nejaa, y por parte de lo que le hice a Tavira para sacarla de aquí. El lugar donde puedo hacer el mayor bien justo ahora, creo, es el Escuadrón Pícaro. Mírate, siempre estás siendo llamado para resolver algún problema que amenaza la galaxia, teniendo que dejar la academia en manos de algún otro cuando entrenar a más Jedi es lo que más te gustaría estar haciendo. Al permanecer Corran Horn y hacerlo en el Escuadrón Pícaro, puedo usar mis habilidades donde serán críticas para las misiones, y sin embargo no seré empujado en todo tipo de direcciones diferentes.

—Y podrás quedarte en Coruscant y formar una familia.

—Entre otras cosas —sonreí, recordando con cariño cuánta revisión y cuán poco trabajo real habíamos hecho Mirax y yo en el *Mantarraya*—. Parte de lo que asustó a Tavira fue el hecho de que no creía que el *Triturador de Soles* hubiera sido destruido. El

hecho de que supiera que estaba por ahí fuera pero ella no podía encontrarlo la convenció de que la estaba cazando. Supongo que, al permanecer oculto, seré una sorpresa aguardando a cualquiera que necesite una.

—Entonces, ¿Keiran Halcyon muere aquí?

—No *muere*, simplemente desaparece. Pocas personas saben que soy él por lo que mantenerlo en secreto no debería ser difícil —estiré la mano derecha y la apoyé sobre el hombro de Luke—. Si necesitas a Keiran para cualquier cosa, él estará ahí. Si necesitas a Corran Horn para cualquier cosa, él estará ahí. El hecho es que, sin ti, estaría muerto, Mirax seguiría siendo prisionera y Tavira estaría atacando.

Luke sonrió.

—Y sin ti, estaría sobre una losa en un templo de Yavin 4. Estamos a la par. Nada les ocurrió a mis sobrinos durante ese tiempo, por lo que incluso estoy en deuda contigo.

—Esperaba que dijeras eso —le brindé una gran sonrisa—. Hay una cosa más que quiero hacer para terminar con todo esto, con tu permiso.

Luke asintió.

—Nómbralo.

Lo hice.

Nivelé el ala-X en lo que Silbador informó que eran diecinueve punto cinco dos metros sobre el paisaje de Yavin 4 y floté allí, cara a cara con la estatua de Exar Kun. En realidad la estatua estaba a unos buenos quinientos metros del morro del ala-X, pero esos vacíos ojos negros me observaban intensamente.

Le ofrecí una gran sonrisa.

—Silbador, ¿tienes todos los sensores en registro completo y estás transmitiendo los datos de vuelta al *Mantarraya* en el Gran Templo?

Su brusco pitido me recordó que él no olvidaba las órdenes… o se marchaba a vagabundear por la galaxia dejando a sus amigos detrás para que se preocuparan hasta la extenuación de sus circuitos por él.

Asentí.

—Listo y despejado para abrir fuego —pasé el control de armas a torpedos de protones y lo establecí en fuego único. Apunté mi retícula de objetivo sobre la cara de Exar Kun, luego desactivé la unidad de comunicaciones. No me importaba que la gente estuviera viendo lo que estaba haciendo, pero lo que tenía que decir, eso era sólo entre yo y Exar Kun.

»Sé que has desaparecido, pero también sé que hiciste planes por si ello ocurría. Este templo puede ser un hallazgo arqueológico de gran valor, un monumento de inenarrable maravilla, pero también es un monumento al mal. Lo usaste para infectar a Kyp, y las meras impresiones hechas de los glifos infectaron a los Jedi Oscuros que mataron a mi

abuelo. Tu malignidad creó a los *Jensaarai*, y aunque ellos se elevaron sobre ella, gente ha sufrido y muerto por ello.

»Pero esto no es venganza, como te hubiera gustado que fuera. No, esto es simple precaución —coloqué el dedo sobre el gatillo—. No dejaría un sable de luz tirado donde un niño pudiera encontrarlo, y este templo dedicado a ti es un millón de veces más peligroso que eso.

Apreté el gatillo y envié un torpedo de protones hacia la estatua. La ojiva detonó cuando golpeó el puente de su nariz, rompiendo su cráneo en miles de fragmentos que se esparcieron en una lluvia de chispas y nubes de humo blanquecino. Los pedazos de la cabeza de Exar Kun llovieron en un estrecho triángulo, rompiendo la superficie cristalina del lago, borrando para siempre las últimas imágenes intactas de esa isla.

Otros dos torpedos de protones desprendieron la cintura y las rodillas de Exar Kun, luego disparé el resto hacia la base del obelisco en el que se encontraba. Este se derrumbó maravillosamente, rompiéndose en pedazos mientras lo hacía. Los fragmentos se estrellaron contra el suelo y aplastaron paredes, luego rebotaron por el interior del templo, pulverizando tabla tras tabla de escritos Sith. Algunos eventualmente rebotaban lo suficientemente alto como para escapar del mismo templo, sumergiéndose en el frío y oscuro lago.

Cambiando a láseres, esparcí fuego a través del templo, calentando la roca hasta que fluyó como el agua. Grandes nubes de vapor se elevaban mientras la piedra se desprendía de las paredes y se derrumbaba, sin forma y ahora indemne de escritos Sith. Cuando terminé, sólo quedaba la isla en sí: todavía negra como la noche, pero ahora suave y redondeada, ya no angular, ya no fuerte.

Ya no era un lugar de poder, sólo un lugar tranquilo en un lago que una vez más reflejaba las estrellas, y ahora podría reflejar su paz.

Volví a encender la unidad de comunicaciones.

—Aquí Pícaro Nueve. Misión cumplida.

La voz de Mirax llenó mi casco.

—Recibido, Pícaro Nueve. El Maestro Skywalker dice: «Bien hecho».

—Dale las gracias de mi parte. Ha sido un placer —sonreí—. Exar Kun está acabado, los Odis han huido, este templo ha desaparecido y tú estás en casa de nuevo. Sólo una última cosa y todo esto habrá terminado.

—¿Y es?

—Y es lo más difícil de todo, mi amor —me reí—, tenemos que decirle a tu padre que nuestro primer hijo *no* llevará su nombre.

ACERCA DEL AUTOR

Michael A. Stackpole es un premiado autor, editor, y diseñador de juegos y videojuegos. Como siempre, pasa su tiempo libre jugando a fútbol sala y ahora tiene un nuevo pasatiempo, el podcasting. Mike publicará **A New World**, la secuela de **Cartomancy**, este mes de julio, y actualmente está trabajando en ideas para una media docena de otras novelas.

Para saber más del podcasting de Mike, por favor visite www.tsfpn.com (el sitio web de *The SciFi Podcast Network*).